BIBLIOTECA

TEOLÓGICA

DEL SIGLO XIX,

REDACTADA POR LOS PRINCIPALES DOCTORES DE LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS.

Enciclopedia, Apologética,
Introduccion al Antiguo y Nuevo Testamento, Arqueología bíblica, Historia de la Iglesia,
Patrología, Dogma, Historia de los dogmas, Derecho canónico, Liturgia, Pastoral, Moral, Pedagogía,
Catequística y Homilética, Historia de la Literatura teológica.

HISTORIA DE LA IGLESIA

POR

S. E. EL CARDENAL HERGENROETHER

traducida al castellano

POR DON FRANCISCO DIAZ CARMONA



MADRID
BIBLIOTECA DE LA «CIENCIA CRISTIANA»
Calle de Villanueva, núm. 5.
1883

Con censura y aprobacion Eclesiástica.

MADRID.—Tipografía Gutenberg, calle de Villalar, núm. 5.

PREFACIO DEL AUTOR

He cedido, con pesar mio, á los ruegos apremiantes y reiterados de mis amigos y oyentes, que me instaban para que publicase un *Manual de Historia Eclesiástica.* Hay algo de verdad en este antiguo dicho: *Compendia sunt dispendia.* Mi inclinacion me habría llevado con preferencia á ocuparme en otros trabajos preparados desde hace mucho tiempo, especialmente en una extensa obra acerca de la Iglesia y el Estado, y en una historia muy meditada de la Iglesia en el siglo XVIII. Pero las consideraciones debidas á mis oyentes, la persistencia de sus ruegos y el pensar que aunque existen muy buenos trabajos no dejaría, sin embargo, de producir útiles servicios un Compendio de Historia eclesiástica, tal como yo lo concebía, han triunfado de mis aspiraciones.

En el período de más de veinte años que he dedicado á la enseñanza de la Historia de la Iglesia, he hecho sobre multitud de puntos investigaciones detalladas en las fuentes; he publicado, ya con mi firma, ya guardando el anónimo, gran número de obras y de artículos; he recogido de mis lecturas tal abundancia de materiales, que á veces se hace imposible para mí mismo su revision.

Si no tenía una razon perentoria con que resistir á los ruegos que se me dirigían, la tengo muy poderosa para solicitar la indulgencia del lector en el caso de que la presente obra no respondiese enteramente á su esperanza. No ignoro cuán léjos he quedado del ideal que flotaba delante de mí, porque no puede llegarse á la aproximacion de este ideal sino por trabajos sucesivos, por los esfuerzos redoblados, no de un solo individuo, sino de muchos hombres hábiles y capaces.

Quiero dar cuenta en pocas palabras del punto de vista en que me he colocado al componer esta Historia.

Entiendo que en toda empresa histórica el criterio personal del autor debe, en cuanto sea posible, relegarse á segundo término, y ocupar los hechos el primer rango; que las reflexiones del autor y el ornato oratorio deben dejarse en gran parte á la enseñanza verbal. El objeto de un manual es ayudar á los estudiantes á prepararse para las lecciones, y para repetir lo que han oido, pues jamás podría reemplazar la palabra del Maestro; debe ponerles ante los ojos, así como á los demás lectores, bajo forma sencilla, y que facilite el conocimiento del conjunto, los acontecimientos más importantes del pasado eclesiástico, y excitarlos á la reflexion y al estudio.

Ahora bien, el mejor medio de llegar á este fin es no perder jamás de vista las fuentes, y agrupar los hechos, enlazando con fuerte vínculo unos á otros: *Facta loquuntur.*

Me he aplicado con la mejor voluntad á escoger para esta construccion los más ricos materiales que han estado á mi alcance. Tratábase sobre todo de poner ante los ojos del lector cosas averiguadas y fuera de duda, de ofrecerle la quinta esencia de los mejores trabajos, y no de brillar, haciendo ostentacion del fruto de mis propias investigaciones en las fuentes; debía tomar seriamente en consideracion las obras más recomendables que se han escrito sobre cada capítulo y sobre cada cuestion particular. La mayor parte de estas obras preparatorias versan sobre la antigüedad cristiana; lo que se ha hecho hasta hoy en cuanto á la Edad media y los tiempos modernos, me ha parecido ser con frecuencia insuficiente, y reclamar más largos y profundos estudios. Para la primera época, que ocupa tan vasto espacio, los trabajos de Héfele y Doellinger son los más notables. Si puede aplicarse á este último lo que San Jerónimo decía de Orígenes: *Ubi benè, nemo melius,* no se podría afirmar de él: *Ubi malè, nemo pejus;* porque hasta en las aberraciones del fin de su vida ha mostrado con respecto á la Iglesia, á la que en otro tiempo había defendido con tanto ardor, una nobleza de actitud desconocida en otros apóstatas. Los excelentes trabajos realizados por estos sabios permanecen adquiridos por la ciencia católica, y del mismo modo que ésta no ha abominado de las magníficas producciones del período católico de Tertuliano, á pesar de su caída en el montanismo, así tampoco renuncia

á aprovecharse de cuantas cosas notables se han hecho dentro de su seno por aquellos que más tarde han dejado de serle fieles.

Es preciso ir mucho más léjos aún en la exploracion de las obras existentes; es preciso aprovecharse de lo que han hecho tambien los protestantes amigos de la verdad y familiarizados con las fuentes. En efecto, á pesar de los diversos puntos de vista en que se colocan desde luégo católicos y protestantes, no importa sin embargo, en muchas cuestiones, que el autor de un trabajo sea protestante ó católico. Se ha visto á sabios protestantes emitir sobre numerosos puntos, y algunos muy importantes, juicios más exactos y mejor fundados que el de muchos escritores católicos, que eran en su tiempo teólogos de grande nombradía.

Esta obra se dirige á los estudiantes, no á los eruditos. De aquí una gran sobriedad en la eleccion de materiales. Además, como la *Biblioteca teológica,* de que esta historia forma parte, comprenderá una historia de la literatura teológica, una historia de los dogmas y una arqueología, á las cuales se enlazarán ideas generales sobre la historia del arte, yo no debia invadir estos dominios sino en la medida de lo necesario, dejando á otros el cuidado de explotarlos.

Me ha parecido útil, por el contrario, detenerme, más que hay costumbre de hacerlo, en las controversias teológicas y en las relaciones de la Iglesia y del Estado, así como en apreciar la accion que la Santa Sede apostólica ejerce sobre toda la Iglesia, estudiándola del centro á la circunferencia y despues de la circunferencia al centro, y recorriendo los diferentes Estados. La Historia de la Iglesia, sobre todo en nuestros dias, apénas puede separarse de la política, y es necesario con frecuencia dar razon de ésta para hacer aquélla inteligible. Yo creo además que la historia de la civilizacion deberá tener lugar mucho más considerable en las obras de este género que se escriban en lo sucesivo. He hecho aquí un ensayo; pero como ocuparía espacio demasiado grande dentro de los límites á que he circunscrito esta *Historia de la Iglesia,* no he podido por esta vez ejecutar mi designio en mayores proporciones.

Las numerosas citas de fuentes y obras de consulta son con frecuencia un embarazo para el lector cuando figuran en el texto.

Pero como había el derecho de exigirlas, y ellas son tambien indispensables para los estudiantes, he creido conveniente separarlas del texto, así como las notas, y publicarlas en un volúmen especial acompañándolas de observaciones críticas [1].

He ordenado estos suplementos de manera que puedan completarse con el tiempo, y que formen el principio de una historiografía, no solamente general, sino detallada sobre todas las cuestiones que ofrecen alguna importancia. Mucho más que los volúmenes destinados á los principiantes darán á conocer los estudios del autor. Acabado este trabajo, si me quedan fuerzas suficientes tengo el designio de publicar una Revista de Historia eclesiástica, cuya necesidad se siente desde hace ya mucho tiempo, en la que insertaré documentos, obras inéditas y grandes disertaciones, é intentaré ejecutar el proyecto de que acabo de hablar [2].

Además de los índices particulares á cada volúmen, el último encerrará uno general por órden alfabético.

Ojalá produzca este trabajo el bien que me he propuesto, y contribuya en época de tan rudas pruebas para la Iglesia, á que sus ministros y sus hijos, fortalecidos y consolados por su pasado glorioso, permanezcan inquebrantables en la fe y en la caridad.

EL AUTOR.

Wurzburgo, en la Cuaresma de 1876.

---

1 En la presente edicion nos ha parecido más cómodo para el lector insertar estas Notas y observaciones críticas despues de cada uno de los números á que se refieren. *(N. del T.)*

2 Siguen algunos detalles relativos á la impresion alemana. No creemos necesario reproducirlos.

Hallamos en dos importantes revistas de Alemania las siguientes apreciaciones sobre la *Historia de la Iglesia* del cardenal Hergenroether:

«La riqueza del fondo, la precision en los detalles, la elevacion en los puntos de vista, la exactitud, sagacidad y profundidad del juicio, universalmente reconocidos, hacen de esta obra una de las más notables exposiciones de la Historia de la Iglesia que poseemos en Alemania. Sería difícil encontrar otra semejante á ella entre las publicaciones de la misma extension.»

(Hoja pastoral de la Archidiócesis de Colonia, 1878, núm. 6.)

«Si quisiéramos con algunas palabras caracterizar la obra de Hergenroether en sus principales rasgos, diríamos que es el resultado de estudios proseguidos durante largos años y apoyados en numerosos conocimientos. Estos estudios han tenido por punto de partida un amor sin límites á la Iglesia, y ofrecen abundantísimos materiales para sostenerlo y acrecentarlo. El autor no podia, pues, llegar sino con grandes esfuerzos y obstáculos á uno de los fines más elevados y consoladores, ó sea el de hacer que resaltara claramente la identidad de la Iglesia en todas las épocas con la Iglesia primitiva, y mostrar que el gérmen de las instituciones eclesiásticas se halla en todas las fases de su desarrollo.»

(Hojas históricas y políticas, 1878, cuaderno 2.)

BIBLIOTECA TEOLOGICA

DEL SIGLO XIX.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

INTRODUCCION.

La introduccion á la historia eclesiástica ofrece dos aspectos: 1.º Indica su objeto, naturaleza, forma y método, á la vez que suministra los medios de estudiarla como ciencia: este es el método formal. 2.º Determina las bases de la historia, y da á conocer los tiempos que han precedido á la Iglesia cristiana: esta es la introduccion material. En efecto, dos son las cuestiones que hay precisión de resolver aquí: 1.º ¿Qué es la historia eclesiástica, cuál es su objeto, cuál su fin, cuáles sus medios? 2.º ¿Cuál era la situacion de la humanidad ántes del establecimiento de la Iglesia cristiana, ántes de la venida de su Fundador? ¿En qué condiciones entró la Iglesia en el mundo?

CAPITULO I.

IDEA Y NATURALEZA DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA. — SU FIN Y SUS MEDIOS.

La Ciencia.

1. La ciencia humana es filosófica *(a priori)*, ó empírica *(a posteriori)*. Empírica, tiene por objeto la naturaleza y la historia. Estos dos grandes dominios de la ciencia se penetran mútuamente en gran número de puntos, y hay muchas ciencias particulares que reclaman su concurso simultáneo. La Teología, por ejemplo, es á la vez filosófica é histórica.

La Historia.

2. La Historia nos muestra la movilidad de las cosas en la sucesion de su desarrollo. Tiene por condicion la inconstancia de lo presente; sin cambios no hay historia. Dios, que es el Sér Necesario, no tiene historia

(actus purissimus). Objeto propio de ella es lo que está sujeto á variacion por causa de su existencia en el espacio; pero, sobre todo, lo son los cambios que se relacionan con grandes intereses, y más que ninguna otra cosa el hombre. Este es objeto de la historia, ya considerado como individuo (biografía), ya como asociado con otros (historia de las familias, ciudades, pueblos, Estados). Cuantos son los dominios en que se distribuye la vida, tantos aspectos diferentes puede ofrecer la historia de la vida. Hay, pues, una historia de las relaciones políticas y sociales, una historia de los inventos, de las artes, de las ciencias, del comercio, de la industria, de la moral, de la religion. Tenemos historias de la civilizacion, de la literatura, de las artes, de la religion, etc. Considerada en su objeto, la historia es el desenvolvimiento de la vida y del espíritu humano en la multiplicidad de sus relaciones, expuesta en una serie de hechos y de acontecimientos *(res gestae)*. Mirada en su sujeto, la historia es la exposicion de este desenvolvimiento. En cuanto es arte, ofrece la reproduccion, la representacion ideal de aquél; en cuanto es ciencia, nos da el conocimiento de la historia sistemáticamente expuesta.

La Historia de la religion.

3. En la historia de la humanidad, el lugar primero pertenece á la de la religion, es decir, á la historia del conocimiento teórico de Dios y de su culto práctico, tal como se ha formado y desenvuelto entre los diferentes pueblos. Si de hecho hay numerosas y diversas religiones, la razon demuestra que una sola puede ser la verdadera, y la teología dogmática suministra la prueba de que esta religion no puede ser otra que el Cristianismo. Entre las diferentes confesiones que se llaman cristianas, la única verdadera es la Religion Católica Romana.

Una porcion, y la más excelente de la historia general de la religion, es la historia de la Iglesia Cristiana. Es posible, pues, apreciar desde el punto de vista católico las otras sociedades religiosas que no conservan sino algunos fragmentos de la verdad única; pero lo contrario, es de una dificultad extrema y en cierto modo imposible [1].

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMS. 1-3.

Ritter, *Hist. eccl.*, introd., 4 y sig.; H. Ruckgaber, *Hdb. d. Univ. Gesch.*, Schaffhouse, 1853, t. I; Goerres, *Ueber die Grundlage, Gliederung und Zeitfolge der Weltgesch.*, Breslau, 1830; Fr. Rühs, *Entwurf einer Propaedeutik des hist. Stud.*,

[1] Moehler, *Histoire de l'Église*, t. 1, p. 22 (trad. de l'abbé Belet)

Berlin, 1811; A.-W. de Humboldt, *Ueber die Aufgabe des Geschichtschrebung*, Berlin, 1822: Gervinus, *Grundzüge der Historik*, Leipzig, 1837; Loebell, *Ueber die Epochen der Geschichtschreibung* (Raumer, *Hist. Taschenbuch*, 1841); F. Rhem, *Lehrbuch der hist. Propaedeutik*, 2.ª edicion, por H. von Sybel, Francfort; Sybel, *Gesetze des hist. Wissens*, Bonn; 1864.

La sociedad religiosa.

4. Si es cierto que la vida en comun es la forma y condicion necesaria de la vida propiamente humana, de la vida moral, lo es más, mucho más, respecto de la religiosa. Toda religion, por su propia naturaleza, encamínase á establecer vínculos entre los hombres; con mayor razon debe ser así en el Cristianismo, que es la religion verdadera y perfecta. La historia de la religion es, pues, al mismo tiempo la historia de las sociedades religiosas. En el orígen de éstas notamos tres clases de desenvolvimiento:

1.° Las sociedades religiosas del antiguo mundo, íntimamente unidas al Estado ó confundidas con él, permanecen, como él, confinadas en los límites de un territorio. Abundan en errores y carecen de vida interior é independiente; todo consiste allí en pompa exterior, de la que está ausente el alma, en culto grosero y con frecuencia inhumano.

2.° La Sinagoga judía, estrechamente aliada con la forma teocrática del Estado, es asimismo particular de un pueblo; cierto que si se aparta de las otras es por necesidad y para preservarse de elementos hostiles, porque Dios ha hecho de ella el instrumento de sus revelaciones en medio de las *tinieblas del paganismo* (*Rom.*, III, 1), y le ha dado un culto simbólico de profunda significacion. Es más pura, más noble que todas las religiones paganas, y sin embargo, no es sino el preludio de un órden de cosas más elevado. (*Gal.*, III, 24.)

3.° La Iglesia Cristiana y universal, más viviente y perfecta que la Sinagoga, realiza las antiguas figuras. Su primer principio es el espíritu de caridad. Difiere de toda otra religion, y no se confunde con la *sociedad política*; *libre é independiente*, conteniendo la plenitud de la verdad, es la más grande y magnífica sociedad que el mundo ha conocido. La luz de la verdad no despide sino pálidos reflejos en las religiones paganas, sumergidas casi enteramente en las tinieblas del error y la supersticion. Esta luz se hace más viva en la Sinagoga del pueblo elegido; pero sin disipar todavía las sombras y las nubes, ni romper las tinieblas del mundo pagano. El sol no resplandece con todo su brillo, sino cuando el Hijo de Dios desciende del Cielo, y trae consigo la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. (*Joannes*, I, 9.)

Tales son las tres fases de la revelacion divina bajo la ley natural, la

mosáica y la de gracia. Las tres participan de Dios, aunque en grados diferentes: verdad desfigurada, verdad velada, verdad en todo su esplendor. Adam, Moisés y Jesucristo son los representantes de estos tres grados [1]. Cuando puesta la mirada en la revelacion divina que ha subsistido desde el orígen, se considera al Cristianismo como la restauracion del órden primitivo, comienza la historia de la Iglesia en Adam. Pero cuando se mira á la Iglesia como una sociedad distinta de la política y doméstica, como una institucion subsistente por sí misma y destinada á contener en su seno todos los pueblos, esta historia no comienza sino en Jesucristo, si bien debe hablar tambien de los tiempos que sirven de preparacion al Cristianismo, y esclarecen y facilitan su inteligencia.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚM. 4.

Acerca de las diferentes fases de la revelacion, véas. Scheeben, *Dogmatique*, t. I, p. 51 y sig. Sobre las sociedades religiosas, Rothe, *Die Anfaenge der christl. Kirche*, Heidelberg, 1837, t. 1, p. 1.; Schleiermacher, *Entwurf eines Systems der Sittenlehre*, § 157, p. 116 y sig.; *Der christl. Glaube*, I, § 6, p. 35 y sig.; A. Ullmann, *Das Wesen des Christenth.*, Hamburgo, 1849, p. 121. Acerca de las relaciones de la Iglesia con los patriarcas, y sobre la pretendida novedad del Cristianismo, véas. *Iren.*, IV, 5 y sig., 14 y sig.; Euseb., *Hist. eccl.*, I, 4; Epiph., *Haer.*, t. I, lib. I, núm. 5, p. 5, 6; Aug., *Civ. Dei*, XVIII, LI; *Retract.*, I, 13; Leo M., *Serm.* XXIII, cap. IV; *Serm.* LXIII, cap. II; Prosper., *In Ps.* CIV. Tambien Natal Alejandro, Graveson, Stolberg, Rohrbacher, etc., han comenzado sus historias con la primitiva de la humanidad.

La Iglesia y los cambios que se operan en su seno.

5. La Iglesia *(Matth.*, XVI, 18) es una institucion religiosa fundada por Jesucristo, Hijo del Altísimo, para realizar sobre la tierra el reino de Dios, con organismo independiente y dirigido por Dios mismo; ó bien es la asamblea de fieles reunidos bajo una misma cabeza y bajo el representante visible de ella, los cuales profesan las mismas doctrinas, participan de los mismos sacramentos, y están unidos por la verdad y la gracia; sociedad terrestre que tiende á un fin sobrehumano, y que prosigue aquí abajo la obra de la redencion y santificacion del linaje humano.

Compónese esta Iglesia de dos elementos: uno divino, que abraza todo lo que ella tiene de su Divino Fundador y del Espíritu Santo que la

1 Jesucristo reune todas las propiedades de sus predecesores: es Jefe de la humanidad como Adam; legislador como Moisés; pero es al mismo tiempo Profeta, Sacerdote y Rey: verdadero Dios y verdadero hombre, es á la vez Salvador y Mediador.

dirige, todo lo que ha recibido en don como Esposa del Señor; y otro humano, que lleva necesariamente en sí misma, como sociedad compuesta de hombres, en la cual el elemento divino recibe su forma y su sello bajo el libre concurso de la voluntad. Si fuese institucion puramente divina, estaría colocada fuera de la historia; sólo por el elemento humano tiene, pues, cambios, marcha progresiva, historia.

Estos cambios se revelan: *a*. Exteriormente. La Iglesia está á menudo restringida y coartada en su expansion; expuesta á las vejaciones y ataques de otras sociedades; sujeta, sobre todo, á caer en la opresion y señorío de los imperios de la tierra. Más tarde estos obstáculos desaparecen, y la paz sucede á la lucha. *b*. Interiormente. La Iglesia es *perturbada* por la depravacion de espíritu y la perversidad de corazon de muchos de sus miembros; experimenta á la vez falta y superabúndancia de recursos exteriores; su fuerza moral sobre los individuos, ora aumenta, ora se disminuye.

En sí y por su lado material, la doctrina de la Iglesia es inmutable; sin embargo, no deja de ser susceptible de un progreso formal. Hay perfeccionamiento en la manera de explicar, de formular, de exponer las verdades religiosas. La doctrina de la Iglesia es, bajo aspectos diferentes, objeto de la fe y de la ciencia; para el pueblo cristiano es juntamente principio de vida y de accion; se graba en el culto, en la disciplina, en la constitucion de la Iglesia. Nuevas necesidades originan nuevas leyes, y dan á la vida formas y órganos nuevos; la ciencia, el arte religioso están sometidos á las leyes generales del progreso natural. Todos estos cambios, sin alterar la índole de las cosas, son sin embargo de incalculable importancia; la historia eclesiástica los señala.

Esta historia es exterior é interior. Bajo el primer aspecto, nos da a conocer la extension más ó ménos grande de la Iglesia en los límites del espacio y del tiempo, en las diversas comarcas de la tierra, sus relaciones con los Estados, con las diferentes sociedades políticas y religiosas. Bajo el segundo, nos inicia en los progresos teóricos y prácticos de la doctrina de la Iglesia, de su culto, constitucion y disciplina.

Nuestro designio en esta exposicion es describir la marcha, el lado moral y el término de este desenvolvimiento sucesivo, presentar un cuadro *exacto de las instituciones eclesiásticas en las fases sucesivas* que han recorrido, familiarizar al lector con el dominio entero en que la Iglesia ha verificado sus trabajos. Como ciencia, la historia de la Iglesia es la exposicion sistemática de su vida, sus progresos y su influencia sobre las relaciones humanas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 5.

La palabra ἐκκλησία viene de ἐκκαλεῖν, evocare (aoristo ἐκκλῆσαι, sustantivo ἔκκλητος), y significa coetus, concio, evocata multitudo; entre los lexicógrafos σύνοδος, πανήγυρις; entre los clásicos (Thucyd., I, 32; Polyb., V, 74; Plutarc. *in Phocione)* leemos ἐκκλησίαν ποιεῖν, ἁλίζειν. En los LXX, קָהָל y קְהַל יְהוָה se traduce á veces por ἐκκλησία *(Deut.*, XVIII, 16; XXIII, 1, 2), á veces por συναγωγή. Cyrill. Hier., *Cat.* XVIII, 24: ἐκκλησία καλεῖται φερωνύμως διὰ τὸ πάντας ἐκκαλεῖσθαι καὶ ὁμοῦ συνάγειν. El Nuevo Testamento trae rara voz συναγωγή *(Jac.*, II, 2; *Hebr.*, X, 25), y más á menudo ἐκκλησία por asamblea *(Hebr.*, II, 12, segun el *Salmo* XXI, 23; *Act.* XIX, 32. 39). Designa, ya comunidades particulares *(Act.* VIII, 1; XIII, 1; *(Apocalips. Offenbarung).*; *Col.*, IV, 15), y entónces se emplea en plural; ya la totalidad de los fieles *(Matth.* XVI, 18; *Act.* IX, 31; *Eph.* I, 22; *Col.* I, 18), y en este caso no se usa sino en singular. (Passaglia, *De Eccles. Christ.*, Ratisbona, *t. I.* p. 7 *y sig.*). Expresa muy á menudo el lugar de la Asamblea, lo mismo que el griego κυριακή, *scilicet* οἰκία, y el celta *cyrch*, *cylch*. Los pueblos romanos han conservado la palabra *ecclesia* (église, chiesa, iglesia). Los nombres germanos y slavos (Kyrch, Kyrka, Kyrk, Church, Zyrkew, Zerkow, Cerkiew), recuerdan el κυριακὴ οἰκία, de donde la mayor parte hacen derivar la palabra *Kirche* (Iglesia, en aleman). Otros (H. Leo, Kurtz) creen más bien que *Kirche* viene del celta. (Loebbe, *De origine voc. Kirche;* Altenb., 1855; J. Grimm, *D. Grammatik,* 3.ª edic.). No hay razones sólidas para hacerlo derivar de *Küren* (Sepp, *Leben Christi*, II, 151.) Este término no se aplica más que á una sociedad religiosa fundada por Dios, el Señor (Kyrios).

Cualidades de la Historia.

6. Para ser verdaderamente ciencia, la historia debe: 1.º, no limitarse al mero relato de los hechos y acontecimientos presentados en su sucesion cronológica y relacionados con el lugar en donde se verificaron.

2.º Es preciso además que armada de la crítica, vaya á buscar los hechos en sus propias fuentes; que examine la credibilidad y veracidad de éstas y de aquéllos, y que aplique, en fin, las leyes generales que rigen la ciencia histórica. A la crítica debe unir: 3.º, el *pragmatismo histórico*, apreciando los hechos particulares en su enlace interior y externo, en sus circunstancias, causas y efectos, mostrando su encadenamiento lógico y agrupando los detalles al rededor de la idea que rige el conjunto.

En efecto, la historia, es ante todo, cualquiera que sea la forma que adopte, (crónicas, anales, memorias, etc.), la relacion de los acontecimientos, tales como se suceden en su órden cronológico. Pero toda narracion de este género no podría aspirar al título de historia científica. A la exposicion exacta de los hechos es preciso unir su inteligencia, es preciso juzgar los hechos y relacionarlos con su causa primitiva.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚM. 6.

Fleury, *Préface de l'Hist. ecclés.*, §§ 1 y sig.; Moehler, *Ges.Schr.*, II, 261 y sig.; Gams, *Hist. eccl.*, de Moehler, t. I, p. 1 y sig.; Ullmann, en su obra *Studien und Kritiken*, 1829, IV; 1835, III; Schleeiermacher, *Gesch. der christl. Kirche*, Berlin, 1840, p. 1 y sig.

La crítica.

7. La crítica se extiende: *a*. A los hechos y acontecimientos. *b*. A los testimonios y á los testigos. Rechaza los hechos que, dadas determinadas conjeturas, son imposibles, ó contradictorios de las circunstancias de tiempos, lugares y personas, ó que no podrían verificarse sino por un milagro, así como los desprovistos de testimonios, ó refutados por otros, ó apoyados en testimonios demasiado débiles. Examina la credibilidad de las alegaciones: *a*. segun el crédito de los testigos (¿podían saber la verdad? ¿querían decirla?); *b*. segun la exactitud de las alegaciones mismas. (¿El testimonio es auténtico en su totalidad y en sus partes? ¿Es apócrifo é interpolado?)

Los escritos son ó auténticos, ó interpolados, ó dudosos. El juicio que sobre ellos se emite, apóyase en sus caractéres internos y externos: anacronismos, contradicciones groseras, antífrasis, diferencia total de estilo con las obras auténticas del autor, divergencias sérias en las apreciaciones, declaraciones positivas que emanan de otros testigos autorizados, etc.

Diversas razones prueban ser una obra supuesta: impostura de los herejes ó de otras personas interesadas; ignorancia, incuria, mala fe de los copistas, ficciones voluntarias, ilusion nacida de ciertos indicios mal interpretados, etc. La crítica pone remedio á estos defectos, consultando los manuscritos más antiguos, mejores y en más número; aduciendo citas sacadas de otros escritores ó bien catálogos de obras procedentes de los autores mismos, ó de personas que fueron coetáneas suyas (Orígenes, San Jerónimo, San Agustin); examinando la materia y forma de los escritos, las circunstancias de tiempos ó lugares en que han vivido los autores, las formas, las costumbres ó hábitos de su época, de su lenguaje, estilo y carácter.

Una obra debe positivamente atribuirse á un autor, cuando las inscripciones de los antigos manuscritos lo indican así, cuando está á su favor el testimonio de los contemporáneos, cuando el método, el estilo y la materia recuerdan las obras que notoriamente le pertenecen, cuando el autor afirma que tal escrito procede de su pluma. Las razones

negativas, tanto internas como externas, que se oponen á que un libro se atribuya á su pretendido autor, son: las contradicciones intrínsecas, la diversidad de estilos y de carácter, etc.

Siempre que sea posible se debe recurrir al texto más antiguo, corregirlo esmeradamente, examinar si todo lo que encierra conviene al autor y á su tiempo; si ha llegado hasta nosotros perfectamente intacto, ó si ha sido mutilado y corrompido; buscar las contradicciones aparentes y reales, invocar el testimonio de los antiguos, pesar por do quiera las razones en pro y en contra, sin opinion preconcebida. Este trabajo exige grandes conocimientos positivos, y supone que está uno particularmente familiarizado con las fuentes que son tributarias de la historia. Sin crítica, la historia correría el riesgo de confundir lo falso con lo verdadero, lo incierto con lo cierto, de dar por verdad los sueños de una imaginacion desarreglada. Hallaríase entónces asentada sobre deleznables cimientos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 7.

Honorato de Santa María, *Animadversiones in regulas et usum critices*, Venet., 1738 (en francés, Paris, 1713): Laubrussel, *Tract. de malo usu critices in negot. relig.*, Paris, 1713; Giac. Laderchi, *La critica d'oggidi, ossia l'abuso della critica moderna*, Roma, 1726; Mabillon, *De studiis monast.*, part. II, cap. XIII; *De optima methodo legendi Patres*, part. II, cap. XV; part. III, cap. XI; Dupin, *Bibliothèque des auteurs ecclesiast.*, prefac., p. XV y sig., y en Fessler, *Patrol.*, t. I, p. 65-87, Œnip., 1850; Héfelé, *Tüb. Qu.-Schr.*, 1842, p. 437 y sig. La crítica ha sido cultivada sobre todo por Tillemont, los benedictinos de San Mauro y los jesuitas; entre los protestantes por Ernesti (*De fide historica recte aestimanda*, opusc. philol. crit., ed. II, Lugd. Bat., 1776, p. 64 y sig.), y Griesbach, *Diss. de fide hist. ex ipsa rerum quae narrantur natura judicanda*, Hal., 1764, in 4.°; *Opus. acad.*, ed. Gabler, Jen., 1824, I, 167 y sig.

El pragmatismo.

8. Aunque la crítica suministra detalles ciertos, no produce un todo viviente y homogéneo; da el terreno y los cimientos, pero no el edificio mismo. Necesítase además lo que se ha llamado en nuestros días pragmatismo: Este es: 1.°, filosófico ó psicológico, que, colocándose en el punto de vista de la filosofía de la historia, se remonta á los orígenes de los hechos particulares, esclarece sus causas y resortes ocultos, y busca luz en las ideas que se incorporan á ellos ó les sirven de fundamento; 2.°, teológico ó religioso, que, tomando por guía la verdad revelada, intenta penetrar los secretos designios de Dios y los actos de su Providencia, indaga por doquiera cómo se realiza en el tiempo el plan eterno de Dios y cómo las criaturas racionales, entregándose libremente á

Dios, le glorifican por Jesucristo y revelan al mundo con Jesucristo y por Jesucristo su poder divino y los triunfos que obtiene sobre los hombres, á pesar de la resistencia de éstos, y despues de haber sido desconocido y menospreciado. Esta cualidad eminente que distingue toda historia verdadera y en particular la eclesiástica, debe apoyarse en la profundidad y solídez de las investigaciones. « Así como la nocion de la historia universal, dice Marheinecke [1], no podría ser comprendida sin la religion, de igual manera y con mayor razon la historia eclesiástica se convierte en perpetuo enigma si no se la considera desde el punto de vista de las cosas suprasensibles, porque en ella todo se halla relacionado próxima ó remotamente con la santidad misma. Un espíritu puro y santo habla distintamente y nos llama desde el fondo de la historia; este espíritu, independiente del mundo y de los acontecimientos, libre de los vínculos de una eterna necesidad, dirige detrás del velo de los fenómenos la universalidad de la Creacion, pesa el derecho y la justicia, y mueve todas las cosas hácia su verdadero fin. El plan eterno de Dios se refleja en la historia como en un espejo. »

Si el pragmatismo filosófico, intentado por Herodoto y más aún por Polibio, presentido por Ciceron y Tácito, se ocupa principalmente en las causas segundas, el pragmatismo teológico se remonta á la causa primera, al primer motor, á Dios. Uno y otro se completan, porque Dios no obra solo, sino con los hombres y por los hombres. Dios, dice Moehler [2], dirige todas las cosas hácia su fin último. Pero el hombre es libre y dispone de sus acciones; solamente que cuando éste las ha dispuesto, Dios, que las ha previsto, las hace concurrir á sus designios. Todas las obras de Dios son buenas (*Eccli.*, XXXIX, 22); por Él reinan los reyes (*Prov.*, VIII, 15); Él es quien cambia los tiempos y los siglos, quien traslada y establece los imperios, quien da la sabiduría á los sabios y la ciencia á los que tienen la inteligencia y la luz (*Dan.*, II, 21). « Este Dios, pues, dice San Agustin, autor y dispensador de la felicidad, da, porque Él solo es el verdadero Dios, los imperios terrestres á los buenos y á los malvados; pero no fortuitamente y por ciego capricho, puesto que es Dios y no el Destino, y puesto que conoce todo lo oculto, segun el órden de las cosas y lugares, que está patente para Él. Este órden de los tiempos no lo sigue Dios como esclavo, sino lo gobierna como Señor y lo rige como ordenador soberano. [3] »

Detengámonos un instante en estos grandes pensamientos.

---

1 *Historia Universal del Cristianismo*, t. I.
2 *Mélanges*, t. II, p. 270.
3 San Agustin, *De civitate Dei*, IV, XXXIII.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 8.

Plutarco decía muy justamente (*De oracul. defectu*, cap. XLVII et seq.): « Los antiguos no fijaban su atencion sino en lo que hay de divino en los fenómenos; afirmaban que Dios es el principio y centro de todo, que todo proviene de Él; pero olvidaban las causas naturales.» Sus descendientes, al contrario, despreciaron completamente esta razon divina de las cosas, y creyeron poder explicarlo todo por causas naturales: dos extremos igualmente defectuosos, porque la verdadera inteligencia exige la reunion de ambos. »

Polibio (véase I, 3, 4) y otros muchos autores hasta Herder (*Ideen zur Philosophie der Gesch. der Menschheit)*, han intentado aplicar el pragmatismo puramente filosófico; San Agustin (*De civitate Dei)* y Bossuet (*Discurso sobre la Historia universal)*, el pragmatismo teológico. Véase tambien á de Maistre, *Considerations sur la France*, ch. I; Staudenmaier, *Geist der goettl. Offenb.*, Giessen, 1837, p. 55 y sig.; Dieringer, *System der goettl. Thaten des Christenth.*, 2.ª ed., Mainz, 1857.

9. Así como en el mundo físico un fenómeno produce otro fenómeno, así tambien no hay hecho importante en el mundo moral que no encuentre su causa en otro, y que no sea causa á la vez de otro hecho subsiguiente. Éste, lo mismo que el primero, á pesar de las complicaciones de sus fenómenos, no es otra cosa en definitiva que la realizacion y desenvolvimiento de ciertas ideas intelectuales, bajo la forma concreta de los hechos exteriores. Todo sér inteligente obra en virtud de un pensamiento, así el verdugo de 1793 como el mártir de 250. En sus relaciones, en sus actos exteriores, no muestra, ni realiza, ni encarna jamás sino la vida interna de su espíritu, las ideas que al principio dormitaban aún en el mundo misterioso de sus pensamientos. Lo que sucede es, que al producirlos al exterior, les presta la vida y claridad de que carecían hasta entónces.

Esto, que es cierto respecto á los individuos, lo es tambien en las naciones, en los grupos, en las porciones más ó ménos considerables de la humanidad. Pueblos é individuos no son sino los miembros de una sola raza, de un cuerpo moral, creado para un fin que va más allá del horizonte de esta vida terrestre. Fuera del ministerio que á cada uno corresponde, ellos deben concurrir al de la totalidad. Ahora bien: la tarea de la historia, en el interior laboratorio de la vida intelectual de los individuos y de la sociedad, es ofrecernos una viva y sorprendente imágen de la marcha y expansion de las ideas.

Pero ¿no hay más que una sola idea para el género humano? ¿El mundo moral y social tiene un sólo pensamiento fundamental? No debería haber sino uno: la realizacion del plan divino, la manifestacion de Dios al exterior, la libre glorificacion del Omnipotente; « porque todo es de Él, en Él y para Él; porque se le debe gloria eterna (*Rom.*, XI, 36),

todo ha sido creado por causa de Él (*Prov.*, XVI, 4), y su nombre debe ser exaltado por todas partes.» (*Ps.* CVI, 1; CXII, 2). Y como el Verbo divino es el centro é intermediario de esta gloria, nosotros debemos hacernos semejantes á Él, á Él es á quien debemos reproducir en nosotros (*Gal.*, IV, 19; *Rom.*, VIII, 29), porque Él es el principio y el fin, el centro de la historia del mundo. (*Apoc.*, I, 8: *Rom.*, X, 4.)

Tal debería ser el pensamiento dominante de todo el universo moral; pero en realidad no es así. Miéntras que el órden físico, gobernado por fuerzas necesarias, jamás se aparta de las leyes que lo rigen, expresando siempre con más ó ménos perfeccion el pensamiento único de su Criador, el órden social y moral presenta el espectáculo de un conflicto, de una lucha incesante entre la idea objetiva del conjunto y la idea subjetiva del individuo, entre el plan de Dios y la voluntad del hombre.

Este es el efecto de la libertad natural y de su abuso, abuso de lo que constituye la verdadera nobleza del hombre, y le permite elevarse á la altura de los ángeles. Pero aquí está tambien el principio de su degradacion, cuando se rebaja al nivel del bruto.—Esta lucha entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre Cristo y Belial, es la causa que determina la idea secundaria de la historia. La irradiacion en el tiempo de lo que es eterno, la penetracion de las cosas divinas en las humanas, tiene por antítesis la manifestacion bajo las más diversas formas de lo que es opuesto á Dios. El corazon humano es el primer teatro de esta lucha. Allí, en el fondo de la conciencia, se encuentran y chocan la violencia y el derecho, la mentira y la verdad, la virtud y el vicio. Este antagonismo estalla tambien y con los mismos contrastes en la vida de los pueblos; se reproduce en el dominio de la Iglesia, y es, sobre todo, quien da á su historia incesante movilidad. El egoismo, el orgullo, la mentira, el paganismo y el judaismo, la herejía y el cisma, la falsa ciencia y la falsa política, las ideas defectuosas sobre la vida social, la ceguedad y la malicia, las alianzas públicas y secretas, todo conspira contra su existencia; el espíritu del mundo la contraría, ora en su desenvolvimiento exterior, ora en los progresos de su vida interior, y provoca en su propio seno escándalos y traiciones.

Sin duda, los designios del Criador concluyen siempre por triunfar de él, y tardo ó temprano el sol de la verdad disipa las nubes del error. Sin duda el reino de Jesucristo está asegurado, y todos sus enemigos quedarán humillados á sus piés (*I Cor.*, XV, 24-25); pero en las fases que preceden á este triunfo, en las vicisitudes diversas de esta lucha, ¿no parece á menudo que las tendencias egoistas del hombre van á prevalecer, ya para siempre, ya por largo tiempo sobre los consejos de Dios? Y lo que vemos en los acontecimientos, se ve tambien en la ciencia y en

las otras esferas; la impostura, el error, todo lo que recibe su inspiracion del demonio, parecen á menudo triunfar.

Dios, sin embargo, continúa velando sobre la humanidad y sobre su Iglesia en particular. El mismo que ha prometido estar con ella todos los días hasta el fin de los tiempos (*Matth.*, XXVIII, 20), no cesa de repetir á los suyos: «¡Tened valor, yo he vencido al mundo!» (*Joan.*, XVI, 33.) Él deja libre campo á la libertad; pero ordena los actos libres á los fines que se propone. En su eterna prevision, dirige todas las cosas de modo que el mal, contra su propia voluntad, se convierta en siervo del bien, que las tinieblas sean los auxiliares y ministros de la luz; y permite que el bien salga del mal. La persecucion de sus amigos, á cuyo bien contribuye todo (*Rom.*, VIII, 28), sirve para purificarlos y elevarlos á más alto grado de perfeccion (*Hebr.*, XII, 6). Despues, en el tiempo señalado por la Providencia, aparecen hombres justos suscitados por su espíritu, unos revestidos de la toga, otros ceñidos de la espada, profetas, reyes, legisladores, doctores de la Iglesia, santos, y sucede que al fin Él ha desplegado exteriormente de brillantísima manera todos sus atributos, y que su sabiduría ha llegado al término que se proponía. Sobre los buenos ejerce entónces su misericordia; sobre los malos su justicia vengadora. Y dando así á cada uno lo que le pertenece, justifica este presentimiento del poeta: «La historia del mundo es el juicio del mundo,» al ménos por el lado en que este juicio es la expresion de la verdad; ó bien este dicho de Salviano: «Dios juzga al mundo gobernándolo.»

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 9.

Th. H. Buckle (*Geschichte der Civilisation in England*), se muestra muy exclusivo; desconoce completamente las verdades más elementales de filosofía y teología, y sólo conoce dos cosas: el acaso ó la necesidad en los acontecimientos particulares; cree que las acciones del hombre son determinadas por los hechos precedentes. El italiano Marselli (*La Scienza della Storia*, Firenze, 1873) trata la filosofía de la historia con la misma estrecha parcialidad, apoyándose en el sistema de Hegel. Véase sobre Buckle, Droysen en Sybel. *Hist. Ztschr.*, 1863, t. IX, p. 1-22.

10. Así se revela en la historia universal la Providencia, el gobierno general de Dios. Pero la historia de la Iglesia nos ofrece ejemplos particulares de su solicitud y de su amor. Jesucristo, al fundar su Iglesia, le prometió asistirla incesantemente y hacerla invencible contra las puertas del infierno. La Escritura la representa como el reino de los cielos [1],

1 *Matth.*, III, 2; V, 10; XIX, 12.

el reino de Dios [1] y de Jesucristo [2]; la ciudad divina [3]; la morada del Señor [4]; el templo [5] y el cuerpo de Jesucristo [6]: es una navecilla que *las olas amenazan sumergir*, pero que nunca perece [7], ni áun en los momentos en que el Maestro parece dormitar, y flaquea el valor de los discípulos; es el Arca de Noé, único refugio del género humano [8]; es un campo sobre el cual el Padre de familias echa la simiente, y donde el trigo crece en medio de la zizaña. Semejante á un grano de mostaza, se convierte en grande árbol, y cual la levadura, penetra *toda la masa* [9]. *Imperceptible en sus orígenes, no* tarda mucho en ser el más *vasto* instituto que jamás ha existido entre los hombres, y continúa su marcha progresiva en medio de incesantes luchas que sostiene en lo exterior. Iglesia militante hoy, más tarde se convertirá en Iglesia triunfante.

Siempre igual á sí misma, la Iglesia muestra á través de *los siglos* su *unidad y apostolicidad*, su *santidad*, su catolicidad, dotes que en el *estado* de gloria tocaran á su perfecta consumacion. Vendrá el día en que todo se convertirá á ella, hasta sus enemigos y perseguidores. Continuando en su seno la obra de la encarnacion del Hijo de Dios, ella se glorifica por los sufrimientos y cumple en sí misma esta palabra de Jesucristo á sus Apóstoles: «Yo os doy *la gloria* que he *recibido* de mi Padre [10].»

Imparcialidad de la historia.

11. En la historia de la Iglesia las ideas fundamentales del pragmatismo son ideas positivas, suministradas por el asunto mismo. Hay estricto deber de evocarlas incesantemente en el estudio de esta historia, evitando, sin embargo, perderse en los detalles, y sin abandonar el sólido terreno que ha *preparado la crítica. Para* que el *pragmatismo conserve todo su valor*, ni se debe adoptar un sistema filosófico exclusivo, ni en general tomar su punto de partida fuera de la Iglesia, sino servirse de la regla que ella suministra para juzgar todo lo demás. Es preciso, en una

1 *Matth.*, I, 14; XIV, 11; *Luc.* XXII, 16, 18; XXIII, 51.
2 *Matth.*, XX, 21; *Eph.*, V, 5; *II Petr.*, I, 11; *Joan*, XVIII, 36.
3 *Matth.*, V, 14; *Apoc.*, XX, 9; XII, 12; *Hebr.*, XII, 22.
4 *I Tim.*, III, 15; *Hebr.*, X, 21; *I Petr.*, IV. 17.
5 *I Cor.*, III, 16, 17; *II Cor.*, VI, 16.
6 *I Cor.*, XII, 27; *Eph.*, I, 23; IV, 12; V, 23.
7 *Matth.*, VIII, 23; *Luc.*, VIII, 23, etc.
8 *I Petr.*, III, 20.
9 *Matth.*, XIII, 18, 31 y sig.
10 *Joan.*, XVII, 22.

palabra, apreciar los fenómenos del Cristianismo con espíritu cristiano. Aquí reside la verdadera imparcialidad que se exige al historiador. La cual consiste en desnudarse de toda preocupacion personal, de toda prevencion insostenible; en hacer concienzudos esfuerzos para exponer los hechos, tales como son en realidad, pero no en repudiar todo sentimiento y conviccion cristianos, haciendo abstraccion de la fe y del culto religioso. Esta última exigencia sería á la vez imposible é inmoral, porque nadie tiene el derecho de renegar de su creencia ni prescindir de ella. El incrédulo, con sus antipatías irreligiosas, no muestra sino hipócrita imparcialidad.

Un escritor sin principios convierte á la historia en exposicion descolorida y sin carácter, sin vida ni movimiento. «¿No es esto, dice Hagenbach, arrancar á la historia sus entrañas, sacrificar el perfume y la suavidad de sus flores, cambiar en un herbario el jardin de la historia? ¿Qué quereis hagan la Iglesia y la teología de una historia que, fuera del gabinete de estudio, no encuentra ecos en el alma del teólogo ni en el corazon del pueblo?» Seguramente hay precision de que el historiador se sujete á la verdad objetiva de la narracion, á la exposicion imparcial de los hechos, que los someta á un exámen atento y no los altere por ninguna consideracion accesoria; pero debe ser libre tambien para dar expresion viviente á sus sentimientos religiosos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 11.

Μόνῃ θυτέον τῇ ἀληθείᾳ, εἴ τις ἱστορίαν γράψων ἴοι. Luciano: Πῶς δεῖ ἱστορίαν συγγράφειν, I, 39. «Ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri dicere non audeat.» Cic., *Orat.*, II, 9, 15. El historiador no es inventor, sino custodio é intérprete de los hechos, segun lo que Séneca (*Ep.* XCV) dice de los gramáticos: *non inventores vocum, sed custodes.*

Division de la historia eclesiástica.

12. Puede dividirse en *universal* y *particular*. Esta se limita á cierto número de países, siglos ó períodos, ó á ciertos aspectos de la vida religiosa. La primera recoge todas estas partes, que le sirven de trabajos preparatorios, y se apodera de cuanto ha sucedido en el seno de la Iglesia siempre que cree encontrar allí un punto de apoyo bastante para sus meditaciones. Pero es preciso no olvidar que la historia universal debe ante todo, y en primera línea, tratar de la Iglesia Católica, y despues, accesoriamente, de las otras asociaciones religiosas que pretenden ser la verdadera religion de Jesucristo. La razon enseña que no hay más que una sola verdadera Iglesia cristiana: los atributos esenciales de esta

Iglesia sólo se hallan en el Catolicismo. Las otras religiones son ramas arrancadas de la verdadera; su orígen es humano, y consisten en una corrupcion de la verdad. Pretendiendo corregir la obra de Cristo, se condenan á sí mismas, y rinden involuntario homenaje á esta Iglesia única á quien Dios ha constituido en columna y fundamento de la verdad [1]; la cual ha sido establecida por Él para prevenir la inconstancia de las opiniones y servir de autoridad exterior durante todos los siglos. No es posible ver en estas diferentes Iglesias partes de un mismo todo, experiencias, tentativas aisladas para acreditar ciertas doctrinas, leyes ó instituciones, preludios de una Iglesia futura. Decir esto sería negar á la Iglesia su fundamento divino, y contradecir á la esencia de la revelacion cristiana.

Por lo demás, estas iglesias deben ser examinadas en segunda línea, no solamente porque sus autores pertenecían al cuerpo exterior de la Iglesia, y han salido de su carne, aunque no le pertenecieran por el espíritu [2], sino tambien porque á menudo han ejercido en el mundo poderosa influencia, y porque han provocado ó producido en cierto modo cosas buenas y útiles, especialmente en el terreno de la ciencia y de la cultura.

Pero relacionando con el Cristianismo cuantos fenómenos importantes han señalado la civilizacion despues de Jesucristo, es preciso no perder de vista que la mision de la Iglesia no consiste sólo en civilizar al hombre, sino más bien en educarle para la vida sobrenatural. Si la historia de la civilizacion se confunde no pocas veces con la universal de la Iglesia, el dominio de ésta no deja por ello de ser mucho más extenso: este dominio comprende, además del cuerpo docente instituido por Jesucristo, para evitar las controversias religiosas y teológicas, el poder sacerdotal y real, establecido para administrar los sacramentos y mantener el órden y la disciplina á través de los siglos y en medio de obstáculos infinitos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 12.

Acerca de la historia universal y la particular, véas. Jacobi, *K.-G.*, I, §. 2. Doellinger, en la primera parte de su obra *La Iglesia y las Iglesias* (Munich, 1861), caracteriza perfectamente las sociedades religiosas separadas de la Iglesia verdadera, y sus argumentos no han perdido valor despues que en sus conferencias de Mayo de 1872, puso estas sociedades al lado de la Iglesia Romana Católica como partes de un gran todo, haciendo abstraccion completa del dogma de la unidad de la Iglesia, que despreciaba ya en 1864 en su oracion fúnebre del rey Maximiliano II.

---

1 *I Tim.*, III, 15.

2 *I Joan.*, II, 19.

Division de la historia por épocas.

13. La historia exige necesariamente que el órden cronológico presida á la sucesion regular de los acontecimientos. La narracion de los hechos, segun hemos visto (5), comprende la historia exterior é interior, y en ésta los diferentes dominios de la doctrina, el culto, la constitucion y disciplina de la Iglesia, donde se producen diversas variaciones.

Bajo el aspecto cronológico distingue generalmente tres grandes épocas, que se subdividen en muchos períodos. Nuevas épocas nacen en la historia, cuando el objeto de que se trata entra en condiciones exteriores esencialmente diversas, y se modifica en sus relaciones y en su modo de ser. Llámase época histórica el conjunto de causas que producen notables cambios en el sujeto de que trata, y contienen gérmenes fecundos á propósito para engendrar nuevas formas vitales. Hay hechos que imprimen á una larga duracion de tiempo sello particular, direccion de incalculable importancia. Si estos cambios entran en la esencia de las cosas, si son universales, se ve comenzar una época nueva; si son ménos importantes y solamente parciales, un nuevo período.

Las tres grandes épocas de la Iglesia son: 1.º, la primitiva, durante la cual los pueblos de civilizacion greco-romana son los principales representantes de la vida cristiana: la Iglesia encuentra allí una civilizacion subsistente desde mucho tiempo ántes, y se dedica á purgarla de sus elementos paganos, y á ennoblecerla. 2.º La época de la Edad Media, en que los pueblos de orígen germánico y slavo, ligados con la poblacion romana, son sacados por la Iglesia del seno de la barbarie, y moralizados; la Iglesia en esta época llena con esplendor su oficio de potencia social. 3.º La moderna, en que tendencias seudo-nacionales se levantan contra la autoridad universal de la Iglesia; los intereses civiles, la ciencia y la vida, falsificadas, protestan contra la soberanía de la idea cristiana, y precipitan la defeccion de muchos pueblos germánicos, miéntras que el descubrimiento del Nuevo Mundo abre nuevos horizontes á la actividad religiosa: es el período en que se desarrolla la «moderna civilizacion.»

Los sabios no están de acuerdo en los límites precisos en que concluyen la antigüedad cristiana y la Edad media, ni en determinar el número y duracion de los periodos que llenan estas tres épocas. Todos convienen, sin embargo, en que los tres primeros siglos de la Era Cristiana, ó sea el tiempo de las persecuciones y martirios, tienen un sello particular, y en que el reconocimiento civil de la Iglesia despues de Constantino inaugura un período nuevo. Unos, como Neander y Jacobi,

extienden este periodo hasta Gregorio Magno, en 590; otros, como Doellinger, *y especialmente* Alzog, *hasta el sexto Concilio Ecuménico* (680) ó hasta el Sínodo *in Trullo*; otros, por ejemplo, Ritter, hasta San Bonifacio, en 719; ó hasta su muerte en 755, como Niedner; ó hasta San Juan Damasceno, como Moehler; otros, en fin, como Héfelé, hasta Carlo-Magno. Todos estos personajes, todos estos acontecimientos tienen seguramente grande importancia; pero la division provocada en Oriente por nestorianos y monofisitas, así como por las conquistas mahometanas, no son de ménos trascendencia; además, trátase de saber si la primera conversion de los germanos no debe ser completamente separada del movimiento de la cristiandad greco-romana; si no es preciso asignarle una nueva era aparte, y admitir que la antigüedad cristiana ha terminado en Oriente y Occidente en épocas distintas, segun la opinion reciente de Kraus.

En la Edad media, los diversos períodos son limitados por las grandes figuras de Carlo Magno, Gregorio VII, Bonifacio VIII, y despues por el principio del gran cisma occidental, en 1577. Cierto que la era de prosperidad y la de decadencia del Pontificado y el imperio, constituyen sus períodos; sin embargo, si nos atuviéramos á esta division, el predominio de los emperadores sobre los papas, tal como se revela desde 962 á 1073 y en parte hasta 1122, así como la lucha del Occidente cristiano contra la omnipotencia mahometana no serían acaso completamente apreciados. En cuanto al fin de la Edad media, podría ponerse en tela de juicio si el orígen del Protestantismo, atendida su verdadera naturaleza, debe ó no remontarse á Wiclef y á Hus, y en parte al movimiento literario y á las tendencias del siglo xv, al Renacimiento en una palabra; si el descubrimiento de América, en que se trata, no ya de la historia de Alemania, sino de la general, no tiene aquí más valor que la publicacion de la tésis de Lutero en 31 de Octubre de 1517. De cualquier modo, está generalmente reconocido que la paz de Westfalia en 1648, y la Revolucion francesa en 1789, constituyen fases distintivas de la historia del mundo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚM. 13.

Moehler, *op. cit.* (Melanges); Kraus, *Lehrb.*, I, § 2, p. 5 y sig.

Division por periodos.

14. En cuanto á nosotros, adoptamos la division siguiente:

I. Antigüedad cristiana. — *Primer período:* Desde la fundacion de la Iglesia hasta el edicto de Constantino en 313, — período de persecucion sangrienta. — *Segundo período:* Desde el edicto de Constantino hasta

el edicto *in Trullo* en 692, — período de las controversias dogmáticas, de los grandes Concilios de los Padres de la Iglesia.

II. Edad media. — *Tercer período:* Desde los principios de la Iglesia entre los germanos hasta Carlo Magno (muerto en 814), — período de la civilizacion cristiana para los germanos. — *Cuarto período:* Desde Carlo Magno á Gregorio VII en 1073 — período del establecimiento del nuevo imperio romano en Occidente y de su preponderancia sobre la Iglesia. — *Quinto período:* Desde Gregorio VII á Bonifacio VIII, 1073-1303 — apogeo del poder político de los Papas, punto culminante de la Edad Media. — *Sexto período:* Desde Bonifacio VIII hasta fines del siglo xv — decadencia del poder papal y principios de una reaccion hostil contra el desarrollo anterior.

III. Tiempos modernos. — *Séptimo período:* Desde fines del siglo xv hasta 1648. — Lucha del individualismo contra la Iglesia. Cisma de Occidente. La reforma y la contra-reforma. Descubrimiento del Nuevo Mundo. — *Octavo período:* 1648-1789. Consolidacion del nuevo órden de cosas. Territorialismo de los príncipes, y adopcion de los principios revolucionarios. A este se junta el período contemporáneo, que está comprendido en su desarrollo. — *Noveno período:* La revolucion universal: nuevos ataques exteriores en que la Iglesia despliega nuevas fuerzas.

Fuentes de la historia eclesiástica.

15. Llámase fuentes históricas á todo lo que sirve para fundar, garantir y dilucidar la historia de la Iglesia por testimonios dignos de fe. Divídense en divinas, que son las Escrituras santas y canónicas, y en humanas. Estas últimas se subdividen en directas é indirectas. A las primeras pertenecen los testigos oculares y auriculares, los que han sido actores ó han tomado parte próxima en los acontecimientos. Las indirectas proceden de las primeras, y son escritas ó no escritas. A las últimas pertenecen las tradiciones orales, las leyendas, muchos monumentos, obras de arte, cuadros, estatuas; á las primeras las escrituras de toda especie, documentos, inscripciones.

Las fuentes públicas son las que emanan de una persona oficial, ó de una autoridad; las bulas y breves de los Pontífices, los decretos conciliares, las reglas monásticas, las leyes civiles, los concordatos, las resoluciones de las Dietas, etc.

Son fuentes particulares las que proceden de personas privadas ó de personas oficiales obrando como particulares: las obras de los autores eclesiásticos, las biografías de los santos, de los hombres célebres, etc. Por oposicion á las fuentes indígenas, ó que provienen de cristianos,

llámanse extranjeras las que tienen orígen no cristiano, las que provienen de paganos, judíos ú otros enemigos de la Iglesia. En cuanto á las fuentes directas es preciso, ante todo, comprobar su autenticidad é integridad miéntras que para las indirectas se examina principalmente el crédito del autor.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 15.

El conocimiento de las fuentes, tan difícil en otro tiempo, es hoy fácil, gracias á las numerosas ediciones que se han hecho de las obras que las contienen. Estas son:

a. Colecciones de documentos pontificios en las *Epist. roman. pont.* (ed. Coustant, Paris, 1721; ed. Schoenemann, Goettinga, 1796; ed. Thiel, Brunsb., 1867), á las cuales se unen las cartas contenidas en las obras de Leon el Grande y Gregorio Magno, así como en los bularios (véase Vering, *Droit canon.*, §§ 14, 15, p. 59, núm. I, p. 600). Los *Regestae* de los Papas hasta 1198 han sido publicados por Jaffe (Berol., 1851, en 4.º), y continuados hasta 1304 por Potthast (Berol., 1872, y sig.).

b. Las colecciones de los Concordatos por L. Munch, Nussi, etc. (Vering, *op. cit.*, § 55, p. 681, núm. II).

c. Las colecciones de los Concilios por Merlin, Joverius, Crabbe, Surius, Bollani, Sirmond, en los siglos XVI y XVII. Más completas son la *Collectio regia*, Paris, 1644, en fól., 37 vol., y la de Labbe y Cossart, Paris, 1672, en fól., 18 vol.; pero principalmente la de Harduin, Paris, 1715, en fól., 11 vol., y la de J.-D. Mansi (Florencia y Venecia, 1759, en fól., 31 vol.). Los Concilios más recientes están reunidos en la *Collectio Lacensis*, Friburgo, 1870 y sig. (Los vol. I-IV han salido á luz.)

d. Los símbolos y confesiones de fe públicas han sido coleccionados por C.-W.-F. Walch, *Bibliotheca symbolica vetus*, Lemgo, 1770; Hahn, *Bibliothek der Symbole und Glaubensregeln der a. kath. Kirche*, Breslau, 1842; Denzinger, *Enchiridion symbolorum et definitionum*, Wirceb, 1853; ed. 4, 1865; ed. 5, 1874; sobre la Iglesia griega, por C.-J. Kimmel, Jena, 1843; sobre los luteranos, por A. Rechenberg, Leipzig, 1677, 1756; G.-M. Pfaff, Tubinga, 1730; J.-H. Tittmann, 1817; G.-A. Hase, 1827; J.-A. Müller, Stuttgard, 1848; sobre los reformados, por C.-W. Augusti, Elberf, 1828, y H.-A. Niemeyer, Leipzig, 1840.

e. Las liturgias y rituales de Oriente y Occidente han sido publicadas por J.-A. Assemani, *Cod. liturg. Eccles. univ.*, Roma, 1749, 13 vol.; Eus. Renaudot, *Liturg. orient. Collect.*, Paris, 1716, 2 vol.; Goar, *Euchologion graec.*, Paris, 1647, en fól.; Is. Habert, *'Αρχιερατικόν graec.*, Paris, 1676; Mabillon, *De liturg. gallican.*, Paris, 1729, en 4.º; Pinius, *Lit. ant. Hispan.*, Roma, 1749, en fól., 2 vol.; Muratori, *Liturgia rom. vetus*, Venet., 1748, 2 vol. en fól.; Daniel, *Codex liturg. Eccl. univ.*, Lips., 1847-53, 4 vol.; Denzinger, *Ritus orientalium*, Wirceb., 1853 y sig., 2 vol. en 8.º; Rajewski, *Euchologion der orthodor-kathol. Kirche*, Viena, 1861 y sig., part. III; Thomasius (card.), *Sacramentaire des Gaules*, ed. Vezzozi, 7 vol. en 4.º, Roma, 1747.

Añádanse: Bona, *Rel. liturg. libri II*, Roma, 1671; Durandi, *Rationale divin. officiorum*, Lugd. Batav., 1605, Neap., 1866; Martene, *De antiquis Eccl. ritibus libri III*, ed. auct., Antwerp., 1736, vol. en 4.º; Mone, etc.

f. Las reglas de las Órdenes monásticas han sido reproducidas por el converso Lucas Holstein, bibliotecario del Papa, *Codex regular. monast. et canon.*, Roma, 1661, 4 vol. en 4.°; M. Brockie, Aug. Vind., 1759, 6 vol.

Vienen despues las historias de las Órdenes religiosas, por Heliot, *Ordres monastiques et milit.*, Paris, 1714-19, 8 vol.; Henrion, *Hist. des Ordres religieux*, 8 vol., traducida al aleman por Fehr, Tubinga, 1845, 2 vol.; Montalembert, *les Moines d'Occident*, Paris, 1860, 4 vol.; en aleman, Brandes, Ratisbona, 1863 y sig.

g. Las actas de los mártires y vidas de los santos, en Ruinart, *Acta primorum martyrum sincera et selecta*, Paris, 1689; Amsterd., 1713; Aug. Vind., 1802; Ratisbona, 1859; Assemani, *Acta sancta martyrum orient. et occident.*, Rom., 1748, 2 vol.; Surius, *Vitae sanctorum*, 1570 y sig.; Colon., 1617, en fól., 6 vol.; Bolando y sus continuadores, *Acta sanctorum quotquot tot orbe coluntur*, Antwerp., 1643 y sig. (nuev. ed., Paris, 1854 y sig., casa de Palmé). Continuacion de la obra en 53 (54) vol. publicada en Bruselas, que llega hasta el mes de Octubre. Véase *Bonner Ztschr. für Philos. und kathol. Theol.*, lib. XVII, p. 245 y sig.; lib. XX, p. 235 y siguientes.

Añádase: Butler, *The Lives of the Fathers, Martyrs and other principal Saints*, 1763 y sig., Dublin, 1838; en aleman, por Raess y Weis, Mainz, 1821-27, 23 vol.

h. Las antiguas leyes están recogidas en el *Codex Theod. cum Comm.* J. Gothofredi, ed. Ritter, Lips., 1737-45, 6 vol., en el *Corpus juris civ. Justin.*, ed. Gothofredi, 6 vol.; las de los emperadores griegos en Leuenclavii *Jus graeco-rom.*, Francfort, 1596, 2 vol.; Zachariae, *Collect. libror. jur. gr. rom.*, *Delineatio juris gr. rom.*, *Prochiron*, etc.; Heimbach, *Basilicorum libri LX*, Lips., 1730-1850, 5 vol., *cum Supplem.*

Reglamentos religiosos y civiles sobre materias eclesiásticas, se hallan en el Σύνταγμα de Rhalli y Potli, publicada en Atenas (1852-1859, 6 vol. en 8.°) y en la obra del Cardenal Pitra, *Jur. eccl. Graec. historia et monumenta*, Rom., 1864, 1868, 2 vol. en 4.° (hasta el siglo IX).

Para el tiempo de los Carlovingios y emperadores romanos de Alemania, *Capitularium regum Francorum collectio*, ed. de Baluze, Paris, 1677, cur. de Chinia, 2 vol., Paris, 1780, en fól., t. II; *Collectio constitutionum imperial.*, stud. Goldasti, Francfort, 1713, 4 vol.; Boehmer, *Regesta chronodiplom. reg. atque imp.*, Rom., 911-1313; *Regesta Carol.*, *Regesta imp.*, 1198-1254, Francfort, 1833, 1847 y sig.; Pertz, *Monum. germ.*, Leges, 5 vol. en fól.; De Marca, *De concordia sacerd. et imp.*, ed. Baluze, Paris, 1633; ed. Boehmer, Lips., 1708; Walter, *Fontes jur eccles.*, Bonn., 1861; Canciani, *Barbarorum leges*, etc.

i. Las obras de los Padres y aŭtores eclesiásticos han sido con frecuencia reimpresas. La *Biblioth. maxima vel. Patrum*, Lugd., 1677 y sig., t. XXVIII y sig., con dos índices no da los Padres griegos sino en una traduccion latina; el texto griego ha sido reproducido en la *Bibliotheque des Peres*, de Gallandi, Venecia, 1756 y sig., t. XIV, y la mayor parte de los Padres han tenido excelentes editores.

La obra más extensa es la *Patrologie complete*, de J.-P. Migne (muerto en 1875), Paris, 1843 y sig. Los latinos, hasta Inocencio III inclusive, llenan 217 vol. en 4.°; los griegos hasta el Concilio de Florencia, 162. Estos últimos han recibido numerosos complementos. (Sobre los autores griegos de esta edicion, véase mi artículo en *Bonner theol. Lit.-Blatt.*, 1847, p. 337 y sig.) Se han aprovechado allí, no solamente las antiguas publicaciones de Combefis, Montfaucon, Mabillon y muchos otros, sino tambien las más recientes de Broissonade, Mai, Pitra, etc., y se han recogido nuevas lecciones por Nolte, etc.

Desde 1866, la Academia de Viena ha emprendido la edicion del *Corpus script. eccl. latinorum*, y ha publicado ya los escritos de Sulpicio Severo, Minucio, Félix, Julio Firmico Materno, Cipriano y Arnobio (IV parte en 6 vol.).

k. Las antiguas crónicas y otras fuentes históricas han sido con frecuencia impresas, especialmente por Muratori y por Pertz. Ya hablaremos de ellas en su lugar oportuno.

Auxiliares de la historia.

16. Para adquirir conocimiento exacto de las fuentes y hacer buen uso de ellas, es preciso recurrir á los auxiliares, ya generales, ya particulares que suministra la ciencia. Como la historia eclesiástica tiene estrechas relaciones con la teología y con las otras disciplinas históricas, le son indispesables éstas y aquélla, especialmente la dogmática, la moral, el derecho canónico, la historia de los dogmas y la de la literatura sagrada; la universal, la de la literatura en general y la de la filosofía en particular, así como la del arte profano. Para hacer la eleccion de las fuentes y emplearlas con utilidad, es preciso conocer: 1.º, las lenguas en que han sido redactadas, especialmente la griega, la latina y en parte la siriaca, para las dos primeras grandes épocas, y para la contemporánea y la moderna, las lenguas francesa, alemana, española, italiana é inglesa, pero sobre todo la filología; 2.º, los antiguos caractéres de la escritura, el material é instrumentos que se empleaban en ella, las diferentes propiedades de los viejos manuscritos, documentos ó diplomas; 3.º, la paleografía y la epigrafía; 4.º, los sellos antiguos—sphragística; 5.º, la numismática; 6.º, las antigüedades ó la arqueología, y la historia del arte; 7.º, la geografía y la estadística, que describen el teatro de los acontecimientos y la situacion exterior de los diferentes pueblos; 8.º, la cronología que establece la sucesion de los hechos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 16.

1. Suicer, *Thesaur. eccl. e PP. graec.*, ed. 2, Amst., 1728, 1746. Añádanse: Nothnagel, *Spec. suppl. in Suiceri Thes.*, 1821; Du Fresne du Cange, *Glossar. med. et inf. graecitatis*, Lugd., 1688, en fól., 2 vol., y *Glossar. med. et inf. latinit.*, 6 vol. en fól., Paris, 1733; Venet., 1737; ed. Henschel, Paris, 1840, 7 vol. en fól.; Carpentier, *Glossar. nov.*, Paris, 1676, 4 vol. en fól.; Adelung, *Glossar. manuale*, Hal., 1772, 6 vol.; Suidae, *Lexicon graec. et lat.*, ed. Bernhardy, Hal., 1834 y sig., en 4.º, 2 vol.

Para la filología romana y germánica, véanse las obras citadas por Wirthmüller, *Encyklop.*, p. 610, en fól., núm. 2.

2. Mabillon, *De re diplomatica*, Paris, 1681, ed. 2, 1709; Montfaucon, *Palaeographia graeca*, Paris, 1708; Maffei, *Istoria diplom.*, Mantua, 1727; Toustain y Tassain, *Nouveau traité de diplomatique*, Paris, 1750, 6 vol. (Erfurt, 1759 y sig.); Walter, *Lexic. diplomat.*, Goetting., 1745; Baring, *Clavis diplom.*, Hannov., 1754; Gatterer,

Prakt. Diplomatik, Goetting., 1799; Schoenemann, *Vollst. System. d. allg. Diplomatik*, II part., Hamb., 1801; Marini, *Papiri diplomatici*, Roma, 1805; Kopp, *Palaeog. critica*, Manheim, 1817, 2 vol.; Hodgkin, *Excerpta ex F. I. Bastii comment. palaeogr.* (en la edicion de *Gregor. Corinth.*, por Schaefer, Lips., 1811), Oxon, 1835; Ch. Walz, *Ep. critica ad J.-F. de Boissonade*, 1831; De Wailly, *Elements de paleographie*, Paris, 1838, 2 vol.; Sylvestre, *Paleogr. univ.*, Paris, 1841, 2 vol.; J.-L. Hug, *Einleit. in die Schriften d. N. T.*, 4.ª ed., 1847; Const. Tischendorf, *Einleit. z. N. T. gr*, ed. 7.ª, maj., Lips., 1859; Vorwort zu *Codex Sinaiticus*, 1860; Sabas, *Specimina palaeogr. codic. gr. et slavon. bibl. Mosquens.*, Mosqu., 1863; Wattenbach, *Anleit. z. griech.* (Leipzig, 1867), *u. z. lat. Palaeogr. (ibid.*, 1869); lo mismo en *Schriftwesen im Mittel-Alter.*, Leipzig, 1871; Sickel, *Urkundenlehre*, Viena, 1869, dos partes.

3. Apianus y Amantius, *Inscript. ss. vetustatis*, Ingolst. 1534; Gruter, *Corp. inscript.*, Amsterdam, 1603, en fol., 4 vol.; cura Graevii, *ibid.*, 1707, t. II; Reinesius, *Syntagma inscript.*, Lips., 1682; Fleetvood, *Inscript. ant. Sylloge*, Lond., 1691; Fabretti, *Inscript. ant. explicat.*, Roma, 1699, Buonarotti, *Vasi antichi di vetro*, Fir., 1716; Muratori, *Thes. vet. inscr.*, Milan., 1739-42, 4 vol. en fól.; Donati, *Supplem.*, Luc., 1764; Maffei, *Museum Veron.*, 1729; *Graec. sigl. lapidar.*, 1746; *Ars critica lapid.*, 1775; Lupi, *Severae martyris epitaphium*, Panormi, 1734; D. Vallarsi y L. Pindemonti, *Sacre antiche iscrizione*, Veron., 1772; Zaccaria, *Istitut. ant. lapid.*, Roma, 1770, Venec., 1793; Bianchini, *Demonstr. hist. eccl. comprobatae monumentis*, Roma, 1753, 3 vol.; Bosio, *Roma sotterranea*, ed. Severano, Roma, 1632; Aringhi, *Roma subterranea*, Roma, 1651, Paris, 1659; Morcelli, *De stylo inscript. lat.*, Roma, 1781; Marini, ap. A. Maï, *Sript. vet. nov. coll.*, Roma, 1831, t. V, p. 1; Boeckh, *Inscript. gr.*, Berol., 1828-59, 4 vol.; Boissieu, *Inscript. anc. de Lyon*, 1846-54; Gazzera, *Iscr. crist. ant. del Piemonte*, Tor., 1849; Zell, *Hdbch. der roem. Epigraphik*, Heidelb., 1850, 2 vol.; C. Franz, *Elementa epigr. gr.*, Berol., 1840; Ritschl, *Proleg. ad Monum. prisc. latin.*, Berol., 1862; Le Blant, *Inscrip. chret. de la Gaule*, Paris, 1855-65; *Manuel d'epigr. chr.*, Paris, 1869; Perrot, *les Catacombes de Rome*, Paris, 1853 y sig., 6 vol.; De Rossi, *Inscript. chr. urbis Romae VII saeculo antiquiores*, t. 1, Rom., 1857-61; *Roma soterranea*, Roma, 1864 y sig., 3 vol.; *Bulletino di archeol. crist.*, Roma, 1863 y sig.; Mc. Caul, *Christ. Epitaph. I*, Toronto and Lond., 1869; Piper, *Einleit. in die monumentale Theol.*, Berlin, 1867, p. 817 y sig.

4. Heineccius, *De veteribus German. aliarumque nationum sigillis*, 1719; De Wailly y Marini, *loc. cit.*, (sub. núm. 2); Grotefend, *Ueber Sphragistik*, Breslau, 1875; Heffner, *Die deutschen Kaiser-und Koenigs-Siegel*, Vurzburg., 1875.

5. Bandur., *Numismata imperat. Roman. a Trajano Decio ad Palaeol. Aug.*, Paris, 1718, 2 vol.; Eckhel, *Doctr. num.*, 8 vol., Viena, 1792 y sig.; Bonani, *Numism. pontif. Rom.*, 9 vol., Roma, 1699; Olearius, *Prodrom. hagiol. numism. Bibl. script. eccles.*, Jen., 1711; Cappe, *Munzen der deutschen Kaiser*, Dresde, 1848 y sig., III part.; Cohen, *Description historique des monnaies frappees sous l'empire romain*, Paris y Londres, 1859; Sabatier, *Description generale des monnaies byzantines*, Paris, 1862, 2 vol.; Cavedoni, *Ricerche critiche intorno alle medaglie di Constantino M.*, Módena, 1858; Garrucci, *Numism. Const.*, en sus *Vetri antichi;* Promis, Brunengo, S. J., L. Pizzamiglio, *Studii stor. intorno ad alcuni prime monete papali*, Roma, 1876.

6. Obras de los católicos sobre arqueologia é historia del arte: Bosio, Aringhi, Casalius, *De profan. et sacr. vet. ritibus op. tripartitum*, Francfort, ad M., 1681 (anteriormente Roma, 1644 y sig.); G. Albaspinaeus, *De vet. eccl. rit. observ.*, ed.

Helmst., 1672; D. et C. Macri. *Hierolexicon*, Roma, 1677; Venecia, 1712, en 4.°; Bellori, *Lucernae vet. sepulcrales iconicae e cavernis Romae subterraneis collectae a P. S. Bartole*, Colon., 1702; Boldetti, *Osservazioni sopra i cimeteri de' santi martiri*, Roma, 1720; Bottari, *Sculture e pitture sagre*, Roma, 1737-54, 3 vol.; Ciampini, *Vet. monum. Rom.*, 3 vol., Roma, 1747, en fól.; Marangoni, *De coemeterio S. Thrasonis et Saturnini; Acta S. Victorini*, Roma, 1740; Mamachi O. S. D., *Orig. et antiquit. christ.*, Roma, 1749 y sig., 5 vol.; cur. Matranga, Roma, 1842-1851, 6 vol.; Selvaggio, *Antiquit. christ. instit.*, Neap., 1772 y sig.; Vercell., 1780; Magunc., 1787 y sig., 6 vol.; Pellicia, *De christ. Eccl. primae, med et. nov. aetatis politia*, Neap., 1777; Vercell., 1780; ed. Ritter, Col., 1829; Bianchini, Lupi, Seroux d'Agincourt, *Histoire de l'art par les monuments*, Paris y Strasb., 1821, 6 vol. (en aleman por Quast, Berlin, 1840); Raoul Rochette, *Trois memoires sur les antiquités chretiennes*, Paris, 1838; Rio, *de l'Art chretien*, Paris y Friburg, 1861-1870, 6. vol.; Martigny, *Dictionaire des antiquités chretiennes*, Paris, 1865; Perret, *loc. cit.* (3); *Hagygliptas. picturae et sculpturae sacrae antiquiores, praesertim quae Romae reperiantur*, explicatae á J. L'Heureux (canónigo belga, muerto en 1614), Paris y Tolosa, 1856; G.-M. Marchi, S. J., *Monumenti delle arti crist. primit. (Architettura)*, Roma, 1844, 1847; Rossi, *op. cit.* (3); Giov. Scherillo, *Archeologia sacra*, vol. I, *le Catacombe Napoletane*, etc., Nápol., 1875; Maringola, *Antiquit. christ. institut.*, Nápoles, 1857; Garrucci, *Storia dell' arte cristiana nei primi 8 secoli della Chiesa*, en fól., Roma, 1872 y sig.; Binterim, *Denkwürdigkeiten der christkath. Kirche*, Mainz, 1825 y sig., 17 vol.; Krüll, *Christl. Alterthumskunde*, Regensb., 1856, 2 vol.; Kreuser, *Coelner Dombriefe oder Beitr. z. altchristl. Kirchenbaukunst*, Berlin, 1844; *Der christl. Kirchenbau*, Bonn, 1856.

Autores protestantes: Quenstedt, *Antiq. bibl. et eccl.*, Viteb., 1699, en 4.°; Bingham, *Orig. et antiq. eccl.*, 1708, lat. ed., Grischov., 10 vol., Hal., 1722 (extract. alem., Augsburgo, 1788-1796, 4 vol. en 8.°, en inglés, Lóndres, 1722). Lexicon sobre arqueologie religiosa, por Joan Arndt, Gryph., 1669; J.-A. Schmid, Helmst., 1712; J.-A. Rechemberg, Lips., 1714; Mirus Bud., 1717; J. Hildenbrand, *Sacra publica vet. Eccl. in compend. redacta*, Helmst., 1699; J.-G. Walch, *Compend. antiq. Eccl. ex script. apost.*, Lips., 1733; S.-J. Baumgarten, *Primae lineae brev. antiq. chr. Scholia* add. J.-S. Semler, Hal., 1766; Augusti, *Denkwürdigk. a. d. christl. Archaeol.*, Leipzig, 1816 y sig., 12 vol.; del mismo, *Hdb. der christl. Archaeol.*, Leipzig, 1836 y sig., 3 vol.; Knopp y Gutensohn, *Denkmale der christl. Relig.*, Stuttgard, 1822 y sig., 3 vol.; Rheinwald, *Die kirch. Archaeol.*, Berlin, 1830; Boehmer, *Die chr. kirchl. Alterth.-Wissensch.*, Berlin, 1836 y sig.; Guericke, *Lehrb., d. christl. k. Arch.*, Leipzig, 1847, II, 1859; Schoene, *Geschichtsforschgn. über die kirchl. Gebraeuche u. Einrichtgn. d. Christen*, Berlin, 1819-22, 2 vol.; Munter, *Sinnbilder u. Kunstvorstellgn. der alten Christen*, Altona, 1825; H. Otte, *Abriss. e. kirchl. Kunstarchaeol, d. M.-A.*, 2.ª ed., Nordhausein, 1845, y *Hdb. der kirchl. Kunstarchaeol.*, 4.ª ed., Leipzig, 1868, 2 vol.; Siegel, *Hdb. der christl. kirchl. Alterthümer in alphabet. Ordnung*, Leipzig, 1836, 4 vol.; Planck, *Gesch. der christl. kirchl. Gesellschaftsverfassung*, Hannover, 1803, 5 vol.; H. Alt, *Die Heiligenbilder ober die bildende Kunst und die theol. Wissensch.*, Berlin, 1845; Helmsdoefer, *Christl. Kunstsymbolik u. Ikonographie*, Francfort sobre el Mein, 1839; W. Menzel, *Christl. Symbolik*, Regensb., 1855, 2 vol.; Piper, *Mythol. u. Symbolik. der christl. Kunst*, Weimar, 1847-51, 2 vol., y *Einleit. in die monum. Theol.* (3), p. 71 y sig.; Kugler, *Hdb. b. Kunstgeschichte*, 3.ª ed., Stuttgard, 1856; Lubke, *Kunsgesch.*, Stuttgard, 1860-68; Schnaase, *Gesch. der bildenden Kunste*, Düsseld., 1843 y sig.

7. E. Schelstrate, *Antiq. Eccl. illustr.*, t. II; Miraeus, *Notitia episcopatuum eccl.*

orbis chr., Antw., 1613, en fól.; Carol. á S. Paulo, *Geographia sacra*, *cur. Clerici* Amsterdam, 1703, en fól.; Nic. Sansonis, *Atlas antiq. sac. et prof. col. ex tab. geogr. emend.*, Clericus, Amsterdam, 1705, en fól.; Spanhemii, *Geograph. s. et eccl.*, Op., t. I, en fól., Lugd., 1701; Le Quien, O. S. D., *Oriens christianus*, Paris, 1740, 3 vol. en fól.; Bingham, *loc. cit.* (6), L. IX; Staeudlin, *Kirchl. Geographie und Statistik*, Tubinga, 1804, 2 vol.; Wiggers, *Kirchl. Statistik*, Hamburgo, 1841 y sig., 2 vol.; Carl. v. h. Aloys (carmelita), *Statist. Jahrb. d. K.*, Regensb., 1860 y sig.; Neher, *Kirchl. Geographie und Stat.*, Regensb., 1864 y sig., 2 vol.; Wiltsch, *Atlas sacr. s. eccl.*, Goth., 1842; del mismo, *Hdb. d. k. Geogr. und Stat.*, Berlin, 1846, 2 vol.; Spruner, *Hist.-geogr. Atlas*, Gotha, 1840 y sig.; de Wedel, *Hist.-geogr. Handatlas*, Berlin, 1843 y sig.; Silbernagl, *Verfassung un gegenwaertiger Bestand sammtl. Kirch. des Orients*, Landsch., 1865; R. Grundemann, *Allg. Missionsatlas*, Gotha, 1867 y sig. (hasta 1871, 8 cuadernos).

8. J. Scaliger., *De emendat. temporum*, Jen., 1629, en fól.; D. Petavius, S. J., *Rationarium temporum*, Lugd. Batav., 1624, y *De doctrina temporum*, Antwerp., 1703 (Clémencet); *l'Art de vérifier les dates des faits historiques*, Paris, 1750, 1783, 1818-1820; Ideler, *Handb. der und techn. Cronologie*, Berlin, 1825, 2 vol.; Piper, *Kirchenrechnung*, Berlin, 1841; Weidenbach, *Kalendar. med. aevi*, Ratisbona, 1855.

Cronologías.

17. Las cronologías más importantes son:

a. La de los griegos despues de las Olimpiadas. Es la Olimpiada la duracion de cuatro años y trae su nombre de los juegos que se celebraban cada cuatro años en honor de Júpiter Olímpico. Se discute sobre los principios de esta Era. La cronología admite por punto de partida el año 23 ó 24 ántes de la fundacion de Roma, 777-778 ántes de la Era cristiana. Jesucristo habría nacido, pues, en el primer año de la Olimpiada 194 (195). La Era comienza en el solsticio de estío. Ha sido empleada, entre otros, por Julio Africano y Eusebio en sus Crónicas; en Francia se usaba todavía en tiempo de Felipe I (1102).

b. La cronología de los romanos desde la fundacion de Roma, 753-754 ántes de Jesucristo.

c. La cronología despues del consulado. Esta última se halla en muchas inscripciones cristianas, en los Códigos de Justiniano, y fué usada por los Papas desde Siricio hasta Vigil, 385-546. En el imperio griego se ha contado por esta Era hasta el siglo IX, y en Occidente hasta el VI.

d. Era antiguo uso, ya en vigor en el Viejo Testamento, contar segun los años de reinado de los soberanos temporales y espirituales, y en la Edad media, sobre todo, segun los años de los Papas. Estos contaron tambien segun los de los Emperadores.

e. La era juliana proviene de Julio César, que sustituyó el solar al

lunar, y fijó su duracion en 365 días y seis horas con los bisiestos. Comenzaba el 1.º de Enero del año 45 ántes de nuestra cronología cristiana (709 *urbis conditae, Olymp.* 183, 4, *Caesare IV et Marco Lepido Coss.)*

f. La Era española comienza el 1.º de Enero de 716 de la fundacion de Roma (38 ántes de Jesucristo), despues de sometida España por Augusto. Hasta el siglo XIV no fué reemplazada en España por la cronología ordinaria, y en Portugal hasta 1415.

g. La Era mauritania, usada en África, comienza el año 40-41 despues de Jesucristo. Los africanos dividían el año en dos mitades, *ante et post mortem Domini*, y lo comenzaban el 25 de Marzo, día presunto de la muerte del Señor.

h. La Era de los Seleucidas (llamada tambien de los griegos ó de Alejandro, Era de los «contratos»), comenzaba el 1.º de Octubre del 310 (aliis 311) ántes de Jesucristo; predominaba en Oriente y se usa aún entre los cristianos de Siria.

i. La Era diocleciana ó de los mártires comienza al principio del reinado del emperador Diocleciano (25 ó 29 de Agosto de 284 despues de Jesucristo); se relacionaba con el calendario egipcio y permaneció en uso entre los Coptos.

k. La Era armenia no data sino del sexto siglo, bajo el emperador Justiniano y el patriarca Moisés; comienza el 9 de Julio de 552.

l. La Era de Tiro comienza el año 125 ántes de Jesucristo. El 1.º de Octubre del año 1 despues de Jesucristo coincide con el año 127 de esta Era.

m. La Era de Nabonasar principia en el reinado de este soberano el 26 de Febrero de 747 ántes de Jesucristo, y cuenta 365 días en el año.

n. La Era de Abraham cuenta su año 2017 á partir del 1.º de Octubre del primero de nuestra cronología cristiana. Las cronologías siguientes son ménos importantes para la historia eclesiástica.

o. La Era persa.

p. La Era malalea.

q. La Era mahometana.

r. Mucho más general es la cronología que comienza en la creacion del mundo (del hombre); hállase, sobre todo, usada entre los orientales, si bien éstos no están de acuerdo para la indicacion del tiempo. Los antiguos empleaban ya una triple computacion. Segun la primera, que es de Panodoro, monje egipcio, á quien siguió Jorge Syncelo, Jesucristo habría nacido el año del mundo 5493; conforme á la segunda, adoptada por Jorge Syncelo, Nicéforo y Teófanes, el año 5500-5501 y segun la tercera, representada por la crónica pascual de Alejandría, habría nacido el año 5508. La última, la Era de Constantinopla, comienza el 1.º de

Setiembre de 5508; siguió predominando en el imperio griego y no fué abolida por los rusos sino hasta el siglo pasado. Los occidentales hacen subir sólo á 3943 los años corridos desde la creacion del mundo hasta Jesucristo.

ε. El ciclo de las indicciones comprendía un círculo de quince años, incesantemente renovado; recibió su nombre del edicto por el cual fijaba el Emperador cada 15 años la reparticion de tributos y fué introducido en tiempo de Constantino ó de Constante. No se contaba sino los años de la indiccion corriente y no las indicciones mismas. Se comenzaba de ordinario en el 312 (ó 313, 314, 315) despues de Jesucristo. Había tres clases de indicciones:

α. La indiccion constantinopolitana, que comenzaba el 1.º de Setiembre y era usada en el imperio griego, en Italia (por los Papas, desde Pelagio II hasta Víctor III, 584-1087) y por algun tiempo en Francia.

β. La cesariana ó constantiniana que principia el 25 de Setiembre de 312. Era usada en Francia así como en Alemania.

γ. La pontifical ó romana que comenzó primero el 25 de Diciembre y despues generalmente el 1.º de Enero (3 años ántes de Jesucristo). Estas dos últimas se encuentran á menudo entre los Papas con la primera, á partir de 1088. Entre Urbano II y Celestino III hay Pontífices que siguen, ya la una, ya la otra. Colócase ordinariamente el primer año de nuestra Era en la cuarta indiccion. Desde el siglo XVI la computacion por las indicciones es rara.

ζ. La Era cristiana ó dionisiana fué la más usada desde el siglo VI. Introducida en Italia hácia el 526 por Dionisio el Pequeño, se extiende en Francia desde el sétimo siglo, y concluye poco á poco por sobreponerse á las otras, si bien retarda algunos años el nacimiento de Jesucristo. Sobre este punto había diferentes cómputos:

α. *Anni Incarnationis vulgares;* comenzaba el 25 de Diciembre (más tarde el 1.º de Enero.)

β. *Anni Incarnationis Pisani;* comenzaba nueve meses ántes del nacimiento de Jesucristo: así el año 1000 se extendía desde el 25 de Marzo de 999 al 24 de Marzo del año 1000.

γ. *Anni Incarnationis Florentini;* comenzaba tres meses despues del nacimiento de Nuestro Señor. Así el año 1000 iba del 25 de Marzo del año 1000 al 24 de Marzo del año 1001.

La computacion por los años de «la gracia» es todavía rara vez empleada por los Papas ántes de Nicolás II; de 968 á 1088 parece que usan los años vulgares; solamente Nicolás II se sirve de la cronología florentina. Desde Urbano II á Lucio II (1088-1145), las tres se ven mezcladas. Partiendo de Eugenio III, los años florentinos ocupan el

primer rango, al ménos en las bulas y diplomas; miéntras que desde Urbano II, en 1187, las cartas ordinarias no llevan índice de año. Aun despues que los reyes (Carlo Magno el primero) comenzaron á emplear la cronología cristiana en sus documentos, el principio del año permaneció todavía incierto por largo tiempo. Muchos comenzaban el año en Pascua; en Francia fué solamente en 1565 cuando un decreto real prescribió comenzar el año civil en 1.º de Enero; la Sorbona y el Parlamento no se conformaron sino más tarde. Este uso no llegó á ser general hasta el sexto siglo. Se designaba ordinariamente el año cristiano por estas palabras: año del Señor, año de gracia, año de la Natividad ó de la Encarnacion de Jesucristo.

u. Otra Era conforme á esta y usada en el siglo XII, fué la que se siguió *secundum certiorem Evangelii probationem;* precede á la ordinaria en cerca de 23 años;

v. La Era de los años del Salvador, 33, 34 ó 32 años despues de su nacimiento;

x. En fin, la computacion segun «los años del censo,» que comienza treinta y nueve años despues de Jesucristo.

y. La Era de Antioquía se anticipa en 40 años á la cristiana. Comienza el 1.º de Setiembre del 49 ántes de Jesucristo.

Lo mismo sucede con la computacion y denominacion de los meses; difieren estos sensiblemente entre romanos, griegos, hebreos y egipcios. A menudo, casi siempre, los días eran indicados en las bulas de los Papas, segun el calendario romano (*calendae, nonae, idus*), y despues Gregorio I y el rey Childeberto los referían á nuestro calendario y al romano. Tambien los escritores eclesiásticos y los cronistas se contentan frecuentemente con indicar las fiestas de la Iglesia, movibles y no movibles. Como se ve, el conocimiento del calendario eclesiástico es tambien indispensable al historiador de la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚM. 17.

a. Julio Africano piensa que corrieron 1020 años desde la salida de los israelitas de Egipto hasta la *primera Olimpiada*, y coloca la muerte de Jesucristo *circa Olym.* CCII, 4; lo mismo el *Chronicon paschale* (§ 19).

b. *El Chronicon* pone la fundacion de Roma en la Olimpiada VII, 4, *el año 10* del rey Achaz; Caton el Censor, en la Olimpiada VII, 1; Terencio Varron, en la Olimpiada VI, 3.

c. *Onufro*, *Sigonio*, Noris, *Pagi* Borghesi, Rossi, han hecho trabajos estimables para fijar los fastos consulares. Véas. Clinton, *Fasti romani*, Oxon., 1845 y sig.; Zumpt, *Annal. vet. regnor.*, Berol., 1819; Rossi, *Inscript. urbis Rom.*, t. I, praef., p. XI y sig., LIV y sig., Sobre los Papas, Véas. Riganti, *Comm. in regul. Cancell. apost.*, XVII, núm. 35, t. II, p. 229.

Antes de la promulgacion de los nuevos cónsules ó cuando no los había aún, se empleaba la fórmula *post consulatum*.

d. Sulpicio Severo (*Chron.*, II, 27) indica para el año del nacimiento de Jesucristo el 33 del reinado de Herodes (con los cónsules). Muchos cronologistas cristianos cuentan por los años de los emperadores. Los Papas, desde Vigil hasta Adriano I (550-772), computan por los años de los emperadores griegos; véase Bianchi, *Della potestà e policia della Chiesa*, t. I, lib. II, § 16, p. 408 y sig., y desde Leon III hasta Clemente II (802-1047), segun los años de los emperadores de Occidente, con interrupciones. Desde Adriano I (781), adoptan los de su propio reinado; Leon III juntó estos años con los de Carlo Magno hasta 800. En las vacantes del imperio, los Papas no inscribían en sus actas sino los años de su pontificado; fuera de este caso, los unían casi siempre á los de los emperadores. Desde 1049, con excepcion del 1111, en que no se hallan sino los del emperador, citan solamente los años de su pontificado. Jaffé, *Regesta rom. pont.*, Berol., 1851, praef.

e. Sensorin, *De die natali*, cap. XX; Plinio, *Historia natural*, XVIII, 25; Macrobio, *Saturn.*, I, 14; Daude, *Tract. chronolog. in hist. univ.*, Virceb., 1748, p. 4 y sig.

f. Hagenb., ap. Orelli, *Inscript.*, II, 374; *Atti della pontificia accademia di archeol.*, IX, 274 y sig. (Cardinali), Isid., *Etymol.*, V, 36; Graf. Baudissin, *Eulogius und Alv.*, Leipzig, 1782, p. 208 y sig.

Un Concilio de Tarragona en 1181 decidió que en lo futuro todos los documentos llevarían la data de los años del Señor. Hefelé, *Concilios*, V, 641. Se halla el año de la Era española, uniendo 38 años á los de nuestra Era (716 U. C. Appio Claudio Pulchro y Norbano Flaco Coss.).

g. Henzen, *Inscript. lat.*, III, 50; De Rossi, *loc. cit.*, t. I, p. V, VI, sobre la inscripcion sitifina (nombre sacado de una parte de la Mauritania), de 452, explicada por Víctor de Buck.

h. La Era de los Seleucidas es usada en los dos libros de los Macabeos, pero de diversas maneras; en el segundo, los años comienzan siete meses más tarde que en el primero. Véanse las pruebas en Patrizi, *De consensu utriusque libri Machabaeorum*, Roma, 1856, p. I; *Prodrom.*, c. I.

i. De Rossi, *loc. cit.*, p. IV y sig., sostiene contra Ideler (I, 435 y sig.) que la Era diocleciana no tiene por autores á los cristianos, y que sólo despues del siglo VII ha sido llamada «Era de los mártires.» Letronne, *Memoires de l'acad. des inscriptions*, X, 214; *Chron. Syr.*, ap. Mai, *Nov. Bibl. Patr.*, VI, 1-146. En el siglo VIII se llamaba todavía Era diocleciana, como lo prueba una lápida que data de 707 (*Corp. inscr. graec.*, IV, núm. 9134); solamente despues del 640 es cuando se encuentra sobre los monumentos fúnebres de los cristianos.

k. Samuel Aniens., *Chron.*, Migne, *P. gr.*, XIX, p. 683 y sig.; Freret, *Memoires de l'Academie des inscriptions*, XIX, 85 y sig.

l. Ideler, I, 471 y sig., cita por ejemplo, Concilios de Oriente como el de Tiro, Setiembre 518 (aer. Tyr. 643).

m. Ideler, *Chronol. der Chaldaeer*, en sus *Untersuchungen über die astronomischen Beobachtungen der Alten*, p. 145-174.

n. Euseb. é Idacio, in *Chron.*

o-q. Los persas comenzaban su cronología en el rey Isdegerdo III, último de los Sassanidas, que subió al trono el 16 de Junio de 632 despues de Jesucristo. Esta Era, hasta 1075, tenía años de 365 días. Desde esta fecha el sultan Dschelaleddin Malecschah, bajo los turcos seldjucidas, introdujo el año juliano con cinco días intercalares al fin del año.

Los mahometanos comenzaron su cronología (hegira, hedschra) el día en que su profeta huyó de la Meca á Medina el 16 de Julio de 622, y contaron años lunares de 354 días por término medio.

Si se quieren convertir los años de la Era cristiana en años de la Hegira, se quita 621 á la cifra de los años de esta Era, se divide el resto por 32 y se añade á este el cociente.

r. Ya Julio Africano (Routh, *Reliq. sacr.*, II, 193) ó Hipólito *(In Daniel*, núm. 4, ed. Roma, 1772) colocaban el año de la creacion del mundo en el 5500 ántes de Jesucristo; Teófilo de Antioquía y Clemente de Alejandría ántes; Flavio Josefo y Eusebio despues. La diferencia de las cifras entre el texto hebreo y el griego del Antiguo Testamento ha acrecentado sensiblemente las dificultades cronológicas, como ya se reconocía en otro tiempo. Ord. Vital *(Hist. eccl.*, I, 1) nota que, segun el texto hebreo, debieron correr 3952 años desde el principio del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo, y, segun Isidoro de Sevilla y otros sabios, 5154.

En Oriente prevaleció la Era de Constantinopla; lejos de haber sido abolida por los griegos en 692 (Alzog), la usó constantemente el Concilio *in Trullo*, y en tiempos posteriores Focio, así como en los documentos de emperadores y patriarcas.

Véase sobre la diferencia del cálculo, Petav., *De doctr. temp.*, VIII, 1, IX, 2; Goar., *In Theophan. Chronograph.*, t. II, p. 298, ed. Bonn.

s. Fabrot, *Not. ad Theod. Balsam. Collect. constit. eccl.*, lib. I, tit. II, 1. V (Voell. y Justell, *Bibl. jur. can. vet.*, II, p. 1381); *Indictiones sunt annonae vel pensiones anniversariae*, ἐπινεμήσεις; Glossae: ἐπινέμω, indicere. Cf. Aug., *in Ps.* XLIX: «Inde coeperunt anni per indictiones numerari, quas vocant ἐπινεμήσεις, ut scribit Cujacius ad tit. de indict.»

La disposicion del Cánon que prescribe lo que era preciso pagar en dinero y en especie se llamaba ἐπινέμησις; pero los griegos preferían el latin ἰνδικτίων. Pagi cree que era 15 el número de los años, á causa de las «fiestas quinquenales, decenales y vicennales» de los emperadores, en las que los tributos se sometían á nuevos reglamentos y con frecuencia eran rebajados.

Creen algunos *(Chronic. Pasch.*, p. 187) que las indicciones fueron introducidas por Julio César, otros que lo fueron por Augusto (Focio, *Amphil.*, q. CXXXIV, c. 1, ed. Paris; Cod. Coislin, 177, ap. Montfaucon, *Bibl. Coislin*, p. 610, donde este nombre se explica por ἀρχὴ φόρου). Segun San Ambrosio *(De Noe et arca*: «quia etsi a sept. mense annus videatur incipere, sicut indictionum praesentium usus ostendit», parece, sin embargo, que se las usaba en el cuarto siglo como cosa no muy antigua. En el *Cod. Theod.*, se hallan bajo el reinado de Constantino. Véase tambien Petav., *loc. cit.*, XI, 41; Noris, *Ep. cons.*, p. 466 y sig.; Tillemont, *Hist. des empereurs*, Constantino, año 30; Morcelli, *Kalend. Cpl.*, I; Savigni, *Verm. Schriften*, II, 130 y sig.; Mommsen, *Abhdlgn. der hist. phil. Cl. der k. saechs. Ges. der Wissensch.*, I, 578 y sig.

Sobre las indicciones entre los Papas, véase Jaffé, *loc. cit.* Hé aquí la regla usada para hallar las indicciones: «Si tribus adjunctis Domini diviseris annos ter tibi per quinos, indictio certa patebit,» por ejemplo 750 + 3 : 15, el resto 3 da la indiccion III.

t. Mabillon, *De re diplom.*; Pag., *Brev. gest. Rom. Pontific.*; *Vita Leon IX*, número 50; *Urbani II*, núm. 67; Rigant., *loc. cit.*, t. II, p. 229, donde se dice muy justamente que no hay razon para sostener que solamente desde el pontificado de Eugenio IV cuentan las bulas de los Papas por los años del Redentor *(Paulus Ep.*

Forosempr. Paulin., lib. XIII, 6: «A paucis ante actis annis praesidente Eugenio IV, adhortante Blondo Forojuliensi, pontificii collegi a secretis notario, in bullis atque rescriptis pontificalibus annorum a Christi incarnatione supputatio scribi primum coepit.»). Lo que hay de cierto es, que desde esta fecha se indica regularmente el año de la Era cristiana, omitido con frecuencia hasta entónces. Sobre los Papas precedentes, véase Jaffé, *loc. cit.;* sobre el principio del año en Pascua, para la Francia, Du Plessis d'Argentré, *Collectio judiciorum*, t. II, p. I, p. 390; Ideler, II, 202 y sig.

En España, la costumbre de comenzar el año en Pascua duró hasta 1575; en Inglaterra, donde desde el siglo XIV se comenzaba el 25 de Marzo (Anunc.), siguió así para los negocios civiles hasta 1752. En Venecia se empezaba el 1.° de Marzo. Inocencio XII decidió que el año principiara el 1.° de Enero.

u. Cf. Sigebert, *Gemblac. Chron.*, an. 532, 1076; Marian. Scot., an. 532; Paul. Forosempr., x, 2.

v. Hieron., *De script. eccles.*, y en otras obras.

w. Cf. *Chron. Paschale*, ed. Du Cange, praef. núm. 32 y sig.; Migne, *Patr. gr.*, t. XCII, p. 43 y sig., 952 y sig.

x. Véase Evagro, *Hist. eccl.* (por ej., III, 33).

Se hallan con frecuencia en los manuscritos, catálogos de meses de los antiguos (por ej.: *Cod. Monach. gr.*, 263, bombyc. saec. 13, f. 425: Μῆνας καθ' Αἰγυπτίους (Τουβὶ, Χοιὰχ, φαμενώθ, φαρμουθὶ) Ῥωμαίους (Ἰανουάριος κ. τ. λ.) Ἕλληνας (Αὐδυναῖος Περίτιος κ. τ. λ.) Ἀθηναίους (Ἑκατομβαιὼν κ. τ. λ.) Ἑβραίους (Νισάν). Los egipcios tenían 12 meses, cada uno de 30 dias, que eran: Thoth (sept.), Phophi, Athyr, Choeak, Tybi, Mechir, Phamenoth, Pharmuthi, Pachon, Pauni, Epiphi, Mesori y cinco días complementarios (epagómenos). Se les halla con frecuencia escritos de diversas maneras en San Atanasio y otros alejandrinos.

Sobre las fiestas de la Iglesia y el calendario eclesiástico, véase J.-S. Assemani, *Calendaria eccl. univ.*, Roma, 1755, t. 1; De Wailly (XVI, 2); Weidenbac (XVI, 8); Nilles, S.-J., *De rationibus festorum mobilium utriusque Ecclesiae comment.*, Viena, 1868; Attensperger, *Die im Brevier und Missale enthaltenen chronologischen Notizen*, Wurzburgo, 1869.

Historiadores de los tres primeros siglos.

18. Entraba en los designios de la Providencia que el Cristianismo hiciese su aparicion en el mundo en una época de brillante cultura intelectual, cuando la humanidad hubiese adquirido idea de la historia y pudiese ofrecer grandes historiadores. Era este un medio de prevenir la confusion en que habían caido los historiadores antiguos del mundo, apoyándose en fabulosos relatos y tradiciones mitológicas. Sin embargo, en los primeros tiempos de la Iglesia sólo había rarísimas ocasiones para poder dedicarse á los estudios históricos. Esta clase de trabajos no debía prosperar entre los cristianos sino despues de los tormentos de la persecucion, cuando se estableciese un órden de cosas más tranquilo y durable, y la Iglesia hubiese ensanchado sus conquistas.

Aparte de las Escrituras canónicas del Nuevo Testamento, que, sin

embargo, no eran en su primitivo designio, sino escritos de circunstancias, hallamos gran número de noticias y tradiciones de carácter privado; epístolas, actas de los mártires hoy perdidas en su mayoría. Tales son en particular los detalles que Papias ha recogido por escrito sobre *las conversaciones del Salvador y las explicaciones que añade la obra* en cinco libros del judío convertido Hegesipo (150), de la que sólo restan ocho fragmentos. Cincuenta y seis únicamente son los que poseemos de la cronografía escrita por el sabio Julio Africano hasta el año 221 despues de Jesucristo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 18.

Staeudlin *Gesch. u. Lit. der K.-G.*, Hanov., 1827; J.-Chr. Baur, *Die Epochen der kirchl. Geschichtsschreibung*, Tubinga, 1852; Hefelé, en *Freib. K.-Lexicon*, artículo *K.-G.*, t. VI, p. 134-158; Potthast, *Bibl. hist. med. aevi*, Berlin, 1862, suplem. 1868.

Fragmentos de Hegesipo, Eusebio, *Hist. eccl.*, II, 23; III, 11, 16, 20, 32; IV, 8, 22; Focio, *Bibl.*, cod. 232; Routh, *Reliq. sacr.*, I, 191-203; Gallandi, *Bibl. Patr.*, II. 59-67; Jetz, *Hegesipps kirchengeschichtl. Bedeutung* (Niedners, *Ztschr. f. hist. Theol.*, 1865, I); de Julio Africano (Soz., *Hist. eccl.*, I, 21; Hier., *Catal.*, cap. LXIII; Foc., *Bibl.*, cod. 34; Schoell, *Gesch. der griech. Liter.*, II, 449); veintidos fragmentos en Routh, *loc. cit.*, II, 111-195; Gallandi, *loc. cit.*, p. 339-376.

Historiadores griegos desde el siglo IV al VII.

19. Eusebio, Obispo de Cesarea en Palestina (muerto en 340), es justamente considerado como el padre de la historia eclesiástica. Escribió una crónica en dos libros, que encierra un compendio de la historia desde el principio del mundo hasta su tiempo, y que debía, sobre todo, fijar exactamente la cronología. (No restan sino fragmentos del texto primitivo). Tambien se le debe una historia eclesiástica en diez libros, que alcanza hasta 324; es de gran valor, tanto por los numerosos extractos de autores antiguos que se hallan intercalados en ella, cuanto por la importancia de los documentos y por el criterio verdaderamente histórico con que el autor trata su asunto.

La obra de Eusebio, el cual escribió además sobre los martirios de Palestina y sobre la vida de Constantino (cuatro libros dignísimos de alabanza), gozó de mucho crédito y tuvo desde el siglo V numerosos continuadores. Estos fueron: 1.º, Sócrates, abogado en Constantinopla bajo Teodorico II; su historia eclesiástica, en siete libros, se extiende de 305 á 439, y revela grande imparcialidad junto con mucha exactitud y precision; 2.º, Hermias Zozomeno, abogado tambien por el mismo

tiempo, historió en nueve libros, con ménos sencillez y talento, la época transcurrida desde 324 á 423; 3.º, el sabio exégeta Teodoreto, Obispo de Cira (muerto en 458), trabajó sobre su propio fondo y continuó en cinco libros, con gran éxito, la obra de Eusebio que condujo de 320 á 428; escribió tambien sobre la historia de los monjes y de las herejías; 4.º, Teodoro, el lector, en el siglo VI, hizo un extracto de estos tres historiadores y despues una continuacion de Sócrates hasta la muerte de Justino I (527), uno y otra en dos libros; de esta última obra sólo poseemos los extractos de Nicéforo Calisto; 5.º, Evagrio, escolástico de Antioquía, dejó seis libros en estilo excelente, que abrazan desde el 431 al 594.

Se han perdido: la obra del diácono Filipo, escrita sin órden y llena de materiales extranjeros, y los doce libros del capadocio Philosterges, eunomofriano, que comprenden la historia eclesiástica desde 320 á 423. El autor intenta allí justificar el arrianismo. Sólo restan fragmentos conservados por Focio. Tampoco quedan más que restos de las obras de otros autores heréticos que han tratado de la historia de la Iglesia, especialmente de las del monofisita Juan de Egeo y del retórico Zacarías, Obispo de Melitena hácia el 540.

Aparte de los libros sobre las herejías, escritos por San Epifanio (muerto en 403), por Teodoreto y Leoncio, y de la crónica pascual de Alejandría, que se extiende hasta 628, no tenemos más que vidas de Santos y las crónicas bizantinas que enlazan la narracion de los acontecimientos políticos con hechos de la historia eclesiástica. La estadística religiosa ha sido tratada por Cosme el *Indicopleuta* en su *Topografía cristiana*.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚM. 19.

Stein, *Eusebius v. Caesarea*, Wurzburgo, 1859, con indicacion de las obras; Hefelé, *op. cit.*, p. 135-137; Potthast, *loc. cit.*, p. 305, edicion completa; Migne, *Patr. gr.*, t. XIX y sig.; *Hist. eccl.*, editada por Heinichen (Lips., 1027, en fól., 3 vol., 1868); Burton (Oxon., 1839), Schweigler (Tubinga, 1852), Lammer (Schafhouse, 1860 y sig.); de Valois ha publicado la obra de Eusebio y sus continuadores, con notas, Paris, 1659 y 1677; despues de él Reading, Cantabr., 1720, t. III, en fólio. Nuevas ediciones, Oxon., 1853, en fól.; Migne, Socrates y Sozomeno, t. LXVII; Teodoro el Lector y Evagrio, t. LXXXII; Filostorgio, t. LXV; véase Nolte, *Tüb. Quart.-Schrift.*, 1859, 1821; Potthast. p. 493, 536, 545 y sig.; Holzhausen, *De fontibus, quibus Socr. Soz. Theod. in scribenda historia sua usi sunt*, Goettinga, 1825; Danzer, *De fontibus Theod. Lect. et Evagr.*, Goetting., 1841; Hefelé, p. 138-142; Phil. Sidetes, *Socr. hist. eccl.*, VII, 27; Foc., *Bibl.*, cod. 85; Joan. Ægeates, *Phot.*, cod. 41, Zachar. Rhetor, *Evagr.*, II, 2; III, 5-718; Nicef. Cal., XVI, 5-9. Hállanse fragmentos de éste, siguiendo á Maï, en Migne, t. LXXXV, p. 1145 y sig.; *Chronic. pasch. s. Alex.*, ed. Dindorf, 2 vol., Bonn, 1832; Migne, t. XCII; *Epiphan.*, Migne, t. XLI-XLIII; Leontius, *ibid.*, t. LXXXVI.

Historiadores sirios y armenios.

20. Entre los antiguos sirios encontramos, redactados en su propia lengua, fragmentos de poesía sobre los santos y los acontecimientos contemporáneos, actas de mártires, la crónica de Edesa, compuesta en el siglo VI, sacada de antiguas fuentes, y en el mismo siglo la historia eclesiástica del monofisita Juan de Éfeso, que fué muy consultada en los tiempos sucesivos, así como la traduccion de la Historia Eclesiástica griega del retórico Zacarías. A fines del siglo VIII, Dionisio de Telmesa redactó, siguiendo á Eusebio, Sócrates y Juan de Éfeso, unos anales que alcanzan hasta 775. Los armenios poseían traducciones de obras griegas y siriacas, así como crónicas nacionales. De este modo es como la crónica de Eusebio se ha conservado en el texto armenio. Gossun, discípulo de San Mesrob, escribió su vida; Moisés de Corona compuso la primera historia armenia, y el Obispo Elíseo narró la guerra religiosa entre Armenia y Persia, en la cual los armenios eran capitaneados por Wardan, de quien fué secretario Elíseo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 20.

Bickell, *Conspectus rei Syrorum lit.*, Monast., 1871, p. 17, 21 y sig., 41 y sig., 50, 54; *Chronicon Edessen.*, ap. Assemani, *Bibl. orient.*, I, p. 394 y sig.; *K.-G. des Joh. v. Ephesus*, ed. Cureton, Londres, 1859; en inglés, por Payne Smith, Oxford, 1860; en aleman, por Schoenfelder, Munich, 1862. Véase Land, *Joh. v. Ephes.*, Leyden, 1857: *Quadro della storia letteraria di Armenia*, por Mgr. Plac. Sukias Somal, Arzobispo de Siunia, Venec., 1829; Victor Langlois, *Collection des historiens anciens et modernes de l'Armenie*, vol. I, París, 1867, vol. II, 1869; *Elisaei Op.*, ed. armen., Venec, 1838; Welte, en *Freib. K.-Lex.*, art. *Armenie*, p. 440 y sig.

Historiadores occidentales.

21. En Occidente, la historia eclesiástica propiamente dicha, fué cultivada mucho más tarde que entre los griegos. Comienza por compilaciones y traducciones de obras griegas. San Jerónimo, en su tratado de los *Hombres ilustres* (hasta 392), ensayo de historia literaria, había traducido en latin la crónica de Eusebio y la había continuado hasta 378; Rufino tradujo su *Historia Eclesiástica* hácia el 400, resumió los diez libros en nueve y los continuó en otros dos hasta el 395. Hállase en ellos una *Historia del Arrianismo*, medianamente inexacta. La obra de San Jerónimo sobre los autores eclesiásticos fué traducida por Sofronio; la de Rufino lo fué tambien desde el principio. Sócrates, que había

seguido á *Rufino*, *corrigió* sus dos primeros libros al notar sus inexactitudes.

A San Jerónimo se enlazan muchos *cronistas como Próspero*, Idacio, Marcelino. Próspero, á su vez, fué seguido por Víctor de Tununum y Mario, así como Víctor por Isidoro y Beda. En 403, Sulpicio Severo, contemporáneo de Rufino, escribió en dos libros una Historia Sagrada (ó crónica), desde la creacion hasta el año 400. Este trabajo, de poca extension, pero conciso y claro, valió á su autor el sobrenombre de Salustio cristiano. Tambien se le debe una Vida de San Martin de Tours.

La obra del español Orosio, redactada por indicacion de San Agustin, versa sobre los acontecimientos verificados desde el Diluvio hasta el año 416, y tiende á refutar la acusacion lanzada por los paganos, de que el Cristianismo era la causa de las calamidades públicas que en aquel tiempo acaecían. M. A. Casiodoro (muerto despues de 562) fundió *en una sola las obras de Sócrates*, *Sozomeno* y *Teodoreto*, traducidas al latin por el escolástico Epifanio, é hizo en ella diferentes abreviaciones. La obra conocida bajo el nombre de *Historia tripartita* era en la Edad media una de las principales fuentes de la historia eclesiástica. Otra notable obra es la historia de los francos por Gregorio, Obispo de Tours (muerto en 595). Las decretales de los Papas recogidas por el Abad Dionisio el Pequeño, que tan grandes servicios prestó á la cronología, y los escritos de Gregorio el Grande, sobre todo sus epístolas, no se han de considerar sino como fuentes históricas. San Agustin, Filostrato (muerto en 397) y el autor del *Praedestinatus*, han compuesto diversas obras sobre las herejías.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 21.

Hieron. *Op.*, ed. Vallarsi, II, p. 821-936; *De vir. illustr. cum. vers. Sophron*, t. VIII, p. 785-820; *Chron. Eus.*, Migne, *Patr. lat.*, t. XXVII; Rufino, *Hist. eccl.*, lib. XI, ed. P. Th. Cacciari, Roma, 1740, en 4.°, t. II; Migne, t. XXI; Kimmel, *De Rufino Eusebii interprete*, Gerae, 1838; Potthast, p. 521; *Prosperi Chronicon* (hasta 455 desde 379, por el autor mismo), *Op.*, ed. Paris, 1711, p. 685-756; *Sulpic. Sever.*, ed. ab Hier. de Prato, Veron., 1741, en 4.°, 2 vol.; Gallandi, VIII, 355 y *sig.*; Migne, t. XX; Halm, Vindob., 1866; Bernays, *Ueber die Chronik des Sulp. Sev.*, Berlin, 1861; *Orosii libri VII hist. adv. pagan.*, ed. Haverkam, Lugd., 1738, 1767; Migne, t. XXXI; Moerner, *De Orosii vita, hist.*, etc., Berol., 1844; Gams, *K.-G. Span.*, II, 398-411; Cassiodor., *Hist. tripartita*, lib. XII, ed. Beatus Rhetanus, Basil., 1523, inter *Op.* Cassiodor., ed. Garetius, O. S. B., Rothom., 1679, t. II; Migne, t. LXIX, LXX; Potthast, p. 188; Gregor. Turon., *Hist. eccl. Franc.*, lib. X, ed. Ruinart, Paris, 1699; Bouquet, *Scr. rer. Gall.*, t. II, 1739; Guadet y Taranne, Paris, 1836; Migne, t. LXXI.

Historiadores griegos y orientales durante la Edad Media.

22. La Edad Media se dedicó más á la historia particular que á la general de la Iglesia. De los griegos conservamos, fuera de la obra perdida del confesor Sergio y otros escritos que pertenecen más bien á la historia profana, la cronografía de Teofanes Isaacius (hasta el siglo IX) con numerosas continuaciones, las crónicas de Jorge Syncelo, Jorge Hamatolus y del Patriarca Nicéforo; las obras históricas de Leon Diácono (siglo X), de Ana Comneno, de Zonaras, de Cedreno y de muchos otros (siglos XI y XII). Hállanse ricos materiales en los autores siguientes: Nicetas Choniates, Jorge Pachimeres, Nicéforo Grégoras, Juan Cantacuzeno. Nicéforo Calixto (muerto despues de 1341) compiló sobre dos antiguos trabajos una larga historia de la Iglesia en diez y ocho libros (desde Jesucristo hasta el 610). Con ligeras excepciones, los griegos que han escrito de historia eclesiástica, la confunden con la de su propio país.

Entre los orientales, el Patriarca de Alejandría Eutiques (Ibn Patrik), muerto en 940, escribió en árabe y sin mucha crítica, una historia que se extiende desde la creacion del mundo hasta el 937; Gregorio Abulfaragio (muerto en 1286) redactó una crónica siria, cuya primera parte trata de la historia política, la segunda de los patriarcas de Antioquía, la tercera de los arzobispos de Seleucia y de los primados de Oriente. Los trabajos que se deben á los herejes de Oriente sobre la historia de la Iglesia, son, como todos los demás suyos, de escaso valor.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 22.

Sergio en Focio, *Bibl.*, cod. 67; *Corp. hist. byzant.*, Bonn, 1828 y sig.; Georg. Hamartol., *Chron.*, ed. E. de Muralto, Petropoli, 1859 (Migne, t. CX; su coleccion contiene tambien la mayor parte de los bizantinos, t. CVIII y sig.); Nicef. Calixt., *Hist. eccl.*, ed. Fronto Ducaeus, Paris, 1630, en fól., 2 vol.; Migne, t. CXLV y sig. Véase Hefelé, p. 143; Pottasht, p. 494; *Alexandrinae Ecclesiae origines*, *S. Eutychii annales arabice et latine*, ed. Pococke, Oxon., 1658, en 4.°, t. II, lat.; Muratori, *Rer. ital. scr.*, II, 2. Assemani, *Bibl. or.*, 309-313, trata de Barhebraeus. Este es el mismo que Gregorio Aboulfaraj, Obispo jacobita de Alepo. La primera parte de la *Chronica* fué publicada por Pacoke en Oxfort, 1663, bajo el título de *Histor. compend. dynastiarum*, segun un extracto sacado de Barhebraeus. El texto siriaco ha sido publicado por J. Bruns y G. Kirche, Leipzig, 1788; el principio de la parte III por Overbeck, *S. Ephr. op. sel.*, p. 414 (véase Bickell, *loc. cit.*, p. 43). Se debe una edicion completa á los profesores belgas J.-C. Abeloos de Malinas y Th.-Jos. Lamy de Lovaina: *Gregorii Barhebraei Chronicon eccl., quod e codd. Musei Brit. descriptum, conjuncta opera ed., latinitate donarunt annotationibusque... illustrarunt*, etc., Lovaina, apud Peters, 4 vol., 1871.

Historiadores latinos de la Edad media.

23. En Occidente hallamos riquísimos materiales; pero pocas obras históricas. Si Gregorio de Tours fué el padre de la historia franca, Pedro el Venerable (muerto en 735) lo fué de la historia de Inglaterra, que prosiguió hasta el 731. Debemos tambien al diácono Paulo, (muerto en 779) una historia de los lombardos hasta el 773, la cual fué continuada en cuanto á la de Benevento por Erchempert hasta 889. Adam de Brema escribió una historia de la Escandinavia (788-1076), y más tarde (1500) Alberto Cranz la de la Alemania del Norte (780-1500). La Iglesia de Reims hasta el 948 ha encontrado su historiador en Flodoardo, sacerdote de esta diócesis (muerto en 966). En el siglo IX Haymon, Obispo de Halberstad, intentó escribir en excelente latin la historia de los cuatro primeros siglos, siguiendo principalmente á Rufino. Despues de él el Abad Anastasio, de Roma, compiló con las traducciones de Jorge Syncelo, de Nicéforo, y sobre todo, de Teofanes, á los cuales adicionó, una historia de la Iglesia que se extiende hasta el siglo IX. Tambien se le deben numerosos trabajos sobre el mismo asunto.

El Abad normando Orderico Vital compuso, hácia 1140, una historia eclesiástica en trece libros que llegaba hasta su tiempo. Otra más extensa en veinticuatro libros fué redactada hasta 1312 por el dominico Bartolomé de Lucas, llamado tambien Ptolomeo de *Fiadonibus* (muerto en 1327). Vicente de Beauvais, en los 31 libros de su *Espejo histórico* (hasta 1244), reunió gran número de documentos antiguos y nuevos, de los que muchos son fabulosos é inciertos. Puede juntársele considerable número de *crónicas y monografías francesas*, *alemanas é italianas*. La época de los carlovingios ha suministrado numerosas y excelentes crónicas monásticas. Disminuyen hácia fines del siglo IX y vuelven á multiplicarse á fines del X. En el XI hallamos á Hermann Contractus y Lamberto d'Hersfeld; en el XII Otton de Frisinga y Guillermo do Tiro. La más grande, y en cierto modo la mejor obra histórica de la Edad media, se debe á San Antonino, Arzobispo de Florencia (muerto en 1459); es una historia al mismo tiempo, profana y eclesiástica (tres vol. en fól.), que llega hasta su época. Juan Trithemio (muerto en 1516), ha hecho trabajos meritorios por una grande aplicacion y por el estudio de las fuentes.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 23.

Beda Vener., *Hist, eccl. Anglorum*, ed. Smith, Cantabr., 1722, en fól.; Stevenson, Lond., 1838; *Op.*, ed. Giles, Lond., 1843; ed. Hussey, Oxon., 1846; en aleman por

Wilden, Schaffhouse, 1866; Migne, t. XC y sig.; Paul. Diac. y Erchemp., ap. Muratori, *R. J. Scr.*, t. VII, 2; Migne, t. XCV, CXXIX; Adam. Brem., *In sacr. rer. germ. sept.*, ed. Fabric., Hamb., 1706; en aleman por Carsten Misegaes, Bréma, 1825; cf. Asmussen, *De fontibus Adami Brem.*, Kil., 1834; *A Crantii Metropolis*, ed. Bas., 1548; Viteb., 1576; Flodoardi, *Hist. eccl. Rhem.*, ed. Sirmond, Paris, 1611; Colvenar, Duaci, 1617; Migne, t. CXXXV; Haymo, *Libri X de rerum christ. memoria*, ed. Gallesini, Roma, 1564, ed. J. Mader, Helmstadt, 1671; Migne, t. CXVI y sig.; Cf. Potthast, p. 359; Anastasii (comp. Baerh, *Gesch. der Lit. im caroling. Zeitalter*, p. 261 y sig.; Potthast, p. 114), *Chronogr. tripartita*, in ed. Theophan., Bonn, t. II; Migne, *Patr. gr.*, t. CVIII; *Lib. Pontif.*, ed. Bianchini, Roma, 1718; ed. Vignoli, Roma, 1724; Order. Vitalis, ed. du Chesne, *Script. hist. Norman.*, Paris, 1619: en fol., p. 319 y sig.; ed. Provost, Paris, 1838, t. III; Migne, *Patr. lat.*, t. CLXXXVIII; Cf. Potthast, p. 474; Ptolemaeus de Fiadonibus, *Hist. eccl.*, ap. Muratori, *R. J. Scr.*, t. XI, p. 471 y sig.; Cf. Potthast, p. 502.

Muratori *(op. cit.*, Mediol., 1723 y sig.), que ha facilitado las vías á la ciencia histórica, ha recogido los autores italianos como Du Chene (Paris. 1636 y sig., t. V, en fól.), y Bouquet (Paris, 1738 y sig.), los galo-francos. Los alemanes han sido coleccionados por Meibon, Helmstadt, 1688 y sig., Leibnitz *(Scr. Brunsvic.*, Han., 1707 y sig.); Freher (ed. Struve, Argent., 1717 y sig.); la mejor coleccion por Pertz, *Monum. Germ. hist.*, *Scriptores*, 1826 y sig., hasta 1875, 19 vol. Véase Wattenbach, *Deutschlands Gesch. Quellen im M.-A.* 2.ª ed., Berlin, 1866; Potthast, *loc. cit.*, 1.ª division, p. 4-95; Giesebrecht, *Gesch. der deutschen Kaiserzeit*, 3.ª ed., I, 777 y sig.; Jaffé, *Bibl. rerum. Germ.*, Berol., 1864 y sig.; Antonino Floro, *Summa historialis*, Norimb., 1484; ed. Joh. de Gradibus, Lugd., 1512, 27, 87; *Op.*, ed. Flor., 1741 y sig., t. I; cf. Potthast, p. 146; *Joh. Trithemii annal. Hirsaug.*, cur. J. Mabillon, Saint-Gall, 1690, t. II, en fól.; véase Silbernagl, *Joh. Trithemius*, Landshut, 1838; Ruland, *Bonner theol. Lit.-Bl.*, 1868, p. 734 y sig.; en *Chilianaeum*, 1869, I, p. 45 y sig., 110 y sig. Véase en general; Roesler, *De annalium medii aevi condit.*, y *De arte critica in ann.*, Tubinga, 1788 y sig., en 4.º; Dahlmann, *Quellenkunde der deutschen Gesch.*, 2.ª ed., Goett., 1839.

Tercera época.

24. En la Edad moderna, la historiografía eclesiástica ha tomado nuevo vuelo, gracias al ardor con que se ha aplicado al cultivo de las bellas letras y al estudio de la lengua griega, favoreciéndola tambien la invencion de la imprenta y las controversias religiosas nuevamente suscitadas. Si la historia fué muchas veces instrumento de la polémica religiosa, tambien sirvió para preparar y realizar inmensos progresos. Cuando Matías Flacio Ilírico publicó en colaboracion con Judex y otros para favorecer al luteranismo, su grande obra histórica en trece volúmenes y dividida en otros tantos siglos (Centurias de Magdeburgo), encontró entre sus adversarios al Cardenal Baronio, que le opuso sus *Annales*, que concluyen en 1198 y están enriquecidos con los más importantes documentos; Baronio los completó y revisó en muchas

ocasiones. Esta obra hizo verdaderamente época. A ella hay que referir multitud de extractos, reimpresiones y continuaciones. Durante más de un siglo las Centurias fueron para los protestantes como los *Annales* de Baronio, para los católicos, el arsenal de las controversias religiosas y el depósito de los estudios históricos. La historia profana era aún poco cultivada y no produjo obra alguna semejante á éstas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 24.

Eccles. historia integram Ecclesiae Chr. ideam complectens, congesta per aliquot studiosos et pios viros in urbe Magdeburgiaca, Basil., 1559-1574, en fól, t. XIII, *Centuriae* (las Centurias XIV-XVI, preparadas por Vigand, no fueron publicadas), 2.ª edicion, modificada en favor de los calvinistas por Lucius, Basil., 1624, en fól., t. VI; una tercera parte desde 1757 permaneció sin concluir. Las tentativas para continuar las Centurias fracasaron (Twesten, *Ueber M. Flacius*, Berlin, 1844). Hay un extracto por Luc. Osiandro, Tubinga, 1592 y sig., en 8.º, t. IV, 1607; Caes. Baronii *Annales ecclesiastici*, Romae, 1588-1607, en fól., t. XII; Mogunt., 1601-5, en fól.; Antuerp., 1610; Venet., 1738; continuaciones: 1.º, por Abrah. Bzovius, O. S. D., Roma, 1616 y sig.; Colonia, 1621 y sig., t. VIII, en fól., hasta 1564; 2.º, por Enrique Sponde (Spondanus, convertido, despues Obispo de Paniers), Paris, 1640 y sig.; Lugd. Bat., 1678 más brevemente y hasta 1640 (ha hecho un extracto de Baronio); 3.º, por Oderico Raynald, Sacerdote del Oratorio, Roma, 1640-1677; Colonia, 1693 y sig.

Esta última continuacion, la mejor de todas, está en nueve volúmenes en fólio; comienza donde termina la de Baronio, y sigue hasta 1565 (t. XIII-XXI). Forma 21 volúmenes, comprendidos los 12 de Baronio.

4.º A Raynald se juntan los dos oratorianos Jacobo de Laderchio, que continuó los *Annales* hasta 1571 (3 vol. en fól., t. XXII-XXIV), y 5.º, Agustin Theiner, que publicó 3 vol. en fól., hasta 1583, Roma, 1856 y sig., y comenzó tambien una nueva edicion de Baronio.

Despues que los protestantes, como Casaubon y S. Basnaje, hubieron intentado en sus *Exercitationes* corregir á Baronio sobre diversos puntos, Antonio Pagi, franciscano (muerto en 1699), hizo muchas rectificaciones, sobre todo cronológicas, que fueron publicadas hasta el completo por su sobrino Francisco Pagi: *Critica historico-chronologica in universo Caes. Baronii Annales*, Antuerpia, 1705, en fól., t. IV; nuev. ed. 1724. Esta crítica fué unida á la edicion de los *Annales* hecha por el Arzobispo Mansi con nuevas adiciones, Luc., 1738-59, en fól., t. XXXVIII.

Historiadores franceses.

25. Más tarde, los estudios históricos fueron cultivados con notable éxito, especialmente en Francia, por los benedictinos de San Mauro, los dominicos, oratorianos y jesuitas. Todos rivalizaron en la publicacion y crítica de las fuentes, en el estudio de las ciencias que pueden auxiliar

á la historia, en las investigaciones detalladas y profundas, así como en la elaboracion de la historia eclesiástica en su conjunto.

Los escritores que se han distinguido por esta última clase de trabajos, son: Godeau, Obispo de Vence, Natal Alexandro (Natalis Alexander, O. S. D.), galicano moderado, que ha unido á cada siglo sabias disertaciones; Claudio Fleury, Prior de Argenteuil, que desarrolló en cien libros la historia de la Iglesia, desde la Ascension del Señor hasta el 1414. Esta obra, que se dirige á la parte ilustrada de los lectores, está escrita con elegante sencillez, pero no exenta de galicanismo. Su continuador, el oratoriano Fabre, llegó hasta 1595; exajeró el punto de vista en que se había colocado Fleury, sin igualarle, empero, ni con mucho, en el atractivo de la diccion y en el talento. Asímismo se han distinguido Sebastian Le Nain de Tillemont, inclinado al jansenismo, investigador atento é inteligente de las fuentes (muerto en 1698); y Bossuet, que representa en su *Historia universal* (hasta Carlomagno) lo que llamamos el pragmatismo histórico, y que en su *Historia de las variaciones* analiza los cambios producidos en el seno del Protestantismo. Ménos importantes son los trabajos de Francisco Timoleon de Choisy, del jansenista Buenaventura Racine, del canónigo Ducreux, animado de excelente espíritu, de Jacinto Graveson, que murió en Italia, y del canónigo Berault-Bercastel.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 25.

A. Godeau, *Histoire de l'Eglise jusqu'a la fin de neuvième siecle*, Paris, 1633, en fól., t. III, IV, ed. 1672, t. IV, traducida al italiano por Speroni, al aleman por Hupper y Groote, Augsb., 1768-96, en 8.°, t. XXXVIII; Natalis Alex, *Hist. eccles.*, Paris, 1676 y sig., 30 vol. en 8.°; puesta en el índice en 1684, de donde procede que la 2.ª edicion (Paris, 1692, t. VIII) vaya acompañada de escolios para defender al autor contra sus censores. (Nueva ed., Paris, 1714, 1730, en fól.)

En 1734 Roncaglia publicó en Luca una edicion, 9 vol. en fól., que conservó el texto, añadiéndole notas rectificativas y disertaciones; fué universalmente autorizada. Mansi, Arzobispo de Luca, publicó una edicion nueva con algunas adiciones en 9 vol. en fól., en 1749 y sig.

Reimpresiones: Venecia, 1778 y sig.; Bingen, sobre el Rhin, 1784 y sig., en 4.°, 18 vol. y 2 de suplementos. Claudio Fleury, *Hist. eccles.*, Paris, 1691-1720, 20 vol., continuada por Cl. Fabre, 16 vol. en 4.° (vol. XXI-XXXIX). Rondet ha dado en un nuevo volúmen en 4.°, un índice general de materias, ed. Paris, 1722 y sig., 1750 y sig.

Sobre las ediciones ulteriores y el proyecto publicado de una continuacion, vease Heféle, *Tüb. Qu.-Schr.*, 1845, p. 331-347; *K. Lexicon, loc. cit.*, p. 151, y *Beitraege z. K.-G.*, II, p. 89 y sig.; Sebast. Le Nain de Tillemont, *Memoires pour servir á l'histoire eccles. des dix premiers siecles*, Paris, 1693, 16 vol. en 4.°. Esta obra es un mosáico ingenioso de pasajes sacados de las fuentes; da monografías

sobre diversos personajes, sectas, Concilios, etc., como el libro sobre la historia de los emperadores romanos (1690 y sig., 6 vol. en 4.°).

Esta obra, á pesar de los deseos que se manifestaron, *no fué continuada*, pero sí reimpresa. Véase Hefele, *Tüb. Qu.-Schr.*, 1841, p. 243 *y sig.*; Beitr., II, p. 100. J.-B. Bossuet, *Discours sur l'Histoire universelle*, Paris, 1681, reimpreso á menudo; en aleman, 2.ª ed., Wurzburg., 1832. Su *continuacion* (hasta 1532) por el protestante Cramer (Leipzig, 1551-1586, *part.* VII), nada tiene del espíritu de Bossuet. Del mismo, *Histoire des variations des Eglises protestantes*, Paris, 1688, t. II, en 4.°, 1734, t. IV (en aleman, por Mayer, Munich, 1825 y sig., 4 vol.); *Defense de l'histoire des variations.* Fr.-T. de Choisy, *Histoire de l'Eglise* (hasta el siglo XVIII), Paris, 1706-13, en 4.°, 11 vol.; Racine, *Abrégé de l'Histoire ecclesiastique*, Colonia (Paris, 1762-67, en 4.°, 13 vol.; Ducreux, *Les Siecles Chretiens*, Paris, 1785, 10 vol. en 12.° (Heizerath la tradujo por consejo de Rautenstrauch, Viena, 1777 y sig., 9 vol.; Viena y Landshut, 1781-90, traducido por Fischer, 10 vol.); Graveson, *Hist. Eccl.*, *V. et N. T.* (hasta 1721), Roma, 1717 y sig., 9 vol.; Berault-Bercastel, *Histoire de l'Eglise*, Paris, 1778, 24 vol., continuada por el Canónigo Pelier de la Croix, Paris, 1830; por Robiano, *ibid*, 1836, 4 vol., y por Henrion, 4 vol. *en* 8.°; editada nuevamente por éste con la continuacion, 13 vol. en 8.°. Traducido al aleman, Viena, 1781, 24 vol. Un extracto en 1821 y sig.; 2.ª edic., continuada por el Padre Gams, Inspruck, 1841-58.

Historiadores italianos.

26. En Italia, los estudios arqueológicos y los de la historia particular han sido siempre muy cultivados. En cuanto á la historia, debemos señalar, sobre todo, á los Cardenales Noris, Bona, Pallavicini, Zacagni, bibliotecario del Papa, Ferd. Ughelli, Roncaglio, el Arzobispo Mansi, los hermanos Ballerini, A. Gallandi, J. Bianchini, Bromato, Tempesti, Cordora, Zaccaría, Scipion Maffei, L. A. Muratori, Tiraboschi, que ha escrito sobre la historia literaria, los orientales Leon Allatius y los Assemani, etc., que fueron educados en Roma. El dominico y Cardenal Orsi es autor de una historia de los seis primeros siglos, notable por el estilo. El oratoriano Gaspar Saccardi ha compuesto una historia de la Iglesia hasta 1185, y se debe al agustino Lorenzo Berti un buen compendio acompañado de disertaciones muy estimadas; A. Sigonio ha escrito en latin una historia eclesiástica más apreciada por la forma que por el fondo; Zola, de Pavía, demasiado favorable á las ideas modernas, muéstrase muy adherido á los protestantes. El continuador de Baronio, O. Rainald, aventaja á la mayor parte de los otros por su tacto histórico.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 26.

Véas. *Chilianeum*, 1864, t. IV, p. 154, 156, 159 *(Literature theologique italienne)*; G.-A. Orsi, O. S. D., *Storia eccl.*, Roma, 1748, 20 vol. en 4.°, continuada por *echetti, Roma, 1770, 21* vol. en 4.° (los 12 últimos vol. se intitulan: *Storia degli*

ultimi quattro secoli della Chiesa, Roma, 1788, nuev. ed. de Venecia y Rom.); C. Saccarelli, *Hist. ecclesiast. per annos digesta variisque observationibus illustrata*, Roma, 1770, 25 vol. en 4.°; Berti, *Breviar. hist. eccles. post ed. Venet. Aug.*, 1761-68, Viena, 1774, Aug. Vind., 1782; *Dissert. hist.*, *Florent.*, 1753-4, Aug. Vind., 1761, t. IV, en 8.°, continuada por Corn. Stephan., O. Cist., Praga, 1778, en 8.°, t. III; Sigonii, *Hist. eccles. libri XIV* (hasta 311), Milan; 1758, en 8.°, t. II; Zola, *Proleg. comment. de reb. christ.*, Ticin., 1779; *Comm. de reb. christ. ante Const. M.*, Ticin., 1780, en 4.°, t. III.

Historiadores reformados.

27. Hasta mediados del siglo XVIII, se ha hecho mucho ménos por la historia universal de la Iglesia en las otras naciones, aunque se hayan publicado acá y allá numerosas colecciones de fuentes. Los protestantes no han dado á luz sus estudios sobre las fuentes más que en obras especiales; hasta el siglo XVIII los reformados aventajaron en este punto á los luteranos. Entre los reformados, Hottinger ha dado una historia de la Iglesia que termina á fines del siglo XVI, y donde muestra ódio implacable contra el Catolicismo. Jacobo Basnage escribió especialmente contra Bossuet, y Samuel Basnage contra Baronio. Cave ha escrito una historia de la literatura. Binghan, Grabe, Beveridge, Blondel, Daillé, Saumaise, Usher, Pearson, Dodwel, Le Clerc, Beausobre, Lenfant, J. Claude, Aubertin, han adquirido nombradía. Otros trabajos históricos han sido publicados por Sphanheim, Venema, Turretin, Jablonski y Milner.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 27.

J.-H. Hottinger, *H. E. N. T.*, Hannov. y Tigur., 1655-67, 9 vol.; J. Basnage, *Hist. de l'Eglise depuis Jesus-Christ*, Rotterd., 1699; Samuel Basnage, *Annal. polit. eccl.*, Rotterd., 1706, 4 vol.; Fréd. Spanhem, *Hist. eccl.*, Lugd. Bat., 1701; *Introductio ad hist. et antiq. sacr. cum perpetuis castigationibus Annalium Baron.*, Lugd. Batav., 1687; H. Venema, *Instit. hist. eccl. N. T.*, Lugd. Bat., 1777, t. V; Turrettini, *Hist. eccles. compend.*, Génov., 1734, ex ed. J. Simonis, Hal., 1750; Jablonski, *Instit. hist. eccl.*, Francof., ad V, 1753, vol. II, por Stosch y Hikedanz, Hal., 1767-86; Milner (muerto en 1797), *History of the Church*, nueva edicion, Lond., 1834, 4 vol., en aleman, por Mortimer, Leipzig, 1803. Gnadau, 1819.

Historiadores luteranos.

28. Entre los luteranos, Seckendorf y Boecler escribieron en el siglo XVII un compendio que tuvo mucha nombradía. Godofredo Arnold (muerto en 1714), pietista y místico, atacó á la vez á la Iglesia Católica y á la luterana, atrayéndose las respuestas de los protestantes mismos,

tales como el apacible Weismann, profesor en Tubinga. Miéntras que *G. Calixto, Kortholt, Seckendorf, Ittid, etc.*, en sus obras especiales se dedicaban principalmente á las fuentes, el Canciller de Goetinga L. Moshein aplicaba igual procedimiento á toda la historia eclesiástica. Hácia la misma época Pfaff, Canciller de Tubinga, y otros además, depuraron el gusto en la manera de escribir la historia de la Iglesia. J. Jorge Walch, en Jena, compuso una larga historia de las controversias religiosas entre católicos, luteranos y otros sectarios, y se conserva de su hijo Ch. G. Francisco Walch una vasta historia de las herejías, así como otras obras sobre historia eclesiástica. La más completa publicada entre los protestantes, es del discípulo de Moshein, Mateo Schroeckh, profesor en Wurzburgo (muerto en 1808); trabajo muy erudito, pero demasiado extenso.

Entre tanto, el racionalismo había hecho inmensos progresos. J. Samuel Semler en Halle (muerto en 1791) llevó la crítica á los últimos excesos de la incredulidad, y la misma direccion fué seguida más ó ménos por la mayor parte de los contemporáneos. La Historia eclesiástica fué transformada en crónica escandalosa. Spittler y Henke no veían en todas partes más que supersticion, fanatismo, locura, pasiones humanas. Otros trabajos mejores, tales como los de Juan Fr. Cotta, profesor en Tubinga, hombre de religiosos sentimientos, permanecían desdeñados.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 28.

Compendium histor. eccles. in usum gymnasii Gothani ex sacr. litteris et optimis... auctoribus compositum P. I., Goth., 1670, p. II, 1676; Lips., 1703-5, Goth., 1723, continuada por Cyp.-Gottfr. Arnolds, *Unparteiische Kirche und Ketzerhistorie* (hasta 1688), Francf., 2 vol. en 8.º; edicion aumentada, Schaffh., 1740, 3 vol.; E. Weissmann, *Introd. in memorabilia hist. eccl.*, Tub., 1718, Hal., 1745, 2 vol. en 4.º; J.-L. Mosheim (cf. Lücke, *Narratio de L. Moshemio*, Goett., 1837), *Institutiones hist. eccl. antiq. et rec. libri IV*, Helmst., 1755, en 4.º; *Comm. de reb. ch. ante Constant. M.*, Helmst., 1753, en 4.º; la primera de estas obras fué traducida en aleman y continuada: 1.º por J.-A.-Ch. von Einem, Leipzig., 1769, 9 vol.; 2.º mejor, por J.-R. Schlegel, Heidelb., 1770, 6 vol.; Pfaff. *Institutiones hist. eccl.*, Tub., 1727-41, en 8.º; Baumgarten, *Ausg. d. K. G.*, Halle, 1743, 3 vol.; Pertsch, *Versuch einer K.-G.*, Leipzig, 1736, 5 vol. en 4.º; J.-G. Walch, *H. E. N. T. variis observat. illustrata* (hasta el cuarto siglo), Jena, 1774; Walch., *Entwurf einer vollstaendigen Historie der Ketzer, Spaltungen*, etc., Leipzig, 1762, 11 vol.: *Neueste Rel.-G.*, Lemgo, 1771, 9 vol. (otros tres vol. por Planck); *Historie der K.- Versammlungen*, Leipzig, 1759; *Historie d. roem. Paepste*, Goett., 1758; J.-M. Schroeckhs, *Christl. K.-G. bis z. Reformation*, Leipzig, 1768-1803, 35 vol. en 8.º; *K.-G. seit der Reform*, 1804-10, 10 vol. (los últimos por H.-G. Tzschirner); Semler, *Hist. eccl. select. capita*, Halle, 1767, t. III; *Versuch einfruchtb. Ausg. d. K.-G.*, Halle, 1773, 3 part.; *Versuch christl. Jahrb.*, Halle, 1782, 2 vol. Añádase *Praefatio ad illustrandam originem Ecclesiae catholic.*, en su *Paraphrasis ep. II, Petri et Judae*, Hal., 1784; Spittler, *Grundriss d.*

Gesch. der christl. Kirche, Goett., 1782 5.ª edicion, continuada por G.-J. Planck, Goett., 1812; *Spittlers- Werke*, Stuttgard, 1827, t. II; Henke, *Allg. Gesch. d. christl. K.*, Brunswig, 1788 y sig., 4 vol.; *ibid.*, 1800 y sig., 6 vol. (hasta 1773); reeditada con numerosos cambios por J.-S. Vater, t. I-IX, 1824; Gotta, *Versuch einer ausführl. K.-Historie des N. T.*, Tubinga, 1768-73, en 8.º, 3 vol. (los tres primeros siglos).

Historiadores católicos de Alemania.

29. Los católicos alemanes fueron tambien contagiados de este espíritu, especialmente bajo la influencia de las reformas proyectadas por José II, de la filosofía dominante y de las ideas de Hontheim. En Viena, la historia eclesiástica se enseñaba por un compendio latino de Schroeckh, que sirvió más tarde de modelo al benedictino Godofredo Lumper (de 1780 á 1788), hasta el momento en que se adoptó la obra más erudita, aunque hostil á los Papas, de Dannemayer. Royco, profesor de historia eclesiástica en Gratz, y despues en Praga, consideraba la gerarquía como no existente, y mereció los elogios del protestante Henke. Gmeiner se desencadenaba contra las decretales del pseudo-Isidoro, de quien hacía derivar el poder de los Papas; Wolf se permitía las más groseras injurias; Michl, en Landshut, no era ménos superficial ni ménos trivial. Schmalfus, ermitaño de San Agustin y profesor en Praga, muestra un poco más de decencia; pero carece de valor intelectual. Stoeger, Becker y Gudeno eran igualmente partidarios del libre pensamiento. En la Alemania católica de este tiempo no había historiografía eclesiástica en el sentido elevado de la palabra. Los mejores trabajos en este género son investigaciones particulares hechas sobre las fuentes mismas; pertenecen al tiempo pasado eclesiástico de este país. Los esfuerzos intentados en esta direccion fueron violentamente interrumpidos por José II, que suprimió los monasterios y secularizó las abadías y colegiatas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 29.

G. Lumper, *Instit. hist. eccl.*, Aug. Vind., 1790; Dannenmayer, *Instit. hist. eccl.*, Viena, 1788, 1806, 2 vol.; *Leitfaden d. K.-G.*, Viena, 1790, t. IV; Rottw., 1826 y sig., 4 vol.; Royko, *Synopsis hist. rel. et eccl. Chr.*, Praga, 1785; en aleman, *ibid.*, 1789 y sig.; *Historie d. K.- Versamml. zu Constanz*, Viena y Praga, 1781-85, 4 vol. (más superficial que la del calvinista Lenfant); Gmeiner, *Epitome H. E. N. T.*, Graz, 1787, 2 vol.; Wolf, *Gesch. d. christl. Religion u. K.*, Zurich, 1792, 2 vol.; *Gesch. der roem.-kath. Kirche unter der Regierung Pius VI*, Zurich y Leipzig, 1793-1803, 7 vol.; Michl, *Christl. K.-G.*, Munich, 1811, 2 vol.; Schmalfus, *Hist. rel. et eccles. chr.*, 1792, 2 vol.; Stoeger, *Introductio in H. E. N. T. ad usum suorum auditorum*, Vindob., 1776 (en aleman, 1786); Becker, *Hist. eccl. practica libri VII*

(saec. I-XV), Monast., 1782 y sig.; K.-*G. d.* 16 *u.* 17 *Jahrh.*, Munster, 1791; Fr. de Gudenus, *Gesch. d. ersten christl. Jahrh.*, Wurzb., 1783; *des* 2 *Jahrh.*, 1787. Ya anteriormente el jesuita José Pohl había dado en sentido ortodoxo una *Manuductio ad hist. eccl. ex probatis auctoribus*, Viena, 1753 y sig., en 8.°, 6 vol., y su compañero Tomas Grebner en Wurzburgo. (1757-1764), para los teólogos y juristas, un *Compendium historiae universalis et pragmaticae*, importante para la historia franca, en la cual fueron puestos á contribucion otros trabajos del autor. (A. Ruland, *Series professorum S. Theol.*, Wirceb., 1835, p. 145.)

Autores protestantes del siglo XIX.

30. En nuestro siglo es solamente cuando comienzan tiempos mejores. Las experiencias hechas desde la Revolucion, una tendencia más ideal en la filosofía y en las letras, la renovacion del celo religioso y patriótico, la necesidad de atender á la realidad de las cosas, que se hace sentir en todas las esferas de la ciencia, condujeron á una concepcion más exacta del tiempo pasado católico, áun entre los mismos protestantes. Sin duda el racionalismo influyó todavía entre ellos por mucho tiempo, y continuó subsistiendo en multitud de puntos; sin embargo, se nota mayor imparcialidad que en sus predecesores en Planck (muerto en 1832), Ch. Schmidt (muerto en 1831), Staeudlin (muerto en 1825) y Marheinecke. Neander, discípulo de Planck (muerto en 1850), tiene mucha más sagacidad y erudicion; pero está sujeto á la influencia del sentimentalismo teológico de Schleiermacher. Favorable á la «tendencia pectoral» (como dicen los alemanes), tiene horror increible á la cristalizacion del dogma, á la petrificacion de la vida cristiana en el clericalismo, al prestigio mágico de los sacramentos, al espíritu hierático; sin embargo, hace esfuerzos visibles por apreciar equitativamente las instituciones extrañas á sus ideas.

A Neander, que por lo demás no ha tratado el período de la reforma, se junta Guericke, el cual, al exponer los tres últimos siglos, profesa el luteranismo en todo su rigor. Jacobi y Schaff caminan ordinariamente sobre sus huellas. A ejemplo de Danz, Gieseler (muerto en 1854), publicó en Goettinga un manual que se distingue por la extrema precision del relato, abundancia de ideas y notas numerosas, donde ha compendiado las fuentes con espíritu de partido; pero demostrando, en suma, lecturas numerosas y crítica penetrante.

Otro manual, redactado con grande serenidad y que recuerda en muchos puntos el de Schroeckh, es el de Engelhardt (muerto en 1853). C. Hase, en Jena, ha hecho un compendio concebido con exquisito gusto; pero exclusivo en su polémica contra la Iglesia Católica. Ménos importante y sin unidad de criterio es la obra de Ch. W. Niedner

(muerto en 1865). La de J. H. Hurtz es más excelente, sobre todo por su método práctico. Guill.-Bruno Lindner se muestra tambien severamente luterano; Ch. Hasse (muerto en 1862) es más mitigado en sus opiniones.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 30.

G.-J. Plank, *Gesch. der chistl. Gesellsch.-Verfassg.*, Hanover, 1803 y sig., 5 vol.; *Gesch. d. Entstehung u. Veraenderung des prot. Lehrbegriffs bis z. Concordienformel*, Leipzig, 1791-1800, 6 vol.; J.-E.-Chr. Schmidt, *Hdb. d. christl., K.-G.*, Giessen, 1800-20, VI part. (hasta 1216); 3.ª edic., 1827-1834, continuada en 7 vol. por Rettberg, Giessen, 1834; Staeudlin, *Univ.-Gesch. der christl. K.*, Hanover, 1806; 5.ª edicion por Holzhausen, 1833; Marheinecke, *Univ.-Historie der Christenthums*, 1806; Aug. Neander, *Allg. Gesch. der chistl. Religion u. K.*, Hamburgo, 1825 y sig., 6 vol. (Comp. Ullmann, prefacio de la 3.ª edic.; Gotha, 1856, en 4.º, 2 vol. en cuatro partes; Hagenbach, *Neanders Verdienste um die K.-G.*, *Studien und Kritiken*, 1851, II, III; Hefelé, *op. cit.*, p. 156; donde se citan igualmente las monografías de Néander); H.-E.-J. Guericke, *Hdb. der K.-G.*, Halle, 1833, 9.ª edic., Leipzig, 1866, 3.er cuad.; Jacobi, *Lehrb. der K.-G.*, Berlin, 1850, vol. I, hasta 590; Schaff (en América), *Gesch. der christl. K.*, Mercesb., u. Leipzig, 1854, 1 vol.; Danz, *Lehrb. der K.-G.*, Jena, 1818-26, 2 vol.; Gieseler, *Lehrb. der K.-G.*, Bonn., 1824-57, 5 vol. (el 6.º vol. fué editado por Redepenning, conforme á los manuscritos dejados por Gieseler; Engelhardt, *Hdb. der K.-G.*, Erlang., 1833, 3 vol. (el vol. IV indica las fuentes y obras, y contiene adiciones); Hase, *Lehrb. der K.-G.*, Leipzig, 1834, 8.ª edic., 1858, 10.ª 1877; *Theol. Streitschriften*, Leipzig, 1836; *Hdb. der pol. Polemik gegen die roem.-kath. K.*, 3.ª ed., Leipzig, 1871; Niedner, *Gesch. der christl. K.*, Leipzig, 1846, nueva edicion, Berlin, 1866 (véase H. Hagemann, *Bonner. Theol. Lit.-Bl.*, 1867, p. 182, 224 y sig. 264.) Kurtz, *Lehrb. der K.-G.*, 1853 y sig.; *Abriss. der K.-G.*, 8.ª part., 1875; Lindner, *Lehrb. der K.-G.*, Leipzig, 1848-54, 3 vol.; Hasse, *K.-G.*, publicada por Roehler, Leipzig, 1864, en tres partes (Hagenbach, *loc. cit.*, 1851, III, p. 540 y sig.).

31. La vía trazada por J.-S. Semler fué seguida por otros escritores, especialmente bajo la influencia de la filosofía panteista de Hegel. Una crítica desenfrenada se precipitó sobre las escrituras del Nuevo Testamento y despues sobre las obras de los antiguos autores eclesiásticos. La historia primitiva de la Iglesia fué explicada por causas puramente naturales, que excluyen toda intervencion divina, y relegada, así como la historia evangélica, al rango de los mitos; la unidad del Cristianismo primitivo fué rota, y Jesucristo rebajado á la categoría de simple rabino, inferior en mucho al «grande apóstol» San Pablo, á quien la nueva escuela se creía la única capaz de comprender. Todos los progresos del cristianismo fueron reducidos á las proporciones de un desenvolvimiento puramente racional. Tal fué la direccion seguida por la nueva escuela de Tubinga. Como David Strauss había tratado la vida de Jesucristo, Baur (muerto en 1860) y Schwegler trataron el período de

los apóstoles y el de los Padres. La misma tendencia fué adoptada por Ritschl, Bruno Bauer, Zeller, Koestlin, y en parte por Roth y por Gfroerer (más tarde convertido al catolicismo), que juntaba á grande penetracion, aficion señalada á las hipótesis arbitrarias y atrevidas. Esta teoría fué combatida por muchos sabios del protestantismo, y jamás obtuvo universal aceptacion.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 31.

F.-Chr. Baur, *Das Christenth. u. die christl. K. in den 3 ersten Jahrb. u. v. 4-6 Jahrb.*, Tubinga, 1853-59, 1863, 2 vol.; *Neuere Zeit*, 1861-63, 3 vol.; *Der Apostel Paulus*, Stuttgard, 1845; *Ursprung des Episcopates*, *ibid.*, 1838, u. A. m.; A. Schwegler, *Das nachapostol. Zeitalter*, Tubinga, 1846; *Der Montanismus*, *ibid.*, 1841. Ritschl, *Die Entstehung der altkathol. K.*, Bonn, 1850. Otros se indican en los *Annales théol.* de Baur y Zeller, sobre todo en 1850 y sig.; Roth, p. 355 y sig. (Segun él la Iglesia católica habria nacido hácia el año 70, por la reunion de Paulinianos y Petrinianos). Gfrœrer, *Krit. Gesch. des Urchristenth.*, 1 vol.; *Allg. K.-G.* Stuttgard, 1841 y sig.; Trautmann, *Die apost. K.*, Leipzig, 1848. Sobre esta tendencia, véase Ebrard, *Wissenschftl. Kritik der ev. Gesch.* 2.ª edic., Erlang, 1851; G.-P. Lechler, *Das apost., u. nachapost. Zeitalter*, Haarlem, 1851, y mi tesis: *De cath. Ecclesiae primordiis recentiorum protestantium systemata expenduntur*, Ratisbona, 1851.

32. En nuestros días los reformados han producido muchos ménos trabajos que los luteranos, áun añadiendo á los alemanes los franceses y holandeses. Hagenbach, de Basilea (muerto en 1874), puede ser considerado como uno de los historiadores más notables del protestantismo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 32.

Thym, *Hist. Entwicklung der Schicksale der K. Chr.*, Berlin, 1800 y sig., 2 vol. Muscher, *Lehrb. der christl. K.-G.*, Marb., 1801; 3.ª edic., 1826; Fr. Schleiermacher, *Gesch. der christl. K.*, herausgeg. von Bonnell, Berlin, 1840 (1 vol. de W.); Hofstede de Groot, *Instit. Hist. eccl.*, Groning., 1835; Royards, *Compend. Hist. eccl. chr.*, Traj. ad Rh., 1841 y sig.; W.-J. Matter. *Histoire du christianisme et de la société chretienne*, Strasburgo, 1829; éd. 2, Paris, 1838, 4 vol.; Pressensé, *Histoire des trois premiers siècles de l'Eglise*, 1861 y sig., vol. 4 (en alem. por Fabarius, Leipzig, 1862 y sig., 4 vol.); Ebrard, *Hdb. der K.-G. u. Dogmengesch.*, 4 vol., Erlang., 1865 y sig.; Marle d'Aubigné, *Histoire de la reforme du seizième siècle*, Paris, 1831 y sig. (en alem.) Elberfeld, 5 vol.; Hagenbach, *Ueber das Wesen und die Gesch. der Ref.*, Leipzig, 1834 y sig., 6 vol.; 2.ª edic., 1851 y sig.; *Aeltere K.-G.* (1837), 2.ª edic., 1854, part. II, M.-A, 2.ª part.; *K.-G. des* 18 u. 19 *Jahrh*, 3.ª edic., 1856; *Lehrb. der Dogmengesch.*, 1840, 5.ª edic. 1867; R. Rothe. *Vorlef. ueber K.-G.*, ed. Weingartein, Heidelb., II part. 1876.

Historiadores católicos.

33. Tambien inaugura entre los católicos tiempos mejores el siglo XIX. Un protestante convertido, el espiritual conde de Stolberg (muerto en 1819), llevó solamente hasta 430 su *Historia de la Iglesia*, que imbuida de un espíritu verdaderamente eclesiástico, está redactada en vista de las fuentes y algunas veces peca por exceso de uncion. Ha sido continuada por Kerz y Brischar.

El amigo de Stolberg, Teodoro Katercamp (muerto en 1834), ha dado una historia eclesiástica notable por su profundidad y por su exquisito gusto; pero el autor ha impreso en ella sello tan individual que no ha encontrado continuadores. La obra de Locherer (muerto en 1837), que depende de la de Schrœckh y concluye en 1073, es ménos importante y ortodoxa. La del apóstata Reichlin-Meldegg (hasta 324) no es más que un libelo contra el pasado histórico de la Iglesia. El trabajo con feliz éxito comenzado por Othmar de Rauscher (muerto en 1875), cardenal y príncipe arzobispo de Viena, no pasa de los tres primeros siglos. Tambien se debe á Hortig un compendio práctico, igualmente sin acabar. Su sucesor en la enseñanza y continuador Dœllinger, le aventaja mucho en crítica y erudicion; ha prestado á la historia eclesiástica los más eminentes servicios, y no ha sido sobrepujado en algunos puntos, si bien no terminó ninguno de sus trabajos sobre la historia de la Iglesia, y despues renegó de su pasado.

Juan Adam Mœhler (muerto en 1838) ha hecho grandes cosas, tanto por sus monografías y excelentes artículos, cuanto por sus lecciones sobre historia eclesiástica. Estas han sido publicadas despues de su muerte por el benedictino Gams, el cual las ha recogido con muchos esfuerzos en los cuadernos de sus oyentes y en sus propios escritos, completándolas en diversos puntos [1].

Al lado de Mœhler y de Dœllinger, Ch.-José Héfele ha dado vivo impulso á los estudios de la historia con multitud de escritos, y sobre todo con su *Historia de los Concilios*, que encierra para la eclesiástica importantes materiales. Tenemos además los compendios en latin de Klin, Ruttenstock y Cherrier; los manuales alemanes de Alzog y de Ritter (muerto en 1857), de los cuales, el uno ha tenido nueve ediciones, y el otro seis; el primero es considerado más completo, el otro más claro y presenta los hechos con mejor criterio. Riffel, en Engiesen y despues en Maguncia ha adquirido igualmente por sus obras reputacion

---

1 *Histoire de l'Église*, por A. Mœhler, en 3 vol., traduccion del abate P. BÉLET, Paris.

de excelente historiador eclesiástico. En nuestros días, Kraus, profesor en Strasburgo, hoy sucesor de Alzog en Friburgo, y conocido como arqueólogo, Brück, profesor en Maguncia, renombrado por sus investigaciones sobre la historia de la Iglesia, han publicado buenos compendios que se completan el uno al otro en muchos puntos. Abundan en Alemania obras populares sobre la historia eclesiástica y monografías excelentes. Francia, España, Italia. Bélgica é Inglaterra, poseen algunas buenas obras particulares, pero en suma, pocos trabajos notables.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 33.

Stolberg, *Gesch. der Religion Jesu Christi*, Hamburgo y Viena, 1806-18, 15 vol., continuada por Kerz, vol. XVI-XLVI (hasta la tercera cruzada inclusive), Mayenza, 1824 y sig., y por Brischar, vol. XLVII-LIII (hasta 1245). El índice hasta el volúmen XV, ha sido hecho por Moritz, 1825, y la de los vol. XVI-XXIII por Sausen, 1834; Katercamp, *K.-G.*, 5 vol., Munster, 1819-34 (Véase *Tüb. Q.-Schrift.*, 1823, p. 484; 1825, p. 486; 1831, p. 519); Locherer, *Gesch. der Rel. u. K.*, Ravensb., 1824-34, 9 vol.; Reichlin-Meldegg, *Gesch. d. Christ.*, Friburgo, 1830, 1 vol. en dos partes; Rauscher, *Gesch. der christl. K.*, Sulzb., 1829, 2 vol.; Hortig. *Hdb. der christl. K.-G.*, Landshut, 1826, in-fol., 2 vol.

Esta historia, desde 1517 hasta nuestros días ha sido continuada por J. Dœllinger y cuando se agotó la edicion de la obra de Hortig, Dœllinger dió su propio *Manual de historia de la Iglesia cristiana*, Landshut, 1833, 1 vol. en dos secciones hasta 680, despues otro *Manual*, Landshut, 1836 y sig.; 2.ª edic., 1843, t. I, y del t. II la primera seccion. (No se extiende sino hasta 1517 para la historia de los papas). Dœllinger publicó en seguida su *Reforma* segun las fuentes (1846 y sig., 3 vol.).

Más tarde emprendió una historia de la Iglesia dispuesta bajo un plan grandioso; los preámbulos (B. *Anf.*), publicados en 1857, dan el principio del primer periodo (*Christenth. u. K. in der Zeit ihrer Grundlegung*), Ratisbona, 1860. La segunda edicion de 1868, estaba ya muy modificada en sentido anticatólico.

J.-A. Mœhler (véase su *Vida* por Gams, Ratisbona, 1866, resumida en la edicion francesa de la *Hist. ecclés.* de Mœhler, edic. Gaume, trad. del Ab. Bélet.), ha hecho una monografía de San Atanasio y escrito multitud de excelentes artículos. Gams ha publicado su *Historia de la Iglesia*, Ratisbona, 1866-1868, 3 vol.; Héfelé, *Conc.-Gesch.*, 7 vol., Friburgo, 1855-1874, t. I-IV en dos ed., 1873, in-fól.; Klein, *Hist. Eccl. graec.*, 1826, t. II; Ruttenstock, *Instit. hist. eccl.*, Viena, 1832 y sig., t. III; Cherrier, *Instit. H. E. N. T.*, Pesth. 1840 y sig., t. IV. Extract. Viena, 1853; Alzog, *Univ.-Gesch. der christl. K.*, Mayenza, 1840; 4.ª ed., 1846; 5.ª ed., 1850; 9.ª ed., 1872; *Grundriss der K.-G.*, Mayenza, 1868; Ritter, *Hdb. der K.-G.*, 2 vol., Bonn, 1826; 3.ª ed., 1856; 6.ª ed. por Ennen, 1864. (Sobre estas dos obras, véase *Tub. Q.-Schr.*, 1836, p. 339, 664; 1841, p. 335; 1844, p. 102; 1847, p. 507.) Riffel, *K.-G. seit der Ref.*, 3 vol., Mayenza, 1841 y sig.; *Geschichtl Darstellg. der Verhaeltn. zw K. u. St.*, livr. I, Mayenza, 1836; Henr. Bruck, *Lehrb. der K.-G.*, Mayenza, 1872-74; 2.ª ed., 1877; J.-X. Kraus, *Lehrb. der. K.-G.*, Trier, 1874-76, part. I-IV. Obras populares por Sporschil (Leipzig, 1846-48); Robitsch (*Gesch. der christl. K.*, Scha-

lfhouse, 1863, 2.ª ed.); Berthes (Mayenza, 1840, in-fól., 2 vol.); Haas (2.ª ed., 1846, Grœne, Fortmann, Ginzel, Fetzler, Stiefelhagen u. A.

Entre las obras publicadas fuera de Alemania, citaremos:

a. En España: Florez, *España sagrada*, Madrid, 1747 y sig., continuada por Risco, Merino, Canal, 46 vol.; *Hist. de la Iglesia en sus primeros siglos hasta el triunfo de la Madre de Dios en el Concilio de Efeso el año* 431, por D. Juan Manuel Berriozabal, marqués de Cassajara, Madrid, 1867, t. I-IV; Amat. *Hist. eccles. ó tratado de la Iglesia de Jesu Christo*, t. XII.

b. En Italia: Delsignore, *Instit. hist. eccl.*, ed. Tizzani, Roma, 1837, t. IV; Palma, *Praelectiones hist. eccl.*, Roma, 1838-46, t. IV; Giov. Prezziner, *Storia della Chiesa dalla promulgazione del Vangelo fin all' an.* 1818, Fir., 1822 et seq., t. IX; Tosti, O. S. B., *Proleg. alla storia univ. della Chiesa*, Fir., 1861 (sus Monografías sobre Bonifacio VIII, 1846; sobre el cisma griego, 1856; sobre la condesa Matilde, 1859; sobre la abadía de Monte-Casino, 1841 y sig.; sobre el Concilio de Constanza, 1854); Ignazio Mozzoni (sacerdote de la Orden de San Juan de Dios), *Tavole, chronologiche critiche della storia della Chiesa universale*, Venecia, 1856 y sig., fasc. I-VII (trabajo artístico notable, continuado en Roma despues de la muerte del autor); G.-B. de Rossi, en sus obras de Arqueología (XVI, 3, 6); Ces. Cantú, *Storia universale*, en aleman, por Brühl, Weitz, Will, Schaffhouse.

c. En Francia: Blanc, *Cours d'histoire ecclésiastique*, París, 1841 y sig.; Receveur, *Histoire de l'Eglise*, París, 1841 y sig.; Jager, *Cours d'histoire ecclésiastique* (Université catholique, 1841 y sig.); *Histoire de l'Eglise catholique en France d'après les documents les plus authentiques depuis son origine jusqu'au concordat de Pie VII*, París, 1868; Darras, *Histoire générale de l'Eglise*, 3.ª ed., París, 1857, 4 vol., 5.ª ed., 1862; Capefigue, *les Quatre premiers Siècles de l'Eglise*, París, 1850, 2 vol.; *l'Eglise au moyen âge*, París, 1852, 2 vol.; Rohrbacher (muerto en 1856), *Hist. univ. de l'Eglise cath.*, 29 vol. in-8.º, Nancy, 1842-49; 2.ª ed., París, 1849-53; Henrion, *Hist. ecclés.*, publicada por el abate Migne, París, 1856.

d. En Bélgica: Wouters, *Compend. hist. eccles.*, Lovain., 1847, ed. 4, 1863, t. III, *Capita selecta hist. eccl.*, 1869.

e. En Inglaterra: J. Lingard, *The Antiquities of the anglo-saxon Church*, 1831, 2 vol.; *Hist. of England* (en aleman), Francfort, 1828-33, 15 vol.); Digby, *Mores catholici or the Ages of faith.*, Lond., 1831-43-46, t. XII.

En Portugal: *Historia da Egreja cath. no Portugal*, por P. Souza Amado, Lisboa, t. I-VII.

Ventajas é importancia de la historia eclesiástica.

34. Si dirigimos una mirada sobre las inmensas riquezas de la literatura en el campo de la historia eclesiástica, nos admiraremos de lo que se ha hecho hasta el tiempo presente. Sin embargo, á medida que se penetra en el detalle de estas vastas colecciones históricas, se notan más y más las numerosas lagunas que todavía hay que llenar, y cuantas partes quedan aún, que reclaman trabajos monográficos. De aquí la imposibilidad de dar una historia eclesiástica verdaderamente completa y profunda, ántes que todos los detalles hayan sido completamente examinados y esclarecidos. Nunca serán bastante aplaudidos los esfuerzos

intentados por el mayor número de los que se dedican á estos estudios, para hacer más y más perfecto el edificio.

Todas las ventajas que se sacan de la historia general se hallan en la eclesiástica, su parte más noble é interesante. Sin ella no cabe conocimiento científico completo del Cristianismo, ni en general de la historia humana, de la cual es centro. Miembros é hijos de la Iglesia, debemos, con este solo título, mirar todo lo que á ella se refiere con el más vivo interés; los destinos de nuestra madre son los nuestros; las personas que han intervenido en su pasado, son nuestros padres y hermanos, que están unidos á nosotros en el espíritu por la comunion de los santos. Es preciso ante todo que el teólogo sepa dar noticia y razon de las cosas acaecidas en la Iglesia, á quien le interrogue, y con tanta mayor razon cuanto que su historia ha sido desnaturalizada á menudo y todavía lo es en nuestro tiempo de la más injuriosa manera. Pero si el historiador debe ser teólogo, tambien es necesario que el teólogo sea historiador.

Por lo demás, quien no está familiarizado con el desarrollo exterior de la Iglesia, al ménos en sus rasgos generales, es incapaz de juzgar exactamente de su actual situacion. La historia eclesiástica es inmenso depósito de sabiduría práctica. En ella vemos cómo los más grandes personajes se han conducido en las más complicadas situaciones; las cuales ciertamente renacen millares de veces y bajo diversas formas, pero nada ofrecen que sea absolutamente nuevo *(Eccli.* I, 9, 10). Se necesita extraordinaria sagacidad para comprender bien en la vida diaria tantos caractéres distintos, que nada tienen de comun con el nuestro. La historia eclesiástica produce gran número de ellos, y nos ofrece para apreciarlos norma equitativa y exacta.

¿Qué cosa hay más propia para fortalecer nuevamente las almas que el espectáculo de una Iglesia siempre inmutable, constante é igual siempre á sí misma, en la incesante movilidad de las cosas presentes? Tal espectáculo hace reflexionar é inclina á la moderacion; nuestro celo se refrena sin debilitarse; el entusiasmo no se extingue, pero se regula y ennoblece. La vida moral, así como la de la fe, se fortalece, la conviccion se esclarece, se depuran los conocimientos. La historia eclesiástica es magnífica apología de la Iglesia y su doctrina, prueba brillante de su institucion divina, de la belleza siempre antigua y siempre nueva de la Esposa del Señor. Este estudio, cuando se sigue con gravedad y amor, vivifica poderosamente la ciencia y la vida; léjos de sujetarnos á formas vacías é inertes, contiene el espíritu mismo que debe penetrar todas las situaciones de la vida, é inspirarnos el valor que han menester las grandes empresas y las magnánimas acciones.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 34.

Véase H. de Valois, *Dedicatio ad cler. gallic.*, in ed. Euseb. *Hist. eccl.*; Griesbach, *De utilitate hist. eccl.*; Jena, 1776; Flügge, *Einl. in das. Stud. und die Literatur, der Rel. u. K.-G.*, 1801; Kœthe, *Vom Einfluss des kirchenhist. Studiums*, Leipzig, 1810; Ullmann, *Die Stellung des Kirchenhistorikers in unserer Zeit* (*Stud. u. Krit.*, 1829, IV); Schleiermacher, *Kurze Darstellung der theol. Stud.*, 1830; Mœhler, *Ges. Schr.*, II, 261; Jæger en *Œsterreich. Vierteljahrschr. f. Theol.*, 1867; Alzog, *K.-G.*, 9.ª ed. § 13, p. 20-22. De los Padres sólo citaremos á Gregorio Naciaceno (lib. II *Carm.* sect. 2, n. 4, p. 1510, ed. Migne): Καλὸν δ' ἱστορίης φρὴν ἔμπλεος· ἱστορίη γὰρ συμφερτὴ σοφίη, πολλῶν νόος; entre los teólogos, Melchor Cano, *De locis theol.*, lib. XII, c. II: «Viri omnes docti consentiunt rudes omnino theologos illos esse, in quorum lucubrationibus historia muta est. Mihi quidem non theologi solum, sed nulli satis eruditi videntur, quibus res olim gestae ignotae sunt.»

CAPÍTULO II.

EL HOMBRE ANTES DE JESUCRISTO.

Principal obra: Dœllinger, *Heidenthum u. Judenthum*, Regensb., 1857. Añádanse: Th. Katerkamp, *Gesch. der Religion bis zur Stiftung einer allg. K. Z. Einl. in die K.-G.*, Munster, 1819; Sepp, *Das Heidenth. u. dessen Vorbedeutung für das Cristenth.*, 3 vol., Regensb., 1853; Lücken, *Die Traditionen des Menschengeschl.*, Munster, 1855; Stiefelhagen, *Theol. des Heidenth.*, Regensb., 1858; Mœller, *Die Urgeschichte.*, Frib., 1862; Gœrres, *Mythengesch. der asiat. Welt*, 2 vol., Heidelb., 1810; Kuhn, *Gegens. des Heidenth. u. Christenth. in der sittl. Weltansicht (Tüb. Q.-Schr.*, 1841, II); Mœhler-Gams, *Hist. de l'Eglise*, I, p. 164; B. Picard, *Cérémonies et Coutumes relig. de tous les peuples*, Amsterd., 1723, 9 vol. in-fól.; F.-H. Saint-Delaunaye, *Hist. gén. et part. des religions et du culte de tous les peuples du monde*, París, 1791, in-4.°, t. II; G.-J. Voss, *De theologia gentili et physiologia christ. libri IX*, Francf., 1673; S.-J. Baumgarten, *Gesch. der Religionspartein*, herausgegeben von J. S. Semler, Halle, 1766, en 4.°; E. Meiners, *Allg. krit. Gesch. der Religionen*, Hannover, 1806, in-8.°, 2 vol.; Benj. Constant, *la Religion considérée dans sa source, ses formes et ses développements*, París, 1824, t. II, en aleman, con notas por Petri, Berlin, 1824-29, 3 vol.; Kreuzer, *Symbolik der Mythologie der alten Vælker*. Leipzig, 1810, 19, 37; Stuhr, *Die Rel.-Systeme der heidn. Vælker*, 2 vol., Berlin, 1836; Nitzsch, *Ueber den Religionsbegriff der Alten (Studien und Kritiken*, I, p. 527); Eckermann, *Lehrb. der Rel.-Gesch. und Mythologie der vorzüglichsten Vælker des Alterth. Nach der Anordnung K.-O.* Müllers, Halle, 1845, 2 vol.; Tholuck, *Ueber das Wesen und den sittl. Einfluss des Heidenth.* (Néander, *Denkwürd.*, t. I); F. Jakob, *Heid. und Christenth. (Verm. Schriften*, VI, Leipzig, 1837); Glrœrer, *Urgesch. des Menschengeschl.*, Schaffhouse, 1855, 2 vol.; Fabri, *Entstehung des Heidenth. u. Ausgabe der Heidenmission*, Bonn, 1858; Fischer, *Heidenth. u. Offenbarung*, Mayenza, 1878.

§ 1.° Origen y forma del paganismo.

1. Dios se ha revelado al hombre en la creacion y por la voz de la conciencia. Lo habló en el paraiso terrestre, y lo elevó á la vida sobrenatural. Pero el pecado causó su ruina; su espíritu se oscureció, debilitóse su voluntad; desposeido de la vida sobrenatural, quedó abandonado á sus propios recursos, y juntamente cargado con la maldicion del pecado, si bien la redencion le fué prometida desde el principio. El fratricidio de Cain, la mezcla de los descendientes de éste con los de Seth, la espantosa catástrofe del diluvio, atestiguada por las tradiciones de todos los pueblos, la confusion de lenguas y separacion de naciones

que le siguió, la profunda corrupcion de la raza de Cham, son otras tantas pruebas de los progresos del mal y de su tiránico imperio. El paganismo existía en el hecho mismo de haberse apartado los hombres de Dios, y á medida que las antiguas tradiciones se desvanecieron, se tradujo en el politeismo, en las crecientes tinieblas de la inteligencia y en la *sumision cada vez más completa* del hombre á la naturaleza exterior.

Degenerado éste llegó al extremo de adorarlo todo, fuera del verdadero Dios [1], y de darse por entero á la criatura. Ahora bien, Dios es uno y simple, mientras que la criatura es múltiple. La unidad del Ser Supremo cedió, pues, el puesto á la pluralidad. El hombre buscó en las fuerzas y fenómenos diversos de la naturaleza, las cosas superiores y divinas, y las concibió bajo formas que correspondían á las condiciones de los lugares y climas, y sobre todo al grado de cultura que había alcanzado y á su carácter nacional. La nocion de un Ser Supremo, santo y omnipotente, se desvaneció; el culto de Dios, llegando á ser puramente exterior, fué destituido de toda razon moral; la dignidad del hombre mismo despreciada y sacrificada. El punto más bajo de la degradacion es el fetiquismo, que se prosterna ante una piedra, ante una masa informe, etc., (litolatría, dendrolatría y zoolatria).

Más elevado es el culto de los elementos que convierte en objetos de adoracion, el cielo, la tierra, el fuego, el agua. En las regiones donde los cuerpos celestes, sobre todo el sol y la luna, brillan con todo su resplandor, encontramos principalmente el culto de los astros (astrolatría, sabeismo). Donde las impresiones del cielo y de los astros son ménos sensibles, y la naturaleza desplega su espléndida vegetacion, predomina el culto de la tierra (geolatría), al cual se junta el de los hombres (antropolatría, apoteosis). Las fuerzas físicas, la belleza sensible, las acciones brillantes, con frecuencia los placeres de la carne, han sido objeto de culto divino; el cual no se ha detenido en los hombres vivientes, sino que se ha extendido á las producciones de las artes, á las figuras mitológicas, donde se intentaba imitar las más bellas formas humanas (antropomorfismo).

Los espíritus abstractos, partiendo de la falsa hipótesis de que son inconciliables la personalidad y el ser absoluto, han dado nacimiento al panteismo, al culto del universo, de la humanidad, del Estado. Junto á estos errores se ha levantado el dualismo, que admite dos séres fundamentales distintos y opuestos entre sí. Los errores dominantes fueron, el materialismo que aspira á satisfacer la necesidad instintiva de honrar

1 *Sap.*, XIII, 1 y sig.; *Rom.*, I, 23, 25.

á Dios, divinizando la naturaleza exterior; despues el fatalismo que somete todas las cosas, hasta los dioses mismos, á ciego destino, á incontrastable necesidad. Este culto universal, esta idolatría de formas múltiples que dominaba en el mundo antiguo, son la causa, el principio y el fin de todos los males [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 1.

Acerca del Diluvio universal, Natal Alejandro, t. I, *Diss.* x, a. 4, p. 210; Félix Néve *De l'Origine de la tradition indienne du déluge,* Paris, 1849, *Tüb. Q.-Schr.*, 1851, II, p. 332. Además las obras sobre los recientes descubrimientos en Asiria y Babilonia de Smith, Oppert, Lenormant, Kaulen, Scholz, etc. Se ha disputado si la idolatría había penetrado ya en la humanidad ántes del diluvio. La conclusion afirmativa que algunos deducen del *Gen.* IV, 26, carece de certidumbre. Phillips, *Kirchenrecht,* II, § 91 y sig. 93, p. 354. Otros la hacen venir de Cham, hijo maldito de Noe. Lactancio, *Div. instit.,* lib. II. Sobre la idolatría, véase San Atanasio, *Cont. gent.,* n. 1 y sig., n. 9 y sig. *Op.*, I, p. 1 y sig., ed. Maur.; Greg. Naciane. *Or.*, XXVIII, n. 12 y sig.; *Op.*, I, 506, 670 y sig.

Dos criterios sobre el paganismo.

2. Dos opiniones extremas se han disputado el triunfo, á propósito del paganismo. Una sostiene que nada hay en el paganismo que le acerque á Dios; que en él sería imposible buscar aspiracion alguna hácia el cielo; que todo él es producto de las influencias satánicas, porque la Escritura afirma que los dioses de los gentiles son demonios, y que la depravacion de costumbres, los sacrificios y usos de los paganos no provienen sino del demonio. La otra opinion, por el contrario, ensalza el lado ideal del paganismo, y le coloca áun encima del judaismo, considerándolo como una fase natural y necesaria, como una preparacion para el cristianismo, como la edad de oro de la pura naturaleza.

Ambas opiniones son igualmente falsas. En efecto, dos cosas han de distinguirse en el paganismo: 1.ª, el bien natural, el bien puramente racional que emana del Verbo divino; 2.ª, lo que ha sido alterado y corrompido por el error. Sin duda el paganismo era una deplorable aberracion de la humanidad, consecuencia del pecado; Dios, sin embargo, en su misericordia, dejó allí gérmenes de bien. Cierto que la Escritura dice ser demonios los dioses de los gentiles, pero no dice que todo sea satánico entre los gentiles; y la Iglesia ha condenado la proposicion de que todas las obras de los gentiles sean pecados. Si muchos autores eclesiásticos pusieron de relieve el lado odioso y

1 Sap., XIV, 27.

satánico del paganismo, hay otros como Justino, Teófilo, Clemente y Orígenes de Alejandría, San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Crisóstomo, San Agustin, que encuentran en él un presentimiento de las cosas divinas, semillas esparcidas por el divino Verbo, rayos dispersos de la verdad, pensamientos nobles y elevados, lados por donde los paganos podían aproximarse á las ideas cristianas, á las verdades depositadas por Dios en el pueblo judío, y que ellos habían utilizado en cierta medida. Estos dos aspectos del mundo pagano son fáciles de reconocer cuando se estudia las religiones diversas de los pueblos antiguos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 2.

Mœhler, *Patrol.*, p. 219, 225, 266, 305, 421, 443, 467, 803. El Concilio de Trento, sess. VI, can. 7, *De justif.*, Pío V, *Const.* de 1.° Octubre 1567. Baj., Prop. 25, y Alejandro VIII, *Const.* del 7 de Diciembre 1690, prop. 8, han condenado expresamente la doctrina de protestantes y jansenistas, de que todas las obras de los paganos son pecados. Los autores siguientes creen que los sabios del paganismo han utilizado el Antiguo Testamento: Aristóbulo, en Euseb., *Præp. ev.*, XIII, XII; Joseph., *Cont. Ap.*, II, p. 1079; Justin., *Apol.*, I, c. XLIV; II, X; Clem. Alex., *Strom.* I, XVI, 26; II, V; VI, V, 8; *cf.* Natal. Alex., t. III, p. 29 *y sig.*; diss. X, prop. 2.

La China.

3. En China, de la que dependía el Japon intelectualmente desde el año 57 ántes de Jesucristo, parece que desde los tiempos más remotos, la doctrina de un Ser Supremo reinaba junto con la forma patriarcal de las instituciones políticas. Este Ser era concebido como eterno é infinito, del cual han salido todos los séres por la mezcla de los elementos, para volver á él despues por vía de disolucion. Ningun signo, ninguna palabra, puede designar al Ser Supremo personal. Por esto se le expresa con dos términos *Tien* (Cielo), y *Tao* (razon). Esta última se desenvuelve en las estrellas, la tierra y el hombre. Tien y Tao forman el contrapeso de los fenómenos pasajeros de la tierra; son imperecederos é inmutables; no aparecen en cualidad de personas sino en Jao (el Emperador), que es imágen del Cielo. De la dignidad suprema del Emperador (llamado tambien Hoangti) dependen la naturaleza y la historia. El es el principio que mueve y dirige todas las cosas, sin ser realmente Dios.

La filosofía de la naturaleza y las ideas morales son representadas por diferentes sistemas. Es probable que las más antiguas nociones religiosas hayan sido llevadas á los chinos por Fohi (nacido hácia 3370 ántes de Jesucristo), y en el siglo VI a. J. C. por el filósofo Lao-Tsé, que

fué el primero en dar á conocer la doctrina de Tao, y se hizo representante de un sistema especulativo mezclado de elementos extranjeros, sobre todo indianos y panteistas.

Confucio (Cong-fu-tse 550-479 a. J. C.) gozaba de inmenso crédito. Mirando exclusivamente el lado práctico de la vida, proclamó una moral más practica, especie de moral burocrática. En tiempo de otro moralista posterior, Mencio (Meng-tse, fin del IV siglo a. J. C.), estallaron divisiones; el budhismo indiano penetró en el país, y fué adoptado el culto de los ídolos hasta entonces desconocido. La religion popular era el politeismo, lleno de ceremonias supersticiosas; pero los espíritus cultivados permanecían adheridos á la moral utilitaria de Confucio.

Gran veneracion hácia los ancianos, el amor á los padres rigurosamente obligatorio, la creencia en la inmortalidad del alma, la esperanza de un futuro Redentor que vendría de Occidente, la conservacion de multitud de antiguas tradiciones, tales son los rasgos generales de las diferentes sectas que se dividen la China.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 3.

Windischmann, *Gesch. der Philosophie im Fortgang der Weltgesh.*, I, cuad. I; H. J. Schmitt, *Uroffenbarung*, Landsh, 1834; Gfrœrer, *op. cit.*, I, 211 y sig. Los griegos y otros pueblos dan ordinariamente el nombre de Jao al tetragrammaton de los hebreos. Macrobio, *Saturn.*, I, XVIII, cita un oráculo de Apolo φράζεο τὸν πάντων ὕπατον θεὸν ἔμμεν Ἰάω. Segun Porfirio, Sanchionathon daba á Dios el nombre de Jao. Cf. Diod. Sic. *Bibl. h.*, I, II, c. 59; *Zeitchr. f. hist. Theol.*, 1875, I, p. 309.

La India.

4. La India poseía una civilizacion y literatura *muy antiguas*. El sanscrito, su lengua sagrada, hoy extinguida, era muy flexible, y se prestaba á las más abstractas ideas. Los libros sagrados (los Vedas, en cuatro partes), las leyes de Manu y multitud de obras poéticas, dan testimonio de una riqueza de ideas que no se halla en los demás pueblos de la antigüedad. Se ha disertado mucho sobre cuál de sus dos grandes religiones, el brahmanismo ó el budhismo, era más antigua. La prioridad se atribuye generalmente á la primera. La más antigua religion de los indios era el culto de la naturaleza, sobre todo de los animales. En los Vedas hallamos tres divinidades principales: Indra, el dios de la region aérea, de la lluvia y del trueno: Varuna, dios del firmamento exterior; y Agni, dios del fuego: los tres provistos de sus mujeres, que son Indrani, Varunani y Agnani.

En el segundo grado figuran los dioses de la luz, presididos por el

dios sol, cuyos diferentes nombres expresan sus obras y atributos. Los *vientos*, que pertenecen al *dominio* del aire y están *sometidos* al dios Indra, aparecen tambien como divinidades; Rudra (el destructor, que se halla más *tarde* en el brahmanismo) *es el dios de las tempestades*. Esta religion naturalista, originó entre los indios una filosofía de la naturaleza, con la cual se mezclaron despues diversos elementos sacados de otros sistemas religiosos de Oriente. La oposicion entre lo infinito y lo finito, el deseo de verla cesar, y luego la doctrina de la trasmigracion de las almas hállanse en ella vivamente acentuadas. El Ser Supremo, Brahm ó Brahma, era concebido como informe é impersonal, y despues como una persona bajo el nombre de Parabrahma, primer principio de todas las perfecciones. El rasgo dominante del brahmanismo es la emanacion panteística, destinada á llenar el abismo que separa lo finito de lo infinito. De la sustancia infinita de Brahma emana una série de séres que se escalonan en infinito número de grados. Las emanaciones primeras son todavía divinidades, pero las siguientes son ya hombres, animales, plantas, cada vez más limitadas é imperfectas. La materia es para los séres de grados inferiores una prision que han merecido apostatando de Brahma, cuyo espíritu ha vivificado y producido (no engendrado) todas las cosas. Los séres subalternos vuelven al ser primitivo por la *metempsycosis*, que *purifica* el alma de sus manchas, y la acerca á la sustancia divina.

Los brahmanes, que aspiran á desprenderse de la *materia*, *se retiran* del mundo, viven en la contemplacion y en rigoroso ascetismo, se someten á las más horribles torturas, se abstienen de alimentos *calientes*, de carne y del matrimonio. Ven en el interior del hombre una lucha perpétua. El Parabrahma viviente es á sus ojos la justa y santa providencia; en él se forma una especie de trinidad (Trimurti) compuesta de Brahma, Vischnu y Schiva (creador, conservador, destructor); cada uno de los cuales tiene conciencia de su personalidad, y va acompañado de un elemento femenino. Así como Paraschatti (la madre primitiva) es la esposa de Parabrahma, Saraswadi (la sábia) lo es de Brahma; Rakschim (la fecunda) de Wischnu; Paravadi (la poderosa) de Schiva. Wischnu, el libertador, está sometido á nueve ó diez encarnaciones (abatars); del animal pasa al hombre en cualidad de Sakya Muni (más tarde identificado con Brahma). En estas encarnaciones sucesivas el elemento divino se rebaja profundamente en el mundo finito; deseos *impuros* reinan en las generaciones de los dioses, y nada queda sino la diferencia que separa el bien del mal. El libre arbitrio representa en las criaturas el mismo oficio que la gravedad moral en los dioses. La separacion en cuatro castas está rigurosamente mantenida por los brahmanes.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 4.

Lassen, *Ind. Alterth.*, Bonn, 1843; Paul Wurm, *Gesch. der indischen Relig. im Umriss dargestellt*, Basilea, 1874. Sobre los brahmines (brahmanes), Hippol., *Philosophum.*, lib. I, p. 28-30, ed. Miller; Clem. Alex., *Strom.*, I, 15, III, 7, p. 130, 132, 193; Isid., *Phil., auctore Damascio*, ap. Phot., in *Bibl.* cod. 242, p. 340.

5. Cuatro ó cinco siglos ántes de Jesucristo, apareció el budhismo, que adoptaba la misma cosmología que el brahmanismo, desenvolviendo, sin embargo, un sistema diametralmente opuesto. Niega que el Sér primitivo divino sea la causa del mundo, el cual, segun él, no ha tenido principio, y cree que la destruccion de toda miseria humana es el fin que debe alcanzarse por el aniquilamiento, tan completo como sea posible, del mundo y de uno mismo. Siendo inseparables la existencia y el dolor, es preciso impedir la renovacion del sér y prevenir el dolor, ahogando la pasion que tiende á una reproduccion incesante.

Esta doctrina, rompiendo las barreras que separaban las diferentes castas, colocando en el primer rango la moral y el ascetismo, sin introducir una teodicea particular, presentándose no como una religion opuesta al brahmanismo, sino más bien como una escuela filosófica, debía ganar numerosos prosélitos y extenderse sin encontrar obstáculos en mucho tiempo.

Se tiene por autor de esta doctrina á Gotama, hijo de un rey contemporáneo de Solon y Pitágoras, de Ciro y Confucio. Renunciando al trono pasó seis años en la soledad, mortificándose y meditando segun el método de los brahmines para obtener la dicha de un arrobamiento. Iniciado bajo una higuera en el conocimiento supremo y absoluto (Bodhi), enseñó desde entónces públicamente su doctrina. Poco tiempo despues de su muerte (543 a. J. C.) se convirtió en objeto de un mito.

Segun él, consiste el bien supremo en libertarse de las miserias de la existencia, en aniquilarse (Nirvana). El medio de acanzarlo es desprenderse de todos los objetos y afectos terrenos, permaneciendo respecto de ellos en completa indiferencia y apatía. Miéntras no se llega á esto, continúan las transformaciones y emigraciones.

Toda esta religion mira á un ascetismo puramente exterior, pero que se manifiesta en seis perfecciones primitivas (limosna, probidad, paciencia, esfuerzos, meditacion y sabiduría), y despues en otras cuatro (discernimiento exacto de los medios, oracion, fuerza y ciencia), en suma, diez perfecciones. Había fórmulas precisas para la enseñanza verbal: primero las cuatro grandes verdades (dolor, produccion del dolor, destruccion del dolor y medios de procurarla); segundo, los tres

refugios; tercero, los dos veces diez mandamientos de la doctrina, de los cuales la mayor parte prohiben usar de ciertos objetos exteriores.

A la estátua de Gotama y á sus restos mortales ofreciánse flores, incienso y otros perfumes; se le representaba con las piernas cruzadas, sentado, en actitud de reflexionar y de enseñar.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 5.

Weinhart, *Freib. Kirchenlexicon* (ó *Diccionario enciclop. de la teol. catól.*), t. XII, p. 151; Hettinger, *Der Buddhismus in Tibet* (*Chilianeum*, 1864, t. IV, p. 460, 497); Doellinger, *op. cit.*, p. 45.

El Tibet.

6. Este sistema tuvo mucha aceptacion entre los *indo-scitas* y en el vasto reino de Magadha. En este último tuvo por adepto al Emperador Asoka, el cual consiguió por un tratado, que se permitiese á los predicadores buhdistas entrar en Egipto (236 a. J. C.). Despues de luchas seculares, este sistema fué suplantado en la misma India por el brahmanismo, pero se afianzó en China, luego en el Tibet, su tributario, y por último, entre los tártaros. En el Tibet, los Sacerdotes budhistas se llamaban lamas. Su primer jefe el dalaïlama que residía en Lassa, recibía honores divinos. Despues de su muerte tocaba á los sacerdotes designar aquel á cuya alma hubiese pasado el espíritu del Dios. Más tarde hubo en diversas ocasiones muchos de estos grandes lamas en Lassa, en Tischu-Lombu, población de la Mongolia. Hasta el siglo XIII de nuestra era no se adoptaron las innumerables instituciones y usos exteriores, que revelan una grosera parodia del Catolicismo, siendo esta introduccion consecuencia del contacto con los misioneros cristianos; de la misma suerte solo hasta despues del siglo V no pasó el Budha 28 desde la India meridional al imperio chino.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 6.

Edicto de Asoka, Ritter, *Asien*, IV, II, p. 1130; Benfey, art. *Indien*, en *Halle'sche Encycloped.*, II, secc. XVIII, 71. Origen de las instituciones indias, segun Rémusat, en Wiseman: relaciones entre los resultados de las investigaciones científicas y la religion (en aleman por Haneberg). Regensb., 1840, p. 491, y Schlegel, *Philos. des Gesch.*, I, p. 114; Schott, *Buddhaism. in Hochasien u. in China*, Berlin, 1846.

Persia.

7. Las tribus arias de la Bactriana, Media y Persia, honraban á Zoroastro ó Zarathustra como á fundador de su religion y le creían enviado de Dios. Segun otros, no era más que restaurador. Estas tribus poseían en los magos un poderoso cuerpo de sacerdotes y sábios. Su lengua sagrada era el Zendo, y sus libros santos los Zend-Avesta, divididos en veintiuna partes, que fueron más tarde recogidas y coordinadas bajo los Sassanidas, así como el Bundehesch, que trata de cosmogonía. La religion precedente parece haber sido el politeismo, mezclado de monoteismo, sobre todo el culto de los elementos y especialmente el del fuego (pirolatría). Probablemente á este último culto se enlaza el de Zoroastro; de aquí la mezcla de dos sistemas religiosos. Hormuzd, el dios bueno, el Dios Supremo, era considerado como creador de la tierra, y honrado bajo el símbolo del fuego. Tiene por antagonista al espíritu de las tinieblas y propagador del mal, Ahriman, cuyo poder debe ser destruido un día. La doctrina del Sér primitivo, del tiempo ilimitado (Zervans Akarana) ó del dios Zervans, no se añadió hasta más tarde por las escuelas de los magos, que necesitaban refundir su dualismo en alguna unidad superior. Cada uno de estos dos reyes-dioses, gobierna de seis á siete príncipes ó espíritus (atributos divinos personificados), á los cuales se subordinan otros nueve génios (ó demonios). Seis Amschaspands ó santos inmortales rodean á Hormuzd su jefe y protector; frente á ellos se elevan los seis espíritus malos ó Dews de Ahriman. A los Amschaspands se enlazan los Jzeds (adorables), de los que el más brillante es Mithra, vencedor del invierno y el más próximo á Hormuzd. Los Ferwers son los ángeles tutelares, tipos de los séres creados, partículas divinas que entran en las almas. El Bundehesch contiene además la doctrina de Sosiosch, héroe victorioso, que resucita los muertos y separa los buenos de los malvados despues de haber hecho á todos inmortales tocándoles con la sávia blanca del Homa (principal sacrificio de los persas, que lo ofrecían con la planta llamada asclepíada), y haciéndoles beber del líquido que mana de Gosschuran (el toro primitivo que mató Arihman, y de cuyo costado derecho nació el primer hombre, Kaimorts).

Los persas creían en un estado paradisiaco y en grandes crímenes antiguamente cometidos; admitían una resurreccion y redencion. Los sacrificios, las oraciones y purificaciones, cinco períodos del día destinados á prácticas religiosas, y cinco grandes fiestas en el año constituían su culto. Los sacerdotes ó magos formaban tres clases: estudiantes,

principiantes y perfectos (herbeds, mobeds, destur-mobeds). A pesar de su pureza relativa, la religion del Zendo degeneró tambien en grosera é inmoral supersticion.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 7.

Muchos antiguos han *hecho de Zoroastro un hijo de Cham*, *Mizraim*; *otros* lo han identificado con Cham, Chus, Nembrod; para otros ha sido el maestro de Pitágoras. No hay *conformidad sobre el tiempo en que vivía*. *Cotelier*, en Clem. *Recognit.*, lib. IV, c. XXVII (Migne, *Patr. graec.*, t. I, p. 1325 y sig.); Dœllinger, p. 353.

Los babilonios y asirios.

8. Babilonia, que es probablemente el más antiguo de los Estados fundados por la conquista, era el verdadero foco de la idolatría. *Bel* y Militta (Júpiter y Rhea) eran sus principales divinidades. La última era idéntica á Astarté, reina del cielo, diosa del nacimiento y la generacion. Se *le rendía el culto más inmoral*. Bel (en fenicio Baal) era el dios del cielo, de la luz y del fuego. Hasta más tarde no se le consideró como el dios-sol, y se le hizo igual á Saturno. El culto primitivo era el Sabeismo. (*Jerem.*, VIII, 2.)

El templo de Bel servía tambien de observatorio; porque la astronomía y la astrología eran cultivadas *por los sacerdotes* (*caldeos*), y se enlazaban estrechamente con la religion. Ambos cultos se fundaban en la idea de que existe simpatía, influencia recíproca entre la tierra y los *astros*. *Estos eran* consultados como potencias del destino; hallábanse en vigor por doquiera los amuletos y la mágia; los cinco planetas recibían culto particular. Júpiter y Vénus pasaban por potencias bienhechoras; Saturno y Marte por nefastas. Asiria recibió de Babilonia el culto de los astros, y Siria el de Adónis. La diosa de los peces, Derkéto, Atergatis, era venerada *como deidad tutelar del imperio*, como la madre de Semíramis, á quien se atribuían todas las grandes empresas, ó como Semíramis misma. Se la representaba bajo el emblema de una paloma, la cual era mirada como santa. Este culto admitía además otras divinidades, así como un mal principio.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 8.

Dœllinger, *Paganismo y Judaismo* (en aleman y en francés), p. 390.

El Asia menor.

9. Había en esta region diferentes cultos, que los griegos trataron de acomodar á sus usos en cuanto era posible. En Labranda (Caria) el dios Men era honrado como un sér bisexual, con barba, y con pecho de mujer, ceñido de pequeñas bandas, y armado de la doble hacha. En Milasa los carios, lidios y misios, ofrecian culto comun á Júpiter Osogon, provisto del tridente (Poseidon). Frigia lo rendía á la «gran madre» (enemiga de toda generacion), Cibeles, á quien se honraba convirtiéndose en eunuco, como había hecho, dícese, su ministro y favorito Attis, quien tambien era venerado. Los sacerdotes eunucos, llamados *Gallos*, se entregaban en sus fiestas á excitaciones brutales y danzas que eran verdaderas orgías.

No ménos feroz y sensual era el culto de Sabazius, dios protector de Frigia. El culto de Cibeles y de Attis dominaba igualmente en Bitinia, Licia y Licaonia, sin hablar de otros cultos. Ma, semejante á Militta y Anaitis, era la principal divinidad de Capadocia y Ponto; en Persia y Armenia recibía tambien honores divinos, como diosa de la generacion, y su culto iba acompañado en el último país de la más grosera lubricidad. Había templos consagrados á esta diosa en Comana y Sarus. Men ó Lunus (el dios luna) era honrado en Cabira y Carres, ciudades de Mesopotamia. En Zela (Ponto) y otras partes se practicaba el culto pérsico del fuego. Los lidios, completamente afeminados, veneraban tambien á Cibeles (Ma), sobre todo en Sardes, al dios-sol Sandon (el Hércules de los griegos), Omfalo, mitad guerrero, mitad mujer, que era honrado con la prostitucion del sexo femenino. La dominacion griega y la colonizacion trajeron nuevos cultos, sin abolir las vergonzosas prácticas de los tiempos anteriores.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 9.

Dœllinger, *obra citada*, p. 344, 389. Sobre los Gallos, Focio, *Ep.* XLIX, p. 102, ed. Montac. (lib. III, *Ep.* XIV, ed. Migne).

Asiria y Fenicia.

10. Baal era honrado en Siria y Fenicia; en Tiro y en las colonias, se le consideraba como el dios del fuego ó el dios sol. Su culto, al principio, carecía de símbolos. Despues se colocó su estátua sobre toros y fué servida por innumerable multitud de sacerdotes. El Moloch cananeo

(Melech, rey) no era otro que Baal furioso y devastador, el sol ardiente; honrábasele con perfumes, sacrificios de toros y niños, que eran arrojados al horno abrasado de su ídolo de metal, en medio de embriagadora música. Otra forma de Baal era Melcarte, rey de la ciudad de Tiro, el Hércules fenicio. Baal era escoltado por Astarté, diosa de las estrellas, del cielo y la luna, divinidad protectora de Sidon; se llamaba Baaltis, en Biblos, Urania en Ascalon, así como Aschera y Astaroth [1]. Se sacrificaba á Astarté entregándole mujeres; su culto era impúdico. En Hierápolis (Siria) esta diosa de la naturaleza tenía un templo espléndido; en Emesa, el dios-sol Elagabalus recibía de sacerdotes vestidos con hábitos femeniles culto no ménos obsceno.

Adónis ó Thammus tenía su asiento principal en Biblos, donde se celebraba su sepultura y su reaparicion con fiestas de duelo y de regocijo. Los griegos imitaron del culto que á Baal y Astarté se tributaba en el bosque de Dafne, el de Apolo y Artemis, junto á Antioquía, sobre el Oronte. Entregábanse allí sus adoradores á las más desenfrenadas orgías. En las ciudades de los Filisteos, *Dagon* era la principal divinidad. Se la representaba en forma de pez, con cabeza de hombre, como el *Odakon* babilónico. Juntamente se honraba tambien á Derketo, mujer en la parte superior y pez en la inferior. Estas eran divinidades del mar. Invocábase á Marnas como el dios de las tempestades en tiempos de sequía.

Arabia.

11. Los árabes adoraban tambien los astros, principalmente el sol, la luna y las estrellas. En Taif se veneraba á la diosa Allat, Alilat, divinidad de la luna, bajo la forma de una piedra blanca cuadrangular. La tribu de Gatafan tributaba homenajes á Uzza (la omnipotente) bajo la forma de una acacia, otras tribus la veneraban bajo el emblema de una mujer. En Medina se adoraba á la diosa Manat. Dusares (Urotal, Dionysios) era el dios-sol en la Arabia Pétrea; se le ofrecían tambien sacrificios humanos, así como en Meca á Hubal, representado con siete flechas en la mano. Preténdese que Arabia recibió la idolatría de Siria. Todas las tribus tuvieron pronto ídolos; en la Kaaba de Meca (fundada un siglo ántes de J. C.) se contaban trescientos sesenta.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 10 Y 11.

Movers, *Untersuchungen über die Relig. der Phoenicier*, Bonn, 1840, t. I; Dœllinger, *obra citada*, p. 395-406.

---

1 *Reg.* XXI, 7; XXIII, 6.

Cartago.

12. Esta colonía fenicia, destruida por los romanos 146 años ántes de J. C., tenía los dioses frigios Baal, Moloch y Astartó, cuyo culto, lo mismo que la lengua púnica, se conservó bajo la dominacion romana. Los sacrificios de hombres y áun de niños, estaban allí en uso, así como el culto inmoral de Astartó, que se llamaba Celestis.

Entre los romanos, estas divinidades recibieron los nombres de Saturno y Juno. En el segundo siglo de nuestra era, el procónsul Tiberio adoptó severas medidas contra los sacerdotes, que sacrificaban públicamente niños á Moloch.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 12.

Tertull., *Apol.*, c. II; Aug., *De civitate Dei*, IV, X; II, III; Lactant., *Div. Instit.*, I, XXI, 23; Salvian., *De gubern. Dei*, VII, XVI; Dœllinger, p. 455.

Egipcios.

13. Entre todos los pueblos eran los egipcios los más adheridos á su antigua religion, la cual dominaba todas las relaciones de la vida, y estaba colocada bajo la custodia de un sacerdocio vigilante. Tenían los egipcios ménos mitos propiamente dichos que los griegos. Un gobierno de dioses estaba al frente de la historia. Cítanse tres dinastías. La primera, presidida por el dios sol, *Ra*, divinidad nacional, comprendía siete divinidades supremas; la segunda doce, y la tercera treinta semidioses.

La principal influencia en cuanto al culto, era ejercida por Menfis en el bajo Egipto, y en el alto por Tebas, siendo el del sol en estas dos regiones, la base de los demás. Cada provincia tenia su dios especial, casi siempre acompañado de una diosa, excepto el Dios primitivo y Supremo, Ra, que no tenía mujer. Se decía que él se había dado á sí mismo nacimiento, aunque tuvo una madre llamada Neih, ó el cielo, que era considerada como principio femenino pasivo, como materia primitiva que llevaba en su seno un principio masculino y generador que era el sol. Entre los egipcios, los hijos son, con frecuencia, esposos al mismo tiempo de sus madres. Mentu y Atmu, las más antiguas divinidades del alto Egipto, representaban, éste el sol levante y supraterrestre; el otro, el sol poniente é infraterrestre; eran, pues, iguales á Ra. Mu, hijo del uno, y acaso de la otra, tambien estaba casado con

Tefnet, hija del sol. La importancia del dios Ammon no se acrecentó sino con la de Tebas; hasta entonces no fué reconocido con el nombre de Júpiter. Ammon Ra fué preferido á Mentu y á Atmu.

Menfis tenía por divinidad principal á Phthah, padre de los dioses (*que los griegos tomaban por Hephestos*). *En Chemnis ó en Panopolis*, era venerado Khem (entre los griegos Pan), y en la isla de Filéa, y poco despues en todo Egipto, la diosa Isis, como materia primitiva enlazada á Osiris, el principio generador. Uno y otro son el punto de partida de un mito que se ha extendido mucho. Al lado de *Osiris*, Thoth pasaba por el autor divino de la generacion humana, y sobre todo, de los inventos y de las artes. Typhon ó Set, divinidad local de Ombos, era el Baal fenicio importado de fuera. Más tarde representó el principio de las tinieblas y de la corrupcion. Los animales eran considerados como órganos de la divinidad y de las fuerzas divinas. Varias localidades honraban animales diferentes; unos, terneros y ovejas; otros, leones, cocodrilos y serpientes. Matar á uno de estos animales sagrados se consideraba como crímen digno de muerte, y ocasionaba á menudo sangrientas guerras. Los toros ocupaban el primer rango: el toro Apis (el Phthah renaciente) en Menfis; en Heliopolis el toro Mnevis, sol renaciente, honrado en toda la region del Nilo. En Mendes y Thmuis se rendía culto á los machos cabríos, y se llegaba hasta el caso de entregarles mujeres.

Este culto grosero de los animales, ofrece raro contraste con las ideas de los egipcios acerca del mundo subterráneo, y sobre el estado de las almas despues de la muerte, ideas que se extendían á los menores detalles, y no se encuentran en ningun otro pueblo ántes del cristianismo. Los egipcios creían que las almas de los muertos viajan durante tres mil años á través de los cuerpos de los animales para volver en seguida á cuerpos humanos. Osiris pasaba por juez de los muertos. Si el difunto salía vencedor en el juicio, llevaba doble vida: por una parte el alma permanecía en continuas relaciones con su envoltura terrestre; por lo cual purificaban el cuerpo embalsamándolo con los mayores cuidados á fin de hacerlo incorruptible, y proporcionar al alma que volviera á revestirse de él en un día. Por otra el alma recorría diferentes emigraciones durante las cuales necesitaba de alimentos físicos lo mismo que en su carrera terrestre. Las ocupaciones de este mundo debian proseguir tambien áun en el seno de la bienaventuranza.

Las fiestas consagradas al dios sol, al Nilo, al natalicio de los dioses, eran numerosas. El sacerdocio se dividía en muchas castas, y sus funciones estaban reguladas hasta en los menores detalles, especialmente en lo que concierne á los sacrificios. Poseía tambien una doctrina secreta

que conservaba cuidadosamente oculta. La dominacion persa, griega y romana, introdujeron numerosos cambios; y los egipcios se acostumbraron á conceder honores divinos, no solamente á sus antiguos dioses nacionales, sino tambien á los reyes muertos ó vivos, aunque apareciesen á sus ojos como extranjeros é impuros.

OBRAS DE CONSULTA SÓBRE EL NÚMERO 13.

Jablonski, *Pantheon. Ægypt.*, Francof., 1750; Prichard, *Darstell. der ægypt. Religion.* (en alem.), Bonn, 1837; Lepsius, Brugsch, etc., en Dœllinger, obra citada, p. 406 y sig.

ADICION [1].

La trinidad egipcia.

La triada egipcia, dice M. Cárlos Lenormant, idénticamente semejante á la triada india, descansa en una creencia panteística. Los dos principios fundamentales (Ammon-Ra y Mouth, *la grande Madre en su forma más elevada*) representan el espíritu y la materia; no son correlativos, porque se dice que Ammon es el marido de su madre, lo cual significa que el espíritu es una emanacion de la materia preexistente, del caos. En el *Ritual funerario*, documento capital y resúmen de la teología egipcia, Ammon dice á Mouth: «Yo soy el espíritu y tú la materia.» Más adelante, en la oracion dirigida á Mouth, bajo la forma secundaria de Noith, se leen estas palabras: «Ammon es el espíritu divino, y tú eres el gran cuerpo, Neith, que preside en Saïs.» De su union proviene Schous, la más alta manifestacion del espíritu, la tercera persona de la triada tebana. Schous es de este modo lo mismo que el logos de la India y áun de Persia y áun de Platon, el cual, en el templo que le fué dedicado en Tebas se nombra Chous-Toth, es decir, *palabra*.

Esta triple unidad del Dios se halla tambien en todas las degradaciones del teismo egipcio hasta la triple manifestacion corporal de Dios en las personas de Osiris, Isis y Horo. Despues viene un personaje complementario, resúmen de las formas múltiples de la divinidad, Ammon-Horo y Poro-Ammon, que reune los dos anillos opuestos de esta cadena inmensa, y contiene la unidad panteística del mundo concentrado en las tres personas del espíritu, la materia y el verbo. Ammon-Horo, es el Pan de los griegos.

La Trinidad cristiana está fundada en la existencia de un Dios preexistente á la materia que ha sacado el mundo de la nada; el cual se manifiesta incesantemente en su Hijo. El espíritu es intermediario de esta manifestacion que en la triplicidad constituye la unidad de Dios. Se vé, pues, que para establecer una relacion de esta trinidad á la triada egipcia, sería preciso suponer en la última la abstraccion del principio femenino y la division del espíritu en principio gene-

1 Habiendo tenido á la vista para esta traduccion la francesa, hecha por el abate Belet, que va acompañada de numerosas notas adicionales, hemos creido oportuno insertar en la presente edicion ésta y las demás que ofrezcan verdadero y general interés, indicando al pié de las mismas la obra de donde las sacamos.

rador y en espíritu propiamente dicho. La diferencia fundamental de ambas doctrinas tiene por base la idea diferente que los panteistas y cristianos profesan *sobre el orígen del mal; el optimismo panteístico más exaltado no puede des*truir la inherencia del mal á la materia eterna, ni por consecuencia la necesidad del mal; Nephtis, hermana de Isis, comparte su lecho entre Osiris y Thyphon.

Los primeros apologistas han atribuido tambien al deseo de contrabalancear la influencia do las ceremonias cristianas, el uso frecuente de los sacrificios taurobólicos á contar desde la última mitad del segundo siglo de nuestra era. Pero *es más probable que estos sacrificios tuviesen otro orígen que* la imitacion de los ritos del bautismo y que la idea de la rehabilitacion, de donde se deriva la ceremonia bautismal. La purificacion expiatoria por la sangre es universal en los cultos de *Oriente: hállanse las huellas en el Levítico: Et sanguinem qui erat in altari aspersit super Aaron et vestimenta ejus, et super filios illius et vestimenta eorum* (VII, 30).

Todos los *testimonios antiguos* concuerdan en enlazar los *taurobolos* al culto frigio de Cibeles. Ahora bien, este culto, aunque introducido en Roma 207 años antes de J. C., por mucho tiempo no fué más que tolerado y jamás pasó de hecho al dominio público. M. Roze [1], ha fijado bien las causas de la veneracion supersticiosa del emperador Cómmodo á los misterios de Cibeles; ha demostrado al mismo tiempo que Faustina su madre era la primera emperatriz que tomó en las medallas el nombre de «madre de los dioses». Ahora bien, el más antiguo taurobolo que encontramos comprobado por una inscripcion se refiere al año 160 de J.C., y fué celebrado para la conservacion de los días de Antonino y su familia; la mayor parte de los monumentos de este género tienen, como el precedente, color político. Difícil es negar que las ideas de regeneracion derramadas por el Cristianismo en todo el mundo, hayan contribuido á extender el uso de los sacrificios taurobólicos, pero los apologistas mismos mostraban la diferencia del principio y, por consecuencia, del orígen que existía entre el bautismo y el taurobolo. La sangre del toro, decia Firmico, no es meritoria, sino que mancha. Es que efectivamente la idea de la rehabilitacion purificadora y de la expiacion sangrienta pertenecen á dos sistemas opuestos, de los cuales el segundo fué abolido por el sacrificio de la grande Víctima del Cristianismo. Si fuese lícito asignar orígen más antiguo aún que los misterios de Cibeles al culto taurobólico hallaríamos su huella en el mito persa de Mythra y en la inmolacion del toro, que es su símbolo principal. Ahora bien, se sabe que la religion de la madre de los diosea no es en gran parte sino emanacion de la doctrina persa.

(Nota del trad. francés.)

Grecia.—La Mitología.

14. El pueblo más enriquecido con dones en el mundo antiguo, ó sea el griego, desenvolvió cuanto había recibido de las otras naciones dándoles forma *artística*. *Los léleges y carios*, que despues *se confundieron* con helenos, tracios y pelasgos, representaban cada uno parte de los elementos que iban á constituir mezclados la religion griega. Los

1 *Memoires de l'Accademie des Inscriptions*, t. II.

pelasgos, que tenían el centro de su culto en el oráculo de Dodona, veneraban potencias cósmicas que concebían bajo una forma espiritual, tales como los elementos y los astros; pero sobre todo una divinidad celeste (Júpiter Urano), y una divinidad terrestre (Gaia), unida á la primera ya como madre, ya como esposa. Seguían el dios-sol (Hélios), el de la fecundidad (Hermes), el del fuego (Hestia), y despues potencias subterráneas ó sean el rey del imperio de las sombras, Aidoneo unido con Perséfone la homicida, los cabiros y las potencias supremas de la naturaleza. Entre los helenos, adoctrinados en su religion por Homero y Hesiodo, las groseras divinidades de la naturaleza eran representadas bajo forma humana, y hallábanse sometidas á todas las pasiones y vicios de los mortales, así como al ciego destino.

El Olimpo griego, tal como era generalmente conocido, comprendía doce divinidades. Júpiter, dios del trueno y de las nubes aparece como la primera y más poderosa: es el padre de los dioses. Este rasgo de monoteismo era debilitado por los mitos que le disputaban la eternidad, la omnipotencia y la superioridad sobre el mundo. Héra, su hermana y esposa, llena de celos por su comercio con las hijas de los hombres, le molestaba de mil modos; conservaba su naturaleza primitiva de elemento, y era además la divinidad protectora de las mujeres. Un antiguo culto del elemento líquido había dejado vestigios en las divinidades locales del mar y del agua (Thétis, Triton, Nereo, Nereidas).

Poseidon, antigua divinidad asiática, era venerado como dominador de los mares y de los ríos, y despues del tiempo de Homero se le dió por esposa á Amphitrite. Como hija é imágen de Júpiter, Palas-Atenea es conocida por la diosa de la prudencia y de la sabiduría. El más próximo á ella es Apolo, dios de la inspiracion profética y poética. Su oráculo de Delfos alcanzó grande celebridad. Distinto en otro tiempo de Helios, más tarde se le identificó á menudo con él. Su hermana Artemis, unida á él, era la diosa de las montañas y de la caza, divinidad cruel y vengativa; despues fué diosa de la luna (Selena), y recibió en Éfeso los mismos honores que Cibeles.

Hermes, que tiene por lo demás muchos de los atributos de Apolo, era mensajero de los dioses, dios del lenguaje y de la conversacion, de los mercaderes y ladrones; Hestia presidía el hogar doméstico y custodiaba los sacrificios; Arés era el dios de las tempestades y despues tambien de la guerra; Afrodita, semejante á la Astarté de los orientales, á quien se veneraba especialmente en Chipre, era la divinidad del amor espiritual (Afrodita-Urania) así como de la impureza (A. Pandemos, originariamente diosa de las ciudades); se la honraba con orgías. Hefestios presidía el fuego terrestre; Démeter la agricultura, mas era á la vez diosa

de la vida y de la muerte, y estaba asociada á su hija Pherséphon Cora, con la cual se enlazan ingeniosos mitos. Su esposo Hades (Pluton) era el dios del mundo subterráneo. La más jóven de las divinidades griegas Dionysos (Baco) era el dios del principio nutritivo y generador de la naturaleza, sobre todo de la viticultura, y se le honraba con locuras extravagantes y orgías. Eros en su cualidad de hijo de Afrodita, fué venerado como dios del amor sensual apasionado. Pan era el dios de los pastos y rebaños, amante de los placeres, danzas y música; Asklépios, hijo de Apoló, el de la medicina y la salud; *Hebe*, la diosa de la juventud.

Es preciso unir á éstos una multitud de divinidades subalternas, semidioses, héroes, demonios, ninfas, etc., las Horas, las Gracias, las Musas, las Moiræ (diosas del destino, Parcas), las edinias, personificaciones de ideas abstractas (Tyché, Thémis, Némesis). Hécate, diosa de la luna emigrada en Grecia, pasaba por compañera de los caminantes nocturnos, reina de los fantasmas, protectora de la mágia. Hércules, el más célebre de los héroes, era el ideal de los combatientes perseverantes; invocábasele en los conflictos, y él era quien daba la victoria; mirábasele á veces, como una de las más potentes divinidades, á veces como atleta, muelle, voraz, borracho. En estos dioses, así como en los dioscuros, lo divino y lo humano nacían de la misma fuente.

15. La mitología griega era tan fantástica, que el culto de los dioses se halla en ella lleno de confusion y contradicciones. El Estado no puso en él remedio alguno sino en las mejores épocas de su prosperidad. Temiendo no invocar al Dios verdadero se iba á implorar el socorro más eficaz de divinidades recientes. En *Aténas* y *Olimpia* erigiéronse altares al Dios desconocido. Los Estados, las tribus, las familias tenian sus divinidades particulares, que conservaban á menudo despues que costumbres é ideas diferentes les habían quitado su primitiva significacion. El culto de los sacrificios estaba rodeado de gran pompa, y las fiestas de los dioses eran á la vez fiestas populares. Esta religion del pueblo en la que predominaban los placeres sensuales, esta mitología inmoral é incoherente, estas representaciones indignas de la divinidad, no podían satisfacer á personas graves; muchos renunciaron á ellas como á supersticiones vacías de sentido y propias solamente para refrenar á la multitud ignorante y grosera. A la doctrina exotérica del pueblo opusieron una doctrina esotérica, y se volvieron hácia el Dios que solamente los sábios pueden, segun ellos, conocer, es decir, el Sér Supremo.

Los misterios.

16. Los misterios, entre los cuales los de Eleusis eran los más renombrados, no bastaban tampoco á llenar el vacío de los corazones. La enseñanza que de ellos se sacaba, era insuficiente. Todo era puro símbolo: las purificaciones, los sacrificios, las escenas teatrales sacadas de los mitos de los dioses, las escursiones nocturnas. Las tribus oprimidas ocultaban tambien á menudo su culto en los misterios. Estas ceremonias simbólicas, dejaban campo abierto á los comentarios é interpretaciones humanas; y las teorías que se forjaban con este motivo, no se fundaban en otra cosa que en tales interpretaciones. Los espíritus rectos no les atribuían valor alguno. Además de los misterios públicos, había los privados; pero unos y otros degeneraban en infames desórdenes. Su atractivo consistía en el prestigio de lo desconocido, bien que la vanidad de las emociones producidas por una representacion dramática, el concurso de las artes y goces artificiales, la violencia de las excitaciones y placeres, y la promesa hecha á los iniciados de un destino más dichoso despues de la muerte, no podían ménos de levantar el velo que los cubría.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 14-16.

Nægelsbach, *Die nachhomerische Theol. des gr. Volksglaubens*, Nurnb., 1857; Dœllinger, p. 54, 95, 108.

La filosofía.

17. La filosofía hacía inútiles esfuerzos para llenar las lagunas de la religion popular. Producía, sin duda, buenos resultados parciales, destruía multitud de preocupaciones, desacreditaba en muchos la religion popular, pero no encontraba cosa mejor con que sustituirla para la multitud; creía tambien imposible dar á conocer á todos la divinidad, porque el pueblo no era filósofo. Ferecide de Syros, dominado por influencias orientales, no enseñaba sino una cosmogonía bajo apariencias mitológicas. Al frente de su teoría del mundo colocaba un principio perfecto, Júpiter, el Eter, con el cual unía como igualmente eterno el Kronos (Baal, y el tiempo, Chronos), así como la materia informe (Chthon, Caos). Habiéndose separado de la materia el elemento sólido y el fluido, vinieron á ser aquel la tierra, y este el mar, despues de lo cual el tiempo produjo los diversos elementos, fuego, aire y agua. De la mezcla de las cinco sustancias, Júpiter Eros sacó cinco generaciones de

dioses, los de los astros, del aire, de la tierra y del mar, y en este número el dios de las serpientes (Ofion, uno de los Titanes) y los ofionidas. El dios de las serpientes combatió con Kronos por la posesion del cielo. Júpiter hirió con sus rayos á los dioses que se rebelaron contra el órden del mundo, y los precipitó en el Tártaro (Ogenos). Ofion, la fuerza bruta de la naturaleza, sucumbió.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 17.

Jacobi, *Fragmente des Pherecydes bei den Kirchenvätern*, 1850; Dœllinger, *obra citada*, p. 223.

Escuelas jónica, pitagórica y eleática. — Empedocles, los atomistas y sofistas.

18. Los griegos empezaron por la filosofía de la naturaleza que fué representada desde luégo por la escuela jónica fundada por Tales de Mileto (cerca de 600 años ántes de J. C.). Este consideraba los dioses como fuerzas personificadas de la naturaleza, y hacía del agua el primer principio de todas las cosas. Anaximenes (550 años próximamente ántes de J. C.) colocaba este principio en el agua; Heráclito de Efeso (500 años ántes de J. C.) en el fuego, que era, segun sus ideas panteistas, el alma universal del mundo; Anaximandro, en la sustancia ilimitada (la materia).

Anaximenes fué seguido más tarde por Diógenes de Apolonia, que concebía la materia etérea como elemento inteligente. Su contemporáneo Anaxágoras tomaba por principio del mundo el espíritu (Nous), que mueve y ordena la materia caótica (Hyle). Pitágoras de Samos (525 años ántes de J. C.), dedicado á estudios metemáticos, fundó en Crotona, ciudad de la baja Italia, una escuela de filosofía ascética, en que se cultivaba sobre todo las matemáticas y la música, y se llevaba un género de vida religioso en extremo particular. Los pitagóricos veían en el sistema de las cifras el tipo y razon viviente de todas las cosas, la unidad simple (mónada), la sustancia divina primitiva, y concebían el universo como vasta armonía resultado del número y de la medida, como un globo único, que contenía el fuego central, desde donde el alma del mundo (la mónada) penetra todas las cosas. Su principal doctrina era la creencia en la transmigracion de las almas.

La escuela eleática era directamente opuesta á la religion popular. Fué su fundador Xenofanes de Colofon (hácia 536), el cual profesaba la unidad de Dios, pero desfigurándola con sus ideas panteistas, y

concibiéndola como la unidad del mundo. Su discípulo Parménides, al contrario de esto, ponía en la cumbre al sér absolutamente simple, en quien se confunden *el pensamiento y su objeto*. *Zenon* y *Melisso*, que fueron los últimos eleáticos, adoptaron igualmente esta opinion.

Empedocles (492-432 a. J. C.) intentó combinar en un vasto panteismo las tendencias jónica, pitagórica y eleática; concebía el mundo eterno y esférico y cual un sér animado, divino, girando sobre sí mismo y teniendo por fuerzas radicales el ódio y el amor, que producen fuera de él al mundo visible de los fenómenos mudables, sobre el cual ejercen su influencia. Enseñaba la transmigracion de las almas, recomendaba perdonar la vida á los animales y abstenerse de carne.

Demócrito de Abdera (nacido en 460) y la escuela atomística, intentaron, por el contrario, hacer supérflua toda fuerza distinta de la materia. Segun ellos, el mundo era la reunion de los átomos enlazados y coordinados entre sí; el alma, es una reunion de átomos ígneos y redondos, un segundo cuerpo más sútil que el primero, el cual mueve y rodea al mundo visible. En el quinto siglo ántes de J. C., son notables sobre todo los sofistas de Aténas, que se atrajeron numerosos *discípulos* por su charlatanería oratoria, y adulando las preocupaciones que estaban de moda. Pero partían de sistemas diferentes y ponían en tela de juicio toda verdad y realidad objetiva, propagando extensamente el materialismo y ateismo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 18.

Con Diógenes Laercio, los antiguos dividen la filosofía helénica en física, ética y dialéctica. *Philos.* Hippol., lib. I, p. 1 y sig.; Wecklein, *Die Sophisten u. die Sophistik nach den Angaben Plato's*, Wurzburgo, 1865; Dœllinger, p. 224 y sig., 246 y sig., 276 y sig.

Sócrates.

19. En cuanto á la filosofía ética, operóse una reaccion, cuyo principal órgano, *Sócrates*, es *una de las más nobles figuras de los tiempos* antiguos; en Grecia misma, Sócrates excitó en el más alto grado la admiracion de los grandes talentos. Recomendaba sobre todo el conocimiento de sí mismo, aliaba las ideas de la filosofía con la virtud, exigía la sobriedad y vigilancia, y él mismo llevaba vida irreprensible. Tenía profundo sentimiento de las cosas divinas, y mostró al morir una grandeza de alma desconocida entre los paganos; la calma resignada, con la cual aceptó su sentencia de muerte, ha producido viva impresion en la posteridad.

Ya la antigua mitología se había hecho insoportable al mayor número, y *muchos hombres de talento, como Heráclito*, Teagenes de Regio, Metrodoro de Lampsaco, aspiraban á remediarlo con la interpretacion alegórica de las poesías de Homero y Hesiodo; miéntras que otros, como Isócrates, acusaban abiertamente á estos poetas de impíos contra los dioses, y de justificar con el ejemplo de estos muchos crímenes. El mismo poeta Píndaro creía que muchos mitos habían sido desnaturalizados bajo la influencia de malos sentimientos. Herodoto, tan crédulo, por lo demás, no dejaba de criticar ciertos mitos; y Tucídides, reconociendo que la divinidad presidía los destinos humanos, asigna sin embargo, la parte principal á los esfuerzos personales y á la libre determinacion del hombre. En la conciencia religiosa, así como en la poesía se nota una oscilacion constante entre la ley general que domina el mundo y la libertad personal, entre el destino y la potencia de los dioses. Las nociones de la caida del hombre y de la inmortalidad subsisten aún acá y allá como el eco de las antiguas tradiciones, pero están singularmente debilitadas, y apenas se las puede reconocer.

Escuelas socráticas.

20. *Tres escuelas socráticas se formaron*, de las que cada una representaba algunas ideas del maestro, ó las mezclaba con doctrinas de otros filósofos. Estas eran: 1.°, la escuela cirenáica, fundada por Aristipo de Cirene, autor del hedonismo. Segun esta escuela, la virtud está completamente absorbida por el conocimiento; la *sensacion* es el criterio de la verdad, y el bien supremo consiste en entregarse al placer (hédoné), expresion que podría entenderse así de la voluptuosidad sensible como de los goces intelectuales.

Teodoro de Cirene, famoso por su ateismo, se encerró en el egoismo más pronunciado; pero en lugar de poner el fin del sábio en la mayor suma de goces, le hace consistir en libertarse de toda dependencia de los objetos exteriores y en bastarse á sí mismo; miéntras que Hegerias hace consistir la sabiduría más bien en apartar el mal, en que sobreabunda la vida, que en escoger lo agradable; llega hasta glorificar el suicidio.

2.° La escuela cínica, fundada por el ateniense Antístenes, é ilustrada por Diógenes de Synope, recomendaba la pobreza, la abnegacion, la mortificación y el huir de los placeres sensibles. Segun él, sólo es filósofo quien lleva vida áspera y llena de privaciones, junto con el fastuoso desprecio de todo uso tradicional, áun de los que pertenecen al órden social.

3.º La escuela megariense, fundada por Euclides, se inclinaba, sobre todo, á la doctrina de Parménides; ponía la realidad en el no ser absoluto, y negaba toda pluralidad en los séres. Segun él, ninguna cosa nace ni desaparece. Concebía el Ser eterno y sólo subsistente de Sócrates, ya como el bien, ya como el espíritu y el pensamiento, ya como Dios mismo. Stilpon de Megara, el último de esta escuela se acercaba á los cínicos, y hacía consistir la sabiduría en la indiferencia, la apatía del alma, pero tan completas, que llegaban hasta el extremo de ignorar el dolor.

Platon.

21. Platon es el único que interpretó perfectamente el pensamiento de Sócrates. Este ateniense, de ingénio prodigioso, é imbuido á fondo en las doctrinas filosóficas de sus predecesores, había traido de sus viajes á Egipto y Sicilia, inmenso tesoro de experiencia (429-348 a. J. C.) Véase aquí el resúmen de sus principales doctrinas: 1.º Dios es inaccesible en su naturaleza; sólo el espíritu es capaz de conocerlo. La multitud no puede concebirle sino en la division, en la pluralidad de los fenómenos, y no en la totalidad de su ser. Al pueblo lo concreto, la fe religiosa (ó la opinion, *doxa*); al sábio lo abstracto, la ciencia.

2.º El Dios Supremo es un espíritu inteligente, libre, sábio y justo, colocado por encima de todos los dioses, (rasgo de monoteismo).

3.º Él es el arquitecto del mundo (demiurgos), pero no su criador. Platon concibe la materia como preexistente (rasgo de dualismo), y, en cuanto es posible, desnuda de propiedades; no es cuerpo sino virtualmente, y no de un modo actual. Los cuerpos nacen de la transformacion de la materia primitiva. La cual estaba en la confusion y el caos, donde los elementos se agitaban sin objeto ni regla. El principio de este movimiento era un alma que residía en el caos, alma irracional y sometida á ciega necesidad.

4.º La razon divina ordenó este caos, y le imprimió una forma, organizando la materia sobre el modelo de las ideas eternas, que son los intermediarios entre Dios y la materia. Los pensamientos divinos son el tipo sobre el cual Dios ha creado los séres de este mundo (antitipos), ó más exactamente los objetos del pensamiento divino.

5.º Las ideas son el sólo objeto durable y verdaderamente digno del pensamiento y del conocimiento humano, porque son inmutables y eternas; no existen sino en sí mismas, están separadas de todos los séres y son individuales; miéntras que sus diversas copias, los objetos ensibles, son variables y perecederas. Las ideas solo existen realmente;

sus copias no tienen más que el simulacro del sér, en cuanto participan de su modelo primitivo. Lo que las cifras eran para los discípulos de Pitágoras, eran para los platónicos las ideas. Tienen su fundamento en Dios, que es la idea universal.

6.º La más alta idea es la del bien, apenas accesible aunque necesaria á la inteligencia humana; es la causa de todo cuanto verdaderamente existe, la razon última del mundo ideal. Saliendo de su esencia oculta, Dios se desplieiga en el mundo inteligible de las ideas, de las que cada una representa aisladamente á Dios bajo un aspecto ó forma diferente. Las ideas grabadas en la materia primitiva é informe dan á esta materia la precision, el movimiento, un lugar determinado en el espacio. Por su semejanza con las ideas, todo sér participa de la armonía y plan del universo.

7.º La primera cosa que Dios formó, fué el alma del mundo. El alma irracional que residía en el caos, y que no podía ser cambiada ni destruida, fué refrenada por la razon divina, y unida y mezclada al divino espíritu. El alma del mundo esparcida á través del espacio es inmortal y piensa.

8.º Cuando Dios dividió la materia y la organizó en cuerpos particulares, dividió tambien la sustancia anímica y formó pluralidad de almas á las cuales inspiró más ó ménos de su espíritu. Todo lo que hay de inteligencia en el mundo, descendiendo hasta el hombre, pertenece á la sustancia de Dios (rasgo de panteismo).

9.º Dios ha dado al mundo la forma más perfecta (la esférica), le ha impreso el movimiento circular; ha hecho de él un animal racional compuesto de cuerpo y alma, y la más perfecta de las divinidades creadas; ha engendrado una raza de dioses, primero los dioses de los astros, despues los inferiores, demonios y génios (dioses de la religion popular). Los dioses de los astros, á quienes confió los gérmenes de las almas dotadas de razon, mezclaron á ellas elementos perecederos, y formaron así séres vivientes, imitando la virtud creadora de Dios.

10. De aquí el orígen del hombre, cuya alma es la imágen en compendio de la del mundo, porque está formada de la misma sustancia anímica, y segun la idea misma del bien.

Hay en el hombre tres naturalezas de almas: *a.* Una inmortal, la razon que constituye su elemento divino; *b.* otra más elevada, viril, valiente é irascible; *c.* otra inferior, que es el elemento femenino sensible. Estas dos últimas son mortales, y no se han juntado al hombre sino despues de unida el alma con el cuerpo; una reside en el corazon, otra en el hígado, miéntras que el elemento divino tiene asiento en la cabeza. El destino verdadero del alma es el conocimiento y la ciencia: en

esta reside toda virtud; los vicios reposan sobre el error y la ignorancia. Lo verdadero se confunde con lo bueno, lo bueno con lo bello.

11. Las almas humanas han existido ántes de nacer á este mundo, y han pecado ántes del tiempo, ya por la falta de fuerza, ya por su incapacidad *de conocer y conservar* lo divino (*Fedra*), ya por la mala eleccion que han hecho entre los diferentes séres inanimados (*Del Estado*).

12. El pecado del hombre es involuntario, porque lo que hay de más bello en nosotros, que es el alma, no puede recibir la injusticia, que es lo más odioso. La injusticia es una enfermedad del alma que nos asalta *á pesar nuestro, como las enfermedades del cuerpo*. Aquel que ama el mal, no se engaña sino por el juicio, y esto no es un acto de libre arbitrio, sino de la pasion psíquica. Si se pregunta por qué el pecado, siendo involuntario, puede ser castigado, se responde: es con el fin de que nos alejemos del mal lo más pronto posible; por lo demás sufrir castigo no es *malo*, sino bueno, porque sirve para *purificar del mal* y apartar de él á los otros, á fin de que se sustraigan á su seduccion. Platon declara formalmente que Dios no es autor del mal.

13. Aquí, como en otras partes, desprecia al libre arbitrio. La influencia del cuerpo y de la educacion, del temperamento y de las circunstancias exteriores sobre la inteligencia del alma, es tan poderosa á los ojos de Platon, que la necesidad reemplaza en él al libre arbitrio; ó el hombre es infaliblemente virtuoso, porque está sano su espíritu, ó es inevitablemente vicioso, porque está enfermo. Verdad es que Platon reconoce ser el destino tambien un órden, una providencia superior; y existir fuera de la necesidad preestablecida una libertad individual encerrada en ciertos límites; pero el determinismo no es allí ménos invencible. Dios mismo, el bien en general, está sometido á una necesidad de la naturaleza; jamás el alma puede ser completamente emancipada del mal.

14. La vida presente no es sólo el resultado de otra anterior, sino el gérmen de otra futura. El alma es inmortal porque es viviente, simple, indestructible; el cuerpo no es más que su prision. Hay un estado intermedio entre la dicha y la desdicha eterna; es el estado de penitencia y purificacion despues de la muerte. Sin embargo, como las almas mismas purificadas vuelven al mundo sensible, y pueden así ser sometidas á nueva purificacion, el alma jamás puede llegar á felicidad completamente inmutable, y el órden del mundo se mueve en un círculo eterno.

15. Así como el pecado es la privacion de las fuerzas espirituales, la redencion no es para el espíritu que sube la escala de las ideas celestes, sino una vuelta sobre sí mismo, una continuacion de sí mismo; es la

herencia exclusiva de un corto número de hombres espirituales (los filósofos, los pneumáticos) que ascienden hacia el celestial sér, aseguran á la razon la victoria sobre el cuerpo, y matan en cierto modo la vida de los sentidos. La vida del sábio no debe ser otra cosa que una preparacion *para la muerte*.

16. El verdadero filósofo es al mismo tiempo el hombre virtuoso; las virtudes son las cuatro virtudes morales, á las que son opuestos el exceso y el defecto. El reino de la razon sobre los apetitos y concupiscencias inferiores, cuando está fundado en la ciencia, conduce á la felicidad, *esto es, á la más grande semejanza* posible con Dios. La idea del Soberano bien debe reinar en el individuo, así como en la sociedad humana y en el Estado, el cual debe ser gobernado por la aristocracia de la ciencia.

Platon lanzó hacia lo futuro una mirada adivinadora; sembró con *abundancia grandes y fecundas ideas; y* sin embargo sufrió la suerte del hombre abandonado á sus propias fuerzas, y no pudo libertarse del error. Por esto le vemos admitir en su Estado ideal la comunidad de mujeres, la servidumbre del pueblo, la exposicion ó el homicidio de los niños defectuosos, y autorizar la pederastia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 21.

Se ha controvertido: 1.º Si Platon reconocía plenamente la personalidad del Sér Supremo (τὸ ὄντως ὄν), del cual tenía sin duda presentimiento (Herman, *Vindiciae platonicae*, Marb., 1840); 2.º si las ideas que llama « divinidades eternas » deben ser concebidas como personas; 3.º si admitía tres principios, *Dios*, la materia y el alma, así como el paradigma (imágen primitiva, conjunto de las ideas), ó bien si no admitía más que los dos primeros, ó en fin un sólo Dios. Admitía difícilmente una Trinidad, porque ninguno de los textos que se citan ofrece prueba decisiva (Dœllinger, p. 300, n.º 3); no concibe el alma del mundo como el Dios eterno, ni el conjunto de las ideas á la manera del Logos cristiano.

Véase tambien Prud. Maranus, *Praef. in Justini Op.*, p. II, c. 1 (Migne, *Patr. graec.*, t. VI, p. 23 et seq.); Ackermann, *Das Christliche im Plato*, Hamburgo, 1837; Ritter, en *Stud. u. Krit.*, 1836; Baur, *Das Christliche des Platonismus*, Tubinga, 1837; Mattes, *Tub. Quart.-Schr.*, 1845, IV, p. 479 y sig.; Stumpf, *Verhaeltniss des Platonischen Gottes zur Idee des Guten*, Halle, 1869; Fr. Michelis, *Die Philosophie Plato's*, Munster, 1859 y sig. (Neuhaeuser, *Bonner Theol. Litt.-Bl.*, 1866, p. 557, 591, 621.)

Los académicos.

22. Éstos, discípulos y sucesores de Platon, erigieron en principios muchas de sus conjeturas, y se apartaron de él en gran número de puntos. Su sobrino Speusipo adopta la teoría de los números de Pitágoras,

pero separa la divinidad (Nous), ya de la mónada, ya del bien, que tenía no *por un sér primitivo*, sino por algo que se adhiere á los séres, de donde se desenvuelve. Consideraba á la divinidad como alma del mundo, de donde emanaba el alma del hombre, á la cual creía dotada de inmortalidad áun en su parte irracional.

Xenócrates tambien (396-314) sacó muchas ideas de Pitágoras, y aspiraba á establecer estrecha alianza entre la filosofía y la religion del pueblo; desenvolvió la teoría de los demonios, considerándolos como *intermedios* entre los dioses y los hombres. Concebía al alma como un número que se mueve por sí mismo y entra en el hombre *desde* fuera, como una porcion del alma del mundo, que vuelve á la *unidad* del *todo* cuando el cuerpo muere. Xenócrates era de grande *rigidez moral*; pero sus sucesores Polemon, Crates y Crantor, se mostraron ménos severos consigo mismos y con los otros.

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 22.

Dœllinger, *obra citada*, p. 302, 304.

Aristóteles.

23. El más grande de los discípulos de *Platon*, al mismo tiempo que su adversario principal, el genio *más universal* de la antigüedad, fué Aristóteles de Stagira (384-322 a. de J. C.), fundador de la escuela peripatética y de la filosofía *dialéctica*. *Platon* era sobre todo poeta, idealista, especulativo; Aristóteles *sóbrio*, *preciso* como un matemático, realista y crítico. El Stagirita, filósofo de inteligencia y genio sistemático, ha establecido las leyes del pensamiento ó del espíritu humano *(Organum)*. Tomando por *punto de partida* la distincion de la sustancia *(ousia)* y del accidente *(symbebekos)*, cuenta diez categorías (substancia, cantidad, cualidad, *relacion*, lugar, tiempo, situacion, modo, accion y pasion), y desarrolla la *teoría* de los juicios (proposiciones), conclusiones, sofismas y *demostraciones*. De lo general desciende á lo particular é individual. Se *contenta* ordinariamente con ideas sacadas de lo finito, y ve en la realidad concreta las ideas enteramente efectivas. En la naturaleza estudia la *materia*, forma y privacion, y distingue la porcion celeste *y* la *terrestre*. De las doctrinas sostenidas por Platon combate la teoría de *las ideas*, la preexistencia y transmigracion de las almas, y además la proposicion de que nada es voluntariamente malo.

Dios, dice Aristóteles, no es el Creador ni el Arquitecto del mundo, *sino solamente* su término definitivo (causa final), el objeto universal

del deseo y del amor, la inteligencia pura y desnuda de fuerza que se vuelve activa pensando en sí misma. El alma, segun él, no existe sino para animar el cuerpo; ella es el principio que le informa, mueve y desarrolla; una sustancia que sólo se revela en el cuerpo informado y penetrado por ella (entelequia). El alma no se puede concebir sin el cuerpo ni el cuerpo sin el alma.

Aristóteles distingue en el alma tres fuerzas, una nutritiva, otra sensitiva, otra cogitativa. Esta última es á la vez pasiva en cuanto recibe las impresiones (inteligencia), y activa en cuanto produce actos (*razon*). Esta sola es inmortal, las otras partes del alma entran de nuevo en la nada con el cuerpo. Los errores de Aristóteles consisten en desechar, ó más bien suprimir de nuevo la unidad del alma (afirmada hasta entónces), en creer eterno el mundo, y divinos los astros; en menospreciar la Providencia divina y negar el libre arbitrio; en enseñar una moral que no se eleva nunca por encima de la prudencia bien entendida y que se funda únicamente en el bienestar. Pone la política ó ciencia del gobierno en relacion íntima con la moral, y enseña muchas cosas excelentes sobre la institucion y fin del Estado; recomienda, sin embargo, el odio y la venganza, la exposicion y muerte de los niños débiles, el aborto; hace la apología de la esclavitud, y llega hasta rehusar á los esclavos alma racional.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 23.

Philosophumena, I, 20; Fr. Brentano, *Die Psychologie des Arist.*, Mainz, 1867; L. Schneider, *Die Unsterblichkeitslehre des Arist.*, Passau, 1867; Dœllinger, p. 304, 312, 673 y sig.

Filósofos posteriores á Aristóteles. — Estóicos.

24. Los filósofos que sucedieron á Aristóteles, eran ménos capaces aún de ennoblecer y purificar el mundo pagano; contribuyeron á precipitar su decadencia. Los peripatéticos se apartaron de su maestro, siguiendo una direccion más materialista, y no admitían sino causas físicas. Teofrásto colocaba la vida bajo la exclusiva influencia del destino ciego y de circunstancias exteriores accidentales. La duda universal hizo rápidos progresos; se pretendió toda verdad y certidumbre objetiva en la esterilidad de la filosofía y se formó de los antiguos sistemas otro híbrido, que tomó el nombre de eclecticismo.

Este sistema siguió dos direcciones: unos querían adherirse estrechamente á la religion popular, cuya necesidad se hacía sentir vivamente

de nuevo; otros aspiraban á su completa abolicion; los primeros se llamaban estóicos, los segundos epicúreos. Zenon de Cittium (340-268 á. de J. C.), que había frecuentado mucho las escuelas de los cínicos y buscaba sobre todo los intereses prácticos, es el fundador de la escuela estóica, dirigida despues de él por Cleantes y por el ingenioso Crisipo de Soles ó de Tarso. El que no formaba parte de esta escuela, era mirado con desprecio, tratado de bárbaro y esclavo. Sus ideas cosmológicas son un grosero materialismo. La materia, los cuerpos solos tienen existencia real; Dios, considerado físicamente, es el calor vital que penetra todas las cosas, es el fuego del mundo y al mismo tiempo la necesidad que lo gobierna; metafísicamente es el Sér bienaventurado, perfecto, eterno, la razon del mundo que cuida de todo; éticamente es el ejecutor de la ley moral, el juez que castiga ó recompensa. No hay cosa alguna que no sea predestinada de toda eternidad, inmutable. Todo es Dios, ó una de las formas de que Dios se reviste.

El Dios universal debe ser honrado así en su unidad, como en sus partes (astros, mares, etc., de que se compone), si bien éstas se resuelven en la unidad. El mal mismo es necesario para revelar la armonía del mundo; sin el mal, no habría bien. Es preciso mantener el libre arbitrio del hombre, aunque éste sea una pura espontaneidad. Todo cuanto el hombre quiere ú obra en éste ó el otro sentido, está predestinado. Puede, pero sin éxito, resistir interiormente. Hay que representarse los dioses como términos que designan las incorporaciones diversas del Dios único, que es el mundo; los mitos deben ser explicados alegóricamente.

La adoracion de los hombres divinizados se justifica, porque cada alma humana es una porcion de la divinidad. Hallándose esparcida la virtud divina en el mundo entero, los oráculos, signos, sueños, etc., son á la vez naturales y divinos. La virtud, el bien soberano, reside sobre todo en la prudencia *(phronesis)*, en un género de vida conforme á la naturaleza. El sabio debe someter sus apetitos y deseos á la razon, tender al reposo perfecto (ataraxia y apatía), dominar sus necesidades y bastarse á sí mismo (autarquia). Sin embargo, como este ideal no es fácil de alcanzar, puede acomodarse á las circunstancias, así como Dios condesciende á las formas inferiores de la existencia; puede ponerse por encima de las leyes y costumbres humanas, porque Él mismo es la regla y ley del bien.

Los estóicos autorizaban, pues, el suicidio, la mentira, la pederastia, la impudicia legal y otros vicios de este género.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 24.

Dœllinger, p. 317 y sig., 329 y sig.; Neander, *K.-G.*; 1, 9 y sig., 3.ª ed.

Los epicúreos.

25. Epicuro, contemporáneo de Zenon, honrado más tarde con entusiasmo por sus partidarios, ponía tambien la moral en primer término, y colocaba el fin supremo del hombre en la calma é indiferencia absolutas; pero tomaba por punto de partida el eudemonismo cirenáico, junto con el atomismo modificado de Demócrito. En teoría, no admite otro principio que el de la percepcion sensible, y en la práctica el placer ó el dolor. Atribuye el orígen del mundo al concurso fortuito de los átomos; es una máquina que sería preciso reconstruir á cada momento. El alma es un cuerpo unido al ordinario y formado de átomos sutiles, redondos é ígneos; los dioses son compuestos de átomos, que viven sin trabajo ni inquietud en el seno de imperturbable reposo; no cuidan de los hombres, ni éstos deben temerles más que al destino ó á la muerte. La justicia y la injusticia no son otra cosa que nociones arbitrarias; el placer espiritual y sensible, exento de todo dolor, es el medio de llegar á la perfecta calma del espíritu; usando bien de la razon, se evita cuanto puede perturbarnos y es desagradable. Este sistema, aunque ejerció la más funesta influencia sobre la Religion y la moral, tuvo gran séquito. El placer (hedoné) fué entendido por algunos epicúreos, ya como la voluptuosidad sensible, ya como goce intelectual; áun en este último caso no era, con frecuencia, sino el recuerdo de placeres sensibles experimentados otra vez.

Los excépticos.

26. Contrarios á los dogmáticos, que enseñaban doctrinas positivas, los excépticos decian que el reposo del alma, la felicidad, no debía buscarse por ninguno de los medios empleados hasta entónces, que así sólo se encontraba perturbacion, tortura y confusion; que por lo demás todo era incierto. Apropiándose las ideas de Pirron de Elida (325 a. de J. C.), y de su discípulo Simon, Arcesilao (318-244), fundador de la segunda academia, enseñaba que es imposible llegar á la certidumbre filosófica, y que hay necesidad de contentarse con la verosimilitud. Carneades (215-130 á. de J. C.), fundador de la tercera academia, admitía diversos grados de certidumbre que dejaba á la ciencia el cuidado de

determinar. Se pronunció por el eclecticismo, y sometió el estoicismo á severa crítica; pero traspasó mucho sus límites y combatió toda creencia religiosa. La relajacion adelantaba de día en día; alimentábanse los ánimos de abstracciones y vanas fórmulas, y la filosofía dudaba no solamente de la Religion, mas tambien de sí misma. En la vida práctica notábase profunda inmoralidad, mala fe, desórdenes de toda clase, desenfrenado orgullo; el odio al género humano y el suicidio hacían espantosos progresos.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 26.

Dœllinger, p. 336 y sig.; sobre la decadencia moral de los griegos, Polib., *Hist.*, VI, 54.

Los etruscos.

27. Los etruscos eran considerados como los más religiosos de los pueblos occidentales; segun una doctrina que les era propia, había por encima de Júpiter dioses desconocidos á los que honraban como potencias supremas del destino. Júpiter, Juno, Minerva, eran sus principales divinidades. Venían despues Usil *(Hélios)*, Aplu *(Apolo)*, Sethlans *(Vulcano)*, Phuphluns, Turms *(Mercurio)*, Jano (dios del cielo, de cuatro caras), Mantus (dios del mundo subterráneo), Vedius (juez de los muertos), Charron (conductor de los muertos y verdugo de los hombres), Vertumno (dios de las estaciones). Júpiter estaba asistido de seis hombres y seis mujeres *(consentes* y *cómplices)* que llevaban nombres misteriosos y formaban el consejo de los dioses. Había tambien genios, lares, penates. Tages, el niño maravilloso, comunicó á los lucumones (razas nobles y sacerdotales) la doctrina de los adivinos, arúspices y augures, que se conservaba con religioso cuidado, y estaba depositada en las escrituras sagradas. El relámpago se consideraba como el intermedio principal de las comunicaciones divinas, como la lengua de Júpiter; destruía los demás signos. Había una ciencia particular de las fulguraciones, que tendía á descubrir cuál de las nueve divinidades (Novensiles, entre las que figuraban Juno, Minerva, Saturno y Marte), había lanzado el rayo; esta ciencia explicaba la significacion de las diferentes especies de relámpagos, apreciaba las circunstancias que les acompañaban, decia de qué modo debía purificarse y consagrarse el lugar asolado por él, cómo se podía conjurar el relámpago, etc. La religion de los etruscos llevaba generalmente impreso carácter grave y religioso.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 27.

Arnobio, III, 38-44: Dœllinger, *obra citada*, p. 457 y sig.

Los romanos.

28. La religion romana se formó de diferentes cultos nacionales correspondientes á las diversas partes de la poblacion. Los elementos más antiguos del culto provenían de la agricultura y la vida pastoral. Pico, Fauno, Luperco, Stercutio, Pales y otras divinidades presidían á las funciones que se refieren á ellas. Vesta, divinidad doméstica, era comun á los romanos con los pueblos greco-italiano, miéntras que Quirino y Sanco (rey sabino) no era al principio honrado sino de los Sabinos. Júpiter, Juno, Minerva, Jano (dios del sol), Saturno, Ops, Marte y Diana eran igualmente venerados; pero los romanos carecían de una mitología semejante á la de los griegos, así como no tenían un Homero, un Hesiodo, ni el culto de los héroes. Esas divinidades principales, ántes de que la influencia griega hubiese ganado terreno, eran las fuerzas universales de la naturaleza, ó simplemente una concepcion de las diversas condiciones humanas. Los libros de los sacerdotes, secretos para el pueblo, contenían una nomenclatura árida de las divinidades, de sus atributos y de las particularidades de su culto. Al mismo tiempo que los romanos se adherían más estrechamente que nunca á la idea de un Dios único y Supremo (Júpiter O. M.), personificaban las fuerzas, actividades, propiedades y situaciones diversas en un grado que jamás había alcanzado en ningun otro pueblo. Todo, hasta los menores objetos, tenían su divinidad particular, y acaso no había un solo romano que conociese los nombres de todos los dioses. La diosa de la fortuna era honrada bajo diversas formas.

Numerosas eran tambien las divinidades del infierno, de los campos y jardines (Dea, Día, Pales, Flora, Vertumno, Pomona). Y gracias á la hospitalidad que ofrecían á los dioses de las naciones vencidas, su número se acrecentaba sin cesar.

Los sacrificios, las innumerables ceremonias se verificaban bajo la direccion de los sacerdotes con minuciosa exactitud. Las influencias etrusca y griega, y entre estas últimas la de Cumas en particular, produjeron numerosos cambios. El culto hasta entónces privado de imágenes, fué sustituido con ídolos de madera y de arcilla; los libros sibilinos introdujeron en Roma los diferentes cultos griegos de Apolo, Latona, Esculapio, Céres y Cibeles.

El Capitolio era el centro de la religion; poco á poco fueron colocadas allí todas las estátuas de los dioses. Las numerosas victorias de los romanos servían para alimentar la creencia del pueblo. Hasta el año 300 á. de J. C., el sacerdocio salía de los patricios; los plebeyos fueron admitidos á él desde entónces. En vano se intentó por sentimiento patriótico defender el culto de los dioses nacionales é impedir la invasion de los usos griegos; aquella religion era harto pobre de ideas para resistir á la magia del culto helénico. Los sábios se familiarizaban de día en día con el arte y literatura de los griegos, á la vez que se multiplicaba el número de los esclavos de aquella nacion, el de los trofeos de Siracusa, Corinto y otras ciudades. Las divinidades extranjeras inspiraban cada día más afecto, y la agonía de la República coincidió con la decadencia religiosa. Espantosos progresos hicieron la supersticion y la incredulidad; por una parte se llegó á divinizar hombres vivos todavía, como César, y por otra se dejaba convertidos en ruinas muchos santuarios antiguos, que arrastraban en su caida á cultos por largo tiempo practicados. Varron, que intentó reparar las pérdidas sufridas y reunir los miembros dispersos de un cuerpo mutilado, distinguía, así como Mucio Scévola y muchos estóicos, una triple teología: la mística de los poetas, la civil para el culto adoptado en las ciudades, que conservaba numerosos rasgos de la primera, y la física de los filósofos, destinada á auxiliar á la teología mística, sobre todo por la interpretacion simbólica de los mitos y por enlazarse al sistema de los estóicos. Si estas doctrinas eran insuficientes, añadía, no convenía despues de todo que el pueblo conociese por entero la verdad, sino más bien era ventajoso al bien público que tuviese por ciertas muchas cosas erróneas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 28.

Dœllinger, p. 463 y sig., 489 y sig.; horror á los cultos extranjeros, Liv., lib. XXXIX, cap. v, 8, 16; Valer. Max., I, 3. Diferencia entre la teodicea griega y romana, Dionisio de Halicarnaso, *Ant. rom.*, II, 18, ed. Sylb., p. 90, 309; la «turba deorum,» Aug., *De civ. Dei*, IV, 8-14, 16-24; VII y sig. *Cons.* Arnob. IV, 1 y sig.; sobre Varron, Aug., *loc. cit.*, VI, 5 y sig.; IV, 31; *De cons. Evang.*, I, 22, 41; Tert., *Apol.*, cap. XIV. Varron (Aug., *Civ. Dei.*, VII, 28) hace de Minerva la personificacion de las ideas de Platon, y toma á Júpiter y Juno por el cielo y la tierra.

29. El número de sacerdotes, ora aislados, ora reunidos en colegios, era muy numeroso. Tenían bastante independencia unos de otros, y no dependían de ninguna autoridad temporal. Más adelante, los emperadores fueron investidos de muchas dignidades sacerdotales, desempeñaron el cargo de pontífices máximos, y proveyeron la mayor parte de las

vacantes en los colegios. Los pontífices ejercían la vigilancia sobre todos los cultos públicos y privados, mantenían la jurisprudencia, establecían el calendario, ejercían la jurisdiccion, especialmente en materias de sacrilegio é incesto, pudiendo pronunciar en ellos sentencia de muerte. En tiempo de la república, el sacerdote, honrado con el título de rey, era nombrado por el primer pontífice, asistido de su colegio y tres augures. En union de su esposa (*reina de los sacrificios*) estaba encargado de llenar las funciones santas que los reyes ejercían en otro tiempo. Los quince flámines (de los que tres eran escogidos de las familias patricias, por Júpiter, Marte y Quirino, y los otros doce podían elegirse entre las plebeyas) estaban sometidos á rigorosísimo régimen de vida, y gozaban particulares privilegios.

Los sacerdotes de Marte, tan venerados en Roma, *llamados tambien* salios, danzaban armados, y se dividían en dos colegios. Miéntras que los lupercos, repartidos en tres, perdían cada vez más crédito, á causa de sus indecentes funciones, los hermanos arvales, que eran vitalicios, conservaron su autoridad.

Los epulones fueron instituidos para auxiliar á los pontífices en los festines, cada vez más suntuosos, que se celebraban con ocasion de los sacrificios (196 a. de J. C.). Los curiones (30) desempeñaban ministerios religiosos en las curias. Habiendo sido puesto Augusto en el rango de los dioses (14 despues de J. C.), se establecieron veinticinco *sodales augustales*, y lo mismo se hizo en lo sucesivo para los emperadores que recibieron la apoteosis.

Los romanos no tenían sacerdotisas fuera de aquellas que habían tomado del extranjero, ó sean las cuatro vestales de Céres, que luego se convirtieron en seis, encargadas de vigilar las escrituras sagradas del Estado, de conservar el fuego sacro y de las funciones de los sacrificios. Estaban obligadas á guardar castidad, y su servicio duraba treinta años. Colmadas de honores y distinciones, gozaban de grande libertad y vivían entre delicias. Tomaban parte tambien en los sacrificios de la buena diosa (divinidad afable, cuyo nombre verdadero debía permanecer desconocido), y de otras deidades; con frecuencia se las llamaba para sacrificios y oraciones extraordinarias.

Los augures tenían por principal ministerio averiguar la voluntad divina; su número era impar, á fin de decidir por mayoría de votos; desempeñaban tambien ciertas funciones particulares en los sacrificios, y ejercían considerable influencia en los negocios públicos. Los arúspices, establecidos despues de la caída de la monarquía, consultaban las entrañas de los animales, y por mandato del senado interpretaban los fenómenos raros y maravillosos. Eran personalmente ménos estimados

que los augures. Los feciales se ocupaban en las ceremonias usadas con ocasion de los asuntos exteriores, alianzas, embajadas, declaraciones de guerra, etc.

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 29.

Dœllinger, *obra citada*, p. 515 y sig.

30. La práctica de la religion tendía principalmente á interesar á los dioses en los asuntos humanos. Lo esencial de las oraciones estaba en las palabras, no en los sentimientos; el menor descuido de este género, una frase añadida ó suprimida, una distraccion, cuanto podía prestarlas á falsas interpretaciones las hacía ineficaces: de aquí el uso seguido por los que querían orar de taparse los oidos, apoyarse sobre la mano derecha, girando sobre sí mismos hácia el costado derecho para imitar el movimiento circular de la tierra, y sentarse sobre el suelo, para indicar la confianza que tenían de ser escuchados. Con frecuencia, cuando las súplicas no producían resultado, tiraban piedras contra los templos, destruían los altares, y lanzaban á los dioses lares fuera de las casas.

Las fórmulas de las oraciones estaban redactadas segun el rango de cada divinidad, y se las repetía un número determinado de veces. Estas oraciones no tenian otro objeto que los bienes terrenos. Se cuidaba escrupulosamente de cumplir los votos; los que los habían hecho, erigían templos y altares, celebraban juegos, hacían libaciones y peregrinaciones. Los votos eran públicos ó privados. Los primeros tenían por objeto la salud, un regreso feliz, el triunfo de generales y emperadores. Los numerosos sacrificios que se ofrecían en diferentes circunstancias, costaban sumas considerables; los sacrificios expiatorios, muy frecuentes, eran á menudo bastante onerosos para el mayor número, y se consideraba como un arte verdadero la preparacion de los festines en los sacrificios.

Ofrecíanse tambien víctimas humanas (que más tarde fueron reemplazadas por maniquíes), segun sucedía en los sacrificios de Saturno y Mania, diosa de los muertos. El Senado los prohibió hácia el año 95 ántes de J. C., pero no dejaron de verificarse en circunstancias extraordinarias, y humana sangre continuó regando todos los años, hasta el siglo tercero de la Era cristiana, la estátua de Júpiter Latiario. Las expiaciones y purificaciones numerosas, de las cuales muchas se hacían por el Estado, especialmente al entrar la armada en campaña, no contribuían á ennoblecer los sentimientos. Podíase cometer con

premeditado designio, cualquier atentado contra los dioses, con tal que la expiacion siguiese ó precediese. El culto y las fiestas de los muertos eran extravagante mezcla de representaciones confusas y contradictorias. Se consideraba á los padres como dioses, procurándose apaciguarlos con sacrificios y manjares y tenerlos lejos. El contacto de un cadáver era una mancha y una abominacion. Las fiestas absorbian la tercera parte del año, y casi todo era en ellas diversiones y orgías.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 30.

Sacrificios humanos, Lactanc. *Instit. div.*, *I*, 21: «Latiaris Jupiter etiam nunc sanguine colitur humano.» Minucio Felix, *In Octavio*, c. XXI, XXX; Firmio Materno, c. XXVI; Porfir., *De abstinentia carnis*, II, 56.

31. Los romanos, que por orgullo habían rechazado en otro tiempo la filosofía griega, *acogieron la legacion de los filósofos* Carneades, Diógenes y Critolao (155 a. de J. C.), si bien todas las escuelas de entónces habían caido en profunda decadencia intelectual y moral, y sus representantes se habían hecho despreciables por su avaricia y charlatanería, sus rivalidades ardientes y vanas sutilezas. Las escuelas que *tendían á un fin práctico*, y especialmente la nueva academia, el estoicismo y el epicureismo, fueron solamente las que hallaron en Roma sólido terreno donde asentarse.

En literatura, Lucrecio, había glorificado, con su poema didáctico, la doctrina de Epicuro y combatido á la religion popular. Sin embargo, los estóicos disfrutaron de más fama. M. Tulio Ciceron, familiarizado con las principales tendencias de la filosofía griega, ó sean la ecléctica y la escéptica, y persuadido de que no se podía llegar sino á la verosimilitud, intentó dar á conocer á sus compatriotas bajo más elevada forma los resultados de la investigacion griega, inculcar en los ánimos nociones racionales comunes á toda inteligencia, pero sin contradecir la doctrina de los dioses, así como sin dar sólida base á la teoría de los deberes. Imitador de Platon, aspiró á establecer la supervivencia del alma despues de la muerte. Como hombre de Estado, creía lícito engañar á la multitud.

Quinto Sextio, Socion y su discípulo Séneca, siguieron tambien una direccion moral y práctica; miéntras que los neo-pitagóricos, neo-platónicos y neo-peripatéticos distaban mucho de estar acordes en la explicacion de sus sistemas. En tiempo de Séneca se aspiraba sobre todo á la realidad palpable, á la utilidad práctica; se simplificaba la doctrina estóica, tan llena de contradicciones, pero al mismo tiempo tan seduc-

tora para el orgullo romano. Séneca reconoce que cada hombre lleva á Dios en sí mismo, que es semejante á Dios, pero no halla otra explicacion á la perversidad general, que la locura de todos. Si exalta la providencia Divina, como suprema inteligencia, no por eso deja de atribuir la responsabilidad de los males que afligen á los justos, y la prosperidad de los malvados, á la inmutabilidad de la materia, que no puede ser, dice él, enteramente domada.

Miéntras que Séneca atacaba violentamente á la religion dominante, otros estóicos la interpretaban en un sentido alegórico y físico. Musonio pensaba que la filosofía es una virtud moral, necesaria á todos y su único refugio. Epicteto, su discípulo, pensador muy versado en la accion interior del alma, colocaba el principio de la sabiduría en el conocimiento de nuestra impotencia é indignidad, en la elevacion del espíritu hácia Dios; pero por esta palabra entendía un dios ó demonio que hay en nosotros, nuestra razon, la cual es independiente por completo de los movimientos del alma y áun del amor y la compasion; pretendía que despues de la muerte, el alma humana vuelve á los elementos que le son homogéneos en el alma del mundo, porque la mayor parte de los estoicos no la hacían durar sino hasta su absorcion general en el universo.

Marco Aurelio, poseido de fria resignacion, predicaba la nada de las cosas humanas, pero como tantos otros, jamás llegaba á la certidumbre en lo que concierne al libre arbitrio é inmortalidad personal. ¿Qué inmortalidad habian de dar al alma los que la consideraban corpórea, ó mera partícula de la divinidad?

Plutarco (nacido el año 50 á. de J. C.) hacía más felices tentativas para salvar la inmortalidad del alma, afirmando desde luégo la culpabilidad del género humano; pero no se esforzó ménos, en su cualidad de ecléctico, por robustecer la creencia en los falsos dioses, que iba debilitándose, por desterrar los abusos de la supersticion y conciliar entre sí á los poetas, filósofos y legisladores. Admitía un Dios supremo, pero no creía que tuviese influencia alguna sobre el universo; lo colocaba al lado de la materia y del alma perversa del mundo.

Plinio el Mayor, que no creía en la multitud de dioses venerados por los poetas romanos, declaraba que estos dioses no eran otra cosa que la naturaleza y los hombres difuntos divinizados. Plinio era panteista. El historiador Tácito, contristado ante la decadencia del imperio, que predijo como inmediata, dudaba tambien si los destinos humanos son regidos por la ciega casualidad ó por inevitable destino. Miéntras los griegos, volviendo á Pitágoras y Platon en el primer siglo de nuestra era, se esforzaban por sacudir el peso del fatalismo, los romanos caían cada vez más bajo su yugo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 31.

Jacobi, *K.-G.*, I, p. 28 y sig.: Dœllinger, p. 567 y sig. Decadencia de la filosofía, Séneca, *Ep.* XXIX; Luciano, *In Nigrino;* Justin., *Dial. c. Tryph.*, init.

32. Habia sin duda entre los romanos cierta virtud cívica, que fué el principio de su grandeza política; pero no pasaba los límites de los intereses mundanos; sólo servía á la gloria y al egoismo, porque su principio era el orgullo. Si los romanos, en oposicion á los griegos, apasionados de la belleza estética, se habían penetrado sobre todo de las nociones del derecho; si se habían esforzado por hacer prevalecer las ideas de justicia, no por eso habían dejado de establecer su dominacion sujetando á los demás pueblos. Los romanos no veían en el hombres sino al ciudadano; el Estado era el fin supremo, la religion un simple instrumento de la política.

Todo lo que era grande en política, y ventajoso al Estado, cedía al interés de los negocios, y la misma virtud romana, toda exterior, más aparente que real, desaparecía rápidamente en la decadencia de la antigua república; el pudor, la franqueza, el amor á la justicia y á la patria, la antigua sencillez de costumbres, la parte grave de la vida, todo se desvanecía á medida que con la riqueza de los pueblos vencidos, adelantaban los romanos en lujo y depravacion, á medida que el acrecentamiento de la fuerza aumentaba la arrogancia y el desórden en lo interior, á medida que la pérdida de la antigua libertad era reemplazada por la satisfaccion de todas las concupiscencias. Las guerras civiles habían debilitado singularmente las fuerzas morales. A vueltas de estos desórdenes, el imperio prometía la seguridad, pero no hacía otra cosa que acrecentar la depravacion de las costumbres. Ya en las provincias, Augusto era honrado como un dios, aunque dejó subsistir las antiguas formas republicanas. Sus sucesores, que las abolieron, fueron más léjos aún, y sus estátuas recibían un culto que jamás se tributó á ninguna divinidad.

La apoteósis fué tambien decretada á las mujeres de la familia imperial, y se erigieron templos en honor de infames cortesanas. La abolicion de las antiguas costumbres religiosas, resultado de una civilizacion nueva, el ejemplo de los soberanos, la influencia de cultos extranjeros que se establecían en el centro del imperio, la muerte de las primitivas instituciones sociales, la pasion de la duda que extendía sobre manera sus estragos, trajeron la más profunda desmoralizacion. Los dioses adorados en el templo, y ridiculizados en el teatro, habían llegado á ser la mofa de los niños, ó servían de disculpa á todas las maldades.

El temor de Dios no era otra cosa que el temor á ciertos séres superiores, despóticos y caprichosos, que se trataba de hacer propicios con meras ceremonias. Llegó á hacerse difícil discernir la verdadera religiosidad de las prácticas antireligiosas, cuando durante la era imperial se extinguió en el pueblo la confianza en las antiguas divinidades, y se adoptaron cultos extranjeros, la mayor parte misteriosos, tales como el de Ísis. La supersticion grosera del pueblo se reveló en el culto que tributaba á las estátuas de los dioses, como si fuesen los dioses mismos, en el supuesto arte de confinar las divinidades en las estátuas *(teopeia)*, en el temor espantoso que inspiraban las maldiciones y las súplicas de los ofendidos, en la facilidad de ceder á las imposturas de los sacerdotes extranjeros, astrólogos, adivinos y charlatanes de toda especie *(goecios)*, de creer en infames misterios, amuletos, talismanes, etc.; en los artificios innumerables de la mágia, en los conjuros de los muertos, en los oráculos é iniciaciones teúrgicas. La supersticion tenía por vicio contrario, especialmente en los sábios, la incredulidad.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 32.

Sobre las virtudes naturales de los primitivos romanos, Aug., *Civ. Dei*, I, 19; V, 15-18. Sobre los goecios y astrólogos, Tacit., *Hist.*, I, 22: «Genus hominum potentibus infidum, sperantibus fallax quod in civitate nostra et vetabitur semper et retinebitur.» Apoteósis, véas. Dœllinger, p. 613 y sig., 639.

Situacion social de los romanos.

33. Era ésta verdaderamente espantosa. La esclavitud había hecho los más deplorables progresos; el esclavo carecía de derechos, si bien estaba encargado con frecuencia de educar á los jóvenes de las familias ricas, cuyas costumbres corrompía. La mujer estaba envilecida, y el divorcio era tan frecuente como el adulterio. Los obstáculos para impedir los nacimientos, la exposicion de los recien nacidos, el poder ilimitado de los padres sobre los hijos, la pederastía y todo género de lubricidades contra la naturaleza, la crueldad alimentada por las luchas de las bestias feroces y los gladiadores, ávidamente deseadas, el desprecio de los pobres á vista de un proletariado vicioso que iba multiplicándose sin cesar en las ciudades, la disminucion de la antigua poblacion libre dedicada al cultivo de los campos, la venalidad de los jueces, la explotacion del pueblo por los funcionarios, la inmoralidad del culto público, de los teatros y pantomimas, la apologia y el progreso siempre creciente del suicidio; tal es el espantoso cuadro de la civilizacion imperial. De aquí que Plinio el Mayor hallase en la naturaleza humana una

contradiccion insoluble, extrema debilidad junto con insaciables deseos, lo cual lo movió á decir que el hombre era el más insensato y desdichado de todos los séres, que sólo tenía el privilegio de poner término por sí mismo á tan lamentable situacion.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 33.

Dœllinger, *obra citada*, p. 664 y siguientes.

Influencia de los romanos en los demás pueblos.

34. Los vicios que reinaban en Roma, no se extendían solamente á las provincias, sino tambien á los pueblos bárbaros puestos en contacto con los romanos, cualquiera que fuese la sencillez de sus costumbres. En la Galia, los emperadores hacian esfuerzos por estirpar la antigua jerarquía de los druidas, muy respetada del pueblo. No contentos con prohibir los sacrificios humanos, abolieron aun los más sencillos usos bajo pena de muerte, é impusieron al pueblo, fuertemente adherido á sus antiguos dioses (Hesus, Taranis, dios del trueno; Teutates, esto es, Mercurio; Camulus, es decir, Marte; Beleno; — Apolo, Belisana; — Minerva, Arduinna; — Diana), el culto de las divinidades imperiales con obligacion de erigirles templos.

Donde quiera que llegaban las legiones de Roma, se establecían baños á la romana, teatros y otras instituciones de este género. El lujo causó la corrupcion de las costumbres. Los romanos creyeron descubrir sus propias divinidades en las de los germanos: en Wodan, Mercurio ó el sol; en Thunaer, Marte ó Vulcano; en Zin, Hércules ó Marte. Hallaron entre ellos pocos templos, porque los germanos se reunían las más veces en los bosques sagrados; pocos sacrificios de hombres y de animales, pero gran respeto á la mujer, la pasion del juego, de la embriaguez y de los sangrientos combates. Cuando conocieron la valía de este pueblo, se esforzaron por atraerlos al servicio del imperio, y si no lo conseguian, por someterlos y afeminarlos. Consiguiéronlo tanto más fácilmente, cuanto que estas tribus groseras estaban fascinadas por el esplendor de Roma, y naturalmente se inclinaban á la inaccion. El trabajo manual y las artes mecánicas eran considerados en el mundo entero como ministerios indignos de hombres libres y propios sólo de esclavos. Los germanos experimentaron cada vez más el imperio de las ideas de Roma, cuyos principales focos eran Tréveris, Maguncia, Augsburgo, Argovia y Coire.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 34.

Corrupcion de los pueblos subyugados, Tácito, *Agric.*, cap. XVI, 21; *Hist.*, IV, 64; en la Galia, Caesar, *De bello gal.*, VI, 13 y sig.; Plin., *Hist.*, n. XXX, 1; Dœllinger, p. 558 y sig., 611; en Germania. *Herod*, IV, 93, 94; V, 3; *Agath.*, I, 7; Tácit., *German.*; *Hist.*, IV, 54; *Annal.*, I, 51; XIII, 5; Caes., *De bello gal.*, VI, 21; Jornand., *De reb. get.*, ap. Muratori, *R. It. Scr.*, t. I; Simrock, *Handb. der deutschen Mythologie*, 2.ª edic., Stuttgard, 1859; J. Grimm, *Deutsche Mythologie*, 3.ª ed., Goettinga, 1854; Krafft, *K.-G. der german. Vaelker*, Berlin, 1854, vol. I, Rettberg, *K-G. Deutschl.*, I, p. 248 y sig. Friedrich (*K.-G. Deutschl.*, Bamberg, 1867, I, p. 25 y sig.) muestra que los alemanes no eran como se ha dicho con frecuencia, absolutamente antipáticos á las ideas y costumbres de los romanos. El desprecio de los antiguos á los trabajos manuales está atestiguado entre los griegos por Herod., II, 167; Arist., *Polyt.*, III, 2, 8; 3, 4; VI, 4, 5; VIII, 2; entre los galos por Ciceron, *De republ.*, III, 6; entre los germanos, por Tácito, *Germ.*, cap. XIV; entre los romanos por Ciceron, *De off.*, I, 42; entre los lusitanos, cántabros y tartesios de España, por Justino, XLIV, 3, 4.

Situacion del mundo pagano.

35. El pecado y la corrupcion reinaban, pues, en toda la extension del mundo pagano; en medio de las conmociones que agitaban la vida interior y exterior, iban en aumento el malestar, el disgusto de las cosas presentes, la inquietud y la desesperacion. Todas las tentativas de los paganos para llegar á la posesion de sí mismos, habian fracasado; ni la religion tradicional del pueblo, ni la filosofía, ni el poder exterior del imperio romano y la delicadeza de la vida, ni el refinamiento de los placeres, podían aplacar los tormentos del espíritu humano. Se buscaban por todas partes remedios y auxilios. Se esperaba, se abrigaban deseos de un porvenir mejor, de un siglo de oro. Interrogada la sibila Eritrea, anunciaba el nacimiento de un niño divino, que iba á inaugurar tiempos más prósperos. Cierto que algunos referian esta prediccion á Augusto, ó á algun otro emperador. Virgilio la aplicaba al hijo de Asinio Polion, pero había otros que presentían en ella el cumplimiento de sus más caras esperanzas. Una antigua profecía que había corrido en los primeros tiempos del imperio, anunciaba que vendrían de Judea hombres investidos de un gran poder. La nocion de Dios y el sentimiento de la debilidad humana sobrevivían aún, y estaban sostenidos por la esperanza de un Redentor celeste.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 35.

Virgilio, *Eclog.*, IV, vers. 4 y sig.; Suetonio, *Octav.*, IV, 94; *Vesp.*, cap. IV; Tácito, *Hist.*, V, 13. Cf. Jos., *De bello jud.*, VI, 5, 1; Aug., *Civ. Dei*, V, 27, ép. CLV; Eus.,

In Constant. M. Or., ad coet. SS., cap. XIX, XX, donde se cita sin mucha exactitud á Ciceron, *De div.*, II, 54; Dante, *Purg.*, XXII, 70 y sig.; Heyne, *Annot. in Virgil.*, t. I, p. 96. Sobre las sibilas se hallan otras noticias en Josefo, *Ant.*, I, 5; Ovidio, *Metamorph.*, I, vers. 256; Virgilio, *Aen.*, III, vers. 700; Herodoto, lib. IV, p. 192; Lact. *Div. Inst.*, IV, 20; Euseb. *Praep. ev.*, IX, 14. El célebre acróstico relativo á Cristo (Ἰχθύς), *Orac. sibyllin.*, VIII, 217 y sig.; Euseb., *In Const. Or. cit.*, cap. XVIII; Aug., *Civ. Dei*, XVIII, 23; Optat, *De schism. Don.*, III, 2; H.-J. Schmitt, *Grundidee des Messias oder Spuren der Lehre von der Welterloesung in Sagen und Urkunden*, Francfort, 1825; Dœtticher, *Prophet. Stimmen aus Rom.*, Hamburgo, 1840, 2.ª parte. Lasaulx, *De mortis dominatu in vet.*, Monach., p. 63; Freimüller, O. S. B., *Die messian. Weissagung in Virgils Eccl. IV* (Mettener Programm), Regensb., 1852.

§ 2. El pueblo judío. — Su importancia.

36. Hemos notado en el paganismo la necesidad, conocida por unos, por otros presentida, de un Redentor. Entre los judíos asistimos á los preparativos de su advenimiento. La mision de los griegos era cultivar las ciencias y las artes; la de los romanos establecer el órden político y social; la importancia histórica del pueblo de Israel se enlaza íntegramente con la conservacion de las verdades divinas que le fueron confiadas. Al lado de la ignorancia y depravacion de los paganos, los sentimientos religiosos del pueblo judío forman el más maravilloso contraste. Él es quien ha conservado mejor las tradiciones primitivas. Dios le comunicó una revelacion particular, una legislacion á la vez religiosa, litúrgica y política, le envió profetas, maestros y libertadores; le hizo en términos, cada vez más claros, la promesa de una redencion. Dios había escogido á este pueblo con el fin de hacer brillar su providencia y su justicia en la manera particular con que dirigía sus destinos, con el de preservarle de los horrores idolátricos, iluminar al mundo pagano y realizar progresivamente en él el plan de la redencion. De presente, Dios obra sobre los judíos por su ley, y en órden á lo futuro por sus promesas.

El pueblo judío poseía en el Pentatéutico los más antiguos documentos históricos; allí encontraba el esclarecimiento de todos los problemas que habían permanecido insolubles para los paganos, problemas sobre Dios y el mundo, sobre el pecado y la gracia, á los cuales se enlazó en el curso de los tiempos una literatura religiosa llena de enseñanzas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 36.

Filon (*De Abraham*, en fol. 364, § 19; *De vita Mosis*, 1, fol. 625, § 27) dice que los judíos son los sacerdotes y profetas de toda la humanidad, encargados de implorar sobre ellos las bendiciones de Dios.

Abraham y sus descendientes.

37. La eleccion del pueblo judío comienza hacia el año 350 después del diluvio (2006-2008 de la creacion del mundo), con la vocacion de Abraham, jefe de los nómadas de Caldea. La primera alianza fué concluida con él, y sellada con el signo exterior de la circuncision. Dios le mostró el país destinado á ser la mansion del pueblo que debía honrarle como jefe de la raza en la cual serían benditas todas las naciones de la tierra [1]. De sus dos hijos, Isaac fué el hijo de la promesa, y entre los de Isaac, Jacob. Esto, por un concurso providencial de circunstancias, marchó á Egipto, donde su familia se multiplicó hasta el punto de formar una raza poderosa; pero que fué tambien cruelmente oprimida durante un período de 430 años. Sin esto destino, los israelitas, durante su permanencia en el desierto, no habrían llegado á ser otra cosa que potentes tribus nómadas, no habrían podido conservar su unidad exterior ni hacerse capaces de llenar la mision confiada á ellos por Dios de propagar la revelacion. Por poco que hubiesen influido las circunstancias, habrían perdido la unidad de su raza y se habrían confundido con los egipcios, olvidando su creencia en el Dios único y Supremo, á la vez que sus tradiciones.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 37.

Fuentes: el Antiguo Testamento y los escritos de Flavio Josefo (ed. Haverkamp, Amsterdam, 1726, 2 vol.; ed. Oberthür, Wirecb., 1782 y sig., t. III; ed. Richter, Lips., 1826 y sig.; ed. París, 1847 y sig.; ed. J. Bekker, Lips., 1856, 6 vol.); y en menor grado los de Filon (*obra citada*, 51), despues los autores clásicos. Véase Stolberg, vol. I-IV; Rohrbacher-Rump, vol. I-III; J.-H. Kurtz, *Gesch. des A. B.*, Berlin, 1852-56, 2 vol.; J. Grau, *Semiten u. Indogermanen*, Stutt., 1865, Haneberg, *Gesch. der bibl. Offenb.*, Regensb., 1850, 3.ª ed., 1863; el mismo, *Die relig. Alterthümer der Bibel*, Munich, 1869: Reusch, *Einl. in das A. T.*, Friburgo, 1870, in-4.º; A. Weber y Holtzmann, *Gesch. des Volkes Israel und Entstehung des Christenth.*, Heidelberg, 1867, 1 vol.

Moisés y la ley.

38. El pueblo recibió en la persona de Moisés un libertador, un guía y un legislador. Despues de la salida de Egipto (año del mundo 2728), debía pasar cuarenta años en el desierto, ver morir su primera generacion, la más culpable de todas, reavivarse su sentimiento religioso y

---

1 *Gen.*, XII, 3; XVIII, 18; XXII, 18.

mejorarse sus costumbres. Dios, por medio de Moisés, promulgó en el Sinaí su ley (el Decálogo), que fué despues reforzada por diferentes prescripciones legales y ceremoniales. Todas las leyes se agrupan alrededor de la idea fundamental del reino de Dios. El Señor y Creador, que se revelaba al pueblo asombrado por sus milagros y altos hechos, era el Dios único de Israel, é Israel era su pueblo. Él fué su protector y su rey: misericordioso y liberal miéntras que Israel guardó sus mandamientos; severo y vengador cuando se apartó de su obediencia. El Tabernáculo y el culto simbólico que se enlazaba con él, el sacerdocio de la tribu de Leví, los días y las fiestas sagradas (sábado, Pascua, Pentecostés, fiesta de los Tabernáculos), los diferentes sacrificios, las bendiciones y purificaciones, tenían por objeto recordar constantemente el pensamiento del Señor. Su ley, sus mandamientos, sus prohibiciones, debían ser el espejo del pueblo y su ocupacion diaria. La esperanza del Mesías fué reavivada por Moisés (*Deut.*, xv, 58); estaba figurada por el culto, y sobre todo, por la fiesta de las expiaciones. Despues del sacrificio de Abraham y su encuentro con el gran Pontífice Melquisedech, todo había tomado un sentido figurativo. Moisés era el jefe, el guía, el soberano del pueblo; su hermano Aaron el Sumo Sacerdote.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 38.

Bæhr, *Symbolik des mosaischen Cultus*, 2 vol.; Kurtz, *Das mosaische Opfer*, Mittau, 1842; el mismo, *Lehrb. der hl. Gesch.*, 7.ª edic., 1855, p. 33 y sig., 62 y sig.; Dœllinger, p. 735 y sig.

Josué y los Jueces. — Los Reyes.

39. Bajo el gobierno de Josué, los israelitas conquistaron el país de Canaan, que se les había prometido, y lo dividieron entre las diversas tribus. Como el paganismo no estaba allí enteramente extirpado, los israelitas que vivían confundidos con los habitantes, se unieron á ellos por medio de matrimonios, y cayeron con frecuencia en la idolatría fenicia y babilónica. Dios les castigó en diversas ocasiones, sujetándoles á estos pueblos; cuando su abatimiento llegaba al colmo, el Señor les libertaba por medio de hombres elegidos, suscitados por él mismo, que recibían el nombre de jueces. Bajo el gobierno de éstos, el pueblo formó durante 450 años una especie de república teocrática muy poco homogénea, de la cual eran centro comun el tabernáculo y el arca de la Alianza. Despues de este período de transicion, se ve realizarse bajo el profeta Samuel, último de los jueces, lo que había sido previsto por Moisés. El reino se establece en la persona de Saul, vástago de

la tribu de Benjamin (1099 á. de J. C.), el cual recibe el encargo de defender á su pueblo contra los paganos que le rodeaban.

Al lado de la monarquía, que ejercia la autoridad temporal, el sumo pontificado continuaba llenando las funciones del culto religioso. Venía despues el órden de profetas, destinado á vivificar la ley, á renovar su espíritu, á sostener el pensamiento de la promesa: tres instituciones que figuraban el triple ministerio del Salvador del mundo. Los primeros profetas, Samuel, Gad, Nathan, Elías, eran sobre todo hombres de accion; los últimos se señalaron principalmente como escritores. Con frecuencia muchos de estos empleos se hallaban reunidos en una sola persona: Heli, era á la vez juez y Sumo sacerdote; Samuel, juez y profeta; David, sucesor de Saul (1055-1015), era profeta y rey.

David estableció la monarquía sobre sólidas bases, emprendió guerras afortunadas, llegando hasta el Egipto y cerca del Eufrates, hizo de Jerusalen su capital, y llevó á ella el arca de la Alianza; edificó la fortaleza de Sion, reguló el culto divino y realzó su pompa con la magnificencia de sus cánticos. Este hombre que pecó por efecto de la debilidad humana, pero que siempre se rehabilitaba por la sinceridad de su arrepentimiento, vió renovada por Dios la promesa de que el Salvador nacería de su raza.

Su hijo y sucesor Salomon (1015-975) construyó el templo de Jerusalen, y reinó con sabiduría y prosperidad, miéntras permaneció fiel á sus deberes religiosos; en los últimos tiempos de su vida, se entregó á los placeres, y contrayendo alianzas con mujeres extranjeras, se dejó arrastrar al culto idolátrico de Siria y de Fenicia, oprimió á su pueblo, y preparó la caida del reino.

Division y ruina del reino.

40. Muerto Salomon (975 á. de J. C.), el reino fué dividido, formándose los de Judá é Israel (Ephraim). El primero, compuesto de las tríbus de Judá y Benjamin, fué gobernado por Roboam, hijo de Salomon, con Jerusalen por capital; el segundo, en que se juntaron las otras diez tríbus, cayó en poder de Jeroboam, y su capital fué Samaria. Esta division debilitó notablemente el poder del pueblo con respecto á sus enemigos. El reino de Israel fué separado del templo de Jerusalen; recibió sacerdotes que no eran de la raza de Levi, se entregó al culto de los ídolos egipcios, y despues al de Baal, convirtiéndose al fin en teatro de discordias intestinas y de guerras civiles.

Sus diez y nueve reyes, la mayor parte seductores del pueblo, perecieron casi todos de muerte violenta. Los progresos del paganismo que

las sangrientas represiones del rey Jehu no pudieron ahogar, fueron enérgicamente combatidos por los profetas, sobre todo por *Elías*, *el severo vengador de la ley divina ultrajada* (918-896 á. de J. C.), y por su discípulo Eliseo, por Jonás, Oseas, Amos, Joël y Nahum.

El reino, cada vez más cercano á su ruina, paró en tributario de los asirios. Teglat-Phalasar le hizo sufrir dura opresion, y Salmanasar, despues de haber sitiado á Samaria durante tres años, la destruyó por completo, deportó al rey Oseas y gran parte del pueblo al interior del Asia, y repobló el país con colonos *asirios que se mezclaron* con los israelitas. Tal fué el origen de los samaritanos, tan odiados por los judíos. La raza del pueblo escogido por Dios, se vió así privada de diez de sus miembros.

41. Este destino lamentable de un *Estado hermano y vecino*, fué una leccion perdida para el pequeño reino de Judá, que iba tambien á desaparecer á los 134 años de su existencia. De sus veinte reyes, algunos fueron mejores que *otros*, *por ejemplo*, Asa, Josaphát, Osías, Ezequías y Josías; pero la mayor parte, aliándose por medio de matrimonios con la familia soberana de Tiro, cayeron en el paganismo fenicio. En el *reinado* de *Josías*, al verificarse la reparacion del templo, se halló en un rincon el libro perdido de la ley de Moisés, lo cual se anunció á todo el pueblo [1]. Sin embargo, no se operó una conversion verdadera, y la voz de los profetas fué casi siempre despreciada. A Isaías (760-699 á. de J. C.) y á su contemporáneo Miqueas se deben las más importantes predicciones sobre el *Mesías*.

En política, oscilábase entre Babilonia y Egipto, dos potencias que no trabajaban sino por humillar al reino y debilitarlo. Sucumbió definitivamente bajo Nabucodonosor, rey de Babilonia, que destruyó á Jerusalen y su templo, hizo llevar á Babilonia los *vasos sagrados*, *así como* las principales familias. Muchas se refugiaron en Egipto. Sólo la poblacion rural permaneció en los lugares que habitaba.

Encontramos en este *triste período* los profetas Jeremías, Ezequiel, Sofonías, Habacuc y Abdía. Los judíos que estaban en el *cautiverio*, permanecían fieles á la ley, más fieles aún que en los días de la prosperidad, y en la ley y en sus promesas era donde hallaban algun consuelo en medio de su profundo abatimiento. Este destierro de Babilonia fué el mayor castigo que tuvo que sufrir el pueblo, al par que la más ruda prueba para su fe; pero fué tambien ocasion de propagar las ideas monoteistas en el interior de Asia, y de acrecentar el deseo de un futuro libertador.

---

1 *II Regum*, XXII, 8; XXIII, 1 y sig.

La literatura se distinguía por su energía y profundidad. Los profetas del destierro, que, segun Jeremías, XXV, 11 y sig., duró 70 años, fueron principalmente Daniel y Baruch.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 39-41.

Kurtz, *Lehrb. der hl. Gesch.*, p. 99 y sig., 166 y sig.; Dœllinger, *obra citada*, página 376 y sig.

Situacion de los judíos despues del cautiverio.

42. Ciro, rey de Persia, fué el instrumento de que Dios se sirvió para castigar á la orgullosa Babilonia; permitió á los desterrados entrar de nuevo en su patria (año 536 á. de J. C.). 43.360 hombres, entre los cuales había 4.280 sacerdotes y 7.000 esclavos, se pusieron en marcha. Eran casi todos de las tribus de Judá y Benjamin: de aquí viene el nombre de judíos dado al pueblo, y que desapareciera insensiblemente el de israelitas. El sumo sacerdote Josué (Jesus), y Zorobabel de la estirpe de David, dirigieron la primera expedicion; Esdras y Nehemías presidieron las otras. Despues de numerosos obstáculos, se edificó el segundo templo, sobre todo por los esfuerzos de los profetas Ageo y Zacarías, y fué acabado el año 516 á. de J. C. Comparado con el primero era pequeño; no tenía el arca de la alianza. Sin embargo, se reavivaron las esperanzas mesiánicas; los espíritus se dirigieron con ardor nuevo hácia el Deseado de las naciones y consolador de las gentes [1].

Los persas creyendo reconocer su Ormuzd en el Dios de los israelitas, les gobernaron con dulzura, y les dejaron, cuando ya habían renunciado enteramente á su inclinacion hácia la idolatría, regirse por sus instituciones nacionales colocadas bajo la custodia de los sumos sacerdotes. Estos eran asistidos de un consejo de setenta ancianos [2], llamado Sanhedrin, que gozaban en materia religiosa de completa libertad. La lista de los profetas se cierra con Malaquías, que anuncia un nuevo sacrificio y la aparicion de Elías que precederá á la venida del Señor [3]. El pueblo, cuya principal ocupacion en otro tiempo era la agricultura, se aficionó al comercio, que había aprendido en sus relaciones con el extranjero, y creó establecimientos en otras comarcas.

---

1 *Aggéo*, II, 8.
2 *Números*, XI, 16.
3 *Malach.*, I, 11; III, 1.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 42.

Dœllinger, p. 738 y sig. Sobre el segundo templo, Welte, *Tüb. Quart.-Schr.*, 1851, II, p. 223 y sig., y en *Freib. K.-Lexikon*, t. X, p. 709 y sig.

Los Macabeos.

43. Cuando el reino de Persia se disolvió por las conquistas de Alejandro el Grande, los judíos cayeron sucesivamente bajo la dominacion de los Tolomeos de Egipto y de los Seleucidas de Siria. Su país fué el campo de batalla de estas dos potencias. Sometidos por los egipcios, Tolomeo Lago I llevó más de 200.000 á Egipto, donde su suerte fué por lo general buena. Al fin la Judea cayó bajo el poder de los reyes de Siria, y fué poblada por colonias sirias y griegas. Las tentativas para helenizarla fueron cada vez más activas. Seleuco Filopator envió á Heliodoro para arrebatar el tesoro del templo de Jerusalen, y Antíoco Epifanes resolvió consagrarlo á Júpiter Olímpico (hácia el año 170 á. de J. C.), y extirpar las costumbres y religion de los hebreos. Ya gran número de judíos y áun de sacerdotes, habían abjurado de la ley entregándose por completo al helenismo. Jason, hermano del Sumo Sacerdote Onías III, compró la dignidad del Pontificado é instituyó un gimnasio griego en la ciudad santa, que más tarde, bajo Menelao, había de transformarse en completamente pagana.

De repente, se despierta con singular energía el amor de la religion y costumbres nacionales. Matatías, descendiente de la raza sacerdotal de los Asmoneos, organiza la resistencia, y sus cinco hijos llegan á ser sucesivamente jefes de la lucha contra Siria. El más ilustre de todos, Judas Macabeo, reconquistó á Jerusalen el año 164 a. de J. C., purificó el templo, y restableció el culto interrumpido de Dios; pero sucumbió más tarde en el campo de batalla. Los sirios tomaron de nuevo á Jerusalen, y el rey Demetrio elevó á la dignidad de Sumo Sacerdote á Alcima, jefe del partido griego: la muerte impidió á éste destruir en el templo el muro que separaba el vestíbulo de los paganos del de los israelitas.

Muerto Judas, sus hermanos Jonatás y despues Simon, continuaron la resistencia. En 141, Simon se apoderó de la fortaleza de Sion, y el pueblo agradecido le confirió la dignidad hereditaria de príncipe y Sumo Sacerdote, «hasta que apareciera entre ellos un profeta [1]» que ordenára otra cosa, en nombre del Señor. Los judíos formaron entónces un

---

1 *Machab.*, XIV, 41.

Estado independiente bajo los príncipes macabeos, y como el reino de Siria estaba notablemente debilitado, Demetrio Nicanor se vió obligado á reconocerlo. De este modo fracasó completamente la tentativa de helenizar á la Judea.

44. Simon reinó con sabiduría y prosperidad, pero fué traidoramente asesinado (año 135 á. de J. C.). Su sucesor Juan Hircano I engrandeció el reino con muchas victorias, sometió á los idumeos y castigó á los samaritanos. Desdichadamente no tenía el celo religioso de sus predecesores, y aspiraba á estrechar los vínculos de alianza que habían existido en otro tiempo con los romanos.

Rápida y profunda decadencia siguió á esta prodigiosa elevacion de los judíos. El hijo mayor de Hircano, Aristóbulo I (106-105), que había tomado desde luégo el título de rey, se desencadenó contra su propia familia; hizo morir de hambre á su madre y asesinar á su hermano, y atormentado por los remordimientos, murió al cabo de un año, dejando al pueblo desgarrado por los partidos.

Su hermano Alejandro Janeo (105-79 á. de J. C.), cruel y déspota, tuvo por sucesora á su viuda Salomé Alejandra, que se unió con los ortodoxos. Á la muerte de ésta, sus dos hijos Hircanio II y Aristóbulo II se hicieron la guerra é imploraron el auxilio de los romanos. Pompeyo se apoderó de Jerusalen (63 á. de J. C.), profanó el templo, y obligó á Hircano á reconocer la supremacía de Roma. Hircano, que era sólo un fantasma de rey, estaba sometido á la influencia del ambicioso Antipatro, idumeo, que intentaba abrirse para sí y su hijo el paso del trono. Esta vez los judíos sufrieron un doble yugo. Los últimos asmoneos fueron arrojados por la violencia. Antigono, hijo de Aristóbulo II, que había usurpado el poder hacía algun tiempo, fué decapitado por órden de Antonio y á ruegos de Heródes, al cual establecieron los romanos sobre el trono de Judea despues de sitiar nuevamente á Jerusalen. El cetro había, pues, salido de Judá [1], y un extranjero reinaba en el país de la promesa.

Heródes y sus sucesores.

45. Heródes, á quien sus aduladores habían dado el sobrenombre de Grande, reinó treinta y siete años (37 á. de J. C. — 1 d. de J. C.), siendo á la vez esclavo de Roma y opresor del pueblo. Se sirvió del oro judío para celebrar juegos paganos en honor del Emperador, construyó á Cesárea de Straton, en Palestina, de la cual hizo una ciudad pagana, fué cruel con

---

1 *Gen.* XLIX, 20

su propia familia, debilitó la influencia sacerdotal, hizo reconstruir el templo de Zorobabel con un plan más vasto y grandioso que el que tenía ántes, y colocó á su entrada un águila romana. Habiéndola derribado violentamente algunos celosos judíos, pagaron con la vida su audacia. Despues de la muerte de Heródes: los judíos suplicaron inútilmente al Emperador Augusto, que les libertara de la tiranía idumea. Augusto dividió las provincias de Palestina entre los hijos de Heródes; Arquelao obtuvo la Judea, la Idumea y la Samaria, en cualidad de etnarca; Antipatro, la Galilea y la Perea; Filipo la Batanea, la Iturea y la Traconítida á título de tetrarca. Arquelao siguió en todo las huellas de su padre, fué desterrado á Galilea despues de diferentes acusaciones (6 años d. de J. C.), y su territorio anexionado á Siria, pero gobernado por procuradores imperiales. Las provincias de Filipo (muerto el año 37) cayeron despues en poder de Heródes Antipas, que no tardó en ser tambien desterrado á las Galias.

El año 41, Heródes Agripa, nieto del primer Heródes, fué nombrado por el Emperador Cláudio rey de toda la Palestina; pero murió el año 44, y la administracion se confió nuevamente á procuradores romanos. La mayor parte de éstos no usaron de miramientos, y aunque dejaron al Sanhedrin la decision de los negocios religiosos, obligaron más de una vez á los Sumos Sacerdotes á renunciar á sus cargos, é hicieron sentir cada vez más á la nacion oprimida su impotencia, que se había aumentado con divisiones intestinas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 43-45.

Dœllinger, p. 739, 762 y sig.; Schürer, *Lehrb. der neutestamentl. Zt.-Gesch.*, Leipzig, 1874.

Partidos religiosos. — Los chasidims, saduceos y fariseos.

46. En el tiempo en que los Macabeos sostenían gloriosos combates, habíase formado un partido entre los judíos, bajo el nombre de *chasidims* (piadosos, temerosos de Dios). Sin diferir en lo esencial de los *sopherims* (doctores de la ley), los chasidims se distinguían por una observancia más rigorosa de la ley y de las prescripciones que servían á esta de comentario. Condenados sesenta de ellos á muerte por Baquides, general sirio, se unieron á Matatías; más tarde, por respeto á la raza de Aaron, entraron en el partido del traidor Alcimo. Bajo el reinado de Jonatán y Simon, habían perdido mucho de su influencia. Representaban en la teoría y en la práctica á los enemigos irreconciliables del

helenismo, que había hallado partidarios en muchos judíos demasiado ansiosos de libertad.

Estas dos facciones opuestas, de las que una rechazaba y la otra adoptaba el helenismo, fueron al parecer el orígen de los fariseos y saduceos. Estos últimos mencionados por primera vez en tiempo de Jonatán (159-144 años á. de J. C.), aparecen como una escuela de sabios, ricos, y hombres de estado que se acomodan al espíritu de la época, que sin rechazar toda la ley como hacían los precedentes apóstatas, intentaban dulcificarla por medio de libres comentarios y sobre todo con la filosofía epicúrea. Eran los libre-pensadores, los racionalistas, los liberales de aquel tiempo. Ligados entre sí por la comunidad de los esfuerzos, sometidos en cuanto era posible á los poderes reinantes, poco *influyentes en el pueblo, pero obligados por los sentimientos religiosos* que predominaban á usar más moderacion que los antiguos helenistas, los cuales habían roto con la ley, tendían á un deismo que degeneraba en materialismo y eran poco favorables á las ideas metafísicas. No es probable que negasen la creacion, pero sí la accion permanente de Dios sobre el universo. Exaltaban el libre arbitrio y combatían vigorosamente toda especie de fatalismo y de predestinacion; negaban la inmortalidad del alma, la resurreccion, la existencia del demonio y de los ángeles. Se ajustaban principalmente á la ley, y no rechazaban á los profetas, si bien algunos preferían los cinco libros de Moisés; combatían tambien la tradicion, que ponía una barrera á la ley.

En cuanto á los fariseos, se consideraban como los centinelas de la ley, los custodios de la tradicion oral. Las cosas religiosas formaban su principal ocupacion; ecos fieles de la conciencia popular, trataban de robustecerla por la enseñanza regular y la interpretacion clásica de los libros sagrados. Á ellos pertenecían la mayor parte de los sacerdotes, todos los sopherims y la mayoría del pueblo. Formaban, pues, algo más que un partido ordinario, á pesar de lo que pretendían sus adversarios más violentos, los saduceos. Eran, por otra parte, los patriotas, los nacionales, los enemigos de la dominacion extranjera, que parecía á la mayor parte de los judíos un contratiempo inexplicable, sobre todo despues que la idolatría perdió su prestigio. *Por esto les perseguían los* soberanos extranjeros. Hallábanse, pues, entre los fariseos cuantos elementos buenos y malos habían en el pueblo mismo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 46.

Dilfinger, *Die drei jüdischen Secten* (Niedners, *Ztschr. f. hist. Theol.*, Leipzig, 1849, p. 317-331); Himpel, *Tüb. Q.-Schr.*, 1858, p. 63 y sig. Aquí tambien el texto está conforme á lo expuesto por Dœllinger (p. 475 y sig.), teniendo á la vista las

observaciones de Langen (*Das Judenthum in Palæstina zur Zeit Christi*, Friburgo, 1866, p. 187 y sig.). Sobre los chasidims y sus relaciones con los fariseos, véase Scaligero, *Elench. Trihaer Serarii*, p. 443.

Se hace derivar la palabra saduceo: *a.* del hebreo Zedek, Zadik (justo); *b.* de Sadoc, discípulo de Antígono (Antioco), de Soco (300-240, ó 291-260 á. de J. C.). Este último punto es negado por Bilfinger, p. 327. Guericke lo sostiene siguiendo al Talmud.

Se hace derivar el término fariseo: *a.* de paruschi (פרש), separar, separado, elegido, ἀφωρισμένος (Epiph., *Her.*, XVI, 1; Suidas, Rabbi Nathan, R. Elías. Cf. *Talmud Babylon.*, *Chagiga*, fol. 18, 6; Guericke, etc.; *b.* de porresch (פורש), maestro, comentador (Mœhler, *Hist. eccl.*, I, 101). La primera derivacion se apoya en razones numerosas. No es inverosímil que los fariseos conservasen, como título de honor, este nombre que habian recibido de sus enemigos. Si Josefo (*Antiq.*, XVIII, 1, 2) les trata como secta ó escuela filosófica, es sin duda para conformarse al lenguaje de los griegos y romanos.

47. La lucha entre fariseos y saduceos se había enconado singularmente desde Hircano I. Ofendido éste contra los primeros porque habían castigado con excesiva indulgencia al fariseo Eliazar, que le aconsejó renunciar al Pontificado á causa de haber sido su madre en otro tiempo prisionera, rompió con ellos, confiando los más importantes cargos á los saduceos. Recobraron aquéllos su crédito bajo Alejandro Janeo, y expulsaron del gran Consejo á sus adversarios. Sin embargo, el príncipe se inclinó luégo á favor de éstos, se mofó públicamente del culto de los fariseos, persiguió á sus parciales, y ahogó con sangrientas represiones toda tentativa de insurreccion. Alejandra Salomé, por los consejos de su esposo moribundo, levantó el crédito de los fariseos; Judas Ben-Tabbai y Simon Ben-Schetach, fueron los restauradores de la antigua ley y de su interpretacion. En tiempo de Heródes, más de seis mil fariseos rehusaron prestar á él y á los romanos juramento de fidelidad, y se les sujetó á públicos castigos. Por punto general, puede decirse que al principio los fariseos no descuidaron medio alguno de sostener la creencia mosáica é impedir todo contacto entre judíos y paganos; pero á fuerza de querer alcanzar influencia, purgar la ley de toda liga extraña é imponerle diques, cayeron en el exceso. Los comentarios destinados á servir de freno, convertíanse de este modo en obligatorios, más obligatorios aún que la ley, y la casuística legal, perdiéndose en los pormenores, alteraba el espíritu de aquélla. Desde el tiempo de Esdras, el hebreo se había convertido en lengua muerta para el pueblo, y la ley tenía necesidad de intérpretes.

Los fariseos constituían el cuerpo docente, eran los órganos de la interpretacion tradicional rechazada por los saduceos, y daban la glosa de la ley (deu-teroseis-mischna). Partidarios de las ceremonias, de los ayunos multiplicados, de las frecuentes purificaciones, los practicaban

con hipócrita ostentacion, aunque entre ellos hubiese muchos hombres recomendables. Enseñaban francamente la inmortalidad del alma, las recompensas y penas de la vida futura, la existencia de los ángeles, la influencia de Dios sobre el mundo, y su Providencia, sin perjuicio del libre arbitrio. Parece, sin embargo, que creyeron posteriormente en un destino ligado con el movimiento de los astros. Es probable que admitiesen tambien la resurreccion de los cuerpos. El judío Flavio Josefo piensa que creían en la transmigracion de las almas, tal como la entendían los griegos.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 47.

Dœllinger, p. 478 y sig., 762; sobre el texto de Josefo, *De bello jud.*, II, VIII, 14, concerniente á la *Metensomatosis*, véase *ibid.*, p. 754, y Langen, p. 351 y sig.; sobre la εἱμαρμένη ó πεπρωμένη, Dœllinger, p. 753; Langen, *obra citada*, p. 222.

Los esenios.

48. Los esenios ó esenos ocupan en cierto modo el término medio entre ambos partidos, y deben acaso su orígen á un ensayo de conciliacion entre uno y otro. Pretenden descender de Moisés, si bien no datan más que de la primera mitad del siglo x ántes de J. C. Aparecen como místicos y ascétas, aunque partidarios de las doctrinas de Orfeo y de Pitágoras y por esto, aun más extraños al judaismo. Rechazaban los sacrificios de animales, escogían por sí mismos sus sacerdotes, y se mostraban más severos que los fariseos en la celebracion del sábado; pero permanecían alejados de las solemnidades del templo. Profesaban en todo su rigor el dogma de la unidad de Dios, castigaban con la muerte las blasfemias contra Moisés, pero tributaban al sol un culto particular, así como á los ángeles, cuyos nombres debían conservarse secretos. Su vida entera estaba dominada por la idea de las cosas puras ó impuras, lo que hacía su trato harto difícil. Cada uno de sus festines era un sacrificio; pero sus vestidos y alimentos se limitaban á lo estrictamente necesario.

Formaban los esenios una especie de congregacion compuesta de hombres célibes en su mayoría, aunque las mujeres no estuviesen excluidas de ella. Se abstenían del matrimonio, por lo ménos cuando llegaban á los grados superiores, pues consideraban á la mujer como infiel, pero en definitiva no la rechazaban. Algunos de ellos se casaban, pero despues que la esposa había pasado por una prueba de tres años; educaban voluntariamente los hijos ajenos, hacían prosélitos, que no

eran admitidos sino despues de un noviciado de tres años. Vivían en comunidad de bienes y de rigorosa obediencia, prohibían la fabricacion de armas, la esclavitud, el juramento, excepto para la admision en su sociedad. La continencia era su primera virtud, su filosofía la moral. A imitacion de los pitagóricos, consideraban el cuerpo como la prision del alma, formada de la parte más sutil del éter.

Su morada primitiva estuvo acaso en las regiones solitarias del mar Muerto; más tarde abandonaron estas colonias, y viuieron en número de 4.000 á diferentes ciudades y colonias, donde no conservaron la antigua severidad de costumbres. No huían de los lugares habitados por judíos, llevaban vida activa y laboriosa, ejercían diferentes industrias y practicaban la medicina.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 48.

Se hace derivar el nombre de esenios: *a.* del siriaco אסא, curar, «medicus animae et corporis peritus» (Jos., *loc. cit.*, n.° 6; Mœhler, *K.-G.*, I, 107); *b.* de אסן, sufrir una desgracia, una ruina (Bilfinger, p. 237); *c.* de chasidim, puro, santo (Guericke, I, p. 29); Filon les llama Ἐσσαῖοι, Josefo Ἐσσηνοί; Bellermann, *Geschichtl. Nachrichten über Essaer u. Therapeuten*, Berlin, 1821; Sauer, *De essenis et therapeutis*, Vratisl., 1829; Dæhne, *Geschichtl. Darstellung der jüd.-alex. Rel.-Philosophie*, Halle, 1834, I, 439; Kœnig, art. *Essener* en *Freib. K.-Lexicon*, t. III (1843), p. 715 y sig.; Harnischmacher, *De essenorum apud Judaeos societate*, Bonn, 1866 (hace derivar la palabra esenio de ἰσσην y le da el sentido de fuertes, heróicos, con arreglo á multitud de verbos que se enlazan con esta palabra). Lauer, *Die Essaer und ihr Verhaeltniss zur Synagoge und Kirche*, Viena, 1869. Sobre estas dos últimas obras y otras además, véase el artículo de Langen en *Bonn. Theol. Lit.-Blatt.*, 1870, p. 147.

Datos suministrados por las fuentes: Plinio, *H. N. V.*, 15; Jos., *De bello jud.*, II, VIII; *Ant.*, XVIII, IV; Filon, «quod omnis probus liber.» Euseb. *Praep. evangel.*, VII, VIII.

Los terapeutas.

49. Los terapeutas de Egipto se mantenían fuera de las ciudades, y vivían en los alrededores de Alejandría, en mezquinas habitaciones; se dedicaban exclusivamente á la vida contemplativa y á la lectura de la Biblia. Cada casa tenía su santuario (semneon, monasterion), donde los particulares se entregaban á la meditacion. En el dia del sábado se dividían en dos secciones segun los sexos, y se reunían en un lugar comun, donde uno de los ancianos pronunciaba un discurso. Interpretaban la Biblia en sentido alegórico, y celebraban agapes religiosos mezclados de cantos, conversaciones espirituales y danzas. Formaban tambien una sociedad de ascetas judíos, sin que por pertenecer á ella se creyesen so-

parados de los demás judíos ni excluidos de sus filas. Se controvierte vivamente si estaban sometidos á la influencia de la filosofía platónica, y si tenían alguna relacion con los esenios de Palestina. La pintura que nos ha dejado de ellos el judío Filon, ha sido aplicada posteriormente á los primeros cristianos [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 49.

Miéntras que algunos conceden á los terapeutas prioridad sobre los esenios, y creen que éstos se formaron en Palestina sobre el modelo de aquéllos, otros piensan, por el contrario, que los esenios son el tipo primitivo de los terapeutas. Dœllinger, p. 760, niega todo parentesco entre los terapeutas de Egipto y los esenios de Palestina, y no admite la influencia de la filosofía griega sobre los primeros. Acerca del primer punto, Valois está plenamente conforme con Eusebio, *Hist. eccl.*, II, 17; Langen, á su vez (p. 195, n.º 24), piensa que en Egipto se mezclaban elementos platónicos á la práctica pitagórica, miéntras que en Palestina el pitagorismo había adquirido carácter más puro y que el orígen de esta tendencia debe buscarse exclusivamente en Egipto.

Los judíos de la dispersion.

50. Al lado de los judíos de Palestina, los que vivían dispersos *(diaspora)*, no tardaron en formar un pueblo considerable. Sostenian en su mayor parte contínuas relaciones con Jerusalen, pagaban el tributo del templo *(didrachma)*, enviaban con frecuencia ofrendas y hacían peregrinaciones, si bien la antigua adhesion al centro de su nacion y de su culto se debilitó en gran número de ellos. Muchos judíos habían permanecido en Babilonia desde donde se esparcieron por las regiones de Oriente. Más numerosos aún fueron los que se dirigieron hácia el Mediodía. Los reyes de los homéritas, en el Sur de Arabia, adoptaron el judaismo (hácia el año 100 a. de J. C.). Alejandro Magno les había permitido ya establecerse en la nueva Alejandría de Egipto.

Bajo el cetro de Ptolomeo Lago, su número se acrecentó notablemente, formando ya en tiempo de Filon las dos quintas partes de la poblacion de la capital, y disfrutando muchos privilegios. En el reinado de Tolomeo II Filadelfo (281-247 años a. de J. C.), una parte de la Biblia fué traducida al griego (los Setenta), lo cual contribuyó á disminuir más aún el número, harto limitado ya, de los que entendían el hebreo y el caldeo, y favoreció los progresos del movimiento filosófico y religioso en el mundo helénico. En efecto los traductores veíanse obligados, para expresar ideas abstractas, á formar terminología especial, y á evitar el

1 Eusebio, *Hist. eccl.*, II, XVII.

antropomorfismo; debían propender naturalmente á introducir el mosaismo entre los griegos y ponerlo de acuerdo en cuanto fuese posible con su filosofía.

Ptolomeo Filopator (152 años a. de J. C.) permitió á Onías, hijo del Sumo Sacerdote Onías III, que fué asesinado, trasformar en templo del Señor, uno pagano caido en ruinas cerca de Leontópolis. Aunque esto coincidió con la profanacion del templo de Jerusalen, y no tendía á separar de él á los judíos, los de Jerusalen lo vieron con disgusto, porque era contra la ley; sin embargo, se conformaron, tanto más cuanto que la bendicion del cielo había sido prometida en otro tiempo, al país de Egipto [1]. Por esto, el templo de Leontópolis tuvo, hasta los tiempos de Vespasiano, sus sacerdotes y levitas, así como abundantes recursos. Los judíos de Egipto perdieron más y más, á medida que la lengua y literatura griegas penetraron entre ellos, el carácter distintivo de la antigua nacion judáica.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 50.

Josefo, *Antiq.*, XV, III, 1; XII, III, 4; III, 1; XIII, III, 2; *De bello jud.*, II, 30; VII, III, 3; Filon, *In Flac.*, p. 971, 973. La traduccion alejandrina de la Biblia parecía á los judíos rígidos tan extrema desventura, que comparaban el dia de su publicacion con aquel en que fué adorado el becerro de oro. *Tract. Sopherim.*, 1; *Meg. Taquith.*, fol. 50, cap. II.

La filosofía de los judíos alejandrinos. — Filon.

51. Tuvo principio esta filosofía en la primera mitad del siglo II ántes de J. C., con el peripatético Aristóbulo, de raza sacerdotal. Preceptor del rey Ptolomeo Filometor, Aristóbulo intentó, en una obra redactada en griego, probar que los poetas y filósofos de Grecia estaban iniciados en las doctrinas de Moisés, y que había en sus escritos notables analogías con éstas. Citó en apoyo de su teoría muchos versos probablemente escritos por judíos anteriores, y que pasaban por obra de Orfeo, Hesiodo y Homero. Pretendió que Orfeo había hablado con Moisés, y Pitágoras con los discípulos de Jeremías en Egipto. Aristóbulo se sirvió mucho de los autores griegos.

El docto Filon (nacido 25 años ántes de Jesucristo y muerto 39 despues) fué más léjos todavía. Distinguiendo entre el espíritu y la letra, é interpretando alegóricamente el Pentatéuco, creía encontrar las ideas platónicas y estóicas ocultas en Moisés, padre, en su sentir, de toda filosofía, y

1 Isaías, XIX. 21-25.

pretendía restablecer *así el sentido de las palabras de la Biblia*, inspirada por Dios, y en la cual había inagotable fecundidad de pensamientos. Bastaba, decía, despojar aquéllas de su corteza. Trasportó á la Biblia cuanto había encontrado en la civilizacion griega, á pesar del afecto que tenía á su pueblo y de su conviccion sobre la sublime vocacion de éste.

El sistema de Filon descansa en las siguientes proposiciones:

1.° Entre Dios y el mundo hay una distancia infinita. Dios está infinitamente elevado sobre todas las cosas. Es, *sin propiedades ni nombre*, el Sér absoluto, ante el cual los demás séres son como si no fuesen. Es personal, infinitamente dichoso y siempre activo.

2.° Hay una causa eficiente, Dios, y un elemento posible, la materia inanimada, inmóvil en sí, y sin embargo plástica; ella explica las imperfecciones de lo finito. En vez de admitir que el mundo fué sacado de la nada, Filon cree en la preexistencia de la materia.

3.° No teniendo el Sér divino contacto alguno con la materia, Dios se ha servido de sus *fuerzas incorporales* para crear el mundo de las ideas, y por medio de ellas ha dado forma á la materia. (Estas ideas de que habla Filon, fueron sacadas probablemente, ántes que él, de Platon por los judíos de Alejandría.)

4.° Las ideas forman en conjunto el mundo inteligible *(cosmos noetos)*, y son los ejemplares del mundo sensible *(cosmos aisthetos)*. El mundo ideal tiene por autor al Verbo Divino, y es idéntico á Él.

5.° Las ideas son, por una parte, los tipos, los modelos, segun los cuales Dios crea los séres, el sello que les imprime, y por otra, las causas eficientes, las fuerzas *(dunameis)* por medio de las que ejecuta el plan de la creacion; son actividades divinas depositadas en el mundo y dotadas de independencia relativa (como los ángeles, considerados frecuentemente como personas).

6.° El Verbo divino es la razon soberana, mirada ya como propiedad impersonal encerrada en el Sér divino *(logos endiathetos)*, ya como surgiendo del seno de la divinidad, en cuanto es palabra de Dios y subsistente, en cuanto es persona distinta de Él *(logos prophoricos)*. Es la manifestacion más completa de Dios, el compendio de todas las energías y manifestaciones divinas, el mediador entre Dios y el mundo, la imágen del Padre, el Hijo de Dios, el segundo Dios, el arcángel, la sabiduría. La confusion que se nota aquí en los términos proviene, sin duda, de que Filon, presintiendo la relacion íntima entre el Verbo y el Padre, temía sacrificar la nocion de la unidad divina y caer en el politeismo.

7.° Ángeles, demonios, almas, son términos sinónimos. Su número

es infinito, y su morada la atmósfera. Parte de estas almas (opinion de Platon) cayeron del aire sobre la tierra para unirse á cuerpos perecederos [1]; muchas se pierden en la sensualidad, otras luchan contra ella para reconquistar las altas regiones; las más viciosas caen en la nada con el cuerpo.

8.° La voluptuosidad es el principio y asiento del pecado; es preciso oponerle la continencia, la sujecion y mortificacion de los sentidos.

Muchas de estas ideas son estóicas, salvo la necesidad de la gracia que allí se pondera. La virtud consiste en hacer todas las cosas con la mirada fija en Dios; la fe es la verdadera sabiduría. El éxtasis es el estado de perfeccion, que se hará general en el tiempo del Mesías. Filon era de hecho el jefe de la escuela judeo-teosófica, y ejerció durante muchos siglos la mayor influencia. Hállanse en sus obras pensamientos grandes y nuevos, á la vez que exageradas y peligrosas teorías.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 51.

Aristob.; Eus., *Praepar. ev.*, VII, 14; VIII, 10; XIII, 12; Valckenaer, *De Aristóbulo Jud.*, Leyde. 1806; Dœllinger, p. 838; Filon, *Op.*, ed. Francof., 1691, in-fol.; ed. Mangey, Lond., 1742, en fol., t. II; ed. Pfeffer, Erlang., 1785 y sig., 1820 y sig.; *Bibl. SS. Patr. lat.*, ed. Richter, Lips., 1828 y sig.; Eus., *loc. cit.*, VII, 21; VIII, VI, 7, 11-13; Grossmann, *Quaestiones Philonicae*, Lips., 1829; Gfrœrer, *Philo*, Stuttg., 1831; Dæhne (48); Staudenmaier, *Philosophie des Christenth.*, Giessen, 1840, vol. I, p. 360 y sig.; Dœllinger, p. 838-848; Langen, p. 177 y sig., 206 y sig.; 237, 266, 289, 840 y sig., 373, 468; Siegfried, *Philo v. Alex.*, Jena, 1875; *Philonea inedita altera, altera nunc demum recte e vet. scriptura eruta*, ed. C. Tischendorf, Lips., 1868.

52. Estas sociedades judáico-alejandrinas produjeron tambien obras de señalada importancia. Incluidas despues en el Cánon de la Iglesia, han servido de transicion entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Tal es, por ejemplo, el libro de la *Sabiduría*, fruto de un ingenio eminentemente filosófico, iluminado por la Revelacion divina y libre de los extravíos, que son comunes á las opiniones humanas. Trata las más sublimes cuestiones, edificando sobre las bases puestas en los *Proverbios* de Salomon y en el libro del hijo de Sirach, acercándose estrechamente al lenguaje de la filosofía griega, y desplegando gran delicadeza en la exposicion. La sabiduría aparece allí como el soplo de la virtud de Dios [2], como pura emanacion de su esplendor, como reflejo de la luz eterna, espejo sin mancha de las obras de Dios é imágen de su bondad [3]. En el segundo

1 *Gen.*, VI, 1 y sig.
2 V *Job.*, XXVIII, 24-28; *Prov.*, VIII, 22-31.
3 *Sap.*, VII, 25 y sig.; VIII, 4; IX, 4.

libro de los Macabeos, que recuerda á Jason de Cirene (II, 23), se hallan ricas enseñanzas, especialmente en lo que mira á la vida futura y la resurreccion.

Parece que estas mismas sociedades produjeron además otros escritos que no han disfrutado de crédito tan duradero; tales son las más antiguas partes de los libros sibilinos, que fueron despues continuados por cristianos, el tercer libro de los Macabeos, etc.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 52.

Langen, p. 6, 20 y sig., 26 y sig., 259 y sig.; Bleek, *Stud. u. Krit.*, 1853, p. 267 y sig., 337; Stier, *Die Apokryphen*, 1853, p. 67; Ewald, *Gesch. des Volkes Israel*, IV, p. 626; III, etc. Se equivocan, sin duda, los que atribuyen el *Liber sapientiae* al judío Filon (Hieron., *Praef. in libr. Salom.)*, que es del IV siglo. Cornel. a Lapide, *Com. in Eccli.*, praef. Eichhorn, *Einleit. in die Apok.*, p. 166 y sig.; Grimm, *Exeget. Hbd. z. d. Apok.*, VI, 21; sobre la idea de la Chokma, Dœllinger, p. 824 y sig.; Langen, p. 261, n.° 17; sobre el libro II de los Macabeos, Langen, p. 25 y sig.; Welte, *Freib. K.-Lexikon*, VI, p. 709; *Oracula sibyllina*, segun Gallandi y Mai, ed. París, 1841, 1856; ed. Friedlieb, Lips., 1852; Bleek, *Berliner Ztschrift.*, de Schleiermacher, etc., cuad. I, p. 120 y sig.; cuad. II, p. 172 y sig.; Langen, p. 169 y sig., III, *Buch der Maccabaeer*, Langen, p. 176 y sig.; Movers, *Freib. K.-Lexikon*, I, 239.

Los prosélitos.

53. Los judíos estaban tambien muy esparcidos fuera de Egipto, sobre todo durante el reinado de Augusto. Los primeros habían sido enviados por Pompeyo á Roma como prisioneros de guerra. Autorizados por Julio César para construir sinagogas, habitaron en una region estrecha situada más allá del Tíber (Ghetto), y fueron favorecidos por César y Augusto. Muchos de ellos, áun de los que vivían y habían sido educados en Palestina, *adoptaron las ideas romanas*, entre otros el sabio fariseo Josefo, descendiente de la raza sacerdotal. Tomó el nombre de Flavio, en honor de Vespasiano y Tito, y escandalizó bastante á los más rígidos de sus compatriotas, solicitando el favor de los romanos y esforzándose por templar en sus escritos todo lo que podía lastimar á éstos.

Los judíos, por su parte, ejercían poderoso atractivo, á causa de la inclinacion que los romanos, y en especial las mujeres, sentían hácia los dioses extranjeros. Roma misma les suministraba prosélitos. Estos eran ó prosélitos de la justicia, que se sometían á la circuncision, y eran perfectos judíos, ó prosélitos de la puerta, que se obligaban solamente á observar las leyes de Noé, y no eran circuncidados. Estos últimos, los más numerosos, eran admitidos por la escuela moderada de Hillel á la

participacion del reino mesiánico, miéntras que la de Schammai, más austera, que aceptaba el divorcio [1] solamente por causa de adulterio, y no por cualquiera otra accion desagradable, los excluía, porque segun la opinion de los judíos estrictamente ortodoxos, ningun pagano podía convertirse en verdadero hijo de Abraham. Ambos partidos invocaban el texto de David: « ¡Perezcan los pueblos que olvidan al Señor [2]! » Estos prosélitos y los mismos judíos eran odiados y despreciados de la mayor parte de los paganos; y por su lado los judíos pretendían siempre mantener su preeminencia sobre los paganos convertidos.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 53.

Los judíos en Roma, Tacit., *Ann.*, II, 85; *Hist.*, V, 5; Horat., *Sat.*, I, 9, vers. 69 *y sig.*; Juvenal, *Sat.*, VI, 643; XIV, 96 y sig.; Séneca, ap. Aug., *De civ. Dei*, VI, 11; Philo, *Leg. ad Caj.*, p. 1014, 1035 y sig.; Jos., *Ant.*, XIV, 10, 2-8; XVIII, 3, 5; XIX, 5, 3; Langen, *Der theol. Standpunkt des Flav. Jos.*, en *Tüb. Q.-Schr.*, 1865, I, p. 1 y sig. Los prosélitos de la puerta (גֵּרֵי הַשַּׁעַר) aparecen en el Nuevo Testamento bajo el nombre de φοβούμενοι ó σεβόμενοι τὸν θεόν; no observaban sino los preceptos de Noé (*Gen.*, IX, 4 y sig.; *Lév.*, XVII, 8 y sig., *Exod.*, XX, *10*; *Deut.*, V, 14), por oposicion á los prosélitos de justicia, גֵּרֵי הַצֶּדֶק (ó הַבְּרִית), Tacit., *H. V.*, 5; Juven., XVI, 96 y sig.

L. Geiger, *Quid de Judaeorum moribus atque institutis scriptoribus Romanis persuasum fuerit*, Berol., 1870.

54. Así cayó poco á poco el muro que separaba á los judíos de los otros pueblos. Les dieron mucho, y tomaron algo de ellos, propagaron mejores ideas religiosas, y recibieron en cambio nuevos elementos de cultura, que ni áun en Palestina pudieron rechazar, á pesar de los esfuerzos que hicieron para combatirlos. Ni el libro de Henoch, compuesto en Palestina en el tiempo de los combates de los Macabeos para impugnar el helenismo, ni el Salterio de Salomon, posterior al año 63 ántes de J. C., sin hablar de otros escritos, lograron evitar ó hacer inofensivos estos elementos. En aquella época, el hebreo no era aún la lengua popular, y había necesidad de traducir las Santas Escrituras. Servíanse en primer término de los Targumims, de los cuales el más antiguo, relativo á la Thora (de Onkelos), data de la primera mitad del primer siglo cristiano. La ruda opresion que hacía sufrir el extranjero, y la situacion política en general, obligaban á atenerse vigorosamente al texto de la ley y á dar un carácter completamente exterior á la antigua esperanza mesiánica. Los judíos, desde el fondo de su decadencia moral, pedían un libertador que sacudiese el yugo extranjero; el pueblo elegido

---

1 *Deut.*, XXIV, 1.

2 *Ps.*, XIX, 18.

reclamaba un rey que dominase al pueblo pagano, y esperaba del cielo este rey, tanto más cuanto más se esforzaba por llenar los menores detalles de la ley mosáica y llegar á la verdadera justificacion.

El farisaismo, degenerado á la sazon, favorecía esta tendencia del pueblo judío, miéntras que los saduceos no hacían otra cosa que sembrar la turbacion y la discordia. En cuanto á los esenios, ménos numerosos, ya no tenían influencia sino en ciertas esferas, y ni áun en ellas podían imprimir direccion á los ánimos. Todas las formas de la malicia y de la corrupcion se encuentran en los judíos de la época imperial.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 54.

Sobre el libro de Henoch, véas. Dillmann, *Das Buch Henoch*, Leipzig, 1853; Langen, *Judenth.*, p. 52-64. El libro que, segun la mayor parte de los críticos, ha sido utilizado en la Epístola de Judas, vers. 11, 14 y sig., está á menudo mencionado por los autores eclesiásticos, por ejemplo, en *Test. XII Patriarch. Test. Jud.*, cap. XVIII; Tert., *De idol.*, cap. IV; *De cultu fem.*, I, II, 3; Orig., *C. Cels.*, V, LIV; *Hom.* XXVIII *in Numer.; De Princ.*, I, III; IV, cap. ult.; t. VIII *In Joan.;* Anatol., ap. Eus., *Hist. eccl.*, VII, 32; Hier., *Cat.*, cap. IV; Aug., *De civ. Dei*, XV, XXIII. La cita que se encuentra en el libro Sohar, el estilo, en una palabra, la forma y el fondo, recuerdan un original hebreo ó arameo. Véase Catafago, *Journal asiatique*, 1848, p. 76. Sobre el Salterio de Salomon, véas. Movers, *Freib. K.-Lexikon*, art. *Apokryphenlit.*, vol. I, p. 310; Langen, p. 61-70; *Targumim*, Volck, *Herzogs Real.-Encyklop.*, XV, 673; Langen, p. 70-72; Schœenfelder, *Onkelos u. Peschitho*, Munich, 1869; Sigm. Maybaum, *Die Anthropomorphien und Anthropopathien bei Onkelos und den spaeteren Targumim*, Breslau, 1870.

Los samaritanos.

55. Miéntras que en Persia muchos judíos se adherían á la religion pérsica, y otros elaboraban un sistema judáico-persa de naturaleza particular, los más próximos vecinos de Palestina, ó sea los samaritanos, continuaban aislados. Este pueblo, mezclado [1] de colonos paganos, llamados kutoos, pretendía tambien ser de orígen israelita, si bien era dado al paganismo y por consecuencia se hallaba excluido de la construccion del templo. Despues de la expulsion del sacerdote judío Manasés (410 segun unos, segun otros 332 años a. de J. C.), obtuvieron un templo particular sobre el monte Garizim [2], cerca de Sichem, con sacerdocio y liturgia distintos. Este templo fué destruido por Juan Hircano I (109 años a. de J. C.), lo cual redobló la animosidad entre judíos y samaritanos, que evitaban entre sí todo trato, considerándose

1 *II Reg.*, XVII, 24 y sig.; *II Paral.*, XXXI, 1 y sig.

2 *Deut.*, XVII, 14.

recíprocamente como cismáticos [1]. Esta animosidad fué propagada en Egipto por los soldados de Samaria enviados allí.

Los samaritanos no aceptaban de la Escritura sino los cinco libros de Moisés, de los que poseían una version particular. Hallábanse tambien sometidos á la influencia de la civilizacion greco-alejandrina. Los principales rasgos de su religion, tal como se desenvolvió en el trascurso del tiempo, fueron éstos: 1.°, conservacion del monoteismo; 2.°, prohibicion de atribuir á Dios ninguna de las propiedades del hombre (antropomorfismo); 3.°, negacion ó desprecio de la doctrina de los judíos sobre los ángeles, que miraban como meras fuerzas; 4.°, glorificacion de los cinco libros de Moisés y eliminacion de las Escrituras posteriores; 5.°, celebracion del sábado y práctica de la circuncision, como prenda de alianza; 6.°, servicio del templo sobre el monte Garizim (en el lugar de Hebal); 7.°, expectacion del Mesías como restaurador de la religion, pero con ideas ménos particularistas que las de los judíos; 8.°, creencia en la inmortalidad de las almas en el mundo subterráneo, si bien quedaban privadas de sentimiento (Scheol). Josefo les echaba en cara el hacerse pasar por judíos en la buena fortuna, como en tiempo de Alejandro, y por sidonios en la adversidad, como hicieron especialmente con Antioco Epifanes persuadiéndole que su templo era el del Júpiter de los griegos, y que allí se celebraba el mismo culto. De estos samaritanos salieron más tarde algunos fundadores de sectas cristianas (?), Dositeo, Simon, Menandro.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 55.

Jos., *Ant.*, XI, VIII, 2; VIII, 2 y sig.; XII, I, 1; 5 y sig.; Sylv. de Sacy, *Memoire sur l'état actuel des samaritains*, Paris, 1812 (Steffert), *Progr. de temp. schism. eccl. Judaeos inter et samaritanos oborti*, Regiom., 1824; *Herzogs Realencykl.*, XIII, 359 y sig.; Grimm, *Die Samariter*, Munich, 1854. Algunos colocan á Manasés en el tiempo de Darío Codomano, que fué vencido por Alejandro el Grande; otros (Prideaux, Gesenio, Gieseler), en el de Darío Noto; Josefo se habría equivocado en tal caso sobre este punto (*Antiq.*, XI, VII; XII, I).

Los autores eclesiásticos citan ordinariamente á los Samaritanos entre los herejes. Filastro, *De haer*, cap. VII; Epif., *Hist.*, IX; Leonc., *De sect.*, cap. VIII. Segun Hipólito, *Philos.*, IX, 29, los saduceos encontraron muchos partidarios en Samaria. La version samaritana del Pentatéuco fué publicada por la primera vez en 1627, en la *Polyglotte* de París. Cf. Gesen., *De Pentateuchi Samar. origine, indole et auctore*, Hal., 1815. (Del mismo, *Prog. de Samar. Theol. ex fontibus ineditis*, Hal., 1822 y *Carm. Samar.*, e codd. Lond. et Goth., Lips., 1824.) Welte, *Freib. K.-Lexikon*, IX, 605 y sig. El Mesías se llama הַשֹּׁהֵב ó bien הַתָּהֵב, reductor, conversor, convertidor, expresiones que ponen de realce el lado práctico de la mision

1 *Joan.* IV, 9 y sig.

profética. Algunos creen que la idea mesiánica de los samaritanos se acercaba mucho más á la verdadera que la de los judíos. (Ad Mayer, *K.-Lexikon*, loc. cit.

Degeneracion de los judíos.

56. Cualquiera que fuese la superioridad moral y religiosa del pueblo judío respecto de los paganos, y á pesar de los ricos tesoros que conservaba en sus libros sagrados, en sus instituciones religiosas y domésticas, estaba, sin embargo, en profunda decadencia durante el período de los emperadores. Su manera completamente exterior de concebir la religion, los excesos de su fanatismo, su orgullo nacional indomable, su ódio contra los paganos, su inmoralidad y vicios secretos, las discordias intestinas y los partidos que los desgarraban, son las diversas causas de su decadencia. El soberano pontificado mismo estaba degradado, ora por las querellas de sus miembros con los otros miembros del cuerpo sacerdotal, ora por las disensiones sobre la distribucion de los diezmos, y por los nombramientos y destituciones arbitrarias. (Hubo en el período de 108 años 28 Pontífices, de los cuales algunos, como Ananías (52) y su hijo Anano (61), *eran saduceos. Muchos, sobre todo* en los últimos tiempos, hacían la guerra á sus competidores con bandas armadas.) Bajo el peso de la dominacion extranjera, la esperanza del Mesías, otras veces tan viva, no era más que la expectacion de un libertador político; sólo algunas almas escogidas la conservaban en su pureza y realidad, tal como había sido anunciada por los profetas, y suplicaban al cielo que enviase al Justo. La prueba más sensible de esta decadencia del pueblo judío está en que adoptó en lo sucesivo todos los falsos Mesías que lisonjeaban sus esperanzas terrestres, miéntras que la inmensa mayoría rechazaba al Mesías verdadero.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 56.

Dœllinger, p. 760 y sig., 851. Colócase entre los falsos mesías á los siguientes: Theodas (*Act.*, v, 36), Judas de Galilea (*ibid.*, hácia el año 27; Jos., *Ant.*, XX, v, 1); un profeta venido de Egipto en tiempo de Neron hácia el año 55 (Jos. *Bell. jud.*, II, XIII, 5); un impostor, hácia el 60 (Jos., *Ant.*, XX, VIII, 10). Veas. Zuschlag, *Theudas, Anführer eines* 750 *R. in Palaestina erregten Aufstandes*, Cassel, 1849; Zeller, *Theol. Jahrbücher*, 1851, II, 270 y sig. Comp. 1849, p. 65 y sig.

§ 3. La plenitud de los tiempos.

57. Fué en la «plenitud de los tiempos,» segun la expresion del Apóstol[1], cuando se cumplió la redencion predestinada por Dios y

1 Galat., IV, 4.

prometida al género humano. El mundo greco-romano estaba *tocado* de caducidad, pero el Salvador del mundo iba á rejuvenecerlo. Aquél había llenado su mision, demostrando de qué era capaz la humanidad por sus propias fuerzas, y ahora sentía la necesidad de una redencion y estaba dispuesto á recibir al Libertador. La separacion entre los pueblos civilizados del antiguo mundo se había disminuido de tal modo, gracias á la unidad del imperio romano, al empleo general de la lengua griega, á la mezcla de las naciones y de sus ideas dominantes, al universal deseo de un socorro de lo alto, de un salvador, de un libertador celestial, que los hombres se sentían ya inclinados á unirse y engrandecerse con su union. Contribuía á esto la paz exterior, que disponía más aún á los ánimos para dedicarse á estas grandes cuestiones, á las que, por adormecida que se halle, jamás puede sustraerse la conciencia.

El sentimiento de las cosas grandiosas y sublimes que dominaba entre los orientales; el de la belleza estética, cultivada por los griegos; el de la utilidad, el derecho y la justicia alimentado por los romanos, iban á ser trasfigurados por Aquel que *siendo la santidad misma*, era sólo quien podía santificar todas las cosas, ennoblecerlas y levantarlas por encima del mundo sensible.

Vivíase bajo el reinado de Augusto, y las centurias de años de Daniel tocaban á su fin [1]; el templo de Zorobabel esperaba á Aquel cuya venida sería para él más gloriosa que lo que habían sido en otro tiempo para el de Salomon las nubes de incienso [2]; las esperanzas que despertaba el Mesías, aunque oscurecidas y desfiguradas, eran, sin embargo, más vivas y ardientes que nunca. Habían corrido cuatro mil años desde que el primer Adan llegó á ser padre de nuestra raza culpable. El segundo Adan iba á entrar en el mundo para reconciliarlo con Dios, é infundirle un nuevo principio de vida.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 57.

Hefele, *Beitr. z. K.-G.*, I, 1 y sig.; edic. de Tubinga, 1864.

58. Pero ¿por qué esta venida tardía del Redentor? ¿por qué solamente despues de millares de años? ¿por qué diferir por tan largo tiempo la satisfaccion de las dolorosas aspiraciones de las mejores y más nobles almas? Esta pregunta, frecuentemente dirigida á los primeros cristianos, ha sido diversamente contestada. 1.º Ya uno de los discípulos de los Apóstoles [3], cuyo nombre es desconocido, respondía:

---

1 *Daniel*, IX, 24.
2 *Ag.*, II, 11 y sig.; *Malacq.*, III, 1 y sig.
3 El autor de la *Epístola á Diognétes*

Era preciso que ántes los hombres conociesen toda la extension de su miseria, y sintiesen la necesidad de un Redentor. Era preciso que sus terribles extravíos y las consecuencias de ellos les abriesen los ojos sobre el abismo á donde se habían precipitado, sobre los males que habían sufrido; era preciso, en fin, que el hijo pródigo experimentase la necesidad de volver á la casa paterna [1]. Dios no se complacía en el pecado, pero lo soportaba en su longaminidad, y se servía de él para desarrollar en el hombre el sentimiento de la justicia. Quería, que despues de haber adquirido nosotros en nuestras propias obras la conviccion de que somos *indignos de vivir*, *reconociéramos* que *si vivimos*, lo debemos á su bondad; que por nuestras propias fuerzas somos incapaces de conquistar el reino de Dios, y que Él solo es poderoso para abrirnos el camino.

Cuando la medida se colmó, y la malicia humana llegó al más alto punto; cuando la humanidad parecía madura para el juicio y la muerte, entónces fué cuando el amor hizo brillar todo su poder en la redencion de los hombres, y sobreabundar la gracia allí donde abundaba el pecado [2].

2.º Las obras de Dios no se producen sin preparacion y de una manera inopinada. Se desenvuelven gradualmente conforme á un plan misterioso y sublime, y se realizan en el tiempo por medio de instrumentos humanos. Todo el período anterior al Cristianismo fué una preparacion lejana ó próxima de la venida de Jesucristo, segun se vé por la marcha sucesiva del pueblo judío, despues de separado de los otros *pueblos paganos* hasta su aproximacion á ellos; y además por los esfuerzos y aspiraciones de los mismos paganos, en especial de los más nobles entre ellos. La obra de redencion, para la cual fué preparada la humanidad en el judaismo y el paganismo, no debía ser impuesta por la fuerza, sino aceptada por libre adhesion; debía tener puntos de apoyo, un sosten en el hombre y fuera del hombre. La materia, el fondo divino era suministrado por los elementos esenciales del mosaismo; la forma humana, los medios naturales de progreso y de cultura, se hallaban en el paganismo [3].

3.º Por lo demás, ántes de la Era Cristiana, los *mejores* y *los más nobles* no habían sufrido perjuicio, hablando en sentido absoluto, por la aparicion tardía del Redentor, puesto que la fe en el futuro Libertador del mundo era para ellos lo que fué para las generaciones siguientes la fe en el Mesías ya venido. Ni unos ni otros podían salvarse sino en Jesucristo y por Jesucristo.

---

1 *Luc.*, XV. 17 y sig.

2 *Rom.*, V. 20.

3 Kurtz, *anual*, t. II, p. 17

Había, fuera tambien de los judíos celosos y píos, hombres que observaban la ley (natural) grabada en sus corazones [1]. « Sin duda, dice San Agustin, ningun otro pueblo, fuera del de Israel, podía llamarse verdaderamente el pueblo de Dios. Sin embargo, los judíos *mismos* no podían negar que hubiese en las otras naciones algunos hombres que formaban parte, no en la sociedad terrestre, pero sí en la celestial, de los verdaderos israelitas, como lo prueba el ejemplo de Job el Idumeo. Yo no dudo de que Dios ha querido mostrarnos por este ejemplo único, que puede tambien haber en los otros pueblos hombres que llevan vida *agradable á sus ojos*, y *pertenecen por lo mismo á* la Jerusalen espiritual. Puede creerse que este favor ha sido otorgado solamente á aquellos á quienes Dios reveló el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Dios, Jesucristo, que ántes de su venida había sido anunciado á los santos del antiguo tiempo, de la misma manera que se nos ha anunciado despues de su aparicion, á fin de que por Él, la misma fe conduzca á todos los elegidos de Dios á la ciudad, á la casa, al templo del Altísimo [2].» Ahora bien, en presencia de la eternidad, en presencia de Dios, para quien mil años son como un día; en presencia de Dios, que todo lo prevé, áun lo que está oculto en el corazon del hombre, dice el mismo Padre [3], tan inútil es preguntar por qué ha sido el hombre rescatado tan tarde, como preguntar por qué no ha sido criado ántes. »

OBRAS DE CONSULTA SÓBRE EL NÚMERO 58.

Com. Aug., *De civ. Dei.*, XII, XXXII; X, XXV; XVI, I; Orig., *Contra Cels.*, IV, VII, 8; Greg. Naz., *Or.* XV *in Machab.*, n.° 1, p. 387; ed. Clémencet, Cyrill. Alex., lib. III, *C. Julian.* (Migne, *Patr. graec.*, t. LXXVI, p. 664 y sig.); Niceph. Call., *Hist. eccl.*, 1, 3; Anselm. Havelberg, lib. I, *Dialog.*, cap. IV (Migne, *Patr. lat.*, t. CLXXXVIII, p. 1146).

---

1 *Rom.*, II, 14.
2 *Ciud. de Dios*, XVIII, XLVII.
3 *Id.*, XII, XII, 27

PRIMERA ÉPOCA.

LA ANTIGÜEDAD CRISTIANA.

PRIMER PERÍODO.

Desde la fundacion de la Iglesia hasta el Edicto de Constantino, en 313.

INTRODUCCION.

En el primer período de la *historia eclesiástica*, tiene lugar la fundacion de la Iglesia, su desenvolvimiento y propagacion dentro y fuera de los límites del vasto imperio romano. Sin apoyo alguno del poder secular, ántes bien hostigada y perseguida con raro encarnizamiento, la Iglesia extiende profundamente sus raíces. En medio de un mundo hostil, triunfa con sus mártires y confesores; amenazada por herejías y divisiones innumerables, conserva su unidad; al lado de la corrupcion moral y los vicios de sus contemporáneos, guarda su santidad y desarrolla su doctrina; utiliza, purificándolos, todos los buenos elementos *de la antigüedad*, y prepara en diversas direcciones los caminos de la ciencia teológica. Sabe y afirma que es la sucesora de la Sinagoga, pero desvanece *poco á poco las sombras y figuras* del primer Testamento, y, rompiendo las barreras individuales y nacionales, manifiesta su universalidad así en el órden del pensamiento como de la vida de pequeños principios, ella saca y desarrolla á su culto y hace tributarias suyas á las artes; levanta y ennoblece las clases despreciadas de la sociedad, y por último, contiene á los fieles en el deber con la santidad de su disciplina y mezclando felizmente la dulzura con la severidad.

En esta edad floreciente de los primeros cristianos, en quienes son todavía tan frecuentes los dones de la gracia, rara vez aparecen los jefes con la plenitud de su autoridad. Sin embargo, los rasgos característicos de la constitucion de la Iglesia, existen desde el principio, y se desenvuelven *más y más*; en cuanto la necesidad lo exige, las magistraturas instituidas por Jesucristo y sus Apóstoles hacen valer sus derechos. Este período de la Iglesia naciente, esta edad de los mártires, ofrece

pues, á pesar de lo raro de los documentos, una imágen sublime y consoladora. La Iglesia atestigua con sus obras, que es de institucion puramente divina, y bastante fuerte para levantar al mundo decaido, para cautivar *la admiracion de todos los corazones generosos*; y que se halla tranquilamente asentada sobre la sólida base en que Dios la ha colocado, pero aspirando siempre á desenvolverse así interior como exteriormente. «En toda produccion orgánica, en la historia de toda existencia humana, comprendiéndose la del Hombre-Dios, lo nuevo viene siempre de dentro. En lo interior, en el grano de semilla se halla oculto el gérmen, del que brota la nueva planta, miéntras que las hojas que protegen la semilla, caen y se dispersan. El hijo crece en el seno maternal, protegido por su oscuridad, hasta el momento en que, convertido en hombre, viene al mundo [1].»

ADICION.

Mision del Salvador del mundo.

Para entender acertadamente cuál fué la mision del Divino Salvador, es preciso ante todo formar justa idea de lo que se entiende por *Redencion*. Si la redencion del género humano no es otra cosa que una restauracion del estado del primer hombre ántes de su caida, un restablecimiento de la union entre Dios y el hombre, con la plenitud de bienes que de él resultan, la cuestion presente debe resolverse así: el Salvador tenía por mision cumplir con toda la perfeccion posible esta restauracion de la humanidad.

En cuanto á esta otra cuestion: ¿cómo y en qué calidad lo podía hacer? no puede resolverse con opiniones, hipótesis ó argumentos humanos; ella exigé el exámen atento de las enseñanzas que la *Revelacion nos suministra sobre el Redentor*.

El Mesías debía ser, en su persona y en sus obras, tal como fué descrito por los Profetas. El objeto de toda empresa es el que determina el fin y el principio de la accion. Ahora bien, el Salvador es al mismo tiempo objeto y principio de todas las profecías que le conciernen, y es tan exacto decir: el Salvador debía corresponder á todas las Revelaciones que se refieren á Él y cumplirlas, como decir: las profecías relativas al Salvador, debian contener en el curso de los tiempos, *sobre la naturaleza del Salvador, las mismas notas que el* Salvador estaba llamado, desde *ab æterno*, á realizar en su cualidad de Mesías. No era solamente la Redencion lo que estaba decidido desde la eternidad, sino tambien la manera con que debía cumplirse. Cuando los profetas anunciaban ciertas particularidades del Mesías, no lo hacían sino porque habían recibido del cielo revelaciones sobre las obras, resueltas desde la eternidad, que debian cumplirse en la plenitud de los tiempos. Ahora bien, el Mesías ha aparecido ya sobre la tierra, y tenemos la historia de su vida: es, pues, fácil mostrar que ha realizado con su vida la Redencion de la humanidad, que era apto por su naturaleza y sus obras,

1 LECHLER, *Los tiempos apostólicos*, 1851, p. 107 (en alem.).

para restablecer entre Dios y el hombre la union rota por el pecado de Adan. Si dirigimos una mirada al resultado definitivo de las profecías mesiánicas, fijándonos en las dos séries de revelaciones que siguen opuesta marcha, la cuestion de saber lo que constituia la naturaleza esencial del Redentor, se resuelve en esta respuesta decisiva: El Redentor era á la vez Dios y hombre, reunía necesariamente en su persona las dos naturalezas divina y humana.

Debía ser de naturaleza divina, es decir, verdadero Dios, porque la humanidad encorvada bajo la tiranía del pecado, era incapaz de rescatarse á sí misma; y el hombre más justo no hubiese podido alcanzar aquel mérito infinito que supera á los ojos de Dios la falta de la humanidad, cuya extension es tal, que puede aplicarse á todos los hombres. Los mismos paganos reconocian la necesidad de una satisfaccion ofrecida en beneficio del hombre por un Sér divino; de aquí la multitud de sacrificios con que intentaban apaciguar á la Divinidad. El Redentor, por lo mismo que es verdadero Dios, era el único que podía dar cumplimiento á todos los pasajes de los Profetas relativos á un Redentor de naturaleza divina.

Pero debía de ser tambien hombre para poder expiar en un cuerpo humano la falta de que se había hecho culpable la humanidad, para poder sufrir y morir, y satisfacer así plenamente la pena del pecado; para ser verdadero y completo representante de la humanidad, y cumplir todas las profecías que hablaban de Él, como de un hijo del hombre.

Estas dos naturalezas no forman dos personas, sino están reunidas, sin confusion ni mezcla, en una persona única. Así, la divinidad y la humanidad, esas dos naturalezas, y todas las operaciones divinas y humanas deben atribuirse á la persona. Este es, pues, el concepto que tenemos del Hombre-Dios.

Esto basta ámpliamente para llenar todas las condiciones que se pueden exigir del Mesías como Redentor de la humanidad.

Consideremos, en efecto, el estado dichoso en que el hombre se hallaba ántes de la caida, cuando estaba en cierto modo abismado en el piélago de la bondad divina y colmado de sobrenaturales dones; veremos que si este estado no hubiese desaparecido por causa del pecado, la perfeccion del hombre habría llegado á su más alto grado. Ahora bien, el pecado de Adan no solamente detuvo este progreso, sino que produjo la corrupcion contraria á él. Era preciso, pues, para que la Redencion pusiese al hombre en posesion de todos los bienes que había perdido, restablecer este dichoso estado, y continuar el progreso de la perfeccion del hombre, impedida por la culpa. Esto fué hecho por Jesucristo, Dios y hombre. No solamente volvió de nuevo la humanidad á su condicion primitiva, sino que subió á altura incomparablemente mayor. El primer hombre no había sido constituido en este sublime estado, sino por la gracia divina; en Jesucristo, Dios y hombre, la divinidad bajó á la humanidad, y se unió esencialmente á ella. El primer Adan no era hijo de Dios sino por la gracia; el segundo lo es por naturaleza.

Jesucristo, Dios y hombre, ha cumplido pues el fin que debía ser el fruto de la Redencion.

Es evidente, en este sentido, que Jesucristo suprimió todas las consecuencias funestas que había producido la desobediencia de Adan. Así:

1.° El hombre era objeto de la cólera divina y había merecido castigos eternos: el Dios-Hombre es por su naturaleza misma objeto de la complacencia divina, el Hijo muy amado de Dios, el Hijo del Altísimo, á quien pertenecen la gloria y felicidad celestial.

2.° El hombre había perdido las gracias sobrenaturales, la semejanza divina: el Hijo de Dios no solamente está adornado de las gracias sobrenaturales, que había perdido Adan, y es semejante á su Padre celestial, sino que posee todas las perfecciones divinas, y como Hijo de Dios, es consustancial al Padre.

3.° Cargado con la cólera celestial y despojado de la gracia, el hombre ni siquiera había conservado la integridad de sus dones naturales; estos dones se habían debilitado, su razon se había oscurecido, su voluntad no tenía la misma fuerza para el bien natural, y había llegado á ser incapaz del bien sobrenatural: por su naturaleza humana, el segundo Adan, no habiendo venido al mundo por *la vía ordinaria de la generacion, y no habiendo participado de la culpa y sus* consecuencias, ofrece el verdadero ideal de la humanidad, y está en posesion de todos los dones espirituales y corporales.

4.° Destruida la armonía entre el alma y el cuerpo, las relaciones del hombre con la tierra se habían hecho completamente diversas; la tierra cargada de maldiciones, no estaba ya al servicio del hombre, sino que le era hostil. El segundo Adan restablece la armonía entre el alma y el cuerpo, y no solamente doma la naturaleza en sí misma, sino que es la fuente de las bendiciones que han de descender sobre ella para renovarla.

5.° Por el pecado, en fin, el hombre había contraido cierto parentesco con el demonio; estaba más expuesto á sus tentaciones y asechanzas; el nuevo Adan, como hijo de Dios, no solamente es inaccesible á las maquinaciones de Satanás, sino que es su Señor y el destructor de su reino en este mundo.

El Hijo de Dios aparece, pues, juntamente como base de la Redencion, y como el fin, el ideal de la humanidad libertada. Mas así como el primer Adan, en el infeliz estado á que le arrastró la culpa, no fué sólo para sí, sino para toda la raza humana, fuente de males y maldiciones; el segundo había de trasmitir á todos los hijos de aquél las diversas perfecciones que le hemos reconocido, y no podía hacerlo, sino en su cualidad de Dios-Hombre.

Los hijos de Adan, *poniéndose en relacion con el Dios-Hombre, participan* de su naturaleza divina, y por su regeneracion, que es el objeto de la Redencion, entran en sociedad más estrecha con Jesucristo. Así, el estado de la humanidad que Jesucristo viene á renovar, es más perfecto que el del hombre primitivo.

Si ahora consideramos la obra del Redentor en su conjunto, hallaremos en ella todos los caractéres de una expiacion de la falta de la humanidad; pero estos caractéres no los puede ella tener sino siendo el Redentor á la vez Dios y hombre.

El primer hombre había aspirado á hacerse semejante á Dios, y sus descendientes han imitado este ejemplo; la apoteósis del hombre había llegado á su mayor altura en el Paganismo; el principal obstáculo que se opuso á la preparacion de los judíos para la Redencion, y les condujo á rechazar definitivamente al Mesías prometido por los Profetas, fué el egoismo. No se debe, pues, á una coincidencia fortuita el que el Hijo de Dios abandonase, en la época en que el egoismo y la apoteósis llegaban á sus últimos límites, la morada de su gloria, descendiendo á la tierra, y quisiese nacer, no en un palacio, sino en un establo.

No se detiene aquí: con el fin de mostrar que el exceso de la miseria humana no le espanta, arrostra las mayores persecuciones y sufre la muerte infame de los criminales. La *Encarnacion y la Muerte ignominiosa del Hijo de Dios sirven*, pues, de contrapeso á la apoteósis del hombre, ó más bien la sobrepujan infini-

tamente, porque esta apoteósis sólo ha existido en la voluntad, miéntras que la Muerte del Hijo del Hombre es un hecho real. De donde resulta. que la imitacion de esta Muerte por la humildad sea virtud tan esencialmente cristiana, que no ha sido practicada ni por judíos ni por paganos: la humildad, léjos de ser presentida como virtud, era objeto de mofa, y considerada como locura ó debilidad.

Al gustar del fruto prohibido, Adan había dado á sus hijos funesto ejemplo, y el amor á los placeres adquirió proporciones espantosas; el hombre, perdiendo la dignidad que le elevaba sobre toda la creacion, cayó en los más deplorables errores, lo mismo entre los judíos, que entre los paganos.

No es, pues, una coincidencia fortuita, que en el momento mismo en que la humanidad había descendido al grado más bajo de corrupcion, el Hijo de Dios hiciese brillar la naturaleza humana con todo el resplandor de su santidad y pureza, y que mostrase á sus discípulos en el Tabor la naturaleza y el cuerpo humano en su más radiante transfiguracion.

Estas dos cosas, ó sean la humillacion del Hijo de Dios hasta la crucifixion del Hijo del Hombre, y la transfiguracion del Hijo del Hombre sobre el Tabor, no podían realizarse si el Redentor no era á la vez Dios y Hombre.

Del deseo había pasado el hombre á la accion, y en vez de someterse, se había rebelado. Esta rebelion fué imitada por los paganos y los judíos: los paganos desdeñaron la ley de Dios, grabada en sus corazones, miéntras que los judíos, que eran educados en la sumision á la voluntad divina, sacudieron más de una vez el yugo de la ley, y concluyeron por interpretarla en sentido completamente opuesto. No fué, pues, coincidencia fortuita el que cuando el paganismo se sumergía en todos los vicios, y la mayoría de los judíos se apartaba de la ley divina, apareciese el Hijo de Dios sobre la tierra, á fin de mostrar que la voluntad de Dios era su ley única y el alimento de que vivía. En vez de mandar y exigir obediencia, se hace esclavo voluntario, obedece en lugar del hombre para mostrar que ha venido á oponer su obediencia voluntaria á la desobediencia del hombre.

La Muerte expiatoria del Redentor llega al punto culminante en el suplicio de la Cruz: dando su vida, acepta voluntariamente la pena impuesta al pecado. Ahora bien, esta Muerte expiatoria no tiene todo su precio, sino porque el Redentor es á la vez Dios y hombre. La Muerte del Salvador, en cuanto es Persona Divina, tiene valor infinito; y en cuanto es hombre y representante de la humanidad, aparece como obra humana.

Sin embargo, la redencion del hombre no termina por la expiacion de la falta cometida. No basta borrar el pecado y su deuda; es preciso además proveer á los medios de desenvolver la vida de los hombres rescatados, y conducirla al más alto punto de perfeccion El Salvador lo ha hecho como Profeta, como Sumo Sacerdote y como Rey, al mismo tiempo que cumplía las profecías de la Antigua Alianza.

Profeta, debía aparecer como Doctor de la humanidad. El paganismo y el judaismo, en lo que se refiere al conocimiento, habian caido en los mayores extravíos. Si el paganismo no había perdido todas las centellas de luz, el judaismo, á pesar de las diversas enseñanzas que había recibido, se había formado de Dios y de sus relaciones con Israel, ideas completamente contrarias á las verdades fundamentales de la Revelacion. Jesucristo debía, pues, elevar las almas, disipar las tinieblas, completar lo imperfecto, y mostrar que era el consumador de todas las revelaciones divinas, la verdad absoluta para todos los hombres y tiempos.

Su doctrina tenía que satisfacer las necesidades de la inteligencia. El espíritu humano, en virtud de su divino orígen, experimenta el invencible anhelo de conocer y penetrar las cosas divinas, y el paganismo atestigua que no pueden destruir ese anhelo ni áun los más grandes artificios.

La verdad proclamada por Jesucristo debía llegar á ser la herencia de todos los hombres, no tan sólo de algunas clases privilegiadas. Debía, sobre todo, venir en auxilio de los oprimidos, de los pobres y despreciados. Apareciendo como la buena nueva de los débiles é ignorantes, el Evangelio introducía en la vida histórica una gran novedad.

La doctrina de Jesucristo debía ser profética, revelar el porvenir, no para satisfacer la curiosidad, sino limitándose á lo que era necesario para consumar la Revelacion. El Profeta anunciado no podría permanecer pospuesto á los de la antigua ley. No solamente revela algunos destinos parciales de su futuro reino, sino que delinea á grandes rasgos el desenlace final. Anunciando su Pasion, su Muerte, la suerte de sus Apóstoles, la ruina de Jerusalen y el fin del mundo, destruye la falsa opinion de los judíos de que sólo se trata de fundar el reino judáico universal, y hace resaltar el carácter divino de su reino, profetizando su Resurreccion, la venida del Espíritu Santo, la resurreccion de los muertos, su aparicion en las nubes, su advenimiento en el último día, y la fundacion de la morada celestial para los justos.

Jesucristo no es un profeta que sirva de agente á una revelacion ajena; es más bien la verdad personal; Él posee toda verdad por vision y conocimiento propio. Como lee en los corazones, así conoce los tiempos y los medios de hacer penetrar en ellos la verdad. Y pues su Revelacion era la más perfecta, había de emplear los mejores medios para anunciarla: de aquí los milagros que atestiguan su carácter divino. No le bastaba alegar la conformidad de su doctrina con la del Antiguo Testamento, pues los fariseos, los doctores de la ley lo hacían tambien; no era bastante decir que predicaba verdades divinas desconocidas á los hombres, porque es preciso que éstas sean confirmadas por el testimonio de Dios; no podía invocar la experiencia, porque los hombres, ántes de intentar la vida nueva, quieren tener seguridad de que es divina; necesitaba, pues, confirmar su doctrina con milagros, como los antiguos profetas habían confirmado su mision divina. El pueblo judío estaba acostumbrado á ver la Revelacion acompañada de hechos divinos.

Del mismo modo, donde quiera se presenta el Salvador como Doctor, los hechos divinos resplandecen en torno de su palabra, y resplandecen tanto más, cuanto que su enseñanza es por sí misma más convincente; pero no usa de ellos sino cuando halla terreno propicio; jamás hace milagros cuando ve de antemano corazones endurecidos. No se puede decir, pues, que ha hecho milagros únicamente por convertir á los incrédulos, sino que los ha hecho para los fieles, á fin de confirmarlos y recompensar su buena voluntad.

De esta suerte, los milagros que acompañaban á la palabra de Jesús cumplían un doble objeto: atestiguaban su Divinidad, y demostraban que su Persona era agradable á Dios.

Y sin embargo, la dignidad del Mesías no hubiese estado aún al abrigo de todo ataque si otros caractéres no atestiguasen invenciblemente que no era un profeta cualquiera, sino el Profeta mismo, y el centro de todas las profecías. No solamente profetizaba Jesucristo, sino que había sido anunciado por los antiguos profetas, y fué proclamado por el último de ellos como la salud prometida y que

había parecido ya en el universo. Las predicciones de los antiguos profetas han sido cumplidas por Jesucristo en el curso sucesivo de su vida, segun lo refieren los Evangelistas. Pero era preciso igualmente que fuese anunciado por el postrero de ellos como el profeta ya venido, puesto que la mision del precursor de Jesús estaba prevista en las antiguas profecías. San Juan Bautista se anuncia, pues, como el que viene á realizar el texto profético de Isaías, XL, 3, y lo hace en presencia de los enviados del gran Consejo: « Yo soy la voz que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor. » Ahora bien, las obras de Juan eran de tal naturaleza, que se le conocía generalmente como profeta; el gran Consejo, los fariseos mismos no osaban rehusarle esta dignidad. Quien da testimonio de Jesucristo y proclama públicamente su filiacion divina, es, pues, un profeta generalmente reconocido como tal.

Otro punto que confirma la dignidad mesiánica de Jesucristo, es haber sido anunciado, no solamente por los profetas, sino por el cielo mismo que da testimonio de Él. Así la serie de las profecías se termina por manifestaciones divinas inmediatas; los ángeles aparecen á los pastores; escúchase una voz del cielo durante su Bautismo, y en su Transfiguracion sobre el Tabor, maravillosa estrella brilla en su Nacimiento; á su Muerte el sol se oscurece, tiembla la tierra.

Viene, en fin, el mismo testimonio de Jesucristo, porque sería incomprensible que Jesús, llenando todas las condiciones de Mesías, no hubiese sabido que Él era el Mesías prometido. Él lo dió á conocer así desde su infancia, y la primera vez que aparece en el templo de Jerusalen, su mision le impulsa á permanecer allí.

En su ministerio público, todos sus actos y palabras se conforman con su mision. Declara en diversas ocasiones que Él es el Mesías [1], y lo confirma ante el gran Consejo, ante el Sumo Sacerdote, bajo la forma de juramento [2], y ante el gobernador romano [3].

Pero la mision profética de Jesús no se explica sino en cuanto ha de cumplir realmente la obra de la Redencion. En efecto, si comparamos la sublimidad de su doctrina con la razon del hombre, debilitada por la culpa de Adan, hallaremos que hay desproporcion visible entre esta doctrina y los que están destinados á recibirla. Ella es la expresion de la voluntad divina, y se dirige á la voluntad del hombre, tan debilitada para el bien. Para que esta desproporcion desaparezca, es preciso que la razon y la voluntad humana reciban fuerzas nuevas; necesítase de una nueva alianza, y por consecuencia, de una reconciliacion con Dios. Así la enseñanza de Jesucristo reclama su obra, y esta obra se halla comprendida en su sacerdocio.

La base del sacerdocio de Jesucristo es su aniquilamiento voluntario hasta la muerte de Cruz.

Al ofrecer este sacrificio, el Hombre Dios llega á ser el verdadero, el eterno Pontífice. Reconciliando al mundo con Dios por medio de este sacrificio, Jesucristo transforma todo el órden de cosas establecido por el pecado, y suprime la enemistad entre el cielo y la tierra.

Sin embargo, la Redencion no está acabada; todavía no hay más que la posibilidad de aplicarla á todos. Para que sea completa es preciso que el individuo se transforme radicalmente, que *nazca nuevamente*, como dice la Escritura.

1 *Joan.*, IV, 26; *Matth.*, XI, 27, 28; XII, 6 y sig.
2 *Matth.*, XXVI, 64.
3 *Joan.*, XVIII, 37.

Era preciso *infundir en el alma humana una fuerza que reanimase á la razon y voluntad debilitadas.* El Salvador proveyó á esto, uniendo el bautismo de fuego del Espíritu Santo al visible del agua, y haciendo de este bautismo cristiano el medio de comunicar la gracia á los individuos. Este bautismo santifica y justifica al hombre, y restablece la imágen de Dios en la justicia y la santidad. Se reanudan las relaciones del hombre con Dios; conviértese el hombre en una criatura nueva, y el Espíritu Santo habita en él, no solamente para renovar las fuerzas de su razon *y su voluntad, sino para derramar allí los dones de su gracia. Comienza, pues, la Redencion en los individuos, pero esta Redencion deberá irse* despues desenvolviendo, porque el primer estado de los regenerados es semejante al de la infancia: es preciso que nos engrandezcamos hasta llegar á la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, á la medida de la edad completa de Jesucristo [1]. Instituyendo este bautismo de fuego, Jesucristo ha confirmado en su sacerdocio la eficacia de la Redencion, *y cumplido todas las profecías.*

Pero como el nuevo nacimiento exige un crecimiento espiritual, el concurso del hombre es indispensable; el hombre no puede ser rescatado contra su voluntad; es preciso que lo quiera y lo desee. El medio que el hombre tiene á su alcance para concurrir á la Redencion de Jesucristo, es la fe, condicion necesaria *para gozar de la union con Dios, procurada por la Redencion.* Jesucristo lo exige, y hace depender de ella la salud que nos ha traido.

Los judíos preguntaban á Jesús lo que debían hacer para participar de su alimento celestial; creían, sin duda, necesario cumplir gran número de prescripciones legales: «La obra de Dios (la obra agradable á Dios), responde el Salvador, consiste en creer en Aquel á quien Él ha enviado [2].» Ahora bien, esto era justamente lo que los judíos carnales no podían hacer; porque es preciso que el hombre posea en sí algo divino, para que pueda apropiarse lo que hay de divino en Jesucristo; por esto cabalmente añade Jesucristo: «Nadie puede venir á mí si el Padre que me ha *enviado no lo atrae* [3].» Pero esta atraccion, primero de Dios Padre, y luégo del Hijo, despues que ha sido levantado en la Cruz, no es irresistible; supone en el hombre la docilidad. Es la atraccion de un sér sobre otro; es, por el lado de la fuerza divina que se comunica al hombre, una inclinacion de unirse á la ciencia y plenitud de la vida.

La primera forma de la fe, por parte del hombre, consiste en escuchar. Pero la fe no puede quedar en esto. La doctrina de Jesucristo es *esencialmente luz, y las tinieblas que hay en el hombre creyente* son incompatibles con esta luz. No sólo debe el hombre oir esta palabra sino tambien juntar a esto la obediencia, y esforzarse en conformar su vida con la voluntad de Jesucristo. Cuanto más se ejercita en la obediencia y se aparta de las tinieblas, más semejante se hace la luz de su alma á la luz primitiva. Hay penetracion recíproca entre el espíritu divino y el humano, y así reaparece el estado anterior á la caida, con la diferencia de que la absorcion del hombre en Dios es ahora voluntaria.

Oyendo, pues, dócilmente, comienza la verdadera vida del hombre, la que Dios le reservaba y fué perturbada por Adan con su pecado; llega á su más alto grado en la vida oculta en Dios, donde el cristiano no peca ya; pero no será consumada sino en la *eternidad.*

---

1 *Eph.*, IV, 13.
2 *Joan.*, VI, 29.
3 *Joan*, VI, 14.

Esta gradacion en la vida verdadera que se renueva en el hombre, no puede concebirse sin el concurso de Dios. El bautismo en el agua y en el Espíritu Santo está en armonía con la naturaleza del hombre, compuesto de cuerpo y alma, ó como dice San Juan, de carne y espíritu: el agua (símbolo del arrepentimiento, del cambio interior, del sacrificio), es el principio del renacimiento de la carne, y el Espíritu Santo el principio de la vida del alma.

Es preciso, pues, que la carne se despoje de sus malos hábitos en la penitencia, y que participe de una vida nueva. Pero el arrepentimiento, el cambio interior, la penitencia què acompañaban al bautismo de agua de San Juan, no pueden ser eficaces sin un principio que revele al hombre la corrupcion de su carne y que la sostenga para transformarla por completo. Este principio es el Espíritu Santo, que regenera el alma del hombre, la pone en relacion con su orígen primitivo, y la inunda con la plenitud del Espíritu de Dios. A este bautismo de agua y de fuego (Bautismo y Confirmacion), se añade el Sacramento de la penitencia. El Señor, realizando lo que constituye el fondo de este Sacramento, ha confirmado de nuevo su carácter sacerdotal.

Pero el Salvador aparece, sobre todo, como el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, cambiando el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre.

La Eucaristía es el verdadero medio de perfeccionar la santidad en los individuos, esto es, de realizar plenamente en ellos la obra de la Redencion.

El Dios-Hombre es la expresion de la verdadera humanidad, tal como Dios la había querido en su orígen. Ahora bien, en la Eucaristía cada uno se convierte, por decirlo así, en otro Dios-Hombre. Cuando Jesucristo entra en nosotros con su divinidad, se establece entre Dios y el hombre una union semejante á la que existe en Jesucristo, Dios y Hombre. Mas esta union sacramental no tiene otro objeto que nuestra perfeccion moral. «Tomemos lo que se nos ofrece, dice San Cirilo, con la plena conviccion de que es el cuerpo y sangre de Jesucristo... á fin de que formeis con Él un mismo cuerpo y una misma sangre.» «Por ella, dice San Pedro, nos hacemos partícipes de la naturaleza divina.»

El Señor ha dicho: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí y Yo en él [1]; este es el pan que descendió del cielo, y que da la vida al mundo [2]; quien come de este pan vivirá eternamente [3].»

Si añadimos á estas palabras lo que hemos dicho más arriba de los efectos del bautismo de fuego, podemos concluir, sin vacilacion, que el hombre rescatado entra por esta union con Jesucristo en posesion de la vida divina y sobrehumana, y que en su virtud queda inundado de luz y verdad celestial.

Pero la Eucaristía no es sólo un Sacramento, sino tambien un sacrificio, el mismo que se ofreció sobre el Gólgota; y Jesucristo, ofreciéndolo incesantemente en todos los tiempos y lugares, es el Pontífice Eterno de la Nueva Alianza; escogiendo por materia del sacrificio el pan, que es el producto de la tierra, y el vino, producto de la vid, Jesucristo ha suprimido todos los antiguos sacrificios que los hombres ofrecían con las primicias de sus frutos, y ha cumplido estas proféticas palabras: «Tú serás el sacerdote segun el órden de Melquisedech,» el cual ofrecía tambien pan y vino.

El Gran Pontífice Jesucristo, regenerando á todos los hombres y constituyén-

---

1 *Joan.*, VI, 37.

2 *Joan.*, VI, 33.

3 *Joan.*, VI, 52.

dose en Jefe de ellos, no podía dejar á los unos aislados de los otros, sino reunirlos en una sola familia, de la cual sería el Jefe; y como esta familia debía extenderse por toda la tierra, la dignidad sacerdotal y profética del Salvador se cambia en dignidad real, ó más bien ésta es el coronamiento de su obra de Redencion.

Ella le pertenece en grado eminente, pues como Hombre ha salido de raza sacerdotal, y como Dios es el Hijo del Soberano Señor de cielos y tierra. Comienza el ejercicio de su cargo real al principio de *la obra de la Redencion*, *luégo que* reune en derredor suyo á sus doce discípulos. El número de éstos indica que estaban destinados desde luégo al pueblo de Israel, y que los Apóstoles debían ser el fundamento del nuevo reino de Jesucristo, como los doce patriarcas habían sido el núcleo del pueblo de Dios.

Destinados á servir de instrumentos para la obra de la Redencion en toda la humanidad, los Apóstoles debían ser confirmados ante todo en la creencia de la dignidad mesiánica de Jesucristo: de aquí procede que el Salvador obrase la mayor parte de sus milagros en presencia de sus discípulos.

Se dedicó especialmente á librarlos de las falsas preocupaciones que compartían con sus contemporáneos relativamente al Mesías, y á despojarlos de sus flaquezas, la ambicion y el orgullo. Recordábales, sobre todo, que si el Salvador había venido desde luégo por los *judíos*, *no permanecería entre ellos*, *sino que* llamaría á sí á todos los hombres. Y con el fin de que despues de su muerte hubiese un centro en su reino engrandecido, estableció á Pedro como Jefe visible de su Iglesia.

Así estaban echadas las bases del reino de la regeneracion y de la santificacion. *Jesús terminó su obra con* la promesa de un Consolador.

Se ve, por lo precedente, que el ministerio real de Jesucristo ha renovado el antiguo plan de educacion del pueblo judío, con la *diferencia* de *que* el *nuevo* plan había de abrazar todos los pueblos de la tierra.

La antigua ley del Sinaí es reemplazada por la del Nuevo Testamento, fundada, no en el temor, sino en el amor. No se impone al exterior como una carga para la voluntad de los individuos; la gracia, ayudando á su cumplimiento, hace agradable *y ligero su yugo*. *El nuevo sacerdocio ha reemplazado al antiguo*, y Jesucristo, obrando incesantemente por medio de sus sacerdotes, prueba que ha consumado el antiguo sacerdocio.

El reino de Jesucristo no comprende solamente á los hombres, sino tambien á los espíritus creados, puros é impuros; era preciso que Jesucristo destruyese el *imperio* del *demonio* sobre la humanidad. Lo ha hecho triunfando de él en la tentacion, y libertando á multitud de infelices atormentados por los espíritus malignos; ha cegado el abismo que separaba á *Dios de la humanidad y que formaba* la base del imperio de Satanás; ha destruido su poder, dando á los pecadores fuerza para resistirlo. Los buenos espíritus, al contrario, se muestran súbditos de su reino, tomando una parte activa en la obra de la Redencion.

Jesucristo debía ser tambien el dueño de la naturaleza, ordenándola y libertando del *mal á la naturaleza corrompida* del hombre, y mostrando que el cuerpo inanimado podía volver milagrosamente á la vida.

Ya hemos hablado de la necesidad de los milagros: ¿cuál debía *ser* su carácter? No debían ser meros espectáculos, sino demostrar que Jesucristo era el Señor de la naturaleza, y que la ponia de nuevo al servicio del hombre. Cambia el agua en vino; manda á la tempestad y á las aguas del mar; multiplica mila-

grosamente pequeñas provisiones para satisfacer el hambre de cuatro ó cinco mil personas; libra al hombre de todas sus enfermedades; cura á los ciegos, sordos, mudos y enfermos de toda especie; resucita á los muertos, y Él mismo sale del sepulcro con un cuerpo transfigurado.

Si la relacion primordial de la naturaleza inanimada con el hombre no ha sido restablecida, «si la naturaleza gime aún entre los dolores del nacimiento y espera la gloria de los hijos de Dios [1],» si todos los enfermos no han sido curados, si el hombre está sujeto aún á las enfermedades corporales, si la muerte física no ha desaparecido, Jesucristo, sin embargo, ha cumplido las obras que demuestran que tenía el poder de librar de sus males físicos á todos los que ha rescatado espiritualmente, de resucitar los muertos y comunicarles vida inmortal, así como de colocar nuevamente á la naturaleza en su relacion primordial con el hombre.

Todo lo precedente entra en las funciones reales de Jesucristo, que consuman la obra de la Redencion.

De este modo: 1.° El cristiano salido del baño del nuevo nacimiento ha sido reconciliado con Dios por la Muerte de Jesucristo, y convertido en hijo de Dios, objeto de sus complacencias. 2.° Recibiendo el Espíritu Santo, ha recobrado su semejanza divina en la justicia y en la santidad [2]. El Espíritu Santo reposa en él con los dones de su gracia, que son la luz y la fuerza celestial [3]. 3.° En virtud de esta nueva creacion, el hombre ha visto ennoblecidos los dones naturales del conocimiento y de la voluntad, se ha hecho capaz de conocer las nuevas verdades reveladas por Dios y de cumplir sus mandamientos. 4.° La armonía se restablece entre su alma y su cuerpo, porque el nuevo nacimiento del espíritu implica la perfecta regeneracion del cuerpo; en la resurreccion será nuevamente reunida con él, y el cuerpo formará la envoltura luminosa del alma.

La naturaleza misma ha sido libertada de la maldicion, y regenerada, porque cuando el hombre, reunida su alma con su cuerpo, éntre transfigurado en la gloria de los hijos de Dios, llegará tambien al término de su transfiguracion. Ella participará en el hombre de la union completa con Dios, y resplandecerá como naturaleza transfigurada del hombre en toda su magnificencia [4].

El poder de Jesucristo ha destruido el imperio de Satanás, el cual no tiene parte en los elegidos, porque éstos no sólo pueden triunfar de sus tentaciones, sino ponerle en fuga en nombre de Jesucristo.

6.° En fin, Jesucristo ha reunido á sus hijos en una sociedad santa que forma el nuevo reino de Dios sobre la tierra, el cual debe abrazar todos los pueblos, y tiene por fundamento al Hijo de Dios.

Si comparamos este resultado de la Redencion con las consecuencias del pecado que hemos descrito (p. 128), podemos afirmar que la humanidad ha entrado nuevamente, en cuanto al fondo, en el estado primordial que Dios le había destinado, y que ha sido salvada y santificada. — *(N. del t. f.)*

---

1 *Rom.*, VIII, 19 y sig.
2 *Ep.*, IV, 24.
3 *Tit.*, III, 5.
4 *Rom.*, VIII, 19-20.

CAPÍTULO PRIMERO.

FUNDACION Y PROPAGACION DE LA IGLESIA.

§ 1.º El Divino Fundador Jesucristo.

1. Jesucristo, á la vez Dios y Hombre, es el núcleo y centro de la historia. Su existencia histórica está acreditada: 1.º, por todos los grandes *fenómenos* que han hecho memorable la historia del mundo durante diez y nueve siglos; 2.º, por el consentimiento de todos los pueblos civilizados; 3.º, por todas las pruebas que demuestran la autenticidad y credibilidad de las narraciones evangélicas; 4.º por el testimonio de los mismos que vivian fuera del Cristianismo, ó sean los paganos y judíos. *La vida de Jesucristo* (cuyo estudio es ya en nuestros días una disciplina teológica aparte) es tan grandiosa, tan rica en enseñanzas, tan universal en sus resultados, que la historia de la Iglesia debe renunciar á exponerla detalladamente, y limitarse á algunas indicaciones.

OBRAS DE CONSULTA Y NOTAS CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 1.

Los tratados de introduccion al Nuevo Testamento *suministran las pruebas* de la credibilidad de la narracion evangélica. Ademas de los paganos Suetonio, Tácito, Plinio el jóven, Celso (véase Dietz, *Testimonios de los autores paganos del segundo siglo sobre Jesucristo y el Cristianismo*, programa de estudios, Hedingen, 1874, en aleman), y el Talmud judío, es preciso citar especialmente el testimonio de Flavio Josefo, *Antiq.*, XVIII, III, 3. Es verdad que muchos lo han atacado como apócrifo (los primeros: Hubert, Gifano y Lúcas Osiandro, en el siglo XVI; despues: H.-J. Eichstaetl (Jena, 1813); en nuestros días, Gerlach en su obra intitulada «*Profecías del Antiguo Testamento*» y los pretendidos testimonios sobre Jesucristo), pero sin razon suficiente. Porque: 1.º, todos los manuscritos están conformes en este punto; 2.º, Eusebio, *Hist. eccl.*, I, 11; *Dem. ev.*, III, 5; Sozomeno, *Hist. eccl.*, I, I; Isidoro de Pelusa, lib. IV, ép. CCXXV, así como los griegos y latinos posteriores (desde Rufino) lo invocan; 3.º, Josefo debia mencionar en alguna parte á los cristianos, cuyo número era ya grande en su tiempo, y que ofrecían notabilísimos puntos de contacto con los judíos, tanto más cuanto que habla (ibid., n.º 7) de Juan Bautista, que tenía ménos celebridad; 4.º, el fondo de este pasaje es enteramente conforme al indiferentismo ecléctico de Josefo; 5.º, el silencio de otros autores (Cipriano, Crisóstomo, etc.), proviene ó de que los judíos á quienes combatían podían fácilmente desdeñar á Josefo, considerándolo como

un hombre despreciable ó de que muchos (como Cipriano y otros latinos, ántes de Rufino), no conocían la obra griega.

Asimismo, despues que la Edad media empleó este testimonio sin dificultad (por ejemplo: Otto de Frising., Chron., III, 11; Petrus Bles., Tr. c. perfidiam jud., cap. XXIV; Migne, t. CCVII, p. 851 y sig.), la mayor parte de los sabios (Natal. Alex., Fr. Roye, Huet, Tillemont, Pagi, Usser, Hornejus, Voss, Cave, Schoedel, Flav. Jos., De J. Chr. testatus, Lips., 1840), y Langen (Tüb. Theol. Q.-Schr., 1865, I, Das Judenth., p. 442) han defendido su autenticidad é integridad; otros, como Friedrich (en Œster. Vierteljahrsschr. für Theol., 1862, I, 505), se expresan de una manera favorable.

Sin embargo, como estas palabras ὁ Χριστὸς οὗτος ἦν parecen demasiado fuertes para un judío no convertido, muchos (Blondel, Tan. Faber, Knittel, Le Moyne, Paulus, de Fontaines, Routh, Ittig, Heinichen, Gieseler, Lindner Ewald) creen en interpolaciones. Algunos piensan con San Jerónimo que es preciso leer: «Credebatur esse Christus» (Valois, Pozsevino, Natal.-Alex); pero esta leccion no tiene garantías, y es *contraria á la traduccion* de Sofronio. Otros piensan que Josefo habló así: «ex sententia christianorum.» Sin embargo, como este autor, lib. XX, cap. IX, n.° 1, dice expresamente: Ἰησοῦ τοῦ λεγομένου Χριστοῦ, y en general la palabra «Christus,» era la más conocida de los paganos, como se ve por Suetonio, Plinio, etc., parece que empleó esta palabra como nombre propio, para designar al autor, ya entónces bien conocido, de la religion cristiana.

Véase Guericke, *K.-G.*, t. I, p. 42, n.° 4. Cuando Orígenes, (Contra Cels., II, XLVII, t. X, in Matth., n.° 17), que conocía los testimonios de Josefo sobre Juan Bautista y Santiago el Justo, y hallaba reprensible que la ruina de Jerusalen se atribuyese al martirio de este último y no á la crucifixion de Jesucristo, dice de Josefo: ἀπιστῶν τῷ Ἰησοῦ ὡς Χριστῷ y τὸν Ἰησοῦν οὐ καταδεξάμενος εἶναι Χριστόν, pasaje, donde «Christus» significa evidentemente Mesías, esto se refiere principalmente al hecho de que Josefo permaneció judío y no era cristiano; no se sigue, pues, que Orígenes haya desconocido el doble sentido de Χριστός.

Entre las numerosas obras escritas sobre la vida de Jesús, citaremos: Mack, *Bericht über das Leben Jesu von Strauss (Tüb. Q.-Schr.*, 1837); Hug, *Gutachten über das Leben Jesu von Strauss (Freib. Ztschr. f. Theol.*, 1838); Sepp., *Das Leben Christi*, 2.ª ed., Regensb., 1853 y sig., 3 vol.; Heinrich, *Christus*, Maguncia, 1864; Hettinger, *Apologie des Christenth.*, t. I, part. II, cap. XIV-XVIII; Schegg, *Leben Jesu*, Friburg., 1874 y sig. Autores protestantes: Neander, *Leben Jesu*, Gotha, 1864. 6.ª ed.; Tholuck, *Glaubwürdigk. der ev. Gesch.*, 2.ª ed., Hamb., 1813; Hausrath, *Neutestamentl. Zeitgesch.*, 1 vol., Heidelb., 1868.

Nacimiento de Jesucristo.

2. Nuestro Señor Jesucristo nació de la Vírgen María en Belen, año de Roma 747. Su nacimiento fué sobrenatural. Aunque de raza real por su Madre, y descendiente de David, se somete desde que nace á la más extrema desnudez, á fin de ofrecernos en todo un modelo de abnegacion. Hijo de Dios por naturaleza, engendrado por su Padre desde toda la eternidad y ántes que el mundo fuese, se abate hasta los hombres, toma la forma de esclavo, y oculta el esplendor de su divinidad con

la forma visible de la humanidad. Se convierte en hijo de Abraham por la descendencia carnal y la circuncision, y en súbdito de los emperadores por el lugar de su nacimiento; quiere pertenecer á dos sociedades, la judía y la pagana. La vida oculta de su juventud ocupa la mayor parte de su existencia; la otra, más corta, es consagrada á la vida activa y pública.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 2.

Sobre el año del nacimiento de Jesucristo, hay gran divergencia de opiniones, á pesar de investigaciones numerosas y muy apreciables. Véanse aquí los datos cronológicos generalmente admitidos:

I. Jesucristo nació ántes de la muerte de Herodes el Grande (Matth., cap. II); ahora bien, éste murió en el mes de Nisan, el año 750 de Roma (*Jos.*, *Ant.*, XVII, VIII, 1; *Bell. jud.*, I, XXI; Sanclemente, *De emendat. aer. vulg.*, Rom. 1793, III, cap. IX, 10).

Son, pues, falsas las opiniones que admiten los años 751-752 (Iren., III, XXI, 3: an. 41 Augustini; Tertul., *Adv. Jud.*, c. VIII; Clem. Alex., *Strom.*, I, XXI, p. 407, ed. P.; Eus., *Hist. eccl.*, I, 5, Ord. Vital., *Hist. eccl.*, I, 1; Migne, t. CLXXXVIII, p. 19; Petrus Comest., *Hist. ev.*, cap. V; Migne, t. CXCVIII, p. 1540: an. 752; Olymp. CXCIII, 3, Herod. an. 30); ó 753 (Epiph., Haer. LI, n.º 22; Oros., Hist., I, 1); ó 754 (Dionys. Exiguus et Panodor.: 5423 creat. cons. Syncelli., *Chronogr.*, París., 1652, p. 35, 326).

Ántes de la muerte de Herodes, Jesús estaba ya en Egipto y en todo caso los acontecimientos verificados despues del nacimiento de Jesús hasta la matanza de los niños de Belem y la muerte del rey, exigen más largo tiempo (Patrizi, *De evangel.*, lib. III, diss. XXXI, n.º 2; diss. XXXIII, n.º 18; diss. XXXVI).

Segun esto, el año del nacimiento de Jesús se coloca generalmente entre el 747 y el 750. Seyffarth (*Chronol. sacr.*, Lips., 1846) es el único que se decide aun por el 752 (2 a. de la Era Cristiana). El año 750 (4 a. de la E. C.) es adoptado por Wieseler (*Synops. d. Ev.*, Hamb., 1843); 749 (5 a. de la E. C.), por Natal Alejandro, Weigl (*Theol. chronol. Abhdilg.*, Sulzb., 1849); Carl. Ammer, O. S. B. (*Chronol. des Leb. Jesu*, Straub., 1855); Friedlieb (*Gesch. des Lebens Jesu*, Breslau, 1855); Stawars (*Tüb. Qu.-Schr.*, 1866); Aberle (*Theolog. Lit.-Bl.*, 1868, p. 662); 748 (6 de nuestra Era, por Daude) (*Hist. univ.*, I, p. 19); Nippel (*Haeusle's Zeitschr. f. kath. Theol.*, 1852, III); Thomas Lawin (*Fasti sacri*, Lóndres, 1865); 747, por Sanclemente, Münter, Sepp, Patrizi, Mozzoni, Zumpt (*Das Geburtsjahr Christi*, Leipzig, 1869).

II. Resulta del cap. II de San Lúcas, que Jesucristo comenzó su ministerio público al mismo tiempo que Juan Bautista ó poco despues, á la edad de treinta años y que Juan inauguró el suyo el año 15 de Tiberio. ¿Hay que entender el año 15 del gobierno personal de Tiberio, ó el de su reinado en general, desde su asociacion al trono por Augusto? Dion Casio, *Hist. rom.*, 55, 13, habla de la adopcion de Tiberio por Augusto; Veleyo Paterculo, II, § 121, del gobierno colectivo; Cavedoni (*Ap. alla numismática biblica*, p. 9), cita monedas de Alejandría que cuentan los años de Tiberio desde el 757, año de su adopcion. Tiberio fué asociado al imperio en 764 de Roma (11 de nuestra Era), M. Emilio Lepido y

T. Statilio Tauro Coss.; Augusto murió en 767 (14 despues de J. C.). Este gobierno colectivo es demostrado por Pagi, Muratori, Patrizi, Heuschen, Zumpt. El año 15 del reinado colectivo de Tiberio, correspondía al año de Roma 778-779 (24 y 25 de nuestra Era); el año 15 de su reinado personal al 782 (28-29). En el primer caso, sería preciso colocar el nacimiento de Cristo hácia el 748; en el segundo hácia el 752. Pero como esta última opinion contradice los resultados adquiridos en el n.° I, es preciso preferir la primera.

III. La estrella de los Magos era, segun Keplero (*De Jesu Chr. Servat. anno natalitio,* Francfort, 1604, in-4.°, de vero anno 1614), una conjuncion de Júpiter y Saturno en el signo Piscis, que se verificó el año de Roma 747, lo que concuerda perfectamente con lo que precede. Ideler, II, 406 y sig.; Münter, *Der Stern der Weisen*, Copenhague, 1827; Sepp, *Leben Christi*, I, 375, cap. v, 1.ª ed.

IV. La paz general reinaba en tiempo de Jesucristo; Hier., *In Isa.*, cap. II; Aug., Civ. Dei, XVIII, 46. Tres veces fué cerrado el templo de Jano, bajo Augusto: en 725, en 729 y despues en 746-750 por cinco años. Este último resultado conviene aquí ciertamente.

V. En cuanto al censo de Quirino (Luc., II, 1 y sig.), los pareceres varían mucho (Vales., *In Eus. Hist. eccl.*, I, v), por lo ménos puede admitirse que Quirino fué dos veces gobernador en Siria y en Cilicia (*Gerlach, Die roem. Statthalter in Syrien. u. Judaea von* 69 v. Chr. bis 69 n. Chr., Berlin, 1865). Las palabras de Josefo (*Ant.*, XVIII, I, 1), como las de San Lúcas, son harto diversamente interpretadas. Sin embargo, siempre sigue siendo muy verosímil, que este censo fué prescrito en 746 y ejecutado en 747. Sepp, I, p. 9 y sig., 17; Patrizi, *Della descrizione universale mentovata da S. Luca dissert.*, Roma, 1876).

VI. No se pueden sacar datos completamente seguros de Luc., I, 5 (De vice Abia), coll. I, paral. XXIV, 10, á causa del cambio frecuente de las funciones. Segun Tertuliano, loc. cit.; Lactant., *Inst.*, IV, X; Aug., Civ. Dei, XVIII, cap. ult.; Trin., IV, v y el Catal. Liberian. (compárese *Hist.-pol. Bl.*, t. XL, 1857 y sig.), Jesucristo murió el VIII Kal. Apr. (25 de Marzo) duobus Geminis coss. (C. Rubellio y C. Julio), es decir, en 782 (29 de nuestra Era). Ahora bien, como Jesucristo despues de haber entrado en la vida pública, no obró más que durante tres ó cuatro años, como lo muestran las cuatro fiestas de Páscua, Juan, II, 13; v, 1; VI, 4; XI, 5 (Patrizi, *De evangel.*, lib. III, diss. XLVII, n.° 5), y segun la opinion comun, no pasó de 33 años, se está de acuerdo para colocar el nacimiento de Jesucristo en 747 (25 de nuestra Era), su bautismo en 778 y en 782 su muerte. Los antiguos (Cl. Alex., loc. cit.; Orig., Cont. Cels., IV, 22), cuentan cuarenta y dos años y tres meses desde la pasion de Jesucristo hasta la ruina de Jerusalen. Como ésta cae en el año 70, tenemos que llevar la pasion al año 28 de nuestra Era.

La opinion de San Ireneo, II, 22, que da 40 años al Salvador, y la de los alejandrinos, que con los valentinianos y gnósticos, interpretan mal á Is., LXI, 2 coll., Luc., IV, 19, y restringen su ministerio público á un año, son aisladas. Este último parecer fué ya combatido por San Ireneo. Se cree generalmente que el Salvador nació el 25 de Diciembre. Sin embargo, algunos antiguos cristianos aceptaban el 24 ó 25 pachom (19 Mayo), otros el 20 de Abril (Clem. Alex., *Strom.*, I, XXI). El 25 de Marzo pasa por el dia de su muerte. Algunos admiten el 25 phanemoth (20 de Marzo); otros el 19 ó 25 pharmouth (3 y 7 de Abril). Clem., loc. cit.; Epiph., Haeres., LI, n.° 26.

Se creía generalmente que el Mesías debía descender de David (Matth., XXII,

42). Las genealogías de los evangelistas hablan directamente de José y no de María, porque no estaba en uso formar las genealogías por las mujeres. Ahora bien, María era de la misma raza que José. Hier., *Com. in Matth.*, cap. I; Joan. Dam., F. O. IV, XIV, p. 274, ed. Le Quien.

Las diferencias entre San Mateo, cap. I, y San Lucas, III, 23 y sig., se explican por los matrimonios de levirato [1], (y por esta razon San Mateo establecía la descendencia legal del Salvador, partiendo de David por Salomon, y San Lucas su descendencia natural por Natan); ó bien nacen de que el primero ha querido mostrar que descendía legalmente de José, miéntras que el segundo ha descrito su descendencia misteriosa y verdadera. (Joan. Dam., loc. cit.; Haneberg, Bibl. Offend., p. 542; Kurtz, Lehrb. der hl. Gesch., 1855, p. 109). Conforme á esta genealogía (Julio Africano, in *Euseb. Hist. eccl.*, I, 7, al fin; cf. Niceph., Call. I, XI); Teofilacto, *In Luc.*, cap. III (Migne, t. CXXIII, p. 744), llama á José hijo de Jacob, segun la realidad, hijo de Heli (Luc., III, 23), segun la ley. La genealogía de Jesús fué desde el principio objeto de controversias. (Orig., contra Celso, lib. III, cap. XXXII.)

Infancia de Jesucristo.

3. El Niño recien nacido recibe los homenajes del cielo por intermedio de los ángeles; de los fieles humildes é inocentes por conducto de los pastores de Belen; de los paganos, á quienes convertirá en su día, por mediacion de los magos; de los profetas y sacerdotes por boca de Simeon, Zacarías y su hijo Juan; de las mujeres y viudas por medio de Isabel y de Ana.

Las maravillosas apariciones que preceden y siguen al nacimiento de este Niño, el significativo nombre que le da el ángel (Jeschua, por Jehoschua), su milagrosa liberacion de los peligros que le amenazan, especialmente de parte de Herodes, que tiembla en su fortaleza real, y hace matar, temiendo por su reino, á los infantes de Belen, sin poder dar con el que busca; su aparicion en el templo de Jerusalen á la edad de doce años, revelan ya en Él un personaje extraordinario.

Y sin embargo, este maravilloso recien nacido, en el cual se cumplen, como en los más humildes hijos de su pueblo, todas las prescripciones de la ley (la circuncision en el octavo día, la presentacion en el templo acompañada de ofrendas), vive en la pequeña villa de Nazareth, sometido á su madre y á su padre putativo el carpintero José; de aquí el ser llamado Hijo del carpintero [2]. A las preocupaciones aristocráticas del antiguo mundo, á su desprecio del trabajo manual, Jesucristo opone la humildad desde que aparece sobre la tierra. La palabra que no tardaría en salir del taller del carpintero, iba á abatir este orgullo.

---

1 Matrimonio de un judío con su cuñada.
2 *Marc.*, VI, 3.

Jesús, á medida que crece en sabiduría y en gracia [1], manifiesta al exterior, en su vida y por sus actos, la virtud divina que reside y en cierto modo dormita en Él. No recibe instruccion humana, propiamente dicha; los judíos, que en lo sucesivo admirarán su sabiduría, saben que no ha aprendido el alfabeto. No se podría probar que hubiese tenido relaciones con los esenios; no tomaba parte alguna en las prácticas rigurosas con que celebraban el sábado, ni en sus frecuentes abluciones, ni en sus métodos de enseñanza, ni en sus especulaciones. La enseñanza humana, tal como se daba entónces, hubiera sido incapaz de formarlo tal como le veremos luégo aparecer. Reunía, en virtud de la union hipostática, la ciencia humana y la divina; la plenitud de la divinidad residía en Él con todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia [2]. Y sin embargo, se conforma á los usos de sus contemporáneos, y no comienza su público ministerio hasta la edad de treinta años.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 3.

Los homenajes tributados al Salvador por las diferentes clases están magnificamente descritos en Orderico Vital, *Hist. eccl.*, I, I, in fine (Migne, t. CLXXXVIII, p. 20). Sobre los nombres de los tres magos en la Edad media, Petrus Comest., *Hist. ev.*, cap. VIII (ibid., t. CXCVIII, p. 1542). La matanza de los niños de Belen es mencionada por Macrobio, Saturn., II, IV, que escribió Siria por Palestina, ó Syria Palæstinæ. Zacarías fué entónces probablemente condenado á muerte por Herodes, puesto que sustrajo su hijo á sus órdenes (Petrus Alex., *Ep. can.*, c. XIII; cf. Orig., *Com. ser.* in Matth.; Migne, t. XIII, p. 1630 y sig.). Esta tradicion, que parece sacada de Matth., XXIII, 35, y que adoptan todavía Casaubon, Montacucio y Tillemont, es rechazada por San Jerónimo, *Comm. in Matth.*, loc. cit. Sobre la infancia de Jesús, véase Joan. Dam., F. O., III, XXII, p. 246 y sig.; de *duabus voluntat.*, n.º 38, p. 350; Lieber, *Ueber das Wachsthum Jesu in der Weisheit* Regensb., 1850. No está demostrado que Jesús niño haya obrado milagros, como lo dicen algunos apócrifos y lo sostenían diversos autores contra los gnósticos, que no le concedían el don de milagros ni despues del bautismo. Sepp, (Vida de Jesús, II, p. 61) lo niega, pero exagera evidentemente al tratar la otra opinion de herética. Este pasaje, Joan., II, 11, puede tambien entenderse del primer milagro «notorio.» Hausrath (véase arriba, I), I, p. 370, niega igualmente que Jesús haya tenido relaciones con los esenios.

San Juan Bautista.

4. Ántes de Jesucristo pareció el último de los profetas, su precursor Juan Bautista, destinado á prepararle los caminos en el espíritu y

1 *Luc.*, II, 40, 50.
2 *Coloss.*, II, 3, 9.

la verdad de Elías [1]. Imitando la vida mortificada de los nazarenos, Juan atacó con su palabra austera los vicios *dominantes*, y llamó los corazones á penitencia. Administra el bautismo de agua, símbolo de la purificacion interior. Muchos le siguen, persuadidos de que es el Mesías, pero él protesta que es simplemente la voz del que clama en el desierto, que el Salvador ha sido ántes que él, y que parecerá despues de él [2]. Jesús va á buscarle al Jordan para hacerse bautizar. Con esto, 1.º Hijo de Dios, quiere imprimir al bautismo de Juan carácter sobrenatural y divino; 2.º hijo de su pueblo, quiere inclinarse ante el *signo de* la *deuda* nacional; 3.º quiere mostrar tambien que su mision es cumplir la voluntad de Dios y abatirse él mismo, y 4.º elevar, en fin, el presentimiento de Juan Bautista al estado de certidumbre, y santificarle entonces tambien. Cuando Juan, despues de haber vacilado al principio, bautizó á Jesús, una revelacion divina atestiguó que Éste era el Hijo muy amado del *Altísimo; le glorificó por el testimonio* del Padre y del Hijo, é hizo de Juan mismo un testigo inspirado de Dios, que iba á predicar desde aquel día al Cordero que borra los pecados del mundo, á anunciar el acrecentamiento del poder de Jesús y la declinacion del suyo [3].

Más tarde San Juan fué llevado cautivo á la fortaleza de Macherouta por Herodes Antipas, que *le había escuchado cuando censuró* su incestuosa union con Herodías. Acaso Herodes quería sustraerle á la venganza de esta mujer enfurecida; acaso temía su influencia sobre el pueblo. A los enviados que San Juan dirigió á Jesús desde su prision, el Salvador respondió alegando el cumplimiento de las profecías [4], y los milagros operados por Él [5]. En lo sucesivo, muchos discípulos de Juan, que fué al fin decapitado en su prision por la maldad y los artificios de Herodías, se declararon discípulos de Jesucristo; miéntras que otros se mantuvieron apartados de él por consecuencia de malas interpretaciones, y formaron por largo tiempo un partido distinto (los cristianos de Juan).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 4.

Buxdorf, Lightfoot, Welstein, Danz, Ziegler, Bengel, creían que el bautismo de *Juan* era *idéntico, ó al ménos* una imitacion del de los prosélitos judíos. Esta asercion está combatida por Paulus, de Wette, Reich, Schneckenburger, etc., y por la *mayor parte de los católicos* (Dœllinger, Heidenth, p. 807). Que

1 *Luc.*, I, 17; *Marc.*, IX, 11 y sig.; *Matth.*, XI, 13; *Malach.*, IV, 5 y sig.
2 *Joan.*, I, 19-27.
3 *Joan.*, I, 29; III. 29.
4 *Is.*, XXXV. 4 y sig.; LXI. 1 y sig.
5 *Matth.*, XI, 2 y sig.; *Luc.*, VII, 19 y sig.

el bautismo administrado por Juan fuese en mucho inferior al establecido por Jesucristo, declóranlo los Padres en diversas ocasiones. Cyrill., *Catech.*, III, n.º 9; Basil., *Exhort. ad bapt.*, n.º 1; Naz., *Or.*, XXXIX, n.º 17, p. 688; Tit. Bostr., *In Luc.*, cap. III; Aug., *Tr. V in Joan.;* C. lit. Petil., II, 33 y sig.; *De bapt.*, V, X, 12. Véase Focio, III, 583 y sig. La asercion de Bucero, Melanchthon, etc., de que el bautismo de Juan tenía la misma virtud que el de Jesucristo, ha sido condenada por el Concilio de Trento, sess. VII, can. 1, *De bapt.* Sobre el bautismo de Jesús, véase Dœllinger, *Christenth. u. K.*, p. 3. De las obras heréticas, tales como el Kerygma de Paul (al. Pedro), decian: «Christum (que se habría declarado pecador) ad accipiendum Joannis baptisma poene invitum a matre sua Maria esse compulsum, item cum baptizaretur, ignem super aquam esse visum» (Auctor *de rebaptismate*, cap. XVII; Op. Cypr., ed. Hartel, part. III, p. 90). Sobre los cristianos juanistas, Act., XVIII, 25; XIX, 1 y sig.; Clem., *Recognit.*, I, 54, 60; Vigil. Taps., lib. I, contra Arium, Sabelluis y Photinum, c. XX. Despues de 1650, los misioneros carmelitas descubrieron todavía en Basora y Suster algunos herejes que se llamaban Nazarenos ó Mendenos, á quienes los turcos llamaban Zabienos (Sabæi). *Ignatii a Jesu*, *Narratio originis, rituum et errorum christianorum S. Joan.*, Roma, 1652, en 8.º. Matth. Norberg publicó en Lóndres en 1815 el *Codex Nazareus*, *liber Adam appellatus*, *syriace transcriptus latineque redditus*; poseemos tambien fragmentos de otros dos escritos de los nazarenos, el *Divan* y el *Liber Joannis* (Archabhangelus a S. Theresia, *Ep. ad Rob. Huntington. d. d.*, Bassoræ, 28 nov. 1681; Fabricius, *Cod. pseudepigr.* V. T., p. 27-29). La lengua de los cuatro libros sagrados de los cristianos juanistas está en el dialecto arameo, que participa del sirio y el caldeo. Se dicen originarios de las orillas del Jordan y afirman que fueron expulsados de allí por los mahometanos. Véanse las noticias en Gieseler, Burckhardt (Strasburgo, 1840) y Dür (art. Zabier, Freib. K.-Lex., XI, 1231 y sig.)

Los trabajos de Jesucristo.

5. Despues de su bautismo, Jesús se retiró á la soledad del desierto, donde en su cualidad de segundo Adan, fué tentado por el demonio. Había comenzado su vida pública y dado testimonio con su doctrina y sus obras, de que era el verdadero, el supremo dechado de la humanidad. Anuncia desde luégo la verdad en Galilea, despues en Judea, y la anuncia tal como la ha recibido de su Padre. El Dios único y Padre de todos los hombres, lleno de santidad, de bondad y de justicia, cuya providencia se extiende á los menores objetos, le ha enviado al mundo para llamar á los pecadores y convertirlos, para disipar las tinieblas del mundo, porque Él es el camino, la verdad y la vida. Si exige que se crea en su dignidad mesiánica y orígen divino, los demuestra con maravillas y profecías, por los testimonios del Antiguo Testamento, de San Juan Bautista y de su Padre celestial. Comienza su lucha contra los vicios de los fariseos, á quienes echa en cara el desfigurar la ley. En su cualidad de Señor, Maestro y Legislador Supremo [1], explica la ley

1 *Matth.*, VII, 28.

que ha venido á cumplir y á transfigurar [1]. Elevado sobre todos los partidos judíos, por la sabiduría divina que resplandece en la sencillez de su enseñanza en forma de gnomos y parábolas [2], sobrepuja infinitamente toda la ciencia humana. Sin embargo, no deja de someterse personalmente á la ley mosáica, de vivir en la abnegacion y en el sacrificio. Su vida y doctrina estaban en perfecta armonía, y hasta entónces jamás había visto el mundo tal elevacion unida á tanta grandeza moral.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 5.

Order. Vitalis, *Hist. eccl.*, I, III y sig. Los trabajos de Jesucristo atestiguan claramente su triple ministerio. Como Rey (Joan., XVIII, 37), manifiesta su poder sobre la naturaleza, ó más bien sobre todo lo que está en el cielo y en la tierra (ibid., XXVIII, 18; Joan., XVII, 2); este poder resplandece con numerosos milagros de toda especie (los Evangelios traen más de cincuenta, que no se acercan ni con mucho al total), tal como los obraban los profetas, y por la comunicacion de los dones de la gracia á sus discípulos (Matth., X, 1, 8; Marc., VI, 7, 13; Luc., IX, 1; Joan., XIV, 12). Jesucristo es designado como rey de los judíos en la inscripcion de la Cruz (Joan., XIX, 19); aparece como rey que juzga (Matth., XXV, 31, 34, 40); como Príncipe de los reyes de la tierra, Rey de reyes, Dominador de los que dominan, en el Apocalipsis, II, 3; XVII, 14. Sumo Sacerdote, ofrece á su Padre perfecta alabanza y el sacrificio absoluto de su obediencia (Joan., XVII, 4; VIII, 29); intercede por sus discípulos como sacerdote, *segun el órden de Melquisedech* (Ps., CIX, 4; Hebr., V, 5 y sig.); convierte en sacerdotes á sus discípulos (Luc., XXII, 19), y termina su vida con el sangriento sacrificio de la Cruz (Hebr., IX, 14).

Muéstrase profeta, no solamente por la verdad que enseña, sino tambien por las más diversas profecías. Profetiza: *a.* la entrada de todos los pueblos en el reino *de Dios y la exclusion de la mayor parte de los judíos* (Matth., VIII, 11 y sig.; XXI, 43); *b.* la ruina de Jerusalen y la dispersion de los judíos (Luc., XIII, 34 y sig.; XIX, 43; XXI, 6, 24); *c.* la persecucion de los Apóstoles, las pruebas de su Iglesia, la *victoria y propagacion de ésta* (Joan., XV, 18-21; Matth., XVI, 18; XXIV, 14); *d.* la traicion de Júdas, la negacion de Pedro, el escándalo de los demás Apóstoles durante su Pasion (Matth., XXVI, 31; XXXIV, 75); *e.* el martirio de Pedro (Joan., XXI, 18); *f.* su propia Pasion, su Resurreccion y Aparicion en Galilea (Joan., II, 19; III, 14; XVIII, 33; Matth., XX, 17 y sig.; XXVI, 32; Marc., X, 32 y sig.); *g.* la venida del Espíritu Santo (Joan., XIV, 26; XV, 26; XVI, 13; Luc., XXIV, 49; Actas, I, 8); *h.* el fin del mundo y su segunda venida como Juez (Matth., XXI, 30; XXVI, 64; Marc., XIII, 24 y sig.)

Fundacion de la Iglesia.

6. El Dios Hombre no quería obrar, así como lo haría cualquier bienhechor ordinario de la humanidad, de una manera transitoria y

1 *Matth.*, V, 17.
2 *Ibid.*, XIII, 34.

fijando los ojos solamente en su época y en el pueblo que le rodeaba. Su obra debía permanecer en el curso de los siglos y fructificar por todos los pueblos, así para los paganos como para los judíos [1]. Proveyó á esto por medio de la fundacion de su Iglesia, sociedad exterior y visible. Véase aquí cómo tuvo lugar su establecimiento: 1.º Jesús reunió al rededor de sí discípulos y adictos, un considerable grupo de piadosas mujeres y otras personas afectas; de este grupo sacó otro, limitado á 72 discípulos [2], y despues otro *más limitado aún de 12 discípulos escogidos*, que llamó Apóstoles [3]. Desplegó infatigable paciencia para instruirlos, especialmente á los Apóstoles, á quienes inició más completamente en su doctrina, porque quería hacerlos pescadores de hombres [4]. Les confirió además un poder social, autorizándoles para dirigir á los fieles y administrarles los misterios de salud. Así como había sido enviado por su Padre, Él los envió; Él fué quien los escogió [5], y no ellos los que se escogieron á sí mismos [6]. El desenvolvimiento de su reino había, pues, de hacerse de arriba á abajo; todo había de ligarse á personas vivientes y autorizadas; la sociedad establecida por Jesucristo estaba compuesta de miembros desiguales entre *sí, maestros y discípulos, jefes y subordinados*.

Los doce Apóstoles, cuyo número correspondía al de las doce tribus de Israel, habían de satisfacer tambien las diversas tendencias intelectuales de la humanidad. Todos pertenecían á condicion inferior, y no habían recibido instruccion particular; porque no virtud humana, sino divina, era la que debía revelarse en ellos, y obrar por medio de ellos. Al enviarlos, Jesús les prometió el Espíritu de verdad y su perpétua asistencia; les dió el don de milagros, la mision de enseñar, el poder de atar y desatar, de perdonar los pecados y retenerlos, de celebrar en memoria suya el festin sagrado que había instituido; les comunicó tambien la gloria que había recibido de su Padre [7]. *Destinados á ocupar su puesto*, la palabra de ellos será su palabra y se tendrá por honrado con el honor que se les rinda [8].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 6.

Phillips, *Derech. eccles.*, I, §§ 9 y sig.; p. 57 y sig. — Si los nombres de los doce Apóstoles están exactamente indicados (Matth., x, 2 y sig.; Luc, vi, 13-16; Act.,

1 *Joan.*, x, 16; *Matth.*, xv, 24; xviii, 19; *Marc.*, xvi, 16; *Luc.*, xiv, 23.
2 *Luc.*, x, 1 y sig.
3 *Joan.*, i, 37 y sig.; *Luc.*, vi, 13 y sig.; *Matth.*, iv, 18 y sig.
4 *Luc.*, v, 1-11.
5 *Joan.*, xv, 21.
6 *Ibid.*, xv, 16.
7 *Ibid.*, xvii, 22.
8 *Luc.*, x, 16.

I, 13), los antiguos documentos no dan el catálogo de los 70 ó 72 discípulos. Euseb., Hist. eccl., I, 12, menciona solamente á Bernabé, Sosthenes, Matías, Tadeo y Cefas. De los tiempos subsiguientes sólo tenemos los catálogos del Chron. Alex. y de Doroteo de Tiro (Migne, Patrol. graec., t. XCII, p. 521 y sig., 1060 y sig.) Cf. lib. III, De vita et morte Mosis, ed. J.-A. Fabricius, App. Para sostener que eran 72 los discípulos, se cita á Taciano, Ammonio, San Epifanio, San Agustin. (Quaest. ev., II, cap. XIX); Constit. ap., II, 59, etc.; Baron., an. 33, n.º 38.

Primado de Pedro.

7. Pero con el fin de que hubiese un centro de unidad para los Apóstoles, cuando Él abandonase la tierra, y para que su reino permaneciese tal como lo había fundado y dirigido, el Salvador instituyó un jefe visible en la persona de Simon, y le dió el nombre de Cefas (roca)[1]. Simon-Pedro, despues de haber confesado que su Maestro es el Hijo de Dios vivo, recibe en recompensa de su fe la promesa de que el Señor edificará sobre él su Iglesia, que le confiará las llaves del reino de los cielos y el poder soberano dentro de la Iglesia. Despues de haber atestiguado tres veces su amor, Pedro recibe la mision de apacentar los corderos y las ovejas, es decir, todo el rebaño del Señor, cuyo lugar ocupará en calidad de pastor. Como había sido tentado por Satanás, el Señor pidió por él en particular, para que su fe no desfalleciese, porque su deber era confirmar á sus hermanos. San Pedro, por humana flaqueza, y no porque le faltase la fe interior, negó tres veces á su Maestro, *como éste se lo había predicho*; pero su caida en nada perjudicó á su elevada vocacion, porque ésta no debía comenzar sino despues de la muerte del Señor. Así aprendió á compadecer la debilidad de los demás, y sintió más la necesidad de la asistencia divina. Expió su falta con lágrimas de penitencia y por medio de una nueva profesion de amor. Despues de la muerte de su Maestro, Pedro entra inmediatamente en la herencia que se le ha asegurado para siempre; es reconocido en los Evangelios como el primero de los Apóstoles, y celebrado por la posteridad cristiana como su jefe y cabeza, como fundamento y piedra angular de la Iglesia y como doctor del universo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 7.

J. a. Bennettis (capuch.), Privilegiorum S. Petri vindiciae, Rom., 1755 y sig., 6 vol.; Passaglia, De praerogativis B. Petri, Ratisb., 1851; Bellarm., De rom. Pont., lib. I; Phillips, op. cit., t. 1, §§ 11-17, p. 65 y sig.; Dœllinger, Christenth. u. K.,

---

1 *Joan.*, I, 42.

Regensb., 1860, p. 30 y sig. Sobre Matth., XVI, 16-19, véas. Hilar., Hier., Chrys., In h. loc.; Leo M., Serm. III, cap. III; Serm. LXXXIII; Ep. LXXIX ad ep. Vienn. El texto no permite en modo alguno, segun lo pretende Calvino (Inst., IV, 6), referir á Jesucristo mismo las palabras «super hanc petram,» porque el original trae dos veces Cefas; se destruiría la contextura del discurso y el «ego dico tibi,» que precede sería inútil. (Bellarm., loc. cit., c. X). Los Padres refieren esta palabra á Pedro y á su fe y le llaman meramente «petra Ecclesiae.» Así, Tertuliano, De praescr., cap. XVI; Cypr., De unitate Ecclesiae, cap. IV (super unum aedificat Ecclesiam); *Hippolyt., In S. Theophan., n.° 9; Orig., ap. Euseb., VI, 25; Hom.* V in Exod., n.° 4 (Migne, t. XII, p. 329: «Magnum Ecclesiae fundamentum et petra solidissima, super quam Christus fundavit Ecclesiam»); Hom. VII in Is. (Migne, t. XIII, p. 247: «Petrum, cui portae inferi non invalescent»); Basil., Contra Eunom., II, 4, p. 240, ed. Maur.; Greg. Naz., Or. XXVIII, n.° 19, p. 510; Or., XXXII, n.° 18, p. 591: πάντων (Χριστοῦ μαθητῶν) ὄντων ὑψηλῶν... ὁ μὲν πέτρα καλεῖται καὶ τοὺς θεμελίους τῆς ἐκκλησίας πιστεύεται. Aug., In. Ps. LXIX; Serm. XXIX de Sanctis; C Gaud., ep. II, 23; De bapt., II, 1. Sobre el poder de las llaves, Is., XXII, 21, 22; Apoc., I, 8; III, 7, y sobre los rabinos, Sepp, Leben Christi, II, II, p. 275 y sig. Los Padres designan comunmente á San Pedro por el título de κλειδοῦχος, Cyrill., Catech., XVII, n.° 27; Ephrem., In S. Apost., Op. gr., III, 464; Sobre Juan, XXI, 5 y sig.; Ambros., In Luc., *lib.* X, cap. XIV: «*Christus ascensurus in coelum* «vicarium amoris» sui erga gregem Petrum reliquit et omnibus eum apostolis antetulit.» Sobre el sentido de «apacentar» en el lenguaje de la Biblia, véas. Ps. II, 9; coll. Apoc., II; 27; Mich., V, 2, coll. Matth., II, 6; Ps. LXXVII; 70 y sig.; Ps. LXXIX, 1 y sig.: II Reg.; V, 2; Ezeq., XXXIV, 23; Is., XLIV, 28; I Parl., XVII, 6; Jer., XXIII, 4; Ps. XXII, 1; Act., XXII, 1, y Chrys, Hom. LXV, al. LXVI, in Matth., n.° 4. (Migne, t. LVIII, p. 622); Bern., De consid., II, 6, 10; Passaglia, loc. cit., lib. II, cap. XXVII. n.° 240, p. 391 y sig.; Ad. Mayer, Comment., in Joan., Friburgo 1845, t. II, p. 415. La Facultad de Colonia decía en 1618: «SS. Patribus *pascere* omnia complectitur quae ad Ecclesiae regimen requiruntur.» (Du Plessis d'Argentré, III, II, p. 199). Sobre Luc, XXII; 32, Ciril. de Alej. (Migne, t. LXXII, p. 916) hace esta observacion: *γενοῦ στήριγμα καὶ διδάσκαλος τῶν διὰ πίστεως προσιόντων ἐμοί.* San Crisóstomo, Hom. III in Acta, n.° 3 (Migne, t. LX; p. 37), demuestra, á propósito de este pasaje, que Pedro, en su cualidad de πάντας ἐγχειρισθείς, tuvo la suprema direccion en la eleccion de Matías. Véase además Crisóst., Hom. LXXXII. al. LXXXIII, in Matth., n.° 3 (Migne, t. LVIII, p. 741); Aug., De corrept. et grat., cap. VIII; Leo M., Serm. IV, cap. III; Gelas., I; ap. Jaffé, Reg., p. 54, n.° 384; Greg. M., lib. IV, ep. XXXII; lib. VI, ep. XXXVII. San Pedro se distingue tambien de los otros: 1.°, en que Jesucristo le hizo marchar con Él sobre el mar (Matth., XIV, 28); 2.°, en que subió á su barca y le concedió una pesca maravillosa (Joan., XXI, 2 y sig.; Luc., V, 3 y sig.) Aug., Tr. XXII in Joan.; Ambros., In Luc., loc. cit.; Ps. Ambrosio de mirab., serm. XI; Greg. M., Moral., VII, XXVI, 37): 3.°, en que pagó por sí mismo y por Pedro el tributo del templo (Matth., XVII, 24-27); véase Chrys., Hom. LXXXVIII, al. LXXXIX, in Matth., n.° 2 (Migne, t. LVIII, p. 568): εἶδες τὸ ὑπερβάλλον τῆς τιμῆς. En los textos de los Apóstoles (véas. arriba, 6, véas. Marc, III, 16-19), Pedro ocupa el primer rango. Se dice: Pedro y los once (Act., II, 14); Pedro y los que estaban con él (Luc., VIII, 45; IX, 32). En San Mateo. X, 2, es llamado πρῶτος, aunque no es el primero por la vocacion. Euseb., Hist. eccl., II, 14, le llama τὸν καρτερὸν καὶ μέγαν τῶν ἀποστόλων, τὸν ἀρετῆς ἕνεκα τῶν λοιπῶν ἁπάντων προήγορον; San Atanasio, In psal. XV, n.° 8 (Migne, t. XXVII, p. 105), el corifeo;

San Ciril. de Jerusalen, Catech., XVII, n.° 27, p. 997, el προστάτης de los Apóstoles (cf. Catech., I, n.° 19; II, n.° 3; VI, n.° 15); San Epifanio, Haer. LI, n.° 17. τὸν ἀρχηγὸν de los discípulos; Haer. LIX, n.° 7: τὸν κορυφαιότατον τῶν ἀποστόλων, ὃς γέγονεν ἡμῖν ἀληθῶς στερεὰ πέτρα θεμελιοῦσα τὴν πίστιν τοῦ κυρίου; Gregorio de Nazianzo, Or., IX, *n. 1, p. 235, ed. Maur.: τὸ τῆς ἐκκλησίας ἔρεισμα; Crisóstomo*, Hom. de 10 mill. talent. debit., n.° 3; Hom. IV in Isa., cap. VI (Migne, t. LI, p. 20; t. LVI, p. 123); στῦλος y κρηπὶς τῆς ἐκκλησίας; Hom. LXXXVIII, al. LXXXVII, in Joan., n.° 1: τῆς οἰκουμένης διδάσκαλος.

Se ha probado muchas veces que *Jesucristo, fundando el primado sobre Pedro*, había establecido una institucion análoga al Sumo Sacerdocio de los judíos. Véase Al. Vincenzi, Lucubrationes biblicae, Roma, 1872; Luc, I; p. 1-82; Macar. Æg.; Hom. XXVI, cap. XXIII (Migne, t. XXXIV, p. 689): Πέτρος Μωσέα διαδέξατο, τὴν καινὴν ἐκκλησίαν Χριστοῦ καὶ τὴν ἀληθινὴν ἱερωσύνην ἐγχειρισθείς. En las Catacumbas, Pedro es á menudo representado bajo la figura de Moisés é identificado con él. Krauss, Roma sotterranea, p. 229.

San Gregorio Nazianc., Or. XXXIX, n.° 18, p. 689, ed. Maur., dice á propósito de la negacion de Pedro: « Jesús levantó al ilustre Pedro, que había sentido la debilidad humana en la Pasion del Señor, y curó la triple negacion con la triple confesion. » Orígenes recordaba ya (Comment. series. in Matth., n.° 15; Migne, t. *XIII, p. 1762 y sig.*); *que en este momento el Espíritu Santo no había descendido* aún sobre los Apóstoles; que Pedro pecó en el vestíbulo de Caifás, en el lugar de la tentacion, ántes del nacimiento del día y ántes de que se cumpliese la Redencion; que fué castigado por su promesa hecha ligeramente y por su presuncion, pero que sacó la mayor ventaja, *convirtiéndose en verdaderamente fuerte y perseverante*. V. t. XXXII in Joan., n.° 5 (Migne, t. XIV, p. 753); Leo M., Serm. LX, cap. IV: « Petrus, ancilla sacerdotis calumniante perterritus, ex infirmitate periculum negationis incurrit, ob hoc, sicut apparet, haesitare permissus, ut in Ecclesiae principe remedium poenitentiae conderetur, et nemo auderet de sua virtute confidere, quando mutabilitatis periculum neque B. Petrus potuisset evadere. »

Propiedades de la Iglesia.

8. Tambien fué asegurada á la Iglesia la unidad, que iba á ser en todos los siglos prueba irrefragable *de la divina mision de Jesucristo* [1]. La conservacion de esta unidad exigia la concordia de todos los fieles con Jesucristo, y los jefes instituidos por Él, así como la exclusion de toda doctrina opuesta.

Estos jefes de la Iglesia debían ser santificados en la verdad [2]; la Iglesia había de permanecer santa é inmaculada [3], sostenida por el *genio heróico del amor*, *animada de santo ardor por* la *perfeccion* de que el Padre celestial le dió el modelo [4]. Para llegar á la universalidad, era preciso velar incesantemente por la propagacion de la celestial doc-

1 *Joan.*, XVII, 20 y sig.
2 *Ibid.*, XVII, 17, 19.
3 *Eph.*, V, 25 y sig.
4 *Matth.*, V, 48

trina y garantizar la sucesion del ministerio apostólico, hasta que se consumase la mision de la Iglesia en el mundo [1]. De este modo, el reino del Hijo de Dios, sin ser de la tierra [2], fué fundado sobre la tierra y para la tierra. Este reino es la Iglesia católica, en la cual solamente se cumplen las predicciones de los profetas sobre el reino imperecedero del Mesías [3].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 8.

Los Padres demuestran á menudo que las profecías de la antigua ley se han *cumplido en la Iglesia; por ejemplo:* San Ciril., Catech., XVIII, n.° 25 y sig.; Aug., De unit. Eccles.; Brevic. Collat., Contra Donat., die III.

Jesús y sus enemigos.

9. La fundacion de la Iglesia siguió una marcha paralela á la predicacion del Salvador. Dos discípulos de Juan Bautista, Andrés y Juan, fueron los primeros en acercarse á Él, y le reconocieron por su Maestro. Vino en seguida Simon, hermano de Andrés, llamado despues Cefas, y más tarde en el camino de Galilea Felipe, que fué seguido de Nathanaël (Bartolomé). Ya empezaba á extenderse la fama del milagro hecho por Jesús en Caná de Galilea. Numerosas curaciones, y la expulsion de los que traficaban en el templo, hecha con majestad verdaderamente divina, sin que nadie osase contradecirle, acrecentaron su prestigio. Sin embargo, la oposicion de los fariseos iba aumentándose, y los doce Apóstoles, escogidos por Jesucristo, seguían siempre tímidos y vacilantes en la fe.

Jesús obraba principalmente en Galilea; mostró amor á los samaritanos, detestados por los judíos; se manifestó á Pedro, Santiago y Juan para reanimar su valor, darles el presentimiento de su verdadera grandeza, y tambien para establecer la unidad del Antiguo y Nuevo Testamento. Les probó que su cuerpo humano era susceptible de trasfigurarse, mostrándose entre Moisés y Elías en el pleno fulgor de su trasfiguracion. Cuanto ménos lisonjeaba las esperanzas terrenas que se fundaban sobre el Mesías, puesto que se sustrajo al pueblo que quería proclamarle rey [4], con mayor fuerza insistía acerca de su divina mision y de su unidad con el Padre, áun viéndose en peligro de ser lapidado, como

---

1 *Eph.*, IV, 11 y sig.
2 *Joan.*, XVIII, 36.
3 *Is.*, II, 2; IX, 6; XLIX, 6; LI, 4; *Dan.*, II, 44; *Malach.*, I, 11.
4 *Joan.*, VI, 15.

blasfemo, por los judíos enfurecidos[1]. Las casi muertas esperanzas de un libertador terreno, el ódio del mundo contra la austeridad de su doctrina, la decadencia de la religion judáica, reducida ya á prácticas exteriores, la cólera de los hipócritas fariseos contra sus palabras, la inconstancia y credulidad del pueblo sometido á aquellos, causaron su muerte, y con ella el cumplimiento de los designios de Dios, y la salvacion del mundo, que iba á nacer á la verdadera vida.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 9.

Dœllinger, op. cit., p. 5 y sig. Sobre la Muerte de Jesucristo, deseada por Él mismo y por los judíos, Leo M., Serm. LXX, cap. 1: « Quamvis ad salutem humani generis pertineret passio Salvatoris et aeternae mortis vincula temporali sint Domini morte dirupta, « aliud » tamen Crucifixi patientia, « aliud » crucifigentium egit insania, nec ad eosdem rerum exitus misericordia et ira tendebat, cum per ejusdem sanguinis effusionem Christus solveret mundi captivitatem, Judaei interficerent omnium Redemptorem. »

Resoluciones del gran Consejo de los judíos.

10. Ya el gran Consejo de los judíos había ordenado que fuese excluido de la Sinagoga quien reconociese á Jesús de Nazareth por el Mesías[2]. Acrecentada la exasperacion por la milagrosa resurreccion de Lázaro, siguió á aquél otro decreto por el que se mandaba arrestar al Salvador y hacerle comparecer ante el tribunal[3]. Jesús se había retirado á Efren, cerca del desierto. Pero pasado el tiempo de las precauciones y llegada su hora, muchos días ántes de la Páscua salió de este lugar para ir á Jerusalen, atravesando por Jericó. Anunció á los suyos, en los términos más precisos, la proximidad de su Pasion y Muerte, así como de su Resurreccion. La afluencia del pueblo á Jericó era prodigiosa. Llegó como en triunfo á la capital de los judíos, y fué recibido con las aclamaciones de « ¡Hosanna al Hijo de David[4]! » A pesar de las protestas de los fariseos, no rehusó estas alabanzas de la multitud; enseñó, verificó públicamente curaciones en el templo, sin que nadie se atreviese á poner las manos sobre Él; rechazó de su lado á los fariseos y saduceos, y llorando sobre Jerusalen, y por los pecados del pueblo, el Hijo del Hombre, que era al mismo tiempo Hijo de Dios, terminó su enseñanza pública.

---

1 *Joan.*, x, 20-39.
2 *Ibid.*, IX, 22
3 *Ibid.*, XI, 47, 53.
4 *Matth.*, XXI, 8 y sig

La última cena.

11. Cierto de la muerte que le esperaba, así como de su perfecto triunfo, Jesús celebró con sus discípulos el festin pascual, prescrito por la ley; les dió, lavándoles los piés, el más conmovedor ejemplo de humildad, é instituyó el sacramento de su carne y sangre anteriormente anunciado [1]: Sacrificio sin mancha y permanente de su Iglesia, centro del culto divino, festin del amor y prenda de la inmortalidad. Manifestó *compasiva caridad á Júdas Iscariote*, uno de sus Apóstoles, precipitado por la avaricia hasta el extremo de hacer traicion á su Maestro, y haciéndole ver que conocía sus designios, le movió á apresurar el cumplimiento de ellos. Despues de haber dado gracias, seguido de sus discípulos inquietos y temerosos, sale resueltamente al encuentro del *traidor*, que de antemano había abandonado la sala y venía al frente de los soldados.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 10 Y 11.

Dœllinger. Paganismo y Judaismo, p. 37. Véase Ord. Vitalis, I, 12.

Prision de Jesús.

12. *En el huerto de Gethsemaní*, Jesús padeció violenta angustia, porque se sentía cargado con la maldicion de los pecados del mundo entero. Sin embargo, resignado con la voluntad de Dios, y fortalecido por un ángel, se sometió en cuanto hombre á la más dolorosa Pasion, y fué obediente hasta la muerte. La naturaleza humana se mostraba en Él, pero realzada por virtud sobrenatural.

En el mismo huerto, Jesús fué alcanzado por la tropa que guiaba Júdas, el cual, contenido por el temor, no se atrevió á darlo á conocer sino por medio de un beso. Pero ántes de ser maniatado, Jesús quiso hacer sentir á los soldados su poder sobrehumano, y cayeron á tierra, heridos por el resplandor de su rostro. Jesús, en este extremo, no cuida sino de sus discípulos, entre los cuales solamente Pedro mostró irreflexivo ardor sacando la espada. Su divino Maestro le reprimió, curando al que Pedro había herido, y *despues se entregó voluntariamente* á la tropa enviada contra Él por el gran Consejo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 12.

Dœllinger, p. 39; Chrys., Hom. LXXXIII, LXXXIV, al. LXXXIV, LXXXV, in Matth. (Migne, t. LVIII, p. 745 y sig.); Ord. Vitalis, 1, 13. El pasaje de Luc., XXII, 24, que

[1] *Joan.*, VI, 56.

algunos sirios rechazaban, es admitido por Focio, Ep. CXXXVIII, ed. Montac. (Amph., q. CCXIX, p. 992), en *sentido atenuado*, así como por otros griegos y por algunos modernos (de Wette, ad h. loc., I, 128).

Sentencia de Jesús.

13. El proceso del sanhedrin contra Jesús consistió: 1.º En la prueba de testigos, que *fracasó completamente por la falta de acuerdo entre* ellos. 2.º En el propósito de obligar á Jesús á declarar con juramento si era el Mesías y el Hijo de Dios. Ante su respuesta afirmativa, sólo quedaba á los jueces la alternativa de reconocerle como tal ó declarar que había blasfemado de Dios; eligieron este último partido y le declararon digno de muerte [1]. Esta declaracion, desnuda de formas, fué acompañada de ultrajes y malos tratamientos. Sin embargo, *para no asumir á los ojos del pueblo la odiosa responsabilidad de una ejecucion*, y con el fin de hacerle sufrir la ignominiosa muerte de Cruz, en lugar de lapidarle, como lo prescribía la ley [2], el gran Consejo le acusó de alta traicion ante el gobernador Pilatos (sin mencionar el fallo dictado contra Él por la supuesta blasfemia). Dijéronle solamente que se hacía pasar por rey, que prohibía pagar el tributo á César y sublevaba al pueblo. Las respuestas de Jesús pusieron de manifiesto su inocencia ante Pilatos, el cual *intentó librarse con subterfugios* de las nuevas exigencias de los judíos. Sabiendo que el acusado era súbdito de Heródes Antipas, el cual se hallaba á la sazon en Jerusalen para la fiesta de Páscua, lo envió á él. Heródes se mostró reconocido á esta atencion, pues esperaba hacer á Jesús juguete de sus burlas. Engañado en sus propósitos, y no habiendo *obtenido de él* respuesta alguna, le despidió.

Pilatos intentó devolverle la libertad con ocasion de la fiesta de Páscua. Pero como el pueblo, excitado por los fariseos, prefiriese el asesino Barrabás á Jesús, y de nada sirviese la flagelacion, porque la inhumana multitud no experimentó compasion alguna viendo al *Justo* tan horriblemente maltratado, el débil procurador, bajo la amenaza de ser acusado ante el Emperador, cedió á la desencadenada muchedumbre y ordenó la crucifixion.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 13.

A propósito del texto, Joan., XVIII, 31, se discute, si durante la dominacion romana, fué quitado al sanhedrin judío *el* derecho de vida y muerte, (esta es la opinion de Wette), ad hunc loc., p. 269, IV, etc.), ó si aún lo conservaba (Dœllinger, Append., II, p. 453-457. Véase p. 40 y sig.)

1 *Matth.*, XXVI, 59 y sig.
2 *Levit.*, XXVI, 26.

Muerte de Jesús.

14. Jesús, *pues, como cordero dispuesto* para el *sacrificio* [1], conducido al lugar de las ejecuciones y cargado con el *peso de su suplicio*, fué crucificado sobre el Gólgota entre dos ladrones [2]. La inhumana soldadesca se distribuye sus vestidos [3]; el pueblo, los sacerdotes, y hasta uno de los ladrones crucificados con Él lo blasfeman, miéntras que el otro pide gracia y misericordia [4]. Sus perseguidores juntan el sarcasmo al insulto: si es Hijo de Dios, que descienda de la Cruz [5]. Se le ofrece, para aturdir sus *sentidos, hiel y vinagre* [6], *pero rehusa gustarlos*, porque quiere ofrecer su sacrificio en la plena posesion de sí mismo. Juan es el único de sus discípulos que se halla al pié de la Cruz con la Madre del dolor. Jesús la ha recomendado á su discípulo muy amado [7]. Los sufrimientos aumentan sin cesar; la naturaleza humana del Salvador parece agobiada por ellos y deja escapar estas palabras del Salmista, *que había predicho su Pasion*: «*¡Dios mío, Dios mío!* ¿por qué me has desamparado [8]?» *Despues anuncia que* «*todo se ha consumado*,» que está cumplida la obra de la Redencion, y pone su espíritu en las manos de su Padre.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 14.

Dœllinger, p. 41. *Leon el Grande*, Serm. LV, c. 4, explica así el *Consummatum est* (Joan., XIX, 20): «Hoc est: completae sunt Scripturae; non est amplius quod de insania populi furentis expectem, nihil minus pertuli quam me passurum praedixi. Peracta sunt mysteria infirmitatis, promantur documenta virtutis.»

15. Fenómenos extraños ocurren á su Muerte en la naturaleza; el sol *se oscurece*, la *tierra tiembla*, *el velo que cubria en el templo al* Santo de los santos, se rasga, para significar que la *Muerte expiatoria* de Cristo ha destruido la antigua muralla de separacion, y que la entrada en el reino de Dios, en el verdadero santuario, está abierta á todos los hombres. El Justo obtuvo además otro triunfo, el de que permaneciese en la Cruz, á pesar de la oposicion de los judíos, la inscrip-

1 *Is.*, LIII, 7.
2 *Is.*, LIII, 12
3 *Ps.*, XXI; *Hebr.*, XXII, 19; *Matth.*, XXVII, 35
4 *Luc.*, XXIII, 39-43.
5 *Ps.*, XXI, 8, 9; *Sag.*, II, 18 y sig.
6 *Ps.*, LXVIII, 22.
7 *Joan.*, XIX, 26.
8 *Ps.*, XX, 1. 2.

cion puesta por Pilatos. El Cuerpo del Redentor, atravesado por una lanza para mayor seguridad, dejó salir sangre y agua, símbolos de la Eucaristía y del bautismo. El centurion pagano confiesa que Jesús es el Justo y el verdadero Hijo de Dios[1]. Bajado de la Cruz, Jesús es depositado en un sepulcro nuevo abierto en el jardin de José de Arimatea, que había solicitado este honor. La tumba fué sellada y vigilada cuidadosamente por guardias, para impedir que los discípulos viniesen á sacar de ella á su Maestro.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 15.

Acerca de los fenómenos naturales que acompañaron á la *Muerte* de *Jesucristo*, Nat. Alex., Sæc. I, c. I, a. 5, n.º 6; Sepp., Heidenth., III, 268. Sobre el eclipse de sol, Phlegon, Orig. c. Cels., II, XIV, 33, 59; Tract., XXXV in Matth.; Eus., Chron., an. 2044; Tertul., Apol., cap. XXI; Joc.; Bibl., cod. XCV; Suidas, Subv. φλέγων. *El soldado mencionado por San Juan*, XIX, 44, se llamaba probablemente Longinos; murió mártir. Synaxar. gr., XVI; Oct., Acta SS. Mart., II, 376 y sig., 381 y sig. Joc., Amphil., q. CCCXI, p. 1160, ed. Migne; José de Arimatea, Acta sanct., 17 Mart.; Joc., ep. XCI, CXXII, ed. Montac. Era fácil, segun la legislacion romana, obtener el cadáver de un ajusticiado, para enterrarlo. Dig. XLVIII, XXIV, 2: «Corpora animadversorum quibuslibet petentibus ad sepulturam danda sunt.»

Resurreccion y Ascension.

16. Creían los fariseos haber extirpado para siempre de la tierra á este Nazareno, tan detestado por ellos, y aniquilado su doctrina; pero erraron el golpe. La muerte no podía encadenar á la vida; el Autor mismo de la vida[2], la incorruptibilidad por excelencia no podía ser sacrificado á lo corruptible[3]. El Crucificado sale de la tumba al tercer día, como lo había predicho, y suministra la prueba más convincente de la dignidad que le pertenece. El día mismo de su Resureccion aparece á María Magdalena, despues á Cefas, á los dos discípulos que van á Emaüs, y más adelante, por la noche, á los discípulos reunidos, que apénas osan fiarse de sus sentidos. Sus demas apariciones se verifican casi siempre en Galilea, que contiene numerosos fieles, y en donde mandó á sus discípulos reunirse despues de la fiesta de Páscua. Allí, cerca del lago de Tiberiades fué visto primero por siete discípulos, y despues por más de otros quinientos. Poco ántes de Pentecostés, los apóstoles, por mandato del Salvador, vuelven á Jerusalen; se les aparece en diversas ocasiones

1 *Matth.*, XXVII, 51; *Luc.*, XXIII, 47.
2 *Acta*, III, 15.
3 *Ps.*, XV, 10; *Acta*, II, 27, 31; XIII, 35.

y les muestra su verdadero cuerpo, pero en estado de trasfiguracion. Todas sus dudas se desvanecen. Tomás mismo, que había sido incrédulo hasta entónces, queda plenamente convencido de la verdad de su Resurreccion, y proclama á Jesús su Señor y maestro [1]. El Señor, despues de su Resurreccion, permanece aún cuarenta días cerca de los suyos, les da nuevas instrucciones para la propagacion de su reino, les manda esperar en Jerusalen la venida del Espíritu Santo, y en el Monte de las Olivas, donde había comenzado su Pasion, se eleva hasta el cielo, sentado sobre nubes, desde donde volverá á descender un día para juzgar á los vivos y á los muertos [2].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 16.

Dœllinger, p. 41 y sig. Los griegos cuentan diez ú once apariciones (epifanías) del Salvador resucitado, y las relatan algo diversamente. Véase mi obra: Photius, III, 544 y n.º 52; Nicéfor. Call. I, 34-36. Se hallan tambien diez en Ord. Vitalis, I, XVI, p. 62 y sig.; Petrus Comest., Hist. apost., cap. I, p. 1645. Sobre las ventajas que valió á la posteridad la incredulidad de Tomás, véase San Greg. M., Hom., XXVI in Evang. El Nuevo Testamento da constantemente al Salvador el título de κύριος, que Augusto y su hijo adoptivo Tiberio habían adoptado (Dion. Cass., Hist. rom.. lib. XV, § 12; Tacit. Annal., II, 87).

17. Lo que se comprende en este corto espacio de tiempo es nada ménos que la vida del mundo, y la humanidad no conoce acontecimiento alguno que sea comparable á este; es el centro de la historia, así para lo pasado como para lo porvenir. ¡Qué sentimiento á la vez tan dulce y tan poderoso no ha debido dejar en los corazones semejante aparicion! El arte y la ciencia no tienen tarea más sublime que la reproduccion del Hombre-Dios. Por esto los retratos del Salvador no faltaban entre los cristianos de los primeros tiempos. Representábanle casi siempre bajo la imágen del Buen Pastor. Por el contrario, en la época de las persecuciones, muchos no concebían á Jesucristo, sino desfigurado por los sufrimientos, ó, segun lo que dice Isaías, LIII, 2, 3, sin belleza exterior, llevando en sí la forma de esclavo. Más tarde, cuando la Iglesia triunfante venció á sus enemigos, vemos aparecer la idea opuesta (segun el Ps. XLIV, 3). El único relato de la vida de Jesús, digno de entero crédito, se halla en los Evangelios canónicos, cuya noble, sencilla é intrínseca veracidad se comprende todavía más comparándolas con las descripciones contradictorias y poco naturales de las escrituras apócrifas. Jesucristo nada escribió por sí. Sus palabras, llenas de vida y

[1] *Joan.*, XX, 24 y sig.
[2] *Marc.* XVI, 19: *Luc.*, XXIV, 51; *Act.*, I, 9.

de verdad, están consignadas en los escritos de sus Apóstoles y discípulos, que le sirvieron de manos, como dice el Obispo de Hipona [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 17.

S. Justino habla de la poca belleza exterior de Jesucristo. Dial. contra Tryph., n.° 85-88; y lo mismo Tertull., De carne Christi, c. IX; Adv. Jud., c. XIV; Clem., *Pædag.*, *III*, 1; Stromat., *II*, 5; *III*, 17; VI, 17; Orig. Contra Cels. VI, 75; miéntras que por el contario S. Crisóst., In Ps. XLIV, n. 2 (Migne t. LXXXV, p. 185), San Geron. Op., II, 6284, ed. Maur., celebran su belleza ideal. La diferencia de los retratos de Jesucristo es atestiguada por S. Ag. De Trin., VIII, IV; Foe., Ep., LXIV (Amph., q. CCV, p. 948).

Segun Nicéforo Calixto, Hist. ecl., II, XLIII, que describe tambien la figura de Jesucristo (lib. I, c. XL) el primer retrato del Salvador habría sido pintado por S. Lúcas. Edesa conservaba en el octavo y noveno siglo, un retrato de Jesucristo, que habría sido enviado á Abgaro. (Ps. Damasc., ep. ad Theoph.: *Le* Quien, Op. Dam., I, 631 y sig.) El que menciona Evagrio, Hist. ecl.; IV, 26, no parece ser el mismo.

Sobre los retratos de Cristo, véase W. Grimm, Sage vom Ursprung der Christusbilder, Berlin, 1843; Héfelé, Freib. K.-Lex., II, 519-524; Glückselig, Christusarchæologie, 1863. Sobre los apócrifos (I.-A. *Fabricius*, Cod. apocr. N. T., Hamb., 1719 y sig. ed. 2; Thilo, Cod. apocr., N. T., Lips. 1832, t. I; C. Tischendorf, *De apocr. orig. et usu*, *Hall*, *1850; Cod.* apocr. 1850; *Evangelia* apocr. 1853; Hofmann, Leben Jesu nach den Apokr.; Leizig, 1851. Comp. Mœhler, Patrol, p. 934.) *Principales Evangelios apócrifos:* El de Nicodemus, Historia Josephi fabri lignarii, en árabe; el árabe de la infancia de Jesús, el proto-evangelio de Santiago, *el de Santo Tomás. Tienen todos en parte orígen* herético y han sido utilizados casi todos en el Coran (Augusti Christologiae coranicae lineamenta, Jena, 1799). Contienen muchas fábulas y algunas verdades (P.-J. Peltzer, Hist. u. dogmengesch. Elemente in den apokryphen Kindheitsev., Wurzb., 1864). Son igualmente apócrifas las cartas de Pilatos á Tiberio y Cláudio (Thilo, *loc. cit.*, p. 796; Tischendorf, Cod. apocr., p. 392, s. 411), que parecen ser la fuente de los ἀναφορὰ Πιλάτου, más detallados. Es verdad que Justino (Apol., I, 35, 48) y Tertul. (Apolog., c. VIII, 21) mencionan actas de Pilatos; pero casi nada tienen de comun con estas. Euseb., Hist. ecl., IX, V, se queja de que los paganos hiciesen circular actas falsas de Pilatos. En vez de las que se perdieron y eran auténticas, es probable se propagasen otras falsas, que los cristianos coordinaron en seguida á su manera. Algunos *quartodecimans* invocaban tambien: Epiph., H. L, n. 1. Véase además H.-P.-C. Henke, De Pilati actis probab., Helmst., 1784; I.-W.-I. Braun, De Thiberii Christum in deorum numerum referendi consilio, Bonn. 1834. La carta de Lentulo (pretendido amigo de Pilatos) al Senado romano (Fabricius, loc. cit., I, 301), con una descripcion de *la figura de Cristo, es igualmente apócrifa.* Hay más razones en favor de la correspondencia de Abgaro, príncipe de Edesa, con Jesús; Euseb., Hist. ecl., I, XIII, la trae en *griego, segun los archivos de este país* (Original, de Cureton y Brigh, Ancient Syriac documents, London, 1861, n. 11). *Sostienen su autenticidad* Welte, Tüb. Q.-Schr., *1842*, *p.* 335: *Rinck*, *Illgens*

---

1 Aug. *De consensu evang.* III, cap. ult.

Ztschr. f. hist. Theol., 1843, II, art. y Schœnfelder, Quart.-Schr., 1865. Véase Moses, Cheren. Hist. Arm., II, 29-31; Assemaní, Bibl. or., I, p. 554, III, II, p. 8; *Natal, Alex., Sæc. I, Diss. III.*

Esta corta epístola nada contiene que sea indigno de Jesucristo; pero el conjunto suscita bastantes dificultades. De todo lo que sabemos de Jesucristo, fuera *de la Biblia, el documento más digno de crédito es la carta siriaca de Mara á* Serapion (ed. Cureton, Spicil. syr., Lóndres, 1855) escrita desde el destierro, hácia el año 73, carta consolatoria, donde Jesucristo, sabio Rey de los judíos, es comparado *á Pitágoras y Sócrates, y su muerte presentada como la causa de la ruina* del Estado judío. Diferentes palabras de Jesucristo sacadas de los escritos de los Padres y trasmitidas á un Cod. cantabr. (Véase Hofmann, loc. cit., p. 317; Guericke, Hist. ecl., I, *p. 49, n. 3, IX, etc.), son en parte dudosas.*

§ 2. Trabajos de los Apóstoles.

La Pentecostés.

18. Al verificarse la Ascension del Señor, su Iglesia contaba quinientos fieles en Galilea y ciento veinte en Jerusalen, inclusos los Apóstoles. Estos, á propuesta de Pedro, acababan de completar su Colegio, proponiendo dos hombres en lugar del traidor y suicida Júdas, José Barsabas y Matías, de los cuales este último fué escogido por la suerte. Diez días despues de la Ascension del Señor, en la Páscua de Pentecostés de los judíos, descendió, segun había sido anunciado, en medio de un viento fuerte y en forma de lenguas de fuego, el Espíritu-Santo sobre los Apóstoles y discípulos reunidos. Con el don de lenguas concedido á sus Apóstoles, Jesucristo declara que sus Ministros serán aptos en adelante para ejecutar la alta mision que les ha sido confiada; que está suprimida la separacion de lenguas y pueblos, y definitivamente sellada la nueva alianza establecida por Él.

Los discípulos, hasta entónces tan tímidos, se sienten animados de valor invencible. Movidas por la predicacion conmovedora de Pedro, tres mil personas, que habian venido á Jerusalen de diversas comarcas, con ocasion de las fiestas, pidieron el bautismo. Aunque se quisiera, contra el *texto* de San *Lúcas*, interpretar naturalmente el primer milagro de la palabra en diversas lenguas, siempre quedaría el milagro de la conversion súbita de estos millares de personas y del completo cambio operado en sus almas, milagro más grande que los que el Señor operó por sí mismo [1].

---

1 Véase *Joan.*, XIV, 12.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 18.

Véase en general Neander, Gesch. der Pflanzung. ur. Leitung der christl. Kirche, Hamburgo 1832 y sig., 4.ª ed., 1847, 2 vol.; Lechler (arriba, A, 31); Tiersch, Die Kirche in apostol. Zeitalter, Francfort, 1852; Hausrath (arriba 1, 1), 2 vol., Heidelb., 1872; sobre todo Dœlling., op. cit., p. 42 y sig. Sobre las Act., I, 15-26; Natal. Alex., Sæc. I, diss. VI; Stronck, De Matthia in apost. ordinem sorte cooptato, Dord., 1852.

Sobre las Act., II, 1 y sig. No se explica detalladamente en qué consistía este don de lenguas. Es probablemente el mismo que aquel de que se habla 1 Cor., XIV. Puede ser, ó que cada uno entendiera á los Apóstoles en su propia lengua (opinion de Schneckenburger), ó que los Apóstoles hablaran sucesivamente diversas lenguas (opinion de Dœllinger); la última suposicion es más verosímil. Aug. Serm. CLXXV de verb. apost.; I Tim., I. «Loquebatur tunc unus homo omnibus linguis, quia locutura erat unitas Ecclesiae in omnibus linguis.» Serm. CCLXXVI in vigil. Pent., n.º 2: «Futura Ecclesia in omnibus linguis praenuntiabatur. Unus homo signum erat unitatis, omnes linguae in uno homine — omnes gentes in unitate.» S. Gregorio Nazianc., Or. XLI, n.º 15, p. 743, ed. Maur., segun las Act., II, 13, prefiere admitir que el milagro se obraba en los que hablaban y no en los que oían. Lo mismo San Crisóst., Hom. XXXV in I Corint., cap. XIV n.º 1; Hom. IV in Act., n.º 2 (Migne, t. LXI, p. 296; t. LX, p. 45). Com. Ord. Vital., Hist. eccl., I, 17; II, 1, p. 65, 202. Los Padres, en la explicacion del milagro de la Pentecostés, hacen intervenir la antigua confusion de las lenguas, Gen. XI, I y sig.; San Greg. Nazianc., loc. cit., n.º 16; Chrys., In I Cor., loc. cit., Hom. II de Pentec. (Migne, t. L, p. 467).

Primeras instituciones de la Iglesia.

19. Despues de predicaciones reiteradas y de nuevos *milagros* [1], entre los cuales debe señalarse especialmente la curacion del paralítico de nacimiento á la puerta del templo, que causó grande impresion, el número de fieles subió *pronto* á cinco mil [2]. La profesion exterior de la doctrina de Jesucristo iba acompañada de completa trasformacion en las almas. *Los nuevos cristianos* vivían reunidos como una sola familia; sin violentar á nadie, habían introducido la comunidad de bienes, que consistía en una caja general alimentada por las ricas ofrendas de las *personas pudientes* [3]. Mostrábase gran severidad acerca de la exactitud y veracidad de los sentimientos. Habiéndose atrevido Anania y Safira, su mujer, á ocultar parte del precio de un campo que habían vendido é intentando engañar á San Pedro, fueron heridos de muerte con una sola palabra salida de los labios del Jefe de la Iglesia [4].

1 *Joan.*, III, 1 y sig.
2 *Act.*, IV, 4.
3 *Ibid.*, II, 44 y sig.; IV, 32, 34 y sig.
4 *Ibid.*, V, 1 y sig.

Cuando, al aumentarse la comunidad de fieles, se manifestaron quejas porque las viudas de los judíos helenizantes eran preferidas en los socorros á las de los indígenas, los Apóstoles, á propuesta y eleccion de los hermanos reunidos, instituyeron siete diáconos, á quienes encomendaron especialmente velar por el sustento de los pobres, y cuidar de los agapes. Esto les permitía á ellos mismos dedicarse libremente á la predicacion y á otros actos de su ministerio. Los diáconos designados eran hombres llenos del Espíritu Santo, y capaces tambien de reemplazar parcialmente á los Apóstoles en ciertas elevadas funciones.

El ministerio de los diáconos era igualmente sagrado, porque su institucion tenía lugar por medio de la imposicion de las manos; poco despues administraron el bautismo é instruyeron á los fieles. Hasta entónces todo el poder eclesiástico había estado concentrado en los Apóstoles; poco á poco lo veremos dilatarse en la vida práctica y escalonarse en los diferentes grados del órden jerárquico. La ordenacion de los diáconos fué el primer paso en esta direccion [1].

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 19.

L. Mosheim, Comm. de vera natura communionis honorum in eccl. Hier. (Diss. ad Hist. eccl. pertinentes, II, p. 23, Alton., 1743); Gaume, Gesch. der haeusl. Gesellschaft, trad. del francés, Regensb., 1845, t. I.

La liturgia. — Relaciones con la Sinagoga.

20. El servicio divino de los primeros fieles era de dos clases: 1.º El culto privado, que se celebraba en las casas particulares, y consistía en la comunion de la fraccion del pan, de la oracion y predicacion apostólica [2]; comprendía las prácticas que distinguían á los fieles de los demas israelitas, esto es, el gérmen del culto cristiano regularizado. 2.º El culto público que los fieles celebraban en el templo, en comun con los demas israelitas. En efecto, no podía romperse de pronto y definitivamente todo vínculo con la Sinagoga judáica, porque en este caso los otros judíos hubieran permanecido desde el principio extraños á la Iglesia. Por lo demas, el templo que el Señor había santificado con su presencia estaba aún de pié; Dios no había abolido todavía enteramente el culto levítico, ni fallado definitivamente la reprobacion del pueblo de la antigua alianza; y además, el amor á su propia nacion debía inducir

1 *Act.*, VI, 1-6.
2 *Ibid.*, II, 42, 46.

á los Apóstoles á partir de este culto para anunciar á Jesucristo crucificado y resucitado, á fin de hallar más fácil acceso en los endurecidos corazones. Nada debía hacerse de un modo imprevisto y sin preparacion.

La nueva alianza se fortificaba con todas las pérdidas de la antigua. El culto levítico se extinguía poco á poco, y la Iglesia cristiana marchaba insensiblemente á su independencia. La Sinagoga era la madre de los Apóstoles, y ellos querían respetar á esta madre, aunque degenerada, y prepararla honrosa sepultura. Cuanto más grande era el número de los fieles, que frecuentaban en comun el templo, más se impregnaba éste de las ideas cristianas, y más fácil era á la nueva alianza colocarse en lugar de la antigua. Lo que decimos del templo, se aplica igualmente á las sinagogas. Para mantener la union con la antigua alianza, y tambien por amor á sus compatriotas, podian los Apóstoles, á imitacion del Salvador, acudir á las sinagogas, donde les era fácil hacer oir la buena nueva al interpretar la ley y los profetas. La Iglesia tomó de la Sinagoga los diferentes tiempos señalados para la oracion, así como el canto de los Salmos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 20.

Rothe (A. 4), § 20, p. 142 y sig.; Lechler, p. 160 y sig. Las ἐκκλησίαι κατ' οἶκον, Rœm., XVI, 4 y sig.; I Cor., XVI, 19; Col., IV, 15.

Analogía entre la Iglesia y la Sinagoga, Aug., *ep.* LXXXII, n.º 16; *Op.* II, 195, ed. Ven., 1731: « Sicut defunctorum corpora necessariorum officiis deducenda erat (lex V) quodammodo ad sepulturam, nec simulate, sed religiose, non autem deserenda continuo vel inimicorum obtrectationibus tanquam canum morsibus objicienda. » Juan Spencer. De Hebr. leg. rit., Tubinga, 1732, p. 660: « Est arcanum naturae, sensim et occulte res omnes immutare et dum res novas molitur eamdem externam speciem retinere. Sapientiae et pietati consentaneum est existimare, Deum ritus aliquos antiquos tolerasse et pertinacem populum ad cultum novum leniter et sub externa veteris specie perducere studuisse. » Sobre las *prescripciones legales*. Neubauer, Theol. Wirceb., t. VII; Tract., De legibus, cap. II, an. 2-4, p. 50 y sig.

21. Añádase que la política judía daba al ritual mosáico sólida consistencia y garantizaba su duracion. Ahora bien, miéntras que este estado político continuase subsistiendo con el templo, aun bajo la dominacion extranjera; miéntras que la masa del pueblo no entrase de un golpe en la Iglesia, no se podía pensar en la total abolicion de la ley ceremonial, que tenía al mismo tiempo el carácter de ley civil. Jesucristo mismo no había ordenado que se rompiese con la organizacion político-religiosa del judaismo, á la que estaban todavía tan adheridos los judíos de la dispersion. Los primeros israelitas convertidos debían,

pues, continuar observando la ley ritual, tanto más, cuanto que Dios no había manifestado claramente sus designios; debían permanecer israelitas en la entera acepcion de la palabra, y no distinguirse sino por la fe en el Mesías ya venido.

Por su parte, los Apóstoles nada debían hacer que pudiese paralizar la gran mision, no abdicada aún enteramente por el pueblo judío, de ser el soston é instrumento del reino mesiánico. No se había consumado todavía el tiempo fijado á esta nacion.

Los Apóstoles, tratando de evitar cuanto podía apartar innecesariamente á los judíos de la sociedad de los nuevos fieles, continuaban observando la ley, y aprobaban que se observase en la primera comunidad de los judío-cristianos. Los vínculos de la Iglesia con la Sinagoga no *debían romperse completamente sino por una señal* del cielo y mediante una imposibilidad absoluta, cuando la nacion judáica renunciara enteramente á su elevada mision, cuando la autoridad de la Sinagoga, hasta entónces respetada, rechazase la salud, consumando su hostilidad, y viese frustradas por sí misma todas sus pretensiones.

Los Apóstoles ante el gran Consejo.

22. Al principio, ni el gran Consejo de los judíos, ni los fariseos y saduceos se alarmaron por los progresos de la nueva comunidad. Eliminado Jesús, muerto el jefe, sin que sus discípulos hubiesen tomado su defensa, ¿qué podían temer? La nueva secta [1] parecía demasiado insignificante, y no ofrecía peligro, en tanto que el antiguo culto [2] subsistía y no era amenazado en su existencia. Por lo demas, aquella gozaba del favor del pueblo, y no era prudente perseguirla sin necesidad. Pero cuando Pedro, que predicaba en el templo, calificó á Jesús de Santo y de Justo; cuando declaró que era el autor de la vida, y que su *muerte pesaba sobre el pueblo como espantoso crímen*, se le hizo prender con su compañero Juan y conducir al día siguiente ante el consejo. Pedro confesó valerosamente que no había salvacion sino en Jesucristo, rechazado por la Sinagoga. Como no se podía negar el milagro obrado por Pedro, se contentaron con prohibirle predicar en este nombre, para ellos odioso; pero los Apóstoles declararon unánimes, invocando la voluntad de Dios, que no podían someterse á esta órden.

Despues de una nueva efusion del Espíritu Santo, los Apóstoles dieron, con maravillosa fuerza é inmenso éxito, testimonio de la Resur-

---

1 *Act.*, XXIV. 5; XX, 22.
2 *Ibid.*, II, 47.

reccion de su Maestro. Pedro aparece en todas partes como el Jefe, y ejerce ámpliamente el don de las curaciones. Los enfermos son sacados de su lecho y llevados á la plaza pública, á fin de que al pasar Pedro, les toque solamente con su sombra. Presos segunda vez los Apóstoles por órden del Sumo Sacerdote, fueron libertados por un ángel y continuaron su predicacion en el templo. Llamados ante el gran Consejo, declararon con igual firmeza que es preciso obedecer á Dios ántes que á los hombres. Ya se pensaba en hacerlos morir, cuando el fariseo Gamaliel aconsejó esperar á fin de que hubiese tiempo de convencerse si su causa era verdaderamente la causa de Dios. Esta opinion prevaleció. El gran Consejo les hizo azotar, y los despidió, renovando su prohibicion de hablar en nombre de Jesucristo.

Los Apóstoles la despreciaron, y se regocijaron de las afrentas que sufrían por causa del nombre de su Maestro. Algunos sacerdotes hiciéronse sus discípulos [1].

OBRA DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 21 Y 22.

Dœllinger, obra citada, p. 45-47, 58 y sig.

Persecucion y dispersion de los primeros fieles. — Admision de los paganos.

23. Era inminente el peligro de la persecucion. La Iglesia tuvo su primer mártir en el diácono Estéban, que en un enérgico discurso declaró que el Antiguo Testamento estaba abolido, que Jesús era glorificado cerca de Dios, su Padre, y habló del endurecimiento de los judíos. Fué lapidado, y murió orando por sus enemigos.

Los fariseos y saduceos se unieron en Jerusalen para extirpar la nueva doctrina. Muchos fieles se dispersaron por Judea y Samaria, y hasta por Fenicia, Chipre y Siria, miéntras que los Apóstoles permanecieron en la capital sin que les ocurriese cosa alguna adversa. Esta dispersion produjo tambien nuevas conversiones. El diácono Felipe desplegó su celo entre los Samaritanos, y bautizó á un etiope, prosélito de la puerta y tesorero de la reina Meroe. Pedro y Juan estuvieron despues por corto tiempo en Samaria, y confirmaron á los bautizados por Felipe. Los efectos fueron tan maravillosos, que Simon el Mago quiso comprar á precio de oro el poder de hacer milagros, que atribuía á la magia. Esta peticion le atrajo vivas censuras de parte de San Pedro. Las conversiones obradas en Samaria hicieron romper á los cristianos las barreras

[1] Act., IV, 1 y sig.; V, 12 y sig.; VI, 7.

de la nacionalidad judáica. Los designios de Dios sobre la conversion de los paganos, no eran desconocidos de los Apóstoles; pero ni el tiempo ni las condiciones habían sido determinadas; y sobre todo, ellos ignoraban lo que era preciso exigir á propósito de la circuncision requerida por el Antiguo Testamento, y las condiciones que debían imponerse á los paganos convertidos. Las impresiones recibidas de la antigua Ley, especialmente la distincion entre las cosas puras é impuras, obraban aún poderosamente sobre los ánimos. San Pedro, que despues de una vision, había bautizado al centurion Cornelio, prosélito de la puerta, con toda su familia, apaciguó el descontento de los fieles de Jerusalen haciéndoles ver que había obrado en virtud de revelacion divina, y asegurándoles que estos paganos habían recibido los dones del Espíritu Santo ántes de ser bautizados.

Conversion de Saulo.

24. La Iglesia cristiana iba muy pronto á obtener en su antiguo perseguidor Saulo, que más tarde recibió el sobrenombre de Pablo, un nuevo y valeroso campeon. Natural de Tarso, en Cilicia, fariseo, pero familiarizado con la cultura helénica, y discípulo de Gamaliel, Saulo había mostrado en Jerusalen, miéntras lapidaban á Estéban, el celo que le animaba en favor de la Ley; había buscado, no solamente en Jerusalen, sino en diversos puntos, á los confesores de Cristo para hacerlos castigar como apóstatas.

Miéntras que volvía con este designio á Damasco, provisto de los plenos poderes del Sumo Sacerdote, fué enteramente transformado por un milagro brillante de la gracia divina, y por las palabras que le dirigió el Salvador resucitado; ciego exteriormente de improviso, pero *interiormente* iluminado, el discípulo Ananías le devolvió la vista al cabo de tres días. Saulo se hizo bautizar, y durante algun tiempo anunció en la sinagoga de Damasco que Jesús era el Hijo de Dios.

De allí pasó á *Arabia* con el fin de recogerse en la soledad y disponerse para su alta vocacion, que le había sido revelada por el Señor mismo, su Maestro y su Guía. Vuelto á Damasco, y amenazado de muerte por los judíos, enfurecidos contra él, se escapó durante la noche con el auxilio de los fieles que favorecieron su fuga. Volvió á Jerusalen (era la primera vez despues de su conversion) para hablar con el jefe de los Apóstoles, y fué presentado por Bernabé. Allí permaneció quince días; despues fué á Tarso, su país natal, y en seguida á Antioquía, á donde Bernabé le había llamado.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 23 Y 24.

Baur, De orationis habitae a Stephano consilio, Tubinga, 1839; el mismo, Paulus, p. 41; Jakobi, K.-G., I, p. 46; Dœllinger, p. 47-51; Chrys., Hom. XIX, XX, in Act. (Migne, t. LX, p. 152); Ord. Vital., I, 6 y sig., p. 123. Es imposible, como lo pretenden J. Simon, J.-G. Eichhorn, Hegel, Heinrich, etc., explicar naturalmente la aparicion de Jesucristo y la conversion de Saulo (hermosa descripcion en Dœllinger, p. 52-54); las Actas y Epístolas mismas de San Pablo (I Cor., IX, 1; XV, 8) son bastantes explícitas (J.-T. Hemsen, Der ap. Paulus, Gœttinga, 1830 y *sig.*) El *nombre* de Paulo parece ser forma helénica del de Saul ó Saulo. (Dœllinger, p. 52). Otros creen (Bengel, Olshausen) que Pablo adoptó el nombre del gobernador Sergio Paulo, convertido por él (Act. XIII, 7 y sig.), segun la costumbre de los rabinos y el ejemplo de Pedro. Cons. Aug., Conf., VIII, 3; Hier., Cat., c. V; Com. in ep. ad Philem. San Crisóst., Hom. XXVIII in Act., n.° 1 (Migne, loc. cit., p. 209), advierte (sobre las Actas, XIII, 9): «Su nombre está aquí cambiado despues del acta de consagracion *(cheirotonie)*, lo mismo que sucedió á Pedro.» Sobre Gal., I, 18, Tertul., De praescr., c. 25: «Venit Hierosolymam cognoscendi Petri causa ex officio et jure ejusdem fidei et praedicationis.» Teodoreto, in h. loc.: τὴν πρέπουσαν ἀπονέμει τῷ κορυφαίῳ τιμήν. Lo mismo Teofilacto, sobre San Crisóstomo, Hom. LXXXVII in Joan., n.° 1 (Migne, t. LIX, p. 478): ἔκκριτος ἦν (Petrus) τῶν ἀποστόλων, στόμα τῶν μαθητῶν καὶ κορυφὴ τοῦ χοροῦ· διὰ τοῦτο καὶ Παῦλος ἀνέβη τότε αὐτὸν ἱστορῆσαι παρὰ τοὺς ἄλλους. Cf. Hier., Lib. I in Gal. h. l.; Allat., De Eccl. or. et occ. perp. consens., Col. Agr., 1648, lib. I, c. 4, n. 1; Reithmayr, Galat. Br., p. 92 y sig.

Antioquía y Jerusalen.—Santiago el Mayor decapitado.

25. Antioquía, capital del Oriente romano, poseía ya una comunidad de paganos convertidos. Era la segunda Iglesia madre de los *cristianos*, *cuyo nombre se encuentra aquí por la primera vez* [1]. Bernabé y Pablo predicaron allí con mucho éxito. Volviéronse despues á Jerusalen para llevar el producto de una colecta á sus hermanos, visitados por el hambre. Los fieles gozaban allí de cierto reposo, porque el Sumo Sacerdote y su consejo habían sido privados del derecho de muerte, y eran odiados, sobre todo, por el cambio de sumos sacerdotes, y por la envidia que existía entre fariseos y saduceos. En este intervalo, el emperador Cláudio había constituido á Herodes Agripa I (41-44) en rey de Judea y de Samaria. Este nuevo rey sacrificó los cristianos al odio de los sacerdotes y del pueblo, y suscitó una nueva persecucion, en la cual el Apóstol Santiago el Mayor, hermano de Juan, pereció por la espada. San Pedro mismo fué puesto en prision, é iba igualmente á ser sacrificado cuando terminaran las fiestas de Páscua. Pero la comunidad

---

1 *Act.*, XI, 26.

de los fieles oraba por él sin descanso, y libre de su prision por un ángel, apareció en medio de la Asamblea. Poco despues abandonó á Jerusalen con los demas Apóstoles, y Santiago, hijo de Alfeo, permaneció sólo en calidad de Obispo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 25.

El nombre de cristianos habría sido dado desde luégo por la poblacion pagana y por la que hablaba la lengua latina á los fieles que además eran llamados galileos ó nazarenos (Dœllinger, p. 51). Véase tambien Lipsio, Ueber den Ursprung u. aeltesten Gebrauch des Christennamens, Jena, 1873. Sobre la muerte de Santiago el Mayor, Clemente de Alejandría, Hypoth., lib. VII. ap. Euseb., II, 19, dice que su acusador, admirado de la firmeza del Apóstol, se declaró cristiano y sufrió tambien el martirio. Segun una antigua tradicion (Apoll., apud Euseb., V, 18; Clem., Strom., VI, 5), Jesucristo habría ordenado á los Apóstoles esperar doce años ántes de dispersarse por el mundo (Festum divisionis apostol., 15 Julio). Antes de su separacion, los Apóstoles habían redactado ya el Símbolo; algunos hacen derivar esta palabra de συμβάλλειν (Rufino His. eccl., I, 9, Expos. Symb. ap.). Por lo ménos *puede admitirse que nuestro Símbolo de los Apóstoles*, en su fondo y sus rasgos principales, remonta hasta los tiempos de los Apóstoles. Era conocido con el nombre de «tessera» y «regula fidei.» Iren., I, IX, 4; X, 1; Tertull., De virg. vel., c. I; De praescr., cap. XIII; c. Prax., cap. II; Leo M., Ep. XXXI ad Pulcher., cap. IV: «Si quidem ipsa catholici symboli brevis et perfecta confessio, quae duodecim apostolorum totidem est signata sententiis, tam instructa sit monitione coelesti, ut omnes haereticorum opiniones solo ipsius possint gladio detruncari.» Véase Natal. Alex., loc. cit., dissert. XII; Acta SS. Bolland., 15 Jul.; Petri Kingii, Hist. Symb. apostol.; Meyers, De Symboli ap. titulo, origine et de antiquiss. Eccl. temp. auctoritate, Trev., 1849; Caspari, Theol. Ztschr. von Christiania, t. X y sig. Mœhler, Gams. I, p. 343 y sig. La institucion por los Apóstoles de Santiago el Menor, como Obispo de Jerusalen, es mencionada por Hegesipo, ap. Eus., II, 1; la institucion por Pedro, Santiago el Mayor y Juan, en Clemente de Alejandría, apud Euseb., II, 1. Sobre la muerte de Herodes, véase Josef., apud Euseb., II, 10.

Eleccion de San Pablo.

26. Pablo no había tenido hasta entónces en la Iglesia más que una posicion subalterna. En Antioquía, en presencia de los demas profetas y maestros, tales como Bernabé, Simon Niger, Lucio de Sirena y Manahen, había permanecido en segundo término; pero estaba llamado á más grandes cosas, á la dignidad del Apostolado; iba á ser Apóstol de los gentiles. Estaba destinado á ello, tanto por su conocimiento de la ley, como por su cultura helénica, por sus aptitudes filosóficas, por su larga experiencia de la vida, por su repentina y elocuente conversion, y sobre todo, por las extraordinarias gracias que le fueron comuni-

cadas. Poseyendo en grado eminente el don de enseñar, reuniendo en sí la ciencia natural y la sabiduría sobrehumana, era en toda la extension de los términos un vaso de eleccion.

Despues de una celestial revelacion, Pablo y Bernabé recibieron la virtud del cielo por la oracion é imposicion de las manos, y fueron investidos de plenos poderes. Habían de completar el colegio apostólico, y reemplazar á los dos Santiagos, de los cuales el Mayor había padecido el martirio, y el Menor estaba al frente de la Iglesia-Madre de Jerusalen en el templo de esta ciudad. Orando Pablo un día, Dios le había revelado que era llamado especialmente á convertir á los paganos. Bernabé fué asociado á él como compañero. Sin embargo, á fin de reconocer el derecho de los judíos que eran los primeramente llamados, comenzaron siempre por las Sinagogas, en las cuales había muchos prosélitos de la puerta que podían trasmitir á los paganos el Evangelio.

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 26.

Dœllinger, obra citada, p. 50-58.

Primer viaje de San Pablo. — Reunion de los Apóstoles.

27. Pablo y Bernabé inauguraron (45) su apostolado con un viaje á Chipre, donde obtuvieron brillante éxito, convirtiendo, entre otros, al Gobernador Sergio Paulo. De allí fueron á Perga, ciudad de Pamfilia, donde su compañero Juan Marco les dejó para volver á Jerusalen; luégo se trasladaron á Pisidia y Licaonia, donde los judíos incrédulos les persiguieron, miéntras que los paganos, á consecuencia de una milagrosa curacion, les tomaron por dioses. Despues de su vuelta á Antioquía, suscitóse entre ellos una controversia sobre si los paganos convertidos debian ser sujetos á la ley mosáica, y especialmente á la circuncision, ó si debía considerárseles como prosélitos de la justicia. La admision de Cornelio había sido un caso excepcional y aislado, al cual había impreso el sello de una sancion divina la milagrosa comunicacion de la gracia.

Mas cuando los rígidos judeo-cristianos de Palestina, que no habían depuesto aún sus preocupaciones judáicas, vieron formarse comunidades enteras de fieles salidos del paganismo, se aterraron, y al llegar los Apóstoles á Antioquía, exigieron de los paganos convertidos como condicion necesaria para la salvacion, que se hiciesen circuncidar y observasen puntualmente el ritual mosáico. Siguió á esto grande confusion.

Con este motivo Pablo y Bernabé, acompañados de Tito, griego convertido, y de algunos otros, se dirigieron á Jerusalen, donde se hallaban los Apóstoles. A propuesta de Pedro y de Santiago, la Asamblea de los

Apóstoles, sacerdotes y fieles, decidió que no se impondría la circuncision y la ley á los paganos convertidos; *que se les prohibiría solamente* comer manjares ofrecidos en los sacrificios de los paganos, así como probar la sangre y carne de animales ahogados, y que se les vedaría la deshonestidad, la cual era tan comun entre aquéllos. San Pablo, en una entrevista privada, había expuesto á los Apóstoles su conducta, *á fin de solicitar la aprobacion de ella, por más que hubiese obrado por* inspiracion divina. Los Apóstoles la aprobaron, y concluyeron con él una alianza fraternal. Él se dedicaría principalmente á los paganos, miéntras que Pedro y Santiago se dirigirían á los judíos. Esta Asamblea se celebró entre los años 50 y 52 de nuestra Era.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 27.

Viaje apostólico de San Pablo, Act., XIII, XIV; controversia sobre la observancia de la ley, ibid., XV y sig.; decreto de los Apóstoles, véase Walch, Hist. eccl. sæc. I, cap. IV, *sect. III*, § 5; *Lumper, O. S. B., Hist. theol. crist., VIII*, 220-231; Friedlieb, Oesterr. Vierteljahrsschr. f. Theol., 1863, p. 135 y sig.; W. Schenz, Hist. exeget. Abhdlg. über das erst. allgem. Concil. in Jerusalem. Regensb., 1869. Se disputa si había entónces en Jerusalen otros Apóstoles fuera de Pedro, Santiago, Pablo y Bernabé, y cuál era su número. Dœllinger, p. 61, no admite sino éstos, que son los únicos nombrados en las actas.

Controversia en Antioquía.

28. El decreto apostólico nada había determinado en lo concerniente á los judeo-cristianos, y continuábase ignorando por qué medios se podría hacer vivir en comun y como hermanos á circuncisos é incircuncisos. Admitíase tácitamente, al parecer, que los judeo-cristianos y los Apóstoles mismos continuasen observando la ley; pero la menor cosa podía fácilmente conmover los ánimos, porque los judíos tenían por impuros hasta á los paganos convertidos, y creían mancharse comiendo con ellos. Los Apóstoles, sin duda, no vacilaban en dar á la caridad fraterna preeminencia sobre la ley ritual; pero en Judea, donde sólo había judeo-cristianos, no se ofrecía ocasion de probarlo con actos. Presentóse una cuando Pedro (porque es el Apóstol y no un discípulo de este nombre á quien Pablo llama *Cefas*) llegó á *Antioquía, donde la ley* judáica no era la del país; y no vaciló en hospedarse en casa de paganos convertidos, y comer con ellos. Entre tanto vinieron de Jerusalen algunos judeo-cristianos de la comunidad de Santiago. Para evitar un escándalo, y conservar su influencia entre los judíos de Palestina, Pedro creyó prudente *retirarse de la sociedad de los paganos* convertidos,

ejemplo que fué seguido por los judeo-cristianos de Antioquía y por el *mismo Bernabé. No era esto una violacion del decreto del Concilio*, porque nada había decidido sobre la cuestion presente; tampoco era un acto de pusilanimidad, porque Pedro había demostrado bastante su dictamen contrario; era una medida de prudencia fundada en graves razones. Como tenía principalmente el intento de convertir á los judíos, parecíale ménos arriesgado retirarse de la sociedad de los *paganos* convertidos. Además, la ley judáica era la ley nacional de todos los ciudadanos y de cuantos habitaban en aquel territorio; añádase que no concurría en favor de los cristianos de Antioquía, como había concurrido en Cornelio, el don del bautismo de fuego, y que ninguna revelacion divina había respecto á los nacidos en el judaismo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 28.

Dœllinger da una excelente explicacion del cap. II de la Epístola á los Galatas, p. 62-65. Comp. Aug., C. Faust., XXVIII, IV; Quæst. ev., II, q. XL, n.º 3; Windischman, Galaterbrief, p. 53. Los autores siguientes A. Pighe, Al. Carrerius, Harduino, Vallarsi (Op. S. Hier., VII, I, p. 407, annot. d.); H. Kilber (Theol. Wirceb., t. I, disp. II, cap. III, a. 1, n.º 1 y sig.; Inst. III, ad III, p. 404); Zaccaria (*Diss. su Cefa ripresso da S. Paolo Diss.* var., 1, p. 195, Roma, 1780); M. Molkembuhr (Quod Cefas, Gal., II, 11, non sit Petrus ap., Monast., 1803); A.-F. James (Disertaciones donde se prueba irrefragablemente que San Pedro sólo decidió la cuestion de fe sometida al Concilio de Jerusalen, y que Cephas, reprendido por San Pablo en Antioquía, no es el mismo que el príncipe de los Apóstoles, París, 1846), y en nuestros días A. Vincenzi (véase arriba § 7), part. II, p. 87 y sig., han intentado probar que el Cephas reprendido por Pablo no era el Apóstol San Pedro sino el discípulo Cephas. Se apoya: *a.* en que esta opinion, *léjos de ser* contradicha por la antigüedad cristiana (conocíanla ya San Jerónimo, Hier., Comment. in Gal., II, 11; San Gregorio Magno, In Ezech, lib. II, hom. VI, n.º 10; Op. I, 1368, ed. Maur.; San Crisóstomo, Hom., in illud: «In faciem ei restiti,» n.º 15; Op. III, 383 y sig.; Œcum. in h. l., p. 731, 2.º loco), era admitida por Clemente de Alejandría (Hypot., lib. v, ap. Euseb., 1, 12). Doroteo de Tiro, la Crónica alejandrina (véase arriba § 6), y Eusebio citan expresamente á Cephas entre los setenta y dos discípulos; tambien las antiguas Constituciones apostólicas, en Pitra (A. 15, b), I, 74; los Menologios griegos, Salomon de Bassora (en Assemani, Bibl. or., III, p. 319 y sig.); *b.* en que el nombre de Pedro se encuentra ciento cincuenta veces en el Nuevo Testamento, alguna vez con el sobrenombre de Simon; pero *el* de Cephas no aparece sino *ocho* veces *solamente y* en cada una puede entenderse de persona completamente diversa del príncipe de los Apóstoles, *excepto en* Joan., I, 42; *pero* en este caso se añade inmediatamente el nombre de Pedro.

Véase I Cor., I, 12; III, 22 (donde Cephas está puesto despues de Apolo); IX, 5 (donde se cita á los Apóstoles, á los hermanos del Señor y luégo á Cephas); XV, 5. Muchos aplican este pasaje á Luc.; XXIV, 13 y sig., y ponen los discípulos que allí se *citan en contraste* con los once. Los pasajes controvertidos son Galat., II, 9, 11,

14. Como la palabra *Pedro* se halla expresamente en los versículos 7, 1 y 18, parece que tambien aquí Cephas es distinto de él. La leccion de Pedro por Cephas, en la Vulgata, Gal., II, 9, 11, 14, proviene acaso de la opinion que profesaba San Jerónimo. El comentario atribuido á Pelagio (Op. Hier., IX, p. 835, ed. Veron.), trae aquí Cephas; lo mismo se ve en muchos griegos, Eutalio, Didimo (Trin., II, 6, 13), Crisóst., miéntras que los manuscritos varían. La traduccion armenia concuerda con la Vulgata.

c. Se invoca la relacion de la Epístola á los Gal. c. II, con las Actas, c. XV, relacion ya admitida por los antiguos (Tertul., Cont. Marc. V, 2, 3; Amb., In Gal. Com., cap. IV), etc., hasta Grocio, y se intenta demostrar que si la persona censurada por San Pablo era el Apóstol San Pedro, había contradiccion entre Gal. c. II, y las Actas. Pero esta contradiccion desaparece ante la explicacion exacta de ambos textos. Los demás argumentos no son decisivos y la opinion contraria tiene en su apoyo la mayoría de los Padres y teólogos, especialmente los exegetas desde San Jerónimo, San Crisóstomo y Teodoreto. San Ireneo, XIV, 12, y Orígenes, t. XXXII in Joan., n.º 5 (Migne, t. XIV, p. 753), entienden por el Cephas reprendido el Apóstol Pedro. Pasaglia (57), lib. I, cap. XXIV, p. 217 y sig. 223 y sig., y el piadoso Mozzoni (A. 33 b.), t. I, nota 66, rechazan igualmente la opinion arriba expresada.

Segun Tertuliano, De praescript., cap. XXIII; Cont. Marc., I, 20; IV, 3; V, 3, los herejes, especialmente Marcion, invocaban las censuras de Pablo contra Pedro, miéntras que Juliano y Porfirio se aprovechaban de ellas para acusar á los dos Apóstoles. (Hier., loc. cit.; Ep. LXXV ad Aug., cap. V; Cyrill. Alex., C. Jul., libro IX fin., ap. Migne, t. LXXVI, p. 1000 et seq.) San Jeron., cita á Orígenes, Apolinar de Laodicea, Didimo, Eusebio de Emesa y Teodoro de Heraclea, en favor de la opinion sostenida por él, de que la reconvencion que á Pedro dirigió Pablo era una «dispensatio honesta.» Entre él y San Agustin estalló con este motivo una disputa. El segundo (Ep. LXXXII ad Hier.; ep. XXVIII, XL; De bapt. c. Don., II, 1, Com. in Gal., cap. II), á ejemplo de San Cipriano (Ep. LXXI ad Quint., Op., ed. Hartel. part. II, p. 773, c. III), de Zozimo de Terasa en el Concilio de 256 (ibid., part. I, p. 454), y de San Ambrosio (in h. l.), rechazaba esta opinion. (Natal. Alex., Saec. I, diss. XI; Mœhler, Ges. Schr., I, p. 1 y sig.). La opinion de San Agustin sigue predominando. Fac. Herm., Defens. III, cap. I, 9. Los Padres citan aquí el ejemplo de humildad de San Pedro: Cypr., loc. cit.: «Nam nec Petrus, quem primum Deus elegit et super quem fundavit Ecclesiam suam, cum secum Paulus... disceptaret, vindicavit sibi aliquid insolenter aut arroganter assumsit, ut diceret, se primatum tenere et obtemperari a novellis et posteris sibi potius oportere, nec despexit Paulum..., sed consilium veritatis admisit et rationi legitimae, quam Paulus vindicabat, facile consensit, documentum scilicet nobis et concordiae et patientiae tribuens.» Aug. in h. l.: «Objurgationem talem posterioris pastoris libentissimo sustinebat. Nam erat objurgatore suo ipse, qui objurgabatur, mirabilior et ad imitandum difficilior.» Ep. LXXXII cit., n.º 22: «Est laus itaque justae libertatis in Paulo et sanctae humilitatis in Petro.» Los Padres hacen brillar de mil maneras su respeto á la dignidad de Pedro, ora hagan caer la censura sobre su discípulo Cephas, ora sobre el mismo. En este último caso, algunos admiten un temperamento «oeconomia;» y los que lo rechazan, exaltan más bien la dulzura y modestia de Pedro, que el atrevimiento y firmeza de Pablo.

29. Sin embargo, Pablo no vaciló en vituperar su conducta tratán-

dola de hipocresía; Pedro tenía contra sí su propia declaracion en el Concilio de los Apóstoles; y la conducta que hasta entónces había observado, de la cual se apartaba súbitamente, protestaba contra él. Por la elevada posicion que ocupaba en la iglesia, parecía usar de fuerza moral para imponer la observancia de la ley á los paganos convertidos, y los observantes fariseos podían abusar de este ejemplo. No conocemos la respuesta de Pedro. Pablo no defendía más que su opinion personal; su desaprobacion no caía sobre una verdad dogmática, sino sobre conducta práctica; por esto no tuvo consecuencias. Pablo observó la ley, que era indiferente en sí misma, tanto en la circuncision de Timoteo, como cuando se hizo nazareno [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 29.

Bastaría para probar que no se trataba de una disputa dogmática, la expresion de οὐκ ὀρθοποδοῦσιν (véase Windischmann, loc. cit.), así como la reconvencion misma de Pablo que objetó á Pedro sus propios principios, y en fin, la opinion de los Padres. Cyrill. Alex., lib. X Contra Jul., fin., p. 1001; Aug., Quaest. ev., lib. II, q. XL; ep. LXXXII cit., al. XIX, ad Hier.; S. Thom. II II, q. XXXIII, art. 4; Lect. in ep. ad Gal., II, 11.

Segundo viaje de San Pablo. — Sus primeras Epístolas.

30. Poco tiempo despues, comenzó Pablo con Silas su segundo viaje, desde Antioquía, y miéntras que Bernabé, acompañado de su primo Juan Márcos, volvía á Chipre, su país natal, Pablo visitó á los fieles de Siria, Cilicia y Licaonia. En Lystra tomó por compañero al jóven Timoteo, que hubo de someterse á la circuncision, á causa de los judíos, entre los cuales iba á ejercer su ministerio. Los tres continuaron en seguida su camino hácia Frigia, Galacia y Misia. Alentado por una vision, Pablo pasó por primera vez á Europa, comenzando por Macedonia. En Filipos, convirtió á la familia de Lydia y á la de su carcelero; pasó por grandes pruebas, pero el éxito fué completo.

En Tesalónica, el Apóstol predicó en la Sinagoga judía, convirtió multitud de hombres y de mujeres, especialmente paganos, y no tardó

1 ¿Acogió bien Pedro estas representaciones de Pablo? La opinion general de los antiguos Padres es que San Pedro recibió con calma y moderacion las reconvenciones de San Pablo; y San Agustin tiene buen cuidado de notar que esta conducta, digna y paciente, es mucho más admirable que la impetuosidad natural del censor: San Pedro, añade, nos ha dado un magnífico ejemplo. En cuanto á nosotros, repetiremos las palabras de un célebre historiador de nuestros dias: «Era esta una de aquellas complicaciones de las que puede decirse, cosa rara sobre la tierra, que cada parte tenia razon desde su punto de vista.»

(Nota del trad. franc.)

en *ser perseguido*. La misma *suerte le cupo en Béroe*; donde dejó á Silas y Timoteo para volver á Aténas, cuyos habitantes no le escasearon los ultrajes. Sin embargo, su discurso ante el Areópago, en el que habló del Dios desconocido con ocasion del altar que le estaba consagrado, causó gran impresion. Verificáronse algunas conversiones, entre otras, la de Dionisio el Areopagita, más tardo primer obispo de Aténas. El éxito fué grande en la voluptuosa Corinto. Pablo se hospedó en la casa de Aquila, que abandonando el judaismo había abrazado la Religion cristiana. Los judíos que le acusaron ante el procónsul Gallion fueron rechazados. Otra conversion notable fué la de Crispo, jefe de la Sinagoga, y la de toda su familia.

Durante su permanencia en Corinto, Pablo escribió sus dos primeras epístolas dirigidas á los de Tesalónica. La situacion religiosa de éstos hallábase establecida de un modo regular; pero preocupados con la segunda venida de Jesucristo, que creían próxima y ménos favorable á los muertos que á los vivos, descuidaban ó abandonaban los deberes de su vocacion. Pablo combatió estos errores en la primera de sus dos epístolas; y como entre tanto se había esparcido por Tesalónica una supuesta carta del Apóstol que confirmaba aquella opinion, intentó, en su segunda epístola, atraer los ánimos sobreexcitados, á sentimientos más reflexivos, indicando los signos que debían preceder al advenimiento de Jesucristo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 30.

Act., xv, 36-18, xvii; Dœllinger, obra cit., p. 65-68. Sobre el discurso de Aténas, Focio, Amphil., q. ccm, p. 945; q. xcii, p. 580, ed. París. (q. cc, p. 279; q. xci, § 2, p. 156, ed. Athen.).

31. Despues de una persecucion de diez y ocho meses, Pablo abandonó á Corinto, y, pasando por Éfeso, llegó á Jerusalen para cumplir un voto. Sólo permaneció algun tiempo en esta Iglesia-Madre, y despues visitó á Antioquía y las comunidades de Galacia, permaneciendo luégo en Éfeso por mucho tiempo. Un judío de Alejandría, el elocuente Apolo, iniciado primero por discípulos de Juan, había acabado de instruirse con los amigos de Pablo, Aquila y Priscila. Provisto de cartas de recomendacion, fué á Corinto, y enseñó allí con mucho fruto. Más tarde se encontró de nuevo en Éfeso con Pablo, que había bautizado en esta poblacion *á doce discípulos* de Juan, sobre los cuales el Espíritu-Santo hizo brillar de nuevo el poder de sus dones. Muchos, que hasta entónces se habian dedicado *á las artes mágicas*, se convirtieron; miéntras que otros, ardorosamente afectos al culto de los ídolos,

y en especial al de Diana, intentaron sublevar al pueblo. Esta tentativa no tuvo resultado.

En Éfeso, escribió San Pablo su epístola á los Gálatas, y la primera á los Corintios. Las comunidades fundadas por él en Galacia se componían en gran parte de paganos convertidos, mezclados con judeo cristianos. Los doctores judíos perturbaron á muchos fieles, induciéndoles á someterse á la circuncision y otros usos judáicos. Si pretendían generalizar la adopcion en la práctica, no de toda la ley sino de algunas de sus prescripciones, esto no era, decían, por oponerse al decreto de los Apóstoles, sino por razones de seguridad; porque los cristianos incircuncisos no eran ménos perseguidos por los paganos que por los judíos, miéntras que los circuncidados gozaban, como tales judíos, de mayor tranquilidad. Era tambien, añadían, por respeto á los principales Apóstoles de Judea, que observaban la ley, y ellos consideraban esta observancia como cosa agradable á Dios, meritoria y más perfecta [1]. Júntese á esto que sospechaban del ministerio apostólico de Pablo, porque no había vivido como los otros en la intimidad de Jesús, ni comenzado sino muy tarde á predicar el Evangelio.

Pablo les demuestra: 1.º que ha sido directamente llamado al apostolado, y que su enseñanza es de orígen divino; 2.º que no puede sacrificar la libertad evangélica á la servidumbre de la ley; 3.º que los dones del Espíritu-Santo se obtienen, no por las obras de la ley, sino por la fe.

Los acontecimientos de Corinto reclamaron igualmente la intervencion enérgica del Apóstol. Habíanse formado allí diferentes partidos, unos afectos á Cefas, otros á Pablo; éstos á Apolo, aquéllos solamente á Jesucristo á quien habían conocido. Esta falta de unidad eclesiástica, que por lo demás no penetraba en el terreno del dogma, fué extirpada por San Pablo con gran vigor. Sus palabras, con las que se propone á la vez reprender á los que han faltado, rectificar los errores é instruirlos, se dirigen á todos, ya á los partidarios de Apolo (íntimamente unido á él), que se prevalían de su erudicion, fácil palabra y dialéctica, ya á los que interpretaban alegóricamente la doctrina de la Resurreccion, y ponderaban la sabiduría humana en general, ya por último, á los hombres voluptuosos, y sobre todo á los adúlteros, numerosos todavía en la elegante Corinto; dirigen asimismo á los que intentaban procesos ante los tribunales paganos, y participaban de sus festines, donde se comían manjares ofrecidos á los ídolos, y á los que fundándose en el élogio que el mismo Pablo había hecho de la virginidad, despreciaban el matrimonio.

---

1 *Galat.*, v, 12, 13

Tercer viaje de San Pablo.

32. Para librarse de los numerosos peligros que le amenazaban en Éfeso, Pablo se trasladó á Macedonia, pasando por la Troade, y visitó á los fieles de este país. Las noticias que le trajo Tito sobre la acogida que los Corintios habían hecho á su primera epístola, le decidieron á escribir otra que compuso en union de Timoteo. Recomienda en ella hacer colecta en favor de los cristianos pobres de Jerusalen. Judíos heréticos habían atacado su calidad de Apóstol, y tratado de quebrantar la confianza que se le manifestaba. Necesitaba, pues, justificar á la vez su ministerio y su persona. Para esto demostró su autoridad apostólica recordando sus trabajos y sufrimientos, así como las gracias y revelaciones de que había sido objeto.

Poco tiempo despues de componer esta epístola, San Pablo, que había ya desplegado su celo hasta en las costas del mar Adriático, emprendió el viaje á Corinto, con el fin de apaciguar completamente las divisiones que acababan de estallar allí. Su permanencia en esta ciudad y en Grecia fué de tres meses; entonces fué cuando escribió su epístola á los fieles de Roma. Todavía no había visitado Pablo en persona á esta capital del mundo. Era la primera vez que escribía á una comunidad de paganos y de judíos convertidos, que le era completamente desconocida, y de la cual no había sido él fundador, si bien contaba allí con numerosos amigos, entre los cuales estaban Aquila y Priscila. Ningun peligro formal había amenazado todavía á aquella comunidad. Pablo no se proponía otra cosa que prevenir á sus lectores contra las seducciones posibles y consolidar los vínculos que les tenían unidos. Allí expone con mucho método y profundidad el estado de la humanidad pecadora, indica el verdadero camino de la salvacion, y deplora el endurecimiento de la mayor parte de los judíos.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 31 y 32.

Act., XVIII, 18, 19, 40; Dœllinger, obra cit., p. 68-75.

33. Desde Corinto, Pablo se dirigió á Filipos, donde encontró nuevamente á Lúcas, y despues á la Troade, donde halló á Timoteo y algunos otros compañeros de viaje. En Mileto, se despidió de los jefes que dirigían las comunidades del Asia superior, y á quienes no había de ver más: les previno que no tardarían en aparecer herejes entre ellos; les predijo las tribulaciones que le aguardaban, y que el profeta Agabo anunciaba tambien; y despues llegó por quinta vez á Jerusalen, llevando el producto de una colecta.

Por mas que Pablo, siguiendo el consejo de Santiago, se presentó en el templo para probar con cuánta injusticia se le acusaba de despreciar la ley, y para participar allí del sacrificio, los judíos del Asia Menor, de quienes se le había prevenido anteriormente que se guardara, no dejaron de excitar contra él una violenta conmocion. La guardia romana del templo le libró de las manos de la muchedumbre sublevada. El discurso que Pablo dirigió á ésta, sólo sirvió para excitar una nueva tempestad, cuando, despues de referir su conversion, habló de su mision entre los pueblos paganos. Los judíos, para quienes este lenguaje era intolerable, pidieron su muerte. Libróse del suplicio que le reservaba el gobernador romano, invocando su derecho de ciudadano de Roma. En la apología que pronunció ante el gran Consejo, insistió principalmente en la Resurreccion de los muertos, lo cual promovió una disputa entre fariseos y saduceos.

Lysias, tribuno de la cohorte romana, informado de la conjuracion tramada contra Pablo, le hizo conducir con numerosa escolta ante el procónsul Félix, en Cesarea. Allí el Sumo Sacerdote Ananías y muchos miembros del Sanhedrin, comparecieron como acusadores contra él; pero el procurador Félix y su sucesor Festo no quisieron abandonarle al odio de los judíos; esperaban que el Apóstol se libraría á precio de oro, pero vieron defraudadas sus esperanzas. Pablo intentó inútilmente convertir al rey Agripa II, que se encontraba allí á la sazon. Este príncipe se contentó con rendir homenaje á la habilidad de su palabra y á su carácter. Habiendo apelado Pablo al Emperador, fué conducido á Roma como prisionero, al cabo de dos años de cautiverio en Cesarea.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 33.

Act., XX-XXVI; Dœllinger, obra cit., p. 75-77.

Primera cautividad de San Pablo en Roma.

34. Despues de una navegacion en extremo peligrosa, y de detenerse en Malta, Pablo arribó á las costas de Italia, en la primavera del año 61 (ó 62). Los cristianos de Roma salieron á recibirle hasta las afueras de la ciudad. En Roma, fué retenido prisionero en una casa particular, con permiso para recibir visitas. Los acusadores judíos no comparecieron, y el proceso siguió lentamente su curso. Pablo tenía á su lado á Lúcas, Timoteo, Tychico, Marco, Dimas y dos compañeros de cautiverio, los macedonios Aristarco y Epafras. Durante estos dos años, San Pablo escribió á Filemon, é intercedió en favor del esclavo Onésimo,

que había emprendido la fuga. Escribió tambien á la comunidad de los Colosenses, fundada por Epafras, y cuya fe estaba amenazada por los zelantes judíos y otros herejes; despues á las diversas Iglesias del Asia anterior, á las cuales explicó la grandeza de la gracia divina, la unidad de la Iglesia, la importancia de su apostolado, y los sublimes deberes de los fieles. Durante su cautividad, la primera de las comunidades que había fundado en Europa, la de Filipos, «su alegría y su corona,» le envió por medio de su jefe un socorro en dinero. Pablo respondió con las protestas de la más ardiente caridad, y les puso en guardia contra sus adversarios judáicos y otros seductores.

Es antigua tradicion, confirmada por numerosos testimonios, que Pablo salió de esta primera cautividad. Aquí terminan las Actas de los Apóstoles, escritas por San Lúcas (ántes del año 67). Se limitan á decir que esta cautividad duró dos años; tuvo pues fin; si hubiese terminado con la muerte del Apóstol, no es creible que hubiese dejado de hablar de esto su fiel compañero. Lo cierto es que los judíos, si prosiguieron en Roma su acusacion, no podían imputarle crímen digno de muerte, como así lo habían reconocido Félix y Festo en Palestina. En Roma, Pablo había llegado á convertir hasta á personajes de la Corte imperial [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 34.

Act., XXVII, XXVIII; Niceph. Callixt., II, 31-33; Dœllinger, p. 77-80. La epístola á los Efesios es citada por Marcion, como dirigida á los de Laodicea, y los antiguos sabían ya que estaba dirigida á muchas comunidades. Tertull., Contra Marc., V, 11, 17; Basil., lib. II Contra Eunom., n.º 19 (Migne, t. XXIX, p. 612). Sobre la sucesion de las Epístolas de San Pablo, nota San Crisost., Arg. in ep. ad Romanos (Migne, t. LX, p. 202 et seq.), que las dos dirigidas á los de la Tesalónica, preceden á las escritas á los Corintios, y éstas, así como la epístola á los Gálatas, son anteriores á la que envió á los Romanos; vienen despues la dirigida á los hebreos, á los Filipenses y á Filemon, y luégo las pastorales. Véas. E. Meister, Krit. Ermittel. der Abfassungszeit der Briefe des hl. Paulus, Regensb., 1875.

Martirio de Santiago. — Su epístola.

35. En este intervalo, el Apóstol Santiago, que había permanecido en Jerusalen en su calidad de obispo, hizo todo lo posible por ablandar los corazones de los judíos endurecidos y ganarlos para el Evangelio. Su ascetismo, que no podía ser criticado ni aun desde el punto de vista de las prácticas rigurosas del judaismo, su admirable

1 *Phil.*, I, 13; IV, 22.

espíritu de sacrificio, su asombrosa santidad; infundían respeto hasta en los judíos más enconados contra él. Nazareno, observaba austeramente el ayuno; había recibido el sobrenombre de Justo, avergonzaba con su conducta á los fariseos mismos, y era brillante ejemplo para los judeo-cristianos.

Escribió á las doce tribus de la dispersion, á los judeo-cristianos que vivían fuera de Palestina, una epístola, que por su estilo agradable y límpido hace suponer á muchos que había tomado por intérprete á un judío helenista. En esa epístola, donde abundan las imágenes grandiosas y magníficas, y cuyos pensamientos recuerdan el discurso de Jesús en la montaña, combatía los errores sobre la justificacion por la fe, y mostraba que sin las obras, ésta es insuficiente para la salvacion.

El crímen espantoso con que su pueblo se había manchado rechazando al verdadero Mesías, lo excitaba á pedir por él sin descanso. Aunque cristiano, tenía el alma de un verdadero israelita; consideraba las formas del Antiguo Testamento como las raices de su piedad, y el conjunto de su vida recordaba la antigua alianza á la cual permanecía fiel hasta el límite de lo posible.

Desdichadamente, la malicia y reprobacion del pueblo judío iban á revelarse en toda su profundidad, y Santiago fué condenado al martirio en la misma Jerusalen que tan tiernamente amaba. Se le mandó renegar de Jesucristo, y explicar quién era Jesús, y qué se había de hacer para entrar en la vida eterna. « Jesús está sentado á la diestra de Dios Padre, y vendrá entre las nubes del cielo, » fué su respuesta, que exasperó los ánimos. Precipitáronle desde el pináculo del templo, y fué lapidado en el lugar donde cayó. Como conservase todavía un resto de vida, y pidiese por sus verdugos, un batanero lo acabó de matar dándole un mazazo en la cabeza. Anan hizo además apedrear á otros cristianos; despues fué destituido por Heródes Agripa II. Era la tercera persecucion que sufria esta Iglesia, y había motivos para temer que muchos de sus miembros se precipitasen en la apostasía.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 35.

Se ha discutido si el Apóstol Santiago, hijo de Alfeo, era el mismo que el *hermano del Señor y Obispo de Jerusalen*, citado en los *Gal.*, I, 19. *Fundándose en* las Constituciones apost., II, 55, VI, 16, VIII, 46 y otros libros apócrifos, muchos griegos, y despues los Bolandos, Henschen, Florentini, Gombéfis, Mazocki, Zaccaria (Diss. de rebus ad Hist. eccl. pertinent., t. I; Diss. I de tribus Jacobis), Rothe (p. 264, n. 134), *Lindner* (I, p. 21), y *Vincenzi* (§ 7), *Luc.*, *II*, p. 159 y sig., creen que se trata de dos personas. La identidad es admitida por Baronio, Petavio, Pearson, Cotelier, Natal Alejandro, Casino, Tillemont,

Gardeshoschi, Orsi, Hugues, Schleyer (Frib. Zeit.-Schrift., t. IV, 11-65); Guericke, Einleit. in das N. Testament., p. 483; Windischmann, op. cit., p. 31; *Dœllinger*, obr. cit., p. 104 y *sig.*, etc. Sobre la piedad de Santiago, Hegesipo, ap. Euseb., II, 23; Epifan., hom. XXIX, 4; Lumper, t. III, p. 110 y sig., not. m.; Rothe, p. 270; Lechler, p. 170-177. Santiago era llamado el protector del pueblo δίκαιος, y Ὠβλίας, עם בעל, περιοχὴ τοῦ λαοῦ καὶ δικαιοσύνη. En esta cuestion: τίς ἡ θύρα Ἰησοῦ; la palabra θύρα se explica ordinariamente por שָׁוְיִ (en lengua rabínica, estimacion, valor). Sobre el género de muerte que padeció, véas. *Clemente de Alejandría*, *ap. Euseb.*, *II*, 1. Segun Josefo, Antiq. XX, IX, I, debió morir el año 62-63, despues de la partida de Festo y la llegada de su sucesor Albino; segun Euseb., III, 11, poco tiempo ántes de la ruina de Jerusalen, hácia el año 69. Sigue á este autor Roth, p. 274 y sig. Pero la mayor parte se deciden por Josefo. Dœllinger, p. 103-108; Kœssing, De anno quo mortem obierit Jacobus frater Domini, Heidelb., 1857.

Epístola á los hebreos.

36. *Por el mismo tiempo (año 63), Pablo escribió á los judeo-cristianos* de Palestina, cuyo primer jefe, modelo de firmeza, acababa de morir. A la generacion naciente que se sentía inclinada hácia la apostasía por el ódio de los judíos no convertidos y por el temor de ser excluida del templo, San Pablo expone la sublimidad de la nueva alianza y de su sacerdocio, y su superioridad sobre el Antiguo Testamento, donde todo era figurado. Anímalos á la perseverancia, á la sumision hácia sus jefes, mostrándoles la recompensa gloriosa que les espera en la otra vida. Los pensamientos de esta Epístola son claramente de San Pablo, si bien se sirvió de otro como intérprete, y especialmente de San Lúcas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 36.

Dœllinger, obr. cit., p. 84-86. El autor de la Epístola á los hebreos sería, segun Tertul., De pudic., cap. XX, Bernabé; segun Orig., apud Euseb., VI, 25, y San Jerónimo, Catal., cap. V, el Evangelista San Lúcas.

Cuarto y quinto viaje de San Pablo.

37. El grande Apóstol de las naciones, cuyo celo no conocía límites, había vuelto á comenzar sus expediciones apostólicas. Segun el deseo que había manifestado otras veces [1], visitó probablemente á España, que contenía en muchas de sus ciudades, situadas sobre la costa, prosélitos judíos. Despues volvió á Éfeso, donde habían aparecido algunos herejes, y en seguida marchó á Macedonia y Creta, donde dejó á Tito.

1 *Rom.*, XV, 24, 28.

Dió á éste, así como á Timoteo, que estaba en Éfeso, instrucciones y consejos sobre la manera de ejercitar el ministerio episcopal, y combatir las diferentes herejías. Detúvose en diversas ocasiones en Corinto y Nicópolis, y despues fué nuevamente preso y llevado á Roma. Este segundo cautiverio romano es mencionado en la segunda Epístola á Timoteo, y fué mucho más riguroso que el primero; prohibiósele toda comunicacion; cargósele de cadenas, y se le trató como á un malhechor. *Convencido de que marchaba á la muerte, y tocando ya á su término*, escribió en cierto modo su testamento.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 37.

El viaje de San Pablo á España se deduce de Rom., xv, 24; Clem. Rom., Ep. I, ad Cor., cap. v; Fragm. Muratori (Rel. sacr., IV, 4); Theodoret, In Ps. CXVI, vers. 1 (Migne, t. LXXX, p. 1803: καὶ εἰς Σπανίαν ἀφίκετο), y de otros datos. Baron., an. 61, n.° 2, Natalis Alex., Diss. xv, pr. 1, t. IV, p. 372; Dœllinger, p. 80 y sig.; Gams, K.-G. Span., I, I, p. 29 y sig.; Fr. Werner (Œsterr. Vierteljahrsschr. f. kath. Theol., 1863, p. 320 y sig.) Sobre los otros viajes y cartas pastorales, Danko, Hist. revel., p. 456; Dœllinger, p. 81-84.

38. Casi podría decirse que la actividad prodigiosa de Pablo había relegado á segundo término al principo mismo de los Apóstoles. San Lúcas, compañero de San Pablo, no habla sino de él en toda la parte segunda de las *Actas*. Pedro, milagrosamente libre de la prision, había emprendido de nuevo sus apostólicas tareas, empezando por Jerusalen, y había ido á visitar otras comunidades. *Estuvo largo tiempo* á la cabeza de la Iglesia judeo-cristiana de Antioquía, que en él venera al primer fundador de su fe.

ADICION.

San Pedro funda en Antioquía la primera comunidad cristiana.

Alejados de Jerusalen y dispersos por la persecucion, los cristianos fueron bastante léjos de las fronteras de Palestina, con el fin de no verse expuestos nuevamente á las violencias de los judíos. «Los que habían sido diseminados» por la persecucion emprendida contra San Estéban, «pasaron á Fenicia, Chipre y Antioquía, y anunciaron á los judíos solos la palabra de Jesucristo.» Así, pues, sabemos por las Actas que *todos los fieles, excepto los Apóstoles, fueron dispersos*[1]. Millares de cristianos se derramaron sobre el vasto territorio que se extiende desde Jerusalen á Damasco y Antioquía, y otros penetraron en Chipre, estableciéndose en diversos lugares gran número de pequeñas comunidades. Este era el segundo y precioso fruto de la primera persecucion: el Cristianismo se había extendido por toda la Judea y más allá de las fronteras del judaismo. La

---

1 *Act.*, VIII, 1, 4; XI, 19.

sangre del primer mártir había llegado á ser fecunda semilla de donde salió innumerable multitud de comunidades cristianas.

Podemos desde luégo fijar en el año 35 la llegada á Antioquía de los primeros cristianos dispersos. Pedro, príncipe de los Apóstoles, llegó allí en el año siguiente, que era el cuarto despues de la ascension del Salvador, é instituyó la primera comunidad de judeo-cristianos. Este hecho está mucho mejor atestiguado que la mayor parte de los otros acontecimientos históricos. Véase aquí lo que leemos en la crónica de Eusebio: « Despues de haber fundado en Antioquía la primera Iglesia, partió Pedro para Roma con el fin de anunciar allí el Evangelio; y habiendo sido el primer Obispo de Antioquía, fué luégo el primer Obispo de la Iglesia de Roma. » En su *Historia eclesiástica*, Eusebio designa igualmente á San Pedro como el primer Obispo de Antioquía; á Evodio como el segundo, ó sea el primero despues de San Pedro, y como el tercero á Ignacio [1]. En cuanto al año de la llegada de Pedro á Antioquía ó de la fundacion de la primera comunidad judeo-cristiana, Eusebio no lo señala.

Véase, por el contrario, lo que leemos en el *Chronicon paschale*, cuyo autor examinó gran número de fuentes, hoy perdidas, de las que sacó mucho partido: « Los primeros Obispos elegidos fueron: Pedro para Roma; Márcos el Evangelista para Alejandría; Santiago, hermano del Señor, para Jerusalen; Pedro, ya mencionado, primer Obispo de Antioquía. »

A los que objetaren que estas alegaciones deben fundarse en la autoridad precisa de las Actas de los Apóstoles, les exigiríamos préviamente que probasen que el autor de las Actas, San Lúcas, tenía por objeto investigar las obras de los demas Apóstoles tan minuciosamente como las de San Pablo, de quien era compañero. La mayor parte de los trabajos realizados por aquéllos eran desconocidos á San Lúcas, y no entraba en su plan relatar todos los detalles de los mismos. Por esta razon sabemos que San Pedro se detuvo en Antioquía y Corinto, no por las Actas de los Apóstoles, sino por las Epístolas de San Pablo, que lo indican accidentalmente. Es probable que San Lúcas lo supiese y que no quisiese hablar de ello.

El *Chronicon* fija el bautismo del tesorero de la reina de Candacia en el segundo año despues de la Ascension del Señor, el mismo en que el Centurion Cornelio fué bautizado en Cesárea. Creemos que es demasiado pronto, al ménos para el último; en cambio la lapidacion de San Estéban está muy retrasada. Sea cual fuere nuestra opinion, véase aquí cómo se expresa:

«El cuarto año despues que el Señor subió al cielo, el Apóstol Pedro, venido de Jerusalen, anunció la palabra del Señor en la grande metrópoli de Antioquía, y despues de haber sido promovido al episcopado se estableció allí como Obispo, etc.»

Las *Recognit.* de San Clemente, que datan de la segunda mitad del siglo segundo, atestiguan que en esta época se creía generalmente que Pedro se había detenido en Antioquía [2]. Diez mil habitantes de ésta habían sido bautizados por su mano. El ilustre Teófilo (que puede ser el que ocupaba la Sede de Antioquía en tiempo del mismo San Clemente) hizo trasformar su casa en Basílica, y allí fué erigida por toda la multitud del pueblo de Antioquía una cátedra á Pedro, *in qua Petro apostolo constituta est ab omni populo cathedra*; cada día afluía allí el pueblo en

---

1 *Hist. eccles.*, lib. III, ch. XXXVI.
2 *Récognit.* X, 68, 71.

innumerable multitud. Díceso en el *Itinerarium Willebrordi ab Oldenborg: In sancta Ecclesia Antiochiae monstratur cathedra sancti Petri* [1].

Segun la opinion tradicional, que ninguna razon suficiente ni autorizada permite rechazar, el episcopado de San Pedro en Antioquía duró siete años, nombrándose entónces un sucesor. Es claro que Pedro no pasó sino una parte de este tiempo en Antioquía, puesto que su viaje apostólico á Palestina y su cautiverio en Jerusalen coinciden con este periodo. Sin embargo, como no había abdicado formalmente la direccion de los fieles de Antioquía, se le consideraba aún como Obispo de esta ciudad. Ciertamente hizo un segundo viaje á Antioquía; pero ignoramos si fué durante estos siete años.

Puede ser que no se equivocase el Obispo nestoriano de Basora cuando dijo, apoyándose en documentos perdidos hoy: «Simon de Bethsaida predicó desde luégo en Antioquía y construyó allí una iglesia en la casa de Casiano (en lugar de Teófilo), cuyo hijo había resucitado y permaneció allí un año.» Pedro habria vuelto en seguida á Roma, viviendo allí despues veintisiete años [2].

Lo más importante en el relato de Eusebio se halla en este pasaje: Πέτρος... τὴν ἐν Ἀντιοχείᾳ πρώτην θεμελιώσας ἐκκλησίαν [3], que ni San Jerónimo ni la version armenia de la *Crónica* traducen exactamente al decir: *Petrus Apostolus cum* primus *Antiochenam Ecclesiam fundasset* [4]. San Pedro no solamente fundó la primera comunidad cristiana de Antioquía, sino tambien la primera comunidad donde sólo hubo judíos de nacimiento. No es esto una comparacion entre Pedro y Pablo, sino entre la primera comunidad judía y las que se establecieron despues, compuestas de paganos convertidos. Esta observacion fué hecha por J.-I. Ritter mucho ántes que por nosotros: en Antioquía, dice, hubo una doble institucion; la primera, creada en el año 36, inmediatamente despues de la persecucion de Jerusalen, era una comunidad de judíos de nacimiento, y es verosímil que Pedro fué delegado con este fin, lo mismo que lo fué en Samaria, á ménos que no se presentara allí espontáneamente; la segunda, que era una comunidad de paganos convertidos, fué establecida hácia el año 39 y organizada por Pablo y Bernabé [5].

Á la antigüedad de esta fecha, fijada para el episcopado de San Pedro en Antioquía, no puede oponerse más que una dificultad aparente, sacada de las Actas de los Apóstoles, donde se dice que despues de la persecucion de Estéban, todos los cristianos, excepto los Apóstoles, fueron dispersados de Jerusalen; pero se puede interpretar este pasajo en el sentido de que no quedó en Jerusalen sino la mayoría de los Apóstoles, ó bien que éstos, despues de momentánea ausencia, volvieron á Jerusalen y tenían allí su ordinario domicilio. Ahora bien; esta última suposicion es real en lo que concierne á Pedro, porque se hallaba en Jerusalen cuando San Pablo fué á visitarle por la vez primera [6]; y tambien cuando los Apóstoles le enviaron con Juan á Samaria y salió de Jerusalen para ir á Lido, Jafa y Cesárea, de donde volvió á Jerusalen.

---

1 Cotelier, *ad hunc locum*. — Sepp, siguiendo á Baronius y otros, atribuye esta construccion á Teófilo, *Hist. des apotres*, p. 111. — *Gesta Dei per Francos*, IV, IX.

2 *Salomonis, episcopi Basserensis, liber Apis*. — *Syriac. arabicumque text. vertit J.-M. Schanfelder*, Bamberg, 1866, cap. XLVIII, *De praedic apostol.*

3 Eusebii, *Chronicon*, libri II, *Chron. canonum quae supersunt*, ed. Alfr. Schœne. Berolini, 1866.

4 Leon I tradujo así: *Jam antiochenam Ecclesiam fundaverat (In natal, Apostol.)*

5 Sobre el episcopado de San Pedro en Antioquía, véase la *Revue de philosophie et de theologie catholique*, libr. 66, p. 161 (año 1848), Ritter. *Hist. eccl.*, p. 51, 5.ª edicion.

Act., IX, 27; *Gal.*, I, 18.

En fin, en Jerusalen se hallaba tambien cuando fué hecho prisionero por Agripa. Ahora bien; puesto que en las actas se dice que Pedro había visitado todas las comunidades cristianas, comenzando por las de Judea, Samaria y Galilea [1], es muy natural el concluir que visitó tambien más tarde ó más temprano la de Antioquía, nacida despues de la dispersion de los judíos jerosolimitanos. Así, pues, cuando los Apóstoles, noticiosos de que el Evangelio se había extendido en Samaria, enviaron allí á Pedro y Juan [2], Pedro, que se encontraba ya en esta ciudad, no tenía necesidad de ser enviado; ó, si se admite que esta mision tuvo lugar el año 35 ó 36, puede creerse que continuó su mision yendo de Samaria á Antioquía. — (*Nota del traductor francés*).

38. Es antigua tradicion, no contradicha por las Actas de los Apóstoles, que San Pedro fué á Roma durante el reinado de Cláudio. Pero nada se dice de Pedro despues del bautismo de Cornelio hasta ser encarcelado por Heródes Agripa [3], lo que puede abarcar un intervalo de cerca de tres años. Despues de puesto en libertad no habla de su partida para otro sitio [4], sino para mencionar su presencia en el concilio de los Apóstoles [5]. Si Teófilo, á quien San Lúcas dedicó su narracion, vivía realmente en Roma, si San Lúcas mismo escribió en esta ciudad, no tuvo ocasion de hablar extensamente de San Pedro; acaso quería usar de prudencia. Cuando San Pablo escribió á los romanos, San Pedro había ya trabajado entre ellos.

Bajo la influencia de éste, San Márcos escribió su Evangelio para los fieles de Roma, fijándose sobre todo en los hechos, y comenzando en el bautismo de San Juan. Dirigíase principalmente á los paganos convertidos. El mismo San Márcos fué de Roma á Alejandría, donde no tardó en surgir una Iglesia floreciente, que se gloriaba en deber su orígen á San Pedro por medio de San Márcos. Miéntras que este último permanecía á su lado, San Pedro escribió desde Roma á diferentes comunidades, compuestas en su mayoría de paganos convertidos, ó sean las de Ponto, Capadocia, Galacia, Asia y Bitinia, de las que gran número habían sido fundadas por San Pablo. En esta primera Epístola, llena de los más magníficos pensamientos, les exhorta á la firmeza y perseverancia en las persecuciones que ya habían estallado, y en las que les aguardaban. Despues de un intervalo bastante largo, les envió su segunda Epístola para prevenirlos contra los herejes que iban apareciendo entre ellos, y para darles su adios, previendo ya próxima su muerte. Las diferencias que en otro tiempo existían en las Iglesias, y que habían excitado el celo de San Pedro, habían desaparecido hacía mucho tiempo;

---

1 Διερχόμενον διὰ πάντων (*Act.*, IX, 32)

2 *Act.*, VIII, 14.

3 El P. Gams, *Saint Pierre et Saint Paul, année de leur martyre.*

4 *Act.*, XI, 18; XII, 13.

5 *Ibid.*, XV., 7.

por todas partes reinaba la concordia entre los Apóstoles, y no se halla vestigio alguno de lo que más tarde se llamó petrinianos y paulinianos.

ADICION.

San Pedro hizo el viaje á Roma por lo menos dos veces; una reinando Cláudio, y otra en tiempo de Neron. Encontramos la prueba de esto en el testimonio de Eusebio; en la duracion de veinticinco años que se atribuye á su episcopado en Roma, el cual difícilmente podría colocarse en el reinado de Neron; en la fiesta que se celebró desde el principio bajo el título de *Cathedra sancti Petri, qua primum Romæ sedit*, miéntras que la que se celebraba en Antioquía el 22 de Febrero solamente se intitulaba: *Apud Antiochiam cathedra sancti Petri*. Recuérdese tambien el título análogo dado á la festividad que se celebra en Roma en la octava de la fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo, con el nombre de *Primera entrada del Apóstol San Pablo en Roma* [1].

Se ha creido por mucho tiempo que el viaje de San Pedro á Roma había sido efectuado el año 44, porque en las Actas de los Apóstoles sigue inmediatamente, al relato de la muerte de Agripa, el de la persecucion de la Iglesia y prision de San Pedro. Pero en primer lugar San Lúcas de ninguna manera dice que su muerte ocurriera inmediatamente despues, y en segundo el mismo Lúcas coloca unos en pos de otros hechos que se relacionan entre sí, sin cuidarse del órden cronológico. De esta suerte cuenta el primer viaje de San Pablo á Jerusalen como si hubiese tenido lugar despues de la huida de Damasco, aunque medió un intervalo de tres años. Si en el caso presente cuenta la persecucion inmediatamente despues de haber hablado de la muerte de Agripa, es porque ésta tuvo lugar en la época del segundo viaje de San Pablo á Jerusalen que está relatando [2]: «Al punto, dice, el Angel del Señor hirió de muerte á Agripa porque no había querido dar gloria á Dios [3].» No dice que el Angel del Señor le hirió *al punto* porque persiguió á la Iglesia. Deducir siempre del crímen el instantáneo castigo es raciocinar falsamente; Dios, para castigar así como para recompensar, dispone á la vez del tiempo y de la eternidad.

Los antiguos [4] siguen la opinion de que Pedro hizo el viaje á Roma en tiempo de Cláudio con el fin de perseguir á Simon Mago. Nos parece que esto es interpretar algo cándidamente el providencial viaje del príncipe de los Apóstoles.

Si se dirigió á la capital del mundo pagano fué impulsado por el Espíritu Santo, y porque Dios tenía destinada de antemano esta ciudad para convertirse en la metrópoli de un imperio espiritual que iba á abarcar el universo entero; de suerte que, segun la hermosa frase del Papa Leon I, los límites de su poder espiritual se extienden mucho más allá de las fronteras de su autoridad temporal [5].

---

1 Véase los Bolandos acerca del 21 de Júlio, y el doctor Windischmann, *Vindiciæ Petrinæ*, Ratisb. 1836, p. 114. Weisler, p. 129; Pressensé, *Les trois premiers siècles*. — Hake, en sus *Actes des apôtres*, 1867, se decide por el año 44

2 *Act.*, XI, 30; XII, 1. 25.

3 *Act*, XII, 23.

4 Hier. *De vir. illustr.*, cap. I, *Ad expugnandum Simonem Magum Romam pergit*. Cons. Eusebio, II, XIV.

5 Regia per sacram beati Petri Sedem caput orbis effecta, latius praesideres religione divina, quam dominatione terrena; *Sermo Leon. I, in natali ap. Petri et Pauli*.

Algo más tarde, y *casi en la misma* época que el viaje de San Pedro á Roma, la *Crónica* y la *Historia eclesiástica* de Eusebio señalan la eleccion del primer Obispo de Antioquía, Evodio (es decir, del segundo contando á San Pedro). Ahora bien, es claro que si despues de puesto en libertad, San Pedro hubiese permanecido en aquella ciudad, si no hubiese hecho más que un mero viaje de mision, del cual *hubiera vuelto en seguida*, no se habría nombrado en su lugar un segundo Obispo. Si se le dió un sucesor, es porque estaba léjos y ausente por largo tiempo.

Sin embargo, las Actas de los Apóstoles, despues de haber dicho que fué libertado por ministerio de un ángel, añaden sencillamente: «Se volvió á otro sitio [1].» *¿Por qué no nombran este sitio?* Si San Lucas había escrito sus Actas en el año 67, y no, como es probable, en el 63, cuando Pedro vivía aún, cuando ya se habían visto y debían verse todavía sangrientas persecuciones, seguramente habría dicho: «Pedro volvió á Roma.» El bienaventurado Apóstol, en posesion desde entónces de la celeste felicidad, no habría corrido peligro alguno. No era así *en el año 63; la revelacion de su residencia* hubiera comprometido gravemente su vida, y la Iglesia misma hubiera estado expuesta á perder su Jefe. Ciertamente, los cristianos sabían bien dónde estaba; pero dar á conocer el secreto hubiera sido de su parte gran imprudencia. Una especie de disciplina arcana impedía, miéntras vivió San Pedro, dar á conocer su residencia. Despues que Dios había accedido á las *oraciones de la Iglesia* y conservado su vida por medio de un milagro tan grande, no debía considerarse lícito revelar el lugar de aquella [2].

Como la persecucion misma tenía una causa y carácter local, y las narraciones que la extienden fuera de Roma (tal como la *inscripcion española* [3], segun se la llama) son manifiestamente falsas; creemos que se redujo al recinto de la ciudad, pero que San Pedro perdió en ella la vida. Nada conocemos más preciso sobre los principios de la persecucion. Tácito mismo la fija en el año 64, y es preciso admitir, por lo ménos, que comenzó en este año. San Pedro fué una de sus últimas víctimas y la más noble de todas.

1. San Clemente de Roma, exhortando á la paz á los Corintios obstinados, les presenta *como modelos á los* Apóstoles San Pedro y San Pablo. Este recibe mayores elogios, pero San Pedro es nombrado el primero. Dirijamos los ojos, dice, sobre los Santos Apóstoles: ¿no se debe por ventura á injustísimo ódio el que Pedro fuera expuesto á contínuos combates, y que despues de haber sufrido martirio haya ido á tomar posesion de la gloria debida á sus trabajos [4]? De San Pablo dice que *fué martirizado por los* poderosos, «los jefes,» ἡγουμένων. Si con esta palabra se designa á los pretores (los cuales habrían en este caso dictado una sentencia regular), ó bien á los lugartenientes de Neron durante su viaje á Grecia, en 67, que es la comun y natural explicacion, el género, así como la época de su martirio, serian diferentes (los mártires del 64 fueron ejecutados sin formacion de *proceso*); *y como San Pablo llegó* hasta las fronteras de Occidente, su muerte habría tenido lugar más tarde.

2. El autor del Fragmento de los libros canónicos del Nuevo Testamento (hácia el 165 despues de J. C.), dice que San Lúcas, autor de las Actas de los

---

1 *Act.*, XII, 17. *Meyer*, p. 251. Baumgarten, t. I, p. 287. Segun Cornelio á Lapide, Pedro recibió del cielo la órden de ir á Roma. Hake, p. 105-106.

2 El P. Gams, *Saint Pierre et Saint Paul, année de leur martyre.*

3 Gams, *Hist. de l'Espagne*, t. I, 287.

4 *I Ad Cor.*, V.

Apóstoles, ha terminado esta obra sin haber anunciado aún el martirio de San Pedro y el viaje de San Pablo á España, *semote* (semota?) *passionem Petri, sed et profectionem Pauli ab Urbe ad Spaniam proficiscentis.* ¿Por qué no coloca el martirio de San Pablo al lado del de San Pedro? La respuesta más sencilla y natural está en decir que la narracion del fin de las Actas coincide con dos acontecimientos que están más cerca uno de otro que el martirio de los dos Apóstoles: estos dos acontecimientos son el martirio de San Pedro y el viaje de San Pablo á España [1].

3. Dionisio de Corinto (hácia el 170) narra lo que sigue en su carta á los romanos: «Los dos (Pedro y Pablo) llegaron á nuestra Corinto, y derramaron la semilla de la doctrina cristiana. Uno y otro llegaron igualmente á Italia, y despues de haber sido vuestros maestros, fueron martirizados en este tiempo, *ἐμαρτύρησαν κατὰ τὸν χρόνον* [2]. Traducir este pasaje en latin por las palabras *eodem tempore* sería no solamente inexacto, sino erróneo, aunque *eodem tempore* no signifique «el mismo dia,» sino «el mismo año,» sobre todo en el pensamiento de un escritor que vivía un siglo más tarde. Cuando decimos, por ejemplo, que tales y tales murieron durante la persecucion de Diocleciano, ó en el tiempo de esta persecucion, sabemos muy bien que puede haber gran distancia entre estos diferentes martirios.

Esta locucion «hácia el mismo tiempo» es aún más vaga y admite mayor intervalo. Lo cierto es, sí, que no significa *el mismo año y el mismo dia* de este año, pues de otra suerte Dionisio habría escrito: *τῇ αὐτῇ ἡμέρᾳ καὶ ἐν τῷ αὐτῷ ἐνιαυτῷ.*

4. En el reinado de Neron no conocemos más que una persecucion contra los cristianos; en ninguna parte se habla de otra segunda. Si se ha admitido, ó más bien, imaginado otra, es porque se ha creido que San Pedro y San Pablo habían sido martirizados juntos en el año 67. La presencia simultánea de los dos mártires en Roma es la causa única que ha hecho admitir esta segunda persecucion. Una opinion sin fundamento ha servido de base á otra insostenible. Ahora bien, San Pablo no fué víctima de la verdadera y única persecucion neroniana, porque estaba ausente de Roma y se ignoraba sin duda su residencia; en todo caso hallábase muy distante de Roma para que se dirigiera contra él la acusacion de incendiarla, miéntras que San Pedro, que se hallaba allí, fué arrastrado por la tempestad y perdió la vida. Todo se explica, pues, naturalmente. Tácito mismo, al decir que algunos cristianos fueron crucificados, *patibulo affixi*, confirma indirectamente el género de muerte que sufrió San Pedro y que el Señor le había predicho. Sabía que había de llegar á una edad avanzada y que su muerte sería semejante á la «Pasion de Cristo,» como dice Tertuliano. Si se pretendiera que la muerte de San Pedro ocurrió en el año de 66 ó 67, sería preciso suponer una cautividad de muchos años ó admitir sin motivo una segunda persecucion.

5. El *Catálogo del Papa Liberio*, llamado así porque llega hasta el 354, y es el más antiguo de todos los que hay acerca de los Papas, dice así sobre San Pedro: *Petrus annis viginti quinque, mense uno, diebus novem. Fuit temporibus Tiberii Caesaris et Caii, et Tiberii Claudii, et Neronis; a consulatu Vinicii et Longini usque Neronis*

---

1 Esta coincidencia sería más perfecta aún admitiendo que San Pablo no llegó á Roma sino en la primavera del año 62 y fué libertado de su cautiverio en la primavera del 64. Pero en este caso, su cautividad en Cesarea habría durado tres años, lo que es contrario al texto de las *Actas*.

2 Euseb., *Hist. eccl.*, II, XXV. — *Últimos viajes de San Pedro y San Pablo*, segun Clemente de Roma y Dionisio de Corinto. — *Revue trim. de Tub.*, 1830. art. de Wocher.

et Veteris (Nervae et Veri, dice el manuscrito de Boucher). *Passus autem cum Paulo die tertia calendas Julias Consulibus I, I. imperante Nerone*[1].

Sin duda no podemos saber si San Pedro fué martirizado al mismo tiempo que San Pablo; lo que sí sabemos es que ejerció el soberano Pontificado bajo cuatro emperadores; que admitiendo como válido el testimonio de la antigüedad, el Salvador murió el año 29 en el consulado de Rubelio Gémino y Fusio Gémino, y que San Pedro empezó á gobernar la Iglesia el 30, siendo cónsules Vinucio Cuartino y Casio Longino. En el año 66 ejercian el consulado L. Telesino y Gayo Suetonio; en 67 Fonteyo Capito y Julio Rufo. Diez años despues se ve figurar un consulado con el título de *Neronis et veteris,* pero hay que leer, sin duda alguna, *Nervae et Vestini*, porque los cónsules del año 65 eran Licinio Nerva, Siliano y Vestino Atico, á los cuales suceden en 1.º de Julio Cláudio Laterano, asesinado ántes de empezar su cargo, y Aniano Cereal.

Esta version defectuosa, *Neronis et Veteris*, puede atribuirse á error de los copistas. Sin embargo, el autor habla con exactitud al indicar el año 30 como el primero del reinado de San Pedro en Roma, por lo cual creemos que es tambien exacto cuando señala como el último el 65, tanto más, cuanto que las otras investigaciones conducen á este resultado. Sin poder adoptar todas las indicaciones del Catálogo, seguimos la máxima de examinarlo todo y admitir lo que no ofrezca duda. Creemos, pues, en la exactitud de la fecha, bien sea que el autor la haya calculado por sí mismo, ó bien la haya encontrado escrita en alguna parte.

6. Véase aquí lo que se lee el día 14 de Marzo en el pequeño Martirologio romano (llamado el *Parvum* de Adon, que nos lo ha conservado): *Romae, martyrum quadraginta et octo, qui baptizati sunt a beato Petro apostolo, cum teneretur in custodia, qui omnes Neronis gladio consumpti sunt.* Estos cuarenta y ocho eran sin duda catecúmenos, que cayeron lo mismo que San Pedro, víctimas de la persecucion del 64 al 65. Pedro estaba, pues, en prision á la vez que gran número de cristianos, y por consecuencia, no es posible fijar su muerte despues del año 65, á ménos que se admita sin motivo que había entrado clandestinamente en la prision y salido de allí despues de haberles administrado el bautismo, explicacion que haría sonreir á la mayor parte de los lectores. Es mucho más sencillo admitir que á la sazon sufría él con los demas cristianos el último cautiverio, y que esta vez no fué librado como lo había sido veinticuatro años ántes por un ángel del Señor, porque había terminado su carrera terrenal y cumplido la obra que el Señor le había encomendado. Llegado á la vejez, era tiempo de que extendiese sus manos: otro vino que las ligó y le condujo allí donde él no podía ya ir[2] (por sus fuerzas naturales).

Ninguna razon hallamos para dudar que San Pedro fué martirizado el 29 de Junio (65). El oficio de este día es el suyo y no el de San Pablo, lo que quiere

1 F. Kunstmann, *l'Épiscopat de l'apôtre saint Pierre à Rome, d'après le plus ancien catalogue de l'Église rom.*, en las *Feuilles hist. et polit.*, 1857. — *Origines de l'Église de Rome, par les membres de la communauté de Solesmes*, Paris, 1836, t. I, p. 10. — *Fasti consulares. — Romanorum Recogn.* J.-G. Baiterus, Tur., 1837 (t. VIII op. Ciceronis, ed Orelli). Th. Lewin, *Chronology of the New Testam.* (69 ántes de J. C. á 70 despues de J. C.) Kunstmann fija la muerte de los Apóstoles en el año 65; Lewin coloca la de San Pedro en el mismo año, y dice con nosotros que en «la relacion (de San Clemente) la muerte de San Pedro precede á la de San Pablo;» señala á la primera la fecha de 13 de Octubre del 65, y á la segunda la de 29 de Junio de 66; así, pues, ámbos habían muerto en el año 12 del reinado de Neron (p. 337 y 341). Cf. Orosio, VII, VII; Sulp.-Sév., II, XLI-XLII; Tertul., *Praescript.*, cap. III; Lact., *De morte persec.*, cap. II.

2 *Joan.*, XXI, 18.

decir que si en él no se celebraba antiguamente la memoria de San Pablo, siempre se celebraba la de San Pedro, y ningun dato indica que haya sido jamás celebrada en dicho día.

Pero entónces la cautividad de San Pedro ha debido ser bastante larga, prolongándose por lo ménos desde el 14 de Marzo hasta el 29 de Junio. Créese generalmente que duró nueve meses. Podemos suponer que sus perseguidores tardaron largo tiempo en descubrirlo, y que no queriendo los cristianos *manifestar el lugar de su morada*, fué preciso recurrir á muchos tormentos para averiguarla; que aquéllos le rogaron y conjuraron para que permaneciese oculto el mayor tiempo posible, pues siendo tan calamitosa la época, los fieles tenian suma necesidad de su apoyo; que tomase todas las medidas para no ser descubierto; que se mantuviese ignorado al ménos por *algun tiempo*, *que cambiase á menudo de residencia*, cuando se esperaba *á fuerza de tormentos y torturas arrancarle declaraciones*, *tanto más preciosas*, *cuanto que era la cabeza de la Cristiandad*. Fueron presos, dice Tácito, aquellos que se habian manifestado cristianos, y mediante sus declaraciones, inmensa multitud fué convicta de Cristianismo. Ignoramos los detalles de la persecucion; pero es muy posible que la residencia de San Pedro fuese revelada por algun cristiano pusilánime muchos meses despues de haber estallado la persecucion.

En cuanto á San Pablo, Félix le había retenido por mucho tiempo prisionero, esperando obtener de él un buen rescate. La opinion de que los cristianos nadaban en riqueza, es tan antigua como la Iglesia; los paganos no podían explicarse de otro modo los prodigios de su caridad. La idea de que los cristianos salían todos de las clases más pobres, es una preocupacion. Ahora bien: la comunidad de Roma era la más rica de todas, y véase aquí el testimonio que da de ello Dionisio de Corinto: «Siempre ha sido costumbre vuestra prestar á los hermanos todos los servicios imaginables, enviar *subsidios á las iglesias de todas* las ciudades y dulcificar de esta suerte la pobreza de los desdichados; siempre *habeis enviado socorros á los hermanos condenados* á las minas [1]; esta es una costumbre que los romanos han heredado de sus padres.» La caridad de la Iglesia *con* las Iglesias pobres y con sus propios hijos es tan antigua como la Iglesia misma [2]. Neron y sus satélites no lo ignoraban. Extraños al espíritu de beneficencia cristiana, llegaron á creer que los cristianos poseían inmensas riquezas, y que sería posible arrancar á su jefe San Pedro sumas considerables.

En esta época, Neron necesitaba dinero, mucho dinero. En cuanto á los bienes de los cristianos condenados á muerte, era natural que fuesen confiscados. Cuando se martirizaba á tantos millares de hombres de un modo tan bárbaro, ¿cómo era fácil que por sentimiento *de justicia ó de humanidad* se dejase pasar su fortuna á herederos *ab intestato*?

Todo esto parece muy creible cuando se piensa en las depredaciones sin límites cometidas en Italia y el Imperio, con el fin de reconstruir á Roma. «Entre tanto (durante la matanza de los cristianos), *Italia fué aniquilada*, *las provincias* quedaron exhaustas. Los dioses mismos se dejaron robar. En Roma fueron

1 San Clemente halló en el Quersoneso, donde había sido desterrado, 2.000 cristianos destinados á la *misma suerte*; *porque bajo el Emperador* fueron condenados muchos cristianos á las minas, *ad metalla*. Hemos visto que 4.000 judíos jóvenes habían sido desterrados á Cerdeña. Marcia, mujer de Commodo, rescató á los cristianos desterrados á Cerdeña. *(Phil. Orig.* — Dœllinger, *Hippol. et Callixte*, p. 121.)

2 Dionys., *apud Euseb.*, IV, 23. G. Phillips, *Derecho eclesiástico*, t. VI, p. 17.

despojados los templos, y se sacó de ellos todo el oro que el pueblo romano, en la prosperidad y durante largo tiempo, había depositado allí... En Asia y Acaya, no solamente fueron robados los ornamentos de los templos, sino tambien las estátuas de los dioses [1]. »

Orígenes es el primero que dice que San Pedro fué crucificado con la cabeza abajo. Preferimos voluntariamente la version de Tertuliano, que dice solamente que San Pedro fué semejante al Señor por sus sufrimientos [2]. El intervalo de 150 años y de cuatro generaciones que separa á Orígenes de la crucifixion de Pedro nos parece muy considerable, y la tradicion verbal siempre se inclina á los extremos.

San Clemente de Roma, lo mismo que Dionisio de Corinto y Muratori en su Fragmento, nada dicen del género de sufrimientos que experimentó San Pedro. En este punto, la fuente primitiva y la mejor es el Evangelio de San Juan: « El Señor indicó por qué clase de muerte él glorificaria á Dios [3]. » Aquél á quien se crucificaba extendió sus manos; otro lo ataba y conducía á donde ya no podía ir. — Puede ser que el Evangelio de San Juan fuese escrito diez años solamente despues de la muerte de Pedro, y hay muchas razones para creer que la coleccion de los escritos del Nuevo Testamento es obra de este Apóstol, porque siempre ha puesto sus propios escritos en el último rango, tanto por modestia, sin duda, cuanto porque habían sido compuestos los últimos.

Solamente al cabo de tres siglos, y gracias al *Catálogo de Liberio*, es como sabemos que San Pedro fué durante veinticinco años Obispo de Roma, y á fin de dar más peso á su testimonio, completó los veinticinco años añadiéndoles un mes y nueve dias. Estaríamos más dispuestos á creerle si hubiese dicho veinticuatro años, un mes y nueve dias. San Jerónimo dice veinticinco años en cifra redonda; y Rufino, historiador más exacto, da, como verdadera fecha, veinticuatro años. La version armenia de la *Crónica* de Eusebio se pone más acá de la verdad, no fijando sino veinte años. Este complemento de un mes y nueve días despierta dudas. ¿Dónde comienza este cálculo? Por lo comun se comienza en la toma de posesion de la silla ó en su eleccion. Ahora bien: la silla no estaba erigida aún, la comunidad romana no se habia reunido todavía, y en cuanto á la eleccion, Dios mismo se había encargado de ella. ¿Dóndo comienza, pues, el cálculo? ¿En la resolucion de San Pedro de ir á Roma? ¿En el principio de su viaje, en su llegada á Roma? Pero como no había aún comunidad romana, sería preciso decir que San Pedro tomó nota del dia de su llegada y que en seguida lo manifestó á los otros. Todo esto, como se ve, es bastante incierto é inverosimil. No podríamos, pues, admitir esta version, porque es á la vez demasiado exacta y demasiado tardía.

La fecha de veinticinco años, por el contrario, no es de manera alguna inexacta; no descansa en la tradicion, sino en el cálculo. Parece que lo más justo sería admitir con Rufino los veinticuatro años.

---

1 Sueton., *Nero*, XXXVIII. Dio Cassius, LXII, pár. 6. En 67, Neron extendió sus dilapidaciones hasta Grecia y quitó 500 estátuas del templo de Delfos solamente. (*Pausanias*, VI, XXV. 5; XVI, 9; IX, XXVII, 23; X, VII, 1. Dio Cassius, LXIII, 8; XI, 15. Sueton., *Nero*, XXXII; Tacit., *Annal.*, XV, XLV; XVI, XXIII; *Agricol.*, VI.)

2 Orig., *apud Euseb.*, III, I, (II, XXV). — (Pseudo-) Tertull. *De praescript.*, cap. XXXVI; *Adv. Gnost., scorp.*, cap. XV. *Petrus ab altero cingitur, cum cruci adstringitur.* Lo mismo Euseb., *Demonstr. evang.*, III, III (Cf. Epiph., *Haeres.*, XXVII; *Oros.*, VII, VII).

3 *Joan.*, XXI, 18-19.

Los siete del episcopado de San Pedro en Antioquia pueden colocarse ya entre el año 33 (34) y 41, ó ya entre los años 36 y 43. El primer año fué á Antioquía por la primera vez y en 43 se le dió por sucesor á Evodio, sin duda despues que hubo manifestado en Roma que no podía volver á Oriente y dedicarse á la iglesia de Antioquía.

La opinion de que San Pedro fué martirizado lo mismo que San Pablo, en 67, ha encontrado sérias dificultades: leíase que San Pedro y San Pablo habían sido martirizados el mismo dia, pero se olvidaba desde luégo que no era en el mismo año. Esta distincion es, sin embargo, esencial; ciertamente fué el mismo dia, pero no el año mismo. Y como las fiestas de la Iglesia no se celebran segun los años, sino segun los dias, y la solemnidad de ambos Apóstoles debia caer el 29 de Junio, nada era más fácil que concluir que habían muerto el mismo dia de igual año.

Hállase además que el pontificado de San Lino, primer sucesor de San Pedro (seguimos aquí el órden cronológico; San Lino, 68-80; Cleto ó Anencleto y no Anacleto, 80-92; San Clemente, 92-101) había comenzado en 68, y que no podía haber seguido la vacante de tres años (65-68). Sin embargo, se han visto tambien en tiempos posteriores largas vacantes, como corrieron entre la muerte de Clemente V (20 Abril 1314) y la eleccion de Juan XXII, coronado el 5 de Diciembre de *1316, tres años ménos cuatro meses. Ahora bien, si San Lino fué Papa* á principios del 68, el intervalo no es considerable. Tambien hubo, bajo las grandes persecuciones de Decio, Valeriano y Diocleciano, largas vacantes, que la incertidumbre de la cronología no permite precisar. La Iglesia romana, que no había hecho aún eleccion papal, no podía hacerla en tiempo de Neron; por lo demás, el cofundador de la Iglesia romana, San Pablo, estaba aún allí, y miéntras él viviese, se podía fácilmente carecer de un sucesor. Siendo discípulos de San Pablo los dos Papas Lino y Clemente, su eleccion autoriza para concluir que la influencia del espíritu del Santo Apóstol predominaba en la comunidad de Roma [1]. — *(N. del t. f.)*

---

1 El P. Gams, *Saint Pierre et saint Paul, année de leur martyre*, en aleman y en francés (Ratisbona y París, Gaume)

J.-G. Walch ha enumerado en su *Bibliotheca theolog. selecta*, t. III, p. 457, los autores que han escrito contra la residencia de San Pedro en Roma. Véase tambien P.-F. Foggini, *De romano divi Petri itinere et episcopatu, ejusque antiquissimis imaginibus exercitationes historicae*, Flor., 1741. (En sentido contrario, J.-C. Leo, *Comm. de Petri itinere et episcopatu, a Foggin. nuper vindicato*, Leips., 1743.) Cortesius, *De rom. itinere gestisque principis Apost.*, Romae, 1770. Herbst, *Sur le séjour de Pierre à Rome*, en la *Revue trimest. de Tub.*, 1820, p. 567-626. *Voyages et destinées dernières des apôtres Pierre et Paul, d'après Clément de Rome et Denis de Corinthe*, ibid., 1820, p. 621-648. Stenglein, *Sur les 25 années d'épiscopat de saint Pierre à Rome*, ibid., 1840, p. 231-281, 425-663, (con indicacion de numerosas obras) Windischmann, *Vindiciae Petricae*, Ratisb., 1836. *Origines de l'Église romaine*, por los miembros de la comunidad de Solesmes, París, 1836, Ginzel en la *Revue théol.* de Pletz, año XI *Sur l'épiscopat de Pierre à Antioche*, en la *Revue philos. et théolog.* de Bonn, n.° LXVI, p. 161. Hagemann, *l'Église romaine*, Frib., 1864. Dœllinger, *Christianisme et Église*, p. 95-103. Fr. Kunstmann, *l'Épiscopat de l'apôtre saint Pierre à Rome d'après le plus ancien catalogue de l'Église romaine*, en las *Feuilles histor. et polit.*, t. XL, p. 583-599. Allies. *The See of S. Peter*, Lond., 1866. Dominico Bartolini, *Sopra l'anno 67 dell'era volgare, se fosse quel del martirio dei gloriosi principi degli apostoli Pietro e Paolo; osservaz. storico-cronologiche*, Roma, 1866, p. 47. Herman Vicari arch. de Frib., *la Papauté dans l'histoire: à l'occasion du 18 centenaire du martyre de saint Pierre*, 1867. Ch. Brandes, *Saint Pierre à Rome et Rome sans Pierre; écrit festival*, Einsiedeln, 1867

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 38.

Ord. Vital, lib. II, cap. v, p. 117 et seq.

Sobre la primera visita de las Iglesias por San Pedro, Act., IX, 32, San Crisóstomo, dice (Hom. XVI in Act., n.° 2; Migne, t. LX, 165): καθάπερ τις στρατηγὸς περιῄει τὰς τάξεις τῶν ἐπισκόπων. Joc., Amphil., q. XLIII, cap. VI, p. 369; q. CXXVIII, p. 204: καθυπατεύων.

Sobre el episcopado del Apóstol en Antioquia, Euseb., Chron., lib. II, ed. Schœne, Berol., 1866, p. 152; Hist. eccl., III, 36, coll., c. XXII; Hier., De vir. illustr., cap. I; Chrys., Hom. in inscript. Act., II, n.° 6 (Migne, t. LI, p. 86 et seq.); Leo M. Serm. LXXXII, cap. V; Greg. M., lib. VI, ep. XXXVII; Ritter, Bonner Ztschr. f. Phil. u. kath. Theol., n.° LXVI, p. 161.

Pischler (Gesch. der kirchl. Trennung, II, p. 620 y sig.) intenta inútilmente desacreditar los testimonios sobre la residencia de San Pedro en Roma, en tiempo de Cláudio. Véas. Euseb., Chron., *loc. cit.*, p. *152*; *Hier.*, *loc. cit.*; Oros., lib. VII, cap. IV, 6; Chrys., Hom. II in Rom., I, VIII, n.° 1 (Migne, t. LX, p. 602). Las palabras de Lactancio, *De morte persec.*, c. II, sobre la segunda residencia de San Pedro en Roma, no excluyen la primera. Es verosimil que Pedro abandonó á Roma, cuando Cláudio arrojó de allí á los judíos (Sueton., In Claud., cap. XXV, col.; Act., XVIII, 2), para volver á Antioquía y á Jerusalen. Sobre los trabajos de San Pedro en Roma, véase Mamachi, Ant., lib. IV, part. II, cap. I, § 5; t. V, p. 282; Foggini, De romano D. Petri itinere et episcopatu, Flor., 1741; Windischmann, Vindiciae petrinae, Ratisb., 1836; Patrizi, De evang., lib. I, cap. II, número 23 et seq.; S. Sanguinetti, De Sede romana B. Petri Com. hist. crit., Roma, 1867; Dœllinger, p. 95 y sig.; Hundhausen, Commentar. z. I Brief Petri, Maguncia, 1873, p. 16 y sig. 21 y sig. Sobre Marc. y su Evang., Papias, Clem. de Alej., Euseb. II, 15, 16; VI, 14; III, 39.

Infiérese de Eusebio, II, 24, que San Márcos sufrió martirio con San Pedro. Aniano le sucedió en Alejandría. Véase además Iren., III, I, 1; Clemente de Alejandría, Op., II, p. 1007, ed. Potter.; Epiph., Hom LI, 6; Hier., Cat., cap. VIII; Niceph. Call., II, 15. La Babilonia de Pedro, V, 13, no es: 1.° la Babilonia sobre el Eufrates (como lo pretenden Cosme Indicopl., lib. II; Véas. Migne, t. LXXXVIII, p. 114; Erasmo, Calvino, Gerhard, J. Scaligero, Basnage, Steiger y algunos modernos); 2.° ni la nueva Babilonia de Seleucia sobre el Tigris (Michaelis); 3.° ni la Babilonia de Egipto, no léjos de Menfis (Pearson, Wall, Horn, etc.); 4.° ni Jerusalen (Spannheim, Harduino); es: 5.° Roma misma, que es llamada así en sentido figurado, como lo atestigua ya Papias, segun una antigua tradicion (Euseb., II, 14), y como enseñan ó lo indican los demás Padres (Tertull., Adv. Jud., c. IX; Contra Marc., III, 13; Aug., Civ. Dei, XVIII, II, 1; Hier., loc. cit., Ep., XLVI, al. 17, lib. II; Contra Jovin., Catena gr., ed. Cramer, Oxon., t. VIII, p. 82; Beda, Œcum. Theophyl., etc.). Esta era tambien la opinion en la Edad media (por ejemplo, de Gerhard, De investig. Ant., lib. I, III, 31, p. 19, 71, ed. Lentii, 1875). Es cierto que á Roma se la llama así en el Apoc., XVII, 5, 18; Orac. Sibyl., V, 143, 158 y sig. Por lo demás este título convenia á la ciudad universal (Véas. Tácito, Annal. XV, 44); y sobre todo estaba bien en boca de los judíos (Buxdorf, *Lexic. chald. talmud., Basil.*, *1640*, p. *2230* y *sig.*; Otto, *Lex rabbinico*-philol., Ginebra, 1675, p. 523). La mencion de Márcos y de «Ecclesia collecta» convienen perfectamente á Roma. Véase Dœllinger, p. 99; Hundhausen, p. 82 y sig.

La pretendida diferencia dogmática entre paulinianos y petrinianos se refuta: *a.* por la concordia que había entre los Apóstoles (Gal., II, 9), la cual, dado su rigor dogmático (Gal., I, 8), no hubiese sido posible sin su consentimiento en la fe. Lo mismo que Pablo reconocía á Pedro y á los demas Apóstoles (I Cor., XV, 7-9; II Cor., VIII, 28; XI, 22 y sig.) así tambien Pedro (II Pet., III, 15 y sig.) reconocía al más querido de sus compañeros. Los Apóstoles se opusieron siempre á toda especie de parcialidad; *b.* por el consentimiento en la doctrina, atestiguada ya por los discursos de ambos Apóstoles contenidos en las Actas, ya por sus Epístolas (Lechler, p. 92 y sig.; 117 y sig.); ya *c.* por la armonía que reinaba entre los diversos discípulos, tales como Juan Marco, Act. XIII, 5; Col., IV, 10; Philem., XXIV; II Petr. V, 13; Papias, apud Euseb., III, 39; Iren., III, 1; Clem. Alex., apud Euseb., II, 15; VI, 14, 14; Tertull., Contra Marc., IV, 15; y Silas, — Silvanus, Act., XV, 40; XVIII, 5; II Corinth., I, 19; I Petr., V, 2; Clem., Phil., XLI, 3; Euseb., III, 4; Clem., Ep. I ad Corinth., c. V; Orig., Philocal., c. XXII In Joan., I, 29 (Op., IV, 133); *Tertull., Praescript.*, XXXII; *Hier.*, Cat., c. XV; Adv. Jov., I, 7; Epiph., Hom. XXVII, 6; Phot., Cod. CXVII.

Dœllinger opina que es dudoso si el pasaje de Philip., IV, 3, se refiere al famoso Clemente de Roma. *d.* Así como los Apóstoles no conocían dos Iglesias (la de los circuncisos y la de los incircuncisos), sino una sola Iglesia, un solo pueblo, un solo olivo (Rom., XI, 24), la tradicion nada dice de semejante separacion. Hácia el 150, en que deberian notarse todavía huellas, Hegesipo halló la mayor armonía en todas las Iglesias que visitó (Euseb., IV, XXII). San Ireneo y los Padres se glorían de la unidad constante de la Iglesia.

e. Toda la diferencia entre los judeo-cristianos y los paganos convertidos consistía en que los primeros, miéntras subsistieron la religion y estado judáicos, observaron la ley nacional, miéntras que los últimos estaban libres de ella. La separacion del apostolado entre los judíos y los paganos no era absoluta; era sólo una division transitoria del trabajo, sin exclusion alguna. Así como Pedro recibió en la Iglesia á los primeros paganos, escribió más tarde á comunidades de paganos convertidos y convirtió á otros paganos; Pablo tambien, aunque principalmente *dedicado á los paganos*, trabajó *entre* los judíos y fué para ellos como un judío, porque se hacía todo para todos (I Cor., IX, 20 y sig.).

39. Es cierto tambien que San Pedro había emprendido largos viajes apostólicos. Había predicado en Corinto, como lo atestigua en el segundo siglo Dionisio, Obispo de esta ciudad, y vemos por San Pablo que allí era personalmente conocido [1]. Uno y otro, como lo habían hecho en Roma, habían trabajado de concierto, y ambos se hallaban en la capital del imperio cuando estalló sangrienta persecucion contra los cristianos. El emperador Neron, á la vez cruel y voluptuoso, imputó á los cristianos, expuestos á menudo á los ataques de paganos y judíos, el vasto incendio que él mismo había causado en la ciudad de Roma, y que le parecía la imagen de Troya abrasada. El estrago duró seis días y seis noches (19 Julio 64); de las catorce regiones de la ciudad, cuatro solamente permanecieron intactas. Terrible fué el furor de la multitud

---

1 *I Cor.*, I, 12; III, 22.

y la barbarie de las autoridades. Muchos cristianos, cubiertos y cosidos en pieles de bestias feroces, fueron devorados por los perros, otros arrojados en el Tíber, otros llenos de pez ardieron en las calles para iluminar la noche. Por todas partes reinaba el terror. Los dos Apóstoles Pedro y Pablo fueron presos. El primero, segun dice una antigua tradicion, fué obligado por los fieles á emprender la fuga; encontrando en su camino al Señor, le dijo: «Señor, ¿á dónde vais? *¿Domine, quo vadis?*» «Voy á Roma, respondió Cristo, para ser allí nuevamente crucificado.» Pedro, al oir estas palabras, volvió á Roma, y se entregó á sus perseguidores.

Ambos Apóstoles fueron martirizados el mismo día 29 de Junio del 67. San Pablo, en su cualidad de ciudadano romano, fué decapitado en el camino de Ostia; Pedro, por el contrario, segun el deseo que había manifestado, fué crucificado con la cabeza hácia abajo. Uno y otro son honrados desde la antigüedad como los fundadores de la Iglesia romana; sus reliquias estaban en gran veneracion, y se mostraban como trofeos. Los orientales las reclamaron inútilmente á los cristianos de Roma. Sin embargo, por ilustre que fuese San Pablo por su cualidad de doctor y su título de cofundador de la Iglesia romana, los antiguos cristianos jamás los colocaron en el mismo rango, excepto en lo que se refiere á la mision inmediata que habían recibido del cielo.

ADICION

Martirio de San Pablo.

No cabe duda de que San Pablo fué decapitado en el camino de Ostia. Sólo resta determinar el año y el dia.

Para fijar el año de su muerte sería necesario comprender el sentido preciso de la expresion ἐπι των ἡγουμενων, que emplea San Clemente de Roma en su epístola á los Corintios (I, v). En otro tiempo se designaba con este nombre á los que desempeñaron el gobierno de Roma durante la ausencia de Neron en el año 67 (el liberto Elio Cesariano y Policleto, ó segun otros Tigelino y Ninfidio). En nuestros días se ha explicado ἡγούμενοι *(príncipes)* por *oficiales de justicia*. Admitida esta explicacion, habria que probar aun que ἐπι των significa *entre los oficiales de justicia*; porque éstos no ejercian poder alguno y sin embargo así lo indican las palabras ἐπι των. «En el tiempo de, gobernando los .....» Ni Galba ni sus inmediatos succsores llevaron el título de príncipes. El que gobernaba á Roma era llamado emperador; ahora bien, Neron permaneció un año solamente en Grecia, desde fines del 66 hasta fines del 67. Su viaje á Campania en Marzo del 68 no forma parte de aquella expedicion. El martirio de San Pablo hubo pues de coincidir con el año 67.

Cediendo á las apremiantes invitaciones de San Pablo, es de creer que Timoteo salió inmediatamente para Roma con Trofimo, que se hallaba en Mileto, distante de Éfeso doce millas solamente. Segun todas las probabilidades, Trofimo no

tardó en ser enviado á las Galias, miéntras que Timoteo permaneció cerca de su amadísimo maestro. Si se pregunta qué día murió San Pablo, podemos citar ó el 29 de Junio, ó el 2 de Julio ó el 22 de Agosto del 67.

El más antiguo martirologio romano celebra el 2 de Julio la memoria de los tres soldados que sufrieron el martirio con San Pablo [1]. Es posible que el Apóstol fuese martirizado el mismo dia, y que la razon de celebrar su memoria el de la fiesta de San Pedro en 29 de Junio, sea porque cae en la octava de esta fiesta. Pero puede combatirse esta opinion diciendo que tambien se celebra el 6 de Julio la fiesta de la primera entrada de San Pablo en Roma, aunque ésta tuvo lugar á mediados de Marzo del 61, ó por lo ménos en la primavera. Asimismo parece que la memoria de estos tres soldados se celebra el 2 de Julio, porque este día se halla en la octava de la fiesta de San Pablo.

En 22 de Agosto se venera la memoria de Timoteo, martirizado en el camino de Ostia [2], en que fué enterrado. Más tarde dió su nombre á una catacumba de este país. Figura tambien en el catálogo de los santos de la iglesia africana. El día de su fiesta hay estacion en la basílica de San Pablo, *Statio ad Sanctum Paulum*, donde su cuerpo está depositado. Santa Brígida hizo restaurar su altar.

Muchas razones mueven á creer que se trata aquí de Timoteo de Éfeso [3]. Tillemont se manifiesta indeciso segun su costumbre; los Bolandos muestran dudas, fundándose, entre otras cosas, en que el cuerpo de San Timoteo fué trasportado de Éfeso á Constantinopla en 356 [4]. Tales argumentos jamás son decisivos. ¡Cuántos errores y equivocaciones no se han cometido en esta materia, especialmente los de tomar una parte de las reliquias por la totalidad!

Por lo demas, aunque supiéramos que ese Timoteo fué el discípulo de San Pablo, las meras palabras *Depositio Thimotei* no nos permitirían deducir con toda certeza que hubiese sido martirizado el 22 de Agosto, ni áun siquiera si lo fué el mismo día que San Pablo [5].

Todo nos persuade, pues, á fijar el día 29 de Junio para la muerte del Apóstol.

(N. del t. f.)

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 39.

Dionys. Cor., *apud* Euseb., II, 24 (el φοιτήσαντες, al. φυτεύσαντες, ha sido con frecuencia mal comprendido). Persecucion de Neron, Tácito, Annal. XV, 44; Suetonio in Nerone, cap. XVI; Sulp. Sev. Chron. II, 28 et seq., p. 82 et seq., ed. Halm.; Oros., VII, 7; Mœhler-Gams, I, 226 y sig. Sobre el martirio de los apóstoles, Clem. Rom., I Cor., cap. V; Iren., III, 3; Dionys. Cor., loc. cit.; Cajus, ap. Eus., II, 25; Tertul. Præscript., c. XXXVI contr. Marc., IV, 5; Scorp., cap. XV: «Tunc Petrus ab

1 *Parvum Martyrol. rom.*, sive *Parvum Adonis*, ad 29 Junii: Romae, apostolorum Petri et Pauli; ad 2 Julii: et trium qui cum Paulo apostolo passi sunt.

2 Rom via *Ostiensi*, Timothei martyris.

3 Sabemos por la *Epístola á los Hebreos* XIII, 23, que Timoteo estuvo preso con San Pablo, aunque muchos autores refieren este pasaje al primer cautiverio del Apóstol.

4 Acta sanctorum ad 22 August.

5 El autor del *Martyr. Pauli* a *D.* 396, admite el año 36 despues de la muerte del Señor y el 69 despues de su nacimiento. *(Martyr. Pauli, ante Œcum.*, id. Veron. f. 5). San Epifanio, *Hær.* XXVII, VI piensa que ámbos Apóstoles murieron en el año XII del reinado de Neron. (13 Octubre 65 ó 13 Octubre 66.)

6 *I Cor.*, I, 12; III, 22

altero cingitur cum cruci adstringitur.» Orig., t. III in Gen., ap. Eus., III, I (Migne, t. XII, p. 92); Eus., III, I, 31; Hier., Cat. cap. I. Se alegaba con frecuencia la profecía de San Juan, XXI, 18 y sig.

La mayor parte de los sabios admiten la residencia y martirio de Pedro en Roma: Hundhausen, p. 20, n.° 5; Rhote, § 40, p. 454, n.° 53; Neander, k.— G., I, 317: «Es un ultraje á la crítica poner en duda la residencia de Pedro en Roma, atestiguada por los unánimes testimonios de la antigüedad cristiana.» Guericke, I, p. 59, 9.ª ed.: «La noticia del martirio de Pedro en Roma, extendida ya mucho en el segundo siglo, áun ántes de la época en que se introdujo en la curia romana la costumbre de escribir, no se explica naturalmente más que por la existencia del hecho.» Ahora bien, contra este hecho precisamente han dirigido los predicadores protestantes sus principales ataques, despues de la toma de Roma en 20 de Setiembre de 1870. Véase Rœmische Disputation zwischen Katholiken u. Protestanten über die These: War Petrus in Rom? Munster, 1872.

Que Pedro y Pablo murieron el mismo año, lo sabemos por Dionisio de Corinto, loc. cit. El año 64 fué admitido por Cabe, Dupin, Wieseler; el 66 por Pagi, Constanzi, Schlestrate, los Bolandos (segun el Catál. Liber.), Tillemont, Foggini (siguiendo á Epif. y Eus.); el 67 por Baronio, Combefis, los autores del arte de averiguar las fechas, Petavio, Patrici; el 68 por Mazzochi, Ritter, etc.

Las razones siguientes militan á favor del año 67: *a*. Los Apóstoles murieron cuando Neron estaba ausente de Roma «bajo los depositarios de la autoridad» (Clem. Rom., loc. cit.); ahora bien, esto ocurría en 67, cuando Neron se hallaba en Acaya, de donde no volvió á Roma hasta el 68; *b*. San Jerónimo, Catal., dice de Séneca: «Hic ante biennium, quam Petrus et Paulus coronarentur martyrio, a Nerone interfectus est.» Segun Tácito, Ann., XV, 48, Séneca murió, «Silio Nerva et Attico Vestino Coss.,» es décir, en 65, y por consiguiente, los Apóstoles en 67.

c. Segun Eusebio y San Jerónimo, los Apóstoles murieron en este último año, el 14 de Neron, es decir, en 67-68. Ahora bien, Neron murió el 9 de Julio de 68, los Apóstoles el 29 de Junio, y no ciertamente en el 69, porque entónces su muerte no caería en el reinado de Neron, sino en el 67. Si se cuentan los años de Neron desde el 1.° de Enero del 54, y no desde el 13 de Octubre, el año 67 corresponde al 14 de su reinado.

d. Segun San Jerónimo, se fijaba veinticinco años al episcopado de San Pedro en Roma, datando desde el 2 de Enero del reinado de Cláudio; debía concluir, pues, en 67. Véase Dom. Bartolini, *Sopra l'anno 67 dell'era volgare, se fosse quel del martyrio de gloriosi Apostoli*, Roma 1868; Dœllinger, p. 101. Otras obras en Gams, Das Jahr des Martyrertodes der Apostel., Regensb., 1867. Segun este último, Pablo habría muerto en 67 y Pedro en 65 en contra de lo que dice Dionisio de Corinto y del decreto sobre los libros de Gelasio (495), y Hormisdas (520), donde se dice: «qui (Paulus) non diverso sicut haeretici garriunt, sed uno tempore uno eodemque die gloriosa morte cum Petro in urbe Roma... coronatus est.» (Thiel, Epist. Rom. Pont., p. 455, 932). Ambos Apóstoles son citados como fundadores de la Iglesia romana en San Ignacio, Rom., cap. V, Iren., III, I, 1; III, 2, 3; Euseb., V, VI, 8. Cayo, loc. cit., recuerda los trofeos de los Apóstoles. S. Crisost. cont. jud. et gent.: «Quod Christus sit Deus.» n.° 9 (Migne, t. XLVIII, p. 825), envidiaba la felicidad de los romanos de haber poseido á los Apóstoles y exaltaba el honor que se tributaba á sus sepulcros. Una inscripcion de Dámaso revela que los cristianos de Oriente quisieron llevarse los cuerpos de los príncipes de los Após-

toles, pero que no se les permitió (Gregor. M. Ep. ad. Constantinam). Sus cuerpos descansaron entónces algun tiempo en la iglesia de San Sebastian (Krauss, Roma sotter., p. 117-120, 529). Los paganos conocían el culto que se tributaba á estos sepulcros, y creian que San Juan Evangelista había encontrado en esto un motivo para glorificar á Jesus como Dios.

Julian., apud Cyrill. Alexand., lib. X, Contr. Jul. (Migne, t. LXXVI, p. 1004). Sobre la persona de San Pablo, véase el bello retrato trazado por Dœllinger, p. 86-93. La relacion mútua de ámbos Apóstoles está perfectamente descrita por Hugo de S. Victor, serm. LXIV: «Petrus cæteris eminentior excellentia potestatis, Paulus excellentia prædicationis. Petrus sol, Paulus luna; Petrus sol per collatam sibi divinitus potestatem, Paulus luna per collatam sibi divinitus sapientiam.» Numerosos detalles se encuentran en Leon Allatius, De Eccles. Occident. et Orient. perpet. consensione, Col. Agr., 1648, lib. I, c. III-VIII, p. 19-158. La proposicion que afirma la igualdad de los dos Apóstoles ha sido con frecuencia censurada, especialmente en la persona de De Dominis, De republ. divin., I, IV, el cual pretendía tambien que Pedro no estaba destinado más que «pro ovibus domus Israel» proposicion declarada herética por las Universidades de París y Colonia. (Du Plessis d'Argentré, II, II, p. 105, 106, prop. 9; t. III, II, p. 199). Posteriormente aparecieron en Francia muchas obras en que se afirmaba la igualdad de Pedro y Pablo en el primado (*la Grandeur de l'Église romaine établie sur l'autorité de saint Pierre et de saint Paul*, 1645; *de l'autorité de saint Pierre et de sait Paul, qui réside dans les Papes, successeurs de ces deux apôtres)*, y además otras cartas latinas en el mismo sentido.

El 24 de Enero de 1647, la *Inquisicion* romana condenó *la doctrina de las dos* llaves, ó sea de la igualdad entre Pedro y Pablo en el primado. Denziger (A. 15, d), p. 315 et seq., n. 90, ed. 4. Contra este decreto se publicó un nuevo escrito, que fué quemado por órden de los tribunales franceses (6 de Mayo de 1647). Du Plessis d'Argentre, III, II, p. 248, t. I, App., p. XLIV y sig. Esta opinion fué combatida por Leon Allatius, loc. cit., el teatino J. Ang. de Bellis, Isaac Habert, Teófilo Raynaud, Pedro de Marca, Claudio Morelli, etc. La circunstancia de que en las pinturas Pablo figuraba á la derecha y Pedro á la izquierda, nada prueba. Pedro Damiano lo explica (Opusc. XXXV, Migne, Patr. lat., t. CXLV, p. 589 y sig.), con la razon de que Pablo, hijo de Benjamin, se llamaba «filius dexteræ.»

Los demas Apóstoles.

40. Mientras que la Iglesia romana recibía la consagracion del bautismo de sangre, los cristianos de Asia tenían que sostener tambien sangrientos combates, sobre todo con las nacientes sectas de los gnósticos y antinomeenos. El Apóstol Júdas Tadeo, llamado por sobrenombre Lebbeo, hermano de Santiago el Menor, escribió contra ellos y sus ideas carnales (probablemente despues de la muerte de Pedro y Pablo) una corta epístola á los fieles del Asia menor, en la cual se acercaba á la segunda escrita por San Pedro. Esta epístola no ha provocado dudas en cuanto á su autenticidad, que por lo demas han demostrado plenamente los autores eclesiásticos, sino por haber circulado entónces dos escritos apócrifos, el libro de Henoc, y la subida de

Moises. Ya se habían adoptado medidas para introducir mayor exactitud en la enseñanza y combatir ciertos errores referentes á la vida y trabajos de Jesucristo.

El Apóstol Mateo, que tenía por sobrenombre Leví [1], en otro tiempo cobrador de tributos en el lago de Tiberiades, vivía con rara sobriedad y jamás comía carne; ya había predicado á los judeo-cristianos, y despues de inútiles tentativas [2] escribió para los fieles de Palestina el Evangelio de Jesucristo en lengua aramea; pero la traduccion griega no tardó en prevalecer dentro de la Iglesia. Proponiéndose convencer de su ceguedad á los incrédulos judíos, y justificar á los fieles que se habían separado de ellos, hace resaltar vivamente la dignidad mesiánica de Jesucristo, y el enlace que existe entre su vida y las profecías de la antigua alianza. Expone los acontecimientos segun la sucesion lógica y no por el órden cronológico, dedicándose más á trasladar los discursos del Señor, que á referir sus hechos. Este Evangelio, el primero por la fecha, fué utilizado por los demas Apóstoles, y sobre todo por Bartolomé ó Natanael [3], natural de Cana en Galilea, que le llevó consigo hasta la Arabia del Sur (las Indias). Allí fué encontrado cien años más tarde por Panteno, sabio de la escuela alejandrina, y misionero.

Demas de esto, San Lúcas, el fiel compañero de San Pablo, había escrito su Evangelio para un cristiano llamado Teófilo, y lo continuó en las *Actas de los Apóstoles.* Trata allí especialmente de la vocacion de los gentiles, que era el principal objeto de San Pablo. Se encuentra entre éste y San Lúcas la misma relacion que entre San Pedro y San Márcos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 40.

Júdas (Matth., x, 3; Marc., III, 18; Joan., XIV, 22) murió ántes de la persecucion de Domiciano. Los datos en Niceph. Call., II, 40; Assemani, Bibl. or., I, 318, III, I, p. 299, 302; Dœllinger, p. 108 y sig. — Hug, Hanеber, Ad. Mayer, admiten una relacion inversa entre la Epístola de Júdas y la segunda de Pedro. Sobre San Mateo y su Evangelio, véase Iron., III, I; Clem., AL., Pæd., II, I; Papias, ap. Eus., III, 39; Pantæn., ibid., V, 10; Orig., ibid., VI, 25; Euseb., III, 24; V, 8; Epiph., Hom. XXX, 3; Hier., Præf. in Matth.; Ambros., In Ps. XLV; Isid. Hispal., De sanctis, cap. LXXXVII; Niceph. Call., II, 41; Patrizi, De Evang., I, I, 15; Dœllinger, p. 131 y sig. Sócrates asigna (I, 19) á Bartolomé las Indias, próximas á Etiopía; segun Niceph. Call., II, 39, predicó algun tiempo con Felipe en Frigia y fué crucificado en Uranópolis de Silicia. Cons. Rufino, I, 9; Philos., II, 6. Sobre San Lúcas, véase II, Tim., IV, 11; Iren., loc. cit.; Euseb., III, 4; V, 8. Gregorio

1 *Marc.*, II, 14; *Luc.*, V, 27

2 *Luc.*, I, 4.

3 *Joan.*, I, 45.

de Nazianz., Or. XXXIII, n.° 11, p. 611, le designa á la Acaya y á Márcos Italia; Focio recuerda (Cuæst. CXXIII, Amph., p. 715, ed. Migne) que algunos atribuían las Actas de los Apóstoles á Clemente de Roma; otros á Bernabé; algunos á Lucas; pero que no cabe disputa de que sea éste el autor despues de examinar su Evangelio.

41. De la mayor parte de los Apóstoles y discípulos del Señor sólo tenemos datos muy incompletos. El Apóstol Felipe de Bethsaida (al cual no se debe confundir con un diácono, su homónimo, que vivía en Cesárea), concluyó sus días en Hierápolis de Frigia. Vivió largo tiempo en el Asia Menor, con sus tres hijas, de las cuales dos conservaron la virginidad, todos con fama de santidad. El hermano de Pedro, Andrés, que era tambien de Bethsaida, y fué ántes discípulo de Juan Bautista, predicó probablemente en Capadocia, Galacia y Bitinia; despues, pasando el Ponto Euxino, hubo de penetrar en Scytia, y morir crucificado en Patras, ciudad de Acaya. Más tarde, ó sea despues de la traslacion de sus reliquias, se le consideró en relacion con Bizancio. Se cree que Tomás, sobrenombrado Dídymo, y Simon el Zeloso y Matías predicaron en diversas regiones; del último sólo conservamos una máxima sobre la mortificacion de la carne.

Bernabé de Chipre, despues de haberse separado de Pablo, predicó al principio en su patria, donde murió y fueron encontrados sus restos mortales. Lo cierto es que su celo no se detuvo en los confines de esta isla, y que hizo numerosos viajes. Créese que visitó tambien la Italia Superior. Uno de los setenta discípulos, Tadeo ó Adeo, convirtió al rey Abgaro de Osrhoena, y consolidó la Iglesia de Edesa.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 41.

Filipo, Policr.; Eph., ap. Euseb., V., 24; Papias, ibid., III, 39. Cons., cap. XXXIII; Teodoret. In Ps. CXVI, 1 (Migne, t. LXXX, p. 1008). Andrés, Orig., ap. Euseb., III, 1; Teodoret, loc. cit.: ὁ θεσπέσιος Ἀνδ. τὴν Ἑλλάδα ταῖς θεογνωσίας ἀκτῖσιν κατηύγασεν. Niceph. Call., loc. cit.; Greg. Naz., loc. cit. (nombra el Epiro). La Epist. presbyt. et diac. Ach. de martirio Andreæ ap. (Gallandi, Bibl. patr., I), es considerada como auténtica por Belarmino, Baronio, Schelstrate, Posevino, Natal Alejandro, Labbe, L. Andruzzi Sant'Andrea, du Saussay, Woog, Gallandi, Lumper, etc. Nuevo texto en Tischendorff, Acta ap. apocr., Lips., 1851, p. 105 y sig.; Migne; t. II, p. 1187 y sig. San Epifan., Hær., LXIII, n.° 2, atribuye á los origenistas actas apócrifas de San Andrés y otras; Santo Tomás (Joan. XI, 16; XX, 24; XXI; 2) debe haber predicado á los partos (Orig., ap. Euseb., III, 1; Clem., *Recogn.*, IX, 29; *Socrat.*, I, 19); en las *Indias* (*Greg. Naz., loc., cit.*) y en *Etiopia* (Nicef. Call., II, 40); Paul. de Nol., Natal. 11: «Parthia Matthæum complectitur, India Thumam.» Cons. Hier., Ep., CXLVIII; Ambros., In Ps. XLV, 10; Baronio, an. 44, n.° 33. Segun Niceph. Call., murió en Trapobana, en la India, atravesado por una lanza. Segun San Efren de Siria (G. Bickell, S. Ephr., Carmina Nisibena,

Lips., 1857; Carm. 42, init., p. 163), habría muerto en las Indias; pero sus huesos habrían sido trasportados más tarde por un comerciante. Véase Baronio an. 252. De aquí viene que algunos buscaran su tumba en la India, en Calamina, Meliapur (Martyrol. rom., XII kal. jan.); otros en Edesa. San Crisóst. (Hom. XXVI in Hebr., n.º 2; Migne, t. *LXIII*, p. 179) nota que *se conocían los sepulcros de Pedro,* Pablo, Juan y Tomás; pero no los de los otros Apóstoles. Los antiguos entendían por Indias, no solamente lo que despues se denominó Indias Orientales, sino tambien, no pocas veces, Arabia, Etiopía y la Isla de Socotora, á la entrada del golfo arábigo (Ritter, Erdkunde von Asien, IV, I, 603).

Sobre los Cristianos de Santo Tomás en la India meridional, véanse los datos, no libres de toda crítica, en Cárlos Swanston, Journal of the Royal Asiatic Society of Great Brit., 1834, y M. Hang, Beil, zur Augsh. Allg. Zeit, 29 de Enero de 1874. Simon Zelotes, llamado tambien el Cananeo (Matth., X, 4), predicó probablemente en Egipto, en la Cirenáica, Libia, Mauritania y en las Indias Británicas. Segun otros, en Babilonia y Persia (Niceph. Call., II, 40). *Inglaterra no se gloría* de él hasta más tarde. No se puede admitir sin dificultades que fuera el mismo que el segundo Obispo de Jerusalen (Véase Lindner, I, § 5, p. 21). Se cree que Matías fué martirizado en Etiopía (Niceph. Call., loc. cit.). Nada prueba en contrario el que Clemente de Alejandría (Strom., IV, IX, p. 502) no contradiga á Heracleon, segun el cual, Matías, Felipe, Tomás y Mateo murieron de muerte natural. Véanse las palabras de Matías en Clemente, loc. cit., III, IV, p. 436, ed. París.

Bernabé no fué solamente Apóstol en el sentido general de la palabra, sino en su verdadera acepcion (I, Cor., IX, 5; Act., XV, 25; Hieron., Brev. rom.; Dœllinger, p. 56 y 140; Catholiq., 1875, sept., p. 251). Reemplazó á Santiago el Menor, que había permanecido en Jerusalen. Muchos escritores atribuyen la Epístola que se cree suya á un alejandrino del siglo segundo. (Obras de consulta, Alzog. Patrol.; indicaciones: Acta sanct., 11 Junio, p. 431 y sig.). La Iglesia de Milan le exaltaba como su fundador. Baronio, an. 51, n.º 54; Pucinelli, Vita de S. Barnaba, Milan, 1649; Saxii, Vindiciæ de adventu Mediol. S. Barn., Mediol., 1748.

En tiempo del emperador Zenon fueron hallados sus restos en la isla de Chipre, con el Evangelio de San Mateo escrito por él mismo, segun se leía, y que fué llevado á la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla (Theod. Lect., II, 2; Migne, t. LXXXVI, p. 184). San Jerónimo nombra (In Matth., cap. X) como Apóstol de Siria á San Tadeo y Eusebio, I, 3, el discípulo de este nombre. Cons. Baronio, an. 43, 18, 21. Niceph. Call., II, 40, dice que este Apóstol predicó en Arabia y despues en Edesa, pero que fué precedido allí por el discípulo de este nombre.

Santas mujeres. — La Madre de Jesucristo.

42. En general tenemos muy pocas noticias sobre los Apóstoles y sus compañeros; las obras apócrifas, aunque muy numerosas, no podrían suplir la ausencia de datos auténticos. El designio de los Apóstoles era propagar la buena nueva, no el extender la gloria de sus insignes hechos. Jesucristo era el centro de su accion; *ellos sólo sus instrumentos.* Los datos auténticos que tenemos sobre Pedro y Pablo, pueden igualmente servirnos respecto de los otros. Su historia es una sucesion de predicaciones y milagros, de virtudes y tribulaciones. Por dicha razon,

carecemos de detalles sobre las santas mujeres que rodeaban á Jesús, como María Magdalena, y ni siquiera los tenemos sobre la muerte de su gloriosa Madre, la Vírgen María, que había de ser bendita por todas las generaciones, como ella misma lo había vaticinado.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 42.

Abdías (que se llamaba primer Obispo de Babilonia), Hist. certaminis apostolici libri X, París, 1566; J.-A. Fabricio, Cod. apocr. N. T., II, 388 y sig. (conocido en el siglo VII, Lumper, Hist. crit., I, 473); Doroteo de Tiro y Procopio, De 23 prop. et 12 discipul. Domini, Roma, 1564, en fol.; Bibl. Patr. max., t. III. (Fragmentos griegos en la Chron. Pasch. y en G. Cave, Hist. lit., I, 82 y sig.); Hip. Theban., De 12 apost., ap. Combefis, Auctar., t. II, París, 1648. Otros en Fabricio, loc. cit., p. 743 y sig.; Thilo, Acta Thomæ in notitia uberr., p. III y sig.; Tischendorf, Acta ap. apocr., Lips., 1851 (13). Apocal. apocr., Lips., 1866. Apócrifos de Pedro (Kerygma, Periodi, Evangelium, Epistola á Santiago); de Felipe (Evangelium et Itinerarium); de Bartolomé y Matías (cada uno un Evangelio); de Tomás (un Evangelio, Apocalipsis, *Itinerarium*); de Santiago (*Liturgia*, epistolas, etc.); Noticias sobre los Apóstoles, Ord. Vital., lib. II, cap. IX-XXI, p. 139-185. Fr.-O. Stichar. Die kirch. Legende über die hl. Apostel, Leipzig, 1861.— Sobre María Magdalena abundan las obras. *Se ha disputado si la pecadora que* ungió al Señor era la misma que la hermana de Lázaro, y se ha preguntado cuál era el número de las mujeres que ungieron al Señor. San Cris., Hom. LXXX, al. *81, in Matth., n. 1; Hom. LXII, in Joan., n. 1 (Migne, t. LVIII, p. 724; t. LIX, p.* 342), admite dos; Joc., Amph., q. XLVIII, p. 357, ed. París; intentó demostrar ámpliamente que había tres; pero Apolinar, Teodoro de Mopsuesta y la mayor *parte de los latinos sólo admiten una.*

Pedro Comestor, Hist. evang., c. CXXXV, add., p. 1637: «Communis opinio est unam tantum fuisse Magdalenam.» En 1521, la Facultad teológica de París prescribió *enseñar contra Lefevre* d'Etaples que sólo había existido una Magdalena.

Du Plessis d'Argentré, III, I, p. VI y sig., 1 y sig.; Baron., an. 32, núms. 18-20; Nat. Alex., Sæc. I, diss. XVII, t. IV, p. 441 y sig. Segun leyendas orientales, la María Magdalena citada por San Lúcas, VIII, volvió despues de la muerte de la Madre de Dios á Éfeso, junto á San Juan, y sufrió allí el martirio (Modest. Hom. in mulieres unguenta ferentes; Phot., Bibl., cod. 275; Amphil., q. CLVIII, p. 833 y sig.)

Los franceses creen que vino á Marsella con Marta y Lázaro. Baron. admite esta opinion, an. 35, n.º 5, y Nat. Alex., loc. cit., p. 420 y sig., la sostiene resueltamente. Véas. mi obra Phot., III, 295-297; Faillon, Monuments inédits de Marie Madeleine en Provence; París, 1848, 2 vol. (pero estos 362 documentos no son auténticos). La Madre de Jesús, en su infancia, habría sido educada en el templo. Gregorio de Niza, In natal. Chr., Op. III, 546; Taras., Hom. de B. V. ducta in templum (Migne, t. XCVIII, p. 1488 y sig., cap. VIII); Andr. Cret. (Gallandi, t. XIII, p. 97); Phot., Or. in nativ. Virg. (ibid., p. 600); Amph., q. XXII, p. 165, ed. París; Dam., F. O., IV, 15; Niceph. Call., I, 7; II, 3. *Este hecho nada tiene de* inverosímil (Dœllinger, Heidenth. und Judenth., p. 784, § 81). Había allí mujeres que se dedicaban voluntariamente al servicio del templo, Exod., XXXVIII, 8; I Reg., II, 22; Jos., Antiq., V, X, 1; Hier., Taanith., cap. IV, hal. 2. Ocupábanse

probablemente en obras manuales para atender á las necesidades del templo, y formaban una comunidad donde tambien eran recibidas jóvenes.

Es doctrina de la Iglesia que María fué vírgen, no sólo ántes del Nacimiento de Jesús, sino en toda su vida. No se opone á esto lo que se dice de los hermanos de Jesús (Matth., XII, 46; XIII, 55; Marc., III, 31, VI, 3; Luc., VIII, 19-21; Joan., II, 12; VII, 5; Act., I, 14), porque si el hebreo trae אָח, se dice en griego ἀδελφός = ἀνεψιός. συγγενής (Cons. Phot., Amph., q. XLV, p. 345; q. L, p. 380).

La Escritura nombra como hermanos de Jesús (Matth., XII, 55) á Santiago, José (Joses), Simon y Júdas; su madre se llamaba igualmente María (Matth., XXVII, 56), y su padre, *Cleofas* (segun *Hegesip.*, ap. *Eus.*, III, 11; *Epif.*, Hom., LXXVIII, n.° 7), era hermano de San José. Cleofas (Joan., XIX, 25) es ciertamente el mismo que el Alfeo de los sinópticos. La doble ortografía griega viene de la pronunciacion fuerte ó ligera de las letras iniciales en los nombres arameos. La Version de los Setenta ofrece muchos ejemplos. Los dos hermanos José y Cleofas *(Alfeo) se habían casado indudablemente con dos hermanas, llamadas* una y otra María. Despues de la muerte de Cleofas, José tomó á su cargo á su sobrino, y ámbas familias no formaron más que un hogar. (Dœllinger, Christenth. u. Kirche, p. 103). Las expresiones πρωτοτόκος y ἕως (Matth., I, 25) se explican igualmente por el hebreo (véase Gen., VIII, 7; II Reg., VI, 23; Psal., LXXI, 7; CLX, 1 y sig.; *Hier.*, In Matth., cap. I; Epiph., loc. cit., n. 8 y sig.; Phot., Amph., q. CLXXI, p. 865; q. XXI, cap. I, p. 152; q. XXII, p. 164 y sig.; q. C, p. 616 y sig.)

Otra circunstancia es que Jesús recomendó al Bien Amado Juan á María como su Madre (Joan., XIX, 25-27). Sólo algunos herejes atribuyen á Jesús hermanos y hermanas segun la carne; como los ebionitas, á quienes Orígenes, Hom. VII in *Luc.*, n.° 2 (*Migne.*, *t. XIII*, *p. 1818*), combatía ya. Sostiene positivamente κατὰ τοὺς ὑγιῶς περὶ πίστεως δοξάζοντας, que no hubo otro hijo de María que Jesús (t. I In Joan., n. 6; Migne, t. XIV, p. 32), y rechaza la opinion sacada del Evangelio apócrifo de Pedro ó el proto-evangelio de Santiago, y recordada por algunos de que los hermanos de Jesús eran hijos de un primer matrimonio de José (t. X In Matth., n. 11; Migne, t. XIII, p. 876). Esta opinion era probablemente aceptada por San Epifanio, Hom. LXXVIII, n. 7; pero San Jerónimo la rechazaba como un desvarío de los apócrifos (In Matth., cap. XII, adv. Helvid). Nada tenia de contrario á la virginidad perpétua de María, pues se limitaba á ocultar el hecho de que José era el Padre adoptivo, el tutor de sus sobrinos (*Dœllinger*, p. 105); Teofilacto creía (*In* Matth., cap. XIV, 27; In Marc., cap. XV, Migne, t. CXXIII, p. 294, 474, 672) que José se había casado con la mujer de su difunto hermano Cleofas, ántes de contraer matrimonio con María, que había tenido de ella los cuatro hijos y dos hijas de que se habla; pero seguía probablemente la opinion propagada por los ebionitas y mencionada por Orígenes (Huet, *In Orig.*, loc. cit., p. 875 y sig., not. 13). Véase tambien Schleger, Freib. Ztschr. f. Theol., IV, 1-116; Kœster, Erlæuterung der hl. Scrift aus Classikern, Kiel, 1843; Blom. Diss. de τοῖς ἀδελφοῖς τοῦ κυρίου, Lugd. Bat., 1839; Langen, Bonner theol. Lit.-Bl., 1866, p. 40 y sig. Algunos sostenían (siguiendo á San Lúcas, II, 35) que María había sufrido el martirio; esta opinion se halla contradicha por la mayor parte de *los antiguos. Orig.*, Hom. XVII in Luc. (Migne, t. XIII, p. 1845); Ambros., Beda, Com. in Luc., loc. cit.; Isid. Hispal., De vita et obitu SS.; Phot., Amph., q. CLVIII, p. 833, ed. Migne, Bibl., cod. 275, ex Modesto.

Segun algunos, María habría muerto mucho ántes en Jerusalen (45-47); segun otros, debió seguir á Éfeso á San Juan. Nicéforo Cal., II, II, 3, dice, siguiendo á

Evodio, que la Madre de Dios habría llegado á la edad de cincuenta y nueve años, habiendo muerto tres despues de la conversion de San Pablo (que habria ocurrido siete años y medio despues de Cristo) y habria vivido once años cerca del discípulo amado. Esta opinion suscita dificultades y no concuerda de todo punto.

De la carta del Concilio de Éfeso Ad CpL., donde se dice que el evangelista Juan y la Santa Madre de Dios habían estado en Éfeso, no se sigue de modo alguno que haya sido inhumada en la iglesia de Nuestra Señora de esta ciudad.

Polícrates, Eph., apud Euseb., V, 24, menciona expresamente una hija de Felipe *que moriría en Éfeso; ahora bien, si la Madre de Jesús* había sido inhumada allí, no hubiera dejado de decirlo. Ordinariamente, la tradicion del Tránsito del cuerpo de María al cielo se funda en las escrituras apócrifas del Apóstol Juan, εἰς τὴν κοίμησιν τῆς ὑπεραγίας δεσποίνης (que pertenecen, segun Filon, á fines del cuarto siglo ó principios del quinto), y de Meliton (De transitu Virginis). Pero la *tradicion de la iglesia de Jerusalen, tal cual existia con anterioridad*, nada tiene de comun con estos apócrifos (Augsb. Pastoralblatt, 12 de Febrero de 1870).

Nicéforo Calixto tenía á la vista, no solamente al falso Dionisio (De div. nom., cap. III), sino tambien el testimonio de Juvenal, Obispo de Jerusalen, fundado en antigua tradicion (Hist. eccles., II, 21-23; XV, 14); conocia tambien la Historia euthymiaca, *III, 40, de la cual* había dado ántes que San Juan Damasceno extractos en las tres homilías sobre la Asuncion de María (Migne, t. XCVI, p. 699). Hom. II, 18, p. 748.

La misma tradicion es atestiguada por Modesto de Jerusalen (*Migne*, t. LXXXVI, p. 3277 y sig.), Andrés de Creta (ibid., t. LXXXVII, p. 1046, 1072, 1089 y sig.), German de Constantinopla (*t. LXXXVIII, p. 340, 348, 360 y sig.*) No se seguía en modo alguno ciegamente al pseudo Dionisio, cuando contradecía la conviccion general de la Iglesia, y es muy notable el dicho de San Epifanio (Hom. LXXXIII, n.º 4), que *la Escritura calla sobre la muerte de María, á causa* del prodigioso milagro de que fué objeto. San Hilario y San Ambrosio (De Cain, et Abel, I, 2) dicen otro tanto de *Moisés*.

Teodoro Studita (Catech. chron., 11; Migne, XCIX, p. 1701) habla más extensamente de este milagro.

Segun Nicéforo Calixto, XVIII, 28, el *emperador Mauricio había ordenado* ya que la fiesta De dormitione B. V., se celebrara el 15 de Agosto. La palabra *ἀναληφθῆναι* no autoriza *por sí sola conclusion* alguna, *porque* Eusebio la emplea tambien hablando de la muerte de Constantino (De vita Constant., IV, 64).

En Occidente tenemos el testimonio de Gregorio de Tours, De gloria mart., I, IV. Los Kalend. Rom. saec. VIII, ed. Fronto-Fabricius, p. 221, dicen: «Solemnia de pausatione S. Mariæ die XV mensis Augusti,» miéntras que la Iglesia galicana celebraba *la fiesta el 18 de Enero. Mabillon*, Liturg. gallic., p. 118 y sig., 211 y sig. Véase Beda, De loc. sanct., cap. VII. En el Concilio de Mayenza, 813, c. XXXVI (Mansi, XIV, 73), figura entre las fiestas, y segun el Liber pontific., Leon IV prescribió su octava. Baronio an. 855. El Martirologio Wandelberti ad XVIII, kal. Sept. dice: «Octava et decima mundi lux flosque Maria angelico comitata choro petit æthera *Virgo.*» *Hunfroi, Obispo* de Terouanne, introdujo la fiesta en su diócesis (862). Annal. *Berti, ad h. ann.*; *Notker Balbul.*, *Martyrol.*; *Canisius*, Lect. ant., ed. Basnage, II, III, p. 167. El discurso atribuido á San Jerónimo, De dominæ assumpt. (Op. XI, II, p. 127-154), *fué* justificado por Hincmar contra un monje de Corbia que atacaba su autenticidad. Flodoard (A. 23), III, 5; Mabillon,

ann. O. S. B., III, lib. XXXV, n.º 100. Existe tambien un discurso atribuido á San Agustin sobre la Asuncion de María. En cuanto al Liber de assumptione B. Mariæ (Op. Aug., t. VI, App. ed. Maur), pertenece, segun lo más verosímil, á Fulberto de Chartres, en el siglo XI, el cual, así como Ildefonso de Toledo (Serm. de assumpt.) y Pedro Damian, representaba la tradicion.

Esta fué igualmente sostenida por Pedro de Blois, Hugo de San Víctor, Tomás de Aquino y otros escolásticos. En tiempo de Pedro el Cantor (v. 1176), algunos doctores de París negaban «beatam Virginem in corpore assumptam fuisse;» mas fueron explícitamente desaprobados. Thom. Cantiprat., lib. II De apibus, c. XXIX; Bulæus, Hist. univers. París, II, 418; Du Plessis d'Argentré, I, I, p. 112. Alano de Lila (muerto en 1203), pretendía que las iglesias particulares nada sabrian con precision sobre este punto miéntras que la Santa Vírgen no quisiera explicarlo, «donec ipsa velit» (Kant. Kant., III, 5); sin embargo, añadía: «Sicut superni cives admirantur Virginem assumptam in coelis, ita fideles in Ecclesia Dei eam collaudant in terris.» (Elucid. in Kantic. Kantic., Migne, t. CCX, p. 74, 75).

La creencia en la Asuncion de María fué profesada por los Obispos armenios en el Concilio de Sis, 1342 (Mansi, t. XXV, p. 1185), y por los de Grecia en el de Jerusalen, en tiempo de Dositeo, 1672 (Harduino, XI, 171 y sig.). El 22 de Agosto de 1497, el dominico Juan Morcelli, por órden de la Sorbona, se retractó de las proposiciones censuradas por la Facultad, especialmente de la III: «Christum occurrisse V. Mariae in sua assumptione, apocryphum est.» (Censura: «Prop. falsa, contra scripta doctorum, impietati favens, piarum aurium offensiva, detractiva populi a devotione quam habet ad V. Dei Genitricem, ideoque revocanda.)» IV: «Nos non tenemur credere, sub poena peccati mortalis, quod Virgo fuerit assumpta in corpore et anima, quia non est articulus fidei.» (Censura: «Ut jacet, temeraria, scandalosa, impía, sc. devotionis populi ad V. diminutiva, falsa et haeretica, ideo revocanda publice.)» Los teólogos posteriores han estado unánimes sobre este punto. Véase Pedro Canisio, De Maria Virg. incomparabili, Ingolst., 1577; Tract. de Mariae in coelos assumptione, lib. V, c. V; Natal. Alex., Sæc. I, c. I, an. 3; Bened. XIV, De festis, II, VIII, 1 y sig.; Binterim, Denkv., V, I, p. 425, VII, I, p. 84; Vaccari, O. S. B., De corporea Deiparae in coelum assumptione; L. Buselli, O. S. Fr., La Vergine Maria viventi in corpo ed in anima in cielo; Gaspar de Luise (ord. dei Pii Operarii), l'Assunzione di María J. Cozza Luzi, Ord. S. Basil., De corporea Assumptione B. Mariae Deiparae testimonia liturgica Graecorum selecta, Romae, 1869; Le Hir, Etudes bibliques, París, 1869, II, 90-185.

Nueva separacion de los judíos bautizados de los no bautizados.

43. Entretanto aproximábanse nuevos y graves acontecimientos. La situacion de los cristianos de Jerusalen, despues del martirio de su Obispo Santiago, se agravaba de día en día. El plazo fijado á la nacion judáica para convertirse parecía cercano á su fin; el zelo farisáico ganaba terreno. Los judíos rígidos creían que el mosaismo debía durar eternamente, y áun muchos judeo-cristianos no comprendían bien el carácter transitorio de su ley. Era precisa toda la fuerza de los acontecimientos dispuestos por la Providencia para calmar las preocupaciones

hereditarias, y producir la entera separacion entre cristianos y judíos. El carácter mismo y la actitud de estos últimos proporcionaron la ocasion.

Guerra de Judea.

44. Bajo la severa dominacion romana, el pueblo, explotado y gimiendo en la opresion, lastimado por otra parte en sus más íntimos sentimientos y en su orgullo, estaba pronto á rebelarse en cuanto hallara ocasion. Bajo la direccion de Júdas el Gaulonita y del fariseo Sadoc, *se había formado un partido*, el cual afirmaba que *Dios sólo* debía reinar sobre la nacion santa, que la ley mosáica no era válida sino para ella, *que era preciso sacrificarlo todo*, hasta la vida y la fortuna, para sacudir el yugo romano, y que se podía contar seguramente con la asistencia divina. El celo por la Religion sirvió en breve de pretexto á todos los excesos. Un insulto inferido á los judíos por los soldados paganos que custodiaban el templo, la combustion de un rollo de la ley ejecutada por un soldado, produjeron, siendo gobernador Cumano, violentos tumultos, y dieron orígen, despues de una lucha entre judíos y samaritanos, á una vergonzosa matanza en que perecieron muchos de los zelantes. En tiempo de Pilato, los judíos habían conseguido, con suma dificultad, que los escudos consagrados á Tiberio, que se les había obligado á colgar en el templo de Jerusalen, fuesen á Cesárea á un templo dedicado al Emperador. La órden dictada por Calígula de colocar su estátua en el templo produjo espanto entre los judíos; pero la muerte del Emperador impidió la ejecucion de esta medida, y evitó una guerra de religion.

Continuábase considerando al Mesías como al vengador de las afrentas inferidas al pueblo judío, vencedor de los fieros paganos, restaurador del trono de David; había la conviccion de que iba á recompensar con toda suerte de prosperidades terrestres la fidelidad de su pueblo á la ley. El partido del rabino Schammaï dominaba en la mayoría del pueblo, impulsado cada vez más á la *desesperacion por* la barbarie, dureza y sistemáticas exacciones de los gobernadores que habían robado tambien el *tesoro del templo*.

El tirano Gesio Floro, favorito de Neron, sobrepujó á todos sus predecesores, y estalló la insurreccion durante su gobierno. Los judíos fueron animados en su rebelion por una derrota de las tropas imperiales mandadas por Cestio Galo y por las predicciones de los goecios (ascetas), que anunciaban el advenimiento del libertador celestial.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 43 Y 44.

Dœllinger, Christenth. und K., p. 109 y sig.; Josefo, Ant., XVIII, 1, 3, 8; Dœllinger, Heidenth. und Judenth., p. 768, 848 y sig.

Ruina de Jerusalen. — Sus resultados.

45. Los judíos empezaron una lucha desigual, con todo el fuego del fanatismo, y sin atender á su debilidad física y moral. Carecían de ejército regular, de aliados, y además eran objeto de odio por parte de los pueblos vecinos. Dominados de sentimientos egoistas, sufrían más con sus propias divisiones intestinas.

Vespasiano, nombrado por Neron comandante de sus tropas en Judea, entró en Galilea el año 67, y despues de encarnizada resistencia, que duró cuarenta dias, se apoderó de Jotapata, la primera de sus plazas fuertes. Cuarenta mil judíos, entre los cuales se hallaba Flavio Josefo, fueron derrotados. Toda Galilea hubo de someterse. Muchos se refugiaron en Jerusalen, donde cuatro partidos se desgarraron mútuamente, devorando las provisiones.

Los romanos se aprovecharon de estas discordias. Vespasiano había sido elegido emperador, y habiendo conducido las tropas su hijo mayor Tito ante la capital de los judíos (70), se apoderó de éstos confusion inexplicable y verdadero terror. Los cristianos, instruidos por las predicciones y advertencias del Salvador, ó por alguna revelacion particular, habían abandonado á Jerusalen, fijándose en la ciudad de Pella en Perea, colonia griega, donde vivían con toda seguridad. La fiesta de la Páscua había contribuido á acrecentar el número de los judíos en Jerusalen.

La escasez aumentó más todavía, cuando Tito rodeó con un foso la ciudad. Los romanos se apoderaron sucesivamente de todas las partes de ésta, miéntras que los judíos mismos profanaban el templo con el asesinato. El 17 de Julio del año 70 fué interrumpido el sacrificio cuotidiano; en 10 de Agosto, el templo fué tomado por asalto, y reducido á cenizas por una antorcha inflamada que arrojó en él un soldado, á pesar de los designios que tenía Tito de salvarlo. La parte superior de la ciudad cayó en poder del enemigo el 2 de Setiembre.

Todo fué arrasado, y sólo quedaron en pié tres torres y algunas casas. Josefo estima en un millon el número de hombres que durante el sitio murieron de hambre, ó por la espada y por el fuego: 97.000 fueron llevados cautivos, y casi todos vendidos como esclavos y empleados en los trabajos de las minas ó en los anfiteatros. En un solo día, en los sangrientos juegos de Cesárea, Tito obligó á 2.500 judíos á matarse combatiendo unos contra otros, y cuando verificó su entrada triunfal en Roma, llevó consigo los tesoros del templo, la mesa de oro, el candelero de oro con siete brazos, el libro de la ley, y los velos del santuario. El

arco de Tito en Roma recuerda hoy todavía esta lamentable catástrofe del pueblo judáico.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 45.

Josef., De bello jud., sobre todo II, 17 y sig., V, 1 y sig., VII, 4; Tacit., Hist., V, 1-13; Eusob., III, 5-8; Epiph., De pond. et mens., c. v; Hist., xxiii, 7; Sulpic. Sever., Chron., II, 30, p. 85, ed. Halm.; Dœllinger, op. cit., p. 853; Christenth. und K., p. 110; Fenerlein, De christianorum migratione in oppidum Pellam, Jena, 1694.

46. La situacion de los judíos era espantosa. No tenían ya ni sacrificio ni altar, y estaban obligados á pagar á los paganos (al Capitolio) el antiguo tributo del templo. Habiendo perecido entre las llamas los registros de familia tenidos en tan alta estimacion, «la fuerza de los sabios estaba rota, y la luz de sus ojos cambiada en tinieblas.» Estuvieron desde entónces más dispersos y odiados que ántes.

Sin embargo, gran número de doctores de la ley y de zelantes hacían aún vanos esfuerzos por sostener la esperanza de que Dios restauraría su templo con un milagro. En Palestina, la guarnicion de Masada concluyó en 72 por el suicidio, miéntras que una tropa de asesinos judíos se refugiaba en Egipto, y organizaba allí una nueva rebelion. Muchos jefes de la insurreccion fueron entregados á las autoridades romanas por judíos egipcios, y otros degollados. Vespasiano hizo cerrar el templo de Onias en Leontópolis, y los judíos perdieron así su último centro religioso. Una rebelion fomentada en la Cirenáica por el zelante Jonathan, que prometía milagros, fué anegada en la sangre de estos energúmenos, y su autor quemado en Roma.

Sin embargo, el fuego de la insurreccion entre *los judíos* no estaba apagado aún. El rabinismo adquirió nuevas fuerzas, y reunióse en Jamnia un Sanhedrin bajo la presidencia de Rabbau. Las oraciones iban ahora á reemplazar á los sacrificios; se entregaban todos con inquieto ardor á la interpretacion de la ley, y las esperanzas mesiánicas eran más vivas que nunca. Los ciegos judíos, que atribuían sus desgracias, no á haber crucificado al Mesías, ni á la maldicion que habían llamado sobre *sus* cabezas [1], sino á falta de celo por la ley, se adherían aún á los privilegios y antiguas prerogativas que habían heredado de Abraham, y se mostraban llenos de rencor y ansiosos de venganza contra todos los incircuncisos.

1 *Matth.*, XXVII, 25.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 46.

Dœllinger, Heidenth., p. 854-856. Sobre la destruccion por el fuego de los registros genealógicos, Talmud. Babylon., Tract. Pesachin, c. 1, f. 62.

47. Tambien para los cristianos era la ruina del templo suceso de la más alta importancia. La observancia de la ley ritual, en lo que tiene de esencial, se había hecho imposible; no solamente el sacrificio, sino tambien el sacerdocio de Aaron quedaba abolido. Los judeo-cristianos no concebían ilusiones, ni participaban en modo alguno de la esperanza de que el templo sería restaurado milagrosamente; eran testigos de la reprobacion del pueblo elegido, con tanta frecuencia anunciada por los profetas, y del cumplimiento de la profecía del Salvador sobre la ruina de Jerusalen. Rechazados por el odio de los judíos, y puestos en contacto con los paganos convertidos de Pella, y separados por intervencion de Dios mismo de la sociedad nacional y política de los judíos, cuya entera destruccion habían contemplado, se sentían cada vez más atraidos hácia los últimos y movidos á confundirse con ellos, si se exceptúan algunos fanáticos, que permanecieron apartados, y formaron cierto número de sectas. La Iglesia se veía, pues, á la sazon, más libre de los vínculos de la Sinagoga, y este resultado era poderosamente favorecido por el preponderante número de los paganos convertidos á Jesucristo.

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 47.

Dœllinger, Christenth. und K., p. 110 y sig.

48. Ocho meses ántes de la destruccion del templo de Jerusalen (19 de Diciembre 69), en una guerra civil entre los parciales de Vitelio y los de Vespasiano, el Capitolio había sido reducido á cenizas por los romanos, con los templos de Júpiter, Juno y Minerva, tan venerados por ellos. Este acontecimiento parecía á Tácito el más vergonzoso que hubiese sobrevenido desde la fundacion de la Ciudad Eterna, una consecuencia de la cólera de los dioses irritados por sus crímenes [1]. Así, perecieron en las llamas los más famosos templos del paganismo y del judaismo, como para atestiguar que iba á ocupar su puesto un culto más perfecto. En efecto, ya este culto había triunfado de todos sus perseguidores, muertos de un modo miserable. Heródes el Grande había sucumbido entre torturas, Pilato, suicidándose; Heródes Antipas había sido precipitado del trono y desterrado; Agripa había muerto súbitamente en Cesárea, donde se hacía tributar honores divinos; el

[1] *Hist.*, III, 72.

emperador Tiberio, estrangulado; Neron, á quien esperaban muchos en calidad de antecristo, condenado por el Senado, se había dado la muerte para libertarse de otra más ignominiosa. Los mismos hechos iban á reproducirse muy á menudo todavía en lo sucesivo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 48.

Tacit., Ann., III, 72; Dœllinger, Heidenth., p. 733. Pilato permaneció, segun se dice, diez años en Judea y salió de allí el año 788. Josef., Ant., XVIII, II, 2; XIV, 2; De bello jud., II, IX, 2; Filon, Op. not., c. Ad legos, t. II, p. 590; Patrizi, De Evang., lib. III, diss. 40, D. 3 et seq. Sobre los diversos Heródes, Josef. Ant., XVII, VIII, XVIII, VII; Act., XII, 25; Sanclemente (§ 2), lib. III, c. I. Muerte de Tiberio: Tacit., Ann., VI, 50; Suet., In Tib., c. LXXIII; In Calig., c. XII; Dion., Cas., LVIII, 28. Muerte de Neron: Suet., In Neron., c. XLIX, 57; Dion. LXIII, 22-29; Eutrop., VII, 15; Sulp. Sev., loc. cit., p. 84. Neron como antecristo, Orac. Sibyl., IV, 116 et seq. (compuesto hácia el año 80). Cons. Aug., De Civ. Dei, XX, XIX, 7, n. 1 (Migne, t. LXII, p. 485), Teodoret., Teofilact., Œcum., in h. l. Sobre todo, véas. Lactanc., De morte persecutorum; Rauscher (A. 33), I, p. 106 y sig.

El Apóstol San Juan.

49. En los treinta años que suceden á la destruccion de Jerusalen, vemos en primer término al más jóven de los Apóstoles, que sobrevivió á todos, al virginal Juan, hijo del Zebedeo y hermano de Santiago el Mayor (que había recibido ya la corona del martirio), con el cual compartía el sobrenombre de hijo del Trueno (Boanerges, *Marc.*, III, 17). Custodio de la Santísima Vírgen despues de la muerte del Señor, era naturalmente designado para este oficio por su candor y la pureza de su alma. Estrechamente ligado con San Pedro, y cautivo con él en Jerusalen, Juan vivió despues (hácia el 58) casi siempre en el Asia menor, y residía en Éfeso. Allí formó muchos discípulos, entre otros á Papias, obispo de Hierápolis; á Ignacio, obispo de Antioquía; á Policarpo de Smirna, que permanecieron inviolablemente unidos á este testigo de las obras del Señor. Despues de haber mucho tiempo dirigido las iglesias del Asia anterior, fué conducido á Roma en el reinado de Domiciano (81-96). Este emperador, que se hacía llamar Dios y Señor, persiguió al Cristianismo, ya porque le tuviera por una mezcla de incredulidad y supersticion judáica, ya por rivalidad política y por consecuencia de las ideas inexactas que se había formado del Mesías, ya en fin, por avaricia, á la cual hallaba pábulo en la confiscacion de los bienes pertenecientes á los acusados.

El número de personas ricas y considerables que habían abrazado la doctrina cristiana, iba creciendo. Entre ellas se hallaba un pariente

del emperador, el antiguo cónsul T. Flavio Clemente, y su mujer Flavia Domitila; aquél fué condenado á muerte, ésta desterrada. Esta persecucion hizo además numerosas víctimas en Roma y las provincias del Asia Menor, entre otras Antipas de Pérgamo [1]. Domiciano, tirano receloso, hizo que trajeran á su presencia desde Palestina á dos descendientes de David (nietos de Júdas, hermano del Señor), que probaron su inocencia mostrando las manos endurecidas con los trabajos del campo. Otros miembros de la familia de David fueron condenados á muerte por órden suya. El Apóstol San Juan, sumergido en una caldera de aceite hirviendo en Roma, salió intacto de ella, y fué desterrado á la isla de Patmos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 49.

Las órdenes dadas por Domiciano para su propia apoteósis están atestiguadas por Suetonio, In Domit., c. XIII, 18; Plinio, Panegyr., c. XXXII, 52. Su persecucion, Xiphilin., In epit., Dion. Cas., LXVII, 14; Tertul., Apol., c. IV, V; Clem. Alex., I; Cor., c. VI; Euseb., Chron., lib. II: Ol. 218; Hist. eccl., III, 17 et seq.; Oros., VII, 10; Acta martyr. S. Ignat., c. I; Hier., Ep. XCVI, al. 27; Quellius, Prolusio de persec. Domit., Frider., 1763 (lo mismo, Prol. de persec. Neron., ibid., 1762). Sobre los descendientes de David enviados á Roma, Heges., ap. Euseb., V, 21; Iren., III, III, 4; Eus., III, XXIII. El relato de Tertul., Praescript., c. XXXVI; Hier., Contra Jovin., I, 26; Com. in Matth., XX, 22. El martirio de San Juan en Roma « ante portam Latinam » (en 6 de Mayo), es admitido por varios protestantes, y entre ellos por L. Mosheim, Diss. hist. eccles., vol. I, p. 497.

50. Escribió su *Apocalipsis* (hácia el 96) bajo la impresion de las persecuciones presentes y de las que preveía en lo futuro. Describió el poder del Cordero inmolado, las aflicciones de los fieles, los castigos reservados á sus perseguidores, y el triunfo final de la iglesia militante, con imágenes sacadas casi siempre de los Profetas del Antiguo Testamento. Las siete cartas á las iglesias del Asia Menor, colocadas al principio, pintan la situacion, los peligros de estas iglesias y de sus obispos. Las visiones siguientes pintan las pruebas de la iglesia sobre la tierra, con la perspectiva de los esplendores de la iglesia triunfante. Señala, con cifras simbólicas, tres períodos en el desenvolvimiento del reino de Dios y del juicio que resplandecerá sobre sus enemigos: 1.º, el período de las persecuciones actuales del paganismo (tres años y medio, la mitad de la cifra 7); 2.º, el de la victoria externa de Jesucristo, durante el cual Satanás sería ligado, y suspendido su poder sobre los príncipes de este mundo; 3.º, el período durante el cual Satanás aparecerá con nuevo poder, y en que el órden actual del mundo será destruido. A

1 Apoc., II, 9.

los confesores afligidos de Jesucristo y á los que les sucederán en gran número, el ilustre vidente abre las perspectivas de la Jerusalen celestial, de la esposa resplandeciente del Señor, de la Iglesia en el seno de su triunfo, allí donde no habrá ya afliccion ni dolor [1].

Este libro profético, que pone término á las Escrituras del Nuevo Testamento, es una *historia velada, figurativa de la Iglesia* de Jesucristo; historia que no será bien comprendida sino despues de la consumacion de todas las cosas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 50.

Iren., V, XXX, 3; Sulp. Sev., II, XXXI, p. 85: «Quo tempore (Domit.) Joannem ap. atque evangelistam in Pathmum insulam relegavit, ubi ille arcanis sibi mysteriis revelatis librum sacrae Apocalypsis, qui quidem a plerisque aut stulte aut impie non recipitur, conscriptum edidit.» La autenticidad del libro es atestiguada por Justin., Dial. c. Trhiph., p. 297, ed. Sylb. Com. Eusob., IV, 18; Meliton de Sardes, en su obra sobre el Apocalipsis de San Juan, Euseb., IV, 26; Hippolyt. (ap. Hier. in Catal., cap. LXI; J. Syncell., p. 358, y en Roma por una inscripcion en mármol. Véase Lucke, Einl. in die Offenb. Joh., p. 317 y sig.; Commentar. über das Joh.-Ev., I, p. 77); Fragm. Murator.; Clem. Alex., Strom., VI, 13; Paed., II, 12; Orig., ap. Eus., VI, 25; Apol., ibid., V, 18; Aug., Civ. Dei, XX, 7-9. Comp. Dœllinger, p. 115-125.

51. Cuando fueron anulados por Nerva (96-98) los actos de Domiciano, su predecesor, y los desterrados pudieron volver, San Juan se encaminó á Éfeso, en edad muy avanzada. Murió reinando Trajano (100 ó 101).

San Juan combatió enérgicamente la herejía de Cerinto, con el cual no quiso habitar ni un solo momento bajo el mismo techo, porque le tenía por enemigo de la verdad.

Con el fin de combatirlo y de completar las antiguas narraciones, publicó principalmente su Evangelio en Éfeso hácia el año 97; acaso lo había escrito ya de antemano en parte; cedió á la invitacion de muchos Obispos y fieles, á los cuales había encargado un ayuno de tres días ántes de publicarlo. Su narracion supone evidentemente los otros tres Evangelios; pone más precision en el órden cronológico, y más viveza en la narracion; hace resaltar los discursos que el Señor pronunció en la capital de los judíos, y trata principalmente de su divinidad. En una sublime introduccion, que se ha comparado felizmente con el vuelo del águila, enseña la doctrina del Verbo que estaba en Dios y era Dios mismo, el cual se hizo carne y habitó entre los hombres.

En la continuacion de su Evangelio nos muestra al Hijo del Padre

---

1 Cons. *Hebr.*, XIII, 14.

Eterno siendo uno con su Padre, y dispensador de la vida y Juez de todas las cosas; le pinta en toda su grandeza. Podía hablar de todo como testigo ocular y auricular; podía dar testimonio de lo que era desde el principio, de lo que había visto y oido con los otros, de lo que había percibido con los sentidos, de la vida eterna que estaba en el Padre, y que había parecido entre los hombres, así como lo decía en su Epístola dirigida á los fieles remitiéndoles el Apocalípsis y poniéndolos en guardia contra los herejes como con otros tantos antecristos.

En su cualidad del último sobreviviente de los Apóstoles, San Juan dirige una segunda carta á una iglesia que él llama « elegida [1], » cuyos miembros caminan en la verdad, pero á la cual quiere confirmar en la caridad y preservar de seductores.

En otra tercera á Gaio, que permanecía firme en la verdad, se regocija de su perseverancia en la fe, alaba el bien que ha producido, censura al Obispo Diotrefes, que le era hostil, y que, no contento con no recibir á los hermanos enviados por este Apóstol, había prohibido á los demas recibirlos bajo pena de ser excluidos de la Iglesia. Anuncia que se dirigirá él mismo á esta Iglesia. Ya el Apóstol había regularizado la situacion de muchas comunidades del Asia Menor, é instituido numerosos Obispos. Imitador perfecto de su divino Maestro, el buen Pastor, corría detras de la oveja descarriada, y atrajo especialmente por el poder del amor á un jóven que, despues de haber recibido el bautismo, se había convertido en jefe de malhechores. En efecto, el amor era el sentimiento que dominaba así en el corazon como en los discursos del discípulo de la caridad; y cuando la debilidad de la edad le imposibilitó para predicar, no cesaba de repetir: « Hijos míos, amaos unos á otros, » porque todo se encierra en este precepto del Señor.

El sepulcro de este grande Apóstol, evangelista y profeta, fué por largo tiempo objeto de veneracion entre los fieles, y sus milagros, especialmente el de resucitar á un muerto, no fueron ménos brillantes que sus escritos, compuestos por divina inspiracion.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 51.

Policarpo, ap. Iren., III, III, 4; Iren., II, XXII, 5; Clem. de Alej., « Quis dives salvetur, » cap. XLII; Euseb., III, 23; Epif., Hom. XXX, n. 24 (escribe Cerinto en lugar de Ebion); Hom. LI, n. 12; Hom. LXIX, n. 23; Hom. LXXIII, n. 7 y sig.; Euseb., III, XXIV, 28; IV, XIV; V, VIII; VI, XIV; Fragm. Murat., Hier., Prael. Com. in Matth.; Com. in Gal., cap. VI; Baron., an. 99, n. 2 et seq.; Dœllinger, p. 114 y sig.; 134 y sig.; Witting, Das Ev. Joh., die Schrift eines Augenzeugen. Gymnas.-

1 *Joan.*, I, 1-3.

Progr., Bromberg, 1874. Es casi seguro que la resurreccion de un muerto por San Juan, contada por Apol., loc. cit., no es la del jóven referida por Clemente de Alejandría.

§ 3. Lucha del Cristianismo con el Paganismo.

I. LAS PERSECUCIONES SANGRIENTAS.

Situacion de los cristianos en el imperio romano.

52. El poder del paganismo hacíase cada día más amenazador para los cristianos. El imperio romano, que no reconocía ningun derecho general ni libertad ninguna de conciencia, sólo veía en la Religion una institucion *política*; *prohibía admitir cultos* extranjeros sin su permiso, y hacer prosélitos. Consideraba á la Iglesia como asociacion ilícita, y el negarse á adorar los dioses del Estado como obstinacion sacrílega, como crimen de alta traicion. Sin duda había tolerado dioses populares, pero solamente para los indivíduos de las naciones vencidas ó en virtud de un decreto del Senado, y siempre que ese culto no aspirase á dominar con exclusion de los otros. Los emperadores, en su receloso despotismo, se proponían solamente fines políticos; la codicia les incitaba á usar de violencia con los sospechosos, y la crueldad y el fanatismo á oprimir á los despreciadores de sus fantásticas divinidades.

A menudo tambien ocurría que el populacho ciego y fanático imputase en su supersticion todos los desastres del imperio á los detestados partidarios de la nueva doctrina, y que, desencadenándose furioso contra ellos, ofreciese en expiacion á los cristianos á los irritados dioses.

En este primer siglo de la Era cristiana, no había aún ley especial contra los fieles, y en tiempo de Cláudio todavía no se les distinguía de los judíos. *En el de Neron se les persiguió como* autores *del incendio* de Roma y como secretos conspiradores; y bajo Domiciano fueron acusados de entregarse á la impiedad y á prácticas judáicas. Nerva prohibió las investigaciones contra los que se entregasen á esas prácticas. El tributo personal, rigurosamente exigido á los judíos por Vespasiano y Tito, fué tambien impuesto á los cristianos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 52.

Neander, K.-G., I, p. 47 y sig., 3.ª ed., Collegia illicita, Cic., De leg., II, 8; Paul, Sentent. rec., lib. V, tit. XXI, § 2; Tertul., Apol., cap. XIII, 38. Furor del *pueblo contra los cristianos: Tertul.,* Ad Scap., cap. III; *Apol., cap.* XL; *Orig.,* Contra Cels., III, 15; In Matth. comment., ser., n. 39 (Migne, t. XIII, p. 1654); Nerva: Xiphilin., Ep. Dion., LXVIII, 1; Tertul., Apol., cap. V; Lact., De mort.

persec., cap. III; Euseb., III, 20, fin. La tolerancia otorgada á los judíos (Jos., Antiq., XIX, v, 3) no excluye las leyes penales contra los ciudadanos romanos que abrazaban el judaismo. (Tacit., Ann., II, 85.)

Trajano.

53. El emperador Trajano (98-117) publicó contra las asociaciones prohibidas (ó heterias) una ley que fué principalmente aplicada á los cristianos. Plinio el Jóven, gobernador de Bitinia, le consultó sobre la manera de tratar á los cristianos, numerosos en su provincia, que no fuesen encontrados culpables de crímen alguno, sino solamente de « excesiva supersticion. »

ADICION.

Véase aquí un extracto de su carta: «..... Se ha presentado un libelo, sin nombre de autor, denunciando á muchos que niegan ser cristianos ó haberlo sido. Viendo que invocaban los dioses conmigo, y ofrecían incienso y vino á vuestra imágen, la cual yo había hecho expresamente traer con las estátuas de los dioses, y viendo además que maldecían de Cristo, he creido de mi deber ponerlos en libertad; porque se dice que es imposible obligar á ninguna de estas cosas á los que son verdaderamente cristianos...

» Sus faltas y sus errores se reducen, segun ellos, á las siguientes: tienen costumbre de reunirse un poco ántes de la salida del sol, y cantar, formando dos coros, cánticos en honor de Cristo como Dios; se obligan por juramento, no á delinquir, sino á no cometer hurtos, robos, adulterios, á no faltar á su palabra ni negar un depósito; se retiran despues, y se reunen luégo para tomar una comida frugal é inocente; sin embargo, han cesado de hacerlo despues de la ordenanza que, siguiendo vuestras órdenes, he publicado para prohibir sus asambleas.

» El asunto me ha parecido digno de consulta, principalmente á causa del número de los acusados; porque estas denuncias ponen en peligro á muchas personas de toda edad, sexo y condicion. Esta supersticion ha infestado, no solamente las ciudades, sino las aldeas y las campiñas, y parece que se la puede contener y extirpar. Por lo ménos es notorio que comienzan á ser frecuentados de nuevo los templos casi abandonados, á celebrarse sacrificios solemnes despues de grande interrupcion, y que por todas partes se venden víctimas en los lugares donde pocas personas compraban ántes. De donde se puede fácilmente inferir el gran número de los que se corregirán si se abre camino al arrepentimiento. »

El emperador respondió que no se podía establecer regla general y precisa, que consideraba acertado no buscar á los cristianos, pero que si eran denunciados y convencidos, se les debía castigar, de suerte que los que renegasen de la fe cristiana y probasen de hecho que honraban á los dioses, fuesen perdonados. Esta decision era sin duda reprensible, moralmente considerada, mas el emperador sólo atendía al aspecto político y

legal, y quería que se reprimiese severamente el desprecio público de la religion nacional.

Esto era entregar los cristianos al arbitrio de las autoridades y al odio de sus acusadores. Había casos en que Trajano pronunciaba por sí mismo contra los fieles la sentencia de muerte, como ocurrió con San Ignacio, Obispo de Antioquía, que fué preso, llevado á Roma, y devorado por los leones del Circo. Este gran hombre, que había escrito siete cartas durante su viaje, y suplicado á los romanos que nada hiciesen para librarlo, porque se regocijaba de ser triturado por los dientes de las bestias, como trigo de *Dios*, á fin de convertirse en pan sin mancha, murió con heróica firmeza. San Simon, segundo Obispo de Jerusalen, fué crucificado en Palestina á la edad de ciento veinte años, por instigacion de los judíos. En Roma sufrieron la muerte de los mártires la jóven Flavia Domitila y los eunucos Nereo y Aquileo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 53.

Las cartas de Plinio el Jóven, lib. X, 97, 98, han sido puestas en duda por Gibbon, Semler, Corrodi, Held, etc., y defendidas por Haversaat, Gierig, Gieseler, Neander, etc. La concordancia de los manuscritos, los testimonios de Tertuliano, Apol., cap. II, y de Eusebio, III, 33, y otras razones internas hablan en favor de su autenticidad. Tertuliano pone de relieve en excelentes términos la contradiccion é inconsecuencia del rescripto imperial: «Negat inquirendos ut innocentes, et mandat puniendos ut nocentes; parcit et saevit; dissimulat et animadvertit... Si damnas, cur non et inquiris? Si non inquiris, cur non et absolvis?» *A los demas reos se aplica* la tortura, *«ad confitendum,» á éstos, «ad negandum,»* y el culpable se trasforma en inocente sólo con negar. La muerte de San Ignacio (Euseb., III, 26, 32, 36; Acta mart. San Ign.; Migne, t. V, p. 979 y sig., segun las cartas y el prólogo; Mœhler, Patrol., p. 107), se fija en 115-116 por Pearson, Lloyd, Pagi, Grabe, Smit, Le Quien, Routh, Gieseler; por otros como Usser, Ruinart, Tillemont, Ceillier, *Corsini, Gallandi, Busse, Mœhler, en 107; por Borghesi (Ann.* archeol., XVII, 331), Mozzoni (Sæc. II, not. 3), en 114; San Simon, Hegesipo, ap. Euseb., III, 32; Acta sanct., 18 Febr., cap. CVII; Domitila, Nereo y Aquileo, Krauss, Rom. sott., p. 42 y sig., 74.

Adriano.

54. En el reinado de éste (117-138), que sin adoptar el sincretismo religioso pareció al principio favorable á los cristianos, el odio pagano contra los fieles llegó á tal extremo, que en las fiestas públicas los clamores furibundos de la multitud forzaban á las autoridades á hacerles morir sin formacion de proceso. Indignado con esta injusticia Serenio Graniano, procónsul de Asia, acudió al emperador, y le hizo representaciones sobre el caso. En la respuesta dirigida á su sucesor Minucio

Fundano, el emperador prohibió condenar á muerte á los cristianos por la simple vociferacion del pueblo. Sólo se debía hacer por crímenes probados (las heterias eran sin duda de este número), y los falsos acusadores *debían ser castigados.*

En este reinado parecieron las primeras apologías del Cristianismo, y lo que es más, en la misma Aténas, que era aún el centro de los misterios paganos. Adriano se dirigió allí en 124 para iniciarse en los misterios de Eleusis. El filósofo Arístides, y *Cuadrato, Obispo* de esta ciudad, le enviaron sus apologías, y por causa de ellas, sin duda, el emperador se mostró más favorable á los cristianos. Cuadrato afirma que *había en su tiempo todavía* personas curadas ó resucitadas por Jesucristo. Despues, como lo atestiguan diferentes actas de mártires, Adriano se mostró mucho más hostil á los cristianos, y más celoso por el paganismo. La reciente sublevacion de los judíos había probablemente contribuido á ello.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 54.

La afirmacion de Lampride, In Alex. Sev., cap. XLIII, de que Adriano tuvo intencion de poner á Jesucristo en el número de los dioses, es combatida por Spartiano, in Hadr., cap. XXII (sacra romana diligentissime curavit, peregrina contempsit). No admitía el Cristianismo *sino como uno de los elementos del sincretismo* religioso, tal como lo entendian los alejandrinos (Ep. ad Serv. Cos. Vopisc., cap. VIII). Las sibilas le llaman πανάριστος ἀνήρ. Véase el edicto á Min. Fundano, en Justino Apol., I, n. 69; Euseb. IV, 9. El texto latino de Rufino es probablemente el original de la version griega. Mazochi, Disq. ap. Gallandi, Bibl. Patr., t. I, ap. II, p. 728 et seq.; Palma, Prælect. I, *p. 68 et seq.*; *Neander, I,* p. 56, defiende bien su autenticidad, recientemente atacada, sin razones decisivas, *por Keim* (en Theol. Jahrb. von Baur. u. Zellor, 1856, III, 387 y sig.); Sulpicio Severo, Chron., II, XXX, p. 86: «Quarta sub Adriano persecutio fuit, quam tamen postea exerceri prohibuit, injustum esse pronuncians, ut quisquam sine crimine reus constitueretur.» Cf. Oros. VII, 13. Este edicto, bastante vago, fué aplicado diversamente por los gobernadores, por algunos en favor de los cristianos. *Tertul.*, ad Scap., cap. V. Sobre Cuadrato y Arístides, Hier.; Cat., cap. XIX, XX; Ep. ad Magn., LXX, n. 4, t. I, p. 426, ed. Veron.; Euseb., IV, III, 23; V, 17. Eusebio y San Jerónimo tenian á la vista la apología de Cuadrato, y sin duda tambien Eusebio, Obispo de Tesalónica en el *siglo* VI (*Foc.*, *Bibl.*, cod. 162, p. 452, ed. M). Se ha perdido hoy, fuera del fragmento conservado por Eusebio, IV, 3 (*Routh*, Rel. saec., I, p. 73, ed. Oxon, 1814). Eustaquio y sus compañeros forman parte de los mártires bajo el reinado de Trajano. Acta sanct., 20 Set.; Lumper, Hist. crit., II, p. 435-442; Santa Sinforosa y sus siete hijos. Gallandi, Bibl. Patr., I, 329 et seq.; Acta sanct., t. IV, jun., p. 350; Mozzoni, loc. cit., nota 24.

Rebelion de los judíos.

55. No solamente se habían enconado los judíos contra los cristianos vueltos más tarde á Jerusalen, y contra su Obispo Simeon, sino que habían hecho otro tanto contra los paganos en la Cirenáica, en Egipto, en la isla de Chipre y en otras regiones, y siempre habían sido severamente reprimidos. En Palestina misma estalló una grande insurreccion el año 131, cuando Adriano prohibió la circuncision y ordenó construir una ciudad pagana con un templo dedicado á Júpiter. Apareció entónces un falso Mesías, llamado «hijo de la estrella [1]» y fué reconocido como tal por Rabbi Akiba, á quien se honraba como un segundo Mesías, y despues consagrado rey y coronado en la fortaleza de Bether (Bitther). Toda la poblacion judía corrió á las armas, y Jerusalen cayó de nuevo por un instante entre sus manos. El general Julio Severo, enviado contra ella por el emperador, ocupó desde luégo las ciudades situadas sobre la costa y los desfiladeros, se apoderó de Jerusalen, y devastó la Palestina, convirtiéndola en un desierto.

Rabbi Akiba fué hecho prisionero y condenado á muerte. En cuanto á la suerte del impostor Bar-coquebas, «hijo de la mentira» (hoy Bar-Cosiba), es desconocida. Cerca de 1.000 aldeas, 50 ciudades y 480 sinagogas fueron destruidas por los romanos. La tierra prometida jamás ha podido reponerse de esta devastacion; ejecutóse desde luego el plan del emperador de construir una ciudad pagana, Ælia Capitolina, en lugar de Jerusalen. No solamente se impuso á los judíos, muchos de los cuales fueron vendidos como esclavos, un tributo que habían de pagar á Júpiter Capitolino, sino que se les gravó ademas con un pesado impuesto personal, y se les prohibió bajo pena de muerte entrar en la ciudad nueva. Se les permitió tan sólo en lo sucesivo ir el día del aniversario de la ruina del templo á llorar y gemir en las cercanías de su antiguo santuario, y esto no sin pagar á los soldados romanos una cantidad.

Los judíos, sin embargo, no perdieron sus instituciones nacionales; el rabinismo tenía todavía asilos en Cesárea, junto al mar; en Sephoris, (Galilea), y sobre todo en Tiberiades, donde residió más tarde un patriarca judío; miéntras que en los imperios orientales eran gobernados por príncipes que los tenían cautivos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 55.

Dio Cass., LXVI, 4 et seq.; LXVIII, 32; LXIX, 12 et seq.; Spartian., In Hadr., cap. XIV: «Moverunt ea tempestate et Judaei bellum, quod vetabantur mutilare genitalia.» Justin., Apol. I, n. 31, 47; Dial. c. Tryph., cap. XVI; Tertul., Apol.,

1 Segun el libro de los Números, XXIV, 17-19.

cap. XVI; Adv. Jud., cap. XIII; Euseb. IV, II, 6; Hilar., In psal. LVIII, n. 12; Hier., In Sophon., cap. II; Epist. XLI ad Pammach. et Ocean.; Sulp. Sev., II, 31; Zornei, Hist. fisci judaici sub imp. vett. Rom., Altona, 1754; Munter, Der jüd. Krieg unter Trajan u. Hadrian, Altona et Leipzig, 1821; F. Gregorovius, Gesch. des rœm. Kaisers Hadrian, Kœnigsberg, 1851; Dœllinger, Heidenth. und Judenth., p. 856-859.

56. La profanacion se extendió tambien á los lugares sagrados de los cristianos, que fueron cruelmente perseguidos por los partidarios del falso Mesías. Erigióse una estátua á Vénus sobre el monte Calvario, y otra á Júpiter cerca del sepulcro de Jesucristo. Los judeo-cristianos tenían allí por centro religioso una pequeña iglesia construida sobre la montaña de Sion. Despues de Simeon, tuvieron 13 Obispos, que con poco intervalo se sucedieron. Todos eran «hijos de la circuncision,» y dados á los ritos tradicionales de la ley. Pero en tiempo en que ningun judío podía penetrar en la nueva ciudad, se formó una comunidad de paganos convertidos, y Márcos, su Obispo, fué, como sus sucesores, de orígen pagano. Estos Obispos estuvieron desde entónces bajo la jurisdiccion del metropolitano de Cesárea.

El antagonismo habíase acentuado cada vez más entre judíos y cristianos; aquéllos maldecían á los fieles en sus sinagogas, y excitaban contra ellos á los paganos. La separacion de principios que existía entre los judíos bautizados y los no bautizados se hacía más profunda de día en día. Fuera de Palestina, los judeo-cristianos se habían mezclado sin dificultad con los paganos convertidos. Segun Hegesipo (hácia el año 150) no tenían hombre importante alguno, y su importancia en la literatura cristiana era insignificante. Los doctores de la Iglesia continuaban sus esfuerzos para convertir á los judíos y destruir sus preocupaciones.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 56.

Justino, Apoll. I, 31; Eusebio, IV, 12; Epifanio, De pond. et mens., cap. XIV-XV; Sulpicio Severo, loc. cit., p. 86. Sobre las relaciones entre judíos y cristianos, Justino, Dial. XVII, CVIII. El tratado «Birkath Hamminim» (minceneos, cristianos), ha debido escribirse por Rabbi Samuel el Pequeño, por consejos del jóven Gamaliel, nieto del primero. Entre los escritos contra los judíos, citaremos: 1.° El diálogo de Justino con Trifon (Otto, De Justino M., Jena, 1841, § 13, p. 27 et seq.; Neander, I, 367, n. 3. 2.° Tertul. Adv. Judæos. 3.° Cipriano, Testimonia ad Quirinum libri III. El diálogo de Ariston de Pella se ha perdido. Euseb., IV, 6; Orig. Contr. Celsum, IV, 52, 53; Maximo, Schol. in op. de myst. theol., cap. I; Hier. Com. in Gal., III, 13; Quæst. hebr. in Gen., t. II, p. 507. Entre los escritos de los judeo-cristianos del siglo II, se conoce sobre todo el libro intitulado: Testamento XII Patriarch. (Grabe, Spicil., I, 145 et seq.); citado de Orig., Hom. XV in Joa. (Op. II, 433, ed. Par.)

Antonino Pío.

57. Este emperador (138-161) abolió la ley, tan odiosa á los judíos, que prohibía la circuncision, y trató con indulgencia á los cristianos, perseguidos por el populacho pagano, con ocasion de un terremoto ocurrido en Asia y en Rodas, y con motivo de otras calamidades. Justino, filósofo de Flavia Neapolis (la antigua Sichem), convertido al Cristianismo, le presentó una apología en favor de los cristianos que parece fué bien acogida; al ménos Antonino dirigió diferentes ordenanzas á muchas ciudades griegas en favor de estos hombres tan cruelmente oprimidos.

Se habían empleado ya todos los medios para hacer á los cristianos ridículos y odiosos. El cínico Crescencio, el retórico Fronton, el satírico Luciano, el filósofo Celso no cesaban de aguijonear á la multitud, rivalizando en esto con los judíos y goecios, uno de los cuales, Alejandro de Abonoteichos, recorría el país y excitaba al pueblo á expulsar á los cristianos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 57.

Jul. Capitol., Vita Antonini P., cap. IX; Neander, I, 363 y sig.; El edicto *πρὸς τὸ κοινὸν τῆς Ἀσίας*, en apéndice en *Justino*, *Apol.*, *I*, *n.* 70. *Eusebio*, IV, 13, lo atribuye sin razon al sucesor de Antonino. Baronio, Halloix, Papebrocke, Tillemont, Pr. Maran, Hegelmann (Tub., 1777), Gallandi, Muratori, defienden su autenticidad, otros la rechazan, tales como Haffner (De edicto Antonini pro Chr., Argent., 1781); Neander, I, p. 57. Muchos lo creen interpolado. Mœhler-Gams, I, 234.

Marco Aurelio.

58. Parecía que iban á cumplirse estas esperanzas de los paganos irritados bajo el emperador *Marco Aurelio* (161-180). Este príncipe, partidario á la vez de la filosofía estóica y de la religion nacional, no veía en los cristianos sino fanáticos enemigos del órden social. No solamente los oficiales del gobierno y los acusadores tenían plena libertad contra los fieles, sino que estaban autorizados por órdenes imperiales para buscarlos y maltratarlos. En la apología dirigida á este emperador por Meliton, Obispo de Sardes, uno de los más eminentes escritores del Cristianismo, se decía que so pretexto de los nuevos edictos, infames acusadores y hombres ávidos de pillaje robaban y atormentaban día y noche á los cristianos: «Estas no son sin duda las intenciones del emperador; mas él debe, como equitativo juez, convencerse de la falta de los

acusados, y no exponerles á un tratamiento que ni áun siquiera es justo con enemigos ó extranjeros. »

Y añade á propósito del Cristianismo: « Es cierto que la escuela á la cual pertenecemos tuvo su orígen entre extranjeros; pero despues que ella ha florecido en todos los pueblos de vuestro imperio, desde el glorioso reinado de Augusto, vuestro predecesor, ha sido en alto grado para vuestros dominios fuente de prosperidad, porque desde entónces se ha extendido é ilustrado el nombre romano... Neron y Domiciano son los únicos que, engañados por hombres malvados, intentaron destruir nuestra Religion; ellos admitieron sin exámen rumores falsos esparcidos por la crédula multitud, y propagados hasta nuestros días. Pero vuestros benignos antecesores han borrado las faltas que ellos cometieron por ignorancia, condenando en muchos decretos á los que osaban propagar nuevas invenciones contra los cristianos. En este sentido, vuestro predecesor Adriano escribió á diversas personas, así como á Fundano, procónsul de Asia. Vuestro padre, en el tiempo en que reinábais con él, notificó á las ciudades, especialmente á las de Larisa, Tesalónica, Aténas y á todos los griegos, la prohibicion de emprender nuevas persecuciones contra nosotros. En cuanto á vos, que teneis de nosotros una opinion, no ya semejante, sino mucho más humana y conforme á la sabiduría, tenemos plena confianza en el éxito de nuestros ruegos. »

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 58.

Monólogo de M. Aurel, *εἰς ἑαυτόν*, lib. XI, 3; XII, 28; Capitolin., In vita M. Aur., cap. IIIX, 21. Epigramas sobre sus sacrificios ó carnicerías, Am. Marcellin, XXV, 4; Neander, I, 57 y sig.; Melito, ap. Euseb., IV, 26; Routh, Rel. sacr., I, p. 109 y sig.

59. *Ni esta apología, ni las demas que entonces aparecieron en gran* número (la segunda de Justino, la de Cláudio Apolinar, Obispo de Hierápolis, la del ateniense Atenágoras, etc.), pudieron conmover el corazon helado de este emperador filósofo. Milagrosamente salvo en una batalla contra los Marcomanos, gracias á las oraciones de la Legion Fulminante, compuesta de cristianos, Marco Aurelio atribuyó su salvacion á Júpiter, dispensador de la lluvia. No contento con violar, respecto de los cristianos, la antigua ley romana, que prohibía exigir de los esclavos testimonio contra sus dueños, publicó otra nueva que, sin referirse exclusivamente á ellos, les comprendía en primer término; esta ley ordenaba que sería relegado á una isla « el que hiciese algo que pudiera inspirar en los movibles corazones de los hombres supersticiosos temor á la divinidad. »

Es igualmente probable que otra ley, atribuida más tarde á Aureliano,

pertenezca á este emperador, *porque respira el mismo espíritu*. En ella se ordena prender á los cristianos como despreciadores de las leyes del Estado, y hacerles sufrir diversas torturas si rehusan sacrificar á los dioses, pero *todo de* suerte que la justicia vaya unida con la severidad, y que cese el castigo una vez conseguido el objeto.

OBRAS DE CONSULTA Y *OBSERVACIONES CRÍTICAS* SOBRE EL NÚMERO 59.

Justini Apol., II (en Euseb., II, 12; IV, 12, 17, la primera); Claud. Apoll.; Eus., IV, 26 c. not. Vales. Athenag.; Gallandi, t. II, p. 3 y sig.; Proleg., p. v. La historia de la Legion Fulminante se halla en Tertul., Apolog., cap. v; ad Scap., cap. IV; Claud. Apollin., ap. Euseb., V, 5; Greg. Nyss., Or. II in XL Mart. (Migne, t. XLVI, p. 757 y sig.); Oros., VII, 15. Las narraciones paganas están concordes en lo sustancial del hecho; á saber, en que fué evitado el peligro de muerte; pero lo atribuyen á las plegarias del emperador (Jul. Capitol., In Marc. Aurel., cap. XXIV, Claudiano, In VI Cons. Honor., carm. XXVIII; Themist., Or. τῷ ἡ βασιλευτάτῃ τῶν ἀρετῶν), *ó á Arnuphis*, mago egipcio (Dio Cass., LXXI, 8). Una columna erigida al emperador por el Senado, así como algunas monedas, celebran á Marco Aurelio como el salvador de su ejército.

Por lo demas, el nombre de Legion *fulminatrix*, ó más bien *fulminata*, subsistía desde mucho tiempo ántes (Dio Cass., LV, 23), y no data de este hecho, como lo creia *Cláudio Apolinar* y tambien Eusebio, que acaso no habia leido sino superficialmente al primero. *Puede admitirse con toda certeza que la Legion* contenía muchos cristianos, y que la tempestad, pedida con ardientes plegarias, fué considerada por ellos como favor divino, miéntras que los paganos la atribuian á su Júpiter ó á sus magos. *El edicto imperial, en apéndice en Justino*, Apol., I, 71, es apócrifo segun Scaligero, Baumgarten, Mosheim, Semler, Eichstædt, Otto, Prud. Maran (Præf. in Just., part. III, cap. V, n. 5; Migne, t. V, p. 137 y sig.) Véase tambien Baronio, an. 176, n. 1 y sig.; Tillemont, Memoire des empereurs; Marco Aurel., § 15 y sig., t. II, p. 405; Muratori, Ann. d'Italia, an. 174; Rauscher, I, p. 338 y sig.; Borghesi, Ann. archaeolog., XI, 159; Mosheim, De mirac. leg. fulm. in Diss. ad s. disc. pertin., Lips., 1733, p. 622 y sig.; Neander, I, p. 63 y sig. Entre las leyes, las siguientes pertenecen á nuestro asunto: Dig. XLVIII, tít. XVIII, De quaestionibus, lib. V y sig., 12. Cf. Cic., Pro Dejotaro, cap. I; Euseb., IV, 26; V, I, — I. 30; Dig., XLVIII, tít. XIX, De poenis Modestinus: « Si quis aliquid fecerit, quo leves hominum animi superstitione numinis terrerentur, D. Marcus hujusmodi homines in insulam relegari rescripsit. » El edicto de Aureliano se halla en las Acta S. Symphor.; Lumper, Hist. crit., II, 505 y sig.; Neander, p. 59 y n. 9.

60. En Roma, y despues en el Asia Menor y en las Gálias, fué donde la persecucion hizo más estragos. En Roma, una mujer había abrazado el Cristianismo despues de haber llevado en otro tiempo vida desordenada con su marido, al cual, ya convertida, en vano se había esforzado por corregir. Léjos de esto, haciase cada día más vicioso, y ella no podía vivir á su lado sin pecar gravemente, tanto más, cuanto que trasladados á Alejandría, crecieron los desórdenes de él en vez de disminuirse. Ella separóse de él por un libelo de divorcio, ó más bien en uso del derecho

que pertenecía á los fieles [1]. Su marido la acusó de ser cristiana. Dilatóse el proceso porque ella había obtenido un rescripto imperial que la autorizaba para poner órden en sus negocios de fortuna y de familia. En este intervalo, su marido acusó á Ptolomeo, que la había instruido en la Religion cristiana. Ptolomeo se declaró, en efecto, cristiano, y fué por este solo hecho condenado á muerte por el Prefecto de la ciudad, Q. Lolio Urbico, despues de un largo cautiverio. Cuando se le conducía al suplicio, otro cristiano llamado Lucio reconvino al Prefecto por haber condenado á un hombre que no estaba convencido de ningun crímen. Interrogado por Urbico si era cristiano, confesó que sí, y fué tambien ejecutado. Un tercero tuvo la misma suerte. Justino, que en su apología refirió al emperador en términos llenos de indignacion lo que había visto en Roma, se vió amenazado por las asechanzas de Crescencio el Cínico, y no tardó en ser condenado á muerte con otros muchos cristianos (166-167). Gran número de éstos sufrieron el martirio, entre los cuales lo sufrió tambien probablemente Santa Cecilia, de ilustre linaje.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 60.

Justin., Apol., II, 1-3; Euseb., IV, 16 y sig.; Acta S. Justin., Gallandi, t. I, p. 711-716; Mazochi, Disquis., ibid., p. 717 y sig. Valois, Mozzoni, etc., colocan la muerte de Justino bajo *Antonino Pio*; Baronio, Labbe, Pagi, Tillemont, los Bolandos en tiempo de Marco Aurelio y algunos, como Stieren (Ztschr. f. hist. Theol., 1842, I, 21), Ritter (I, 80), en el año 162; la *mayor parte en* 166-167 (Semisch, Ueber das Todesjahr Justins. Stud. u. Krit., 1835, IV, p. 942 y sig.). El Obispo Urbano, mencionado en la leyenda de Santa Cecilia, no es probablemente el primer Papa de este nombre, sino más bien un Obispo extranjero que se hallaba en Roma. De Rossi, Roma sott., II, 147; Kraus, Roma sott., p. 150-164.

61. En el Asia Menor murió en 167-168 (segun otros en 155) el magnánimo Policarpo, Obispo de Smirna y discípulo del Apóstol San Juan. Espiró en una hoguera, víctima del furor del pueblo, dando con alegría testimonio de Jesucristo, á quien había servido durante ochenta y seis años. Otros mártires le habían precedido, entre ellos Germánico. Los cristianos discretos y prudentes no se presentaban espontáneamente á sus jueces y verdugos, como lo hizo el frigio Quinto, quien habiéndose declarado cristiano, sin exigírsele esta declaracion, sacrificó en seguida á los dioses paganos, y apostató por temor á las bestias feroces, á las cuales iba á ser arrojado. Era sagrado deber no renegar de la fe cuando se interrogaba por los jueces; pero era temeridad fanática precipitarse locamente en el peligro cuando se le podía evitar con la fuga.

El furor de las persecuciones, reanimado en Smirna por la muerte

[1] *I Cor.*, VII, 15

del Santo Obispo, continuó haciendo estragos en muchos otros puntos del Asia Menor. Sólo conocemos una pequeña parte de los acontecimientos que allí tuvieron lugar.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 61.

Ep. de mart. Polyc.; Euseb., IV, 15, et in ed. Patr., ap. Neander, I, 60 y sig. Pearson y Gallandi colocaban la muerte de Policarpo en 147; la mayor parte la fijan, con Tillemont, en el año 166-168. Segun las más recientes investigaciones de Cavedoni, Mozzoni (nota 41), y Gebhardt (Zeitschrift. f. hist. Theol. 1875, p. 355) debería ser el año 155.

62. La persecucion fué tenaz, sobre todo en las Gálias, y especialmente el año 177, en las Iglesias de Lyon y Viena, que enviaron extensa relacion de ellas á las Iglesias del Asia-Menor. Aquí las Autoridades paganas y el pueblo obraban de acuerdo. Donde quiera que se presentaban en público los cristianos eran insultados, maltratados, asaltados en sus casas. Fueron presos los más calificados, y se les condujo ante los jueces. Estando ausente el gobernador del Imperio, se los sometió á doloroso cautiverio. Cuando volvió, empezó la inquisitiva con tormentos á fin de arrancar á los fieles la declaracion de que cometían crímenes contra la naturaleza.

Indignado por este procedimiento un jóven llamado Vettio Epagato, se presentó ante los jueces para protestar de la inocencia de sus hermanos, y pidió ser oido. Se le rechazó y fué conducido á la cárcel como defensor de los cristianos. Esclavos gentiles, sometidos á la tortura, imputaban á sus dueños cristianos todos los crímenes que se querian; y no hubo medios que no se emplearan para arrastrar á los acusados á la apostasía.

Potino, Obispo de Lyon, anciano de noventa años, espiró despues de haber sufrido toda clase de malos tratamientos; Sancto, diácono de Viena, el neófito Maturo, Atalo de Pérgamo, la esclava Blandina, un niño, llamado Pontico, atestiguaron su heroismo cristiano; muchos que habían caido por debilidad, confesaron luégo con generoso valor que eran cristianos á fin de expiar su prevaricacion. Gran número de cristianos fueron arrojados á las bestias feroces; otros, que eran ciudadanos romanos, decapitados. Los cadáveres de los cristianos, que permanecieron por seis días insepultos, fueron en seguida entregados á las llamas, y sus cenizas arrojadas al Ródano. El número de los mártires de la Galia fué considerable. El cónsul Heraclio se admiraba de que un jóven cristiano de Autun, Sinforiano, el cual se había negado á tributar honor á una estátua de Cibeles, que era llevada en procesion, y aparecía como perturbador del culto, se hubiese sustraido á las pesquisas de la autoridad. El jóven, alentado por su madre, se declaró cristiano, y el cónsul lo mandó decapitar.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 62.

Ep. Eccl. Lugd. et Vienn., Eus,; V, 1 y sig.; Routh, I, 267-296; Gallandi, I, 693-706; Neander, p. 61 y sig.

ADICION.

Sería preciso citar por entero la elocuente relacion que las iglesias de Lyon y Viena dirigieron á las Iglesias de Asia, de donde eran originarios muchos de estos mártires. Véase aquí por lo ménos la parte que se refiere á San Potino:

«Entre tanto fué preso el bienaventurado Potino, que regía la Iglesia de Lyon. Estaba á la sazon enfermo y contaba más de noventa años. Como apénas podía sostenerse y respirar, á causa de sus dolencias, aunque el deseo del martirio le inspirase nuevo ardor, fué preciso llevarlo al tribunal. Su edad caduca y la violencia de su enfermedad habían ciertamente aniquilado ya su cuerpo; pero su alma permanecía aún ligada á él para servir de triunfo á Jesucristo. Miéntras los soldados le conducían, era seguido de los magistrados de la ciudad y de todo el pueblo, que gritaba contra él, como si hubiese sido el Cristo mismo. Entónces el venerable anciano dió glorioso testimonio de la verdad. Habiéndole preguntado el presidente cuál era el Dios de los cristianos, respondió: *«Si eres digno de Él, ya le conocerás.»* Inmediatamente fué agobiado de golpes, sin respeto alguno á su avanzada edad. Los que estaban cerca, le herian con puñadas y puntapiés; los más lejanos le arrojaban cuanto encontraban á mano. Todos se hubieran creido culpables de gran crímen si no se hubieran esforzado por insultarle, por vengar el honor de sus dioses. El santo Obispo fué arrojado medio muerto en la prision [1], y espiró dos días despues, como un buen Pastor que era en vida, combatiendo á la cabeza de su rebaño.»

Se vió entónces un efecto harto singular de la Divina Providencia, y un gran milagro de la infinita misericordia de nuestro Salvador Jesucristo. Los que habían apostatado, permanecían presos en el mismo calabozo que los confesores; su apostasía de nada les habia servido. Al contrario, los que habían confesado generosamente la fe, no eran detenidos en la prision sino como cristianos; este era todo su crímen, miéntras que se retenía á los apóstatas como homicidas ó malvados.

En lo cual éstos sufrían mucho más que los otros, porque la expectativa del martirio, la esperanza de las promesas, la caridad de Jesucristo, la uncion del Espíritu Santo llenaban de alegría á los santos confesores. Los apóstatas, por el contrario, estaban de tal suerte atormentados, que cuando comparecían delante del pueblo, se les distinguía por su aspecto triste y consternado. Veíanse brillar la gracia y la majestad con santa alegría sobre el rostro de los primeros: ellos estaban adornados de sus cadenas como una esposa de sus ornamentos, y exhalaban tan dulce olor que parecían ungidos con perfumes preciosos. En cuanto á

1 Todavía se ve la prision de San Potino en el monasterio de religiosas de la Visitacion que se llama *l'Antiquaille*. San Euquero, en la homilía de Santa Blandina, dice que San Potino, despues de haber ofrecido el Sacrificio del cuerpo de Nuestro Señor, *fué llevado ante los tribunales profanos*, para ser ofrecido allí como víctima, lo que parece indicar que fué preso despues de celebrar los santos misterios. San Euquero y Rufino le llaman Fotino ó Photino, que corresponde al nombre *Lucidus* ó *Lucianus*, miéntras Potino significa lo mismo que *Desiderius*.

los apóstatas, la confusion, la tristeza y los remordimientos estaban impresos en su exterior. Hasta *los paganos* les insultaban como hombres cobardes y afeminados; y habiendo renunciado al nombre de cristianos, no se les daba otro que el de homicidas. Esto servia no poco para confirmar á los fieles en la fe.

Luégo que eran presos comenzaban por confesarlo.»

(N. del t. f.)

Cómmodo.

63. Bajo el reinado de Cómmodo (180-192), que ofrecía poca semejanza con su padre, y prefería el papel de atleta al de filósofo, no se dió decreto alguno contra los cristianos, de los cuales muchos residian en la Corte. Marcia, mujer del Emperador, era de este número, ó al ménos se mostraba muy favorable á ellos. Sin embargo, muchos gobernadores continuaban persiguiendo á los fieles, tales como el Procónsul de Asia, Arrio Antonino. En Roma misma el senador Apolonio fué condenado á muerte á título de cristiano con el esclavo que le había acusado. Los disturbios políticos que siguieron á la muerte de Cómmodo, las guerras civiles entre Pescenio Niger en Oriente, Clodio Albino en las Galias y Septimio Severo perjudicaron considerablemente á la causa de los cristianos. Se continuaba desterrándolos, crucificándolos ó decapitándolos [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 63.

Iren., IV, 30; Hippol., Philos., IX, XII, p. 287, 288; Dio Cass., LXXII, 4. Véase. *Dœllinger, Hippolyt. und Kallistus*, p. 187 y sig. Llamábase tambien concubina á la mujer legítima, pero de linaje inferior; ésta no tenia los mismos derechos que la esposa. Lib. II, Cod. v, 27; II. 144; Dig., de V. S.; I, 32; Dig. de donat.; Bingham, Orig., II, v, 11; XVI, XI, 5; Apollonius, Eus., V, 42; Hier., Cat., cap. XLII; Neander, p. 65. Otras persecuciones, Clemente de Alejandría, Strom., II. 20; Tertulien, ad Scap., cap. II; Apol., cap. XXXV.

Septimio Severo.

64. Éste, que había logrado reinar solo (193-211), fué desde un principio favorable á los cristianos. Próculo, esclavo convertido, le había curado de una enfermedad, y vivía en su palacio. En muchas circunstancias el Emperador tomó bajo su proteccion á hombres y mujeres cristianos; pero había en las provincias gobernadores que se mostraban

---

1 Cómmodo, encontrando un hombre de corpulencia extraordinaria, *le cercenó en dos para probar su fuerza y gozar* el placer de ver derramarse las entrañas de la víctima. «Obtunsi oneris pinguem hominem medio ventre dissecuit, ut ejus intestina subito funderentur.» *(Hist. Aug.)*. Se hacía llamar Hércules; quiso que Roma cambiase de nombre y *tomase* el suyo; vergonzosas medallas han perpetuado este capricho.

crueles y tiránicos, y el celo imprudente de algunos cristianos excitaba á los idólatras á cometer actos de violencia. En 202 ó 203, el emperador prohibió por una ley severa y bajo rigurosos castigos abrazar el Cristianismo ó el judaismo.

La persecucion llegó á ser tan violenta en algunos puntos, que se creia en la próxima venida del antecristo. Con frecuencia la sentencia de muerte iba acompañada de la confiscacion de bienes, y los cristianos eran, por otra parte, víctimas de las más infames exacciones.

Pero en ningun país se desencadenó la persecucion con tanta intensidad como en África: los doce mártires scylitanos; las santas mujeres Perpétua y Felicitas, y en Egipto Leonidas, padre del sabio Origenes, la vírgen Potamiana, con su madre, así como otros muchos; en la Galia San Ireneo, Obispo de Lyon, aceptaron alegremente la muerte del martirio, y glorificaron á la Iglesia con brillantes ejemplos.

ADICION.

Severo tuvo dos hijos, Caracalla y Geta, que fueron enemigos desde la infancia. Severo, sintiéndose enfermo en York, y viendo aproximarse su fin, dijo: «Todo lo he sido y de nada me vale.» *Omnia fui et nihil expedit.* (Aurel. vict.)

Tertuliano compuso durante el reinado de Severo la elocuente y célebre apología donde decía: «Somos de ayer y ya llenamos vuestras ciudades, vuestras colonias, el ejército, el palacio, el Senado, el foro: sólo os dejamos vuestros templos, *sola relinquimus templa.*» Publicó su *exhortacion á los mártires*, sus tratados de los *Espectáculos*, de la *Idolatría*, del *Adorno de las mujeres*, y el de las *Prescripciones*, admirable libro que ha servido de modelo á Bossuet para su obra maestra de las *Variaciones*. — (Chateaubriand, *Estudios históricos.*)

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 64.

Tertul., ad Scap., cap. IV y al fin; De cor. mil. Spartian., in Sev., cap. XVII, Eus., VI, 1, 4, 5; Oros., VII, 17; Acta mart. Scyll., ap. Ruinart, p. 73; Acta Sanct., d. 17 jul., t. IV, p. 204; Acta Perpet. et Felic., Gallandi, II, 174 y sig. Sobre San Ireneo, Hier., in Is., cap. LXIV; Resp. ad ortodox., q. CXV; Greg. Tur., De gloria mart., I, 5; Hist. Franc., I, 29; Massuet, Diss. II in Iren., a. 1, n. 31 y sig., p. XC y sig.

Caracalla y sus sucesores. — Alejandro Severo.

65. La situacion exterior fué más dichosa en tiempo de Caracalla (211-217), el cual era personalmente favorable á los cristianos. Macrino, cuyo reinado fué corto, prohibió imponer castigos por el hecho de menospreciar los dioses. Avito Bassiano, que se llamaba Heliogábalo (218-222), toleraba todos los cultos, porque se proponía fundirlos en el

que los Sirios tributaban al sol y que era el suyo. Alejandro Severo (222-235), alma noble y generosa, practicaba una especie de eclecticismo religioso, y estimaba tambien á los cristianos. Al mismo tiempo que á sus dioses, honraba á Jesucristo como á un Sér superior; colocó su imágen en su lararium, al lado de las de Abraham, Orfeo y Apolonio de Tyana, é hizo esculpir en los muros de su palacio estas palabras del Evangelio: «Haced á los hombres lo que quereis que ellos hagan con vosotros [1].» Dió tambien á los cristianos inmensas muestras de benevolencia. Julia Mammea, su madre, llamó á su lado, en Antioquía, al célebre Orígenes, que se aprovechó sin duda de esta circunstancia para mantener sus buenas disposiciones con respecto á los fieles. Sin embargo, por muy dispuesto que pareciera el emperador á permitir oficialmente el ejercicio de la Religion cristiana, no tomó acerca de ello medida alguna efectiva. Bajo su reinado fué tambien (233) cuando el jurisconsulto Domicio Ulpiano recogió, en el sétimo de sus diez libros sobre «el cargo de procónsul,» los decretos imperiales dictados en diversas épocas contra los cristianos, ó que eran referentes á ellos. Estos decretos eran aplicables no solamente á los que profesaban un culto prohibido, y formaban parte de una sociedad contraria á las leyes, sino tambien al crímen de lesa majestad y al sacrilegio, y en este último caso, sobre todo, el juez era libre para castigarlos con las penas más severas. Respecto al crímen de lesa majestad y sacrilegio, los hombres libres eran igualados con los esclavos, sometidos á la tortura y á todo género de muertes imaginables. Era permitido tambien acusar á cualquiera de ejercer la magia, sobre todo en los acontecimientos maravillosos, y de poseer escrituras mágicas, y los paganos hallábanse en verdad harto dispuestos á incluir en este número las Escrituras sagradas de los cristianos.

ADICION.

El vicio que gobernó particularmente al mundo, *bajo Heliogábalo*, fué la impureza. Este príncipe escogía los agentes del poder segun las cualidades que les hacian á propósito para el desenfreno. Desdeñando las distinciones sociales y las ventajas del genio, ponía la soberanía política en la fuerza bruta.

Hombre y mujer, prostituido y prostituta, no hubiera sido más puro áun cuando se hubiese consagrado al culto de Cibeles, segun pensaba. Dió asiento á su madre en el Senado, cerca de los cónsules, y creó otro Senado de mujeres que deliberasen sobre las preeminencias, *los honores de corte y la forma de los vestidos*.

Atormentado por el presentimiento de una corta vida, habia hecho preparar á todo evento cordones de seda, un puñal de oro, venenos encerrados en vasos

1 *Luc.*, VI, 31.

de cristal y de pórfido, un patio interior con el pavimento de piedras preciosas, al cual pensaba precipitarse desde lo alto de una torre.

Estos propósitos salieron fallidos. Vivió en lugares infames, y fué muerto en una letrina con su madre. (Chateaubriand, *Études hist.*)

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 65.

Dio Cass., LXXV, 13; LXXVIII, 12; Ael. Lamprid., in Vita Heliogab., cap. III; in Alex. Sev., cap. XXII, XXVIII, XXIX, XLIII y sig., L; Euseb., VI, 21, 28; Oros., VII, 18; Neander, p. 69. Contra los «Collegia illicita,» Suet., in Cæs., cap. XLII; Octav., cap. XXXII; Cajus, lib. III in 1, 1; Dig. III, 4. — Lactanc., Inst., V, 11, dice Ulpiano que ha recogido «rescripta principum, ut doceret, quibus oportet eos poenis affici, qui se cultores Dei confiterentur.» Fragm., Dig., lib. I, tit. XVI; lib. XVII, II, I. 2; lib. XLVIII, IV, 1; XIII, 6. Véase Thiel, Altrœm. Rechtsanschauung bezüglich der polit. Stellung der christl. Rel. (Tüb. Qu.-Schr., 1855, II); Le Blant, les Bases juridiques des poursuites dirigées contre les martyrs, Memoria de la Academia de Inscripciones, París, 1868, y la Acusacion de magia lanzada contra los primeros cristianos, Nogent-le-Rotrou, 1869; Krauss, Lehrb., I, 56 y sig., n.º 3.

Maximino de Tracia; enemigos exteriores de la Iglesia.

66. El asesino y sucesor de Alejandro, Maximino de Tracia (235-238), odiaba á los cristianos por la única razon de que eran adictos á su predecesor, y sospechaba de ellos que querían vengar su muerte [1]. Se les imputaba tambien los numerosos terremotos que tenían lugar en esta época. De aquí provino una nueva persecucion, la cual, sin embargo, no se extendió á las provincias porque el tirano no era reconocido en todas partes. En ella fueron perseguidos especialmente los Obispos y sacerdotes. Orígenes escribió entónces su *Exhortacion al martirio* en favor de sus dos amigos, cruelmente probados, el diácono Ambrosio y el sacerdote Protocteto de Cesárea, que fueron en seguida condenados á muerte. Sereniano, gobernador de Capadocia, se señaló por su barbarie con los cristianos.

Despues del asesinato de Maximino, Pupiano y Balbino reinaron muy poco tiempo, así como los tres Gordianos. Filipo el árabe (244-249) fué

1 Maximino, el primer bárbaro que ocupó el trono, tenía ocho piés y medio de estatura; tiraba fácilmente de un carro cargado, rompía de un puñetazo las quijadas ó las piernas de un caballo, reducía á polvo las piedras con los dedos, hendía los árboles, echaba á tierra 16, 20 y 30 luchadores sin tomar aliento, corría con la velocidad de un caballo á galope, llenaba muchas copas con el sudor, comía 40 libras de carne, y bebía una ánfora de vino en sólo un día, *bibisse illum saepe in die vini capitolinam amphoram constat*. (Hist. Aug.)

Grosero y sin letras, hablando apénas la lengua latina, despreciando á los hombres, duro, feroz, altanero, astuto, pero casto y amante de la justicia... Aquí se ve ya aparecer una nueva raza de hombres, la cual tenía en abundancia lo que faltaba á la antigua.

tan favorable á los cristianos, que corrió el rumor de que él mismo había entrado en la Iglesia. Probablemente no pasa de leyenda la antigua tradicion de que el Obispo de Antioquía, Babylas, lo había excluido del oficio divino por no haber hecho penitencia de sus pasados crímenes (entre otros el asesinato de su predecesor), y que Filipo había concluido por someterse á la penitencia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 66.

Euseb., VI, 28; Orig., Com. in Matth. (t. III, p. 857 de la Rue); Exhortat. ad martyr. (t. I, p. 274 y sig.); Firmilian. Cæs., Ep. LXXV, ap. Cypr. El martirio de Santa Ursula y sus compañeras se coloca en el reinado de Máximino, otros lo ponen en el de Máximo, cuarto siglo, ó en el tiempo de Atila. (Véase Floss, Aschbachs Kirchenlexicon, IV, 1102; De Buck, Acta sanct., 21 oct.; Kessel, St. Ursula u. ihre Gesellschaft, Cœln, 1863; Friedrich, K.-G. Deutschl., I, 141-166. No se considera como cierto sino el martirio de las vírgenes en los alrededores de Colonia, durante la dominacion romana, segun las inscripciones.

El resto se rechaza á menudo como legendario. En la Edad media se creía en la conversion del emperador Filipo. (Euseb., VI, 34, 36; Hier., Chron., an. 246; Neander, p. 67 y sig.) Véase Ord. Vitalis, I, XIX, p. 70: «primus omnium imperatorum christianus factus est.» Petr. Bles., Ep. XLVII (Migne, t. CCVII, p. 139): «Phil. inter Rom. principes primus fuit fidei christianae professor.»

67. En este tiempo de calma muchos hombres, imbuidos en ideas mundanas, entraron en la Iglesia sin verdadera vocacion, y la larga duracion de la paz favoreció la relajacion de sus antiguos miembros. Los cristianos gozaban de hecho, si no de derecho, la libertad religiosa. El sabio Orígenes, al consignar este hecho, proveía nuevas pruebas, porque los paganos atribuían la multiplicacion de los cristianos á haber cesado las pruebas de rigor, é imputaban á su creciente número las insurrecciones, las guerras, y en general todas las desgracias del imperio. Sin embargo, estaba firmemente convencido de que la Iglesia saldría victoriosa de todas estas tempestades.

«Como los cristianos han observado el precepto dulce y humano que han recibido, de no vengarse de sus enemigos, han obtenido de Dios, que siempre combate por ellos é impone el reposo en tiempo oportuno á los que les atacan y quieren extirparlos, lo que no habrían podido obtener si les hubiera sido lícito hacer la guerra y disponer para ello do toda la fuerza necesaria. Para que se acordasen de que debían ser más valientes y despreciar la muerte en vista del pequeño número de mártires de la Religion, hubo momentos en que un puñado de hombres, fáciles de contar, murieron por la Religion cristiana: es que Dios no quería que el pueblo cristiano fuese enteramente extirpado, sino más bien que se conservase para llenar la tierra con su santa y saludable doctrina.»

» Y, de otra parte, á fin de dejar respirar á los débiles ante el temor de la muerte, *Dios ha velado sobre* los fieles disipando por su sola voluntad todas las asechanzas dirigidas contra ellos, de suerte que ni los emperadores, ni los gobernadores, ni la muchedumbre popular pudiesen ejercer sobre ellos su furor... De la misma suerte que la providencia divina, cuando quiso que cesaran el culto judáico y sus sacrificios, los suprimió, así tambien levanta constantemente á la Religion cristiana y procura para ella mayor extension, de suerte que ahora puede ser libremente anunciada á pesar de los obstáculos que impedian su propagacion. Y como Dios ha querido que los paganos se aprovechasen tambien de la doctrina de Jesús, todas las persecuciones contra los cristianos han sido confundidas, y cuanto más han intentado destruirlos los emperadores, los gobernadores y el pueblo, tanto más numerosos y potentes se han hecho. »

» Es verosímil que la paz y tranquilidad exterior concedidas á los fieles concluirán pronto, porque los que calumnian de mil maneras nuestra doctrina, pretenden que los trastornos y guerras actuales provienen de la multitud de los fieles, y de que no son como en otro tiempo perseguidos por los gobernadores. La palabra de Dios nos enseña en efecto á no adormecernos en la paz, y no desconcertarnos en la persecucion, así como á no permitir que nada nos separe del amor de Dios, Criador de todas las cosas. Cuando Él permite y da fuerzas al tentador para perseguirnos, somos perseguidos; cuando no lo permite, ocurre, por un efecto maravilloso, que hallamos la paz en medio de un mundo que nos detesta, y vivimos llenos de confianza en Aquél que ha dicho: « Estad tranquilos, yo he vencido el mundo. » *(Joan,* XVI, 33). Él ha vencido en efecto á este mundo, el cual no tiene más poder que el que le deja Aquel que lo ha vencido y ha recibido del Padre el poder de vencerlo. Nosotros confiamos en su victoria. ¿Quiere, por el contrario, que luchemos y combatamos de nuevo por la Religion? Los contradictores no tienen más que levantarse, y nosotros les diremos: « Todo lo puedo en Aquél que me fortifica, Jesucristo Nuestro Señor » *(Phil.,* IV, 13). Vendrá el día en que la Religion cristiana será la única dominante, porque la *verdad divina gana cada día mayor número de almas.* »

ADICION.

« La conducta de los cristianos, y principalmente de los mártires durante las persecuciones, interesa á toda la historia, de la misma suerte que el martirio se halla íntimamente ligado á la conservacion del Cristianismo. Sin martirio no hay Cristianismo ni Iglesia. Suponed por un instante que los fieles hubiesen cedido á los tormentos y persecuciones de los gentiles, que hubiesen renegado

de Jesucristo: ¿qué habría ocurrido? Evidentemente los paganos habrían concebido el más profundo desprecio hácia la Religion cristiana y sus partidarios. Habrían llegado á la conclusion natural, de que el culto cristiano podía bastar para las horas serenas, cuando sólo se trataba de disfrutar dichosos dias, pero que no resistía á la prueba del fuego, que era incapaz de dar la conviccion profunda de su verdad, en una palabra, que no se apoderaba *de la vida total del hombre*, y era impotente para penetrarla toda entera. Los mismos cristianos habrían llegado á despreciarse mútuamente. Ya se ve que, en este sentido, el Cristianismo sin el martirio se habría aniquilado á sí mismo de la manera más ignominiosa. *El ha vencido por el martirio*, *y ya* se verá cuán sublime ha sido su triunfo.

»¿Cuál es la causa principal que mueve á los mártires á soportar los últimos extremos, torturas sin nombre ni ejemplo, más bien que renunciar á Jesucristo? La razon que predomina en todos los actos de los mártires es que los cristianos *entendían* dar con esto pruebas de gratitud y amor á Jesucristo, y que no temían morir por confesar su nombre.

» No nos atendremos sólo, sin embargo, á esta respuesta general. En efecto, es *notable que no todos los cristianos á quienes se preguntaba por su religion*, confesaban á Jesucristo, sino solamente una clase particular de ellos. Solamente los que pertenecían á la Iglesia católica tenían el valor de resistir heróicamente la persecucion y proclamar alegres el nombre del Redentor. *Las sectas contemporáneas* no tenian este valor. En cuanto estallaba la persecucion, se apoderaba de ellas la cobardía, é interrogados sus secuaces sobre la creencia que profesaban, negaban que *fuesen cristianos*. *Los herejes*, decía Tertuliano, se aprovechan de los tiempos de persecucion para atraer á los fieles con el incentivo de una existencia más tranquila que la que encuentran en la Iglesia donde tienen que soportar tan crueles persecuciones.

»Dios, decian estos herejes, no pide al hombre más que un culto puramente interior; conocer á Dios, es al mismo tiempo honrarle. Si tiene horror á la sangre de los toros y de los machos cabríos, con mayor razon lo tendrá á la sangre humana. Jesucristo ha muerto por nuestra salvacion: ¿será preciso que nosotros muramos tambien para salvarnos? — Estos son, dice Clemente de Alejandría, los sofismas de la cobardía. En el siglo segundo, Justino decía expresamente que los romanos no perseguian sino á los miembros de la Iglesia católica. Bastábales saber que uno pertenecía á cualquier secta para dejarlo en plena libertad. Las actas de los mártires confirman esta asercion. En muchos casos vemos al Procónsul preguntar al reo: «*¿de qué Iglesia eres tú?*» *y cada vez que se responde:* «*de la Iglesia católica*» *se da la señal de persecucion.*

» Es constante, por una parte, que sólo los miembros de la Iglesia eran perseguidos por los romanos, y por otra, que ellos eran tambien los únicos en afrontar *valerosamente la persecucion. ¿Por qué? Porque la Iglesia católica es la* única que ha recibido la mision de llevar el Cristianismo á través de todas las tempestades de los siglos, con y sin efusion de sangre. Estrechemos más aún los términos de la cuestion. Decían los herejes que el culto interior es bastante, lo cual era natural consecuencia de su principio, de que una Iglesia invisible reclama un culto tambien invisible. No ocurre lo mismo con la Iglesia católica. Sabiendo que es una institucion exterior, visible y positiva, debe necesariamente exigir un culto. De esta suerte, todo cristiano que renegaba de su fe en los dias de la persecucion, era excluido de la Iglesia, como persona que jamás había tenido verdaderamente la fe en su corazon, ó que la había *perdido*.

» Por esto fué precisamente por lo que los paganos se cansaron de matar ántes que los cristianos de morir; por esto quedó ahogado el Paganismo, y el Cristianismo se elevaba ya triunfante sobre sus enemigos á fines del tercero y principios del cuarto siglo [1] ».

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 67.

Orig., Contra Cels., III, VIII, p. 452, ed. de la Rue; y VII, XXVI, p. 712, 713; III, XV, p. 456; VIII, LXIII, LXX, p. 793 et seq.; Neander, p. 70 y sig. Véase tambien la descripcion de San Cipr., De laps., cap. VI, p. 241 y sig., ed. H.

Decio.

68. Cuando Decio Trajano (249-251), colocado en el trono imperial despues de la derrota de Filipo el Arabe, quiso sostener el poder y la dignidad del imperio sobre las antiguas bases, estalló una persecucion contra los cristianos que excedió á las anteriores por su extension y crueldad. Persuadido de que el Cristianismo era incompatible con la seguridad del Estado, el emperador creyó que la necesidad le obligaba á reducir al culto de los dioses á todos los que lo habían abandonado. Declaró, pues, por un edicto, que todos estaban obligados á honrar á los dioses, y ordenó que los que lo rehusaran, serían por de pronto impelidos á ello con exhortaciones y amenazas, y luégo violentados con diversas penas y castigos. Se fijó un plazo durante el cual todos habían de *comparecer ante la autoridad para sacrificar á los dioses.* El que tratara de eludir este mandato con la fuga, sería castigado con la pérdida de sus bienes, y la de muerte si volvía al territorio romano. Los que no se presentaran voluntariamente, serían llevados á la fuerza, interrogados y sometidos á tortura. Los funcionarios que se mostrasen indulgentes, eran amenazados con los más severos castigos.

Desde el principio se publicó la pena de muerte contra los Obispos, y en su virtud la padecieron Fabian de Roma, Babylas de Antioquía, Alejandro de Jerusalen, y Acacio, Obispo sirio. Dionisio de Alejandría, Gregorio de Neocesárea, Cipriano de Cartago se salvaron con la fuga, á fin de conformarse *con los consejos de los Apóstoles* y suavizar la afliccion de sus Iglesias. Pusiéronse en uso contra los mártires todas las invenciones de la crueldad. Miéntras que una multitud de cristianos afrontaba valerosamente la muerte, otros llevaban la debilidad hasta renegar de su fe á la vista de los suplicios (lapsos), y consentían en sacrificar *(thurificati, sacrificati);* algunos se hacían dar por las autori-

1 Mœhler, *Histoire de l'Église*, t. I, p. 498, trad. del abate Bélet.

dades, á precio de *oro*, certificaciones de haber sacrificado ó por lo ménos cumplido con las leyes del Estado *(libellatici)*, ó bien hacían inscribir sus nombres en el registro oficial de los que observaban las leyes *(acta facientes)*.

Había tambien entre ellos diversas categorías: unos sacrificaban desde el principio, otros solamente cedían á las torturas; éstos iban por sí mismos á solicitar los certificados ante las autoridades, aquéllos se los hacían llevar ó aceptaban los que les habían procurado sus amigos. Cuéntase entre las víctimas de esta persecucion: á Orígenes, que fué horriblemente torturado en Tiro, y encerrado en una prision, muriendo *poco despues de la persecucion* por consecuencia de los malos tratamientos que había tenido que sufrir; Dióscoro de Alejandría, jóven de quince años, que desplegó tal firmeza en los suplicios á pesar de su tierna edad, que, sorprendido el gobernador pagano, le devolvió la libertad; los cristianos de Persia, Abdon y Senen, que se hallaban en Roma; la vírgen Agueda de Catania en Sicilia, el sacerdote Félix de Nola, Aurelio y Numidio en África, y en Smirna el sacerdote Pionio.

Tambien en Alejandría, un año ántes de publicarse el edicto, cierto mago pagano había irritado á la multitud contra los fieles; un anciano llamado Metras y una mujer denominada Quinta fueron maltratados y lapidados. La vírgen Apolonia, despues de sufrir diversos tormentos, y entre ellos que le rompieran los dientes, murió en una hoguera; Serapion, atormentado en todo su cuerpo, fué despues precipitado desde una altura. Júzguese ahora del espanto que causaría el edicto cuando apareció. Sin embargo, la apostasía de algunos sólo sirvió para fortalecer el valor de otros, tales como Juliano y Cronion, que fueron quemados públicamente; el soldado Besas, que había querido protegerles contra los insultos del pueblo, y fué decapitado; Macario de Libia, Heron, Ater, Isidoro, Epímaco, Alejandro, que padecieron el suplicio del fuego. Otros muchos mártires son mencionados por Dionisio, Obispo de Alejandría.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 68.

Dionys. Alex., ap. Euseb., VI, XL-XLII; Euseb., ibid., cap. XXXIX; Greg. Nyss., in Vita S. Greg. Thaum. (Migne, t. XLVI, p. 944 et seq.); Cypr., loc. cit., cap. III, X; Ep. VIII, XVIII, XXI, XXVI, LII; Lactanc. De morte persecut., cap. IV; Oros. VII, XXI; Neander, I, 71-75; Mœhler-Gams, I, 238 y sig. Además de otros muchos mártires (Acta sanct. martyrum, III, 412, jun. I, 31 jul. II, 671 y otros), se coloca en esta persecucion el martirio de los siete «durmientes» de Éfeso.

Valeriano.

69. Muerto Decio el año 251 en una batalla contra los godos, la persecucion se dulcificó un poco bajo el reinado de Galo y Volusina (251-253); la guerra y las revueltas populares absorbieron la atencion del emperador. Sin embargo, se continuó atormentando á sacerdotes y Obispos, y confiscando los bienes de los fieles. Valeriano (253-260) les permitió respirar por algun tiempo, y hasta los toleró en su palacio; pero en seguida se dejó influir contra ellos por su favorito Macriano, mago egipcio, tanto por razones políticas, cuanto movido por la superstición. Su primer edicto les prohibía reunirse para el ejercicio de su culto, y ordenaba el destierro de Obispos y sacerdotes (257). No habiendo producido efecto esta medida, otro edicto (258) condenó á muerte á los sacerdotes, y privó de sus cargos y despojó de sus bienes á los senadores y caballeros, los cuales tambien serían decapitados si permanecían siendo cristianos; las mujeres de ilustre linaje debían ser desterradas despues de confiscarles sus bienes, y los cristianos que servían en la corte, despojados de sus empleos y riquezas, serían conducidos entre cadenas á los diversos dominios del emperador, para someterlos á duros trabajos.

Cipriano de Cartago, que despues del primer edicto había declarado ser cristiano y Obispo ante Aspasio Paterno, procónsul de África, pero que había rehusado revelar el nombre de sus sacerdotes, fué desterrado á Curubis despues que fueron prohibidas las reuniones del culto. Cuando el segundo edicto se publicó, el nuevo procónsul Galerio Máximo le condenó á morir decapitado. Recibió esta sentencia con acciones de gracias, recompensó al verdugo, y se prestó tranquilamente á su ejecucion (14 de Setiembre de 258). En Utica, el mismo procónsul hizo arrojar á 153 cristianos en una fosa de cal viva (de aquí su nombre de *Massa Cándida*). En Roma el martirio de los Obispos Estéban y Sixto II fué seguido del diácono Lorenzo, quien despues de haber distribuido á los pobres los tesoros de la Iglesia, fué asado á fuego lento. En España tuvo efecto el suplicio de Fructuoso, Obispo de Tarragona; en Cesárea de Palestina el de Prisco, Malco y Alejandro, que fueron arrojados á las bestias feroces. Tambien Dionisio de Alejandría hubo de soportar con sus sacerdotes las fatigas de un destierro muchas veces renovado, pero encontró en él la compensacion de poder trabajar en favor del Cristianismo y conservarse para su rebaño. La persecucion, por extremo violenta, tocó á su término cuando Valeriano cayó en poder de los persas y fué tratado por ellos como un esclavo hasta el fin de sus días.

ADICION.

Para hollar la grandeza romana, dice Lactancio, Sapor hacía encorvarse á Valeriano delante de él, para que le sirviera de estribo cuando quería montar a caballo. Sus oprobios no acabaron con su vida. Despues de su muerte fué desollado, y su piel suspendida en un templo de la Persia, para mostrarla á los embajadores como un monumento que les recordase que Roma no era invencible.

Entre las víctimas de la persecucion de Valeriano en las Galias, San Paulo fué uno de los más nobles. Fué atormentado en el potro, y despues degollado. — Patroclo, hombre de calidad, citado ante Aureliano é interrogado sobre el Dios que adoraba, respondió: «Yo adoro al Dios vivo que habita en las alturas del cielo, y que dirige sus miradas sobre cuanto existe en la tierra.» Aureliano dijo: «Renunciad á esa locura, y adorad á nuestros dioses, que pueden colmaros de honores y riquezas.» Patroclo dijo: «No conozco otro Dios que Aquel que ha hecho el cielo, la tierra, el mar y todo lo que en ellos se encierra.» Aureliano dijo: «Probad lo que decís.» Patroclo replicó: «Lo que yo digo es verdad, pero la mentira odia á la verdad.» Aureliano dijo: «Os entregaré al fuego hasta que *inmoleis á los dioses.*» Patroclo *respondió:* «Yo me inmolo como una hostia viva á Aquel que por la gloria de su nombre se ha dignado llamarme al martirio.»

Aureliano le hizo cargar de cadenas enrojecidas al fuego, y le envió á la prision. *Tres dias despues le hizo sacar. Los sufrimientos habían dado nuevo valor* al santo mártir. Habló con más firmeza todavía, y amenazó con penas eternas á su juez, que no habiendo podido obligarle á adorar á Apolo, Júpiter y Diana, le condenó á *ser decapitado. El santo fué conducido al suplicio á las orillas del* Sena. Entónces, sintiéndose inspirado para pedir á Dios un milagro, con el fin de confundir á los idólatras, pasó el rio á pié enjuto, y se puso en oracion al otro lado, como para esperar á los verdugos que *fueran á cortarle la cabeza.* Dos pobres ancianos recogieron su cuerpo, y el arcipreste Eusebio, asistido del diácono Liberio, le dió sepultura á la noche siguiente.

Durante la permanencia de Valeriano en las Galias, gran número de cristianos se retiraron á Auxerre para sustraerse á la persecucion. Aureliano envió allí á Alejandro, oficial de su guardia [1], que sorprendió en Toussi-sur-Yonne á San Prisco en medio de gran número de fieles reunidos para cantar alabanzas al Señor. Tratados de sediciosos, respondieron: «No es el espíritu de rebelion, sino la religion, lo que nos reune para ofrecer de concierto el sacrificio de nuestras plegarias á Cristo, que nos ha rescatado con su sangre.» Alejandro dijo: «¿De dónde os viene esta audacia de declararos cristianos en presencia de los mismos enviados del emperador?» Los fieles: «Aquel que da la vida á los emperadores, nos inspira este valor con su gracia.» Alejandro replicó: «Pertenecéis, pues, á nuestra religion, porque Júpiter es quien da la vida á nuestros príncipes.» Los cristianos: «Os engañais suponiendo que un hombre entregado á los más vergonzosos desórdenes pueda ser el autor de la vida. ¿No es Júpiter el corruptor de su hermana? ¿No le ha metamorfoseado muchas veces su pasion en bestia?» Alejandro, trasportado de cólera, dijo: «Os dejais fascinar por las mentiras de

1 En el original latino se lee *protector sacri lateris;* así eran llamados los guardias, ó más bien los oficiales de guardia del emperador. Porque se ve, por una carta de San Paulino, que estos cargos eran muy solicitados.

no sé qué crucificado, para blasfemar del gran Júpiter... Confesad que es el Dios todopoderoso, ó ejecutaré al instante las órdenes del emperador.» Los cristianos dijeron: *«Haced lo que se os ha ordenado; no abandonaremos al Criador* para adorar á la criatura.»

San Prisco suplicó al oficial que se retirase como para dar á los fieles libertad para deliberar. Alejandro consintió en ello. Entónces Prisco hizo una viva exhortacion para animar á sus compañeros al martirio. Todos respondieron á una voz, que estaban dispuestos á derramar su sangre por la fe. Vuelto Alejandro, y conociendo su última resolucion, hizo cortar la cabeza á Prisco, y arrojar su cuerpo á un pozo, y pronunció igual sentencia contra los demas. Un cristiano llamado Cotta huyó á la selva vecina con la cabeza de San Prisco. Fué perseguido y muerto. Los cristianos le enterraron en el mismo sitio con la cabeza de San Prisco, y arrojaron el cuerpo de los otros mártires á una cisterna vecina al pozo que servía de tumba á San Prisco. Se le llama vulgarmente San Prix ó San Prez. Las reliquias de estos santos permanecieron allí hasta la época de San German, Obispo de Auxerre. Sus actas, á pesar de las censuras [1] de algunos modernos críticos, parecen antiguas y respetables.

Se coloca en Troyes de Champaña, bajo Aureliano, el martirio de San Sabiniano, hermano de San Sabino, de San Venerando, de los santos Justo, Cláudio y Jucundino, de Santa Julia y otras cinco. Pero acaso estos mártires padecieron al mismo tiempo que San Patroclo, y cuando Aureliano era gobernador de las Galias. En Autun se coloca bajo el mismo emperador el martirio de San Reberiano [2] y de San Paulo, sacerdote, con diez compañeros. La crueldad de Aureliano nos mueve á creer que hizo morir á muchos otros, y la estrofa de la cancion que se hizo sobre él, *nadie ha bebido tanto vino como sangre ha derramado él*, puede aplicársele con referencia á los cristianos con más exactitud que á los enemigos.

(N. del t. f.)

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 69.

Dionys., ap. Eus., VII, I, 10 y sig., 12; Cipriano, Lib. ad Demetr.; Ep. (ed. Hartel) LXXX, LXXXI; Pontius, in Vita Cypr., cap. XIV-XVIII; Prud., Peristephan. XIII, 67 y sig.; Aug., Serm. CCCVI; Lactancio, loc. cit., cap. V.

Galieno.

70. El hijo de Valeriano, Galieno (260-268), amante del lujo y de los placeres, mucho ménos cuidadoso de conservar la religion del Estado, pero más perspicaz que su predecesor, hizo detener los procedimientos contra los cristianos, y les restituyó los lugares consagrados á su culto y á su sepultura. Recobraron, pues, al ménos la situacion que ántes tenían. En otro tiempo no se les había impedido tener ciertas cosas

1 Tillemont pretende que hay en estas actas expresiones que revelan el siglo IX. Tras por ejemplo el término *missi imperiales*. Pero Gregorio de Tours, que escribía en el siglo VI, se ha servido de una expresion semejante, *missi regales*.

2 La fiesta de San Reberiano se celebra en Autun el 1.° de Junio

en comun y gozar de algunos derechos sociales. Trajano, prohibiendo las *heterias*, había exceptuado la reunion de los pobres (*Collegia tenuiorum*), que estaban colocados bajo el patrocinio de los emperadores y aseguraban á los esclavos é indigentes honrosa sepultura. Los miembros tenían el derecho de reunirse regularmente, sobre todo para recibir su parte y celebrar festines; les bastaba informar de ello á la autoridad é indicar el nombre del presidente.

Los cristianos formaban sus asociaciones á imitacion de los colegios paganos (adoradores de Júpiter, Hércules, Antinoo, etc.); se reunian en las catacumbas, donde depositaban sus muertos, celebraban su culto y sus agapes. El privilegio de estas reuniones fué extendido por Septimio Severo á toda la Italia y las provincias. Los cristianos estaban generalmente seguros en sus *cementerios*, si bien el populacho pagano exigía á menudo que fuesen cerrados y destruidos. La ley de Valeriano, en 257, alcanzaba á éstos como centro de reunion. Desde entónces los *cementerios* fueron sujetos á frecuentes invasiones, y los cristianos obligados á una gran reserva; tuvieron necesidad de disimular las entradas y cambiar á menudo los lugares de reunion. Y como era preciso dar los nombres de los presidentes á las autoridades paganas, los Obispos eran siempre los más expuestos. Las sepulturas de los muertos, convertidas en asilos de los vivos, podían fácilmente ser invadidas, profanadas y destruidas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 70.

Galieno, ap. Eus., VII, 13; Pag., an. 261, n. 9 y sig.; Rossi (Roma sott., I, 104 y sig. Véase Krause, Roma sott., p. 55, 91, 93; Lehrb., I, p. 60, n.º 6). Rossi ha demostrado que los cristianos «podían» realmente tener existencia corporativa, y que la tenían de hecho. Podían invocar en su favor lo que se dice en el Digesto, XLVII, XXII, 1, 4; De colleg. et corp. (Mommsen, De colleg. et sodal., p. 87). En virtud de este derecho, Alejandro Severo devolvió á los cristianos una casa que les pertenecía y que era reclamada por los *popinarii* (Lamprid., in Alex., cap. XLIX). Con el mismo criterio, Aureliano resolvió más tarde la querella relativa á la residencia episcopal de Antioquía (Euseb., VII, 30), y Majencio comenzó por hacer restituir los bienes confiscados de la Iglesia romana, considerados por Constantino como pertenecientes «*ad jus corporis eorum* (christianorum), id est, ecclesiarum, non hominum singulorum pertinentes» (Eus., IX, 5; Vita Const., IV, 39; Lactancio, loc. cit., cap. XLVIII; Mamachi, *Del diritto libero* della Chiesa di possed., lib. II, cap. II, § 2). El grito del populacho pagano: «Areæ non sint» (Tert., ad Scap., cap. III); las declaraciones de Emiliano, gobernador de Egipto, (Euseb., VII, 11), la confiscacion de los cementerios romanos en 303 y las consecuencias que de ahí se desprenden, son bastantes significativas para dar á conocer la situacion de la Iglesia romana.

Aureliano.

71. Bajo el reinado de un príncipe apático y disipado, entregado por completo á sus inclinaciones favoritas, y que léjos de hacer cosa alguna para libertar á su desdichado padre se había regocijado, dícese, de su triste suerte, los cristianos gozaron de reposo exterior. Aprovechándose de los abusos sin número que desolaban á las provincias, algunos jefes de ejército (los treinta tiranos) usurparon la soberanía. Uno de ellos, Macrino (Macriano), continuó la persecucion en Oriente y en Egipto hasta 261; un soldado cristiano, Marino, fué decapitado en Cesárea de Palestina, por causa de su religion. El senador Astirio le hizo dar honrosa sepultura. Marco-Aurelio-Flavio-Cláudio II, de Iliria, vencedor de los Godos cerca de Naissus, en la Alta Mesia (de aquí su sobrenombre de Gótico), fué arrebatado por la peste en el momento de entrar en campaña contra Zenobia, reina de Palmira, viuda de Odenath. Despues del reinado pasajero de Cláudio Quintilo, hermano del precedente, el belicoso Lucio Domicio Aureliano fué elevado al imperio (270-275), y venció á Zenobia. Acababa de decretar una nueva persecucion contra los cristianos, cuando fué asesinado por el ejército á instigacion de su secretario Mnesteo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 71.

Euseb., VII, 15 y sig., 16, 23, 30; Lactancio, loc. cit., cap. VI; Neander, p. 77 y sig. A propósito de los mártires en tiempo de Cláudio el Gótico, véase Lupi, Epitaph. Sever. Panorm., 1734. Se coloca bajo Aureliano el martirio de Santa Mustiola en Chiuse (Clusium), Acta sanct., Julio 1.°, 638; Cavedone, Cimit. Chius., Mod., 1853; Mozzoni, Sec. II, citaz. 489.

Diocleciano.

72. Los cristianos gozaron tranquilidad desde entónces por espacio de cuarenta años, porque el emperador Diocleciano (desde 284) no trató de inquietarlos, tanto por prudencia como por humanidad. Hubo cristianos á quienes se nombró gobernadores en las provincias, y muchos vivian en la Corte, algunas veces investidos de altas funciones. En diversos puntos, los fieles erigieron espléndidas iglesias; disfrutaban de cierta libertad, vivían descuidados, y algunos cometían faltas bastante graves. Cuando los nuestros, dice Eusebio, no sin exageracion, pero con verdad en el fondo, cayeron en la molicie y en perezosa somnolencia por consecuencia de esta excesiva libertad; cuando llegaron á perse-

guirse recíprocamente con sus odios y sus injurias; cuando la envidia y la blasfemia estallaron entre ellos, y sólo nos restaba combatirnos unos á otros con la palabra, las armas y la espada; cuando los Obispos se pusieron enfrente de los Obispos, las iglesias enfrente de las iglesias; cuando la horrible hipocresía y el disimulo llegaron á los últimos grados de malicia, el juicio de Dios llegó, como llega de ordinario, lenta y progresivamente; vino á visitarnos cuando las asambleas religiosas se mantenian aún libremente: la persecucion comenzó por nuestros hermanos de profesion militar. Pero como todavía no éramos perseguidos directamente, ni hacíamos cosa alguna para apaciguar la cólera divina, sino que semejantes á los impíos, pensábamos que Dios no se fijaba en nuestros crímenes ni los castigaría; miéntras que nuestra corrupcion iba en aumento y se acumulaban los pecados, y aquellos que parecían ser nuestros pastores se enardecian en recíprocas disensiones y sólo se ocupaban en alimentar y envenenar sus querellas, sus amenazas, rivalidades, odio y hostilidad, y cada uno aspiraba á satisfacer su ambicion de mando, entónces fué cuando el Señor, segun la palabra de su profeta Jeremías, oscureció el brillo de la hija de Sion, precipitó desde el cielo á la tierra la gloria de Israel, y no se cuidó del escabel de sus piés en el día de su cólera.

Y entónces, así como se predica en los Salmos, rompió y destruyó la alianza de su siervo, echó á tierra su santuario por medio de la ruina de las iglesias, y abatió todas sus murallas. Todo esto se cumplió durante la persecucion de Diocleciano, la más espantosa que se había padecido hasta entónces.

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 72.

Euseb., Hist. eccl., VIII, 1, 2.

73. Para ponerse en disposicion de contener la decadencia del imperio, Diocleciano, en 285, asoció al gobierno al valeroso Maximiano Herculeo, á quien confirió en 286, con el título de Augusto, el cargo de defender el Occidente. A estos dos emperadores se unieron despues, en 292, dos Césares, que les estaban estrechamente unidos por vínculos de familia, Galerio Maximiano para Iliria, y Constancio Cloro para España, Galia y Britania.

El imperio fué sujeto á nueva division: distribuyóse en prefecturas, provincias y diócesis; los últimos vestigios de las formas republicanas desaparecieron bajo los esplendores de un despotismo asiático, que tuvo por centro la residencia de Diocleciano en Nicomedia. En cuanto á Diocleciano mismo, es cierto que intentó mantener el culto pagano

como religion del Estado, pero sin usar de violencia. Estos medios eran, sin embargo, los que agradaban á su yerno Galerio, excitado por su madre Rómula, llena de ideas supersticiosas y de odio contra los cristianos, vivamente atacados á la sazon por el filósofo Porfirio y el gobernador Hierocles. Maximiano no era en verdad otra cosa que un grosero soldado, el cual cedía ordinariamente á la superior inteligencia de Diocleciano cuando sus accesos de cólera no lo arrastraban á actos de barbarie. Constancio Cloro honraba la virtud donde quiera que la encontraba, y se mostró benévolo con los cristianos.

Los Augustos se proponían sobre todo la absoluta subordinacion del ejército. Hiciéronse diversos ensayos para eliminar de él los elementos cristianos, y muchos soldados fueron condenados á muerte por haber rehusado sacrificar. Haciéndose cada vez más numerosos los desertores de la religion del Estado, Diocleciano mismo se conmovió y entró insensiblemente en las ideas de Galerio, ó sea de que había necesidad de extirpar el cristianismo. Generales y gobernadores, jurisconsultos y sacerdotes de los idolos, oráculos y auspicios, todo hablaba en este sentido. Galerio triunfó de las repugnancias de Diocleciano.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 73.

Vogel, Der Kaiser Diocl., Gotha, 1857; Ritter, De Dioclet. novar. in republ. instit. auctore, Bonn, 1862; Th. Bernhardt, Diocl. in s. Verhæltn. zu den Christen. Bonn, 1862; Burckhardt, Die Zeit Constant. d. Gr., Basel, 1852; Wintersheim-Gesch., der Wœlkerwanderung, Leipzig, 1862 y sig., III, 160 y sig.; Th. Mommsen, Ueber die Zeitf. der in den Reichtsbüchern enthaltenen B. O. Diocl. (Verhandlungen der Berl. Akad. der Wissensch., 1860, p. 339 y sig.); Hunziker, Zur Regierung u. Christenverfolgunn d. K. Diocl. u. s. Nachfolg., Leipzig, 1868; Ebert, Berichte der phil.-hist. Cl. der k. sæchs. Ges. d. Wiss., 12 dic. 1870. Persecucion en el ejército, Euseb., VIII, 4. Sobre la legion tebana, cerca de Agauno (San Mauricio, canton del Valois) de que habla la Vita S. Romani, Eucher. Lugd., Avit. Viena, Greg. Tur., Véase Ruinart, p. 237, Acta sanct., 26; aug., t. V, p. 794; april., t, II, p. 212; Tillemont, Mémoires, IV, 421; Palma, Praelect., I, II, p. 5 et seq.; J.-B. Semeria, Secoli cristiani della Liturgia, Tor., 1843, II, p. 481 et seq.; W.-J. Braun, Zur Gesch. der theb. Legion, Bonn, 1855; Friedrich, K.-G. Deutschl., I, 107 y sig.; Lütolf, *Die Glaubensboten der Schweiz vor St. Gallus*, Lucerna, 1871, p. 125 y sig. Sobre Maximiliano, soldado cristiano en Numidia, Ruinart, p. 262; Tillemont, IV, 562; Neander, p. 80; sobre el centurion Marcelo, Baronio, 298, n. 1 et seq.; Ruinart, p. 264; Neander, p. 81.

Es absolutamente falso que los cristianos provocasen la persecucion conspirando contra el trono y el imperio, como lo sostiene Burckhardt. Esto tampoco se desprende de la carta tan mesurada y prudente de Theonas, obispo de Alejandría, á Luciano, «praepositus cubiculariorum» (Gallandi, IV, 69 et seq. Cf. Acta sanct., t. IV; Aug., p. 583 et seq.; Neander, p. 78 y sig.), ó de la inscripcion dudosa aun (Florez, (A. 33, a.), III, 135: «nomine christianorum deleto, qui rem-

publicam evertebant,» que no podía provenir sino de los partidarios de la persecucion. Gams, K.-G. Span., I, 303 y sig. Véase sobre todo esto, Lactanc., loc. cit., cap. VI et seq., XII et seq.; Euseb., Vita Const., II, 50.

Edictos de persecucion.

74. El 24 de Febrero de 303 apareció en Nicomedia el primer edicto que ordenaba destruir todas las iglesias cristianas, quemar los Libros Sagrados de la iglesia, deponer de sus cargos á los que se obstinasen en su religion, y declararles infames, quitar la libertad á los particulares, y excluir á los esclavos de la emancipacion. Ya el día precedente la magnífica iglesia de Nicomedia había sido empezada á demoler. Un cristiano fué condenado á muerte por haber rasgado el edicto. Se tomó por pretexto un incendio que había ocurrido en el palacio imperial, las insurrecciones de Siria y Armenia, y la resistencia de algunos cristianos para acusar á todos de conspiradores contra el imperio. Muchos fueron sometidos á tormento.

Pronto el segundo edicto ordenó prender á todos los jefes de la iglesia y obligarles á sacrificar; el tercero mandó dar libertad á los cautivos que hubiesen sacrificado, y obligar á los que rehusaran, torturándolos hasta la muerte. Los domésticos del emperador recibieron la *órden* de sacrificar á los dioses, obligando á ello hasta á las mujeres de los dos soberanos, Prisca y Valeria, que fueron más tarde desterradas y murieron en la miseria. Entre los oficiales de la Corte, Doroteo y Gorgonio se negaron á obedecer y fueron estrangulados; Pedro fué azotado con varas y asado á fuego lento sobre unas parrillas. El obispo de Nicomedia, Antimo, fué decapitado; y otros muchos perecieron en el fuego, ó arrojados al mar.

Los edictos imperiales excitaron en las provincias el asombro y el espanto. Hubo indudablemente apostasías, pero no deben extrañar en tan numerosa multitud de cristianos; el ejemplo de los que permanecían fieles, era por lo mismo más brillante. No se consentía tampoco en entregar los Libros Sagrados, y muchos Prelados fueron condenados á muerte por haberlo rehusado, entre ellos Félix, obispo de Thibiara, en Africa, que fué martirizado en Venusa (Italia) el 30 de Agosto de 303. Los que consintieron en entregarlos, fueron llamados «traditores.»

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 74.

Euseb., VIII, 2 et seq., 5, 6; Lactancio, cap. XII et seq.; Neander, p. 81 y sig., sobre todo n. 2. Sobre los *traditores*, Aug., De bapt. c. Don., VII, 2; Contra Crescon., III, 27; Optat., De schism. Donat., I, 15; Acta S. Felicis, Ep. ap. Ruinart, p. 311.

75. Sin embargo, estas medidas no conducían al resultado que se anhelaba, y un cuarto edicto (304) obligó á los cristianos á elegir entre la apostasía y la muerte. La más extrema crueldad hasta entónces había sido inútil para vencer la supuesta obstinacion de los cristianos; en adelante las autoridades paganas iban á rivalizar en esfuerzos para extirpar el Cristianismo. A muchos cristianos, especialmente en Capadocia, les rompieron las piernas; otros fueron suspendidos por los piés sobre un fuego lento, y ahogados por el humo, como en Mesopotamia; otros espiraron bajo el hacha del verdugo, como en Arabia; á otros les cortaron sucesivamente los miembros, como en Egipto; otros perecieron en sus templos y casas incendiados, como en Frigia. Más de una vez los verdugos se cansaron de tantos sacrificios humanos. Doroteo y Jorge fueron martirizados en Cesárea, de Capadocia. En Tiro, ciudad fenicia, los cristianos fueron arrojados á las bestias feroces, y como permanecían intactos, se les mató por la espada. Grande es el número de vírgenes que figuran entre las víctimas: Inés en Roma, Lucía en Siracusa, y muchas en Antioquía. Tambien se veían personas ricas y de alto nacimiento, oficiales de elevado rango, como Philoromo, Adaucto y Sebastian. Anastasia la Romana y las «cuatro coronadas» eran de este número. En Augsburgo, la penitente Afra sufrió el martirio del fuego. Sólo se libraron de la persecucion Galia, España y Britania, regidas por Constancio Cloro; por lo ménos sólo fueron testigos del incendio de algunas iglesias.

ADICION.

Retrato de Diocleciano y Galerio por el autor de «los Mártires.»

«Diocleciano tiene eminentes cualidades. Su espíritu es vasto, poderoso, atrevido; pero su carácter, con frecuencia débil, no sostiene el peso de su genio. Todo lo que hace de grande ó de pequeño, proviene de uno de estos dos orígenes. Así se notan en su vida las más opuestas acciones; á veces es un príncipe lleno de firmeza, de entendimiento y de valor, que desafía la muerte, que conoce la dignidad de su rango, que obliga á Galerio á seguir á pié el carro imperial cual si fuera el último de los soldados; á veces es un hombre tímido que tiembla delante de Galerio, que flota irresoluto entre mil proyectos, que se abandona á las más deplorables supersticiones, y que no se sustrae á los terrores de la tumba, sino haciéndose dar los títulos impíos de Dios y de Eternidad. Morigerado en sus costumbres, paciente en sus empresas, sin placeres y sin ilusiones, no creyendo en la virtud, sin esperar nada del reconocimiento, no será imposible que este jefe del imperio se despoje un día de la púrpura por desprecio hácia los hombres, y con el fin de enseñar al mundo, que era tan fácil á Diocleciano descender del trono como subir á él.

»Sea debilidad, sea necesidad, sea cálculo, Diocleciano ha querido dividir su poder con Maximino, Constancio y Galerio. Por una política de que acaso se

arrepentirá, ha procurado que estos príncipes fuesen inferiores á él, y que sirviesen solamente para realzar su mérito. Constancio es el único que le hacía cierta sombra, á causa de sus virtudes, pero le ha relegado léjos de la Corte, al fondo de las Galias, y ha conservado cerca de sí á Galerio. No os hablaré de Maximino augusto, guerrero muy valeroso, pero príncipe ignorante y grosero, que no ejerce influencia alguna. Paso á Galerio.

» Nacido en las chozas de Dacia, este guardador de ganados ha alimentado desde su juventud, bajo el cinturon del pastor, la más desenfrenada ambicion; tal es la desgracia de un Estado donde las leyes no han fijado la sucesion al poder; todos los corazones se hinchan con grandes deseos, y nadie hay que no pueda pretender el imperio; y como la ambicion no supone siempre talento, para un hombre de genio que se eleva, teneis veinte tiranuelos medianos que fatigan al mundo.

» Galerio parece llevar sobre su frente la señal, ó, más bien, las cicatrices de sus vicios; es una especie de gigante cuya voz es espantosa, y terrible la mirada Los sacerdotes descendientes de los romanos creen vengarse del horror que este César les inspira, dándole el sobrenombre de *Armentarius*. Como un hombre que hubiese estado hambriento la mitad de su vida, Galerio pasa los dias en la mesa y prolonga en las tinieblas de la noche infames y crapulosas orgías. En medio de estas saturnales de la grandeza, hace todo lo posible por disfrazar su propia desnudez bajo el ostentoso aparato de su lujo; pero cuanto más se envuelve en los pliegues de su toga de César, más se descubre el sayo del pastor.

» Fuera de la sed insaciable de poder y del espíritu de crueldad y de violencia. Galerio trajo tambien á la corte otra cualidad muy á propósito para perturbar el imperio; es un furor ciego contra los cristianos. La madre de este César, paisana grosera y supersticiosa, ofrece con frecuencia en su aldea sacrificios á las divinidades de las montañas. Indignada de que los discípulos del Evangelio rehusasen participar de su idolatría, había inspirado á su hijo la aversion que ella sentia contra los fieles. Galerio ha impulsado ya al débil y bárbaro Maximino á perseguir á la Iglesia; pero no ha podido vencer aún la sábia moderacion del Emperador. »

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 75.

Euseb., De martyr. Pal., cap. III et seq.; Hist. eccl., VIII, 6-13; Vita Constant., II, 52 et seq.; Lactanc. Instit. V, 11; De morte persec., cap. XV, XVI; Ep. Donat. ad Constant. M., ap. Opt. Milev., I, 22. Sobre algunos mártires: Philoromo y Adaucto, Euseb., VIII, 9, 11; Sebastian, Ambros., In Ps. CXVIII, n. 44; Act. sanct., 20 jun.; Tillemont, Memoires, IV, 515; Anastasio, Baron., an. 300, n. 3 et seq.; «Quatuor Coronati.» Acta sanct. Sur., 8 nov.; Afra, obras de consulta en Friedrich, I, 186-199; Cosme y Damian en Cilicia. Baronio, an. 285, n. 14; Tillemont, V, p. 175; Diocl. art. 68; Nabor y Félix en Milan, Biraghi, Hist. Datiana, cap. XXV, p. 79; Javier de Nápoles, Acta sanct., 19 set.; Tillemont, V, p. 365; Fergola, Teorica sui miracoli, Nápoles, 1839, § 29; Pantaleon, Acta sanct., VI jul., 397.

76. Diocleciano abdicó el 1.º de Mayo de 305, y Maximiano siguió su ejemplo. De los dos Césares que pasaron á ser Augustos, Constancio Cloro permaneció encerrado en sus antiguos dominios, y Galerio obtuvo las demás regiones. Éste nombró Césares á su favorito Severo

para *Italia y Africa*, y á su sobrino Maximino para el Asia. Majencio, hijo de Maximiano Hercúleo, y Constantino, hijo de Constancio, fueron completamente olvidados. Pero ya en 306, Majencio era proclamado emperador en Roma, miéntras que Constantino, cuyo padre había muerto, lo era en Inglaterra. Galerio no reconoció al último sino como César, y contra el primero envió á Severo, que fué abandonado y asesinado por su ejército (307). En Italia, Majencio dividió el poder con su padre, que había entrado de nuevo en la vida pública, pero al poco tiempo surgió la desavenencia entre ellos. En 307 Galerio asoció al imperio á Licinio, y le encargó la guerra contra Majencio. En Oriente Galerio continuaba persiguiendo á los cristianos, y su César Maximino rivalizaba con él.

Entre los mártires de este tiempo encontramos á los Obispos Pedro de *Alejandría*, y *Fileas do Tmuis*, *otros tres Obispos de Egipto*, Hesyquio, Paquimio y Teodoro, los sacerdotes Peleo y Nilo, Pánfilo de Cesárea, Luciano de Antioquía, Zenobio de Sidon, Silvano, Obispo de Emesa, que fué con otros cristianos arrojado á las bestias feroces; Tyranio, Obispo de Tiro, Silvano de Gaza, que fué decapitado con otros 30 cristianos de Palestina; las vírgenes Barba en Heliopolis de Fenicia, Catalina en Alejandría, Margarita en Pisidia; los Obispos Metodio de Tiro y Blas de Sebaste en Armenia.

Maximino Daïa comenzó la guerra contra el rey de este último país, convertido al Cristianismo (311). Su plan era aniquilar cuanto pudiese llevar nombre de cristiano, y ya ántes (308) había ordenado rociar con el agua ó el vino que se ofrecía en los sacrificios todos los comestibles que se vendían en el mercado, á fin de hacerlos inaccesibles á los cristianos. En Italia y Africa la persecucion se recrudeció bajo el reinado de Severo. Majencio, al principio favorable á los cristianos, y despues hostil, tirano y voluptuoso á la vez, hizo condenar á muerte á muchos senadores romanos. En Africa las autoridades se limitaban casi siempre á quitar los libros santos, y consentían muy de grado en que fuesen sustituidos con libros heréticos. Muchos cristianos perdieron la vida por exceso de celo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 76.

Euseb., VIII, 9-13, 14; IX, 6; Acta sanct., 6 Febr., I, 777; Tillemont, V, 446, 463, 466. Del Africa tenemos las *Acta* Saturnini, Dativi et aliorum (Miscell. Baluz., t. II), donde las acusaciones se apoyan áun en el primer edicto de Diocleciano. Comp. Neander, p. 83.

Maximino.

77. Fué preciso nada ménos que atacase á Galerio una vergonzosa enfermedad, consecuencia de sus desórdenes, para quebrantar su dureza (311) y arrancarle un edicto de tolerancia. Sus planes políticos habían fracasado; toda la sangre vertida había sido inútil. En las angustias de su dolencia el tirano creía sentir la mano vengadora del Dios de los cristianos. Puso, pues, término á la persecucion, y declaró en un edicto que el designio de los emperadores había sido traer á los cristianos á la religion de sus padres, la cual habían menospreciado para entregarse á un culto arbitrario, y formar diversas sectas. Pero que habiendo persistido la mayor parte de ellos en sus opiniones, y rehusado el honor debido á los dioses, la benevolencia habitual del emperador debía tambien extenderse á ellos; que se les permitía permanecer cristianos y celebrar sus asambleas, pero que se abstendrían de hacer cosa alguna que pudiese perjudicar al Estado, y pedirían á su Dios por la prosperidad de los emperadores y del imperio.

Galerio murió poco tiempo despues de la publicacion del edicto. Los cristianos se dedicaron á restablecer su culto. Maximino dejó el poder á Licinio en la parte europea del imperio, y se reservó las regiones de Asia; igualmente trató de abolir en su territorio el edicto de Galerio adoptado por Constantino y Licinio, el cual, sin embargo, fué sólo en parte ejecutado por los gobernadores. Maximino mismo fué vencido más tarde por Licinio (313), y murió de muerte violenta durante la fuga. Tambien era uno de los más fogosos perseguidores de los cristianos, y despues de la muerte de Galerio prestó eficaz auxilio á las autoridades públicas que pedían el favor de no tolerar dentro de las ciudades ningun enemigo de los dioses patrios, ningun culto extranjero. En muchas ciudades asiáticas los magistrados paganos pudieron enconarse con toda impunidad contra los cristianos. Los últimos mártires de esta cruel persecucion fueron las víctimas del odio de los emperadores, gobernadores y autoridades municipales.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 77.

Lactanc., cap. XXXIV; Euseb., VIII, 17; IX, 1 y sig., cap. VII et seq.; Keim, Uebertritt Constantius z. Christenth., Zurich, 1862, p. 14 y sig. Comprendiendo la de Maximino, pueden contarse diez años de persecucion, 303-313, ó 298-308, como en Sulpicio Severo, II, 32: «Acerbissima... persecutio, quæ per decem continuos annos plebem Dei depopulata est, qua tempestate omnis fere sacro martyrum cruore orbis infectus est; quippe certatim gloriosa in certamina ruebatur,

multoque avidius tum martyria gloriosis mortibus quærebantur, quam nunc episcopatus pravis ambitionibus appetuntur.»

Tolerancia de Constantino.

78. A principios del año 312, los emperadores Constantino y Licinio publicaron un edicto de tolerancia, que sin embargo contenía algunas restricciones.

Constantino partió para Italia, y se dirigió contra Majencio, que le había ofendido personalmente, y se había hecho en extremo odioso á los romanos. Vencióle en 28 de Octubre, en 312, cerca del puente Milvio, sobre el Tíber. Majencio encontró allí la muerte, y Constantino entró triunfante en Roma. Aseguró, bajo juramento, que en una vision milagrosa que había tenido ántes había visto en el firmamento, por encima del Sol, una cruz luminosa y una inscripcion que decía: «Con esta señal vencerás.» A la noche siguiente, Jesucristo, apareciéndosele con el *mismo signo*, le había mandado hacer una bandera *(labarum)*, y servirse de ella cuando combatiese contra sus enemigos. Confiando en el Dios de los cristianos, Constantino había alcanzado la victoria. El Senado hizo erigir en su honor un arco de triunfo, y Roma le elevó una estátua donde estaba representado con una larga cruz en la mano, y esta inscripcion: «Por este signo saludable, emblema del verdadero valor, he librado á vuestra ciudad del yugo de la tiranía, y he restablecido el Senado, el pueblo y su antiguo esplendor.»

Unico emperador desde entónces en Occidente, Constantino partió de Roma á principios de 313, y pasó á Milan para casar á su hermana Constancia con Licinio, su asociado al imperio. Publicaron en comun un edicto que concedía plena libertad de conciencia á todos los partidos religiosos, y ordenaba restituir á las iglesias los bienes que les habían arrebatado. El Cristianismo, removidos estos obstáculos, podía, pues, desenvolverse libremente en el seno de aquel imperio romano que durante seis siglos le había sido tan hostil.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 78.

Eusebio no habla del edicto de 312; las restricciones provienen del edicto de 313 (Euseb., X, 5; Lactanc., cap. XLVIII). Segun este edicto, el pasar del paganismo á la Iglesia permanecía prohibido aún, y parece no referirse á los bienes eclesiásticos confiscados. Neander, p. 404; Keim, p. 83 y sig. Sobre la oposicion á Constantino, véase Lactanc., cap. XLIV; Euseb., Vita Constant., I, 28, 29; Socr., I, 2; Sozomeno, I, 3; Heinichen, Excurs. I in Eus., V; C. Lasari, De monogr. Chr. Constant., Rom. 1776; Palma, Prælect. I, part. II, cap. IV, p. 32; Euseb., Hist. eccl., IX, 9.

79. Comunmente se hace subir á diez el número de las persecuciones contra el Cristianismo. Se ha visto en esta cifra una analogía con las diez plagas de Egipto [1] y los diez cuernos de la bestia [2], figura de los diez emperadores que combatían contra el Cordero y han sido vencidos por él. San Agustin y Sulpicio Severo no están acordes en el número. El primero enumera las diez siguientes: 1.ª, la de Neron; 2.ª, la de Domiciano; 3.ª, la de Trajano (Sulpicio pone la 4.ª bajo Adriano); 4.ª, la de Marco Aurelio (en Sulpicio la 5.ª); 5.ª, la de Septimio Severo (6.ª en Sulpicio); 6.ª, la de Maximino el Tracio (falta en Sulpicio); 7.ª, la de Decio (aquí están de acuerdo); 8.ª, la de Valeriano; 9.ª, la de Marco Aurelio (falta en Sulpicio): 10.ª, la de Diocleciano. Lactancio cuenta sólo seis grandes persecuciones.

En otro tiempo los cristianos se inquietaban por saber si sobrevendrían nuevas persecuciones. Algunos pensaban que ya no habría más hasta la venida del antecristo. San Agustin combatió esta opinion, que estaba tambien muy en boga en su tiempo, apoyándose en las palabras de Jesucristo, y en la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia, decía, sigue su peregrinacion en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. Desde Jesucristo y los Apóstoles, y por consecuencia ántes de Neron, ella sufrió y combatió; despues de estas diez persecuciones, han estallado otras nuevas, y la Iglesia, ya en un lugar, ya en otro, tendrá siempre que sufrir. La historia de la Iglesia le ha dado la razon.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 79.

Aug., Civ. Dei, XVIII, 52; Sulpicio Severo, Chron. II, 29-30. Este último dice, cap. XXXIII, p. 87: «Neque ulterius persecutionem fore credimus, nisi eam quam sub fine sæculi Antichristus exercebit.» Véase la opinion contraria en Aug., loc. cit., cap. LI, LII. Los autores de la Edad media cuentan tambien diez persecuciones, pero con alguna diferencia, como Goffrid. Viterb., Panth. XX (Migne, t. CXCVIII, p. 1012 et seq.) Véase Hugenholtz, «Undenam et quonam fundamento nixa est vetus opinio de decem, quæ dicuntur, persecutionibus? etc.» Concurso de Utrech, 1818. Otras obras: Chr. Kortholt, Tract. de persecutione Eccl. primitivae, Jena, 1660, auct. Kil., 1689; B. Beverelli, Istoria delle persecuzioni nei primi quattro secoli, Venecia, 1763, in 4.°, t. II; Th. Ruinart, Praef. gen. in Acta mart. sinc.; C.-W.-F. Walch, De persec. christ. (Nov. comment. Soc. Goetting., t. II); Fr. Balduini, Comment. ad edicta vet. princip. Rom. de christ., Hal., 1727; A. Martini, Persecutiones christ. sub Imp. causae et effectus, Rost. 1802.

---

1 *Exod.*, cap. VII y sig.
2 *Apoc.*, XVII, 1-14.

II. LA IGLESIA ATACADA CON LAS ARMAS DEL ESPIRITU.

La oposicion pagana.

80. El Cristianismo no fué atacado solamente con la espada material, sino tambien con las armas del espíritu. Esta lucha se siguió de dos maneras: 1.º Empleando sucesivamente bajo las más diversas formas la discusion séria y la mofa para batir en brecha al Cristianismo, á su Fundador, á sus partidarios, ya como hombres, ya como ciudadanos. 2.º Utilizando la filosofía para consolidar el paganismo, idealizarlo y espiritualizarlo, para animarlo con vida nueva y purgarlo de sus impuros elementos; dando á los mitos un sentido alegórico y hasta explotando ciertas nociones sacadas del Cristianismo. El primer medio fué llevado á cabo principalmente en el siglo segundo por diversos filósofos paganos en sus escritos; el segundo, por las escuelas neo-pitagóricas y neo-platónicas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 80.

Tzschirner, Fall des Heidenth., Leipzig, 1829; Kellner, Hellenism. und Christenth., *Cœln*, *1866*; Mœhler-Gams, I, 263.

Celso y Luciano.

81. La obra más importante acaso que se ha dirigido contra los cristianos es el *Discurso de la verdad*, escrita en dos libros por el filósofo Celso (siglo II). Lo que de ella conocemos por la excelente refutacion de Orígenes hecha en 247 revela, al lado de un lenguaje amargo y apasionado, mucha sagacidad y un gran talento de exposicion. La doctrina cristiana, á los ojos de Celso, es una mezcla de extravagancia judáica, de errores recientemente inventados, y de algunos preceptos morales, útiles sin duda, pero sacados de la filosofía griega. No ménos peligrosa á la ciencia que al Estado, tiene por órganos hombres llenos de ceguedad, cuyas extravagancias no pueden seducir sino á espíritus ignorantes y viciosos, á los esclavos, mujeres y niños, que concluyen por desparramarse en diferentes sectas. Celso hacía hablar desde luégo á un judío contra los cristianos.

Este judío no ve en el Cristo sino un Goecio hebreo, nacido de un adulterio, y despues se constituye en juez entre cristianos y judíos. Sostiene el indiferentismo religioso, combate la doctrina de la resurreccion general y del fin último, de Satanás y de los ángeles, y da la preferencia

á la filosofía, principalmente á la platónica, así como al culto de los ídolos.

A los ojos de Luciano, epicúreo de Samosata (120-180), la creencia en los dioses y el Cristianismo son igualmente ridículos. Se mofa de los cristianos, que desprecian la muerte con el vano pretexto de que les espera una vida eterna; ridiculiza su caridad fraterna y su honradez, que explota el primer impostor que se presenta. En su *Peregrino Proteo* pone en escena á un impostor muy honrado de los cristianos á pesar de todos sus crímenes, asistido por ellos en una prision, y que, rechazado en seguida por haber comido un manjar prohibido, intenta hacerse morir por el fuego. Fuera de algunos detalles accesorios, sólo halla en el Cristianismo truhanería y fanatismo, cosas frecuentes en este tiempo.

Arriano, Marco Aurelio y su maestro Cornelio Fronton, tachaban tambien de fanatismo, de manía ó de mero hábito, el desprecio que los cristianos hacían de la muerte. Fronton admitía como cosa cierta los desenfrenados desórdenes que se les imputaban. Del cínico Crescencio, avaro y dado á la poderastía, no tenemos noticias particulares.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 81.

Cels., ap. Orig. c. eumd., lib. I-VIII; Op., t. I, ed. de la Rue. *Orígenes cree* que Celso era el epicúreo amigo de Luciano; Neander, I, 81, le toma por un neoplatónico; Guericke, I, 96, n. 7, por un epicúreo que combatía con armas *neoplatónicas*. Véase Philippi, De Celsi philosophandi genere, Berol., 1836; Jachmann, De Celso, Regiomont., 1836; Bindemann, en Illgens Ztschr. f. Tehol., 1842.— Aonner Ztschr. f. Phil. u. kath. Theol., h. 21. — Katholik, nov.-déc. 1863. — Luciani Op., ed. Lehmann, Lips., 1822, t. IX; K.-G. Jacob, Charakteristik Lucians v. Samos., Hambourg, 1832; Plank, Lucian u. das Christenth. (Stud. u. Krit., 1851, IV, 826 y sig.); Baur, Apollonius v. Tyana, Tubinga, 1832. Sobre este y Arrio, véase Neander. I, 86 y sig.; Guericke, I, 96; Fronton, en Minucio Félix, Octav., cap IX, 31; Crescenc., véase Justin, Apol., II, 3; Taciano, Or., cap. XIX; Euseb., IV, 16.

Filóstrato.

82. En el primer siglo, el mago Apolonio de Tyana había intentado, sin mucho éxito, propagar el neo-pitagorismo. En su biografía (escrita de 220 á 230), Filóstrato se presenta como un maravilloso reformador, un semi-Dios, igual á Jesucristo, ideal de un sér que se aproxima á la divinidad. Emprendió largos viajes, ganó los corazones con su doctrina y sus actos, y desapareció de una manera tan extraña que no se ha podido descubrir su tumba. Poco tiempo despues de la composicion de este escrito, á la vez polémico y favorable al movimiento sincrético que

dominaba entónces, Apolonio, idealizado así, fué honrado con santuarios y templos. Pero su culto fué tan impotente para ejercer seria influencia y detener los progresos del Cristianismo, como los antiguos misterios modernizados, y como la religion del Estado, reforzada con los cultos orientales. Lo que se había hecho con la vida de Apolonio, se hizo más tarde con las de Pitágoras, Porfirio y Jámblico.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 82.

Op. Philostrati quae supersunt, ed. G. Olearius, Lips., 1709; Baur, op. cit.; Rieckher (Stud. d. würtemb. Geistlichkt., 1847); Müller, Zur, Apollon. Cit. (Ztschr. f. lut. Theol., 1865, III). Sobre el culto de Apolonio, Dio Cass., 77, 18; Vopisc., in Aureliano, cap. XXIV; Baur, op. cit., p. 132 y sig. Hierocles invocaba ya el paralelo de Apolonio con Jesucristo, y esta fué la única causa de la refutacion de Eusebio. (πρὸς τὰ ὑπὸ Φιλοστράτου εἰς Ἀπολλώνιον τὸν Τυανέα διὰ τὴν Ἱεροκλεῖ παραληφθεῖσαν αὐτοῦ τε καὶ τοῦ Χριστοῦ σύγκρισιν, Philostr., Op. I, p. 428 y sig.; Migne, t. XXII, p. 796 y sig.) Los incrédulos modernos han tratado tambien de este paralelo: como Ch. Blount, en la traduccion inglesa de los dos primeros libros de Filóstrato, con notas (Lóndres, 1680), y un aleman anónimo: Gewiszheit der Beweise des Apollonismus, Francfort, 1787, contra el público Lüdewald el Anti-Hierocles (Halle, 1793). Véase tambien Wieland, Agathodæmon.

Los neoplatónicos.

83. En el tercer siglo, la escuela neoplatónica atacó al Cristianismo con más probabilidades de éxito. Las acusaciones calumniosas contra los cristianos habían perdido su intensidad, y los paganos se inclinaban á sentimientos más religiosos. Este cambio había sido provocado especialmente por Plutarco de Queronea, Numenio de Apamea, Máximo de Tiro, Apuleyo de Madauro, Epicteto, etc. En el neoplatonismo es donde la antigua filosofía reunió todas sus fuerzas para reanimar al paganismo espirante; creyó que su mision era demostrar que existía, á pesar de la divergencia de formas y superfluidades accesorias, unidad esencial en los diversos sistemas de la filosofía anterior; que la verdad estaba en todos; que se completaban los unos á los otros, y no encerraban las contradicciones que sus adversarios creían encontrar en ellos; que los diferentes cultos del paganismo no eran sino manifestaciones diversas de la misma divinidad; que la sola y única filosofía debía fundirse por completo en la sola y única religion.

Tratábase únicamente de purificar la creencia popular: 1.º, por la reduccion de todos los sistemas religiosos á las verdades fundamentales que son comunes á todos; 2.º, por su union íntima con la filosofía; 3.º, por las doctrinas sacadas del sistema cristiano; por la interpretacion alegó-

rica de los mitos, que no eran sino la envoltura poética, pero ingeniosa, de verdades ocultas.

Se considera como el fundador de la escuela platónica de Alejandría á Ammonio Saccas (muerto en 243), apóstata del Cristianismo. Esta escuela exaltaba sobre todo á su discípulo Plotino, nacido en Nicópolis, de Egipto, hácia el 205, y muerto en 261, el cual trazó en sus cincuenta y cuatro libros (6 ennéadas), los verdaderos principios de este sistema, opuestos directamente al materialismo, al escepticismo y al gnosticismo. Su punto de vista es el idealismo de la filosofía platónica, pero defendido con mayor amplitud.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 83.

Ammonio Saccas (Saccophoros) debe haber sido precedido de otros maestros; segun Suidas, habría tenido por antecesores á Potamon, del tiempo de Neron; y á un cierto Ammonio el Antiguo, bajo Vespasiano (Eunap. in Proœm.). Sobre su escuela, véase tambien Focio, Bibl., cod. 214, 251.

84. Véanse aquí los principales lineamentos de este sistema: 1.º La percepcion sensible no encierra verdad alguna; no hay más verdad que las cosas supra-sensibles reconocidas por la razon. Ahora bien; la razon conoce las cosas supra-sensibles, no por la experiencia externa, por el desenvolvimiento de las ideas y por el razonamiento deductivo, sino por el sentido interno, por la intuicion directa del espíritu *(intuitus immediatus, theoria)*. El objeto es producido por el pensamiento, cuando el alma, esclarecida por la inteligencia divina *(nous)*, se recoge y refleja sobre sí misma; ella se eleva entónces, se simplifica, y, saliendo de sí, se hace una con el objeto contemplado. Esta vision incomprensible no puede aprenderse ni enseñarse; viene de Dios bajo la influencia del ascetismo y la *teurgia*. Por esta intuicion, la razon conoce lo supra-sensible y divino.

2.º El bien absoluto y supremo, la divinidad superior, se llama la unidad, el principio de todo sér y de todo pensamiento, la potencia absoluta; no es la individualidad ni la generalidad; no tiene cualidad, ni propiedad, ni forma; es el sér indeterminado y abstracto, el sér puro, innominado, incomprensible. Todo viene de este Uno trascendente, que se llama asimismo el Bien. Es nada y puede llegar á serlo todo; es todo y nada á la vez; es la plenitud, la superabundancia; pero todavía encerrada en sí misma como en un punto.

3.º Mas en cuanto es principio de vida, el sér absoluto debe producir algo fuera de sí, y el espíritu *(nous)* emana de él como su copia; este es el segundo principio divino, especie de reflejo, semejante al resplandor que rodea al sol, el cual permanece inmóvil por sí mismo. El

espíritu es la imágen de la unidad, lo mejor despues de ella, y que va siempre unido á ella. El espíritu tambien posee la unidad, pero no la unidad absoluta; es la unidad y la dualidad; en él reside la duplicidad del pensamiento y del sér. Ahora bien, el objeto pensado está infinitamente diversificado. Cuando el espíritu mira la unidad, que es la posibilidad de todo sér real, cuando la piensa, lo posible toma forma determinada y circunscrita; de aquí nacen las ideas *(species, noeta)*, que se distinguen entre sí, pero que el espíritu trae á la unidad.

Esta concepcion de la diversidad infinita del objeto pensado y del sér se llama el mundo ideal *(cosmos noetos)*, la plenitud de las ideas que se encierra en el segundo principio divino *(nous)*.

4.° El tercer principio divino es el alma *(psyche,* alma primitiva), imágen del *nous*, con el cual sostiene las mismas relaciones que el *nous* con la unidad. Este alma universal del mundo produce moviéndose las almas particulares que son como las especies de que aquella es género. El alma universal es el arquitecto del mundo sensible *(cosmos aisthetos)*, así como el espíritu es el arquitecto del mundo de las ideas (trinidad de Plotino). El mundo sensible es el reflejo del mundo ideal, su tipo y su modelo; contiene los tipos del mundo de los fenómenos, y todo lo que éste encierra, se halla en el ideal como en su fuente.

5.° Pero como las ideas particulares, fuera de su unidad en el espíritu, tienen existencia propia, el mundo ideal é inteligible es al mismo tiempo concebido como mundo de los espíritus.

Este mundo comprende: *a.* los dioses supramundanos, invisibles, inmateriales, puramente espirituales; los dioses que habitan en el mundo, dioses cósmicos, visibles, sensibles, que rigen como ethnarcas las diversas partes del mundo, y se nombran dioses parciales: *b.* los demonios, buenos y malos; *c.* las almas humanas.

6.° El mundo de los sentidos proviene de que el alma del mundo recibe de los espíritus formas intelectuales, y produce una imágen debilitada (eidolon) de las ideas que contempla en sí misma: el alma inferior es la que siente y percibe *(aisthesis)*. De ella proviene la fuerza generatriz de la naturaleza, la vida física. El alma desciende cada vez más al fondo de las formas subordinadas, hasta que se derrama en la materia, que es la representacion exterior de las ideas.

La materia *(hyle)* es el último término de este desenvolvimiento, el elemento negativo, vacío, informe. El alma se hace mala entrando en la materia y saliendo de lo absoluto. Sin embargo, esta separacion, este carácter finito de que se reviste, es necesario para el desarrollo de los grados inferiores.

7.° El hombre fué producido cuando el alma, abandonando su

estado anterior y perfecto (preexistencia), quiso ser una cosa aparte y distinguirse de su orígen. Esta caida puede considerarse, ya como voluntaria, ya como involuntaria; pero el libre movimiento no parece excluir sino la coaccion exterior, y no la necesidad interna. Cuando el alma se vuelve hácia la naturaleza sensible, cae bajo su dominio. Distínguese en el hombre un alma racional y superior, y otra inferior y física. Su destino es volver al mundo inteligible, y del mundo inteligible al *Uno*. El medio de llegar allí es huir del cuerpo y convertirse al bien, á la virtud, cuyo grado más alto es el éxtasis, la union mística con Dios.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 84.

Baur, Gnosis, p. 417 y sig.; Neander, Ueber die welthist. Stellung Plotins, (Abhdlgn. der Berl. Akad., 1845); Dæhne, Gesch. der alex. Rel.-Philos., Halle, 1834; K. Vogt, *Neuplatonism. u. Christenth.*, 1836; *Thomasius, Orig., p. 16 y sig.*, 334-358; Reinhold, Gesch. der Philos., t. 1, p. 521 y sig. — Massuet, Diss. I in Iren., cap. I, n. 29 et seq.; Wœrter, art. Neuplatonism., en Freib. Kirchenlex., t. VII, p. 539 y sig. — *Plotini Op. omnia, ed. Oxon.*, 1835, 3 vol.

Porfirio, Hierócles, etc.

85. Si todavía no se notaba en Plotino hostilidad contra el Cristianismo, no había de tardar en revelarse, por la decisiva razon de que el Cristianismo no se deja tratar como las demás religiones, de que rechaza toda tentativa de amalgama, y se considera la única Religion legítima. Añádase que cuanto más se acomodaba este sistema panteista y místico al politeismo pagano, tanto más impulsado debía ser á combatir á la Religion cristiana. Por esto vemos ya á Porfirio de Tiro (muerto en Roma en 304), discípulo de Plotino, componer contra el Cristianismo, á pesar de hallarse imbuido en muchas ideas cristianas, una obra en quince libros. Saca la mayor parte de sus objeciones del Antiguo y Nuevo Testamento, intenta poner á los Apóstoles en contradiccion consigo mismos, combate la narracion de la vida de Jesús y de sus milagros, los dogmas de la Resurreccion y la eternidad de los castigos. Lleno de odio contra el Cristianismo, del cual había apostatado, segun San Agustin y otros, se esfuerza por demostrar que la teodicea pagana, tal como se halla especialmente en las sentencias de los oráculos, es rigurosamente conforme con la razon y la verdadera *filosofía*; en cuanto á las impurezas mitológicas trata de desembarazarse de ellas con interpretaciones físicas y alegóricas.

Muchos neoplatónicos miraban á Jesucristo como un sabio y un

teurgo, y al Cristianismo como una alteracion de su doctrina, la cual habria sido en un principio enteramente conforme con la de Platon. Sus discípulos la entendieron mal y se equivocaron haciendo pasar á Cristo por un Dios. En cuanto á Jesucristo, su equivocacion consistía, segun ellos, en haberse aproximado al judaismo en lugar del paganismo.

Hierócles, gobernador de Bitinia y despues de Egipto, se mostró más acerbo é injurioso todavía en sus dos libros intitulados: *Discurso sincero á los cristianos;* en ellos rebaja la persona de Jesucristo y la pospone en mucho á la de Apolonio de Tiana (303). Un anónimo, cuyo libro se ha perdido, escribió igualmente contra los cristianos.

A Plotino y Porfirio se acerca Jamblico de Calcis (muerto en 333), y á este último los retóricos y sofistas Libanio, Himerio y Temistio. Los paganos intentaron buscar argumentos contra los cristianos en las escrituras órficas, igualmente empleadas por los judíos, despues en Hermes Trimegisto; y por último en sus propios oráculos. Hacíase mucho uso de las obras del judío Filon. La especulacion alejandrina ejercía poderosa influencia tanto sobre las sectas heréticas cuanto sobre algunos doctores cristianos que intentaban purgarla de los elementos hostiles á la fe. El neoplatonismo es indudablemente lo que el paganismo de entónces podía oponer de más grave á la verdad cristiana.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 85.

De Porfirio, *Κατὰ χριστιανῶν λόγοι ιε'*, hallamos fragmentos en Eusebio, Hist. eccl., VI, 19; Praep. ev., I, 9; IV, 6; V, 5; X, 9; Dem. ev., III, 3, 6, y otras partes; Aug., Civ. Dei, X, 26-28, 30, 32; XIX, 23; Theod., Graec. affect. curat., lib. XII (Migne, t. LXXXIII, p. 1152). Cf. Lactanc., V, 2, 3; Eunap., Vita Porphyr., Socr., III, 23. Lo que este último dice de la apostasía de Porfirio se halla tambien en Nicéforo, X, 36, que invoca el testimonio de Eusebio y de San Agustin, Civ. Dei, X, 28. Véase aquí como San Agustin interpela á Porfirio: «Quam (virtutem et sapientiam) si vere ac fideliter amasses, Christum Dei virtutem et Dei sapientiam cognovisses nec ab ejus saluberrima humilitate, tumore inflatus vanae scientiae, *resiluisses*.» Las refutaciones de Metodio, Eusebio, Apolinario de Laodicea y Filostorgio (Hier., Catal., c. LXXXIII; Ep. LXXXIV ad Magn.; Ep. XLIV, al 65, ad Pammach.; Praef. in Dan. Philost., VIII, 15) se han perdido, lo mismo que los quince libros de Porfirio, que Teodosio II condenó más tarde al fuego (449). Cf. Holsten., De vita et scriptis Porphyrii, Roma, 1630; Fabricio, Bibl. gr., t. IV, p. 207 et seq.; Porphyr., Ep. ad Marcellam, ed. A. Maius, Mediol., 1816; Neander, I, p. 93-95; Ullmann, Einflüsse des Christenth. auf Porphyrius (Stud. u. Krit., 1832, II, p. 376 y sig.). Wolf, Porphyrii reliquiae, Berol., 1856. Sobre Hieróclès, véase Lactanc., De mort. persec., cap. XVI; Inst., V, 2; Eus., C. Hierocl.

Los apologistas.

86. Ante estos ataques y esfuerzos del paganismo, los representantes de la Iglesia no permanecieron inactivos. Muchos cristianos sabios é

ilustres compusieron en griego hasta el segundo siglo, y desde el tercero en latin apologías que dirigieron, ya á los emperadores y autoridades, ya á sus contemporáneos; gran parte de ellas ha llegado hasta nosotros. El autor de la Epístola á Diognete, discípulo de los Apóstoles, refuta con tanto acierto como sencillez y nobleza las diversas objeciones lanzadas contra el Cristianismo; el filósofo Justino, en un cuadro lleno de atractivo y brillantez, defendió la causa de la Iglesia ante los emperadores. Su discípulo Taciano, que más tarde cayó en la herejía, quedó muy inferior á él, y por su acrimonía (en que solamente le superó Hermias) exasperó á los paganos en lugar de convencerlos. Debemos tambien otras apologías al sabio Atenágoras, que escribió al mismo tiempo un excelente tratado sobre la Resurreccion, á Teófilo de Antioquía, á los alejandrinos Clemente y Orígenes, y á los africanos Tertuliano, Cipriano, Arnobio y su discípulo Lactancio. Tertuliano se distingue por el rigor lógico y jurídico de su demostracion, lo mismo que Minucio Félix por la elegancia de estilo que caracteriza su diálogo *Octavio.*

Las *Instrucciones* de Commodiano, en verso poco armonioso, atestiguan la energía de su fe y la humildad y piedad de su alma.

ADICION.

Minucio se pasea una mañana á orillas del mar, en Ostia, con el cristiano Octavio, y el pagano Cecilio: los tres interlocutores miran al principio á los niños que se divierten haciendo deslizarse sobre la superficie del mar piedras planas. Despues Minucio se sienta entre sus dos amigos. Cecilio, que habia saludado á un ídolo de Serapis, pregunta por qué los cristianos se ocultan; por qué no tienen *templos, ni altares, ni imágenes*; cuál es su Dios, de dónde viene, dónde reside ese Dios, único, solitario, abandonado, á quien ninguna nacion libre conoce, Dios de tan poco poder, que es cautivo de los romanos con sus adoradores.

Los romanos, sin este Dios, reinan y gozan del imperio del mundo. Vosotros, cristianos, no usais perfumes, no os coronais de flores, estais pálidos y temerosos, no habeis de resucitar como lo creeis; sin embargo, no vivis sino esperando esta vana resurreccion. Octavio responde que el mundo es el templo de Dios, que una vida pura y unas buenas obras son el verdadero sacrificio. Refuta la objecion sacada del engrandecimiento romano, y convierte en favor de los discípulos del Evangelio la reconvencion de pobreza que se les dirige. Cecilio se convierte.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 86.

Corp. apolog., ed. Maran., O. S. B., París, 1742; Venecia, 1747; ed. Otto, Jena, 1847 y sig.; Migne, Patr. gr., t. VI; Mœhler, Patrol., I, p. 188 y sig.; Werner, Gesch. d. apol. u. polem. Literatur, Schaffhouse, 1861, t. I. Se han perdido las apologías de Cuadrato y Arístides (v. más arriba. § 54), de Cláudio Apolinar, de Milciades (Eusebio, IV, 27; V, 17); de Meliton de Sardes (la version siria, publi-

cada por Cureton, Lóndres, 1865; véase Pitra, Spicil. Solesm., t. II; Tüb.-Q.-Schr., 1862, p. 392), difiere del fragmento dado por Eusebio (más arriba, § 58). Sobre Justino, véase Arendt, Tüb.-Q.-Schr., 1834, II; Semisch, Justin, Breslau, 1840 y sig., parte II; Otto, De Justino M., Jena, 1841; Bonner Ztschr. N.-F., 1841, III, p. 171 y sig.; Stiereu, Illgens Ztschr., 1842, I. Sobre Taciano, O. ad Græc. (ed. Worth, Oxon, 1700), véase Daniel, Tatian der Apologet., Halle, 1838. — Hermias (Dissyrmus s. irrisio gentil. philos.; ed. Menzel, Lugd. Cat., 1840) explica el pasaje I Cor., III, 19, á propósito del exámen que hace de los sistemas filosóficos. Algunos, como Menzel, pretenden que este escrito es del siglo V y procede del historiador Sozomeno; pero es probablemente de fines del siglo II, ó por lo ménos del III. Mœhler, Patrol., p. 304; Alzog, Patr., 2.ª ed., p. 85; Athenagor., Legatio (gr. πρεσβεία) pro christ., y De resurrr. mort. Cf. Mosheim, De vera aeta te apol. quam Athenag., etc. (Diss., vol. I, 269). Clemente (más abajo, § 173); Orígenes (más arriba, § 81); Tertulian., Apolog. — Ad Nation., libri II, — ad Scapul., etc. Véase Hefelé, Tertullian als Apologet, Tüb. Q.-Schr., 1838, I; Beitr. z. K.-G., I; Cyprian., De idolorum vanitate,—lib. ad Demetrianum, etc.; ed. Hartel, Vindob., 1868, vol. III, part. I; Arnob., ed. Œhler, Lips., 1846; ed. Reifferscheid, Vindob., 1875; Lactanc., Gallandi, t. IV; Migne, Patr. lat., t. VI, VII; Cf. Hier., Ep. XIII ad Paulin.; Minucio Félix, Octav., ed. Kayser, Paderb., 1862; ed. Halm., Vindob., 1867; Commodiani Instructiones, Gall., t. III; ed. Œhler, Lips., 1847. Rigaltius lo coloca en el cuarto siglo, pero la mayor parte (Dodwel, Saxe, Bæhr, Mœhler), le señalan el tercero. Véase Ronsch, Ztschr. f. hist. Theol., 1872, II; 1873, II.

87. Estos apologistas se dedicaron sobre todo á mostrar la injusticia de los malos tratamientos causados á los cristianos, y la vanidad de las acusaciones dirigidas contra ellos. No piden que los crímenes que se les atribuyen ó se prueben, permanezcan impunes, sino solamente que no se les persiga á causa de su nombre y por el hecho de llamarse cristianos. Prueban que su negativa á sacrificar ante la estátua del emperador, á jurar por su númen, no es señal de que los cristianos sean un peligro para el Estado, ni de que se rebelen contra él. En todas las cosas lícitas están sometidos á las autoridades; ellos pagan religiosamente los impuestos y tributos, ruegan con fervor por la prosperidad del imperio y de sus jefes, se interesan en el reposo y seguridad de los emperadores, muchas veces á costa de su fortuna y de su vida, siendo en esto distintos de sus acusadores, que con frecuencia traman y ejecutan sigilosamente planes de rebelion contra los mismos emperadores á quienes han fatigado con sus adulaciones.

Demuestran tambien que la ignorancia y la malicia son las únicas que pueden atribuir á los discípulos de Jesucristo los crímenes más groseros; que los rumores más absurdos, propagados por enemigos irreconciliables, son acogidos con avidez por el crédulo populacho; que los verdaderos fieles, á quienes se confunde con los herejes, son por doquiera desconocidos y mal juzgados.

Lo que bastaría para demostrar su inocencia es que la tortura, que

sirve para arrancar el testimonio de sus crímenes á los malhechores, se emplee para obligar á los cristianos á la apostasía; no se les puede convencer de ninguna falta grave, y sus mismos enemigos se ven obligados, á pesar suyo, á admirar sus virtudes. No se sabría cómo acusar de impiedad á hombres que no adoran ídolos inanimados, obra de las manos de los hombres, y que sólo honran y glorifican al verdadero Dios, Criador de todas las cosas, de una manera digna de Él; no se sabría cómo acusar de incesto á aquellos que de tal manera están apartados de la inmoralidad, que evitan con cuidado todo lo que pudiera dejar la más ligera mancha en la pureza de su corazon (teatros, fiestas desordenadas, etc.); que practican la castidad hasta en el matrimonio, de los cuales muchos viven en continencia y virginidad, cuya sobriedad y templanza eclipsan á las más celebradas acciones de los filósofos. ¿No es éste el más brillante elogio de estos hombres calumniados? ¿Cómo imputar el asesinato de los niños, los festines de Tyeste á aquellos que están obligados á abstenerse hasta de la sangre de los animales y de las carnes ahogadas, que huyen de los combates sangrientos de los gladiadores, de los lugares donde se ejecuta á los criminales, que aman á sus prójimos como á sí mismos, y prefieren morir ántes que causar la muerte á otro?

Dícese que los cristianos temen la luz: ¿se ha censurado jamás á los helenos y bárbaros por tener sus misterios secretos, y á la filosofía por enseñar doctrinas esotéricas? Por lo demás, la doctrina de los cristianos no es secreta: es conocida del mundo entero, está en boca de todos mucho más que los sistemas de los filósofos. Y no ocurre entre los cristianos como entre los paganos: sus acciones son conformes á su creencia. Si se sospecha del *Cristianismo* á título de novedad, los apologistas responden mostrando su enlace con el mosaismo, el cual es más antiguo que todas las escuelas helénicas; alegando la religion primitiva, que aunque desfigurada por la idolatría, ha dejado en ésta, sin embargo, más de un vestigio que todavía se puede reconocer; las doctrinas de los mejores filósofos, que ofrecen más de una semejanza con las enseñanzas del Cristianismo; los oráculos sibilinos y otras escrituras antiguas utilizadas por los paganos.

Se acusa á los cristianos de ser la causa de las desgracias del imperio; pero estas desgracias no coincidían con la propagacion del Cristianismo, y en cuanto á las calamidades presentes, ellas no prueban sino una cosa, á saber: la impotencia de los dioses para proteger á sus ministros y sus templos. El número de estas calamidades se ha disminuido notablemente por el Cristianismo, ya porque se cometen ménos pecados, ya porque hay mayor número de intercesores cerca de Dios, y porque la misericordia divina se muestra más compadecida.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 87.

a. 1.° Athenagore, Leg., cap. I-III; Justin, Apol., 1, 7; Tertuliano, Apol., cap. II, VII.—2.° Tertuliano, loc. cit., cap. XXX, XXXIII, XXXV y sig., XLII; ad Scap., cap. II; Justino, loc. cit., cap. XVII; Taciano, Or., cap. IV; Teófilo, ad Aut., I, 11; Atenág., Leg., cap. XXXVII; Orígenes, Contra Cels., III, 7, 8. Cuando la ley escrita, dice Orígenes, loc. cit., XXXVII, 40, no contraría á la ley de Dios, es preciso observarla; pero no cuando la ley humana y exterior contradice á la ley interior y natural. La ley suprema para nosotros no es la de cada Estado, sino la divina. Para defender la verdad, es lícito tambien obrar en contra de leyes injustas.

3.° Atenágoras, cap. III, XXXV; Minucio Félix, cap. XXV, XXX; Tertuliano, Apol., cap. I, VI, VII; 4.° Orig., loc. cit., 1, V, XXIII; VIII, IX-XII; Justin., Apol., 1, n. 6, 9; Theófilo, I, 1 et seq.; Atenágoras, c. IV, X; Tertul., Apol., cap. XXI et seq.; 10 et seq.; Minucio Félix, cap. XXIII; 5.° Atenágoras, cap. XXXIII; Justino, I, 14 et seq.; Taciano, Or., cap. XXII; Orig., Contra Cels., praef.; Tertul., Apol., cap. IX; XXXVIII; ad Scap., c. IV; Minucio Félix, c. XXXI; Teófilo, III, 15.—6.° Tertul., Apol., cap. IX, Minucio Félix, cap. XXX, XXXI; Atenágoras, cap. XXXV; Teófilo, loc. cit.—7.° Orígenes, loc. cit., I, 7. contra le χρύφον δόγμα.—8.° Justino, Cohort., cap. XXXVIII; Apol., I, 20, 44, 54; Teófilo, III, 19 et seq., 33-36; Taciano, cap. XXX; Tertul., Apol., cap. XIX; Lactancio, Div. Inst., IV, 15; Neander, I, p. 96 y sig.; Besançon, de l'Emploi que les Pères de l'Eglise ont fait des oracles sibyl., París, 1851.—9.° Tertul., Apol., cap. XL, XLI; Justino, Apol., II, 7.

88. No contentos con mantenerse á la defensiva ni con rechazar injustas reconvenciones, los apologistas se convierten en acusadores del paganismo. Ponen de manifiesto la vanidad, la culpabilidad y locura del culto idolátrico, la inmoralidad de los cultos paganos en general, la apoteósis decretada á los vicios por la mitología, la crueldad y barbarie de los sacrificios humanos, el espíritu entenebrecido por el pecado, los principios satánicos que informaban la doctrina y la vida de los paganos, la injusticia de los edictos fulminados contra los cristianos, la violacion de todas las formas jurídicas en el procedimiento de los tribunales, las contradicciones que se encuentran así en la legislacion como en la filosofía pagana. Citan al mismo tiempo pruebas positivas en favor del orígen divino del Cristianismo y de la necesidad de abrazarlo. Estas pruebas son: 1.° El carácter divino de su Fundador, que ofrece el más perfecto modelo á la humanidad: espira sobre un patíbulo infame, y esto acrecienta su gloria, y tal es la eficacia de su muerte, que quita á sus discípulos el temor de semejante mal. Ha sido anunciado en el Antiguo Testamento, y ha realizado todas las predicciones; conocía lo porvenir, y ha probado con sus milagros que era el Señor de la Creacion. 2.° La trasformacion completa que ha obrado en sus Apóstoles, y los milagros que éstos han hecho, así como los fieles discípulos que han con-

quistado para Él sin ningun auxilio humano. 3.º Las enseñanzas é instituciones del Cristianismo, que aventajan infinitamente á todas las del antiguo mundo, *y nada ofrecen que no sea digno del Dios Supremo*, que se adaptan, en fin, á todas las necesidades del espíritu y del corazon, á todas las condiciones, y no están mezcladas con error alguno. 4.º Los efectos de la Religion cristiana, que transforman, regeneran y ennoblecen, ya *por razon del conocimiento*, ya por el lado de la vida práctica, á los individuos y á la humanidad entera.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 88.

b. Justin., Apol., I, 9; II, 10; Taciano, Herm.; Arnobio (passim). — *c.* *a.* Orígenes, Contra Cels., I, 30 et seq.; 66 et seq.; II, 9, 25, 48 et seq., 51, 68 et seq.; Justino, Apol., I, 30 et seq.; Dial., cap. XLVIII et seq., LXIX et seq.; Atenágoras, cap. IX. — *β*. Orígenes, loc. cit., I, 62 et seq.; II, 15. — *γ*. Atenágoras, cap. VI; Minucio Félix, cap. XXXIV; Justino, Apol., I, 5; Theófilo, III, 5 et seq. — *δ*. Orígenes, loc. cit., I, 26 et seq.; III, 29.

§ 4.º Propagacion del Cristianismo en las diversas comarcas.

89. Es verdaderamente grandioso el espectáculo que ofrece el Cristianismo propagándose en las tres partes de la tierra, entre los pueblos más diversos, siendo abrazado por grandes y pequeños, por sabios é ignorantes y haciendo desde el I al IV siglo progresos cada día más rápidos en el seno mismo de las persecuciones. Esta universal y admirable difusion se halla expresamente atestiguada, no sólo por los antiguos autores eclesiásticos, sino tambien por sus adversarios los paganos. Está igualmente confirmada por el cuadro de las persecuciones hasta Diocleciano, por la historia de las sectas y herejías que pulularon entónces, y por considerable número de Obispos cuya sucesion se ha conservado para cada país en los más antiguos documentos, si bien no poseemos el catálogo completo. Desde las principales ciudades, tales como Roma, Antioquía, Éfeso y Alejandría, el Cristianismo se trasplantó á otras ménos populosas, y pronto derramáronse por las poblaciones rurales comunidades cristianas. Como los cristianos de toda clase desempeñaban sin ruido ni tumulto su oficio de misioneros, es muy *natural que sean poco conocidos los nombres de los antiguos predicadores* de la fe, y que no tengamos sino incompletas noticias de sus trabajos. La palabra de salud era derramada en el Imperio y fuera de él por los soldados y prisioneros, especialmente en tiempo de guerra. *Comunidades cristianas* se establecieron casi simultáneamente en multitud de regiones, sin que conozcamos sus orígenes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 89.

La propagacion del Evangelio en todas las clases de la sociedad y en todos los pueblos, en las ciudades y campos, en el palacio como en la choza, está descrita segun los Coloss., I, por Justin., Dial., cap. CXXVII; Clemente de Roma, I Cor., cap. V.; sobre todo por Ireneo, I, X, 1; Tertul., Apol., cap. I, 37; Adv. Jud., cap. VII; Orígenes, De princ., IV, 1; Contra Cels., III, 9, 24; Lactanc., De morte persec., cap. II; Inst., IV, 26; V, 12; Arnob. Contr. gent., II, 7; Hier., Ep. XXXV ad Heliod.; Ep. LXII ad Læt.; Teod., Gr. affect. cur., lib. X (Migne, t. LXXXIII, p. 1037). Celso dice que los cristianos, que eran poco numerosos al principio, se habían multiplicado prodigiosamente despues, ἐς πλῆθος σπαρέντες (Orig., Contr. Cels., III, 10); Luciano, De morte peregr., cap. XII, XIII. — Alex., Ps. proph., cap. XXV, supone tambien que son numerosos. Plinio, lib. X, ep. XCVII: «Neque enim civitates tantum, sed vicos etiam atque agros superstitionis istius contagio pervagata est.» Hay tambien comunidades rurales citadas por Clemente de Roma, I, cap. XLII; Justin., Apol., II; Orig., loc. cit., cap. II. Tenían casi todas al frente ἐπιχώριοι πρεσβύτεροι, Conc. Neocæs., cap. XIII.

Italia.

90. No hay duda de que las iglesias de Italia nacieron de la de Roma. La mayor parte de ellas conservan tradiciones que se remontan hasta el tiempo de los Apóstoles. En el año 251 vemos 60 Obispos reunidos en Roma. Aureliano no ignoraba que existían muchos Obispos en Italia. En el de 314 se indican los nombres de los de Aquilea, Cápua y Siracusa. La Iglesia de Rávena se gloría de haber tenido por primer Obispo á San Apolinar, discípulo de San Pedro; la de Milan á Bernabé y Anatholon; la de Luca á San Paulino; la de Fiésole á Rómulo; la de Bari á Mauro, y la de Bolonia á San Zamas.

Las Iglesias de Nápoles, Benevento, Palermo, Pisa, Verona y Pádua, etc., se remontan ciertamente á la más alta antigüedad. Las islas de Cerdeña y Córcega reunidas en una sola provincia recibieron la luz del Evangelio de cristianos desterrados, si bien la mayoría de esta poblacion grosera resistió á ella. En el IV siglo, Cagliari llegó á ser residencia de un Obispo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 90.

Ughelli, Italia sacra, ed. II, Venec., 1717, in fol.; Selvaggio (A. 16, 6), lib. I, cap. V-VII; t. I, p. 86 et seq., ed. Mog., 1787; Lami, Delic. erudit., t. VIII; Praef., p. 25 et seq., t. XI, praef. Concil. de 250, Euseb. VI, 43; Cypr., Ep. LII; de 314, Eusebio, X, 5; Aureliano, Eusebio, VII, 30.

Grecia, Macedonia y Tracia.

91. En Grecia tambien y en las islas griegas hallamos numerosos cristianos y florecientes iglesias. Conocemos Obispos de Aténas (Dionisio, el martir Publio, Cuadrato), de Corinto (Dionisio, en el II siglo), de Egina, y en Creta Filipo de Gortina y Pynito, de Gnosa. En Macedonia tenemos la iglesia de Tesalónica, de la cual Cayo debió ser el primer Obispo [1], las de Filipos y Beroe; en Tesalia la de Larisa. Al Sur de Macedonia Tracia poseía las sillas episcopales de Develto, Anchialo, Heraclea, Filipópolis, y despues la de Bizancio, probablemente ántes de terminar el tercer siglo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 91.

Dionys. Cor., ap. Euseb. IV, 23. Cf. ibid., cap. XXI, XXV; Origen., In Rom., XVI, 23, (Migne, t. XIV, p. 1289); Euseb. V, 19; Const., ap. VII, 46; Le Quien, Or. christ., t. II, p. 3 et seq.; t. I, p. 1091 et seq. Los catálogos acreditados de Bizancio comienzan por Metrofanes bajo Constantino I. Véase mi obra *Photius*, I, p. 5-7.

92. Enfrente de la nueva Bizancio, del lado del Asia, estaba situada Bitinia, con Nicomedia por capital, cuyo Obispo Anthimo fué martirizado en 303. Calcedonia, Nicea, Cesárea, Prusa, Apolonia, tuvieron tambien probablemente desde los primeros tiempos sillas episcopales, y en el reinado de Trajano el número de los cristianos parecía ya inquietar á los gentiles. Gangres era la principal iglesia de la ruda Paflagonia, donde las ciudades eran raras, y Ancira la principal de Galacia, situada hácia el Sur. Capadocia veía florecer la iglesia de Cesárea (Mazaca), dirigida el año 233 por el Obispo Firmiliano. Amasia, en el Ponto (Helesponto), tenía por Obispo en 240 á Fédimo, que instituyó Obispo de Neocesárea á Gregorio el Taumaturgo, discípulo de Orígenes. Gregorio, al llegar á Cesárea, no había encontrado allí sino 17 cristianos, y al morir sólo dejó 17 paganos. Había tambien trabajado en esparcir el Cristianismo por toda aquella comarca. Estableció en Comana al Obispo Alejandro. Amastris, que formaba tambien parte del Ponto (y despues de la Paflagonia), poseía á fines del II siglo un Obispo llamado Palma. Sinope y Sebaste en la pequeña Armenia, Tyana y Melitena eran asimismo sillas episcopales. Las ciudades del Exarcado del Ponto, fundadas la mayor parte por los romanos, tenían tambien numerosa poblacion cristiana.

---

1 Es citado en Rom., XVI, 23; I Cor., I, 14.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 92.

Euseb. IV, 23; VI, 30; VII, 14; Gregor. de Nis., Vita S. Greg. Thaum., cap. VII et seq. (Gallandi, III, 439 et seq.); Le Quien, Oriens christ., I, p. 368 et seq.

93. En la provincia romana de Asia, tan ricamente dotada por la naturaleza y por las artes, Éfeso «ojo del Asia,» era una de las iglesias madres de la cristiandad, y había sido ilustrada por los trabajos de los Apóstoles. Eran igualmente célebres las de Smirna, Pérgamo, Sardes, Thyatira, Tralles, Magnesia, Filadelfia y Cyzico; en Frigia las de Hierápolis (Papias, Apolinario), de Laodicea (Sagaris), de Sinnada y Eumenia; en Panfilia la de Syda; en Licaonia las de Iconio y Laranda; en Licia las de Patara, Olimpo y Mira. La actividad de la vida religiosa se juntaba con un comercio muy floreciente, y nuevo ardor animó á la vida civil, aunque no fué de larga duracion; la lengua y las costumbres griegas habian sustituido á la lengua y costumbres antiguas. En Cilicia, la antigua villa de Tarso era la metrópoli. Flaviópolis tenía un Obispo. Seleucia, en Isauria, era una Iglesia importante; lo mismo Salamina en la isla de Chipre.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 93.

Los detalles en Eusebio, III, 36; IV, 26; V, 24; VI, 19; VII, 28; Le Quien, Oriens christ., I, p. 663 et seq.

94. La principal iglesia de Siria hallábase en la famosa Antioquía, la primera ciudad de Oriente. Evodio, instituido por Pedro, tuvo por sucesor al mártir Ignacio; hasta el año 318, 20 Obispos ocuparon sucesivamente la silla de esta ilustre iglesia. Había tambien florecientes comunidades en Berea, Seleucia, Apamea, Samosata y Cira. En Edesa, ciudad de la Osrhoena, un príncipe cristiano llamado Abgar-Bar-Manu, reinó, díceso, de 160 á 170. En el de 228 había allí una magnífica iglesia, en sustitucion de otra destruida en 202. Mesopotamia tenía las iglesias de Amida, Cascar y Nisibe. Entre los caldeos la iglesia de Seleucia, sobre el Tigris, tenía por jefe á Maris, discípulo del apóstol Tadeo. Esta iglesia era la metrópoli del imperio parto-pérsico (Seleucia-Ctesifonte). Las costumbres bárbaras del pueblo, y especialmente la poligamia y el incesto, cesaron al poco tiempo para abrir paso á más severa disciplina. En 251, Dionisio de Alejandría escribió á los cristianos de la Armenia romana sobre la penitencia. Arabia en el tercer siglo tenía un obispado en Bostra, donde se celebraron en esta época reuniones de Obispos. Un general (emir ó gobernador de la parte romana de este país) mostró deseos de ser instruido en la Religion cristiana por el sabio Orígenes.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 94.

Le Quien, t. II, p. 669 y sig.; Patr. Antioch., Iglesia de Tiro, Euseb., V, 25; X, 4; Ptolemaida, ibid., V, 25; Trípoli, Const. ap., VII, 46; Edesa, Chron. Edess., ap. Assemani, Bibl. or., I, p. 391; Bardesan., ap. Euseb., Praep. ev., VI, 10; (Migne, t. XXI, p. 477); *Dionysius*, ap. Euseb., VI, 46; Orígenes en Arabia y obispado de Bostra, Euseb., VI, 19, 33.

95. Fenicia poseía iglesias florecientes en Tiro, y luégo en Sidon, Ptolomaida, Beryto, Byblos y Trípoli. En Palestina, Jerusalen, con sus Obispos convertidos del paganismo, tuvo poca importancia desde el emperador Adriano, pero la Iglesia de Cesárea, en Palestina (Cesárea de Straton), la tuvo mucho mayor como metrópoli. En el siglo tercero poseía una sábia escuela y muchos Obispos notables. Gaza tuvo tambien su iglesia episcopal.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 95.

Le *Quien*, *Oriens christ.*, t. II, p. 801 et seq.; t. III, Patr. Hieros.

96. El centro religioso de Egipto era Alejandría, desde donde el Cristianismo se extendió progresivamente; en el primer siglo hallamos sillas episcopales en Pelusium, Thmuis, Arsinoe, Nilópolis, Lycópolis, y Hermópolis en la Tebaida; en Berenice, ciudad de la Pentápolis de Libia; y no debian ser los únicos, á juzgar por el gran número de los que allí se ven desde el cuarto siglo. La Iglesia de Alejandría, fundada por San Márcos, era rica y próspera, y el número de conversiones iba siempre en aumento á pesar de que los paganos y judíos perseguían á los cristianos con raro encarnizamiento. Los Pastores celosos abundaban allí, y la escuela catequística obtenía grande éxito. Tolemaida y Cirene, dos ciudades considerables, contaban igualmente numerosa poblacion cristiana.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 96.

Le Quien, II, p. 329 et seq.; Patr. Alex., cf. Euseb., VI, 40, 42, 46; VII, 10, 11, 26; VIII, 13. Hácia el 369, Atanas., Ep. ad Afros. ep., n. 10 (Migne, t. XXVI, p. 1043), cita noventa Obispos egipcios.

97. El Africa proconsular, con la Numidia y la Mauritania, tenía por principal Iglesia á la brillante Cartago, que rivalizaba en esplendor con Alejandría. El Cristianismo llegó allí desde Roma, y se derramó rápidamente por el interior del país hasta la Numidia y la Mauritania, pobladas por tribus impetuosas y despreciadoras de la muerte. El año 202

Tertuliano podía ya hablar de la cifra preponderante de los cristianos en las ciudades de Africa. En 256 vemos reunidos en Cartago, primero setenta y un Obispos, y despues *ochenta y siete*, de los cuales unos tenían sus sillas en las grandes ciudades, otros en pequeñas aldeas. Anteriormente 90 Obispos se habían reunido en Lambesa (Numidia).

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 97.

Morcelli, Africa christiana, Brix., 1816; Münter, Primordia Ecclesiae africanae, Hafn., 1829; De Rossi, De christ. titul. Carthag., in Spicil. Solesm., IV, 1858; *Synodi Cypr.* 256; Routh, Rel. sacr., III, 88-107, ex Aug., De bapt. contra Donat., lib. VI, VII; Cypr., Ep. LV ad Cornel.

España.

98. España, dividida por los romanos en tres provincias (Tarraconense, Bética y Lusitania), donde abundaban las colonias, había abrazado desde el tiempo de los Apóstoles el Cristianismo, el cual no había cesado de hacer progresos allí. Las ciudades que el genio romano había marcado con su sello se convierten desde un principio en sillas episcopales, como Leon (Legio), Zaragoza (César-Augusta), Mérida (Emerita Augusta), *Tarragona*. En *305 ó 306*, hallamos diez y nueve Obispos españoles en el Sínodo de Elvira celebrado á causa de la persecucion contra los cristianos, durante la cual España contó numerosos mártires, y tambien apóstatas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 98.

Cypr., Ep. LXVII; Conc. Eliber.; véas. Héfelé, Concil., I, 122 y sig.; Fabricius, Salutaris lux evang., c. XVI, p. 475 et seq.; Florez (A. 33, a); Gams, K.-G. Span., Regensb., 1862 y sig., t. I. La leyenda conservada en la liturgia española de que San Pedro y San Pablo enviaron á España á Torcuato y á otros seis misioneros de la fe está todavía en tela de juicio. Se ha negado la inscripcion del tiempo de Neron, *defendida por Walch* é impugnada por Muratori (Gruter, Thes. inscript., n. 9, p. 238). La tradicion que pretende que el Apóstol Santiago el Mayor predicó allí el Evangelio ha sido combatida con frecuencia (véase Acta sanct., t. I, april.; Diatr., t. VI; Jul., Append.; Fabricius, loc. cit.; Natalis Alex., Saec. I, diss. XV, prop. 2. Cf. Baronius, an. 816, n. 49 *et seq.*). *Se cree, sin embargo, que el cuerpo* del Apóstol fué trasportado á Compostela; Notker Balbul., Martyrol., ad d. 25 Julii.

La Galia.

99. En el lado allá de los Pirineos, en la Galia sometida por Julio César despues de laboriosos combates, la fe cristiana se había espar-

cido desde el Asia Menor y Roma. Las Iglesias de Lyon y Viena, durante la persecucion de Marco Aurelio, estaban perfectamente organizadas, y contaban numerosa poblacion. Hácia la mitad del siglo tercero, el Papa Fabian hubo de instituir Obispos en París, Narbona, Tolosa, Clermont, Tours, Limoges y Arlés. San Cipriano menciona un Obispo de esta última ciudad, donde se reunieron en 314 otros muchos, y especialmente los de Arlés, Lyon, Autun y Reims.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 99.

Euseb., V, 1 et seq.; Greg. de Tours, *Hist. Fran.*, I, 28. *Tert.*, Adv. Jud., cap. I; Cyprian., Ep. LXVIII sobre Marciano de Arlés; Conc. Arelat., ap. Routh, Rel. sacr., IV, p. 83-95. El texto II Tim., cap. III, lo trae tambien el Codex Sinaiticus: Κρήσκης εἰς Γαλλίαν, y por Euseb. III, 4; Chron. Pasch., Olymp., 220; Hier., Cat.; Theod., in h. l. (Migne, t. LXXXII, p. 853); Martyrol. rom., 27 jun.; de aquí procede que muchos coloquen á Crescencio (primer obispo nombrado de Maguncia), entre los antiguos Apóstoles de la Galia. Friedrich, I, p. 80, 167 y sig. Se citan siete discípulos que habrían sido enviados *por los Apóstoles á la Galia y país* del Rhin (Gallia christ. *in provincias eccl. distributa*, París, 1715 et seq.; nov. ed., 1856 et seq., *cura Piolin*, O. S. B., París, 1871). Las inscripciones cristianas de la Galia han sido recogidas por Le Blant (A. 16, 3); P. de Marca, Diss. de tempore, quo primum in Gallia suscepta est Chr. fides (post. op. de concord. Sac. et Imp., Francfort, 1708, p. 415). Véanse las numerosas obras citadas en Mœhler-Gams, I, 191-196, donde se hallan igualmente indicadas las obras especiales sobre las Iglesias de Tolosa, Viena, Arlés, etc.

Bretaña.

100. En la remota Bretaña, sabemos por Tertuliano que existían comunidades cristianas no solamente en la parte sujeta á los romanos bajo el emperador Cláudio, sino tambien en la que había permanecido libre. Algunos señalan á estas comunidades orígen apostólico, miéntras que, segun el venerable Beda, el Papa Eleuterio envió en el segundo siglo misioneros de la fe á Inglaterra á peticion del rey Lúcio. San Albano y otros cristianos fueron martirizados durante la décima persecucion. En 314 se hallaban en Arlés Obispos de York, Lóndres y Lincoln.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 100.

Tertuliano, Adv. Jud., cap. VII: «Britannorum inaccessa Romanis loca, Christo vero subdita.» Orígenes apostólicos, en Euseb., Dem. ev., III, 7; Theod., Therapeut., lib. IX (Migne, t. LXXXIII, p. 1037); Martyrol. rom., 15 mart. (Aristóbulo, Rom., XVI, 10), y muchos documentos sirios (Didascal. apost., ap. W. Cureton et Wright. Ancient Syriac. Documents. Lond., 1864, p. 33); Beda Ven., Hist. eccl. gent. Angl., I, 4, 6, 7.

Germania.

101. En Alemania misma, segun San Ireneo, los cristianos tampoco escaseaban, sobre todo en las comarcas del Rhin y del Danubio. El país que se extendía desde los Alpes hasta el último río, había sido sujeto al imperio romano por Druso y Tiberio con los nombres de Rhetia, Nórica y Panonia. Las regiones situadas sobre la ribera occidental del Rhin estaban divididas en Germania Superior ó Inferior. Pronto hubo allí numerosas colonias romanas, y levantáronse ciudades florecientes como Maguncia, Colonia, Tréveris, y en las regiones danubianas Windisch (Argovia) y Augsburgo.

En 313 y 314, hallamos á los Obispos Materno de Colonia y Groecio de Tréveris. Las Iglesias de Maguncia, Spira, Metz, Tougres y Strasburgo, son ciertamente muy antiguas. En Petau, ciudad de Panonia, sobre el Drave (Pettat en Stiria), el Obispo Victoriano fué martirizado en 303. Sirmio, sobre la ribera izquierda del Drave, fué pronto una importante plaza fuerte y una célebre Iglesia cristiana. Numerosas relaciones se establecieron desde allí con la Iliria griega y romana y con las ciudades de Macedonia y Grecia. En el cuarto siglo, Sirmio, cuyo primer Obispo fue probablemente Andrónico [1], era un importante obispado. Scisiscia (Sissock) se gloría de haber tenido por Obispo á San Quirino. Maximiliano era honrado como Apóstol de la Nórica, y San Floriano como mártir de Lorch (304).

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 101.

Iren., I, 18; III, 4; Tertul., loc. cit.; Arnob., Contra Gent., I, 6, Friedrich., I, p. 55 y sig.; Victorin., Hier., Ep. XLIX ad Paulin.; Catal., cap. LXXIV; Optat, De schism. Don., I, 9; Sirmio, véase Dubik, Mæhrens allg. Gesch. Brünn, 1860, I, 187 y sig.; Maximiliano, véase Friedrich, I, 203-206; San Floriano, Acta sanct., Mayo, I, 461.

§ 5.º Causas y obstáculos de la propagacion del Cristianismo.

Causas de su propagacion.

102. Pueden señalarse á la propagacion del Cristianismo causas internas y externas. Citaremos entre las primeras: 1.º, la fuerza interior de la verdad en sí misma, y el carácter positivo de su doctrina, accesible á todos; 2.º, las pruebas de su virtud divina suministradas

---

1 *Rom.*, XVI, 7.

por los milagros y los dones del Espíritu Santo; 3.º, la vida edificante de los fieles, cuyas costumbres eran el espejo de su doctrina, su caridad fraterna, su castidad; 4.º, la serenidad, conviccion y heroismo con que los mártires profesaban su creencia; 5.º, el celo universal que los fieles y hasta las mujeres desplegaban para propagar su fe, y el que los esclavos preceptores ponían en convertir á sus discípulos; 6.º, el carácter sublime del Cristianismo, que elevándolo sobre particularidades nacionales y formas exteriores, le permitía adaptarse á todas las condiciones sociales, transformar y ennoblecer al mundo, y satisfacer todas las necesidades del entendimiento y del corazon; 7.º, la tolerancia de que fué objeto al principio por parte de las autoridades romanas, y más tarde; 8.º, el sincretismo de algunos emperadores; 9.º, la facilidad de relaciones que había entónces en el imperio romano; 10, el uso universal de la lengua griega; 11, lo calamitoso de los tiempos, y el deseo de una vida divina inaccesible á las tribulaciones de la vida corporal; 12, la inclinacion que resultaba de esto á los cultos extranjeros; 13, los restos de las antiguas tradiciones y profecías; 14, la depuracion progresiva del politeismo por ideas morales más nobles y aproximadas al monoteismo; 15, la preparacion de los paganos por los mejores filósofos; 16, los numerosos puntos de contacto que existían para los judíos entre el Cristianismo y el Mosaismo, y las disposiciones favorables de los prosélitos de la Puerta y de los judíos helenizantes; 17, las mujeres y los esclavos libertados del yugo que pesaba sobre ellos; 18, los testimonios que los paganos ávidos de verdad daban de la inocencia de los cristianos; 19, el tratamiento ménos riguroso que los fieles experimentaron de parte de algunos emperadores (Antonino Pío, Alejandro Severo, Filipo el Arabo); 20, los efectos producidos por las grandes apologías cristianas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 102.

1.º Tertul., Apolog., cap. x, xvii, xlvi, l; De testim. animae; Justin. Dial., cap. vii; Apol., I, 14, 16; Ep. ad Diognet., cap. vii; Atenágoras, Legat., cap. xi; Iren., III, iv, 1 et seq.; Ciprian., Ep. ad Donat. — 2.º Iren., II, 31, 32, 57; Tertul., Apol., cap. xx, xxi, xxiii; De spectac., cap. xxix; De anima, cap. xlvii; Justin., Apol., II; Dial., cap. xi, xxxix, lxxxv et seq., cxxi; Pap., ap. Euseb., III, 39; Clem., Strom., VI, 15, 28; Orig., Contra Cels., I, 2, 10, 22, 46, 49; II, 21, 28; III, 24, 28; Const. ap., VIII, 1; Lactancio, Inst., V, 23. — 3.º Ep. ap. Diogn.; cap. v; Atenágoras, Leg., cap. xi, xii, xxxiii; Justin., Apol., I, 14, 15, 57; Minucio Félix, cap. ix; Tertuliano, Apol., cap. i et seq.; 39, 42; Ad Scap., cap. i; Orig., Contra Cels., I, 26, 43; III, 29; Cypr., Ad Demetr., cap. xxv; Lactanc., III, 26; Euseb., Praep. ev., I, 4; Sozom., Hist. eccl., V, 16. — 4.º Minucio Félix, cap. xxxvii, xxxviii; Justin., Apol., I, 25, 45; II, 12; Dial., cap. xxxv, cviii, cx, cxix, cxxxiii, cxciii; Tertul., Apol., cap. l; Orig., loc. cit., VII, 39; Lactanc., V, 13. —

5.° Justin., Dial., cap. VIII; Euseb., III, 37; Tertul., Apol., cap. XLVI; Orig., loc. cit., III, 10, 50, 52 et seq. — 6.° Tertul., loc. cit., De test. anim. Voy. Néander, I, p. 38 y sig. — 7.° Voy. más arriba, § 51. — 8.° §§ 54, 65. — 9.° Orig., Contra Cels., II, 30; III, 9; Euseb., Dem. ev., III, 6. — 10. Ciceron, Pro Archia poeta, cap. x; Plutarch., Or. I de Alex. virtute et fortuna, cap. VI, X. Comp. Hug, Einleit. in das N. T., t. II, p. 31 y sig., 3.ª ed. — 11. Néander, I, p. 6 y sig. — 12. Plutarch., De superstit., cap. XXXIII, más arriba B. 32. — 13. Más arriba B, § 35. — 14. §§ 83, 84. — 15. Justin., Apol., I, 18 et seq., 24, 44, 46, 59 et seq.; II, 10, 13; Atenágoras, Leg., cap. V, VI; Minucio Félix, cap. XIX, XX; Clem., Strom., I, 1 et seq., 12, 15; V, 3, 12; VI, 10, 17; Orig., Contra Cels., VII, 46. Véase Chr.-A. Pescheck. Σκιὰ τῶν μελλόντων apud Romanos, Lips., 1848, y su artículo en Riedners Ztschr. f. hist. Theol., 1848, III, p. 422 y sig. — 16. Justin., Dial. contra Tryph.; Tertull., Adv. Jud. Apol., cap. XVIII et seq.; Theofil., III, 17 et seq.; Clem., Paedag., I, 7; Orig., Contra Cels., I, 14-18; II, 1 et seq.; Cypr., Testim., libri III; Lactancio, Inst., IV, 17. Sobre los prosélitos de la puerta, Néander, p. 37 b, más arriba B., 53. — 17. B, § 33. — 18. Plinio, lib. X, ep. XCVII, más arriba § 65. — 19. §§ 57, 75. — 20. Véase Orsi, Storia eccl., lib. V, cap. XXI; t. II, p. 337.

Obstáculos para la propagacion del Cristianismo.

103. Si las fuerzas atractivas eran grandes, no menores eran las repulsivas. Numerosos obstáculos contrariaban la expansion del Cristianismo, porque todo lo que tiende á la mejora del hombre encuentra dificultades. Estas eran sobre todo: 1.° Preocupaciones inveteradas, y una tenaz incredulidad; el espanto que experimenta la razon ante doctrinas que superan á sus fuerzas y exigen el sacrificio; la repugnancia á someterse «ciegamente,» como se decía, á dogmas incomprensibles; las alteraciones de que eran objeto ciertas verdades cristianas. 2.° Los prodigios, los oráculos que los paganos oponian á los milagros del Cristianismo, que ellos intentaban explicar por las artes de la magia. Rehusaban entrar en el exámen detallado del Cristianismo, cuya simplicidad les escandalizaba, y trataban de explicarlo todo por el goetismo y el fanatismo. 3.° La conducta santa é irreprensible de los fieles no producía efecto en la multitud; confundiendo á los católicos con los herejes, oponían á los primeros las torpezas de algunas sectas gnósticas; se aprovechaban de las divisiones existentes entre los cristianos, y sus más nobles acciones eran atribuídas á mala parte, por lo ménos en los motivos que las impulsaban. A muchos, en fin, espantaba el rigor de la moral cristiana.

4.° Al mismo tiempo que se oponía á los mártires la constancia de los filósofos, y sobre todo de los estóicos, se gritaba contra el martirio, considerándolo como fanatismo y desprecio ciego de la muerte. Los sacrificios contribuían á irritar el furor de los pueblos, y el horror que los hombres amantes de placeres experimentaban ante toda especie de peligro y de persecucion, les apartaba de los cristianos, les impedía

abrazar su doctrina y áun examinarla. 5.º El celo de los cristianos por obrar conversiones chocaba con un sensualismo grosero, con las sutilezas del escepticismo, con los intereses materiales de las diversas clases, y sobre todo con las de sacerdotes, artistas, estatuarios, mercaderes y artesanos. 6.º La tendencia universal del Cristianismo era contrariada por las ideas nacionales de los judíos griegos y romanos, por el odio del antiguo mundo contra los bárbaros, y por el empeño de mantener un sistema egoista y antidivino. La religion de la Cruz, escándalo para los judíos, locura para los gentiles [1], chocaba con las ideas y costumbres reinantes; no se podía comprender que la multitud fuese llamada á «filosofar;» que hombres extranjeros, incultos, esclavos, hubiesen de poseer los mismos conocimientos religiosos que los indígenas, sabios y hombres libres. 7.º Si al principio los cristianos, mirados como una secta judía, habían permanecido ignorados, el desprecio que se sentía hácia todo lo que tuviese orígen judío y bárbaro, *hácia la pobreza y falta de cultura de gran número de fieles*, cosas todas contrarias á las tendencias aristocráticas del mundo antiguo, perjudicaba á la causa del Cristianismo.

8.º El sincretismo puesto en práctica por muchos emperadores fué más favorable á *las sectas* que *á la Iglesia*; *la nocion* del Cristianismo estaba en él oscurecida, se confundía la verdad con la mentira, y no se la apreciaba en su justo valor. 9.º La unidad del imperio ofrecía sin duda numerosas ventajas, pero traía tambien en el Estado romano la mezcla de la religion y de la política. Introducía una religion del Estado, y como el Cristianismo parecía comprometer al Estado mismo, la persecucion de los cristianos se hallaba justificada en apariencias y hasta fomentada.

10. La propagacion de la lengua griega acrecentaba la influencia corruptora de la literatura pagana, sobre todo en la educacion. No solamente la grosería de las costumbres, sino tambien la refinada cultura del panteismo y materialismo en el mundo antiguo, su poesía, su mitología, su política, las ciencias y las artes eran extrañas y hasta hostiles al Cristianismo; todas las pasiones, escoltadas por un ejército de sofismas, se volvían contra él.

11. A pesar de la miseria de los tiempos, deslumbraba á muchos la brillantez del culto politeista, de los templos y los altares de las divinidades visibles, y se decía á los cristianos: «Mostradnos vuestro Dios.» Miéntras que unos se entregaban á las más groseras supersticiones, otros caian en inevitable incredulidad, y se sumergían en la noche de la

---

1 *I Cor.*, I, 23.

desesperacion. Estos males se atribuyeron más tarde al Cristianismo. 12. La inclinacion de muchos á los cultos extranjeros, *sacra peregrina*, era contrariada en otros por la adhesion á la religion hereditaria, á la que había levantado á tanta altura la fortuna de los romanos; estaba paralizada por la supersticion, por el genio receloso del despotismo, y por todas las aberraciones del fanatismo que la obstinacion y el amor propio fortificaban.

Miéntras que los demás cultos se acomodaban al antiguo, el Cristianismo le desafiaba con su derecho «intolerante» de ser el único, verdadero y legítimo culto. 13. Las antiguas tradiciones de la humanidad, pasando por diferentes canales, se habían desnaturalizado y debilitado; é interpretadas tambien diversamente las profecías, no se cesaba en forjar nuevos y falsos oráculos para sobreexcitar la muchedumbre.

14. Habiendo sido depurado en algunas cosas el paganismo, comprendíase ménos la necesidad de una religion nueva; se creia encontrar la misma verdad, las mismas ventajas con más graciosas formas entre los filósofos de la antigüedad; se sostenía tambien que Jesucristo y sus dicípulos habían acudido á esta fuente. 15. Era sobre todo muy difícil domar el orgullo desmesurado de los filósofos y su pasion por la vida muelle. 16. La conviccion general de que el judaismo era la verdad absoluta é inmutable, las falsas ideas que se formaban del Mesías, los odios de partido, el descontento causado por la adopcion de los samaritanos en la Iglesia, el rabinismo, y por último las especulaciones soñadoras y fantásticas de los judíos helenizantes, amenazaban á la pureza de la fe.

17. Atrayendo hácia sí y rehabilitando á las mujeres y á los esclavos, dió ocasion el Cristianismo á la opinion de que sólo ganaba para sí á hombres sin mérito, despreciables é incultos, de que preparaba una peligrosa trasformacion y de que perjudicaba á la soberanía universal del Estado romano.

18. Apelábase contra los cristianos á testimonios falsos arrancados á los esclavos por la fuerza de los tormentos; se sospechaba de los testimonios dados en su favor, y era mayor la credulidad que se prestaba á las calumnias que á cuanto se dijera para atenuarlas.

19. Nada más grave que los crímenes imputados á los cristianos: ateismo, alta traicion, fanatismo, festines de Thyestes, incesto; eran los autores de todos los males que asolaban el universo; adoraban una cruz, un asno, etc. Se creía tambien con mayor facilidad que los cristianos procuraban sustraer las prácticas del nuevo culto á las miradas de los paganos. 20. Las apologías, á pesar de las cosas excelentes que contenían, no hallaban acceso sino en ánimos exentos de preocu-

paciones, y que sabían deshacer los encantos de la mentira. Los sabios del paganismo no despreciaban medio alguno para batir en brecha á la doctrina nueva: fuera de la ciencia, la sátira ó el sarcasmo, tenian á su servicio las artes, gran número de recursos exteriores, el favor de los grandes, y ademas eran apoyados por todo el poderio de las pasiones humanas. Odiábase en los cristianos una sola cosa: la verdad [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 103.

1.° Cæcil., ap. Minut. Fel., cap. III et seq.; Orig., Contra Cels., I, 7; IV, 1 seq.; V, 1 et seq.; Lact., IV, 6. — 2.° Cels., ap. Orig., I, 6; Cæcil., loc. cit., cap. VII. — 3.° Cæcil., loc. cit., cap. VIII, IX, XII; Orig., loc. cit., III, 10; VI, 53; VII, 41; VIII, 21; Tertul., Apol., cap. XXXIX; De spectac., cap. II. — 4.° Tertul., Apol., cap. I. Los cristianos eran considerados como pobres fanáticos por Marco Aurelio, Monol., XI, 3; Arrian., Diatr., IV, 1. — Plinio, loc. cit., hallaba en ellos «pervicaciam et inflexibilem obstinationem.» — 5.° Neander, 1, p. 51. Sobre los escultores y fundidores de cera. Plut., De superstit., cap. VI. — Odio á los bárbaros, Platon, V, 470; Demóst., Adv. Mid., XL. Cf. Minuc. Félix, cap. XIII; Cels. ap. Orig., I, 7; VIII, 72. — 7.° Cels., loc. cit., I, 2; VI, 1, 20. — 8.° Los paganos y judíos encontraban con frecuencia en la diversidad de sectas un argumento contra el Cristianismo; Cels., loc. cit., III, 10; V, 63; Clem., Strom., VII, p. 753, ed. Paris, 1641. — 9.° Véas. más arriba, § 65. Tertul., Apol., cap. X: «Sacrilegi et majestatis rei convenimur; summa haec causa, imo tota est.» Cf. cap. IV et seq., XXXVIII; Minut. Félix, cap. IV, VII; Cels., loc. cit., I, 1; Arnob., IV, 34; B, § 28; Séneca, Ep. CVIII; Mæcen., ap. Dion. Cass., III, XXXVI; Tacit., Ann., II, 85; Cic., De leg., II, 8; Act., XVI, 21; Paul. Sent., lib. V, XXIX, 1; XXXVIII, 18. — 10.° Cf. Minut. Félix, cap. XXIII, XXIV. — 11.° Minut. Félix, cap. X; Origenes, L. c., VIII, 17; 62 et seq.; VII, 21 et seq.; Theoph., ad Autol., lib. I, cap. II et seq.; Neander, p. 39. — 12.° Orígenes, Contra Cels., V, 35 et seq.; Minut. Félix, cap. VI, VIII. — 13.° Justin., Apol., I, cap. XX, más arriba § 73. — 14.° Orígenes, loc. cit., I, 4, 5; V, 65; VI, 1, 15; VII, 41 et seq., 58, 61; Aug., De civ. Dei, XIX, XXIII; De doctr. chr.; II, 28. Neander hace esta justa observacion: «Las ideas que son más á propósito para servir de preparacion á un órden de cosas pueden muy fácilmente caer en el extremo opuesto, queriendo mantener su antiguo punto de vista contra la fuerza del más elevado que se presenta: así vemos al platonismo, aunque fiel al espíritu del antiguo mundo, impregnarse ya de elementos extraños.» — 15.° Justino, Apol., I, 18 et seq., 24, 44, 46, 54, 59; II, 10, 13; Clem. Strom., I, 1 et seq., passim. Sobre el estoicismo y platonismo, Neander, p. 10 y sig., 19. — 16.° Justin., Dial.; Cypr., Test. adv. Jud.; Teofil., III, 17 et seq. Los prosélitos de justicia eran, segun Justino, los más violentos enemigos de los cristianos. Véase Neander, p. 37. Los judíos injuriaban á Jesucristo de mil maneras: le acusaban de ser fruto del adulterio (Cels., loc. cit., I, 28, 42; Tract. Tholedoth Jeschuach y Midrasch Coheleth), miéntras que rendian homenajes á falsos mesías. Orig., 1, 57; Socrat. VII, 38; Nicef. XIV, 40; Malal., Hist. chron., II, p. 181, etc., y en Basnage, Hist. des Juifs. — Orígenes, I, 54 et seq., combatía ya á los que referian los pasajes mesiánicos del Antiguo Testamento al pueblo judío. Más tarde esta teoría racionalista

---

1 Justino, 1.ª apología, cap. XXIV-XXVIII.

fué principalmente propagada por Spinosa y Mendelsohn. El pueblo judío, llegado á la más alta cumbre de perfeccion y poder, es, decían, lo que constituye el Mesías (ideal). En la Edad media se prohibió bajo severas penas calcular la venida del Mesías. Los rabinos desnaturalizaban el sentido de los pasajes bíblicos, y concluyeron por sustituir el Talmud á la Biblia.

El Talmud comprende el Mischnah (δευτέρωσις, Just. Novell., 146), que se dice compilado hácia el 220 (ed. Gurenhus, Amst., 1698-1703), y la Gemara de Jerusalen (fin del tercero ó cuarto siglo) y de Babilonia (430-521), ed. Venece, 1520, Viena, 1806. Se le atribuía más valor que á la ley (era el oro comparado con la plata); sin embargo, los caraitas le rehusaban todo valor canónico y no admitían tradicion alguna. La Midrasch, que sólo tenía un valor accesorio, fué enriquecida con nuevos comentarios desde el siglo II al XI. Wolf, *Bibl.* hebr., part. II, p. 979 et seq.; Grætz, Gesch. der Juden bis zum Abschlusz des Talmud, Berlin, 1853; Zunz, Gottesdienstl. Vortræge der Juden, Berlin, 1832. Los hermanos Lehmann, Die Messiasfrage, en aleman, Maguncia, 1870.

17. Orígenes, Contra Cels., III, 51 (se ve tambien allí, c. IX, que gran número de sabios, de hombres ricos y respetables, entraron en la Iglesia).

18. Wasserschleben, De quaest. per torment. apud Romanos, Berol., 1837, p. 18 et seq., 35, 78 et seq.

19. Atenágoras, cap. III et seq.; Justin, Apol., I, cap. VI, XI et seq., XIV-XVII, XXVII-XXIX, LXI, LXV-LXVII; Teófil., II, IV; III, I-XVI; Tertul., Apol., cap. VII et seq., XVI, XXXIX et seq., XLII et seq.; ad Nat., I, 7; Minuc. Félix, cap. IX, X, XII; Cipr., ad Demetr.; Arnob., I, 1 et seq.; Orígenes, loc. cit., III, 14; Kortholt, Paganus obtrectator, Kil., 1863. El crucifijo irrisorio hallado en el monte Palatino en 1857, con una cabeza de asno, está descrito extensamente por Garrucci, S. J., Il Crocif. graffito, Roma, 1857; F.-X. Kraus, Das Spottercrucifix vom Palatin und ein neuentdecktes Graffito, Friburgo, 1872. Las calumnias concernientes al asesinato de niños fueron propagadas principalmente por los judíos. Orig., VI, 28; Tertul., ad Nat., I, 14. Los grandes de Roma consideraban como una «supersticion» toda doctrina que se apartaba de la religion del Estado. Tácito, Ann., XI, 15; XIII, 32; Plinio, loc. cit.; Neander, p. 49. — Más arriba, §§ 80 y sig.

Conciliacion.

104. Segun que las circunstancias favorables al Cristianismo se sobreponían á los obstáculos y fuerzas repulsivas, ó cedían á su influencia, la propagacion exterior de la nueva religion tomaba un aspecto completamente diferente. Sus progresos eran más lentos ó más rápidos. Si comparamos entre sí los diversos agentes que hemos enumerado, se reconocerá, de un modo manifiesto, que sin asistencia particular del cielo no había esperanza para el Cristianismo; jamás hubiese obtenido el triunfo de que somos testigos. El desenvolvimiento grandioso que notamos en él desde los primeros tiempos, es ya brillante prueba de la institucion divina de la Iglesia, y ofrece numerosos argumentos en favor de su credibilidad. Si la Iglesia hubiese vencido sin milagros, éste hubiese sido el mayor de los milagros; porque el abismo inconmensurable que existe (humanamente hablando) entre medios tan débiles é insuficientes, y tan

prodigiosos sucesos, no se podría salvar por causas humanas; fuerzas puramente naturales no serían capaces de producir tales frutos en semejantes circunstancias. La persecucion, que parecía ser la ruina del Cristianismo, fué precisamente la causa de su prosperidad.

La virtud sobrenatural, el poder sobrehumano de la fe se nos revelan en los testigos y confesores de Jesucristo; ellos fueron verdaderamente la sal de la tierra, la luz del mundo; se les reconoció por sus frutos, y se podía decir de ellos: « Lo que el alma es para el cuerpo, son los cristianos para el mundo. » « El alma se extiende á todas las partes del cuerpo[1], y *los cristianos están dispersos en todas las ciudades del mundo.* El alma está en el cuerpo sin traer de él su orígen, y ellos están en el mundo sin ser del mundo. El alma, aunque invisible, habita en un cuerpo sensible, donde se halla establecida como centinela en una fortaleza; *los cristianos son vistos miéntras que permanecen en el mundo, pero su culto y religion son invisibles.* La carne, sin haber recibido injuria alguna del alma, está con ella en contínua guerra, porque el alma pone freno á sus licenciosos movimientos y la impide gozar de la voluptuosidad: *el mundo, sin razon alguna, detesta y persigue á los cristianos porque combaten sus inclinaciones criminales.* El alma ama al cuerpo porque la combate, busca sus miembros siempre sublevados contra ella; *los cristianos sólo tienen sentimientos de amor para aquellos que los agobian con odio.* El alma, aunque encerrada en el cuerpo, no deja de sostenerle; *los cristianos, aunque cautivos en el mundo, son su fuerza y su apoyo.* El alma inmortal reside en una envoltura mortal; *los cristianos habitan en medio de cosas pasajeras, y esperan en el cielo un estado inmutable.* El alma, contenida por la abstinencia en la bebida y la comida, se hace más perfecta; *los cristianos, perseguidos cada día, se multiplican en los tormentos. Dios les ha colocado en esta situacion y no tienen el derecho de sustraerse á ella.* »

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 104.

Orígenes, Contra Cels., I, 3; cf. cap. XXVI, XXVII, XXX et seq.—San Crisóstomo, Contra Jud. et gentil.: « Quod Chr. sit Deus, » n.° 13 et seq. (Migne, t. XLVIII, p. 831 et seq.), describe la propagacion de la Iglesia entre tantos obstáculos, y añade: « Si una virtud divina no lo hubiese hecho, todo esto no habría podido comenzar siquiera, » y compara esta palabra de Cristo: *Ædificabo Ecclesiam meam*, con el *fiat* de la creacion. San Agustin, De civ. Dei, XXII, v, fin.; cf. cap. VII, decía: « Si no se quiere creer en los milagros operados por los Apóstoles, tenemos un milagro que nos basta, y es que el mundo ha podido creer sin milagro. » Este pensamiento ha sido reproducido por Santo Tomás (Contra gent., I, 6), y por Dante (Inf., XXIV, 106).

1 *Epist. á Diognète.*, c. VI.

CAPÍTULO II

LAS HEREJÍAS Y EL DESENVOLVIMIENTO DEL DOGMA.

§ 1. *Herejías del tiempo de los Apóstoles.*

Las herejías y los cismas.

105. Así como los escándalos son necesarios en el mundo [1], las falsas opiniones, las herejías son inevitables en la sociedad cristiana, destinada á ser, como su Fundador, signo de contradiccion [2]. Esta consecuencia de la corrupcion humana es necesaria en cierta medida, á fin de que la virtud sea puesta á prueba [3]. La aparicion del Hijo del Hombre ha producido grande conmocion en los ánimos, fermentacion poderosa en el pensamiento humano. Los enemigos interiores de la Iglesia, los hombres que entraron en su seno sin tener su espíritu [4], produciendo cismas y herejías, habían de asestarle golpes más funestos acaso que los de sus enemigos exteriores. Considerando la doctrina por su lado puramente externo, intentando mezclar en ella elementos extraños, judáicos ó paganos, se pusieron en oposicion con la enseñanza de los Apóstoles, ó al ménos introdujeron en ella graves alteraciones.

Las Epístolas de los Apóstoles San Juan, San Pedro y San Pablo, lo mismo que las cartas contenidas en el Apocalipsis del primero, atestiguan claramente que hubo desde el principio herejías que desfiguraban el Evangelio, y lo mezclaban con ideas religiosas y filosóficas extranjeras, con errores nacidos de una ciencia engañosa, *gnosis* (Tim., VI, 20), que iba á desenvolverse más y más con el trascurso del tiempo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 105.

Las antíguas fuentes (Ireneo, Tertuliano, Clemente, Orígenes, Eusebio, Epifanio, etc.) se han acrecentado con los Philosophumena (ed. Oxon, 1851; Gœtting.,

---

1 *Matth.*, XVIII, 7.
2 *Luc.*, II. 34.
3 *I Cor.*, XI, 19.
4 *I Joan.*, II, 19 y sig.; *II Joan.*, :x

1856; Migne, t. XVI, p. 3017 et seq.), que el primer editor, E. Miller, atribuye á Orígenes; Baur (Theol. Jahrbücher, 1853, I, II), y Fessler (Tüb. Q.-Schr., 1852, II, p. 299 y sig.), al sacerdote romano Cayo; Jacobo, Duncker, Aunsen, etc., y yo (Tüb. Q.-Schr., 1852, III) á Hipólito. Esta última opinion ha sido robustecida, despues de examinar diversas circunstancias, por Dœllinger (Hyppolyt. u. Kal., Ratisbona, 1853). En Francia y en Italia hay diferentes opiniones. Le Normant se decidió por Orígenes, Cruice por Cayo ó Tertuliano; Armellini por Novaciano. (De prisca refutatione haereseon, Roma, 1862. Véase sobre esta sábia obra mi artículo en Œsterr. Vierteljahrschrift f. Theol., 1863, t. II, cuad. 3, p. 289 y sig.); De Rossi (Bullet. di arch. crist., 1866, p. 97 et seq.), por Tertuliano.

La opinion sostenida por los sabios de Alemania é Inglaterra no está debilitada, *pero el problema no se halla aún definitivamente resuelto.* El P. *Grisar* (Ztschr. f. kath. Theol., Insbruck, 1878, III, p. 505 y sig.), se decide tambien por una revision de las actas. En cuanto á mí, me ha sido imposible hasta hoy proceder á este exámen. Véase tambien Harnack, Zur Quellenkritik der Gesch. des Gnosticismus, Leipzig, 1879.

Herejías principales.

106. *Dos grandes herejías* se nos presentan desde el tiempo de los Apóstoles. Una, en la cual prevalece el particularismo judáico, intenta bajo *formas diversas probar* que la ley *mosáica* es obligatoria en todos los tiempos, y que los hijos de Abraham aventajarán siempre á los paganos. En la otra asistimos á una abierta rebelion contra toda clase de ley (*antinomismo*), junto con la relajacion de las costumbres. A estas dos tendencias mezcláronse á menudo especulaciones de pura fantasía. Verdad es que estas últimas apénas tenían eco en el judaismo propiamente dicho; pero los judíos helenizantes hallaban en ellas mucho atractivo. La autoridad de los Apóstoles había impedido sin duda mayores divisiones; pero los gérmenes de numerosas disidencias existían ya desde su tiempo, y estallaron más tarde con singular energía.

En Colosas San Pablo combatió á los judeo-cristianos que permanecían adheridos á la ley y á la circuncision, exigían la observancia de las leyes mosáicas sobre los alimentos, las fiestas, las neomenias, los sábados, y juntaban con un *ascetismo* demasiado riguroso para el cuerpo, al cual miraban como prision del alma, un culto supersticioso de los ángeles, basado sobre una falsa humildad. A ejemplo de los paganos, concebían á los ángeles como mediadores entre los hombres y la divinidad inaccesible, rebajaban la dignidad de Jesucristo, á quien tenían por un simple profeta que había recibido las revelaciones de un ángel de órden inferior. Bebían en las fuentes de una filosofía que había germinado sobre el suelo pagano [1].

---

1 Colos., II, 8.

En Éfeso tambien había gnósticos judíos adheridos á una doctrina esotérica que San Pablo combatió en sus cartas pastorales, *aniles fabulas de vita* [1]; hablaban de mitos y genealogías interminables, «que sirven más bien, dice San Pablo, para excitar disputas, que para fundar por la fe el edificio de Dios [2]; » fábulas judáicas, fecundadas por la especulacion pagana [3]. Prohibían el matrimonio y el uso de ciertos alimentos, sobre todo de la carne [4].

Dos de estos herejes, Himeneo y Alejandro, sostenían que la resurreccion (puramente espiritual y limitada al tiempo presente) se había verificado ya. (Esta resurreccion consistía probablemente en el conocimiento de una vida anterior y más elevada, y del supremo destino del hombre). La doctrina de la resurreccion era combatida á la vez por los saduceos y por los paganos. Tenía tambien en Corinto adversarios, á los cuales aludía San Pablo con estas palabras: «¿Qué ventaja sacaré yo de haber combatido en Éfeso contra las fieras si los muertos no resucitan? [5]» Añádase en materia de moral una especulacion desenfrenada que sacrificaba la libertad cristiana á la licencia.

Los herejes á quienes combaten San Pedro en su segunda Epístola, y San Júdas en la suya, estaban entregados á los placeres de la carne, desdeñaban toda especie de ley so pretexto de libertad, negaban la segunda venida de Jesucristo y el fin del mundo. Los nicolaitas de Éfeso, de Pérgamo y otras ciudades, contra los cuales se levanta San Juan en su *Apocalipsis*, profesaban las mismas doctrinas. Se acomodaban al culto idolátrico de los paganos, tenían por indiferente comer carnes ofrecidas á los falsos dioses, y llegaban hasta admitir la comunidad de mujeres. Consideraban como su fundador, probablemente sin razon, á Nicolás, uno de los siete primeros diáconos de Jerusalen.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 106.

Dœllinger, Christenth. u. K., p. 127 *y sig. Muchos hallan los eones de los gnósticos* en I. Tim., I, 4. Otros creen que no se puede fijar seguramente la época de su primera aparicion. Dedúcese este nombre ἀπὸ τοῦ ἀεὶ εἶναι (Arist., De coelo, I, 9), ó del persa (tiempo sin orígen); se decía tambien αἰών = θεός, Epictet., ap. Arrian., lib. II, 55; Dion., De div. nom., cap. v, n. 4; Clem., Hymn. ad Chr., in calce Pædag., lib. III; Synes., Hymn., II, III.

Sobre los nicolaitas, *Apocal.*, II, 6, 15; *Iren.*, I, XXVI, 3. Segun San Ireneo, el

---

1 *I Tim.*, IV, 7.
2 *Ibid.*, I, 4.
3 *Tit.*, I, 14.
4 *I Tim.*, IV, 3.
5 *I Cor.*, XV, 32.

diácono Nicolás, Act., VI, 5, fué su fundador, y se dice de él en Philosophum., III, 36, p. 258, que enseñaba ἀδιαφορίαν βίου καὶ γνώσεως.

Cf. Append. ad Tert. praescr., cap. XLVI. Clemente, por el contrario, Strom., II, XX, p. 490 et seq.; III, cap. IV, p. 522; ed. Potter, absuelve al diácono de esta falta; recuerda la explicacion que dió á los que le reconvenían por ser demasiado celoso de la belleza de su mujer: «quien la quiera puede casarse con ella,» y esta palabra mal comprendida: ὅτι παραχρήσασθαι τῇ σαρκὶ δεῖ (ó παραχρήσασθαι, abusar), era tomado en el sentido de *concubitus immodicus*, miéntras que debía significar ἀποχρῆσθαι, mortificar, como el παραχρήσαντο de Justin, Apol., I, cap. XXIX. Añade que hombres inmorales se habían apoyado en ellas para justificar sus desórdenes, y que los herejes se escudaban con el nombre del célebre compañero de San Esteban.

A Clemente siguen Euseb., III, 19; Victorin. Pet., Com. in Apoc., cap. II; Aug., De haer., cap. V; Theod., Hær. fab., III, 1; Niceph. Call., III, 15, y á San Ireneo siguen San Epifanio, Hom. XXV, 1; Hilar. Niceno., Philastr., Hier., Greg. M. Cf. Massuet, Diss. I in Iren., a. 3, § 8, n. 132 et seq., p. 66 et seq. Clemente, que estaba sin duda mejor informado, afirma que los hijos ó hijas de Nicolás vivieron en la continencia.

Duellinger, p. *131*, cree que los bileamitas ó balaamitas, Apoc., II, *14*; Jud., XI; II Petr., II, 15, diferían de los nicolaitas; pero: 1.°, no se muestra en ellos carácter alguno distintivo, y sus doctrinas son absolutamente las mismas; 2.°, el nombre de nicolaitas concuerda exactamente con el de bileamitas (νικᾷν τὸν λαόν, בלע עם, Buxtorf, Lex. rabb.); 3.°, se podría muy bien, aparte de los nicolaitas, citar á Bileam (Num. XXII, 5 y sig., ch. XXV, XXXI), como seductor de los fieles. Tambien la mayoría de los sabios los toma por idénticos.

Cerinto.

107. El Apóstol San Juan, en sus Epístolas, se levanta contra los herejes que negaban la identidad de Jesús y de Cristo y la realidad de la Encarnacion, como más tarde lo hicieron los gnósticos. Atribuían al Señor un cuerpo aparente; de aquí su nombre de docetas. Los mismos herejes fueron combatidos posteriormente por San Ignacio de Antioquía, cuyos argumentos tienen mucha semejanza con los que emplearon los Apóstoles. Acaso la herejía de los docetas provenía de la idea de que la impecabilidad del Señor no era fácil de conciliar con la existencia de su cuerpo. Esta teoría de la separacion de Jesús y de Cristo, que dejaba al primero la realidad de su cuerpo, fué representada por el judío Cerinto, imbuido en las ideas de la escuela alejandrina. Jesús, decía, es un puro hombre, el Hijo de María y José; por más que sea el más justo y sabio de todos los mortales. El Cristo (ó el Espíritu de Dios) bajó sobre Él cuando fué bautizado, y por medio de la virtud de Cristo, Jesús obró milagros. El Cristo le abandonó en su Pasion, porque era por sí mismo espiritual é incapaz de padecer. Cerinto, adoptando la teoría de Filon, concebía la divinidad suprema como elevada por cima de todo,

invisible, innominable, separada del mundo terrestre por un abismo infinito. El autor de este mundo no es Dios, sino una virtud distinta de Él, y que *no le conoce*, un *ángel*, *el arquitecto del mundo (demiurgo)* y autor de la ley mosáica. Cerinto, aun abatiendo el orígen de esta ley, le atribuye, sin embargo, cierta fuerza obligatoria; se sirve del Evangelio, segun San Mateo; *rechaza los escritos de San Pablo y de San Juan*, que le combatió tambien en persona. Se le atribuye, sobre todo, la idea de un reino de mil años, durante los cuales Jesucristo reapareceria sobre la tierra, si bien se la encuentra bajo más pura forma en Papias, Justino y San Ireneo (segun el *Apocalipsis*, XX, 2-6).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 107.

I Joan., IV, 2, 3; II, Joan., VII; Ignat., Smyrn., cap. II: οὐχ ὥσπερ ἄπιστοί τινες λέγουσι, τὸ δοκεῖν αὐτὸν πεπονθέναι. Cf. ibid., cap. I-VIII; Trall., IX, X; Eph., VII-XVIII; Iren., III, XVI, 8; Hug (§ 102, 10), II, p. 178. Sobre Cerinto, Iren., I, XXVI, 1; III, III, 4; Philos., VII, 33 (Αἰγυπτίων παιδείᾳ ἀσκηθείς). Théodoret, Hær. fab., II, 3; Philastr., De haer., cap. XXXVI; Append. ad Tert. Præser., cap. XLVIII; Epiph., Hom. XXVIII, 1 et seq.; *Hier., Catal., cap. IX*; Nic., III, 14; Massuet, *loc. cit.*, a. 3, § 6, n. 125 et seq.; Paulus, Hist. Cerinthi Judaeochristiani et Judaeognostici, Jena, 1795. Segun San Epifanio, *loc. cit.*, n.° 2, *Cerinto era el adversario de los Apóstoles*, y fué el primero en suscitar trastornos en Antioquia; sus partidarios se llamaban merintios (acaso por apodo). Muchos le consideraban como un ecléctico judeognóstico (Dorner, Lehre von der Person Christi, I, p. 38).

Los simoniacos.

108. Simon el Mago, de Githon, en Samaria, es considerado generalmente por los antiguos como el padre de la herejía. Sin embargo, aunque se hizo bautizar por el diácono Filipo, merece más bien el nombre de falso Mesías que el de hereje cristiano. Con sus juegos de manos, para los cuales utilizaba probablemente sus conocimientos en la física, había reunido numerosos adeptos en su país natal. Se hacía pasar por una « gran virtud de Dios, » y el deseo de sobrepujar los milagros obrados por los discípulos de Jesús fué la causa única que le unió á ellos. Ofreció dinero á los Apóstoles Pedro y Juan con tal de que le dieran la virtud de comunicar el Espíritu Santo. Pedro le rechazó vivamente [1]. En cuanto á convertir á este goecio, no había que pensar en ello. Más tarde se levantó de nuevo contra San Pedro, en *Roma misma, donde gozaba mucho crédito*, y *se decía investido de una mision divina superior*, como lo atestiguan antiguos testimonios

---

1 *Act.*, VIII, 9-24.

que se hallan más bien confirmados que debilitados por numerosas leyendas de la época.

Simon se presentaba como el Redentor (el Ser inmutable, ὁ ἑστώς, *Deut.*, XVIII, 15), como la más perfecta emanacion de la divinidad. Pretendía haberse revelado á los samaritanos como Padre, á los judíos como Hijo de Dios, y á los gentiles como Espíritu Santo; era la manifestacion de Aquél que subsiste eternamente. Se hacía acompañar de una cortesana de Tiro, llamada Elena, que designaba como la primera idea *(ennoia)* que había tenido cuando fué libertado de sus cadenas por la Madre primitiva, en el seno de la cual había creado á los ángeles. Sus discípulos eran disolutos, y consideraban la impureza como caridad perfecta; practicaban la magia y la teurgia, invertían el tiempo en filtros de amor, exorcismos, encantamientos, y tenían la idolatría por cosa indiferente; adoraban la imágen de Simon bajo la forma de Júpiter y la de Helena, bajo la de Atené (Minerva). Nada, segun ellos, era bueno por su naturaleza. La gracia *(charis)*, y no las buenas obras, es la que conduce á los hombres á la salvacion eterna. Estos sectarios se llamaban tambien helenianos, del nombre de Helena.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 108.

Con frecuencia se ha negado en nuestros dias la existencia de Simon y de su secta (por ejemplo: Baur, Gnosis, p. 310; Hilgenfeld, die clement. Recognitionen und Homilien, Jena, 1848, p. 317 y sig.); *pero* los testimonios de los antiguos son demasiado numerosos y concordes para que podamos sacrificarlos á hipótesis aventuradas é insostenibles. Jos., Ant., XX, VII, 1, 2 (segun Hilgenfeld, Orígen de la leyenda de Simon). Justin., Dial., n. 120; Apol., I, 26, 56, ap. Euseb., II, 13. (¡Segun Hilgenfeld, Justino había entendido por Simon el *Apóstol* San Pablo!) Hegesip., ap. Euseb., IV, 22; Iren., I, XXIII, 1, 2; XXVII, 1; IV, VI, 4; XXXIII, 3; II, IX, 2; XXXI, 1. Cf. Praef. in lib. II et in lib. III; Hippol., *Philos.*, *VI*, *VII et seq.*, p. 160 et seq.; Tertul., Apol., c. XIII, de an., cap. XXXIV; Clem., Strom., II, 11; VII, 17 fin.; Orig., Contra Cels., V, 62; VI, 11; Arnob., Contra gent., II, 12; Const. *ap.*, VI, 9; Euseb., II, I, 13, 14; Cyrill. Hier., Cat., VI, n. 14; Cat., XVI, n. 6, 10; Epiph., Hom. XXI, 1; Sulpic. Sev., II, XXVIII, p. 83; Ambros., Hexaem., *IV*, *8*; *Theod.*, *Haer. fab.*, I. 1; *Isid.* Pelus., lib. I, ep. XIII; Aug., De haer., cap. I; Dam., De haer., cap. I. La mayor parte de los testimonios se fundan en datos sacados de la literatura pseudoclementina, que han gozado siempre de grande autoridad. Véase Hilgers, Bonner Zeitschrift., lib. 21, p. 88, y su Exposicion crítica de las herejías, Bonn., 1837, p. 733. Chr.-W. J. Walch, Ketzerhistorie, I, 135 y sig.; Neander, Genet. Entwickl. der gnost. Systeme, p. 338 y sig.; Héfelé, Freib. K.-Lexikon, X, 154 y sig.; Dœllinger, p. 129 y sig. La disputa *entre Simon* y Pedro en Roma, atestiguada por Justino, Ireneo, etc., está confirmada por los Philos., VI, 20, p. 176. Segun Justino, Apol., I, 26, en *Roma se erigió una estátua á* Simon con esta inscripcion: *Simoni deo sancto.* Cuando se descubrió allí una estátua con estas palabras: *Simoni Sanco Deo Fidio sacrum*, que se atribuyó al dios

sabino *Semo Sancus* (Ovid., Fast., VI, 213, 214), se creyó que Justino, ignorante del latin, había sido engañado por la semejanza de los nombres. Esta es la opinion de Du Pin, R. Simon, Castalion, Pagi, Valois, Grabe, *Longuerve*, Baur (Gnosis, p. 308), Otto (Justino, I, 192), etc. Pero Justino ha sido plenamente justificado de esta censura por Baronio (an. 44, n. 55), Foggini, Thirbly, Massnet, Maran, Boileau, Hammond, Tillemont, Braun (Apol. S. Just., Bonn, 1830), Stenglein (Tüb. Q.-Schr., 1840, p. 425 y sig.), Kuntsmann (Hist. pol. Bl., 1861, t. XLVII, cuad. 7, p. 530 y *sig.* 1.° Cuando se trata de un hecho notorio no es tan fácil acusar á Justino de haber pecado de ignorancia ó de haberse expresado tan á la ligera en presencia del Emperador y del Senado. Él veía con frecuencia la estátua cuando pasaba por la isla del Tíber y estaba muy versado en la *mitología* pagana.

2.° Tertuliano, que había residido tambien largo tiempo en Roma y conocía bien las divinidades romanas, no hubiera cometido tampoco este error. Ahora bien, hé aquí lo que escribía, Apol., XIII: «Simonem Magum statua et *inscriptione* sancti dei inauguratis.» Y en cuanto á San Agustin, familiarizado con Tito Livio y Plutarco, conocía perfectamente al dios sabino *Sancus* (De civ. Dei, XVIII, XIX, 1).

3.° No está probado que los restos de la estátua hallados en tiempo de Gregorio XIII sean idénticos al ἀνδριάς visto y descrito por Justino. Se debe más bien negar: *a.*, porque el zócalo descubierto es muy pequeño para haber podido adaptarse á la estatura humana; *b.*, la inscripcion prueba que fué erigida por un particular (S. Pompoj. Sp. Mussianus), miéntras que segun los Padres fué erigida *aquélla por el* emperador y el Senado; *c.*, el *Deo Fidio* falta en Justino; *d.*, éste último habla de la estátua como única en su género dentro de Roma, miéntras que había muchas dedicadas á Semo Sancus (Baronio, loc. cit., n. 56; Gruter, Thes. inscr., p. 96-98).

Siendo el culto de los dioses tan variado en Roma, no es en modo alguno extraño que hubiese allí muchas estátuas, y los ejemplos de apoteósis decretadas á hombres vivos no escaseen. Philostr., Vita Apol. Thyan., VII, x, p. 346; VIII, II, p. 376; IV, x, p. 188 et seq.; Athen., Leg., p. 29 et seq., ed. Par., 1636. Cf. Act., XIII, 10-17; Tillemont, Mémoires, t. II, nota sobre Simon.

Se ha dicho de Simon, Philosophum., VI, VII, p. 161, cap. XIV, p. 167: θεοποιῆσαι ἑαυτὸν ἐπεχείρησε; y (cap. VIII) á Simon es á quien se aplica lo que se dice del libro Apsethos, el cual queriendo hacerse pasar por Dios, echó á volar una bandada de papagayos bien educados, que lanzaban este grito: «Apsethos es Dios.» Apsethos fué confundido por otro griego astuto que enseñó á otro papagayo estas palabras: «Apsethos nos ha encerrado y obligado á gritar que era Dios.» Por lo cual Apsethos, honrado hasta entónces como un dios, fué quemado.

Simon se llamaba: ὁ ἑστώς, στάς, στησόμενος. Phil., loc. cit., cap. IX, p. 162. Cf. Clem., Recogn., I, 72; II, 7; Hom., II, 24. Los simoniacos, en su bautismo, hacian aparecer fuego encima del agua. Auct., De rebaptismate, cap. XVI (Cypr., Op., ed. Hartel, part. III, p. 89, 90).

109. Los *Philosophumena*, segun la obra escrita por un discípulo de Simon, con el título de *Grande Revelacion*, atribuyen á aquél un sistema muy extenso, el cual se acercaba al Platonismo, y servía de preludio al que Valentin había de desenvolver más tarde. Sea lo que fuere de esto, es difícil distinguir lo que es de orígen más antiguo ó de fecha más

reciente. Segun este sistema, existe un Sér primitivo, eterno y perfecto (*Deuter.*, IV, 24), dotado de un elemento visible y de otro invisible, oculto en un sentido, y visible en otro. Lo que está oculto reside en lo que se halla manifiesto, y lo que está manifiesto se halla penetrado de lo oculto. Son el uno al otro lo que en Platon la inteligencia y lo sensible Del Sér *primitivo* (*el fuego oculto*) emanan seis potencias reunidas por parejas: *Nous* y *Epinoia*, *Phonos* y *Onoma*, *Logismos* y *Enthymesis*. De estas parejas (syzygias), el primero corresponde al cielo (*Is.*, I, 2), el segundo al sol y á la luna, y el tercero al aire y al agua. Estas seis potencias encierran la potencia ilimitada y completa, no en *realidad*, sino solamente en gérmen, la cual es Aquél que subsiste (subsistía, subsiste y subsistirá); es la sétima potencia, correspondiente al sétimo *día de reposo*[1], como las otras *seis corresponden* á los seis días de la Creacion. Esta *potencia* existía ántes del mundo[2] el cual es el espíritu de Dios que flotaba sobre las aguas[3]. Si ella permanece en el estado de simple potencia en los seis gérmenes que representan el mundo, si no se halla impresa y desarrollada en el mundo, perece *infaliblemente*. Si se desarrolla en el mundo, es la misma, en cuanto á la grandeza, el poder y la perfeccion, que la potencia increada é ilimitada del Sér primitivo (emanacion panteística). Hay en el hombre una imágen de este espíritu, ó sea de la sétima potencia; y esta imágen debe ser realmente desenvuelta. Esta última potencia, Aquel que subsiste, era concebida como *andrógina*; *corresponde* á las parejas de los eones, de donde los otros han sacado su orígen, al Sér *incomprensible*, *inefable* que reside en el pleroma. Está asistida del pensamiento (*Ennoia*, Sigé, silencio), como Madre de los eones. Las demás producciones eran de órden inferior, arcángeles, ángeles, el demiurgo y *el dios* de los *judíos*. Parece que Ennoia, víctima de la envidia, fué desterrada por los espíritus inferiores al cuerpo de los hombres, y obligada á viajar del cuerpo de una *mujer á otro; de aquí* viene que Simon envió á la «gran potencia» para librarla; la descubrió, en fin, en el alma de Elena, y obró su redencion dándose á conocer por la fuerza suprema de Dios.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 109.

Iren., I, 23, n. 1-4; Philos., VI, IX-XX, p. 163 et seq.; X, XII, p. 319 et seq. El pasaje de la Μεγάλη ἀπόφασις, VI, 18. Los escritos de Simon y de Cleobio son mencionados en Const. ap., VI, 16. — San Jerónimo, In Matth., cap. XXIV (Op.,

1 *Gen.*, II, 2.
2 *Ps.*, CIX, 3.
3 *Gen.*, I, 2.

IV, 114, Martin), habla tambien de obras de Simon (Las Recogn. II, 38, suponen «propriae scripturae Simonis»), de las cuales se cita este pasaje: «Ego sum sermo Dei, ego sum speciosus, ego Paraclotus, ego omnipotens, ego omnia Dei.» El falso Dionisio, De div. nom., cap. VI, n. 2, recuerda τῆς παρρησίας Σίμωνος ἀντιῤῥητικοὶ λόγοι.

Moisés Bar-Kepha, Obispo sirio, Com. de parad., lib. III (Sacra Bibl. SS. PP., De la Bigne, 2, París, 1839, 1, 495 y sig.), pone en boca de Simon objeciones (recogidas en Grabe, Spicil., I, 308 et seq.). Segun la Praefat. arab. in Conc. Nic., los simoniacos tenían un Evangelio intitulado: «Liber quatuor angulorum et cardinum mundi.» Se cree que el *Kerygma Petri*, célebre en la literatura pseudoclementina, salió tambien de sus círculos.

Los Dositeenos y Menandrianos.

110. El padre de la herejía murió, segun se dice, de una manera trágica. Conforme á una version, se hizo preparar un sepulcro por sus discípulos despues de anunciar que resucitaría al tercer día, pero nada indica que reapareciese, dicen los *Philosophumena*. Segun otra version, habría volado por el espacio, y cayendo á tierra, murió miserablemente.

Los dositeenos y menandrianos tienen mucha afinidad con los simonianos, que existían aún como secta distinta en el cuarto siglo. Sin embargo, no son más que ramificaciones de la secta simoniana. Simon mismo habría sido discípulo de Dositeo, que era tambien samaritano, y se hacía pasar por el profeta anunciado tanto tiempo ántes [1], y aun tambien por su maestro. Se cree que Dositeo observaba la ley mosáica, rechazaba la doctrina de los eones y la teoría inmoral del antinomismo, y no admitía la eternidad del mundo. Treinta discípulos marchaban en pos de él con una mujer llamada Luna.

Al principio del siglo VII, Eulogio de Alejandría combatía aún á los discípulos de Dositeo, que consideraban á su jefe como el profeta anunciado por Moisés, y negaban, como los saduceos, la doctrina de la Resurreccion y de los ángeles. Dositeo es sobre todo notable por la manera con que murió. Pereció de hambre. Algunos de sus partidarios (hácia 247) creían que no estaba sobre la tierra.

El sucesor de Simon en la direccion de la secta fué Menandro, su antiguo discípulo, que no tardó en sobrepujarle, presentándose como el Mesías. Practicaba la magia como Simon, enseñaba que el mundo había sido formado por los ángeles enviados por Ennoia, y aseguraba que confería la verdadera resurreccion, la inmortalidad y una eterna juventud. Los menandrios se sostuvieron tambien durante largo tiempo. El judeo-cristiano Hegesipo los menciona con los dositeenos y simo-

1 *Deut.*, XVIII, 18.

niacos. El goetismo continuaba propagándose á pesar de la variacion y desenvolvimiento de los sistemas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 110.

Muerte de Simon, Phil. VI, 20; de otra manera en Arnobio, II, 12, etc. Simon es considerado como discípulo de Dositeo en Clemente, Recogn., I, 57-72; II, 11. Dositeo recuerda el Rabbí Dusithai (Mischnah, Tr. Orlah, II, 5) de Jathom. Sobre él y su muerte, Orígenes, Contra Cels., I, 57, VI, 11, Hom. XXV, in Luc. (*Migne*, t. XIII, p. 1866); Com. in Matth., n. 33 (ibid., p. 1643); t. XIII in Joan., n. 27 (*Migne*, t. XIV, p. 445); De princ., IV, 17; Epiph., Hom. XIII, Teod., H. fab., I, 2; Clem., Hom. II, 24.

Orígenes, Contra Cels., loc. cit., creía que la ruina de los *dositeos era inminente*. Sobre ellos véase Eulog., lib. IX, fin, ap. Phot., Bibl., Cod. 230.— Sobre Menandro, Justin., ap. Eus., III, 26; Iren., loc. cit. n. 5, Epif., Hom. XXII, Teod., loc. cit., Const. ap., VI, 8; Niceph. Call., III, 12; sus discípulos, Euseb. IV, 7; Niceph., IV, 7.— Hegesipo, ap. Euseb., IV, 22, *menciona* tambien á los cleobianos (Cleobio, condiscípulo de Simon, en la escuela de Dositeo; Const. ap., loc. cit., Cotel., in h. loc.); los gorthenios (ó gorotenios, gortheanios segun Epif., H. XII, p. 30; H. XX, n. 3, p. 47, secta igualmente samaritana); los masbothenios, musbotheanios. Estos últimos (Μασβωθαῖοι) parecen haber sido dados á un culto supersticioso del sábado, segun el Exod., VI, 6 (Cotel., In Const. ap., VI, 6, donde son nombrados Βασμωθεοι); negaban la providencia y la inmortalidad del alma. Probablemente es de ellos de quien se trata en el Indicul. haeres, Ps. Hieron., donde son llamados Narbonei, y pretenden: «Ipsum esse Christum, qui docuit illos in omni re sabbatizare.»

Los ebionitas.

111. *Así* como vemos salir del grupo de los samaritanos herejías hostiles al Cristianismo, vemos entre los judaizantes continuar largo tiempo aún la oposicion á la universalidad religiosa, y la adhesion á las preocupaciones hereditarias. Hegesipo recuerda que un cierto Thebuthis, descontento por no haber sido nombrado Obispo de Jerusalen despues de la muerte de Santiago, corrompió á esta iglesia, que hasta entónces había permanecido intacta, y formó un partido que se levantó contra el segundo Obispo Simeon, y le persiguió. Los dos partidos llegaron sin duda á Pella y á la Decápolis, antes de la ruina de Jerusalen, y es probable que, á pesar del aislamiento en que vivían estos sectarios, sacasen de los esenios de estas regiones muchas de sus prácticas. Los adeptos de Thebuthis permanecieron judíos en cuanto era posible, salvo el reconocer á Jesús por el Mesías. Recibieron el nombre de ebionitas (pobres), sin duda á causa de su indigencia corporal y espiritual, ó acaso porque Thebuthis pasaba por pobre ó se llamaba Ebion.

San Ireneo los menciona como herejes, que no usaban otro Evangelio

que el de San Mateo, renegaban de San Pablo, á quien acusaban de apóstata de su ley, interpretaban los profetas á su placer, permanecían adheridos al rito mosáico, y hasta á la circuncision, y veneraban á Jerusalen como la casa de Dios.

Orígenes (y despues de él Eusebio y Teodoreto) contaba dos clases de ebionitas: *a.*, unos tenían á Jesus por un hombre ordinario, por el hijo de José y de María; *b.*, otros reconocían su milagroso nacimiento de la Vírgen; pero así los segundos como los primeros rechazaban su divinidad. O la segunda clase era desconocida de San Ireneo y de Tertuliano, ó debió desenvolverse más tarde. La opinion segun la cual Jesús era un hombre ordinario, parece haber sido la de los primeros ebionitas. Ella admitía probablemente que Jesús había sido justificado por el cumplimiento de la ley y que había recibido con su bautismo el carácter mesiánico, segun lo enseñaba *Cerinto. Ambos partidos tenían de comun*, que observaban la ley mosáica, rechazaban á San Pablo y sus escritos, y no admitían más que el Evangelio de San Mateo en lengua aramea. Los ebionitas mitigados, que creían en el nacimiento virginal de Jesús, eran, segun algunos, separatistas conocidos con el nombre de Nazarenos; otros les distinguen de estos últimos.

OBRAS DE *CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO* III.

Hegesipo, ap. Eus., IV, 22; col. III, 32; Routh, Rel. sacr., I, p. 203 et seq.; Ritter, I, p. 83, 4.ª edic.; Rothe, p. 336, n. 34. Credner cree que el nombre de Θέβουθις no es nombre de una persona, sino colectivo (σπιλάδες, Jud., XII; II, Petr., n. 13, falta de apetito). El nombre de ebionitas, אֶבְיוֹנִים, era tambien diversamente interpretado: *a.*, pobres, es decir, privados de los bienes de la tierra (Clem., Hom. XV, 7-9), miembros de la comunidad pobre de Jerusalen; *b.*, pobres segun el espíritu (Orígenes, De princ., IV, n. 22: πτωχοὶ τῇ διανοίᾳ), á causa del punto de vista defectuoso desde el cual miraban la ley (Cont. Cels., II, 1), ó de las ideas mezquinas que se formaban del Cristo, t. XVI in Math., n. 12; Migne, t. XIII, p. 1413: πτωχεύων περὶ τὴν εἰς Ἰησοῦν πίστιν. Eus., III, 27; Epiph., Hom. XXX, 7).

c. Segun otros, este nombre debe proceder de los judios, que lo habrían dado en un principio á los cristianos, á causa del aspecto miserable de su sociedad, y porque los consideraban como populacho (Joan, VII, 49; Jacobi, I, 130); *d.*, Haneberg (Bibl. Offenb., p. 511) le hace derivar de aba, אבא, hábito grosero de las órdenes mendicantes; *e.*, otros piensan en Rabí Jaba ó Abun (segun el Tract. Soma et Sohar); *f., otros, en fin*, hacen de Ebion un personaje histórico, segun Tertuliano, Præscr., cap. X, 33; De virg. vel., cap. VI; De carne Christi, cap. XIV; Orig., lib. III in Rom., n. II (Migne, t. XIV, p. 957: «Hoc et Ebion facit sc. ut Marcion;» Hier., Adv. Lucif., cap. XXIII (donde Ebion significa el sucesor de Cerinto); n. 1, 2, donde este nombre se hace derivar de un hombre; philos., VII, 35 (de la escuela de Cerinto y de Ebion); Pacian., Ep. I ad Sympron. Sobre los ebionitas, Iren., I, XXVI, 2; II, XXI, 1; IV, XXXIII, 4; V, I, 3; III, XXV, 1 et seq.; Philos., VII, XXXIV, p. 257, 258; Euseb., III, 27; Epiph., Hom. XXX; Orig.,

Tract. XI in Matth., n. 12 (Migne, t. XIII, p. 940: ἄλλῳ δὲ ἀναιροῦντας τῶν Ἰουδαίων Ἐβιωναίους); Hom. III in Gen., n. 3 (t. XII, p. 179: «Nonnulli ex iis qui Christi nomen videntur suscepisse, et tamen carnalem circumcisionem suscipiendam putant, ut Ebionitæ»), Com. ser. in Matth., n. 79 (t. XIII, p. 1728: aquel que se cree obligado á celebrar la Páscua á imitacion de Jesucristo, *more judaico*, cae en el ebionismo). Hom. XVIII in Jer., n. 12 (ibid., p. 465 et seq., blasfemia de Paulo). Cf. Contra Cels., VI, 65; Hier., in Matth., XII, 2. Dos clases de ebionitas, Orig., *Contra Cels., V, 61, 65; t. XVI in Matt., n. 12 (Migne, t. XIII, p. 1412)*. *Orígenes* trata de ebionitas á los que niegan el nacimiento virginal del Salvador, Hom. XVII in Luc. (ibid., p. 1844), in ep. ad. Tit. (t. XIII, p. 1304); Véase Const. ap., VI, 6. Dos clases tambien en Eusebio, III, 27; Teod., Hist. I., II, 1. Que hay necesidad de leer en San Ireneo, I, XXVI, 2, no ya «non similiter ut Cerinthus» etc.; sino segun Grave, «consimiliter,» resulta no sólo de la argumentacion, ibid., IV, XXXIII, 4, sino del texto de los Philosophumena, VII, 34: ὁμοίως τῷ K., conforme desde luégo y sacado de Ireneo. Cf. Teod., Dial. II, op. IV, 120, et. Schulze. Otras obras: Gieseler, Archiv. v. Stæudlin u. Tzschirner. IV, 2.° año, 1820, p. 279 y sig.; K.-A. Credner, Ueber Esseer, u. Ebioniten (Winers Ztschr., Salzb., 1827, II, III); L. Lange, Die Ebioniten u. Nikol., Leipsig, 1828; F.-C. Baur, De ebionitarum orig. et doctr., Tub. progr., 1831.

Eusebio, loc. cit., dice de las dos clases que no admitian más que el Evangelio en *hebreo (es decir, en arameo), y hacian poco caso de las otras Escrituras (del* Nuevo Testamento). Miéntras que San Ireneo, I, XXVI, 2, habla del Evangelio de San Mateo, *Teodoreto, loc. cit., dice que los* que negaban que Jesús hubiese nacido de una virgen se servian del Evangelio á los hebreos, y los ebionitas mitigados que celebraban á la vez el sábado y el domingo, utilizaban el Evangelio, segun Mateo. El mejor medio de conciliar todo esto es sin duda admitir que el Evangelio arameo de San Mateo, llamado tambien Evangelio καθ' Ἑβραίους existía en doble forma con adiciones propias para cada una de las dos partes, con cambios, pero en el fondo conforme al texto canónico. De la forma que tenia entre los judeo-cristianos más moderados (nazarenos), *fué* de donde San Jerónimo lo trascribió y tradujo; da numerosos extractos de ellos (Dœllinger, p. 138).

Sin duda proviene de orígen ebionita la siguiente frase del Evangelio de los hebreos citada por Orígenes (t. II in Joan., n. 6. Cf. Hom. XV, in Jer., n. 4; Migne, *t. XIV, p. 132* et seq., t. XIII, p. 433): «Mi Madre, el *Espíritu-Santo*, me *tomó* por uno de mis cabellos y me llevó sobre la grande montaña del Tabor.» Esta era probablemente tambien la que al combatir el Evangelio griego de San Mateo usado en la Iglesia (Eus., VI, 17), queria conservar Simmaco, el más notable de los ebionitas (otros le llaman Samaritano: Epiph., De pond. et mens., cap. XVI; Ps. Athan., ap. Migne, t. XXVIII, p. 433 et seq.; Phot., Amphil., q, CLIV, p. 820 et seq., ed. Par.), que dió tambien su nombre á los simaquianos (Ps. Ambr., Prœm. in Gal.; Aug., Cont. Cresc., I, 31), y compuso una version griega del Antiguo Testamento. El Evangelio de los hebreos, utilizado por Papias, debia contener la historia de la *mujer acusada de* numerosas culpas delante de Jesucristo (Eus., III, 39, fin). Se trata de Juan, VIII, 3 et seq., ó de Lúcas, VII, 39? Los ebionitas tenian tambien los Periodi Petri, que atribuian á San Clemente, y además una historia particular de los Apóstoles (Epiph., Hær., XXX, n. 15-16).

Los Nazarenos.

112. Probablemente los nazarenos procedían de los judeo-cristianos refugiados en Pella, los cuales en su mayor parte se habían establecido sobre las orillas del Mar *muerto*. *Sin relaciones con los demás pueblos*, permanecían estacionarios en sus ideas religiosas. Tenian solamente el Evangelio siro-caldáico de San Mateo, miraban á San Pablo como el *Apóstol de las naciones*, observaban la ley mosáica y la circuncision, creian en el nacimiento virginal de Jesucristo, en su muerte y resurreccion, y le reconocían por Hijo de Dios. Conservaban el nombre dado primitivamente á todos los fieles [1], y no trataban de imponer el judaismo á los gentiles. Ya San Ignacio se levantaba contra ellos en su epístola á los de Filadelfia (c. VI).

Justino distinguia dos clases de judeo-cristianos: una la de aquellos que, observando la ley y sosteniendo la necesidad de ésta para la salvacion, querian que *fuese adoptada por los paganos convertidos*; otra la de los que observándola por sí mismos, no la imponian á los demás, ni la creían indispensable para la salvacion. No reconocía á los primeros, pero sí á los segundos, como verdaderos cristianos.

Orígenes distingue tres clases: la primera renuncia completamente al mosaismo, y con los paganos convertidos, explica sus preceptos de una manera figurativa. La segunda se esfuerza por conciliar el sentido místico y típico de la ley con el sentido literal; observa la ley, pero sin pretender que sea absolutamente necesaria (segun la *opinion de los nazarenos*). La tercera rechaza totalmente el sentido místico, y se atiene á la letra de la ley como hacían los judíos carnales; intenta conciliar la creencia en Jesucristo con la *adhesion al* mosaismo (ebionitas).

Los paganos convertidos ortodoxos ignoraban la existencia de casi todos los partidos judaizantes, y los colocaban en el mismo rango que *los judíos*. Nos es difícil hoy seguir la marcha diversa de estos partidos, y sobre todo saber si los nazarenos enseñaron y adoptaron desde el principio las doctrinas que les atribuyen San Epifanio y San Jerónimo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 112.

Teodoreto, Hist. fab., II, 2, dice de los nazarenos que usaban un Evangelio *secundum Petrum*, y tenian á Jesucristo por puro hombre; pero San Jerónimo estaba ciertamente mejor informado sobre ellos (Act., cap. XXXIII), y véase aquí lo que dice Ep. LXXIV, al. LXXXIX ad Aug.: «Credunt in Christum Filium Dei, natum

[1] *Act.*, XXIV, 5.

de V. Maria, et eum dicunt esse qui sub P. Pilato passus est et resurrexit, in quem et nos credimus.» Añade que quieren ser á la vez judíos y cristianos, y no imponer la ley á los paganos (In Is., I, 12); que no odian al Apóstol Pablo (In Is., IX, 1) y usan el Evangelio siro-caldáico, segun San Mateo (Contra Pelag., III, 2). San Epifanio (Hær., XXIX. 9) dice que tienen τὸ κατὰ Ματθαῖον εὐαγγέλιον πληρέστατον ἑβραϊστί, acaso sin la genealogía del principio (lo que sin embargo es inverosímil). No conocía mejor el *Evangelio de ellos que su Cristología* (*ibid.*, n.º 7). Tenía probablemente á la vista la version ebionita, como San Jerónimo la de los nazarenos (loc. cit., In Ezech., XXIV, 7; In Matth., XII, 13; XXIII, 35). Ahora bien, el ejemplar *ebionita*, á pesar de todas las intercalaciones que contenía, permitía sin embargo reconocer allí aún el *verdadero Evangelio* de San Mateo (desde el c. III). San Epifanio (Hær. XXX, n. 15 et seq.; Heges., ap. Eus., IV, 22) sacó numerosos pasajes ἔκ τε τοῦ καθ' Ἑβραίους εὐαγγελίου καὶ τοῦ συριακοῦ, así como á Matth., XIII, 16. (Steph. Gobar., ap. Phot., Cod. 232, p. 288 b, ed. Becker.) San Jerón., *In Isai.*, XI, 1, da este pasaje: «*Descendit super eum omnis fons Spiritus sancti*» (cf. Epiph., Hær., XXX, 13), y (Contra Pel., III. 2), éste sobre el bautismo: «Quid peccavi, ut vadam et baptizer ab eo? Nisi forte hoc ipsum quod dixi ignorantia est.» Sobre Matth., XII, 13, not. que el *homo habens manum aridam* (ibid., v. 10) era, en el *Evangelio hebreo traducido por él, cœmentarius*. Estas palabras de *Cristo:* Δόκιμοι τραπεζῖται γίνεσθε, sobre Matth., XXV, 27, son citadas por los posteriores y por muchos de los antiguos: Clem., Hær. II, 51; III, 50; XVIII, 20; Const. ap., II, 36; Orig., t. XIX in Joan., n. 2 (Migne, t. XIV, p. 540). Clem., Strom., I. XXVIII, p. 355; II, IV, p. 362; VI, X, p. 655; VII, 15, p. 754 (Cotel, in Const. ap., loc. cit. Cf. Apell., ap. Epiph., Hær. XLIV, 2; Socr., III, 16; Nic. Call., X, 26). Dion. Alex., ap. Eus., VII, 7, las cita como apostólicas Cirilo Alex., In Isai., I, 22; III, 3, como paulinianas (V, I Thess., V, 21). Segun Usser, Proleg. in ep. Ignat., cap. VIII, *etc.*; *estas palabras, empleadas* con frecuencia, provienen del Evangelio á los hebreos. Sobre los judeo-cristianos, véas. Justin., Dial., cap. IV, que insiste vivamente sobre la unidad de la fe y distingue claramente los ortodo-xos de los herejes, cap. LXIII, CXVI.

Véase Ritschl (A. 31), p. 241, y *Orig.*, Contr. Cels. II, 3. Cf. Hom. III in Gen., n. 5. — Witthmuller, Die Nazaræer. Regensb., 1864.

§ 2.º El gnosticismo en general

La gnosis

113. Los diversos elementos que fermentaban durante el primer siglo, dieron nacimiento en el segundo á multitud de herejías comprendidas bajo el nombre general de falsa gnosis (ciencia, conocimiento), ó de gnosticismo. Los entendimientos cultivados experimentaban la necesidad natural de alcanzar por la razon las verdades cristianas que habían abrazado por la fe, y de llegar á un conocimiento tan perfecto como es posible de las cosas divinas y humanas. Desdichadamente el deseo inmoderado de saber sobre ellas más que la generalidad de los cristianos vulgares, de aliar con las verdades naturales los sistemas filosóficos más

extraños, de conservar las preocupaciones hereditarias, produjo infinitas aberraciones. Estos errores en diversidad de formas llevan todos el sello del tiempo y de las ideas reinantes; se desbordan con frecuencia, y se precipitan unos sobre otros como las olas del mar. Es, pues, difícil hallar un principio que permita establecer rigurosa separacion entre ellos.

La cuestion de su orígen histórico, y de las causas que los han producido, es bastante embrollada, y ha recibido diversas soluciones.

Los Padres de la Iglesia hacen derivar el gnosticismo de la filosofía pagana, y sobre todo de la de Platon, que ciertamente puede reivindicar en él considerable parte. Igualmente es preciso reconocer allí la influencia de los sistemas religiosos de Oriente, del paganismo en sus aplicaciones múltiples, en su mitología, sus misterios, su astrología, sus principios filosóficos. Allí es principalmente donde el gnosticismo ha sacado el fondo de sus doctrinas, limitándose de ordinario á copiar las formas del Cristianismo. Ha utilizado para su objeto la Escritura, sometiéndola á las más audaces interpretaciones alegóricas.

De las ideas específicamente cristianas, los gnósticos no admitían sino la de la redencion, y tambien la alteraban con sutilezas. Sacaban toda la doctrina del orígen del mundo del paganismo en sus diversas formas. Ahora bien, lo que dominaba en el paganismo era la apoteósis del universo (panteismo), y además la creencia en los dos principios opuestos (dualismo), ya se les considerase como igualmente eternos, ó bien se creyese que no había nacido el uno sino despues que el otro. En el segundo caso, el principio que se había manifestado primero (principio malo y finito), había salido de la materia, segun la opinion corriente. Las cuestiones del orígen del mundo visible, de la materia, del mal, de las relaciones entre el espíritu y la materia, del Cristianismo, judaismo y paganismo agitaban vivamente los ánimos. Despues de haber abandonado ó desnaturalizado las nociones de la Biblia sobre la creacion, la caida, la redencion, se tenía que parar necesariamente en teorías anticristianas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 113.

Mœler (Melanges, I, p. 406 y siguientes; véase Hist. de l'Egl., I, p. 254 y sig.) hacía derivar la falsa gnosis directamente del Cristianismo, es decir, de la necesidad práctica de fundar por medio de la especulacion el desprecio exagerado del mundo, de presentar la oposicion entre el Cristianismo y paganismo como radical é inconciliable. A esto Baur (Gnoses, p. 74 y sig.), respondía: La nocion gnóstica del mal, á medida que se aparta del espíritu cristiano, se aproxima al período anterior al Cristianismo. Suprimiendo la nocion moral del mal, era imposible que naciese del Cristianismo; no podía ser sino el efecto de una falsa teoría, cuya raiz es preciso buscar fuera del Cristianismo. La gnosis no es sola-

mente la «satanizacion» de la naturaleza y una reaccion á favor del paganismo; es tambien directamente contraria al judaismo.

En cuanto á él, Baur, p. 11, halla el orígen del gnosticismo en la meditacion y comparacion de las diversas religiones con ciertos principios filosóficos análogos á los de la filosofía religiosa de Hegel, de suerte que la gnosis abrazaría la historia y la filosofía de la religion en lo que concierne al *paganismo*, *judaismo* y *Cristianismo*.

Distingue, pues, *tres formas* principales: 1.°, segun la primera, la gnosis se acerca al Cristianismo y á las otras religiones (Valentin, los Ofitas, Bardesano, Saturnino, Basilides); 2.°, conforme á la segunda, se separa del Cristianismo y de todo cuanto le ha precedido (Marcion); 3.°, segun la tercera, existe identidad entre el Cristianismo y el judaismo, y oposicion rigurosa de ámbos con el paganismo (Cerinto y los pseudo-Clementinos). *Ahora bien, cualquiera que sea el fundamento que para esta clasificacion ofrezcan los sistemas mismos*, es preciso, *sin embargo*, distinguir lo que los gnósticos querian personalmente, el fin directo que se proponían, y aquel al que tendía su gnosis, aunque no se dieran cuenta de ello.

Los demás historiadores protestantes han adoptado más ó ménos en principio la division de Baur, tales como Neander, que atribuye el orígen de la gnosis á un interés principalmente especulativo y á la necesidad de *explicarse* la relacion que media entre *las verdades reveladas* y las que la humanidad poseía ya de *antemano*; la relacion íntima que hay entre las verdades cristianas en cuanto forman un todo orgánico y divide así las sectas propiamente gnósticas: *a*. Las que se aproximan al judaismo (Cerinto, Basilides, Valentin, Bardesano). *b*. Las que combaten al judaismo, con ó sin inclinacion al paganismo (Ofitas, Cainitas, Marcion), véase K.-G., I, 216, Dogmengesch., I, 45.

Lo mismo Jacobi (I, 140); no asigna papel importante, sino al *demiurgo*, como figura característica de la *gnosis*, y *enumera las clases siguientes*: 1.°, gnósticos, *que enlazan el Cristianismo* con su historia anterior (Cerinto, Basilides, Valentin, Bardesano); 2.°, gnósticos, que lo separan de su historia anterior: *a*., gnosis antijudáica é inclinada al paganismo (ofitas, etc.); *b*., gnósticos, que sostienen la independencia del Cristianismo y lo separan del pasado (Saturnino, Taciano, Marcion). Esta doctrina es adoptada por Niedner, p. 222; Guericke, I, 181; (véase Kurtz, I, I, p. 131). La mayor parte, y entre ellos *Alzog*, han conservado la division en *gnósticos*, *helenistas* y *sirios*, *panteistas* y *dualistas*.

La mayor parte de los Padres hacen derivar el gnosticismo de la filosofía. Orig., Hom. VII in Josue, n. 7 (Migne, t. XII, p. 863): «Furati sunt isti (Valentin, Basilides, Marcion) linguas aureas de Jericho et philosophorum nobis non rectas in ecclesias introducere conati sunt sectas.» Tert., De anima, cap. XXIII: «Plato omnium haereticorum condimentarius.» Cf. cap. XVII; Præscr., cap. VI adv. Hermog., cap. VIII: «*Haereticorum patriarchae philosophi*.» Iren., II, XIV, 2. Los Philosophumena desenvuelven la idea de que las doctrinas heréticas no emanan de la revelacion divina, sino ἐκ δογμάτων φιλοσοφουμένων καὶ μυστηρίων ἐπικεχειρημένων καὶ ἀστρολόγων ῥεμβομένων (lib. I, p. 4). Indican tambien los principios filosóficos que los diversos gnósticos habían sacado. Massuet, Diss. I in Iren., ha trabajado mucho sobre este punto. Véase auct. Contra Artem., ap. Eus., V, 28, y Plotino, Ennead., II, lib. IX. Este último dice que *los sabios* que *pasaban* al *Cristianismo*, y se llamaban gnósticos, *sufrian la influencia de la* antigua filosofía. Muchos deducían *la gnosis herética* de la cábala judía (Buddeo, Basnage); otros de la

filosofía oriental (Mosheim), ó del sistema de Zend (Lewald), ó del budismo (J.-G. Schmidt). Véase Baur, p. 52 y sig.; Dœllinger, Lehrb., 2.ª ed., I, p. 26 y sig.

Todo esto evidentemente no dejó de ejercer influencia, pero en menor proporcion que la filosofía helénica. La cuestion que ordinariamente dominaba era la del orígen del mal, cuestion que llama Euseb., V, 27, πολυθρύλλητον ζήτημα; Tert., Præscr., VII, Contra Marc., I, 2; Epif., Hom. XXIV; Basil., n.° 6.

Caractores generales de la gnosis.

114. Los rasgos característicos de la gnosis herética eran: 1.° una nocion tan abstracta como es posible de la divinidad, y su trascendencia llevada á los últimos límites por encima de este mundo fenomenal; 2.° por consiguiente, la distincion entre Dios y el autor del mundo (Demiurgo, arquitecto del mundo), el cual es concebido como limitado, ignorante y perverso, separado de la divinidad por multitud de séres intermedios; 3.° la oposicion absoluta entre el espíritu y la materia; la materia es un caos, está privada de esencia ó identificada con el mal. De donde se sigue: *a.*, que el Salvador no tiene cuerpo, ni ha tomado verdaderamente nuestra humanidad, sino una naturaleza superior y sobrehumana en un cuerpo fantástico (docetismo); *b.*, negacion de la resurreccion de la carne; *c.*, desprecio de los sacramentos unidos con signos sensibles, con objetos materiales; *d.*, negacion del poder redentor de la Pasion de Jesucristo, cuya mision consistía sólo en manifestar al Dios Supremo oculto á los hombres y desconocido ántes de él, ó bien en traer á su reino las almas encadenadas en la materia; 4.° tendencias extremas en el terreno moral: ó un ascetismo llevado á los últimos límites del fanatismo, ó una relajacion desenfrenada (consecuencia del antinomismo), con desprecio de las buenas obras y exaltacion de la gnosis; 5.° distincion de los hombres en tres categorías segun la division de Platon: espíritu, alma y cuerpo; hombres espirituales (pneumáticos, gnósticos), hombres anímicos (psyquicos, católicos), y hombres materiales (hílicos, paganos); 6.° abusos, falsa interpretacion y corrupcion de las Santas Escrituras; admision de otros supuestos libros sagrados y de una revelacion secreta (distinta, por consiguiente, de la pública).

Asistimos aquí á una reaccion de la aristocracia religiosa y filosófica que dominaba en el antiguo paganismo. El paganismo opone al Cristianismo, que minaba *sus cimientos*, una doctrina esotérica, intentando á la vez constituir, con ayuda de la filosofía platónica y la teosofía oriental, una doctrina filosófica y religiosa superior á la fe cristiana, á fin de combatir la tendencia práctica de la mayor parte de los fieles que aceptaban humildemente los misterios de la fe sin pretender comprenderlos.

La lucha aquí no estaba reducida á algunos dogmas particulares, sino que se extendía al Cristianismo en general, cuyo carácter positivo é histórico era atacado por un subjetivismo ecléctico y sincrético. Parecía que el paganismo quería, por tortuosos caminos, insinuarse en el dominio de la Iglesia cristiana.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 114.

1.° Véase Neander, p. 205, 3.ª ed. 2.° Los gnósticos trataban de justificar la distincion que *hacían entre el Criador del mundo y el Dios supremo*, con la razon de que, admitiendo la opinion contraria, se haría de Dios el autor del mal. Véase Lucret., De rer. nat., V, 196 et seq.: «Hoc tamen ex ipsis coeli rationibus ausim confirmare... nequaquam nobis divinitus esse paratam naturam rerum: tanta stat praedita culpa.» Plutarch., De Is. et Osir., cap. XLV, 48; Numenio, De bono, ap. Eus., Praep. ev., XI, 18.

3.° El aceite es un μὴ ὄν platónico, ó el vacío (Kenoma), el cáos informe, ó simplemente el mal. Neander, p. 206. *a*. Segun algunos, Jesucristo no tenía más que la apariencia (δόκησις, φάντασμα) de cuerpo humano; segun otros, poseía el poder de servirse temporalmente de un cuerpo como instrumento (σῶμα παραστατικόν). *b*. Cf. Iren., I, XXII, 1; XXIV, 5; XXVII, 3; V, XIII. *c*. Ibid., I, XXI, 1 et seq., 4. *d*. Unas veces se decía que solo el Hombre-Jesús era el que había sufrido, y que el *eon* Cristo se había separado de él; otras se negaba absolutamente el suplicio de la cruz.

4.° Véas. *Nitsch, Stud. u. Krit.*, 1846, II; Erdmann, De notionibus ethicis gnosticorum, Berol., 1847; sobre todo Clemente de Alejandría, Strom., III, V, pág. 529 y sig., ed. Potter. 5.° *Se aplicaba á los hylicos ó á los sarkikos el texto* I Cor., XV, 50. Véas., por el contrario, Iren., V, IX. 6.° Iren., I, VIII, 1; III, I; Tert., Praescr., cap. XVII.

115. *Los gnósticos no se proponían de modo* alguno fundar sus doctrinas en una base puramente racional; muy al contrario, apelaban á una revelacion divina; pero se ocupaban mucho más en teorías é imágenes que en ideas y proposiciones *dogmáticas*. Su *método* es «la intuicion mística sometida á todas las fantasías de la imaginacion; pretenden asistir al desenvolvimiento de Dios mismo; no exponen sus ideas en una serie de conceptos lógicos á la manera de los orientales antiguos y modernos, sino por medio de imágenes vivas. Su teogonía, su mitología cristiana, envuelta en poesías de asombroso atrevimiento, abraza á la vez la historia del cielo y la de la tierra.» A ejemplo de Filon y otros judíos alejandrinos que habían acomodado, por medio de la alegoría, el Antiguo Testamento á sus fines particulares, los gnósticos aplicaron el mismo procedimiento en proporcion mucho más extensa. *Los que hacen* mayor uso de la alegoría, son los gnósticos procedentes de las escuelas alejandrinas; representan la emanacion panteísta, miéntras que entre los sirios se siente la influencia del dualismo pérsico, más sobrio y

ménos sujeto á los extravíos de la imaginacion. Por causa de la inmovilidad é inconstancia de sus doctrinas, los gnósticos jamás pudieron fundar otra cosa que escuelas, rara vez comunidades, y nunca, á pesar de todos sus esfuerzos, llegaron á una organizacion religiosa. Por lo demás, la mayor parte no intentaba separarse exteriormente de la Iglesia; los gnósticos querían permanecer entre los fieles y guardar, sin salir de la comunion de la Iglesia, sus doctrinas esotéricas, como una especie de misterios reservados á los iniciados, y obtener prosélitos entre los «psíquicos.» Hállase entre ellos, junto con las ideas que les eran comunes, gran divergencia de opiniones, especialmente en lo que concierne á las generaciones y emanaciones de la suprema divinidad. Unos la concebían como enteramente ausente del mundo habitado por los humanos, sin ser hombre ni mujer; otros, como partícipe de ambos sexos; otros, en fin, se la representaban provista de un elemento femenino al cual estaba unida por una especie de matrimonio (syzygia).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 115.

Jacobi, I, p. 139, 140; Baur, p. 544, 735, señala el parentesco de la gnosis con los sistemas místicos y panteístas ulteriores, y especialmente con la filosofía de Santiago Bœheme, con la filosofía natural de Schelling y la de la religion de Hegel. Sobre las tres maneras de considerar al Dios Supremo, como desprovisto de sexo, como hermafrodita, y como provisto de sexo masculino y unido á un sér femenino; véase San Ireneo, I, XI, 5.

§ III. Los diversos sistemas del gnosticismo.

Los cristianos juanistas.

116. Parece que la herejía gnóstica nació en Asia y se desarrolló en Alejandría, á juzgar por los antiguos herejes samaritanos, los del Asia Menor y los cristianos juanistas que tenían mucha afinidad con los gnósticos. Los juanistas admiten un reino de tinieblas que se sostiene por sus propias fuerzas, aunque sin influencia sobre el reino de la luz, y despues una mezcla de ámbos, producida por un genio luminoso que formó, independientemente del Ser Supremo, un mundo en el cáos.

Segun ellos, el mundo visible fué creado sobre un terreno arrebatado al reino de las tinieblas, y á causa de esto incesantemente atacado por las potencias de este reino, deseosas de recobrar su imperio. Miéntras que el genio Abatur, que constituye el tercer grado de desenvolvimiento de la vida, se sumerge en las aguas tenebrosas del cáos, su imágen forma allí un genio imperfecto, Feta-Hil, que reune en sí los

elementos de ambos imperios. Este genio quiere tambien por su parte dar nacimiento á otros genios, y crea con su palabra los espíritus siderales que *inspiran á los falsos profetas*; el primero, espíritu del *Sol*, Adonaï, es el Dios de los judíos.

Estos cristianos juanistas, ó zabienos, para los cuales San Juan es un *eon* encarnado (Anusch), juntan en uno el dualismo y el docetismo. La fidelidad que guardaban á sus antiguas *tradiciones no* permite creer que su doctrina haya recibido gran desenvolvimiento.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 116.

Véase más arriba § IV; Neander, p. 207; Gnostiche Systeme, p. 261.

Saturnilo.

117. El dualismo, muy extendido en Asia á causa de la influencia pérsica, fué principalmente llevado á Antioquía de Siria, por Saturnilo, en tiempos del emperador Adriano (125). Véase aquí el resúmen de su doctrina: 1.º *En la cumbre del imperio* de la luz reside el Sér primitivo, el Padre desconocido de quien emanan multitud de espíritus (ángeles, arcángeles, fuerzas, potestades). En el grado más inferior están los espíritus de los siete planetas (ángeles que gobiernan el mundo). 2.º Enfrente del imperio de la luz se eleva el de las tinieblas presidido por Satanás, el mal principio. Bajo su dominio los siete espíritus planetarios (los elohims de los judíos), han creado el mundo terrestre y cuanto ésto contiene; por bajo *de ellos se encuentra el dios débil y limitado de los judíos*. Su destino es estar constantemente en lucha con Satanás, que intenta destruir lo que ellos edifican. 3.º Los siete espíritus estaban bastante apartados del reino de la luz para que pudiese penetrar hasta ellos un solo rayo de ésta á no ser transitoriamente; pero *este rayo excitó* sus deseos, y trataron de retenerlo en su reino; como eran demasiado débiles, resolvieron conseguirlo por medio de una imágen que lo representase, y crearon el hombre segun este reflejo y semejanza.

4.º Desdichadamente la criatura formada por ellos no era otra cosa que una masa corporal inanimada, incapaz de mantenerse en pié. Cayó sobre la tierra, y se arrastró como un gusano. El Dios Supremo tuvo entónces piedad de esta criatura, y le envió una centella de vida que la animó y le dió fuerza para levantarse. Este gérmen de vida divina, implantado en el hombre, debe desenvolverse en él libremente, y despues volver á su fuente primitiva, al reino de la luz; pero debe volver solo,

porque todo lo demás ó sea el cuerpo entra de nuevo en el lugar de donde ha venido.

5.° Aparte de estos hombres superiores, espirituales, hay los hombres malos, los que no tienen dentro de sí más que el elemento material, y son instrumento del imperio de las tinieblas. Las profecías del Antiguo Testamento proceden en parte de Satanás, y en parte de los espíritus planetarios. Los hombres malos eran asistidos por ambas partes, *si bien Satanás se mostró hostil al Dios de los judíos*. Los que eran buenos por su naturaleza estaban oprimidos por unos y por otros. 6.° Ahora bien, para destruir á la vez el imperio de Satán y el del dios de los judíos, para dirigir hácia el imperio de la luz á los hombres provistos de la centella divina, el Dios Supremo envió sobre la tierra su eon, *Nous*, ó el Cristo, revestido de un cuerpo fantástico, para que les enseñase la verdadera ciencia y el ascetismo (abstinencia del matrimonio, de la generacion de los hijos y de la carne, que son otras tantas obras satánicas), y á emanciparse de la materia y del dios de los judíos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 117.

Σατορνεῖλος es el verdadero nombre segun Justino, Dial., XXXV; Const. ap., VI, 8; Philos., VII, 28; Theod., I, 3; Epiph., Hom. XXIII; la version latina, Iren., I, 34, y Eus., IV, 7, traen Saturnino. Sobre su doctrina, véase Baur, Gnosis, página 208 y sig.; Neander, K.-G., I, 250. 1.°, 2.° Iren., loc. cit., n. 1, 2; Philos., loc. cit., p. 244 et seq.; Epiph., Theod., loc. cit. 3.° Despues de la creacion del hombre, los siete espíritus planetarios habrian pronunciado las palabras del Génesis, I, 24. San Epifanio observa que en este pasaje κατ' εἰκόνα καὶ καθ' ὁμοίωσιν, la palabra ἡμετέραν ha sido omitida de propósito. Tambien falta en San Ireneo, Philos., y ha sido borrada en Teodoreto como contraria á la opinion del autor.

4.° Ὡς σκώληκος σκαρίζοντος. Philos., Del hombre. 5.° Las dos clases de hombres son designadas en Ireneo y los Philos., como creadas por los ángeles, miéntras que Teod. y Epif. las mencionan sin esta relacion. Parece contraria al sistema; de aquí procede que algunos, por ejemplo Gieseler, conciban la doctrina de este modo: Satán habría opuesto los malvados á los hombres de la luz. Los demonios, acerca de los cuales suscitóse más tarde la controversia entre Ireneo é Hipólito, son comprendidos entre los ángeles. 6.° El Cristo es llamado ἀγέννητος, y no solamente ἀσώματος y ἀνείδεος, en Iren., Hipol.; Teod., este último remueve la contradiccion, en atencion á que se habla en seguida del Padre de Jesucristo.

Basílides.

118. Basílides (Basileides), natural de Siria, fundó en Alejandría, reinando Adriano (125-130), una secta que se extendió mucho y subsistió hasta el año 400. Tanto él, como su hijo Isidoro, escritores ámbos,

invocaban el testimonio de supuestos profetas, y se escudaban con la autoridad de un cierto Glaukias, intérprete de los Apóstoles San Pedro y San Matías (ó San Mateo). El sistema doctrinal de los basilidianos ha sido diversamente expuesto por Clemente de Alejandría é Hipólito, por San Ireneo y San Epifanio, si bien están de acuerdo sobre gran número de puntos. En todo caso es cierto que este sistema ha sufrido numerosas transformaciones.

Sistema de Basílides segun San Ireneo, San Epifanio y Teodoreto.

1.° El Padre de *todas las cosas*, no engendrado, es *inefable é incomprensible*: engendró al principio el *Nous*, y éste al *Logos*; el *Logos* á *Phronesis*; *Phronesis* á *Sophia* y *Dynamis*, y estos últimos á los principados, potestades y (primeros) ángeles. Los ángeles criaron el primer cielo.

2.° Vinieron despues ángeles *de órden inferior* que criaron igualmente un cielo para ellos, semejante al primero. Y así continuó hasta que hubo 365 imperios de espíritus ó cielos; de aquí procede que el año cuenta el *mismo* número de *días*.

3.° Estos reinos de espíritus, de los cuales el que sigue es siempre imágen débil del que le precede, toman el nombre general y místico de Abrasax ó Abraxas (nombre mágico del antiguo Egipto), cuyas letras reunidas forman la cifra 365. 4.° Los ángeles que habitan el *cielo inferior* han construído nuestro mundo visible, y se dividen entre sí la tierra y los pueblos que la habitan. El primero de estos ángeles, el dios de los judíos, *quiso someter todos los demás pueblos* al *suyo*, á los judíos; los otros ángeles se resistieron, los demás pueblos se rebelaron contra su pueblo y toda la tierra se convirtió en campo de batalla. 5.° Entónces el Padre no engendrado é inefable envió su primogénito, el *Nous*, llamado tambien el Cristo, para salvar á los que estaban dispuestos á creer, y librarlos de la potencia de los ángeles que han formado al mundo. 6.° El Cristo apareció en medio de los hombres; sufrió, pero solamente en apariencia. *Simon de Cirene llevó la cruz y fué crucificado*; los judíos le tomaron por Jesús, miéntras que Éste era quien habia tomado la figura de Simon para mofarse de los judíos; despues subió al reino de su Padre.

7.° No hay, pues, que creer en el crucificado, sino en Aquél que ha sido enviado por el Padre, en Aquél que los judíos creyeron falsamente haber crucificado. No sólo es lícito renegar del crucificado, sino que el *renegar es dar* la *prueba* de que se está *libre* de *los ángeles* que han formado los cuerpos y de que conocemos al Padre Supremo. 8.° El que conoce á todos los ángeles y sus causas se hace como *ellos invisible é incomprensible á todos*, conoce el mundo sin ser conocido de nadie.

Pero muy pocos son capaces de alcanzar estos misterios, pudiendo sacarse uno entre millares ó dos entre diez mil.

9.º *El alma solamente es la que llega á la salvacion*; el cuerpo es por naturaleza perecedero y jamás resucita. 10. Las profecías de la Antigua Alianza emanan de los ángeles que han formado al mundo; y la ley viene del dios de los judíos, del arconta, que libró á los judíos de Egipto.

11. Tambien sabemos que los basilidianos imponían á sus adeptos un silencio de cinco años; siguiendo la costumbre de los pitagóricos, empleaban las artes mágicas y las invocaciones, fórmulas misteriosas, nombres bárbaros que servían para designar los cielos, ángeles y profetas; permitían el uso de las carnes ofrecidas á los ídolos; tenían por indiferentes las acciones exteriores, y celebraban solemnemente en el 6 de Enero (11 Tybi), día de la Epifanía, la fiesta del bautismo de Jesús.

Véase ahora el mismo sistema segun los *Philosophumena:*

1.º El Sér Supremo está por encima de toda concepcion, y no tiene ningun atributo de las cosas concretas; es el Sér puro é indeterminado, divinidad subsistente fuera del tiempo, elevada sobre todo nombre que pueda pronunciarse en la tierra. No hay términos bastantes para expresarlo. 2.º Este Sér primitivo, inefable, que es propiamente el no ser, ha esparcido, para criar al mundo, la semilla cósmica, la cual es comparable á un grano que contiene ya dentro de sí en gérmen las raíces, las ramas y las hojas, y al huevo de la pava real, que contiene en potencia todos los colores de la cola; esta semilla encierra muchas formas y esencias; y corresponde desde luégo á la *nocion de género establecida* por Aristóteles, la cual comprende infinidad de especies y de individuos.

3.º En esta semilla cósmica y universal (*panspermia*) se hallaba una triple filiacion, de igual esencia que el absoluto no existente y producida por la razon absoluta. De estas tres filiaciones (hyotes) una era formada de partes tenuísimas, otra de partes opacas y groseras, la última necesitaba ser purificada; son entre sí como lo perfecto, lo ménos perfecto y lo imperfecto, como el género, la especie y el individuo.

4.º Al arrojar por vez primera la semilla cósmica, la más sutil se elevó desde el abismo á las alturas con maravillosa celeridad, como las alas y los pensamientos, y subió hasta el no sér (Sér primitivo), á cuyo esplendor aspiran todos los séres, cada uno á su modo. 5.º La otra filiacion, compuesta ya de partes más groseras, si bien intentaba asimismo elevarse é imitar á la primera, permaneció en la semilla universal, porque era incapaz de lanzarse. Pero despues que recibió un ala llamada espíritu santo, emprendió el vuelo y llegó á aproximarse á la primera filiacion y al Sér primitivo. Pero este espíritu no era de igual naturaleza que *dicha filiacion*; el Sér supremo estaba fuera de su

naturaleza, lo mismo que un aire puro y vivo es contrario á la naturaleza del veneno. Por esto la segunda filiacion, que había sido hasta entónces *sostenida por el espíritu*, lo *mismo* que ella le sostenía á su vez, no pudo retenerlo; le dejó en la proximidad de estos espacios venturosos, pero no en un abandono y apartamiento total, porque él guardaba y propagaba aún el perfume de la filiacion. Formó como espíritu *limítrofe la frontera* que separa lo supra-terreno (hyper-cósmico) de lo terreno, miéntras que la segunda filiacion tendía á elevarse á más altura.

6.º La tercera filiacion, la que tenía necesidad de ser rescatada, permaneció aún en la masa de la semilla universal, *dispensando y recibiendo* beneficios. 7.º De la semilla del mundo salió el grande arconta, el jefe del universo, de inefable sabiduría, grandeza y hermosura. Se elevó hasta el firmamento, colocado entre lo supra-terreno y lo terreno, pero nada *sabía de lo supra-terreno, y creía que por encima de* su firmamento nada había. Era más grande y más sabio que todos los séres existentes en el mundo, pero *no comparable* á lo que está por encima ni á la filiacion que permanece en la semilla universal. 8.º Como se *creía el Señor absoluto y sabio arquitecto*, emprendió la creacion en detalle del universo. Para esto no quiso estar sólo, sino que engendró de *la materia* preexistente un hijo mucho mejor y más sabio que él. El Dios supremo cuando derramó la semilla universal *lo sabía ya de antemano* y tambien lo había resuelto. El grande arconta tenia vivo amor hácia su hijo y lo hizo sentar á su derecha. El imperio habitado por el grande arconta se llama ogdoada (octava). La creacion etérea fué realizada por el grande arconta, *asistido de su hijo*, y que debe dirigirle como la entelequia de Aristóteles dirige al cuerpo. Esta creacion abraza todos los séres sub-lunares y concluye en el punto en que el aire se separa del éter.

9.º *Cuando estos espacios fueron exornados se elevó* de la semilla universal un segundo arconta, más grande que todo lo que existía por debajo, á excepcion de la tercera filiacion abandonada en la materia que era inferior al primer arconta, pero como él inefable. Su imperio es la hebdomada *(septenario)* y ha *formado* todo lo que está por debajo. Él tambien crió con la semilla universal un hijo que le excedió en sabiduría. *Lo* que se halla en este espacio es el resto de la semilla universal.

10. Cuando lo supra-terreno y *lo terreno fueron* perfectamente desenvueltos, la tercera filiacion, que había permanecido abajo, se elevó á las alturas por cima de las fronteras del espíritu, porque debía tambien ser manifestada y restaurada [1]. Los hombres espirituales son los

[1] *Véase Rom.*, VIII, 19, 22

hijos de Dios; *fueron dejados aquí abajo para disponer, embellecer y mejorar las almas* que están destinadas por su naturaleza á permanecer en este espacio.

11. Desde Adan á Moisés el pecado es quien reinó [1], es decir, el grande arconta, que tenía sus límites en el firmamento y se creía el Dios único y Supremo, porque todo estaba encerrado en un silencio misterioso. Allí está el misterio que no ha sido revelado á las precedentes generaciones [2]. En este tiempo, el grande *arconta*, *la* ogdoada, parecía ser el rey, dueño y señor de *todas las cosas*. La hebdomada era tambien señor y rey, *pero no inefable como* la ogdoada. El arconta de la *hebdomada dijo á Moisés*: Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de *Jacob*, y no les he revelado el nombre de Dios (es decir, del arconta de la ogdoada [3]). Todos los profetas que han precedido al Señor recibieron sus profecías de la hebdomada.

12. Pero como era preciso que los hijos de Dios, hácia los cuales aspiraba la creacion en los dolores del parto [4], fuesen manifestados, el Evangelio entró en el mundo y todos los *poderes*, *todas* las virtudes, todas las dominaciones, *todos los* nombres de aquí abajo. Desde la filiacion que se encuentra más allá de la línea limítrofe, el Evangelio *descendió á los hijos del* grande arconta, y por el hijo al arconta mismo. El grande arconta supo que no era el Dios superior y que había por cima de él gran número de cosas. Entró en sí mismo y comenzó á espantarse; de aquí estas palabras: El principio de la sabiduría es el temor de Dios [5]. Instruído por el Cristo, empezó á ser sabio y aprendió lo que es el no ser, la filiacion, el Espíritu Santo, lo que es universal y de dónde procede. Allí es donde se halla la *sabiduría oculta* [6]. *Reconoció* la falta que había *cometido exaltándose á sí* mismo [7]. Con él toda la ogdoada fué convertida.

13. Lo mismo *ocurrió* con la hebdomada. Al hijo del arconta de la hebdomada comunicó el hijo del grande arconta la luz que la filiacion le había trasmitido en las alturas, y convirtió á su padre. De este modo toda la hebdomada fué iluminada, y con ella los otros reinos de los espíritus, las potestades, las virtudes, las fuerzas, los 365 cielos.

14. Pero era preciso esclarecer tambien la última filiacion abandonada en el cáos. La luz que había descendido de la *ogdoada* sobre el

---

1 Véas. *Rom.*, v. 13, 14.
2 *Colos.*, II, 3; I, 26 y sig
3 *Exod.*, III, 6; VI, 2, 3
4 *Rom.*, VIII, 20-22.
5 *Prov.*, I, 7.
6 *I Cor.*, II, 13.
7 Véase *Ps* XXXI, 5

hijo de la hebdomada descendió de ésta á Jesús, Hijo de María, y en el mismo instante Jesús fué inflamado por la luz que le iluminaba [1]. El *Espíritu Santo* es el mismo que descendió hasta María, partiendo de la filiacion y atravesando el espíritu limítrofe, para fijarse en la ogdoada y la hebdomada. La *fuerza* del Sér Supremo es la virtud de la uncion (separacion), desde la cumbre más elevada (ogdoada), pasando por el demiurgo, hasta la Creacion, es decir, hasta el Hijo. Jesús debe dirigir las almas que están en el cáos y sublimar á la filiacion abandonada.

15. La parte corpórea fué la que sufrió en él; lo que pertenecía á la materia informe volvió á ella y la porcion anímica, que venía de la hebdomada, se levantó y volvió á su orígen. Lo mismo ocurrió con la parte que emanaba del grande arconta de la ogdoada y la que pertenecía al espíritu limítrofe. La tercera filiacion fué purificada y se elevó en fin á la filiacion bienaventurada. La separacion de los elementos mezclados hasta entónces comenzó por Jesús, cuya pasion contribuyó á ello.

16. El Evangelio no *es más que* el conocimiento de las cosas supramundanas. Todo el desenvolvimiento se resume en tres fases: en la primera es la mezcla de la semilla universal en el seno del *cáos*; en la segunda la separacion de los elementos confundidos; en la tercera su restablecimiento, su reintegracion en su primera naturaleza. Esta reintegracion consiste en vivir en la ignorancia; ningun sér exige nada que excede á su naturaleza, ni tiende á adquirir otra que le sea extraña, así como le sucede al pez que no tiende á pastar sobre los montes con el ganado. Todo ser que permanece en su esfera es indestructible; todo el que quiere ir *más allá* está sujeto á perecer. Por causa de esta ignorancia, los arcontas de la hebdomada y de la ogdoada están libres del dolor y de todo inquieto deseo. Pero cada cosa tiene su tiempo [2], y el destino de Jesús mismo ha sido fijado de antemano por los astros y las horas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 118.

Sobre el tiempo de Βασιλείδης, Clem., Strom., VII, 17; Eus., IV, 7; Epif., Hom. XVIII, 1; Hom. XXIV, 1. Basílides escribió veinticuatro libros de Exégesis (fragmentos de libro XIII en Archel., *Disput. con* Manet., cap. LV; Migne, t. X, p. 1524; del libro XXIV, en *Clem.*, Strom., IV, 12), contra los cuales Agrippa Castor compuso un *Ἔλεγχος* (Eus., loc. cit.; Hier., Cat., cap. XXI). Se ha querido deducir de Orígenes, Hom. I in Luc. (Migne, t. XIII, p. 1803: «Ausus fuit et Basilides Evangelium scribere et suo illud nomine titulare,») que tuvo tambien un Evangelio particular; Ambros., in Prœm. Luc.; Hier., Præf. in Matth.; Macar.,

1 *Luc.*, I, 35.
2 *Joan.*, II, 4.

Or. in Luc. (sacado de Orig., Op. III, 981, ed. De la Rue); pero este punto no es indubitable. Isidoro escribió: 1.°, *sobre el crecimiento del alma* (περὶ προσφυοῦς ψυχῆς); 2.°, Ética; 3.°, Com. exeg. in prophetam Parchor, lib. I y II. Clemente da algunos pasajes del primero, Strom., II, xx, p. 409, ed. Paris; del segundo, ibid., III, I, p. 427 (lo mismo Epif., Hom. xxxii, 4); del tercero, ibid., lib. VI, cap. vi, v, *fin., p.* 641 *et seq. Agrippa Castor* llama á los profetas Barkabbas y Barkoph, Hier., loc. cit., Berkabas y Barkob. ¿Barkoph y Parchor son dos individuos distintos? Clement., Strom., VII, xvii, p. 665, cita otros que hablan de Basilides, como Glaucias, p. 767, Matías ó Mateo, segun los Philosophumena, VII, xiv, *p.* 225.

Las opiniones eran ya varias en otros tiempos sobre la doctrina de Basilides. Baur, Giescler, Ritter, Dœllinger han buscado en Clemente de Alejandría, Ireneo y Epifanio, el verdadero sistema, que es el de los basilidianos ulteriores. Neander. Matter, Bauer, Ritter, etc., han tomado á Basilides por un dualista, sin estar de acuerdo sobre si aceptaba un principio originario y absolutamente malo, ó solamente una materia eterna. Los Philosophumena, VII, 14 y sig., que se apartan mucho de San Ireneo, han suscitado nuevas investigaciones.

Jacobi, Basilidis phil. gnostici sententiae ex Hippol. libro nuper rep., Berol., 1852, y en Neue Ztschr. f. K.-G., vol. I, cuad. 4; G. Ullhorn, Das basilid. System mit bes. Rücksicht auf die Angaben des Hipp., Gœttingue, 1855; A. Hilgenfeld, Das System des Gnost. Bas., Tüb. theol. *Jahrb.*, 1856, I; *apéndice al* Apocalipsis judío, Jena, 1857, Ztschr. für wissenschaftl. Theologie, año 21; Gundert, Ztschr. f. luth. theol. v. Rudelbach. u. Guericke, 1855 y sig.; Gundert et Lipsius, art. Gnosis, Gr. Encyklop., 1860. Estos últimos creen que la exposicion de Hipólito difiere solamente *en cuanto á la forma*, y que completa en cuanto al fondo á las fuentes que preceden; pero la mayor parte ven en ella una total diferencia. Segun Hilgenfeld y Kraus, la exposicion de San Ireneo es más exacta; la de los Philosophumena es una elaboracion estóica del basilidianismo primitivo, y señala la *fase helénico-alejandrina de la* gnosis. Es tanto más dudoso que los Philosophumena reproduzcan el sistema primitivo cuanto que Teodoreto (Hist. fab., I, 4), se acerca aquí á San Ireneo, por más que siga á Hipólito en otros sistemas.

a. Iren., I, xxiv, 3-7; II, xvi, 2, 4; Epiph., Hom. xxiv; Theod., loc. cit.; Tert., Append. praeser., cap. xlvi; 1.° Sophia y Dinamia, segun la expresion de esta herejía por San Ireneo, producen «las virtudes, los príncipes y los ángeles;» segun la de San Epifanio, ἀρχάς, ἐξουσίας καὶ ἀγγέλους; en la de Teodoreto, los ángeles y los arcángeles. Los nombres de ogdoas y hebdomas no se presentan aquí regularmente, ni tampoco el número de las siete δυνάμεις. Muchos enlazan con Sophia y Dynamis, la δικαιοσύνη y εἰρήνη, sobre las cuales San Clemente, Strom., IV, xxv, p. 231, ed. Sylb., trae estas palabras de Basílides: δικαιοσύνην δὲ καὶ τὴν θυγατέρα αὐτῆς τὴν εἰρήνην ἐν ὀγδοάδι μένειν ἐνδιατεταγμένας. San Ireneo, II, xxv, 4, menciona ligeramente la ogdoada (de que hablan los Philosophumena).

2.° Segun San Ireneo, II, xvi, 2, Basílides enseñaba una «immensa successio eorum quae est invicem facta sunt,» y V, xxxv, 1, muestra que admitía una progresion indefinida.

3.° Los textos griegos traen Ἀβρασάξ, que da 365, pero los latinos emplean el término abreviado de Abraxas. Tertuliano y San Jerónimo, en Amós, cap. iii, explican este nombre del Dios Supremo. *Esto es exacto en el sentido de que* todos los reinos del espíritu designan á Dios en cuanto se manifiesta. Así

Abrasax aparece como el príncipe ó arconta de los basilidianos. (En los Philos., VII, XXVI, p. 240, el nombre del grande arconta es el que preside á los otros reinos.) Sobre las perlas de Abraxas, véas. J. Macarius, Abraxas s. de gemmis Basil. Disquis., ed. *J. Chifflet*, Antwerp., 1657; Montfaucon (A. 16, 2), lib. II, cap. VIII, p. 176 et seq.; Bellermann, Ueber die Gemmen der Alten mit dem Abraxasbilde, Berlin, 1817 *y sig.*; Kopp, Beuvens, Matter, Gieseler (Stud. u. Krit., 1830, II); Krauss, Angebl. Basil. Amul. Nass. Ann. IX, Wiesbad., 1868.

4.° *A los ángeles* (*elohim*) *que reinan sobre las naciones, se aplicaba* Deut., XXXII, 43. — Orígenes, in Job, XLI, 19 (Migne, t. XIV, p. 1049), coloca á Basilides, con Valentín y Marcion, entre los que *blasfemaban* del Criador.

5.°, 6.° Véase Neander, p. 225 y sig.

7.° Iren., I, XXIV, 4; Epiph., Hom. XXIV, n.° 5; Agrippa Castor, ap. Eus., loc. cit. Muchos basilidianos consideraban el martirio como desnudo de valor porque era un castigo del pecado. Clem., Strom., IV, XII, p. 216 et seq.; Orig., in Matth. (Migne, t. XIII, p. 1652 et seq.) Parece tambien que negaban la impecabilidad de Jesús. Clem., loc. cit., p. 217: Πῶς δὲ οὐκ ἄθεος, θειάζων μὲν τὸν διάβολον, ἄνθρωπον δὲ ἁμαρτητικὸν τολμήσας εἰπεῖν τὸν κύριον; por lo demás, este pasaje está diversamente explicado, y la proposicion de que nadie sufre un mal *inmerecido* casi puede decirse que no se aplica á *Jesús en el sistema* expuesto por San Ireneo; porque, segun este sistema, Jesús nada sufrió.

8.°-10.° Iren., loc. cit., n. 5; Theod., loc. cit.; 11.° α, Agrippa Castor, loc. cit.; Iren., loc. cit., n. 6; β, Iren., loc. cit., n. 5; Epiph., loc. cit., n. 2; γ, Agrippa Castor, Epiph., loc. cit. Se menciona, sobre todo, la palabra καυλακαῦ (sacada de Isaías, XXVIII, 10), que se halla tambien en otros gnósticos. San Epifanio hace de ella el nombre de un arconta; Teodoreto, el del Salvador; San Ireneo habla de ella en el n. 6. Algunos refieren esta palabra al *mundo segun un pasaje oscuro, n.* 5. Los *antiguos* la explican diversamente. Epiph., Hom. XXV; Nicol., n. 4: Kaulakauk = ἐλπὶς ἐπ' ἐλπίδι, otros: «linea ad lineam, regula ad regulam;» δ, Iren., loc. cit., n. 5; Theodoret., loc. cit.; ε, Clement., Strom., I, 21.

b. En los Philos., lib. VII, cap. XIV et seq., el sistema es presentado como sacado enteramente de Aristóteles, y se utiliza para exponer la filosofía peripatética. En los caps. XX-XXVII, p. 231 y sig., la doctrina de Basilides está expuesta en una forma que recuerda con frecuencia el maniqueísmo subsiguiente.

1.° El Sér Supremo, en su cualidad de ψιλῶς καὶ ἀνυπονοήτως ἄγα παντὸς σοφίσματος, *debe ser concebido* como el puro no sér, ὑπὲρ παντὸς ὀνόματος ὀνομαζομένου, οὐδὲν ὅλως, c. XX. No es sustancia, ni sin sustancia, ni material, ni simple, ni compuesto, ni hombre, ni ángel, ni *Dios*, οὐκ ὢν Θεός, c. XXI.

2.° El οὐκ ὢν Θεός forma ἐξ οὐκ ὄντων τὸν οὐκ ὄντα κόσμον. El ἐξ οὐκ ὄντων no debe entenderse evidentemente en sentido ortodoxo; designa el sér de la divinidad abstracta, excluye la creacion y la emanacion. En el Gen., I, 3, la luz es ἐκ φωνῆς τοῦ λέγοντος, c. XXII.

3.° De la τριμερὴς υἱότης (id est τριχῆ διῃρημένη) el *uno era* λεπτομερές, el otro παχυμερὴς, el otro ἀποκαθάρσεως δεόμενον.

4.°-6.° Ibid., n. 22, 23. La palabra ὁμοούσιον es ya aquí un término técnico.

7.° El grande arconta se llama igualmente ἄῤῥητος; y por *consecuencia*, el *Dios* Supremo τὸ ἀῤῥητότερον.

8.°-10.° Loc. cit., n. 23-25.

11.° Cf. más arriba, a. n. 10.

12.° Los gnósticos hacían mucho uso del pasaje Rom., VIII, 20 *y sig.*, *Orig.*, t. I in

Joan., n. 24. En Clement., Strom., XI, VIII, 169 y sig., el texto Prov., I, 7, está igualmente atribuido al grande arconta, á propósito del Evangelio.

13.°, 14.° Cap. XXVI, p. 212 y sig., estas palabras: ἡ δύναμις τῆς κρίσεως, son dudosas; algunos leen: χρίσεως; otros: ὀγδοάδος. El ἀπὸ τῆς ἀκρωρείας puede muy bien referirse á la ogdoada, conforme á p. 244, ὅπερ ἦν τῆς ἀκρωρείας οἰκεῖον τοῦ μεγάλου ἄρχοντος.

15.° Cap. XXVII, p. 244. 16.° Es preciso distinguir tres grados: *a.* σύγχυσις τῆς πανσπερμίας. Cf. Clem., Strom., II, 20, p. 176: σύγχυσις ἀρχική. Acta Archel., cap. LV: commixtio. Baur, Gnosis, p. 212 y sig. Las pasiones se nombran, segun Clement., loc. cit., προσαρτήματα, accesorios adheridos al alma racional en virtud de la mezcla primitiva (obra citada de Isidoro), de suerte que hay en el hombre dos almas, una racional, otra animal y malvada. Era opinion muy corriente que habitan demonios en el hombre. Orig., Hom. XV in Jos., n. 5 (Migne, t. XII, p. 902); *b.* φιλοκρίνησις, de la σοφία φιλοκρινητικὴ καὶ διακριτική, Clem., Strom., II, 8, init.; *c.* el ἀποκατάστασις τῶν συγκεχυμένων εἰς τὰ οἰκεῖα.

119. No cabe duda de que Basílides admitía una emanacion panteística y despues una mezcla de lo divino con lo no divino, de donde nacía una discordancia que debía desaparecer poniendo en armonía ambos elementos. Sin embargo, no parece que deba atribuirse esta mezcla á un ataque dado por un reino independiente del mal contra el reino de la luz, sino á la caída en el cáos de un gérmen de vida divina. Esta mezcla ha servido para la glorificacion del Sér Supremo, que concluye por hacer entrar todas las cosas en sus límites. Lo mismo que el orin se une ó se adhiere al hierro por fuera, así las tinieblas y la muerte invaden la centella de vida que ha caído de lo alto, y lo no divino se une á lo divino, sin que á pesar de esto el Sér primitivo pueda ser aniquilado; le basta desprenderse poco á poco de lo que le es extraño y volver á tomar su primer brillo.

La marcha del mundo no aparece aquí sino como una evolucion destinada á producir este resultado; pero no se ve en ella conciliacion entre la necesidad de la naturaleza y el libre arbitrio del hombre; de aquí procede que algunos basilidianos admitiesen la doctrina de Pitágoras sobre la transmigracion de las almas. Los séres que gobiernan los cielos inferiores están igualmente sometidos, sin saberlo y contra su voluntad, á la ley del Sér Supremo, de quien emana la ley del desenvolvimiento que la naturaleza ha depositado en todos los séres. Sólo por su union con una fuerza vital superior es como podía hacerse verdaderamente libre lo que hay de divino en la naturaleza humana. Si en este sistema, la doctrina moral dependía de la idea que se formaba del orígen del mundo, había, sin embargo, multitud de puntos que indicaban mejor direccion del espíritu que la que se encuentra en muchos gnósticos posteriores. El celibato era estimado como medio de entregarse sin distracciones al reino del espíritu y librarse de los asaltos contínuos de los

sentidos. La fe se ponía á muy alto precio, pero debía corresponder, así como la eleccion, á cada uno de los diversos grados del mundo de los espíritus y la fe de cada naturaleza responder á la eleccion sobrenatural.

Los basilidianos que admitían la filiacion divina se creian naturalmente destinados á la *felicidad*, y en la *imposibilidad* de *perecer*, miéntras que los *otros* corrían, segun ellos, á su pérdida irremediable.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 119.

Neander, p. 220 y sig. Interesante pasaje sobre la metempsícosis en Orígenes, lib. V in Rom., Op. IV, 549, sobre Rom., VII, 9 (véase Baur, p. 223; Neander, página 222). Clem., Strom., IV, XII, p. 217. Sobre el matrimonio. ibid., III, I, p. 183. Sobre la fe y la eleccion, ibid., II, III, p. 156; cap. VI, p. 160; IV, c. XXVI, n. 221: el alma del gnóstico ha recibido: ξένην τὴν ἐκλογὴν τοῦ κόσμου, ὡς ἂν ὑπερκόσμιον φύσει οὖσαν. Sobre la felicidad de los elegidos, Orígenes, *loc. cit.*, lib. VIII, n. 11, p. 637; Clem., Strom., V, I, p. 233: πιστὸς καὶ φύσει πιστοῦ καὶ ἐκλεκτοῦ ὄντος.

Justino.

120. El sistema de un tal Justino, que no se halla en los *Philosophumena*, ofrece analogías, pero sólo en algunos puntos, con el de Basílides, descrito en la misma obra. Justino admitía tres séres fundamentales é increados, dos del sexo masculino y uno del femenino. El primer principio masculino se llama el Bueno *(Agathos* ó *Priapos)*; el segundo Eloeim (Elohim), padre de todo lo que tiene orígen; el principio femenino se llama Edén ó Israel (por abreviacion *Jel)*, vírgen por la parte superior, serpiente por la inferior, iracunda y con dos lenguas. Todo proviene de estos tres principios. Eloeim se casó con Edén (Uranos y Gaia) y engendró en ella doce ángeles paternales y doce maternales, los primeros sometidos á la voluntad del padre y los segundos á la de la madre. A ellos se aplica lo que se ha dicho de los árboles del Paraíso [1]. Los ángeles paternales (Miguel, Amen, Baruch, Gabriel, etc.) han creado á los hombres con la parte superior y más bella de la madre (la tierra), y á los animales con la inferior y más mala. El hombre debía ser el símbolo de la union y de la concordia nupcial, y Adán y Eva recordar la memoria de Eloeim y Edén. El primero les dió el espíritu, la segunda el alma. De este modo había de propagarse la primera pareja humana y poseer la tierra (Edén) [2]. Los doce ángeles maternales se dividían en cuatro principados, representados por los ríos del

1 *Gen.*, II, 8 y sig.
2 *Ibid.*, I, 28.

Paraíso [1]. Cambian de sitio y los tiempos cambian con el reinado de cada uno; ya imperan la *miseria y la desgracia*, ya la prosperidad y la alegría.

Despues de la creacion del mundo, Eloeim quiso subir á las partes superiores de su cielo á fin de ver si había allí algo no acabado. Reunió á sus ángeles paternales y abandonó con ellos á Edén, que rehusó seguirle porque aspiraba á descender, así como Eloeim aspiraba á subir. Llegado á regiones elevadas, Eloeim vió una luz mejor que la que él mismo habia creado, y gritó con asombro: «abridme las puertas para que éntre y alabe al Señor [2], porque yo creo que soy el Señor,» y una voz respondió del seno de la luz: «ved aquí la puerta del Señor, por ella entran los justos [3];» la puerta se abre, Eloeim llega sin sus ángeles cerca de Agatos, el Dios supremo, y ve lo que ningun ojo ha visto, lo que ningun oído ha escuchado [4], etc. El Dios bueno le invita á sentarse á su derecha [5]. Despues de haber resistido un momento á causa de su esposa, y sobre todo porque quería tomar su espíritu, que había dado á los hombres, Eloeim obedeció y permaneció.

Grande fué la desolacion de Edén cuando se vió abandonada. Rodeada de sus ángeles, se atavió con magnificencia para atraer de nuevo á Eloeim. Cuando vió fracasadas sus tentativas, ordenó al primero de sus ángeles, Babel (ó Afrodita), introducir en los hombres el adulterio y el divorcio, encargó al tercero, Naas (serpiente), vejar y castigar de todos modos al espíritu del hombre que provenía de Eloeim, para vengarse así de su infiel esposo. Eloeim, que contemplaba todo esto desde su elevado asiento, envió á Baruch, el tercero de sus ángeles, en socorro del espíritu que habitaba en los hombres. Este ángel les mandó comer de todos los frutos del Paraíso, pero les prohibió tocar el árbol *de la ciencia del bien y del mal* [6], es decir, obedecer á los once ángeles del Edén. Les dejó en libertad de obedecer á la serpiente, que contenía en sí, no simples pasiones como los demás ángeles, sino la malicia consumada. La *serpiente (Naas)* engañó á Eva y le hizo cometer un adulterio; sedujo igualmente á Adán. En adelante, el adulterio, la pederastía y todos los males, inundaron el género humano.

Baruch fué enviado más tarde á Moisés para convertir los israelitas al Dios verdadero; pero Naas, que habitaba en el alma de Moisés,

---

1 *Ibid.*, II, 10 y sig.
2 *Ps.* CXVII, 19.
3 *Ibid.*, hácia el 20.
4 *I Cor.*, II, 9.
5 *Ps.* CIX, 1.
6 *Gen.*, II, 17.

creada por Edén, oscureció los mandamientos y sustituyó á ellos otros suyos. *La lucha y la discordia permanecieron en el hombro entre el alma y el espíritu, Edén y Eloeim.* Entónces Baruch fué enviado á los profetas, pero Naas entorpeció tambien esta mision. Al ver esto, Eloeim escogió entre los paganos al profeta Hércules para combatir á los doce ángeles del Edén (los doce trabajos de Hércules). Hércules los venció á todos, pero fué vencido á su vez por Babel (Afrodita, Onfalo). De igual modo que el judaísmo había sucumbido á la malicia (Naas), el paganismo sucumbió á la voluptuosidad.

En fin, Eloeim envió á Baruch á Nazareth al lado de Jesús, hijo de María y de José, niño de doce años que apacentaba los ganados, para anunciarle lo que había ocurrido y lo que sucedería aún, y para advertirle que no se dejara seducir como los demás Profetas. Jesús siguió los consejos de Baruch y predicó lo que se le había recomendado. Como *Naas no pudiese cosa alguna contra él y* fracasasen sus tentativas, lo hizo crucificar. Pero Jesús dejó en la cruz el cuerpo que había recibido de Edén, diciéndole: «Mujer, hé ahí á tu hijo [1].» En otros términos, se despojó del hombre terrenal, psíquico y material, miéntras que encomendó su espíritu al Dios bueno y emprendió el vuelo hácia él. Ayudados de Jesús y sostenidos por su ejemplo, los espíritus de los hombres, libres de las potencias terrenales, pueden elevarse hasta allí. El camino de la victoria está trazado en la obra de Baruch, citada por Justino. El que pronuncia el juramento contenido en el primer libro de Baruch, juramento que Eloeim pronunció el primero ante el Dios bueno [2], y se compromete asimismo á conservar esta doctrina secreta, entra en el bien y bebe el agua de la vida. Los hombres espirituales (del espíritu) se lavan en el agua que está por encima del firmamento; los choicos y *los psíquicos (hombres del alma)* se lavan en la que está por debajo del mismo [3].

Todo esto no es *más* que una novela mitológica atestada de pasajes del Antiguo Testamento é impregnada en el paganismo. Hállanse allí en confusa mezcla tres categorías de divinidades, una tendencia judáica muy pronunciada, y algunas ideas de aparente profundidad que podían deslumbrar á los paganos, pero que á la luz del Cristianismo no son sino grosera y caprichosa parodia. Otro sistema, más análogo aún con el de Basílides, es el de los ofitas, del cual vamos á hablar.

---

1 *Joan.*, XIX, 26.
2 *Ps.* CIX, 4.
3 *Gen.*, I, 7.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 120.

Philos., V, XXIII-XXVII, p. 148-159; lib. X. XV, p. 322-324. Priapos = ὁ πρὶν τι εἶναι ποιήσας, ὃς ἐποίησε τὰ πάντα, προγνώστης τῶν ὅλων; por el contrario, Eloeim ἀπρόγνωστος καὶ ἄγνωστος, y Edén, μιξοπάρθενος, τὰ κάτω ἔχιδνα. Eloeim no es un demiurgo que ocupa el grado más bajo; es, aunque ignorante, el señor y padre de los ángeles. La trinidad de los principios corresponde á la trinidad neoplatónica (§ 84). El nombre de los ángeles que rodean á Edén, como Babel, Achamoth (frecuente en otros gnósticos, §§ 121 y sig.), Naas (נחש), Bel, Belias, Satán, Pharao, son ciertamente sacados de la Biblia; por lo demás, los pasajes bíblicos abundan aquí, tales como éste, Is., I, 23 (el cielo y la tierra representan el espíritu y el alma en el hombre); estas palabras: *Israel me non cognovit*, son explicadas así: Si Edén hubiese sabido que yo estaba cerca de Agathos, no hubiera castigado en el hombre el Pneuma, á causa de la ignorancia del Padre (Eloeim). Este pasaje de Oseas, I, 2, se explica así: ἐκπορνεύουσα ἡ Ἐδὲμ ἀπὸ τοῦ Ἐλωεὶμ.

Justino tenia igualmente á la vista autores paganos y sobre todo Herodoto, IV, 8-10; utilizó, no solamente los mitos de Hércules, sino tambien el del cisne de Leda, el de Danae, Ganímedes y el águila (Adán y Naas).

Philos., cap. XXVII, p. 150: οὐδενὶ τούτῳ κακῷ χείρονι ἐνέτυχον.

El sistema de Basílides, tal como está presentado en los Philosophumena, tiene afinidad: 1.°, con la emanacion panteista de lo universal; 2.°, con la confesion del grande arconta (en este sistema Eloeim); 3.°, con la separacion de dominio entre el Dios supremo y el Dios inferior; 4.°, con la mision de Jesucristo de libertar las naturalezas pneumáticas; 5.°, con la doctrina que explica sus sufrimientos, diciendo que su cuerpo terrestre volvió á la materia; 6.°, con la falta de éxito de los esfuerzos del mosaísmo; 7.°, con la obligacion de mantener secreta la doctrina.

Las sectas ofíticas.

121. Los ofitas (hermanos de la serpiente, naasenios) traen su nombre de la serpiente, que desempeña en su doctrina tan considerable papel. Aparecen desde el primer momento divididos en muchas sectas: su principio es Bythos (profundidad), nombrado tambien luz primitiva, hombre primitivo, la idea de la humanidad ó simplemente el eon; tiene por contradictoria á la materia eterna. Su primera emanacion es el primer hombre, el hombre por excelencia, Adamas, lleno de luz y de claridad, hombre y mujer juntamente *(Ennoia, Sigé)*. Viene en seguida el segundo hombre, el hijo del hombre; despues una tercera divinidad femenina, el Espíritu Santo, la primera mujer, la madre de los vivientes, la sabiduría suprema *(Sophia)*. Enamorados de su belleza el primero y segundo hombre, uniéronse á ella y engendraron la naturaleza luminosa y masculina perfecta, el celestial Jesús. Como había más luz que la que exigía la formacion de una persona divina, pero no bastante para dos, produ-

jeron con lo que sobró, un sér femenino defectuoso, Prúnicos, la sabiduría inferior, Achamoth, llamada la Izquierda.

Ahora bien: miéntras que Cristo entraba en el seno de Bythos (Pleroma) con el Espíritu Santo y con el primero y segundo hombre, y componían éstos una iglesia santa y verdadera, un cuarto sér divino, la sabiduría inferior fué precipitada en el cáos, en las profundidades de la materia á través de las aguas, las tinieblas y el abismo, y se convirtió en el principio vivificante y ordenador de estas profundidades. Allí engendró á Jaldabaoth (hijo del cáos), el demiurgo, sér limitado, egoísta, pero prudente, poderoso é inmortal. Este hijo conocía muy poco á su madre Achamoth, que había recibido en el agua un cuerpo pesado é incómodo, pero que despues de haber reconocido sus extravíos, y recogido sus fuerzas, *fortificada por un rayo de luz descendido de lo alto*, se levantó por cima del cáos, fundó el cielo aéreo, se despojó de su cuerpo acuoso, y obtuvo tranquila y feliz morada en el lugar intermedio.

Jaldabaoth engendró un hijo, Jao, que fué el padre del gran Sabaoth, el cual engendró á Adoneus. Dieron nacimiento á Eloeo, Horeo y Astopheo, que formaron una ogdoada. Cada uno de estos siete espíritus creó para sí, á imitacion de Jaldabaoth, un reino aparte (los siete planetas). Jaldabaoth, cuya ambicion causó la rebelion de sus descendientes, arrojó en su cólera una mirada sobre la materia tenebrosa, y engendró bajo la forma de serpiente un nuevo hijo que su astucia hizo llamar *Nows*. Produjo además en gran número otras criaturas, cuya vista le arrancó esta exclamacion orgullosa: «Yo soy el padre, yo soy Dios, nadie hay por encima de mí.» Su madre le advirtió que no mintiera, porque el primer hombre y el hijo del hombre estaban por encima de él.

Para impedir que se fijara en ellos la atencion de los espíritus planetarios, el demiurgo les propuso crear un hombre á su imágen [1]. Bajo la inspiracion de la sabiduría crearon un hombre muy grande y muy gordo, que no podía tenerse de pié y estaba condenado á arrastrarse como un gusano. Jaldabaoth, por instigacion de sus seis hijos, á quienes había aconsejado Prúnicos, infundió en este hombre el espíritu de vida, pero se privó á la vez de sus fuerzas superiores. El hombre, dotado desde entónces de inteligencia y voluntad, se dirigió hácia las alturas, reconoció al Dios Supremo, al primer hombre, y le glorificó sin cuidarse de sus primeros criadores, los espíritus planetarios. Entónces el demiurgo creó á Eva con la concupiscencia, á fin de arrebatar su fuerza á Adan; pero su madre aconsejó á los príncipes de los planetas, que la sedujeran, y ellos se

1 *Gen.*, I, 26.

prestaron á hacerlo. Eva engendró entónces hijos que fueron llamados ángeles y entraron con ellos en sus reinos.

Adan y Eva recibieron de Jaldabaoth un mandato [1] que ellos quebrantaron *luégo que los instruyó Ophiomorphos*, enviado por Prúnicos. Entónces fueron inundados de una ciencia superior; pero Jaldabaoth, irritado contra ellos, les arrojó del paraíso, é hizo igualmente sentir el peso de su maldicion á su hijo, el espíritu de la serpiente (que engendró seis hijos y formó con ellos en el mundo subterráneo una hebdomada de demonios). Pero la sabiduría velaba sobre los hombres; ella los alimentaba, fortificaba y protegía contra Jaldabaoth y contra el espíritu de la serpiente, que no les era ménos hostil; salvó á Noé y á los suyos de la grande inundacion suscitada por su hijo. Éste entró en comunicacion con Abraham, despues con Moisés, y dió la ley (en cualidad de Dios de los judíos).

En seguida los príncipes de los planetas buscaron tambien enviados y profetas entre los judíos, y así como el Dios de los judíos, Jaldabaoth, había escogido á Moisés, Josué, Amos y Habacuc, Jao escogió á Samuel, Nathan, Jonás y Miqueas; Sabaoth, á Elías, Jöel y Zacarías; Adoneo, á los cuatro grandes profetas; Eloeo, á Tobías, Aggeo, etc. La sabiduría reveló tambien por su boca gran número de cosas sobre el primer hombre y sobre la futura redencion; ella se dirigió á su madre, el Espíritu Santo, y obtuvo que el Cristo celestial, su hermano, fuese enviado en su auxilio.

En este intervalo, la sabiduría preparó sobre la tierra el nacimiento de Juan, hijo de Isabel, y el de Jesús, hijo de María, por el intermedio de su hijo, que nada sospechaba. Uno y otro eran perfectos, pero Jesús era más justo y sabio. El Cristo descendió á través de los siete cielos bajo la forma del ángel Gabriel, se hizo semejante á los príncipes de cada uno de ellos, y se apoderó de sus elementos divinos; luégo se unió á su hermana la sabiduría, á la cual se apareció como su esposo [2], y entró con ella en Jesús despues del bautismo de ésto; de suerte que Jesús obró desde entónces milagros y prodigios y anunció al Padre desconocido.

Jesús reunía en sí tres clases de hombres, los espirituales, los anímicos y los corporales. Jaldabaoth y los príncipes de los planetas sublevaron á los judíos contra él y le hicieron crucificar. Aquí el Cristo y la sabiduría abandonan á Jesús para entrar de nuevo en la pleroma, donde son actualmente cinco personas divinas; pero enviaron á la tierra una virtud que sacó á Jesús de la muerte, y le resucitó en un nuevo cuerpo celestial. Jesús permaneció aún largo tiempo (18 meses) sobre la tierra; despues

---

1 *Gen.*, II, 16 y sig.

2 *Joan.*, III, 29.

subió al cielo á la derecha de Jaldabaoth (que no pudo verle) para introducir las almas creyentes en el reino de la luz.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 121.

OFITAS. — Antiguas obras, en J.-N. Gruber, Die Ophiten, Wurzbourg, Inauguraldissertation, 1864, p. 5 y sig. Véase *Lipsio*, *Hilgenfelds* Ztschr., 1863, IV, 1864, 1. El nombre de Ναασσηνοί (de נָחָשׁ, serpiente), Philos., V, 6, se halla igualmente en Teodoret., Hær. f., I, 13, in lib. IV Reg., XLIX (Op. 1, 543, ed. Schulze). Procopio de Gaza in IV Reg., XVIII, 4 (Migne, t. LXXXVII, p. 1196) lleva Ἐσθηνοί = Ὀφῖται. Teodoret., Hær. f., I, 13, da tambien este nombre á los barbeliotas (Iren., I, 29), que tienen ciertamente afinidades con ellos, miéntras que llama ofitas, (c. XIV), á los setianos, que son una de sus ramas. *Orig.*, Contra Cels., VI, 28, llama á los ofitas Ὀφιανοί, de ὄφις. Véase *Clemente Strom.*, lib. VIII, fin. Segun Hipólito, V, 11, se llamaban á sí mismos gnósticos. Lib. VIII, 20, se dice que los cainitas, ofitas y noachitas son omitidos de propósito; los ofitas y naasenios aparecen allí como distintos. Es probable que el nombre de uno de estos partidos (por ejemplo el de los cainitas) pasó poco á poco á toda la secta. Entre los latinos, como en Aug., De Gen. contra Maniq., II, 39, eran llamados tambien *serpentini*.

Hay *diversas* opiniones sobre su orígen. Baur, p. 196, n. 36, se inclina á dar á los ofitas existencia anterior al Cristianismo, aunque no de orígen judío (p. 194). Orígenes, loc. cit., señala por su fundador á *un cierto Eufrates*, *el mismo* á quien los Philosophumena (V, 12, X, 10), hacen autor de los Peraticienos (más abajo 125), con Ademes ó Akembes (al. Kelbes). *Cf.* Theod., *Hær. fab.*, I, 17; *Gruber*, p. 12 y *sig. Segun unos*, Siria sería la patria de la secta; segun otros, Egipto. Había tambien ofitas en Galacia (Hier., Com. in Gal.). Publicáronse contra ellos leyes en 428 y 530, Cod. Just., I, De Hær., L V, 18, 19, 21. Sus divisiones son mencionadas, Iren., I, XXX, 15; Philos., V, VI, IX, XI, p. 94 et seq., 128; Theod., Hær. fab., I, 14.

El Bythos, segun lo muestra claramente Teodoreto, es concebido como la morada del hombre primitivo (*archanthropos*); los elementos de la materia son el agua, las tinieblas, el abismo y el cáos. Primera tetrada en Iren., loc. cit., n. 1, 2. Achamoth (חכמה) se llamaba tambien Μήτηρ (se hacía intervenir aquí los mitos griegos, Epif. Hær. XXVI, n. 16), despues Prunikos (lo más frecuente como amor impuro, Pornie, apostasía de Dios; cf. Epif., *Hær.* XXV, n. 4), *despues Aristera*, que era andrógina.

Sobre ella y su hijo Jaldabaoth (בהוית ילדא), Iren., loc. cit., n. 3-5.

La sucesion de los hijos de Jaldabaoth es distinta en Orígenes, Contra Cels., VI, 31 y sig., de la que señala San Ireneo, n. 5. Comienza de abajo á arriba por Adonai (אדני), el cuarto en San Ireneo, y Jaldabaoth pasa por Jao (יהוה), señor de la luna, llega á Sabaoth (Iren., III), y acaba en Astafeo, Eloeo, Oreo. Sobre el Ophiomorphos (Samuel y Miguel), de donde salieron el *olvido*, la malicia, la envidia, la discordia y la muerte, véanse Iren., n. 5, 8, 9; Epiph., Hom. XXXVII, n. 4; Theod., loc. cit. Sobre el resto, véase Iren., n. 6-14.

Los naasenios.

122. Hay grandes variedades, modificaciones numerosas en los diversos partidos de los ofitas. *Algunos conciben á la serpiente como buena*, como condicion de la existencia de todos los séres y la adoran verdaderamente. Los naasenios (descritos por los Philosophumena), que transformaron probablemente la antigua teoría en sentido estético y panteista, señalaban á la serpiente el mismo papel que segun San Ireneo *atribuían á Achamoth, ó sea el de producir la vida en el mundo subterráneo.* Aquí tambien vemos la apoteosis del hombre, la antropolatria vivamente acentuada; la sabiduría inferior es análoga á la tercera filiacion de los basilidianos. Al lado de la «Iglesia Santa y verdadera,» se distingue tambien en las esferas inferiores una triple Iglesia, la elegida (angélica), la llamada (anímica) y la cautiva (*terrestre*). *El ternario se encuentra* generalmente doquier, por ejemplo, en el hombre primitivo (comparado á Gorion), en el cual se distingue el espiritual, el anímico y el material; en Jesús, por medio del cual tres sustancias hablaban á tres clases de hombres. El cuerpo humano, segun las numerosas leyendas populares que se invocan, habría salido espontáneamente de las fuerzas de la naturaleza (autoctonas) y su generacion sería incnarrable [1]. En cuanto á las almas no se está de acuerdo en si provienen de sí mismas ó del cáos ó de un sér anterior y eterno. El cerebro del hombre está rodeado de envolturas como el cielo mismo; así Edén se distingue del paraíso como la cabeza se distingue del cuerpo humano.

Los cuatro ríos que salen del torrente de Edén [2] representan la vista, el oído, el olfato y la boca, y forman el agua que está por encima del firmamento [3], el agua viva [4], hácia la cual toda criatura es atraída. Esta manera alegórica y arbitraria de interpretar la Biblia era aplicada por los naasenios igualmente á los mitos griegos que á los textos de los poetas; tenían tambien salmos é himnos particulares escritos en lengua oscura y misteriosa; porque su costumbre era inspirar respeto y terror por medio de un lenguaje ininteligible. Toda su doctrina se componía de elementos griegos, asirios y caldeos. Sus jefes se referían á una tal Mariana que habría aprendido estos misterios de labios de Santiago, hermano del Señor, así como en el Evangelio segun Santo Tomás, y en el Evangelio segun los egipcios.

---

1 *Is.*, LIII, 8.
2 *Gen.*, II, 10 y sig.
3 *Gen.*, I, 7.
4 *Joan.*, IV, 15.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 122.

Philos., V, VI, XI, p. 94-124. La serpiente es representada como sustancia húmeda, buena, que todo lo contiene dentro de sí, como *el cuerno* del unicornio (Deut., XXXIII, 17), que á todo comunica su gracia y belleza. El culto de la serpiente entre las sectas se explica: *a.*, por sus relaciones con los misterios paganos en que la serpiente tenía significacion simbólica (*Dœllinger*, Eident., p. 162, 523 y 625); *b.*, por la glorificacion del pecado original, al cual excitaba la serpiente (Gen., c. III), prometiendo un conocimiento superior. Se invocaba tambien á Matth., X, 16, donde se leía ὡς ὄφις (Epif., Hom. XXXVII, n. 7), y se recordaba la semejanza entre ναάς (serpiente) y ναός (templo). Phil., V, IX, p. 120. Un partido tomaba la serpiente por Sophia ó al ménos por su símbolo. Iren., I, XXX, 15; Epif., loc. cit., n. 5; Theod., loc. cit. *Las entrañas* del hombre, en su forma tortuosa, eran signo del espíritu que se mueve en todos los órdenes de la naturaleza y engendra la vida. Otros honraban en la serpiente á Jesucristo, que descendió en esta forma para rescatarnos y era *simbolizado por* la *serpiente* de bronce del desierto (Num., XXI, 8, Joan, III, 14 y sig., Aug., loc. cit., XXVI; De hær., cap. X; Theod., loc. cit.). Esto es cierto, sobre todo de los sethianos y peráticos (más abajo, §§ 123, 125). Otros ponian *la serpiente por encima* de Cristo, en cualidad de Adamas ó ama del mundo (Append. ad Tert. praescr.). Salmo de los naasenios en Phil., p. 122, 123. (Véase Gruber, p. 144-146.) Se citan como nombres sublimes desde luégo: Καυλακαῦ (más abajo, § 118 b, 11 γ), Σαυλασαῦ Ζεησάρ. Creian que expresaban los tres principios del mundo: 1.º, Adamas, que está arriba; 2.º, la naturaleza, que está abajo; 3.º, el Jordán bisexual, que corría en alto. El gran Jordán, que corría por bajo y que impidió á los hijos de Israel salir de Egipto, es decir, la separacion de las cosas inferiores respecto á los cuerpos, fué vuelto *por* Jesús y corrió en alto donde se halla el Génesis espiritual. San Epifanio, Hær. XXV, n. 4, explica Saulasau por *tribulationem super tribulationem*; Zeesar, por *adhuc paululum exspecta*.

El diagramma ofítico de que habla Orígenes, contra Cels. VI, 24-38, contenía en una de sus secciones imágenes, figuras, nombres representativos de tres regiones: *a.*, el pleroma, «la verdadera Iglesia;» *b.*, los siete espíritus planetarios; *c.*, el mundo *inferior*; en la otra, oraciones á los príncipes de los planetas, que deben hacer entrar apaciblemente en su imperio á las almas que salen de este mundo y llevarlas *de allí* á mayor altura. Se ve allí citado no solamente á Bythos, con el amor y la vida, á Adamas y su hijo, al Espíritu Santo y Jesucristo, á Sophia y la Providencia, *sino tambien á los siete príncipes* de los planetas y despues «freno de la malicia,» los seis hijos de Ophiomorphos con los siete demonios de la tierra: á Miguel (*con la forma de leon*), Suriel (*toro*), Rafael (*serpiente*), Gabriel (*águila*), Thautabaoth (oso), Erathaoth (perro), Taphabaoth ú Oniel (asno), enemigos del hombre. San Epifanio (Hær. XXVI, n. 10), á *pesar de gran número de* divergencias, está de acuerdo con esto en multitud de partes. Hay tambien dudas respecto á si profesaban *la* metempsicosis, *Orig.*, *loc.* cit., c. XXI. *Cf.* Pistis Sophia (§ 123), p. 143, 144. Sobre Mariana, que, segun Celso, tambien había fundado una secta (Orig. V, 62), véase *Philosoph.*, *V*, *7*; *X*, *9*. *Los Evangelios* καθ' Αἰγυπτίους y κατὰ Θωμᾶν, son mencionados aqui, p. 100 y sig. Segun la Pistis Sophia, p. 47-49, los apóstoles Tomás, Felipe (pasaje del *Evangelio* de Phil. en Epifanio, Hær., XXVI. n. 13) y Mateo habrian recibido la órden y el *poder* de transcribir las doctrinas y los actos de Jesucristo.

Los sethianos.

123. Hallamos en la *Pistis-Sophia,* conservada en lengua copta, un sistema de panteísmo medianamente desarrollado segun los principios ofíticos, mezclado con multitud de accesorios y adornos que son el preludio del maniqueísmo. Las vicisitudes de Sophia son narradas allí con muchas lamentaciones por Cristo resucitado, al cual se presenta como enseñando durante once años en medio de sus discípulos. Otras sectas nos ofrecen tambien ramificaciones del ofitismo. Estas son: 1.º, los sethianos, llamados así porque consideraban al hijo de Adán, Seth, como el padre de los pneumáticos, el cual habría aparecido en Jesucristo á ruegos de Sophía. El ternario domina tambien entre ellos. Admiten tres principios de las cosas: en alto, la luz; en bajo, las tinieblas; en medio, el espíritu incorruptible. Cada uno de los tres se halla provisto de fuerzas infinitas. El espíritu no es un soplo que proviene del movimiento del aire, sino un perfume de bálsamo ó de incienso; las tinieblas son un agua espantosa, pero inteligente, que pone toda su fuerza en atraer á sí por el perfume del espíritu un rayo de la luz, á fin de fortificarse, miéntras que la luz y el espíritu se dedican á concentrar en ellos todas las fuerzas y á retenerlas. Lo mismo que un sello imprime su forma en la blanda cera, así tambien la accion recíproca (concurso, syndroma) de los tres séres fundamentales, produce formas que se les asemejan: al principio la forma y sello del cielo y de la tierra, luégo la multitud innumerable de séres vivientes, en los cuales se distribuye con la luz de lo alto el perfume del espíritu.

El primer principio fué sacado del agua; soplo impetuoso, causa de toda generacion y movimiento, levantó las aguas y amontonó las ondas, cuyo movimiento produjo al hombre. Cuando el seno maternal de estas ondas se hizo fecundo y se vió provisto de la fuerza generativa femenina, recibió una luz derramada desde lo alto con el perfume del espíritu, el *Nous.* Esta luz es el dios perfecto; habiendo descendido de la luz no engendrada y del espíritu, penetra en la naturaleza humana como en un templo por la fuerza de la naturaleza y por el movimiento del aire; nacida del agua mezclada con los cuerpos, es la sal de la creacion, la luz de las tinieblas, y trabaja por libertarse de los cuerpos.

Todos los cuidados de la luz superior tienden á libertar al *Nous* de la muerte que espera á los cuerpos malvados y tenebrosos, y del padre inferior el impetuoso viento, el cual por sus silbidos es semejante á la serpiente. Cuando este seno maternal impuro ha recibido la luz y el espíritu, el viento, es decir, la serpiente, el primogénito de las aguas, penetra en él y engendra al hombre.

De aquí proviene que el logos haya tomado la forma servil de serpiente, á fin de engañar á la serpiente misma, soplo de las tinieblas, y librar en el seno de la vírgen al gérmen de luz divina, al *Nous*. Cuando el logos penetró en los misterios impuros del seno maternal, éste fué purificado y bebió el cáliz de la vida, que debe beber quien quiere deponer la forma de esclavo y recibir la vestidura celeste. Los sethianos hallaban su ternario en el Exodo, x, 22, en el Paraíso (Adán, Eva, la serpiente), en los tres hijos de Adán y de Noé, en los tres patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, en los tres días que preceden á la luna y al sol, en la *triple* ley que prohibe[1], permite[2] y castiga[3]. Esta doctrina, en favor de la cual se aducía una paráfrasis de Seth, se apoyaba, segun dicen, en los misterios paganos, en Museo, Lino, Orfeo y Homero.

OBRAS DE CONSULTA Y *OBSERVACIONES* CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 123.

Pistis Sophia, Opus gnosticum Valentino adjudicatum, e cod. ms. coptico, Lond., descripsit et lat. vertit M. G. Schwartze, ed J.-H. Petermann, Berol., 1852, *escrito en* el antiguo dialecto sahidiano, hácia el tercer siglo. Su orígen ofítico es atestiguado: 1.°, *por* la multitud de nombres bárbaros particulares á los ofitas (p. 323, 325 y otras); 2.°, por el papel *designado* á Sophia, y por sus cantos penitenciales μετάνοιαι, p. 31-114; 3.°, por la descripcion del ángel con rostro de leon, tal como lo conocía Celso, y se hallaba entre los ofitas, segun *Orígenes*, VI, 30; VII, 40; 4.°, por la presencia de Jaldabaoth, que es llamado aquí dios del fuego, lo mismo *que* entre los naasenios, Philosoph., p. 104; 5.°, por la mencion de Jao, Sabaoth, Miguel, *Ophiomorphos* (p. 83, 225, 241, etc.); 6.°, por el nombre de Adamas (p. 88, 89 col.; Phil., p. 94, 104, 114); 7.°, por el frecuente empleo del símbolo del perro y del cocodrilo (p. 161, 200 y sig.); 8.°, por el papel *señalado* á San Juan Bautista (p. 9, 10, 80 col.; Iren., loc. cit., n. 12; Epif. Hær., 26, n. 6 y sig.), etc.

Segun este libro, Jesús halló á Sophia *en* la tristeza, porque estaba por bajo del Eon 13.° (24 eones emanaron del padre primitivo y de los dos *séres* adornados de tres fuerzas que le rodean), que era su verdadera mansion, á la cual no podía llegar, despues que descontenta á la vista de la luz superior, engañada y rechazada por la cólera de los demás arcontas, había sido precipitada en el caos. Jesucristo libró poco á poco á Sophia, perseguida con frecuencia por la serpiente misma, la llevó á su morada, y despues la hizo entrar.

Los cantos penitenciales de Sophia y la mayor parte de las paráfrasis de los salmos *presentan* sobre el pecado, el arrepentimiento, la gracia y la retribucion una doctrina más *pura* que las *otras* ramas de este grupo. Kœstlin, Das gnost. System. d. II, Σ; Zallers Jahrsb., 1854, 1 y sig.; Lipsio, op. cit.

Σηθιανοί, Phil., V, 19-21; X, 11; Sethoitæ, en el Append. ad. Tert. praescr., c. XLVII; Sethiani en Epif., Philastr. Dam. — San Epif., Hær. XXXVII, 39, los

---

1 *Génesis*, II, 16 y sig.

2 *Ibid.*, XII, 1.

3 *Exodo*, XX, 13 y sig.; *Deut.*, V, 17.

distingue de los ofitas; Teodoret., Hær. f. I, 14, los confunde con ellos. Segun San Epifanio, Hær. XXXIX, 3, creían que la raza pura de Seth debió ser la única que se salvó del diluvio; pero los malos ángeles que formaron el mundo y se mezclaron con los hijos de los hombres, llevaron secretamente al arca á Cham, engendrado por otra fuerza, y propagaron de esta suerte el mal, hasta que apareció Seth-Cristo. Siete libros atribuídos á Seth, y otros á Abraham y Moisés, son aquí mencionados, ibid., n. 5.

Los cainitas.

124. Caín era para los cainitas, lo que Seth para los sethianos, el favorito del Señor que le había adornado de conocimientos superiores. Admitían dos fuerzas, la sabiduría superior *(Sophia)* y la sabiduría inferior *(Hystera)*, creadora del mundo visible. Adan y Eva fueron creados por ángeles. Ambas fuerzas engendraron en Eva dos hijos: Caín, la fuerza superior, y Abel, la inferior; éste último, que era el más débil, fué muerto por Caín, más fuerte y valeroso. El privilegio de Caín tocó primero á la serpiente, luégo á Cham, á los sodomitas, á Esaú, á Coré, en una palabra, á todos los que el Antiguo Testamento ha anatematizado, y eran odiados por el Criador á causa de su ciencia, pero amados por la Sabiduría. Júdas Iscariote era segun los cainitas el solo verdadero Apóstol; pretendían tener de él un Evangelio, que oponían, con la «Ascension de Pablo al tercer cielo,» á las Escrituras del Nuevo Testamento. Por odio contra el Dios de los judíos, y como medio de adquirir a virtud, toleraban toda suerte de crímenes, de los cuales cada uno tenía su ángel tutelar. Maldecían á Jesús como el Mesías psyquico, y le oponían sin duda el Cristo pneumático, que procedía de Sophia, y de quien Júdas era el verdadero Apóstol.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 124.

Cajani, Cajanistæ. Iren., I, XXXI, 1, 2; Ap. ad Tert. praescr., loc. cit.; Epif., Hær. XXXVIII; Teod., Hær. fab., I, 15. Orig. Contr. Cels., III, 13, nombra á los cainitas al mismo tiempo que á los ofitas como herejes. Los Philosoph., VIII, p. 276, no les citan sino de paso al lado de los ofitas y noaquitas (que ponían probablemente á Noé en vez de Seth). Lo que Orígenes, Contr. Cels., VI, 28, dice de la maldicion de Cristo, se aplica no sin razon á los cainitas (Massuet, loc. cit., a. 3. XV, n. 157). Diversas opiniones sobre Jesucristo, en Epif., loc. cit., n. 3.

Los peraticienos.

125. Los peraticienos ó peráticos admiten por doquiera el número ternario. Así la divinidad, el mundo y el Cristo están divididos en tres. La primera division del mundo, uno en principio, es la triada. Su primera

parte es el bien perfecto, la grandeza paternal; la segunda la plenitud de las fuerzas infinitas; la tercera el mundo tomado aparte (Cosmos idícos). La primera parte no es engendrada, la segunda se engendra de sí misma, la tercera es engendrada. Hay tres dioses, tres *Logos*, tres *Nous*, tres hombres para las tres partes del mundo. El tercer mundo, el principio de las cosas pasajeras, perecerá un día para dar lugar al primero y al segundo. El agua es el elemento destructor donde todos los ignorantes (los egipcios) hallan la muerte. Salir de Egipto es abandonar el cuerpo.

Desde los dos mundos superiores han sido arrojadas al nuestro (el tercero) toda clase de semillas ó de fuerzas. En los días de Heródes un hombre vino de la primera parte del mundo; era el Cristo que reunía en sí tres naturalezas, tres cuerpos y tres fuerzas, y con ellos la plenitud de la divinidad [1]. Descendió al mundo inferior, á fin de salvar todo lo que está dividido en tres, porque lo que desciende de lo alto vuelve á subir allí, pero todo aquel que le ha tendido asechanzas es castigado y eliminado. Lo que el Cristo salva son las dos partes primeras del mundo, ó sea la no engendrada y la que se engendra á sí misma. Todo está compuesto del Padre, del Hijo y de la materia, y cada uno de los tres posee una fuerza infinita. Entre el Padre que está en alto, y la materia que está en bajo, el Hijo, el Verbo, la *serpiente*, ocupa el lugar intermedio; siempre está en movimiento hácia el Padre inmóvil y hácia la materia que se mueve. La materia recibe por medio del Hijo la impresion de las ideas del Padre. El Hijo ó la serpiente es el principio generador, el río que corrió de Edén, el signo grabado sobre Caín para preservar sus días, la fuerza que obedecía á Moisés, la vara que fué cambiada en serpiente, el sabio discurso de Eva, el tipo de la serpiente levantada por Moisés, el gran principio por el cual todas las cosas han sido hechas [2], en el cual estaba la vida (Eva), que apareció ante nosotros en tiempo de Heródes bajo apariencias humanas, segun estaba figurado en Josef, el cual fué vendido por sus hermanos, y tenía una túnica de varios colores. Asistimos aquí á un verdadero culto de serpiente.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 125.

Los peráticos son mencionados en Clem. Strom., VII, 17, entre los sectarios que sacan su nombre ἀπὸ τοῦ τόπου. Se les llamaba tambien peratas porque pretendían poder solos pasar περᾶσαι, á través de la corrupcion φθορά, que había inficionado el resto del mundo. Segun los Philosophumena, V, 12, la secta permaneció

1 *Coloss.*, II, 9.
2 *Joan.*, I 1 y sig.

mucho tiempo desconocida; la multitud de nombres bárbaros que se encuentran en ellas, como entre las otras ofitas, opone grandes dificultades á la exposicion de su doctrina.

Philos., V, XII, 18; X, X; *Theod., Hær. fab., I, 17*; Baur, *Das Christ.* der drei ersten Jahrb., p. 177 *y sig.*; Vagmann, Die Philosoph. u. die Peraten (Ztschr., f. hist. Theol., 1860, II).

Los barbeliotas.

126. Los barbeliotas sacan su nombre del eon femenino Barbelo, madre de todos los vivientes, que recibió la revelacion del Padre inefable. Tenía delante de sí el pensamiento del Padre *(Ennoia)*, el cual llevaba consigo la presciencia *(prognosis)*. En cuanto apareció, fué seguida de Aptharsia (la incorruptibilidad) y de la vida eterna (Zoe). Barbelo se alegró de ello y engendró una luz semejante á Aptharsia, de donde procede la iluminacion y la generacion; el Padre la perfecciona ungiéndola con su bondad. Esta luz es el Cristo que recibió el *Nous* para asistirle.

Del Padre emana el Logos. Ennoia y Logos, Aptharsia y el Cristo, Zoe y Thélema, Nous y Prognosis se unieron en parejas. La parte femenina es casi siempre la que impera en ellas. Ennoia y Logos produjeron por emanacion á Autógenes, que se unió á su hermana Aletheya. Aptharsia y el Cristo produjeron cuatro luces que rodean á Autógenes, de la misma manera Zoe y Thélema engendraron cuatro potencias que sirven á estas cuatro luces. Autógenes dió nacimiento al hombre perfecto (Adamas), así como á la gnosis perfecta que se une á éste; de su union resultó el árbol de la ciencia [1].

El primer ángel que rodeaba al hijo único (Autógenes se llama tambien Monógenes), engendró el Santo Espíritu llamado tambien Sophia y Prúnicos. Esta, Prúnicos, despues de haber buscado vanamente un esposo, produce en fin una obra donde reinaba la ignorancia y desenfrenado orgullo, el pro-arconta ó demiurgo, padre de la malicia, de la envidia, etc., que se creía Dios Supremo. Cuando este demiurgo creó ángeles, fuerzas y potencias, Sophia subió á las alturas y completó así la santa ogdoada. Aquí, la doctrina ofítica, muy fácil de reconocer todavía, se ha trasformado probablemente bajo la influencia de otros sistemas gnósticos. Se dice que los barbeliotas, áun entre los gnósticos mismos, no tenían iguales en punto á inmoralidad.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 126.

San Ireneo, I, 29, escribe Barbeliotæ (del siriaco Barbelo, *ἐν τετράδι θεός*); *Theod.*, I, 13, añade Borboriani, Naassini, Stratioci, Phemionitæ; San Epifanio, Hær.,

1 *Génesis*, II, 9.

xxvi, que los designa como los gnósticos por excelencia, los llama tambien (I), n. 3. *Coddiani* (*codda — paropsis, catinus*) *y cree que este nombre les viene de que* nadie quería comer con ellos, á causa de su impureza. En Egipto eran llamados, dícese, stratióticos y phibionítas; en *otras partes* zaqueos *ó barbelitas*. Segun San Epifanio, tenían orígen de los nicolaitas; segun Teodoreto, de los valentinianos. Es posible que el sistema de estos últimos influyera sobre ellos, pero su orígen ofítico está probado por el nombre de Adamas, al cual colocaban por bajo de otros séres superiores: por el árbol de la vida y de la ciencia; por la exaltacion del demiurgo, en todo semejante á Jaldabaoth; por Barbelo, que se halla tambien en Pistis *Sophia, p.* 34, 78, 81; *por Prúnicos y por los nombres* bárbaros, *de que San Jerónimo*, Ep. LIII, al. 20, ad Theod., vid., decía: « Nequaquam suspiciens Armagil (Raguel s. Harmogenes), Barbelon, Balsamum et ridiculum Leusiboram caeteraque magis portenta quam nomina, quae ad imperitorum et mulierculárum animos concitandos et quasi de hebraicis fontibus hauriunt, barbaro simplices quoque terrentes sono, ut quod non intelligunt plus mirentur, » y en fin, *por los libros*, ciertamente ofíticos, que empleaban, como Νωρία (supuesta mujer de Noé, cf. Epiph., loc. cit., n. 1); por el Evangelio de Eva (ibid., n. 2, 3); por las preguntas de María *y las otras* esparcidas *bajo el nombre* de Seth; por las revelaciones de Adan (ibid., n. 8); por los γέννα Μαρίας (n. 12); por el Evangelio, segun Felipe (n. 13).

Monoimos.

127. El árabe Monoimos *intentó* dar al sistema ofítico un sello más acentuado de panteísmo, mezclando con él la teoría de los números de Pitágoras. Exclusivamente dedicado *á la astronomía y á las matemáticas*, concebia al hombre como el sér supremo y como la razon de todas las cosas, y hacía derivar de él todo cuanto existe; el hombre lo era todo á sus ojos; era Dios mismo. Al hombre añadía el hijo del hombre, como verdadero creador del mundo, *salido de una parte de su sér*. El hombre es la unidad donde se concilian todas las contradicciones; el hijo del hombre no es personalmente distinto de él; cada hombre en particular es para sí mismo su Dios; el mundo no es otra cosa que el desenvolvimiento del hombre. La iota, en cuanto representa la *cifra* 10 *(decas)*, es la imágen del hombre primitivo invisible y el número dominante.

El hijo del hombre, fundamento de la unidad, del número 10 y de todos los números, es al mismo tiempo padre y madre; — dos nombres inmortales. Así como todos los números están contenidos en la iota, plugo á Dios hacer habitar en el hijo del hombre toda la plenitud de la divinidad [1]. De la composicion de los números, hecha con esta simple iota, han nacido las hypostasis corporales. La creacion entera se representa al hijo, á quien no conoce, como la produccion *de un sér femenino;* rayos

1 *Coloss.*, I, 19.

oscuros, partiendo de ésto, se acercan al mundo, se adhieren á él y determinan las variaciones y orígenes de los séres.

El mundo fué creado en seis días, es decir, en seis fuerzas, contenidas en la iota. El sétimo, día de reposo, ha sido creado por la hebdomada. La tierra, el agua, el fuego, el aire, provienen de la iota, y sus figuras, de los números contenidos en la iota. Para mostrar la importancia de la iota, se alegan las diez *plagas* de Egipto, los diez mandamientos, las diez categorías de Aristóteles, etc. El hombre, decía Monoimos, no debe buscar á Dios fuera de sí, sino en sí mismo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 127.

Philos., VIII, XII-XV, p. 269-273; X, XVII, p. 325 et seq.; Theod., Hær. fab., I, 18. Carta de Monoimos á Theofrasto, Phil., VIII, 15.

Los arcónticos.

128. Los arcónticos, que habitaban en Palestina y Armenia y tenían muchos falsos profetas, admitían siete cielos, cada uno de los cuales tenía un príncipe (arconta) rodeado de sus ángeles. En el octavo cielo, elevado por encima de los otros, tiene su trono la madre de la luz (Photeine). El tirano de los siete cielos, Sabaoth, ocupa aquí el lugar de Jaldabaoth, dios de los judíos; el diablo, hijo de Sabaoth, resistió á su padre, y engendró en Eva á Caín y Abel, que imitaron á su padre se sintieron animados de odio y de envidia y se dividieron á causa de su hermana. El verdadero hijo de Adán y de Eva fué Seth, á quien la fuerza superior arrebató hácia sí y envió largo tiempo despues á este mundo provisto de un espíritu y de un cuerpo, de manera que las potencias inferiores nada pudiesen contra él. Reconoció al Dios Supremo y rehusó adorar al demiurgo. (Notáse aquí grande afinidad con los sethianos, cuyos libros eran consultados por la secta.) Las almas de los gnósticos que han escapado al poder de Sabaoth y de sus príncipes, los cuales están obligados constantemente á alimentarse de almas, suben hasta los imperios celestes, se excusan con los príncipes por medio de plegarias y llegan así hasta la madre superior de la luz.

Algunos de estos sectarios derramaban sobre la cabeza de los difuntos agua y aceite á fin de hacerlos invisibles á las potencias enemigas. Rechazaban los Sacramentos de la Iglesia porque eran administrados en nombre de Sabaoth, dios de los judíos. Algunos practicaban grandes austeridades, otros vivían en el libertinaje. Admitían la resurreccion del alma y no la del cuerpo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 128.

Epif., Hær. XL; Theod., 1, XI. El primero cita como libros empleados por la secta: *a.*, *la grande* y pequeña Symphonía; *b.*, los Allogeneis (n. 2, 7. De los hijos de Seth); *c.*, libros de Seth; *d.*, el Anabaticon del profeta Isaías. Tenian por profeta á Marciades y Marciano, que en tres días habían sido arrebatados al cielo.

Carpócrates.

La secta principal de los ofitas—que estaba enlazada con los antiguos nicolaitas,—así como la mayor parte de sus ramificaciones, vivían, segun se dice, en la más grosera disolucion. Estos desórdenes, al ménos en gran número de ellos, tenían lugar hasta en las ceremonias de su culto, en la administracion misteriosa del bautismo de luz y de fuego, en su parodia burlesca de la Eucaristía de los cristianos, durante la cual traían á menudo una serpiente, que debía gustar el pan ántes de que lo comiesen. Volvíase de este modo á las orgías del paganismo.

Las doctrinas del alejandrino Carpócrates, contemporáneo de Basílides y platónico puro, ofrece igualmente carácter desde luégo pagano, inmoral y antijudáico. Segun él, la mónada era el padre, manantial de todas las cosas; el alma debía sumergirse en él por completo para hallar el camino de la dicha. De la mónada salió una multitud de espíritus que se rebelaron y crearon el mundo visible (los ángeles que han formado el mundo). Estos espíritus son los autores de las diversas religiones populares, á excepcion del judaísmo. El alma humana, que desciende de un sér superior, debe volver á la mónada entrando de nuevo en su primer estado y hollando con su planta todas las leyes que emanan de los demonios.

El camino de la verdadera gnósis ha sido recorrido por Pitágoras, Platon, Aristóteles y Jesús, hijo de José y de María, hombre de gran nobleza. Todos pueden igualmente entrar en él. La virtud es libre; toda ley debe desaparecer, porque nada es bueno ni malo por su naturaleza. Todo depende de la opinion de los hombres. Cuanto la tierra produce, cuanto sirve para el goce del hombre debe ser comun.

Carpócrates, padre del comunismo moderno, practicaba la teurgia, manejaba la pluma y observaba la conducta más inmoral. Los agapes terminaban en vergonzosas orgías. Los carpocracianos tenían en sus templos imágenes de Jesús y de los filósofos griegos, y llevaban signos distintivos señalados con un hierro enrojecido en la oreja derecha.

Epifanio, hijo de Carpócrates, propagó sus doctrinas en la isla de

Cefalónia é introdujo la comunidad de mujeres. Murió á la edad de diez y siete años, y se le dedicó un templo.

La secta se derramó tambien por Egipto, y en tiempo del Papa Aniceto (161) un tal Marcelino intentó reclutar para ella partidarios en Roma. Á los carpocracianos se juntaron: 1.º, los antitactos, cuyo dios, desconocido de todos, absolutamente bueno y creador, tenía un hijo que, habiéndose rebelado contra él, fué castigado por la resistencia de los hombres que despreciaron todos sus mandatos; 2.º, los prodicianos, de Pródico, á quien Teodoreto llama *fundador de los adamitas*; proclamaban la comunidad de mujeres y cometían las mayores torpezas; exigían tambien la pública profesion de inmoralidad. Todos estos partidos reclamaban para sí el pretencioso nombre de gnósticos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 129.

Sobre las relaciones entre ofitas y nicolaitas, Baur, Gnosis, p. 192. Desórdenes en el culto religioso de los ofitas y Append. ad Tert. praescr.; Theod., loc. cit., c. XIII-XV; Epiph., Hom. XXXVII, n. 5; Haer. XXV, n. 1, 13 et seq.; Aug., De hær., cap. VII; Dam., De hær., cap. XXXVII; Praedestin., cap. XVII; Philos., V, 7; Orig., Contra Cels., V, 24: ἀσημοτάτη αἵρεσις Ὀφιανῶν. Sobre Carpócrates, Iren., I, 25; Philos., VII, 32; Epiph., Hom. XXVII; Theod., loc. cit.; Clem., Strom., III, 2, p. 183, ed. Sylb., donde se halla un pasaje del libro Περὶ δικαιοσύνης. Se ha probado más tarde ser apócrifas las inscripciones que se dicen halladas en Cirene y Malta, las cuales fueron publicadas en Aviñon por el marqués Fortia d'Urbain y eran atribuidas en un principio á los carpocracianos. Gieseler, K.-G., I, I, p. 190; Fuldner, De carpocratianis, Lips., 1824; antitactos y prodicianos, Clem., loc. cit., cap. IV, p. 188, 189; Sylb., Theod., I, XVI, 6; Epiph., Haer. LII.

Valentin y su escuela.

130. La más numerosa de las sectas gnósticas, y la que se aproximaba más á las ideas de Platon, fué fundada por Valentin, contemporáneo de Carpócrates y probablemente natural de Alejandría. Propagó su doctrina en Egipto y Asia, se dirigió á Roma en tiempo del Papa Higinio, y permaneció allí largo tiempo. Descubierto en fin y arrojado de la Iglesia, huyó á Chipre, donde murió en 161. Pretendía haber recibido su doctrina de Theudas, discípulo de San Pablo; pero la sacó principalmente de la filosofía helénica, y en especial de Pitágoras y Platon; es probable tambien que utilizara las doctrinas de los simoniacos. Los principales puntos de su sistema son: 1.º El sér primitivo (Bythos, Propator, Proarchon) es la perfecta, única y suprema divinidad, la razon de todos los séres, *infinitamente rica*, *inaccesible á toda concepcion*, más bien por la plenitud superabundante de su vida que por su unidad absolutamente

simple. En él, la conciencia de sí mismo reside en el silencio (Sigé Ennoia, Charis) el cual está unido á él como su compañero (*Syzygos*), y la vida encerrada en el Bythos no se revela sino por una serie de parejas análogas.

2.º De este matrimonio proceden los espíritus superiores, siendo como su expansion y sus fuerzas, los eones superiores, los elementos personificados de lo absoluto, que se despliega en lo finito y lo resume en sí mismo. De Bythos y de Sigé emanan directamente el hijo único (Monogenes) ó el *Nous*, el más elevado de los eones, el principio de todas las cosas, que sólo contempla al padre primitivo y la Verdad, que lo completa. Estos cuatro constituyen la tétrada suprema. Nous y Aletheia formaron dos nuevos eones, Logos y Zoe, y estos otros dos además: Antropos (el hombre) y Ecclesia (la Iglesia). El número cuatro fué pues convertido en ocho (primera ogdoada dichosa).

3.º Logos y Zoe engendraron nuevamente cinco parejas de espíritus; Antropos y Ecclesia seis parejas.

Hay, pues, treinta eones, quince masculinos y quince femeninos. Cuanto más se alejan éstos de Bythos, pierden más el sér divino que tienen. La última cifra doce (dodécada) era más débil que los diez eones (década), y éstos más débiles que la ogdoada suprema. Forman juntos la plenitud (el pleroma), que tiene por contrapeso el cáos sin esencia, el *vacío* (Kenoma, Hysterema).

4.º Todos los eones aspiraban á comprender á Bythos y envidiaban á *Nous*, que les habría comunicado voluntariamente su conocimiento, si no lo hubiera impedido Sigé. Pero en ninguna parte era tan ardiente el deseo de comprender al padre, como en el eon inferior femenino, en Sophia, esposa de Theletos; desdeñosa de su esposo, quería á todo trance romper sus barreras y alcanzar, cosa imposible, la grandeza de Bythos. Habría perecido infaliblemente, si Horos (el genio de las fronteras), que rechaza con una mano y consolida con otra, eon emanado del padre y llamado tambien Stauros (cruz), no la hubiese contenido en sus justos límites. Para restablecer la armonía perturbada en el pleroma, *Nous* y Aletheia engendraron al Cristo y al Espíritu-Santo. Los eones, iluminados por el Cristo sobre sus relaciones con Bythos y Nous, glorificaron al Padre, y con lo que poseían de más bello engendraron al eon Jesús, fruto comun del pleroma, destinado á derramar fuera de él la vida divina y á convertirse para el mundo inferior en lo que Nous, el hijo único, era para el superior.

5.º En el acceso de sus primeros deseos, Sophia había producido un sér prematuro, la sabiduría inferior, Achamoth, criatura sujeta á las pasiones. Como Horos no permitiese á ésta entrar con su madre en el

pleroma, ella se precipitó en el cáos, se confundió con él y experimentó allí todos los sentimientos, todas las maneras de ser de un espíritu abandonado de Dios. Cristo y Horos vinieron en su ayuda, la trasportaron á un mundo imperfecto que confinaba con el Pleroma (lugar medio); allí tuvo algun presentimiento de la inmortalidad, algunos conocimientos, pero no pudo entrar en el Pleroma, de donde fué rechazada por Horos.

6.º Las diferentes afecciones de Achamoth produjeron las diversas sustancias del mundo inferior. Ella comunicó gérmenes vitales á la materia y dió á luz al demiurgo, que está compuesto de un elemento físico y de otro psíquico; no conoce á su madre y se cree el Dios supremo. El mundo inferior, imágen del superior de los espíritus, fué creado por el demiurgo bajo la influencia, desconocida para él, de su madre y del con Jesús. Concurre, sin saberlo, al órden superior del mundo. El demiurgo preside á los siete cielos de los ángeles (hebdomada), es el cosmocrator (señor del mundo, Satán, Belcebú) del mundo inferior hylico, aunque con frecuencia sea representado como una criatura del demiurgo psíquico, al cual aventaja en sabiduría.

7.º El demiurgo se convirtió tambien en criador de un tercer mundo, donde el hombre ocupa el primer lugar. Crió al hombre con la materia y le inspiró un alma; pero el hombre recibió de la Sabiduría, sin que el demiurgo lo notara, un principio de vida superior, espíritu *(pneuma)*, con ayuda del cual se levantó por encima del demiurgo limitado. Enfurecido éste, le prohibió comer del fruto del árbol de la ciencia. El hombre quebrantó esta prohibición, fué arrojado del Paraíso, relegado al mundo grosero de la materia y sepultado en un cuerpo de la misma naturaleza. Achamoth fué la única que se opuso á que sucumbiese enteramente bajo la materia.

8.º La ley y los Profetas casi no hablaban más que del demiurgo; todos los Profetas ántes de Cristo eran malhechores y ladrones [1]; el demiurgo prometió á los judíos un Mesías psíquico en la persona de Jesús, provisto de un cuerpo etéreo, el cual nada tenía de María, sino que la atravesó del mismo modo que el agua atraviesa un canal; y como todo lo pneumático debía ser libre y unirse al Pleroma cuando este Mesías psíquico fué bautizado por Juan, representante del demiurgo, el sublime con Jesús Soter se unió á él, y obró por su medio, pero le retiró su virtud en el momento de la pasion. Por medio de él, los hombres y el demiurgo adquieren el conocimiento del órden superior del mundo. 9.º El Redentor Jesús se convierte en esposo de Achamoth y

1 *Joan*, X, 8.

la conduce al Pleroma con los hombres espirituales, cuando éstos se hallan en las condiciones requeridas para entrar allí; la redencion completa se consuma entónces. Las naturalezas psíquicas van al lugar intermedio, al imperio del demiurgo. Las materiales perecen completamente.

10. En efecto, hay tres clases de hombres, los carnales, los anímicos y los espirituales. La letra de la doctrina de Jesús es para los psíquicos (católicos), que sólo necesitan hacer buenas obras; el espíritu de ella que Soter ha depositado en la doctrina de Jesús, es para los pneumáticos, que infaliblemente se salvarán en virtud sólo de su naturaleza. La materia será destruída al fin por un fuego que saldrá del abismo; pero la separacion de los elementos materiales, psíquicos y pneumáticos precederá á esta destruccion; los psíquicos serán librados de la tiranía de Satán, y los pneumáticos de la del demiurgo.

11. La moral de los valentinianos era muy corrompida; tenian por indiferente comer los manjares ofrecidos á los dioses y miraban el conocimiento (la gnósis), como carácter distintivo de los hombres espirituales y superiores, poniéndolo muy por cima de la fe *(pistis)*, la cual sólo conviene á los hombres anímicos. Siendo los primeros el oro puro, la sal de la tierra, la luz del mundo, *podian cometer impunemente* ciertos actos prohibidos y funestos á los últimos. Se ve penetrar en todo este sistema el orgullo de la filosofía pagana; su doctrina, en vez del dualismo oriental que no aparece en ella, contiene el panteismo, donde predomina juntamente con los elementos pitagóricos y platónicos la interpretacion alegórica de la Escritura.

ADICION.

San Ireneo compuso contra Florin, discípulo de Valentin, dos tratados, el uno *de la monarquía*, para mostrar que Dios no es autor del mal, si bien no hay más que *un solo principio de todas las cosas*: el otro de la *Ogdoada*, ó del número de los ocho eones.

En el primero decia así á Florin: «Estas opiniones, para servirme de los términos más moderados, no son de sana doctrina, no se conforman con las creencias de la Iglesia, y precipitan á los que las sostienen en grandes impiedades. Ni áun los herejes, despues de lanzados de la Iglesia, se atrevieron jamás á enseñarlas. Nuestros predecesores, que habian sido discípulos de los Apóstoles, tampoco nos dieron estas lecciones. Porque á ti mismo ¡oh Florin! vi yo, siendo todavía niño, en el Asia inferior, al lado de Policarpo, cuya aprobacion aspirabas á merecer, aunque entónces gozabas de mucho auge en la corte imperial. Como las ideas que adquirimos en la infancia se desarrollan con la edad y se unen más estrechamente al alma, me acuerdo más distintamente de lo que pasó entónces que de los sucesos más recientes. Me parece áun ver el sitio donde se sentaba el bienaventurado Policarpo para dirigirnos la palabra, verle entrar y salir, ver sus maneras, su aspecto, su figura; me parece escuchar los discursos que dirigía al

pueblo, y el relato de su vida cerca de Juan y los otros que habían visto al Señor, lo que afirmaba haber oído contar de los discursos de Jesucristo, de sus virtudes y sus milagros, á los que habían visto con sus ojos al Verbo de la vida: todo conforme á las Santas Escrituras. Dios me hizo la gracia de escuchar atentamente estas cosas y escribirlas, no sobre el papel sino en el corazon, y siempre conservaré de ellas. Dios mediante, la preciosa memoria. Puedo dar testimonio delante del Señor, de que si este Santo Viejo, este hombre apostólico, hubiese oído proferir como dogmas las doctrinas que enseñas, se habria tapado los oídos y huiría gritando como hacia con frecuencia: «*¡oh buen Dios, para qué tiempo me habéis reservado!*» Se ve por este pasaje cuán ventajosamente se servía San Ireneo de la tradicion para confundir á los herejes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 130.

Sobre Valentin, Iren., I, 1 y sig.; I, 3; Eus., Chron., an. 141; Hist. eccl., IV, 7; Philos., VI, 20-37; Tert., Adv. Valent. et De praescr.; Epiph., Haer. XXXI; Theod., Haer. fab., I, 7; Baur, Gnosis, p. 124; Massuet, loc. cit., a. 1, § 2; Heinrici, Die valent. Gnosis u. die hl. Schrift, Berlin, 1871. Valentin se habria hecho hereje por no haberle elegido Obispo (Tert., Adv. Val., cap. IV). Su doctrina, así como la de Basílides y Saturnilo, estaba ya bastante esparcida hácia el año 140 (Justin., Dial., cap. XXXV). De sus escritos se cita: 1.° muchas cartas, de las cuales una va dirigida ad Agathopodem, Clem., Strom., III, VII, p. 193, ed. Sylv., así como otras, ibid. II, VIII, 20, p. 162, 176; 2.° homilías, de las cuales hay una sobre la amistad, ibid., IV, XIII; VI, VI; 3.° Salmos, Philos., VI, 37; Tertul., De carne Chr., c. XX; 4.° De origine mali; fragmentos del Dial. de marcionitis (Op. Orig., I, p. 740 et seq., ed. De la Rue). Sus partidarios produjeron un nuevo Evangelio y se cree que escribieron muchas cosas bajo su nombre, entre otros, los fragmentos sobre la doctrina de los eones; Epif., Haer. XXXI, n. 5, 6; Massuet, Dissert. I in Iren., a. 1, § 4, n. 9, p. 352 y sig.

Sus doctrinas: 1.° la trascendencia absoluta del Dios supremo es ya vivamente rechazada en Ireu., I, 1; Philos., t. VI, 9; Tertul., Adv. Val., cap. VII. Segun San Ireneo, I, XI, 1, Valentin admitía la Sigé como syzygos de Bythos y establecía una συζυγία ἀνώμαστος de los dos.

Pero reinaban en su escuela diversas opiniones (Iren. I, II, 4; II, V; Phil., VI, 29; X, 13: *a.* El Bythos no es hombre ni mujer; *b.* Es hombre-mujer; *c.* Sigé es su esposa. Baur, p. 148, intenta conciliar así las tres ideas: Bythos está sin sexo cuando se le concibe abstractamente como el sér primitivo, y se distingue entre persona y sustancia (Cf. Tertul., loc. cit.); entónces está por encima de toda distincion sexual (Iren., I, 2, 4). Es hombre y mujer en cuanto se distingue de él mismo el pensamiento encerrado todavia en las profundidades silenciosas de su sér, su dichosa perfeccion (Charis), en la cual la perfeccion suprema aparece ya como comunicable.

2.° Los eones, bajo cualquier forma que se presenten, son tambien fuerzas (δυνάμεις), afecciones (διαθέσεις); estas son las expansiones supratemporales del Sér divino (Numen., ap. Eus., Praep. Evang., XI, 10), las categorías bajo las cuales se le concibe, las ideas personificadas; en fin, los tipos primitivos de toda vida natural y espiritual (Baur, p. 127, not.).

Los Philosophumena recuerdan que lo que en Valentin es νοῦς, ἀλήθεια, así como los otros cuatro eones, representa en Simon las seis raíces. Tillemont,

Mem., t. III, sobre Simon, y Fleury, lib. III, n. 27, 27, señalan tambien á Simon como inventor de los tres eones. Los valentinianos ulteriores hacen emanar á Anthropos ántes que á Logos.

3.° Segun los Philos., VI, 29, los diez eones emanan tambien de Nous y Aletheia, y los doce de Logos y Zoe. Sin embargo, San Ireneo, I, I, 2; II, 1, y Tertuliano, merecen aquí la preferencia. Estos dos últimos, Iren., I, 1 et seq.; Tertul., c. VII, VIII, cuentan hasta treinta eones, Hipólito veintiocho, sin comprender á Bythos y Sigé. Á la cifra treinta no se llega sino por la adicion de Cristo y Pneuma. Cf. Iren., n. 3. Apóyase la cifra treinta en Matth., XX, 1 y sig., donde está suministrado por los números 1, 3, 6, 9, 11, despues en los treinta años de la vida oculta de Jesús.

Algunos valentinianos hacian tambien derivar directamente de Nous á Antropos y Ecclesia, y de éstos solamente á Logos y Zoe (Epiph., n. 5; Iren., I, XII, 3).

4.° La tendencia de los Philos., VI, 30, de que Sophia ha querido imitar á Bythos y engendrar de sí misma δίχα τοῦ συζύγου, concuerda con las ideas de los que no dan esposa á Bythos.

Por lo demás, había diferentes opiniones en la secta (Iren., I, II, 2, 3; Tertul., cap. IX, X). Segun una, Sophia en sus insensatos esfuerzos hubiera sido casi aniquilada y absorbida si Horos (ó Stauros, Metocheus) no la hubiese atraido á sí, haciéndola renunciar á sus esfuerzos apasionados (Enthymesis y Pathos); segun otra, ella envió al mundo la informe sustancia del Achamoth (Philosophumena). Estas dos tendencias pueden conciliarse. Su primer esfuerzo produjo un aborto (Extroma), que separó de sí cuando volvió al Pleroma.

5.° Los valentinianos hallaban la historia de Sophia prefigurada en el número doce de la Biblia: era el con 12 de la dodécada; en Júdas, el Apóstol 12; en la Pasion de Cristo el mes 12 (porque no le atribuian sino un año de vida pública); en la mujer acometida de un flujo de sangre, Marc. V, 31 y sig.; Iren., I, 33; II, XX, I.

Habia probablemente un doble Horos (Iren., I, II, 1): 1.° uno entre Bythos y Pleroma; 2.° otro entre Pleroma y la Sophia inferior (ἡ κάτω Σοφία, ἐνθύμησις, Prunicos, Achamoth, Iren.; οὐσία ἄμορφος, ὕλη, πάθος, ἄμορφον, κτίσμα, Theod.).

6.° Las lágrimas de Achamoth produjeron las sustancias flúidas, su risa las luminosas, su duelo y su temor las sustancias corporales y sólidas; su afliccion dió nacimiento á Satán, su conversion al alma del mundo y á la del demiurgo, y en general á todo lo que es psiquico. Iren., I, IV, 2; II, X, 3. Las afecciones, segun los Philos., IV, 32, son: φόβος, λύπη, ἀπορία, δέησις, ἐπιστροφή, ἱκετεία. Tert., cap. XVII: «Facta est trinitas generum ex trinitate causarum: unum materiale, quod ex passione; aliud animale, quod ex conversione; tertium spirituale, quod ex imaginatione.» Iren., I, V, 1: La hyle proviene de πάθος, el psiquico del ἐπιστροφή, el pneumático de lo que ella ha producido (al tiempo de la aparicion de Soter con sus ángeles), como fruto espiritual y semejante á los ángeles. El demiurgo (Iren., loc. cit., Tertul., cap. XXI, Philos., VI, 33) utilizó, sin poder darse cuenta de ello, las almas esparcidas por Achamoth con semillas pneumáticas é hizo de algunos profetas, sacerdotes y reyes. Muchos de los profetas hablaban por medio de Sophia y por el de Soter Jesús; estaban además inspirados por el demiurgo.

Sobre el Cosmocrator ó diablo, Iren., loc. cit., n. 4; Philos. VI, 33, 34.

7.° Iren., n. 5 et seq.; Philos., VI, 34.

8.° Iren., I, VII, 2; Philos., VI, 35. Se encuentran tres (Philos., c. XXXVI, p. 196) y tambien (Iren., I, IX, 2) cuatro ó cinco Cristos: 1.° el Monógenes (Nous); 2.° Logos, que emana de él; 3.° el fruto comun de los eones, Jesús-Soter; 4.° aquel

que siendo esposo del Espíritu Santo emana para restablecer la armonía del Pleroma; 5.° *Jesús, hijo de María.*

Este último reune en sí: 1.° la naturaleza psíquica del demiurgo; 2.° una naturaleza corporal qué ha tomado por temperamento; 3.° la naturaleza pneumática de Achamoth; 4.° despues del bautismo, el fruto comun del Pleroma. Estas cuatro partes constitutivas son el tipo de la suprema tetractys.

9.° Iren., I, vii et seq.

10. Ibid., n. 5. La proposicion de que algunos se salvan φύσει ἐκ κατασκευῆς, y otros perecen, es citada por Orígenes como condenada por la Iglesia (Contra Cels., VI, 61).

11.° Iren., I, vi, 1 et seq. Sobre los elementos pitagóricos y platónicos, véase Philos., VI, xxi, xxxvii, p. 177 et seq., 196 et seq.; Massuet, loc. cit., art. 3, n. 99; Baur, p. 127, 144 y sig., 152, 156. El elemento platónico aparece sobre todo: *a.* en la doctrina de los eones (cf. Tertul., De anima, cap. xviii; *b.* en las ideas concernientes al orígen del mundo finito, debida á una desercion del reino de los espíritus; *c.* en la oposicion entre lo ideal y lo real y en la manera de concebir sus mutuas relaciones, segun las cuales los tipos primordiales de los seres del mundo visible se hallarían en el mundo ideal superior; *d.* en la posicion del Nous; *e.* en la tricotomía del cuerpo, del alma y del espíritu; *f.* en la division del mundo en invisible, medio y visible. Además, las cifras misteriosas de Pitágoras son empleadas de la manera más variada. San Ireneo, I, iii, 6, viii, 1 y sig., da idea de la forma en que Valentin explicaba la Escritura.

Los discípulos de Valentin.

131. *Los discípulos de Valentin, tendiendo á la originalidad,* se apartaban con frecuencia de las doctrinas de su maestro, que ampliaban ó restringían á su voluntad. Distínguense especialmente dos clases de valentinianos: 1.° La escuela itálica, que daba al Salvador del demiurgo un cuerpo psíquico, porque no podía tenerlo hylico y porque el Espíritu no descendió sobre él hasta el bautismo; 2.° la escuela anatólica (oriental), que creía poder concederle un cuerpo pneumático, porque el Espíritu Santo, que se llamaba tambien Sabiduría, había descendido sobre él. Á la escuela itálica pertenecen Herácleon, conocido por sus trabajos de exégesis, donde da gran número de explicaciones alegóricas, si bien Orígenes le acusa de adherirse demasiado á la letra y de ignorar el sentido anagógico; Ptolomeo, el más intruido de los valentinianos, que generalizó el sistema y distinguió en la ley mosáica muchas partes (que atribuye unas á Dios, otras á Moisés y otras á los setenta ancianos); tuvo tambien numerosos discípulos; y por último, Segundo, que no se apartaba de su maestro sino en un corto número de puntos donde sólo se trataba por lo regular de divergencia en las expresiones, y que predicaba una moral más disoluta todavía.

Á la escuela oriental pertenecía Axióntico ó Aziónico, en Antioquía, el cual, segun Tertuliano, enseñaba todavía en el siglo tercero la doc-

trina primitiva de Valentin; Bardesano, sabio de Edesa, que parece haber cambiado con frecuencia de doctrina. Éste, cuyo verdadero nombre era Bar-Daisan (hijo de Daisan), creía en una materia eterna, pero no en un principio malo, porque decía que Satanás había nacido de la materia. Admitía dos septenarios de eones, uno superior, otro inferior, *de los cuales el primero tenía su reflejo en los siete espíritus siderales. Las* almas habían salido de estos espíritus, como los cuerpos de la materia. *Parece* haber admitido el mito de Achamoth en el mismo sentido que los ofitas. Colocaba el término de la redencion en la union de Achamoth con Cristo (concebido á la manera de los docetas) y de las naturalezas pneumáticas con los ángeles, á los cuales representa bajo la imágen de un festin. La semilla luminosa contenida en las materias espirituales se purifica y transfigura, miéntras que el cuerpo material perece. Las lamentaciones de Achamoth, cautivo en el mundo y suspirando por su libertad, eran expresadas en cánticos imitados de los salmos penitenciales. Bardesano y su hijo Harmonio eran célebres por sus himnos religiosos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 131.

Discípulos de *Valentin*, Iren., I, XI, 1; XXI, 5; XXVII, 4; Philos., VI, XXXV, página 195. Pruebas en apoyo de las ideas profesadas por la escuela itálica, Iren., I, VI, 1. *Fragmentos* de Heracleon sobre Lúcas y Juan, segun Clemente y Orígenes, recogidos en Massuet, Op. Iren., p. 362-376. Lo que Orígenes, t. XIV in Joan., p. 233, dice de él: τῆς λέξεως ἔμεινε μὴ, οἰόμενος αὐτὴν ἀνάγεσθαι, es refutado por muchas citas que aduce, por ejemplo: t. XIV, p. 233, sobre Juan, IV, 28; sobre Juan, I, 3, dice que en πάντα no se ha de comprender αἰών ὁ τὰ ἐν τῷ αἰῶνι y completa οὐδὲ ἓν por τῶν ἐν τῷ κόσμῳ καὶ ἐν τῇ κτίσει. San Epifanio, Haer. XXXIII, n. 3-7, nos comunica la carta de Ptolomeo á Flora (cf. Stieren, De Ptolomei Gnost., ep. ad Flor., Jen., 1843), donde se dice que la ley mosáica no puede atribuirse exclusivamente *ni á Dios ni á los demonios*, que en general no es obra de un legislador, *pero: a.* que una parte procede de Dios, el demiurgo del medio: que allí se encuentra la legislacion pura del Decálogo, miéntras que el bien y el mal están mezclados en los preceptos, sobre todo en los judiciales, y que hay tipos y símbolos que se han cumplido en el Salvador; *b.* que una parte ha sido añadida por Moisés á causa del endurecimiento de los judíos y la tercera por los setenta ancianos (Deuterosis).

Los discípulos de Ptolomeo daban á Bythos dos syzigias (*afectos*), Ennoia y Thelesis, inteligencia y voluntad. *De su mezcla han salido* Monógenes y Aletheia. Ennoia no pudo realizar su pensamiento sino cuando la voluntad vino á juntarse con ella. (Iren., I, XII, 1; Tert., cap. XXXIII; Phil., VI, 38).

Segundo dividía la primera ogdoada en dos tétradas, la derecha y la izquierda: llamaba á ésta las *tinieblas* y á aquélla la luz, y separaba la Sophia inferior de los treinta eones, haciéndola pasar por un ángel inferior (Iren., I, II, 2; Phil., loc. cit.; Tertul., cap. XXXVIII; Theod., I, 8). — Á la escuela de Anatolia pertenecía: Ἀξιόνικος, *Phil.*, VI, 35; Axionicus, *Tertul.*, cap. IV. (Así es como debe leerse el texto.) Donde los Phil., loc. cit., dicen Ἀρδησιάνης, léase Bardesano. Bardesano

(Daisan Albufeda Hist. anteislam, p. 108, ed. Fleischer) debe haber vivido en tiempo del príncipe Abgar ben Maann y de Marco Aurelio (Eus., IV, 30; Epiph., hom. LVI, n. 1; Theod.); segun Porfirio, Moisés de Corea, Edess., llegó á la segunda decena del tercer siglo. Además de los himnos compuestos por él y por su hijo (Eus., loc. cit.; Soz., III, 16), escribió una obra de historia de que sólo se conocen fragmentos armenios; un tratado contra Marcion y otro contra el destino. Se disputa si el Περὶ τῆς εἱμαρμένης le pertenece; Eusebio, Praep. ev., VI, 10, ha dado un fragmento en griego. Teodoreto conocía tambien una tradicion griega del escrito, que se cree haber hallado en el Libro de las leyes del país, editado por Cureton (Spicil. Syriac., Lond., 1855; Guericke, I, 187, n. 3). Este libro perteneceria más bien á su discípulo Filipo. G. Bickell, Conspectus rei Syror. litterar., Monas., 1871, p. 36. Sin embargo, si se quiere hallar allí con A. Marx (Bardes. von Edessa, Halle, 1863), una exposicion de la doctrina de Bardesano, éste no debe ser considerado como dualista, sino como un valentiniano, ó al ménos como muy afin al jefe de esta secta. Acaso el sistema primitivo fué transformado en el sentido del panteismo helenista.

Segun San Efren de Siria (Op. Syr. lat., II, 437, 553, 555), que parece ser la mejor fuente, hallaríase allí, además de la negacion de la Resurreccion y la doctrina que atribuye al diablo el orígen de los cuerpos, el fatum astrológico (G. Bickell, Ephr. Syri carmina Nisibena, Lips., 1866, p. 46, 51, etc. Cf. Indicul. rer. ib., p. 233).

Sin embargo, el nombre de Bardesano no se halla en el poema, y es muy posible que San Efren tuviese el pensamiento puesto en otros herejes. Es asimismo discutible si el Diálogo De recta in Deum fide (Op. Orig., ed. De la Rue, t. I, p. 803-872; cf. sobre todo p. 835), donde se halla tambien el bardesaniano Marin, que niega la creacion del diablo por Dios, el nacimiento de Cristo por la mujer, y la resurreccion de la carne, contengan la verdadera doctrina de Bardesano. Es posible que haya habido una transformacion conforme al maniqueismo subsiguiente. Segun Eusebio, loc. cit., Bardesano volvió del valentinianismo á la Iglesia; segun San Epifanio, pasó de la Iglesia al valentinianismo (Haer., LVI, 1); Neander (Gnost. Syst., p. 192) le absuelve de esta herejía; Gruber (Ophiten, p. 177) le coloca entre los ophitas; Guericke, loc. cit., le tiene por un valentiniano moderado, que se acomodaba muy bien á los psiquicos. Segun Teodoreto, se decía de él que había adoptado πολλὰ τῆς Βαλεντίνου μυθολογίας.

Entre las obras citadas sobre esta materia, pero que tampoco resuelven la cuestion, citaremos: A. Hahn, Bardes. gnost. Syror. hymnologus, Lips., 1819; C. Kuehner, Astronomiae et astrologiae in doctrinis Gnost. vestigia, part. I; Bardes. Gnost. numina, Hildburg, 1833; A. Marx, op. cit.; Hilgenfeld, Bardes. der letzte Gnostiker, Leipzig, 1864.

Colorbaso y Marco.

132. Otros dos valentinianos, Colorbaso y Márcos, estaban igualmente en relaciones con Ptolomeo, de quien Márcos fué, segun se dice, discípulo. Colorbaso profesaba las doctrinas siguientes: 1.º La primera ogdoada no designa ocho personas con sustancias distintas, sino un solo eon, el padre, con nombres diferentes. De aquí procede que los ocho eones fueran producidos á la vez y de un solo cuerpo. El sér primitivo resolvió engendrar por el pensamiento y llegó á ser verdadera-

mente el Padre; se llamó la Verdad *(Alétheia)*, y tomó el nombre de hombre cuando quiso revelarse; 2.º Logos y Zoe han salido de Anthropos y de Ecclesia, y no recíprocamente. Los colorbasianos profesaban sobre el Redentor diferentes opiniones. Segun algunos, provenía del concurso de los treinta eones; segun otros, de los diez eones, los de Logos y Zoe; segun otros, de los doce, los de Anthropos y Ecclesía; segun otros, de *Cristo* y del *Espíritu-Santo*.

Más famoso aún fué Márcos, denominado el mágico, á causa de sus artificios de magia; sus partidarios, los marcosianos, penetraron hasta Galia y España. Interpretando en sentido alegórico las letras, *las sílabas* y las cifras, concebía el pleroma como un nombre único, las tétradas, década y ogdoada como sílabas, los eones como letras, y enseñaba en un poema, bajo formas simbólicas y poéticas, los dogmas misteriosos que la bienaventurada *tétrada* le había revelado, bajo *las apariencias* de una mujer. El Padre supremo, sin sexo, inefable, queriendo expresar lo que era inefable, hacer visible lo que era invisible en él, emitió una palabra semejante á él y pronunció la primera sílaba de su nombre; la primera y la segunda sílaba formaron cada una cuatro, la tercera diez, la cuarta doce letras, en junto treinta (eones). Este simbolismo de las letras entraba hasta en los menores detalles y se hallaba allí la exposicion de la doctrina de Valentin. A los misterios religiosos, sobre todo al cáliz eucarístico, Márcos unía la magia; permitía la consagracion á las mujeres que seducía. La teoría de los eones experimentó en la escuela de Valentin numerosas transformaciones.

La doctrina atribuida á cierto Epifanes, pone como primer principio la unidad universal *(monotes)*, incomprensible y sin nombre, luégo la unidad que coexiste con él *(henotes)*, ambas esencialmente unas. De ellas «emana sin emanacion» el principio de todo lo que es espiritual no engendrado, invisible, principio, en una palabra, de lo que se llama la mónada (en concreto), la cual está unida al uno consustancial.

Otra rama de la misma secta admitía una tétrada como principio de las cosas: Proarqué (primer principio), Anennoeto, *Arrhetos* y *Aorathos*. De la primera salía en primero y quinto lugar el Principio (arché); de la segunda, en segundo y sexto lugar, Acatalectos (lo incomprensible); de Arrhetos (el inefable), en tercero y séptimo lugar, Anonomastos (el innombrable); de Aoratos (el *invisible*), en cuarto y octavo lugar, Agennetos (no engendrado). Se prefería tambien este pleroma de ocho eones á Bythos y á Sigé, á fin de prolongar más el abismo que separa al mundo inferior del superior. Se cita en fin como valentinianos á Julio Casiano y á Teodoto. Clemente de Alejandría llama al primero jefe de los docetas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 132.

En los Philos., VI, v, 55, p. 293, 345, Colorbaso está enlazado estrechamente con Márcos, y se dice de él, ibid., IV, XIII, p. 75: διὰ μέτρων καὶ ἀριθμῶν ἐκτίθεσθαι τὴν θεοσέβειαν ἐπιχειρεῖ. Segun Massuet, loc. cit., n. 84, p. L, era discípulo de Ptolomeo y de Márcos. Lo que San Ireneo, I, XII, 3, sin indicar el nombre de la secta, cita como doctrina de algunos valentinianos, Teodoreto, I, 12, y Epif., Hær., XXXV, 1 y sig., la atribuyen á Colorbaso. Véas. Tertul., cap. XXXVI. Algunos modernos han pretendido que Colorbaso no era más que un nombre artificial, como la Tétrada de Márcos (Volkmar, Die Kolorbasus-Gnosis; Ztschr. f. hist. Theol., 1855, IV). Sobre Márcos, Iren., I, XIV-XXI; Philos., VI, 39 y sig., p. 200 et sig.; Epif., Hær., XXXIV; Theod., I, 9; Hier., In Isa., cap. LXIV; ep. LIII, al. 29.

Epifanes, Phil., VI, 38: ἄλλος δέ τις Ἐπιφανὴς διδάσκαλος αὐτῶν. Iren., I, XI, 3: « Alius vero quidam, qui et clarus est magister ipsorum. » Tertul., cap. XXXVII: « insignioris apud eos magistri. » ¿ Era Epifanes un nombre propio, como lo pensaba San Epifanio? Hær., XXXII, 1. Es posible que el traductor latino de San Ireneo se haya engañado. Se ha conservado el nombre de Epifanes, aunque es dudoso si existió un hombre de este nombre, ó se designa al hijo de Carpócrates (Massuet, loc. cit., n. 80, p. XLVII), á quien Clemente llama jefe y autor de la μοναδικὴ γνῶσις. Estas palabras enigmáticas: προήκαντο μὴ προέμενοι (Tert.: « non proferentes protulerunt, » parecen designar el « prolatum » como δύναμις ἀνυπόστατος. Iren., n. 4; Epif., n. 5; Tert., loc. cit. Los que colocan tambien una ogdoada ántes de Bythos y Sigé son citados en San Epifanio, n. 7, como discípulos de Epifanes. Iren., loc. cit.; Tert., cap. XXXV; Philos., cap. XXXVIII, p. 199.

Casiano y Teodoto, Theod., I, 8. De Casiano, Clem. Strom., III, 13 et seq., da fragmentos sobre el celibato, donde se cita un pasaje del Evangelio segun los egipcios; se dice expresamente de él, p. 200: ὁ δ᾽ ἐκ τῆς Οὐαλεντίνου ἐξεφοίτησε σχολῆς, y ántes: ὁ τῆς δοκήσεως ἐξάρχων. Teodoto es probablemente el autor de las églogas proféticas, en las obras de Clemente de Alejandría.

Los docetas.

133. Los *Philosophumena* aplican el término genérico de docetas á una secta particular que concebía al primer Dios como la semilla de una higuera, pequeña en extension, pero infinita en poder, de donde han salido el árbol, las hojas y los frutos (tres eones, *Deut.*, v, 22); este árbol produjo otros eones (treinta, de donde emanaron una infinidad de espíritus bisexuales). En cuanto á la creacion, provendría de un Dios inflamado, el gran arconta, salido del fuego, que sedujo á las almas y las condenó á pasar de un cuerpo á otro. Esta transmigracion de las almas fué suspendida por el Redentor, que aceptó de los treinta eones un número igual de ideas: está al mismo nivel que el Dios supremo, salvo que es engendrado; de donde procede que no puede ser visto de los hombres. — Desarrollo del antiguo docetismo bajo la influencia de las doctrinas valentinianas.

De Casiano, á quien acabamos de nombrar, sabemos solamente que transportó sus ideas al Antiguo Testamento por medio de la alegoría, como hacían especialmente los docetas y gnósticos; así las pieles de animales de que habla el *Génesis*, III, 23, 21, significaban los cuerpos humanos, y Adan no era más que el *símbolo de las almas caídas* de su condicion celestial. Casiano hacía derivar el mal del contacto con la materia, y exigía desnudarse enteramente de los sentidos, cosas todas que se pueden conciliar con lo que sabemos de su secta. Clemente de Alejandría nos suministró datos sobre la doctrina especulativa de Casiano.

Otro hereje que ofrece grandes semejanzas con Casiano, es Taciano, originario de Asiria ó de Siria, discípulo al principio de Justino mártir, autor de una apología de los cristianos y de otros escritos, y más tarde heresiarca. Adoptó, modificándola, la teoría valentiniana de los eones; sostenía que siendo Adan autor del pecado no había podido salvarse, hallaba contradiccion real entre el Antiguo y Nuevo Testamento, decía que el asiento del mal estaba en el matrimonio y en el contacto con la materia, y sobre todo, prohibía el uso de la carne y del vino. *Estas últimas doctrinas prácticas fueron admitidas* por los encratitas, que en la Eucaristía sólo empleaban el agua (de aquí su nombre de *hydroparastatai, acuarianos)*.

Otra rama de esta secta fué formada por los severianos, llamados así de su fundador Severo, que rechazaba las Epístolas de San Pablo y las Actas de los Apóstoles. Los encratitas, por la manera con que vivían eran comparados á los cínicos; el nombre que se daban en su orgullo de sectarios, debía ser la expresion de su continencia. La Armonía de los Evangelios de Taciano, en la cual se omiten los pasajes donde se dice que el Cristo ha salido de David, era usada en algunas Iglesias católicas, pero desapareció insensiblemente.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 133.

Los Philos., VIII, VIII-XI, p. 262 et seq.; X, XVI, p. 324, hacen derivar, por ironía sin duda, la palabra docetas de δόκος (madero), en lugar de δοκεῖν (aparecer). Véas. Matth., VII, 3 y *sig.*; Luc., VI, 41 y *sig.* Sobre Taciano, Iren., I, XXVIII, 1; Phil., VIII, XVI, p. 273; X, XVIII. p. 326; Clem., Strom., I, XXI, p. 138; Epiph., Hær., XLVI, 1, 2; Daniel, Taciano, Halle, 1837. Segun Theod., Haer. fab. I, XX, Taciano sería el jefe de los encratitas; segun San Epifanio, Hær., XLVI, 1; XLVII, 1, nada tienen de comun. Á los ojos de San Ireneo, loc. cit., y Eus., IV, 29, la cuestion sería dudosa. En los Philos., loc. cit., Taciano está completamente separado de los encratitas, los cuales dividían con aquél (ibid., I, XXVIII, 1) el error, refutado por San Ireneo (III, 33) concerniente á la felicidad de Adan.

Sobre los severianos, Eus., IV, 29; Theod., I, 21; Epiph., Hær., XLVI. Orig., Contra Cels., V, 65, imputa á los encratitas el rechazar las cartas de San Pablo;

se trata probablemente de los severianos. Débese á Taciano εὐαγγ. διὰ τεσσάρων, Eus., loc. cit.; Theod., loc. cit., cap. xx fin.; Epif., Hær., XLVI, 1; además los προβλήματα sobre las supuestas contradicciones del Antiguo Testamento, que refutó Rhodon, su discípulo católico (Eus., V, 12); un tratado περὶ τοῦ κατὰ τὸν σωτῆρα καταρτισμοῦ (Fragm., ap. Clem., Strom., III, XII, p. 197, ed Sylb.); segun Euseb., IV, 29, πλῆθος συγγραμμάτων, Hier., Catal., XXIX: «infinita volumina.»

Los marcionitas y Hermógenes.

134. La doctrina de Marcion, mucho más sobria que la gnósis valentiniana y ofítica, se acercaba mucho al Cristianismo primitivo. Marcion, hijo de un obispo de Sinope (provincia del Ponto), había sacrificado en el primer fervor de su celo toda su fortuna á obras religiosas, y observaba muy austera vida; pero cayó de un extremo á otro, y llegó á ser excluído de la Iglesia por su padre á causa de un atentado contra las buenas costumbres. Presentóse en Roma siendo Papa Aniceto, hizo vanos esfuerzos para entrar de nuevo en la Iglesia, y por fin se afilió entre los discípulos del gnóstico Cerdon, natural de Siria, que permanecía allí desde tiempos del Papa Higinio, y que tan pronto abjuraba como propalaba clandestinamente su herejía.

Cerdon enseñaba que el Dios de la ley y de los profetas no era el Padre de Jesucristo. Marcion desarrolló esta doctrina y atrajo á ella numerosos adeptos en las más diversas regiones. El Cristianismo, segun sus palabras, era una cosa absolutamente nueva en el mundo, y opuesta por completo á todo lo que había aparecido ántes de él; era la única revelacion del verdadero Dios de la caridad. El Antiguo y Nuevo Testamento no tienen el mismo autor: el de aquél es el Dios de la justicia, Dios ignorante y limitado; el de éste es el Dios de la caridad, que libra á los suyos y los hace dichosos. Justicia y bondad son incompatibles. El Dios del Antiguo Testamento, el Criador de este mundo, ha introducido una justicia y legalidad rigurosa; castiga severamente la violacion de sus órdenes. Él dió la ley mosáica, que su pueblo predilecto mismo era incapaz de cumplir; y dejó á las otras naciones correr á su pérdida. El Dios bueno fué absolutamente desconocido hasta el momento en que movido de piedad hácia los hombres les envió al Salvador. El Cristo apareció bajo forma humana, súbitamente, sin preparacion y sin tomar cosa alguna de María; apareció en Cafarnaum, y para acomodarse á las preocupaciones de los judíos, se presentó como el Mesías judáico prometido por el demiurgo; pero anunció al mismo tiempo al buen Dios, combatió al demiurgo y las instituciones judáicas con su doctrina y sus mandamientos. De aquí procede el que fuera crucificado por instigacion del Dios de los judíos. Sus sufrimientos, sin

embargo, sólo fueron aparentes; descendió al mundo subterráneo para rescatar á los que habían ido á Él con sentimientos de fe, inclusos Caín, los sodomitas, los egipcios y todos los paganos.

Ante su muerte aparente, el Dios de los judíos, en su cólera, desgarró el velo del templo, oscureció el sol y cubrió la tierra de tinieblas; pero fué vencido en el mundo subterráneo y obligado á someterse al Dios supremo. Pablo fué el verdadero Apóstol de Cristo; enseñó la remision de los pecados por el libre dón de la gracia. Marcion aceptaba diez epístolas del Apóstol y además el Evangelio mutilado de San Lúcas; pero rechazaba todas las Escrituras del Antiguo Testamento. Los textos de San Pablo mal interpretados, sirvieron de argumentos en favor de su doctrina. En sus *Antítesis*, pondera las diferencias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y las supuestas contradicciones del primero. Exige por encima de todo la fe en el Dios bueno y santo, que el Cristo ha sido el primero en anunciar, la ruptura de los lazos de la materia, la fuga del matrimonio, la abstinencia de carne y un riguroso ayuno. Considera á los católicos como hombres que han vuelto á caer en el judaísmo, y quieren verter el vino nuevo en odres viejos [1].

Marcion se distinguía de los demás gnósticos en que no conocía ni pleroma, ni syzygias, ni Sophia, ni cosmogonía helénica. Extraño á las especulaciones fantásticas de la filosofía natural, dado por entero á las cosas morales y prácticas, templaba la oposicion entre la fe y la ciencia *(pistis y gnósis)*, entre los pneumáticos y los psíquicos; creía que la fe en Cristo y la vida moral son la única condicion de salud, mantenía la interpretacion literal de los libros bíblicos por oposicion á la interpretacion alegórica, y rechazaba en absoluto el libre arbitrio y la excelencia de la gracia otorgada por el Cristo. Pero el haber aislado la religion cristiana de su pasado histórico, el haber acomodado la doctrina del Salvador á tendencias indignas de éste, sometido el Antiguo Testamento á procedimientos arbitrarios, negado la Resurreccion y gran número de dogmas, rebajado la obra de la redencion á una pura apariencia, son, sin hablar del resto, gravísimos defectos en esta doctrina nueva y tan vivamente combatida.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 134.

Justino, ap. Eus., IV, 11; Iren., I, 27; III, 3, 4; *Eus.*, IV, 14; Philos., VII, 29 et seq.; X, 19; *Epif.*, Hær., XLII; *Theod.*, Hær., fab., I, 24; sobre todo Tert., Adv. Marc., lib. V; Clem., Strom., II, VIII, p. 162; III, cap. III, p. 185; cap. IV, p. 187; IV, VII, p. 211; cap. VIII, p. 214; V, cap. I, p. 233. Pasajes característicos:

---

1 *Matth.*, IX, 17.

Tertul., Adv. Marcion, I, 1: «Quis enim tam castrator carnis castor, quam qui nuptias abstulit? Quis tam comesor mus Ponticus, quam qui Evangelia corrosit? Marcion Deum, quem invenerat, exstincto lumine fidei suae amisit.» Cap. XIX: «Separatio Legis et Evangelii proprium et principale est opus Marcionis.» Marcion es celebrado por muchos protestantes como un reformador, un crítico, un representante de la teología de San Pablo, un verdadero protestante. Schwegler, Nachapostol. Zeitalter, I, 261; Néander, K.-G., I, 253. Este último (a. a. O., página 254, 255, n. 3, Entw. der Gnost. System., p. 288) considera sospechosas las noticias dadas por San Epifanio y por el Append. Tert. praescript., confirmadas en parte por Tertul., Adv. Marcion, IV, 4; Baur, p. 296, les defiende. Hahn, Antitheses Marcionis Gnost. liber deperditus, nunc quoad ejus fieri potest, restitutus, Regiomont., 1823, y De canone Marcionis, Lips., 1824; lo mismo, Das Ev. Marcions in s. ursprüngl. Gestalt, Leipzig., 1824; Rhode, Proleg. ad quaest. de Ev. Apostoloque Marcionis denuo instituendam, Vratisl., 1834; Ritschl, Das Ev. Marcions, Tubinga, 1846; Harting, Quaest. de Marcione Luc. Ev. adulteratore, Traject., 1849; Volkmar, Das Ev. Marcions, Leipzig, 1852; Hilgenfeld, Marcions Apostolitikon (Ztschr. f. hist. Theol., 1855, II).

Discípulos de Marcion.

135. El dualismo primitivo de Marcion no podía subsistir largo tiempo, porque este Dios justo, opuesto al Dios bueno, su demiurgo no podía, sin embargo, ser puesto en la misma línea que el Dios malo (Satanás), sin hablar del papel que asignaba á la materia. Así parece que Marcion estableció en seguida una distincion entre el Dios bueno y el malo; de aquí los diferentes partidos que existían entre sus discípulos. Muchos admitían el Dios justo, el Dios bueno, el Dios malo y la materia; otros aceptaban tambien al Cristo, admitiendo por consecuencia de tres á cinco principios.

Los representantes del marcionismo primitivo, segun el cual no existen más que dos seres fundamentales, son Potito y Basílico; los que creen tres seres fundamentales (Dios malo, Dios justo y Dios bueno) son el Asirio Prepon y Syneros. Apéles, al contrario, admitía cuatro principios, el Dios bueno, el Dios justo, el Dios del fuego y el Dios malo. Sin embargo, es probable que los tres últimos fueran en su doctrina simples ángeles que él designaba así, y en tal caso se puede decir que sólo admitía un principio. Segun Apéles, el Cristo habría sacado su carne de la sustancia del mundo; la ley y los profetas no habrían divulgado sino fábulas y mentiras. Tomaba á una cierta Filomena por profetisa y recomendaba su «revelacion,» escribió muchos libros contra el Antiguo Testamento y practicaba el indiferentismo religioso.

Un tal Lucano ó Luciano enseñaba que todo lo que es psíquico es pasajero, que lo pneumático sólo es inmortal, que el demiurgo, el

justo, el juez, es á la vez distinto del Dios bueno y del Dios malo. Lo mismo que Marcion, mutilaba el Evangelio de San Lúcas, recibido bajo el nombre de San Pablo, así como las Epístolas de este Apóstol.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 135.

La doctrina de los dos principios es atribuida á Marcion por: Justino, Apol., I, 26; Rhodon, ap. Eus., V, 13; Iren., I, XXVII, 2; III, XII, 6, 12; Philos., VIII, 29, 31, p. 246, 253 (donde este sistema es atribuido á Empédocles). Tert., Adv. Marc., passim., Aug., De hær., cap. XXII; Prudent., Basil., Hier., etc. Se le imputan tres en los Philos., X, 19; Dionys. Rom., ap. Athan., De decr. Nic. Syn., c. XXVI; Cyrill. Hier., Cat., XVI, n. 7 (pero solamente dos en el Catech., VI, n. 16); Epif., Hær., XLII, 3; Theod., I, 24. En el diálogo De recta in Deum fide (Orig., Op. t. I), el marcionita Megethius admite tres principios: Agathos, Dios de los cristianos; el demiurgo, *Dios de los judíos*; el *Poneros*, Dios de los paganos, p. 805 (ed. De la Rue). Otro marcionita, Marco, sólo admite un principio bueno y otro malo (p. 822). Esnig, obispo armenio en el quinto siglo (Illgens Ztschr. f. hist. Theol., 1834, p. 1), atribuye igualmente á Marcion la triarquía. Acerca de las divisiones entre los marcionitas véase Rhodon, loc. cit.; Philos., X, 19; VIII (donde está mencionada la carta de Prepon á Bardesano). Aug., loc. cit. Véase Baur, *Die christl. Kirche der drei ersten Jahrh.*, p. 194. Sobre Apeles, Orígenes, Contra Cels., V, 54; Rhodon, loc. cit.; Philos., X, 20; Tertul., De praescr. c. VI, XXX; Epif., Hær., XLIV; Theod., I, 25. Sobre Lucano, Orig., loc. cit., II, 7; Tert., De res. carn., cap. II; Append. ad praescr., cap. LI; Epif., Hær., XLIII.

136. La secta de los marcionitas tenía una organizacion religiosa; poseía parroquias, obispos y sacerdotes, miéntras que otros partidos gnósticos sólo tenían escuelas. A pesar de estas numerosas divisiones, subsistió hasta el sexto siglo. La mayor parte de los autores eclesiásticos la han combatido. Se la encontraba en Persia, en Italia, en Egipto, en Palestina, en Chipre y el Asia Menor. El bautismo de Marcion conferido en el solo nombre de Jesucristo, era rechazado en la Iglesia como nulo. Su catecumenado fué tenido, dícese, durante mucho tiempo con extraordinario rigor. La secta se gloriaba del número de sus adeptos, muertos en testimonio de su creencia, al contrario de otras que huían del martirio. Este partido ofrecía, pues, un doble peligro, y si, segun Tertuliano, su fundador se arrepintió más tarde, no pudo, sorprendido por la muerte, reparar el daño que había causado.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 136.

La propagacion de los marcionitas (Epiph., Hær., XLII, 1) está probada porque Hegesipo, apud Euseb., IV, XXII, los menciona ya; porque son combatidos por Justino, Rhodon, Teófilo de Antioquía, Hipólito de Roma, Felipe de Gortyna, Modesto y otros muchos (Euseb., IV, XI, 24, 25, V, XIII, VI, XXII); Dionisio de

Corinto ponía á los de Nicomedia en guardia contra ellos (ibid., IV, XXIII); los alejandrinos Clemente y Orígenes los refutaron con frecuencia. Teodoreto (Ep. CXIII) bautizó 10.000 marcionitas. Sobre su bautismo, véase Neander. Hist. eccl., I, p. 171. Sobre los mártires de la secta, Euseb., V, 16, fin.

En Cesárea de Palestina murió en tiempo de Valentin una marcionita, y bajo Maximino sufrió martirio Asclepio, Obispo marcionita.

Eus., VII, XII; De martyr. Pal, cap. X. Últimos días de Marcion, Tert., Praescr., cap. XXX.

Hermógenes.

137. El pintor Hermógenes, que vivia en Cartago en el segundo siglo y había aprendido la dialéctica en una escuela platónica, se acercaba mucho á la doctrina de Marcion. Negaba que el mundo hubiese sido sacado de la nada, y admitía una materia eterna, con la cual Dios habría formado el mundo. Una parte de la tierra resistió á la mano de Dios, que quería organizarla, y tal fué el orígen de las lagunas y del mal que existen en el mundo. Segun el *Génesis*, I, 2, la materia del mundo existía ya ántes de que Dios emprendiese el formar parcial y progresivamente esta masa sin propiedades. Admitía, pues, dos principios eternos, Dios é Hyle, pero combatía las emanaciones de los gnósticos. Se dice que hacía salir las almas de la materia. Se le atribuye además la opinion de que el Cristo había depositado su cuerpo en el sol [1] y que los demonios serían un día disueltos en la materia. En cuanto á sus opiniones personales, Hermógenes era racionalista, pero fué incapaz de formar una secta ó un partido; sus argumentos eran puros sofismas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 137.

Tert., lib. Adv. Hermog.; Philos., VIII, XVII, p. 273 et seq.; X, XXVIII; Theod., I, 19; Walch., Ketzerhist., I, 576 y sig.; Bœhmer, Hermog. Af., Sundiæ, 1832; Leopold, Hermog. de orig. mundi sent., Budiss., 1844.—Tert., De anima, cap. I, invoca su precedente obra De censu animae, con estas palabras: «De solo censu animae congressus Hermogeni, quatenus et istum ex materiae potius suggestu, quam ex Dei flatu constitisse praesumpsit, nunc ad reliquas conversus quaestiones,» etc. Estos términos: «Pingit illicite, nubit assidue» (Adv. Herm.), indican probablemente la pintura de las figuras mitológicas y la frecuencia del matrimonio, ó alguna doctrina antimontanista relativamente á las segundas nupcias. Lo que Teodoreto dice de la doctrina de Hermógenes sobre el cuerpo de Cristo está confirmado por los Philos., loc. cit., y las Eclogae propheticae, n. 56 (Clem. Al., Op., p. 362, ed. Sylb.; Migne, t. IX, p. 724).

1 Segun los *Ps.* CXVIII, 2.

§ 4. La gnósis judáica.

Los elkesaitas.

138. La gnósis salida de los círculos judeo-cristianos no podía entregarse á las libres y caprichosas fantasías, á las reminiscencias mitológicas que explotaban las otras sectas gnósticas; se formó en la lucha que sostuvo, sobre todo, contra estas últimas. Hallamos un desenvolvimiento especulativo del antiguo ebionismo en el elkesaísmo representado por las homilías pseudo-clementinas. El elkesaísmo combatía al dualismo; sostenía que el mundo había sido criado por el Dios Supremo; señalaba las aberraciones de la gnósis pagana (especialmente de la marcionita), representada por el primer hereje, Simon el Mago, que había combatido al Apóstol San Pedro, y enlazaba en cuanto era posible el Cristianismo al judaísmo.

Los ebionitas esenios que habitaban al Este del mar Muerto, habían tenido, segun ellos, en tiempo de Trajano un nuevo jefe nombrado Elkesai ó Elxai, á quien un ángel de gigantesca talla había dado un libro venido del cielo. Este libro fué trasmitido por Elkesai á otro llamado Sobiai. Hácia el 218, Alcibiades, que residía en Apamea de Siria, lo llevó á Roma y prometió la remision de los pecados á todos los que creyeran en este libro misterioso y se sometiesen al bautismo prescrito por Elkesai.

Para crearse partidarios en Roma, los elkesaítas hacían remontar sus tradiciones al Apóstol San Pedro y á su discípulo Clemente, despues á Santiago el Justo, todos los cuales figuran en primera línea en la literatura pseudo-clementina. Los elkesaítas rechazaban, así como los ebionitas ordinarios, al Apóstol San Pablo, el cual, en las homilías de Clemente, es combatido en la persona de Simon el Mago; rechazaban tambien las *Actas de los Apóstoles*, á las que oponen las falsas clementinas ideas enteramente contrarias. Del Antiguo y Nuevo Testamento sólo admitían ciertos detalles y rechazaban el resto. Reprobaban, á imitacion de los esenios, los sacrificios judáicos porque Jesucristo los había abolido. Debían ser reemplazados por el bautismo cristiano, y lo que es más, por un doble bautismo administrado en nombre del Dios grande y supremo y de su hijo el gran Rey. Los baños, abluciones frecuentes, como preservativo universal de la mordedura de la serpiente, las enfermedades, los estados demoniacos, etc., se enlazaban estrechamente al bautismo; se los debía recibir invocando los siete testigos (el cielo, la tierra, los espíritus santos, los ángeles de la oracion, el aceite, la sal y la tierra). El agua era considerada como particularmente sagrada.

Fuera de las partes constitutivas del Antiguo Testamento que ellos rechazaban, los elkesaítas observaban la ley mosáica, el ascetismo judío y algunos tambien la circuncision. Se daban el nombre de prognósticos (que conocen de antemano) y se entregaban especialmente á la astrología; concedían grande influencia á los astros y prohibían severamente que se comunicasen sus tradiciones á los no iniciados. Permitían disimular su creencia hasta el extremo de renunciar á ella de palabra.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 138.

Elkesaítas. — Philos., IX, 13, p. 202 et seq.; X, 29, p. 231 et seq. (este último texto es desdichadamente defectuoso). Epif., Hær. xxix, 15; xxx, 17; li, 7 (se halla tambien en este último el nombre de Σαμψαῖοι, acaso de שָׁמֶשׁ, ἡλιακοί, orar hácia el sol levante; segun algunos, una clase de esenios). Teodoreto, Hær. fab., II, 7 (que conocía, en parte al ménos, los Philosophum.). Se hace derivar el nombre de Elxai ó Elchasai, por los unos: *a*, de חֵיל כַּסֶּה, δύναμις κεκαλυμμένη (Epif., Hær., xix, 2, Ossen); *b*, por otros de Elxaïtas — apóstatas, — á saber: אֶלְכַּחְשִׁין de כחש, negare (Baumgarten); *c*, por otros de אלשׁדי, el nombre de Dios (Nitzsch); *d*, por otros de אֵל חֶבְאִי, ὁ Ἐσσαῖος (Scaligero); *e*, de la aldea Elkesi, en Galilea; *f*, de בְּכִי חיל, designacion del espíritu de Dios (Gieseler); *g*, del árabe אל כסא, Susi, asceta, anacoreta (Haneberg).

Lo mismo que Hipólito, Orígenes (in Ps. lxxxii, ap. Eus., VI, 38) no conoció la secta sino más tarde. Están acordes en muchos puntos, así como con San Epifanio, que disponía de otras fuentes. Hasta las dimensiones del ángel (el Cristo), son absolutamente las mismas, y el espíritu que le acompaña es igualmente del sexo femenino (Phil., IX, 13; Epif., Hær., xix, 4).

Todo confirma la noticia dada por San Epifanio, Hær., xxx, 3, de que los ebionitas se enlazaban con los elkesaítas. Créese que en el cuarto siglo, dos mujeres que descendían de Elkesai, Martho (Marthus) y Marthana, recibían de la secta honores casi divinos. Epif., Hær. xix, 2; liii, 1; Formula renunciat. judaismi, ap. Cotel. in Recognit., I, 54. Segun San Epifanio, Hom. xix, 5, Elxai tuvo mucha popularidad en cuatro sectas diferentes, entre las cuales se coloca á los mendeenos ó sabienos (ssabienos, que se lavan). (D. Ehwolson, Die Ssabier u. der Ssabæimus, San Petersburgo, 1856, 2 vol.). Véase tambien Hilgenfeld, Das Elxaibuch im 3 Jahrb. (Ztschr. f. wiss. Theol., 1866, I.)

Entre las escrituras pseudo-clementinas, se cuenta: 1.°, las Recogniciones traducidas por Eusebio, Anagnorismos en diez libros que existen tambien en siriaco (Gallandi, Bibl. Patr., II, 218-327; Migne, Patr. graec., t. I, siriaco, ed. Lagarde, Lips. et Lond., 1861); 2.°, las veinte homilías conservadas en griego que tratan de sujetos análogos (Gallandi, loc. cit., p. 600-770; Migne, t. II; ed. Schwegler, 1847; ed. Dressel, Gœtt., 1853); 3.°, un extracto ó epitome, ed. Turneb., Par., 1855; ed. A. Dressel, Epitomae duae, Lips., 1856. A las homilías se unen una letra de Clemente y otra de Pedro á Santiago, despues los Διαμαρτυρία (Contestatio). Los dos primeros escritos han suscitado numerosas investigaciones. Neander, Die pseudo-clementin. Homilien, Berlin, 1818; Schliemann, Die Clementinen, Hamb., 1844 (Neander, K.-G., I, p. 194, n. 6, habla de ellas con elogio); Schwegler, Ap. Zeitalter, I, 179 y sig., 363 y sig.; Hilgenfeld, Die clem.

Recognit. u. Homil., Jena, 1848; Ritscl (s. 31), p. 153 y sig., et Allg. Monatsschr. f. Wiss. u. Lit., Halle, 1852 Jan.-Helt.; Engelhardt, Ztschr. f. hist. Theol., 1852, I, p. 105; Ullhorn, Die Hom. u. Recogn. d. Clem. Rom., Gœtt., 1854. Hilgenfeld, Ursprung der pseudo-clem. Rec. u. Hom., dans Zellers theol. Jahrb., 1854, IV; Lehmann, Die clementin. Schriften, Gotha, 1869, u. A. m. La prioridad de las homilías está admitida por Le Clerc, Schneckenburger, Mayroff, Mœhler, Baur, Schliemann, Allhorn; la de las Recogniciones por Dœderlein, Starck, Paniel, Hilgenfel, Ritschl. Mi opinion es esta:

a. Las Homilías son más antiguas que las Recogniciones, y suponen un escrito que les sirve de base comun, acaso un Κήρυγμα Πέτρου ebionita, diferente de la obra antijudáica de este *nombre. Las primeras usan más libremente de este* escrito comun que las segundas.

b. Las Homilías no son anteriores al conocimiento que el autor ha tenido del montanismo y marcionismo, es decir, al año 160.

c. Las Recogniciones son una recomposicion de las Homilías; el autor se remonta más á menudo y más fielmente al escrito fundamental que tenía ante la vista, y elimina gran número de ideas demasiado rígidas y que no convienen con las Homilías. Las partes de que se componen son: α, largos fragmentos sacados del escrito fundamental; β, pasajes de las Homilías; γ, algunos extractos de otras obras; δ, partes añadidas por el autor para restablecer el enlace, templar ideas muy atrevidas y embellecer el conjunto.

d. Las Recogniciones, en su forma actual, datan sólo del siglo tercero. Las razones de esta opinion son las siguientes: α, se puede probar que Orígenes las cita (in Matth., t. III, y en Matth., XXVI, 6); β, la Recognicion IX, 19-28, contiene un diálogo *De fato*, sacado de Bardesano y reproducido por Eusebio, Præpar. evangel., VI, 10 et seq.; γ, la Recognicion XI, 27, supone que todos los vasallos libres del imperio gozan del derecho de ciudadano romano, lo que no fué establecido sino en tiempo de Caracalla; δ, atacan ménos los diversos sistemas gnósticos que el conjunto de la gnósis, que debía estar ya desarrollada; ε, tienden visiblemente á acreditar en Roma la doctrina elkesaita, como lo hacía Alcibíades, siguiendo á los Philosophumena; ζ, segun las Recogniciones V, 15; VI, 5; VII, 11, habían tenido ya lugar muchas persecuciones, y se habían dictado leyes contra los cristianos reputados autores de todo mal. Pedro y Clemente aparecen doquiera en el primer plan, Santiago es investido de particular autoridad y hasta preferido á los demás apóstoles. Ep. Clem. ad. Jac., in Ref., I, 17, 44, 66, 68, 72; IV, 35; Hom., 1, 20; Reitschl, p. 471.

Nótese tambien este pasaje de C. Mario Victorino sobre Gal., I, 15 (Maï, Nov. Coll., III, III, p. 9): «Jacobum Ap. *Symmachiani* faciunt quasi duodecimum et hunc sequuntur, qui ad D. N. Jesum Chr. adjungunt judaismi observantiam (cf. Act., XXI, 20), quanquam etiam Jesum Chr. fatentur; dicunt enim eum ipsum *Adam* esse et esse animam generalem, et alia hujusmodi blasphema.»

Signos característicos: 1.° Orig., ap. Eus., VI, 38: τὸν Ἀπόστολον τέλεον ἀθετεῖ (Elc.). No solamente no utilizan las pseudo-clementinas á San Pablo (Cotel., in Hom. XIX, 2; Galland., II, 706), sino que le llaman abiertamente Simon (Cœllen, Encykl. v. Ersch u. Gruber, I sect. Th. XVIII, p. 36 y sig.; Lechler, p. 290). En ninguna parte la polémica es tan vehemente como en la Ep. Petri ad Jac., cap. II; es visible en Hom. XI, 35; XVII, 13 et seq., 16, 19); más débil en las Recogn. (en la I, 70 y sig., se ve aparecer Saulo el perseguidor; no se menciona su conversion; en Recogn., IV, 35, está excluido de la predicacion del verdadero Evangelio).

2.° Orig., loc. cit., in Matth., xxvi, 6; t. III in Gen. (Migne. t. XII, p. 85, donde se cita un fragmento de la Recognicion X, 10 y sig., sacada de los Περίοδοι Πέτρου. Véas. Cotelier. in h. loc.). Epif. Hær., xxx, 15, 16, 18; LIII, 1; XVIII, 1. Véanse los anatemas contra los judíos convertidos, publicados por Cotelier, sobre las Recogn., I, 54 (Gallandi, II, 329). Lo mismo entre los esenios, Baur, p. 47. Las Homilías II, 38 y sig.; 51; III, 3 y sig., 42-47, 50 y sig.; XVI, 14; XVII, 19, hablan tambien de contradicciones con el Antiguo Testamento. Segun Epif., Hær., xxx. 18, los ebionitas repudiaban á Elías, David, Samson, Isaías, y reconocían á Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y Jesús. Véas. Ritschl, p. 238.

3.° Epif., Hær., XIX, 3; XXX, 16, donde se citan estas palabras de Jesús, segun el Evangelio ebionita: ἦλθον καταλῦσαι τὰς θυσίας καὶ ἐὰν μὴ παύσησθε τοῦ θύειν, οὐ παύσεται ἀφ' ὑμῶν ἡ ὀργή. En cuanto á los esenios, estaban ya dispuestos á despreciar los sacrificios legales. Jos. Ant., XVIII, I, 5. En las Recogn., I, 36 et seq.; 54 et seq.; Homil , III, 45, 52. Cf. Const. ap., VI, 20, 22, los sacrificios judíos son representados como una institucion pasajera, más bien tolerada que recomendada; segun Hom., III, 51, jamás formaron parte de la verdadera ley. Véase Hilgenfeld, p. 59; Ritschl, p. 206, 210. En las Recogn., VIII, 48; IX. 10, los serienos (Σῆρες, cf. Orig. contra Cels., VII, 52-64) son alabados por su castidad y el desprecio de los sacrificios. En los Philosoph., IX, 13, se dice de Elxai: ταύτην (βίβλον) ἀπὸ Σηρῶν τῆς Παρθίας παρειληφέναι τινὰ ἄνδρα δίκαιον.

4.° Phil., IX, 15, p. 294 col.; Epif., Hær., XIX, 3 (donde esenios y elkesaítas califican á Jesucristo de « Magnus Rex »). Rec., VI, 8; Hom., VII, 8.

5.° Phil., loc. cit., cap. XV, XVI; Epiph., Hær., XIX, 1 (los mismos siete testigos), Theod., loc. cit.: βαπτίσματα ἐπὶ τῇ τῶν στοιχείων ὁμολογίᾳ (como en los Phil., X, XXIX, p. 330 et seq.). La ablucion del cuerpo en el agua corriente, σὺν τοῖς ἱματίοις, es considerada como un remedio en los Phil., loc. cit., cap. XV, así como en Epiph., Hær., XXX, 17. Sobre las abluciones, véase Ritschl, p. 208. Segun la Homilía XIII, 20, si la madre de Clemente se hubiese sumergido en el mar, esta muerte le habría servido de bautismo. El agua es buena y santa, el fuego enemigo de Dios. Epiph., Hæres., XIX, 3; XXX, 16; LIII, 1; Rec., VI, 8; VIII, 27; cf. I, 48; Hom., XI, 44; Rec., I, 30; IX, 7, 10; Hom., IX, 4-6, 9. Las abluciones diarias son recomendadas por el ejemplo y doctrina de Pedro (Rec., IV, 3; V, 36; VI, 11, VIII, 1; Hom., VII, 8, IX, 23; X, 1, 26, etc.). Los ebionitas de que habla San Epifanio, invocaban igualmente á este apóstol (Hæres., XXX, 15, 21).

La secta mencionada bajo el nombre de hemero-baptistas por Egesipo (ap. Eus., IV, 22; Const. ap., VI, 6; Ps. Hier., Indicul. hær.; Epiph., Hær., XVII, 1, y la « fórmula renunciandi judaismo »), idéntica acaso á los baptistas de Jostino, Dial. LXXX, tenia íntimas relaciones con los ebionitas y elkesaítas. San Epifanio, Indic., t. I, les atribuye esta proposicion: μηδένα ζωῆς τυγχάνειν, εἰ μή τι ἂν καθ' ἑκάστην βαπτίζοιτο. En las Hom., II, 23 (cf. Epit., c. XXVI), Juan Bautista se llama ἡμεροβαπτιστής (cf. Jos., Ant., XVIII, V, 2). La Dyamartiria, cap. I, II, IV, indica muy claramente el uso de los ebionitas y elkesaítas, escrito muy claramente por San Epifanio. Hær., XIX, 1, 2; XXX, 17, y Phil., de bañarse diariamente en un rio ó en agua corriente y de prometer, invocando diversos testigos como en el bautismo, abstenerse de todo pecado.

6.° Phil., IX, 14; Epiph., Hær., XVI, 1; XIX, 5; LIII, 1. En Diamart., cap. I; Recogn., I, 33; VIII, 53; la circuncision es muy recomendada, y se supone que se entiende sólo para los judíos de nacimiento. En la Recogn., V, 36; Hom., X, 26, Pedro da gracias á Dios *Hebraeorum more*. La abstinencia de carne es considerada

como muy importante. Recogn., VII, 6; Hom., VIII, 15; Epiph., Hær., XXX, 15.

Segun San Epifanio, loc. cit., n. 2, la castidad era otras veces muy honrada en estos círculos; no fué así en lo sucesivo. Estaba prescrito á los jóvenes el casarse lo más pronto posible. Ep. Clem. ad Jac., cap. VII, VIII; Hom., III, 68. Cf. Const. ap., IV, 11. Epiph., loc. cit., n. 18.

7.° Phil., loc. cit., y X, 29; Theod., loc. cit. La πρόγνωσις es citada infinidad de veces en las Hom., II, 10 et seq., 50; III, 12, 17, 42 et seq., 47; XVII, 14, y es visible que las Clementinas respetan mucho el culto de los astros. Rec., I, 28, 32; VIII, 45; Hom., III, 36; Hilgenfeld, p. 54, n. 1. El relato de Nimrod, Hom., IX, 4, supone la creencia en la influencia de los astros; está perfectamente de acuerdo con los Philos., loc. cit., cap. XVI (sobre los astros malos y días nefastos).

Los astros y los elementos materiales de la creacion aparecen como animados en Rec., V, 16, 27; VIII, 44, 46; IX, 15. La doctrina pitagórica sobre los números ejerce gran influencia (Hom., XVIII, 9 et seq.; Hilgenfeld, p. 264). Combatiendo la magia y la astrología, el autor dirige sobre todo su polémica contra la teoría completamente fatalista que suprime enteramente el libre arbitrio. Este asunto es tratado con detalles que demuestran cuán familiarizado estaba el autor con las doctrinas astrológicas.

8.° Phil., IX, 17; Ep. Petri ad Jac., c. 1. 3; Diamart., Rec., I, 21 et seq., 74; II, 55; III, 30; X, 42. Sobre la tradicion secreta, el disimulo, la abnegacion, véase Orig., loc. cit.; Epiph., Hær., XIX, 1. 3; Rec., I, 65 et seq.; Hom., II, 37-39; III, 2; V, 2 et seq.

La doctrina de los elkesaítas.

139. Véase aquí lo que enseñaban los elkesaítas: 1.° Dios se ha unido á los hombres diversamente y en distintos tiempos, á Adan, á los antiguos profetas, despues á Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, y finalmente á Jesús. El espíritu de Dios que está por encima de los ángeles, el Cristo supremo, ha habitado en muchos hombres escogidos y se sujeta en general á muchos nacimientos; cambia las formas y los cuerpos y pasa de un cuerpo á otro. El Cristo supremo es el mismo en todos, Adan es propiamente idéntico al Cristo, el verdadero profeta, donde quiera y al que todos están obligados á creer. 2.° Todo lo que hay en el mundo se mueve por parejas (syzygias), en las cosas físicas lo mismo que en las morales. Al Cristo supremo está unido el Espíritu Santo como su parte femenina.

Hay una doble profecía, masculina y femenina. La primera es buena, la segunda mala y seductora. La profecía femenina es mala, precede á la buena y es vencida por ella; San Pedro es el órgano de la profecía masculina, Simon de la femenina. Ambas están constantemente en lucha, como el error y la verdad, como el curso actual y el curso futuro del mundo (eon). 3.° Cada uno de estos dos imperios tiene un soberano; el buen Hijo de Dios, el Cristo, es el Señor del mundo futuro; el demonio el señor del mundo presente y de su imperio. Este último mundo

proviene de la mezcla de los elementos malos. 4.º La teodicea de los elkesaítas es rigurosamente monoteísta; sostiene en oposicion con la gnósis paganá, que el Dios *supremo es* al *mismo tiempo* el *Creador* del mundo. Dios forma indirectamente el mundo, que es su cuerpo, por medio de su sabiduría que le sirve de instrumento. 5.º El Cristianismo y el mosaísmo, única religion primitiva, son idénticos en las cosas esenciales. El verdadero profeta es quien los ha dado á conocer. La gnósis que él facilita es muy estimada por los elkesaítas; no se niega la necesidad de las buenas obras que el hombre puede cumplir con el libre ejercicio de su voluntad, y no se ataca la autoridad eclesiástica.

En esta polémica contra la gnósis pagana, no se afirma solamente la identidad entre el Criador del mundo y el Dios supremo; se combate tambien de una manera particular á la doctrina de Marcion, y se trata igualmente de otros sistemas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 139.

a. Sobre Jesucristo, Phil., IX, 14: πολλάκις γεννηθέντα καὶ γεννώμενον πεφηνέναι καὶ φύεσθαι, ἀλλάσσοντα γενέσεις καὶ μετενσωματούμενον (pitagórico); Hom., III, 20: ἀπ' ἀρχῆς αἰῶνος ἅμα τοῖς ὀνόμασι μορφὰς ἀλλάσσων; Epif., Hær., LIII, 1: ἀεί ποτε φαινόμενος; Phil., X, 29: ἀεὶ ἐν σώμασι μεταγγίζεσθαι κ. τ. λ.

Los elkesaitas distinguen el Cristo de la altura y el Cristo de la region inferior (Phil., X, 29, p. 331; Theod., loc. cit.), como los valentinianos (Iren., I, 7, 2), pero no parece que difieren realmente entre sí; el Cristo terrestre no es sino la manifestacion del celeste. Como los seres superiores no pueden ser visibles á los sensitivos sino por medio de cuerpos (Hom., XVII, 16), Dios ha tomado un cuerpo á causa de los hombres (ibid., cap. VII; Baur, p. 328); el verdadero profeta Jesucristo ha aparecido constantemente con un cuerpo, y lo que es más, con el cuerpo de Adan (Epiph., Hær., LIII, coll. 30, 3; Ritschl, p. 223). Las *desviaciones de las Recogniciones son poco sensibles* y revelan aquí tambien una atenuacion de la doctrina. Ritschl, p. 213, n. 1. Se admiten igualmente aquí diversas apariciones de Jesucristo. Rec., II, 22 col.; Hom., III, 20; Rec., VIII, 59. La divergencia de criterios notada por Ritschl, p. 185, en estos pasajes, no es demostrable; porque el *nos* de la Rec., II, 22, se aplica evidentemente á los hombres, como lo muestra *enim*, que se refiere á lo que precede y no á los apóstoles y á los fieles. La identidad de Adan y de Jesucristo, que Mar. Victorino atribuye á los símmaquianos, y San Epifanio, Hær., XXX, 3, á algunos ebionitas, está formalmente enunciada en la Rec., I, 45, 47, 60; Hom., III, 20 et seq.; VIII, 10; Ritschl, p. 200. Este Cristo reviste á Adan y lo despoja para tomarle de nuevo *segun las circunstancias* (Epiph., *Indic.* hær., t. II, lib. I, n. 10). A la pregunta de Clemente sobre la salvacion de los que habían muerto ántes de la venida de Jesucristo, Pedro responde, Rec., I, 52: «Christus, qui ab initio et semper erat, per singulas quasque generationes piis, latenter licet, semper tamen aderat, his praecipue, a quibus exspectabatur, quibusque frequenter adfuit.»

b. Doctrina de las syzygias, Hom., II, 15-18, 33; III, 16 et seq., 22, 27, 59; Rec., III, 55 et seq., 59, 61; VIII, 51. Esto se halla conforme con la siguiente palabra

citada por Clemente, Strom., III, 9, segun el Evangelio de los egipcios usado en los círculos de los herejes: ἦλθον καταλῦσαι τὰ ἔργα τῆς θηλείας. Véase Ritschl, página 228.

Sobre Jesucristo y el Espíritu Santo, Phil., IX, 13; Epiph., Hær., LIII, 1.

c. Epiph., Hær., XXX, 16; Rec., III, 52; IV, 25; V, 9; VIII, 52, IX, 4; Hom., VIII, 21; XV, 7, 9. Cf. Philos., IX, 16.

d. Rec., I, 17; VI, 7 et seq.; Hom., XVI, 12. Se puede tambien dudar que el προβάλλειν, Hom., XIX, 12 et seq., y otros, haya de entenderse siempre segun lo sostenían Baur, p. 322 y sig., y Ritschl, p. 218 y sig., en el sentido de la doctrina emanatista. En la Hom., III, 32, Dios es llamado ὁ τὰ μὴ ὄντα εἰς τὸ εἶναι συστησάμενος, οὐρανὸν δημιουργήσας κ. τ. λ.; aquí *creatio prima* y *creatio secunda* están reunidas. El χοοφορηθεὶς ὑπὸ χειρῶν θεοῦ, Hom., III, 17, 20, y lo que se dice de la semejanza divina no son decisivas. Ritschl, p. 198 y sig., reconoce tambien que el dogma de la creacion, tomado de los escritos de Salomon por las Recogniciones: Περὶ μὲν τὴν τῶν ὅλων ἀρχὴν συμφωνοῦσιν ἡμῖν no sin dificultad alguna y que lo mismo se ve en los círculos judeo-cristianos. Theod., loc. cit.

e. Hom., VII, 6 et seq.; Rec., IV, 5, col. 1, 39. La gnósis Hom. IX, 14; Rec., II, 69; V, 4 et seq., 8; IX, 31.

El «verdadero» mosaismo, tal como lo exponen, por ejemplo, los ἀληθινοὶ Ἰουδαῖοι (Epiph., Hær., XXX, 16 (*sin el culto del sacrificio*), debe separarse aquí del mosaismo farisáico y no del mosaísmo esenio.

§ 5. La reaccíon neoplatónica y la reaccion católica.

Adversarios neoplatónicos de los gnósticos.

ADVERSARIOS CATÓLICOS.

140. Los *errores de la gnósis* helenizante fueron tambien combatidos, de una parte, por los neoplatónicos del paganismo, y de otra por los autores cristianos. Los primeros no admiten, en efecto: *a*, que se multipliquen los seres fundamentales (segun ellos, no puede haber más que tres); *b*, que el elemento espiritual pueda rebajarse hasta una semejanza completa con el elemento sensible; *c*, que se pueda despreciar al mundo sin contradecir *á la razon*, porque ni el mundo ni su arquitecto son malos. *d*, Combaten tambien *algunas de las principales ideas* gnósticas, como los sufrimientos de la Sabiduría (Sophia); *e*, las reglas de la vida práctica y la inmoralidad reinante; *f*, *la falsa interpretacion* de Platon. A pesar de esto, la diferencia entre Plotino y los gnósticos, especialmente Valentino, no es más sensible que la que existe entre los *gnósticos*.

Los autores eclesiásticos combaten á los gnósticos, ya con la Escritura y la enseñanza de la Iglesia, ya con principios filosóficos y especialmente con la metafísica y la moral. Demuestran: *a*, que la doctrina católica está conforme consigo misma en todos los puntos, miéntras

que las sectas se hallan desunidas y despedazadas; *b*, que la mayor parte de los sectarios llevan vida disoluta y desenfrenada, y profesan *principios inmorales*; *c*, que sus doctrinas tienen carácter y orígen paganos, y tienden á la *eliminacion completa* de todo elemento cristiano; *d*, que sus principios son insostenibles y están llenos de contradicciones, especialmente en cuanto separan del Dios supremo á la creacion, *atribuyen las lagunas* de ésta á imperfecciones de su Autor, admiten un progreso infinito, *humanizan* la divinidad (antropomorfismo y antropopatismo), conciben mal la relacion que existe entre el *mundo ideal* y el mundo sensible, y degradan al Redentor y al Dios altísimo imputándoles las ilusiones de los hombres, sus falsas y erróneas opiniones; *e*, que las pruebas *que sacan* de las cartas y de las cifras, son insostenibles; que interpretan mal las *Escrituras*, alegan libros apócrifos, y no se apoyan más que en un pequeño número de tradiciones secretas, de mitos paganos, etc.

Muestran, por el contrario, la perfecta conveniencia de los dos Testamentos, el fin y la *realidad* de la *Encarnacion*, la credibilidad universal de los documentos conservados en la Iglesia y de su doctrina tradicional, la sublimidad del culto establecido por Jesucristo, sobre *todo del Eucarístico*, la fuerza demostrativa de la sucesion apostólica y de los dones de la *gracia* que se continúan en el seno de la Iglesia. A la falsa gnósis oponen la gnósis verdadera, la *gnósis* eclesiástica, que reposa sobre la fe y demuestra que el verdadero cristiano, perfecto en la teoría como en la práctica, es tambien el verdadero gnóstico. Los hombres *más* eminentes de la Iglesia combatieron la falsa gnósis en sus escritos y lecciones verbales.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 140.

Plotin., *Ennead.*, *II*, *lib. IX*, πρὸς τοὺς γνωστικούς. De los autores cristianos no tenemos desgraciadamente ni la Syntagma de Justino contra todas las herejías (Apol., I, 26; Euseb., IV, 11), ni muchos otros escritos preciosos de Meliton, Agr. Castor, etc. Las *obras* que nos quedan se completan á menudo las unas con las otras: *a*, Iren., libri V Adv. hær.; Tert., De praescr.; *b*, Clem., in Strom.; véase Baur, p. 489 y sig.; *c*, Hippol., Philos.; *d*, Iren., II, 1 et seq.; Tert., Adv. Val., Contra Marcion., De *carne Christi*, etc.; *Orígenes* en muchas homilías; *e*, Iren., Orig., Tert.; *f*, Iren., I, 10; III, 1 et seq.; V, 1 et seq.; Clem., Strom., VII, 17 *et seq*. Sobre la gnósis cristiana, Clem., Strom., I, 20; II, 2, 4, 6; VII, 10. Bello pasaje, Iren., IV, XXXIII, 8: la verdadera gnósis es ἡ τῶν ἀποστόλων διδαχὴ καὶ τὸ ἀρχαῖον τῆς ἐκκλησίας σύστημα.

§ 6. El maniqueísmo.

141. La gnósis helenizante tuvo su pleno desarrollo en el curso del segundo siglo y en los principios del tercero; pasado este tiempo, no revistió ya forma nueva. Sin embargo, tuvo su repercusion en el maniqueismo, llamado la gnósis persa, el cual parecía proponerse constituir una religion popular con el dualismo persa y el Cristianismo entendido á la manera de los gnósticos. Esta religion había de implantarse desde luégo en el imperio de los persas, que se levantaba vigorosamente bajo las Sassanidas y tan frecuentemente se había mezclado en las luchas con los Emperadores romanos, y propagarse despues por las otras partes del mundo. Era una amalgama de ideas búdhicas, persas y elkesaítas. El contacto de estas ideas con la civilizacion de los sistemas religiosos del Occidente, produjo poderosa fermentacion en los espíritus.

Sobre el fundador de esta religion nueva. reina gran divergencia entre los datos de los griegos y los de los occidentales. Convienen, sin embargo, en que este fundador, cuyo nombre era Mani, sufrió hácia el 277 ignominiosa muerte por órden del rey de los persas. Segun los occidentales, se llamaba Cubricus, esclavo emancipado, que había heredado de Scythiano, mercader sarraceno, contemporáneo de los apóstoles, cuatro libros de religion procedentes de Terebinto ó Buddas, discípulo y sectario de este mercader. Habría tomado en Persia el nombre de Manes y habria trabajado sobre la doctrina contenida en estos libros. Acogido favorablemente al principio en la corte de los persas, fué cargado de cadenas y encerrado en una prision por haber fracasado en la curacion de un príncipe que un exceso de confianza le había llevado á emprender. Recibió allí la visita de tres jóvenes Abdas ó Buddas, Herméas y Tomás, á quienes había hecho otras veces viajar; manifestáronle que en ninguna parte habían encontrado tanta resistencia como entre los cristianos, de quienes procedían los libros que le presentaban.

Manes los leyó ávidamente y resolvió explotar en provecho suyo los pasajes concernientes á la promesa de un consolador. Consiguió, á fuerza de dinero, salir de su prision, llegó á Mesopotamia é intentó por medio de sus discípulos y con sus escritos ganar á los cristianos; pero tuvo que aceptar una controversia con Arquelao, Obispo de Cascar, y fué vencido. No tardó mucho en caer en manos de los soldados del rey de Persia que le hizo desollar vivo.

Segun las narraciones persas, por el contrario, Manes habría sido el descendiente de una ilustre raza de mágicos, se habría distinguido como sabio y como pintor, y luégo, cristiano y sacerdote, habría sido expul-

sado de la Iglesia por sus ideas anticristianas. Llegó en 270, reinando Schapour I (Sapor), á la corte del rey de Persia, pero se vió obligado á emprender la fuga á causa de sus disputas religiosas con los magos. Ocultóse en la provincia de Turkestan, donde redactó su Evangelio, que embelleció con figuras simbólicas. Se cree que fué tambien á la India y á la China. Despues de la muerte de Sapor (272), volvió á Persia, donde el rey Hormuz (Hormisdas) le fué favorable y le dió una fortaleza para su seguridad. Muerto este rey despues de un reinado de dos años, su sucesor Behran I (Vararanes) le fué hostil. Le hizo sacar de la fortaleza de Daskarrah (Deskereh, en la Susiana), y llevar ante los mágicos, so pretexto de disputar con ellos; pareció que sucumbía en la controversia, y le hizo morir en la forma que se ha dicho más arriba.

Segun los datos suministrados por Mohamed-en-Medim, en el segundo siglo, sacados, dícese, de los escritos de Manes, éste habría sido hijo de un sacerdote pagano, el *mendeen* Fonnaq (Futtak) de Babilonia, y habría sido educado por su padre en la religion de Mogtasilah (elkesaítas). Advertido por un ángel, á los doce años, de que abandonara esta religion, no habría obedecido á esta revelacion sino doce años despues, á la de edad de veinticuatro, á consecuencia de una nueva aparicion del ángel; entónces fué cuando se convirtió en reformador religioso. La oposicion entre el bien y el mal, tal como era formulada en la antigua doctrina de Zend, fué su principio fundamental, á pesar de haber tomado numerosas ideas de los sistemas panteístas. Más tarde, su vida ha sido embellecida con multitud de leyendas. Se le identificó con Zoroastro, Bouddha, Mani, Helios, Cristo. Había en las fronteras de Persia y la Bactriana huellas del culto búdhico que ejercieron ciertamente sobre él grande influencia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 141.

FUENTES. — 1.° Acta disputationis cum Manete, por Arquelao, c. 276; Migne. Patr. gr., t. X, p. 1429 et seq. Su autenticidad ha sido puesta en duda por Beausobre (Hist. crit de Manichée y de Manich., Amst., 1734 et seq., en 4.°, t. II) y algunos críticos; pero ha sido sólidamente demostrada, no solamente por el primer editor (Zacagni, Roma, 1698), sino por otra multitud de sabios, con argumentos internos y externos. 2.° Eus., VIII, 31; Socr., I, 22; Hier., Cat., cap. LXXII; 3.° Titus Bostr., libri III contra Manich. (Migne, t. XVIII, p. 1069, seq.); 4.° Alex. Lycop., Tract. de placitis Manich. (ibid., p. 411 et seq.); 5.° Cyrill. Hier., Cat., VI, n. 21 et seq.; 6.° Epiph., Hær., LXVI; Theod., Hær. fab., I, 26; 7.° Aug., Contra ep. fundam., y en muchos escritos, Op., t. VIII, ed. Maur.; 8.° Phot., Contra Manich., I, 11-15, donde son citados aparte de los autores griegos ya nombrados, Serapion de Thmuis, Heraclio de Calcedonia (Bibl., cod. LXXXV), y el sacerdote Trifon, como adversarios de la secta. 9.° Fuentes orientales, Herbelot. Bibl. or., París, 1697, in-fol., y Sylv. de Sacy, Mémoire sur diverses antiqui-

tès de la Perse (ibid., 1793; 10. Datos árabes, Gust. Flügel, Mani, seine Lehre n. s. Schriften. Extracto de Fihrist (987) de Ibn Abi Ja'Kub an Nadim, publicada por primera vez en Leipzig, 1862, y Chwolson, Die Ssabier, San Petersburgo, 1856. — Elaboraciones: Alticottius, S. J., Diss. hist. crit. de ant. novisque Manich., Rom., 1763; Tillemont, Mémoires, t. IV, p. 367 et seq.; Beausobre, *op. cit.*; Walch, Ketzerhist., I, 685 y *sig.*; Baur, Das manich. Rel.-System., Tub., 1831; Golditz, Entstehung des manich. Rel.-Syst., Leipzig, 1838; Trechsel, Kanon, Kritik u. Exegese der Manich., *Barna*, 1832, Wiener Jahrbücher der Lit., 1840; Tüb. Q.-Schr., 1841, p. 574 *y sig.* Chwolson ha probado que los libros de Cubricus son escrituras mendeanas. Se atribuyen á Mani los libros siguientes: 1.° el Libro de los misterios, en sirio, en veintidos capítulos; Epiph. *loc. cit.*, n. 2, 13; Tit. Bostr., I, 14; 2.° el libro de los capítulos, ó τὸ κεφάλαιον; 3.° el Evangelio (viviente); 4.° el Tesoro de la vida, Fragm. ap. Aug. De nat. boni, cap. XLIV; De act. cum Felic., I, 14; Evod., De fide, n. 5; muchas cartas Ad Oddam, ad filiam Menoch, ad Zebenem, ep. fundamenti, ad Marcellum (Epiph., n. 6; Disp. Contra Man., n. 5); Fragm. ap. Fabricium, Bibl. gr., ed. Harless., VII, p. 312 et seq.; Maï, Nov. Coll., VII, 1, 17, 69.

Exposicion del maniqueismo.

142. El maniqueismo admite primero dos principios eternos, iguales entre sí, cada uno de los cuales tiene su reino, que son la luz y las tinieblas, Ormuzd y Ahriman, *con numerosos eones* de una y otra parte. El Dios de la luz es bueno y santo, parecido á un sol bienhechor, y todo lo llena con su luz. El dios de las tinieblas (Satán) es material y malvado, así como sus demonios. Su imperio tiene cinco regiones: las tinieblas exteriores, la materia opaca, los vientos impetuosos, el fuego desvastador, el humo oscuro. *En este imperio reinan* la discordia y los *eternos combates*. Desde el fondo de esta lucha interior, los demonios distinguen la luz que desde arriba les atrae; concluyen un armisticio y deciden invadir el imperio de la luz. Para evitar esta invasion, el Dios bueno emite de su esencia una fuerza, la «madre de la vida,» el alma superior del mundo, de donde sale el primer hombre. Provisto de cinco elementos más puros (la luz, el fuego, el viento, el agua y la tierra), el primer hombre emprende la lucha con las tinieblas. Estas le quitan una porcion de su luz que se mezcla con la materia y la hace apta para recibir una forma.

De esta suerte se operó la mezcla de los dos imperios. El «Espíritu *viviente*» *vino en auxilio* del primer hombre y formó el mundo visible. El alma de este mundo es el elemento luminoso, el Hijo de Dios, Jesús, sujeto al sufrimiento, compuesto de porciones de luz arrebatadas por las tinieblas, miéntras que las partes salvadas se hallan en el sol y la luna: es el Jesús *inaccesible* al sufrimiento. Estas últimas partes (Jesús impasible — influencia de los astros) deben librar

á las primeras (Jesús pasible) y restablecer los antiguos límites. El hombre es una copia del mundo; engendrado por el príncipe de las tinieblas y por su compañera (Nebrod), reune en sí, con la imágen del Dios bueno, con las partes luminosas, las constitutivas de la materia; posee las dos naturalezas, el alma racional y el alma irracional. Habiendo hecho el príncipe de las tinieblas que la naturaleza luminosa y cautiva fuese libertada, persuadió á sus compañeros que le abandonaran su parte de esta naturaleza, la absorbió en sí ó intentó relegar en Adan la mayor parte de este robo hecho al mundo de la luz. Entónces engendró de Hyle á la mujer Eva, con el designio de encadenar á Adan, por medio de la voluptuosidad, dispersar la naturaleza luminosa que residía en él, y debilitado así, hacer imposible la liberacion de esta naturaleza.

Sobreexcitada la sensualidad de Adan, la naturaleza luminosa cautiva (el alma del mundo) fué más y más individualizada por la generacion y la propagacion, y la fuerza para regenerarse embarazada por innumerables prisiones (los cuerpos).

El primer matrimonio fué tambien el primer pecado. Los hombres, sin embargo, no quedaron enteramente perdidos; la transgresion del precepto que ordenaba no comer del fruto prohibido, provenía de su naturaleza superior, del Dios bueno. El alma luminosa emanada de su reino, no hubiera podido sucumbir completamente á la materia y ser vencida por el alma mala. El hombre reune en sí, de una manera más concentrada que los otros seres, las centellas de luz derramadas por toda la naturaleza; conoce con su alto origen, la mision que le incumbe de reunir en sí, en cuanto sea posible, estas partes luminosas, y de introducir á la naturaleza, á la vez que á sí mismo, en el reino de la luz. Peca sin duda, ó más bien, no es él quien peca, sino la prision que le domina ó el alma mala. Pecar es una pura condescendencia, una debilidad del hombre; por esto cuando se aflige por su falta, es fácilmente perdonado.

Siendo incapaz la parte luminosa de librarse por sí misma, el Cristo, que tiene su trono en el sol, el alma luminosa no manchada por la materia, el Jesús impasible descendió hasta los hombres, extraviados por el paganismo y el judaísmo. Dotado de un cuerpo puramente fantástico, no sufrió sino en apariencias. Enseñó á los hombres á purificarse de sus pasiones, á desprenderse de la materia y á volver un día á su patria celestial. Pero sus apóstoles mismos (llamados desdeñosamente «Galileos») no comprendieron bien su doctrina, y los cristianos que vinieron despues la alteraron todavía más. Previendo esto, el Cristo, el Hijo de la luz eterna, el Hijo del hombre, había prometido enviar la luz,

al Consolador (Paráclito) que apareció despues en Manés para restablecer la religion falsificada. Los perfectos, aquellos que se han desprendido de los vínculos de la materia, llegan desde el principio al sol y á la luna, y luégo al éter perfecto y al puro reino de la luz; los demás son condenados á emigrar de un cuerpo á otro en la plantas y animales. Cuando tocan al término de su purificacion, el mundo visible es devorado por el fuego.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 142.

Fragm. cit. Manés se decía el Paráclito, Ep. fund., ap. Aug., Contra ep. fund., cap. v. Cf. Eus., loc. cit. El Espíritu Santo es ciertamente tambien «spiritus potens» (Aug., Contra Faust., XX, 9), distinto del Paráclito. Sobre la mision del hombre, Ep. ad fil. Menoch., ap. Aug., Op. imperf., III, 172, 177; Contra Fortun., II, 21; Secundin., in ep. ad Aug., § 2. La doctrina del alma buena y del alma mala es igualmente profesada por el persa Araspas, en Xénoph., Cyropæd., VI, I, 21.

143. Los maniqueos rechazaban todo el Antiguo Testamento y creían en parte apócrifo y en parte interpolado el Nuevo. Suponían hallar en él la zizaña sembrada por el mal arconta, y pretendian que el Cristo y los apóstoles se habían acomodado á las preocupaciones de los judíos ó que los discípulos, inexpertos aún, lo habían comprendido mal. Invocaban los escritos de San Pablo y los Evangelios canónicos, pero sobre todo, los Evangelios apócrifos. Oponían á las Actas de los Apóstoles escritas por San Lúcas, las de Lucio ó Leucio y consideraban como canónicos los libros de Manés. Posteriormente llegó á ser abundantísima la literatura maniquea, y como esta doctrina tenía analogía con el gnosticismo, podía encontrar auxilio en sus obras y utilizarlas para su intento de demostrar la reprobacion del judaismo, la falsificacion de los escritos del Nuevo Testamento, y la mezcla de ambos reinos, el de la luz y el de las tinieblas.

Al hablar de Cristo, los maniqueos usurpaban con frecuencia la terminología de los católicos, reconocían las tres personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero solamente de palabra, porque no veian en las dos últimas sino una emanacion de la primera, ó más bien, segun una teoría posterior (que se encuentra en Fausto), las tres no eran sino diversas denominaciones de la divinidad esparcida en la luz superior, en el sol, la luna y el éter puro. Ponderaban sobre todo la superioridad de su fe racional sobre la fe eclesiástica, si bien se limitaban á reemplazarla con la autoridad de su Manés. El aniversario de la muerte de éste celebrábase todos los años en el mes de Marzo, bajo el título de Fiesta de la Cátedra *(cathedra, bema)*.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 143.

Fausto decia á propósito del Cánon, en Aug., Contra Faust., XXXII, 9: «Nobis Paracletus ex N. T. promissus perinde docet quid accipere ex eodem debeamus et quid repudiare.» El Evangelio de Santo Tomás era, segun Cirilo, Catech., IV, 36, p. 69 un *factum* maniqueo; segun el Catech., VI, 31, perteneceria á Tomás, discípulo de Manés. Los maniqueos tenían además un Evangel. Philippi (Timoth. Presb. et Leont., ap. Fabric., Cod. apocr. N. T., I, 139, 142, 376 et seq., et Περίοδοι τῶν ἀποστόλων de Lucio (Aug., De act. contra Fel., II, 6), despues Περίοδοι Θωμᾶ (Aug., Contra Adim., cap. XVII; Contra Faust., XX, 79; Fabricio, loc. cit., página 819-827.

Moral del maniqueismo.

144. La moral de esta secta respondía plenamente á su dogmática. *Tendía principalmente* á romper los lazos de la materia, á fin de asegurar el predominio del alma luminosa sobre la mala. Su medio era el triple sello de la boca, de las manos y del pecho, segun lo enseñado por Jesús. El sello de la boca prohibía toda especie de blasfemias, especialmente contra el Paráclito, el uso de carnes y bebidas espirituosas. Los perfectos debían limitarse á cultivar los campos y árboles fructíferos, dormir no sobre mullidos lechos, sino sobre paja y hierba, llevar vestidos desaseados y ayunar con frecuencia.

El sello de las manos obligaba á perdonar la vida de los animales y plantas, abstenerse de la agricultura y de los trabajos serviles, renunciar á la posesion de los bienes terrenos, y dejar en reposo el cuerpo para favorecer la vida contemplativa. El sello del pecho prescribía la castidad, la abstinencia del matrimonio, ó al ménos de la generacion y concepcion. Sin embargo, la union de los sexos estaba permitida, y sólo se prohibía el nacimiento de los niños. Estas privaciones no concernían más que á los perfectos, los elegidos (los iniciados, *perfecti, electi*); los catecúmenos ú oyentes estaban exentos de ellas. Estos últimos podian hacer todo lo que servía para la manutencion de los elegidos y recibían en cambio la remision de sus pecados. La mayor parte permanecía en la clase de oyentes cuanto era posible. Los oyentes eran preparados por medio de instrucciones alegóricas y místicas.

El culto exotérico era sencillo, sin altares y sin rito, y acompañado de salvajes orgías. Los maniqueos se servían de diferentes símbolos para recibir á sus adeptos; bautizaban con aceite, se abstenían de vino en la celebracion de la Eucaristía, se hacían reconocer por diferentes signos y dándose la mano derecha. Formaban enfrente de la Iglesia católica una Iglesia particular. Su jerarquía igualmente *aparte*, era

presidida por el gran maestro Manés, el Paráclito, cuyo sucesor fué nombrado, no inmediatamente, sino más tarde. Rodeábanle doce apóstoles, por bajo de los cuales estaban los obispos (72), sacerdotes, diáconos, evangelistas y elegidos.

Esta peligrosa secta hizo numerosos prosélitos por su aparatoso ascetismo, por las formas históricas de que revestía su doctrina de lo incomprensible, por la promesa de una sabiduría superior, por el prestigio, en fin, de sus prácticas y misteriosas doctrinas; estaba extendida en Persia lo mismo que en el imperio romano, donde fué considerada como peligrosa. Ya en 296 el emperador Diocleciano ordenó por un decreto quemar á sus jefes con todos sus escritos, decapitar á sus adeptos y confiscar sus bienes. Se acusaba á los maniqueos de entregarse á prácticas inmorales, de haber introducido las obscenidades de los persas y provocado revoluciones. Este edicto, que sirvió de modelo á las leyes que se dictaron en lo sucesivo contra los herejes, fué seguido de muchos otros contra los conventículos de los maniqueos; porque la secta, no contenta con propagarse en secreto, invadía multitud de provincias y principalmente el África pro-consular, miéntras que la política le daba apoyo y consistencia en el reino de los persas [1].

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 144.

Aug., Hæres., cap. XLVI; De moribus Manich.; edicto de Diocleciano, Ambrosiaster in II Tim., III, 7; Baronius, an. 287, n. 1; Hugo, Jus civ. antejustin., Berol., 1815, II, p. 1463; Neander, K.-G., I, 79, 278.

§ 7. Los montanistas y sus adversarios.

Los montanistas.

145. En Frigia, foco del culto fanático de Cibéles, existía, un siglo ántes de Manés, otro partido igualmente fanático, aunque inspirado por intereses morales, el cual pretendía elevar la Iglesia á más alto grado de desarrollo, por medio de un rigorismo práctico y de un falso espiritualismo. Montano, antiguo sacerdote de Cibéles, se había convertido al Cristianismo, abrazándolo con ardiente, pero poco ilustrado celo.

---

1 «De todos los sectarios, dice Mœhler, los maniqueos son *próximamente* los que han conservado ménos del Cristianismo, y una especie de prescripcion les ha mantenido casi sin fundamento entre los herejes cristianos. No se puede decir: han salido de nosotros, pero no eran de nosotros. No son desertores del Cristianismo; *lo que hay es que su fundador juzgó á propósito adoptar algunas ideas cristianas*, como más tarde lo hizo Mahoma.» (Mœhler, *Historia de la Iglesia.*)

Bien pronto se creyó favorecido con revelaciones particulares, cayó en éxtasis frecuentes y se dedicó á profetizar y enseñar, en *compañía* de dos mujeres, Priscila (ó Prisca) y Maximila, que hacía pasar por profetisas. Anunciaban el próximo fin del mundo y *se presentaban* como los últimos profetas. La cercanía del juicio exigía una vida santa y austera. El reino de Dios, que ántes de Jesucristo estaba aún en la infancia, había llegado á la adolescencia por Jesucristo y los Apóstoles; era preciso elevarlo ahora á la *perfeccion de la* edad viril.

Dios había revelado los medios de llegar á esta perfeccion, por conducto de Montano y sus dos compañeras, las cuales ofrecían como pruebas de la legitimidad de su mision las profecías que habían anunciado en sus éxtasis. La *profecía*, *tan* necesaria en el Nuevo Testamento como en el Antiguo, nada cambiaba en la creencia de la Iglesia, sino que solamente se encaminaba á dar más profunda inteligencia de las Santas Escrituras y á establecer una disciplina más austera. Esta disciplina, *condicion* indispensable para elevar la Iglesia al estado de madurez, consistía: 1.° en abstenerse de las segundas nupcias, que son una imperfeccion y una debilidad *moral*; 2.° en practicar largos y rigurosos ayunos y sobre todo en no tomar sino alimentos secos y duros (xerophagia); en *considerar* como universalmente obligatorios y en prolongar hasta la noche los ayunos que en otro tiempo se imponían casi siempre voluntariamente, ó que no estaban fundados sino en la tradicion; 3.° en no huir ante la persecucion y en sufrir el martirio, *que* es *obligatorio* para *todos*; 4.° en creer que los pecados mortales, como la apostasía, el homicidio, la impureza, jamás pueden ser enteramente perdonados dentro de la Iglesia, sino que deben ser castigados con la constante privacion de sacramentos. (Se llegó hasta el *punto de rehusar* á la Iglesia el poder de las llaves); 5.° en rechazar toda especie de adorno y de lujo, especialmente entre las mujeres, en no aceptar ningun empleo civil, en sustraerse al servicio militar, en abstenerse de la pintura, de la escultura y de las ciencias *profanas*; 6.° en impedir que las vírgenes, todas y no solamente las consagradas á Dios, salieran sin velo; 7.° en una palabra, en llevar *una* vida exterior tal como la exigía el futuro y próximo advenimiento de Cristo y su reino de mil años.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 145.

Eus., V, III, 14, 16-19; Philos., VIII, 19, X, 25; Epiph., Hær., XLVIII; Theod., F. *H.*, *III*, 2; Philastr., De hær., cap. XLIX; Tertull., De pudic., De monogam., De exhort. castit., De jejunio, De fuga, De cultu femin., De virg. velandis. — G. Wernsdorf, De montanistis sæc. II hær., Goth., 1751, in-4.°; Walch, op. cit., I, 611 y sig.; Kirchner, De montanistis, Jena, 1831; Münter, Effata et Oracula Mon-

tan., Hain, 1829; Ritschl, p. 475 y sig.; Héfelé, Freib. K.-Lex., VII, 252 y sig. — Didymo, De Trin., lib. III, v. fin., llama á Montano ἱερεὺς εἰδώλου, Hier., Ep. XXVII ad Marcell.: abscissus et semivir. Schwegler (Montanism., p. 243) cree que Montano y sus profetisas son simples mitos, lo que equivale nada ménos que á recusar *todos los testimonios históricos*. Véase S. Georgii, *Teutsche Jahrbücher f. Wiss. u. Kunst*, 1842, n. 12 y sig., 33 y sig.; Ritschl, p. 542 y sig.; Neander, página 280, n. Sobre la época de la primera aparicion de Montano, varian los testimonios. Segun Eusebio, Chron., habría ocurrido en el año 172, segun Epifanio, Hæres., LI, 33, vers. 135 ó 126; segun el mismo, Hær., XLVIII, 1, el año 157; segun Hæres., XLVII, 2, en época anterior. Tillemont, Walch, Gallandi, Dœllinger adoptaron el año 170; Dodwell, Neander, Gieseler, Ritschl, el año 150-157. El Pastor de Hermas no da *fecha precisa*; se duda *tambien si ha combatido* á Montano. Lo cierto es que el montanismo existía ya mucho tiempo ántes del año 177.

146. Al principio, los discípulos de Montano no eran designados como herejes, porque se les creía adheridos á la fe de la Iglesia. Algunos le tomaban por un energúmeno ó un poseso, por un falso profeta ó un fanático; otros estaban fascinados ó vacilantes. Zótico, obispo de Comana, Julian, obispo de Apamea, y Sotas que lo era de Anquialo quisieron exorcisar á las dos mujeres y convertirlas, pero se lo impidieron los sectarios. El episcopado de aquella region tuvo frecuentes reuniones (los primeros sínodos) y los combatió por medio de escritos. La mayor parte de las Iglesias los miraban como herejes, aunque la austeridad aparente de sus costumbres y su adhesion á la doctrina de la Iglesia hablasen en su favor. Sin embargo, como la secta establecía *en principio* la autoridad de no sabemos qué profecía extática, abría la puerta á todas las novedades dogmáticas que se revelaron en lo sucesivo. Por lo *demás, no tardó en manifestar* la pasion comun á todas las sectas, que es el orgullo. Los montanistas, dándose por hombres espirituales, á la manera de los *gnósticos*, se *levantaron contra* la Iglesia, que debía, segun ellos, componerse solamente de psíquicos. Alteraban además la nocion de la Iglesia, oponiendo la Iglesia espiritual á la *de aquellos* que son iluminados por el Paráclito, á la que sólo contaba « un corto número de obispos; » desdeñaban el ministerio eclesiástico y su jerarquía, concedían á los láicos las funciones sacerdotales, restringían á su capricho el poder de las llaves, el derecho de atar y desatar, tomaban la inspiracion individual por la principal prueba de su mision, recibían las reglas de la vida eclesiástica *en* sus éxtasis, que se aproximaban al furor y preparaban los caminos á un rigorismo exagerado.

La doctrina de los montanistas se explica á la vez por el carácter del pueblo y por los antiguos usos de los frigios, por las ideas del milenarismo, que sostuvo ardorosamente Papias y fueron adoptadas con avidez ante el peligro de las nuevas persecuciones que sin cesar amenazaban, por el deseo, en fin, de conservar á todo precio los dones que el Espí-

ritu Santo había hecho á la Iglesia primitiva, si bien éstos comenzaron á hacerse más raros y la Iglesia quedó cada vez más abandonada á su normal desenvolvimiento. Esta opinion degeneró más y más con el tiempo.

Los montanistas se dividieron en cuanto á la doctrina de la Iglesia sobre la Trinidad: unos, partidarios de las ideas de Esquines, adoptaron el error de Noet, segun el cual, Cristo era á la vez Hijo y Padre; otros, sectarios de Proclo, distinguían al Paráclito, que no habían recibido los Apóstoles, del Espíritu Santo que habían recibido y permanecían unidos á la doctrina de la Iglesia acerca de la Trinidad. Esta era igualmente admitida por el ingenioso Tertuliano, que entró en la secta (del 200 al 202) y llegó á ser su más hábil defensor. Tertuliano fundó en África el partido de los tertulianistas, cuyos últimos restos no volvieron á la Iglesia hasta fines del cuarto y principio del quinto siglo.

En Oriente, los montanistas, llamados tambien quintilianos, tascodrugitas, artotyritas, etc., subsistieron hasta el siglo sexto. Su principal foco era Pepuza, en Frigia, donde debía establecerse la nueva Jerusalen (de aquí su nombre de pepuzianos), y más tarde Timium. Lo que preocupaba á la secta, no era el principio del mundo, como entre los gnósticos, sino su fin. Llamaban á su doctrina la «nueva profecía,» y enseñaban que al fin del mundo el Espíritu Santo (que no confundían con Montano, el cual sólo pretendía ser su órgano), acabaría lo que había sido comenzado por el Cristo. A imitacion de los marcionitas, glorificábanse de sus mártires, sobre todo de Themison y de Alejandro.

Un autor contemporáneo, refiere que Montano y Maximila se ahorcaron probablemente en un acceso de furor, y que su cajero, Teodoto, habiendo querido subir al cielo, pereció de una manera lamentable. Alcibiades y Proclo eran dos jefes célebres del partido montanista. Se censura á las profetisas de Montano por su avaricia y amor á la frivolidad mundana.

Había tambien en África, desde el tiempo de Tertuliano, una profetisa que predecía lo porvenir, distribuía remedios, leía en los corazones, conversaba con los ángeles y el Cristo (era sin duda, una visionaria, una sonámbula). Los montanistas creían, como otras sectas del Asia Menor, las cuales por lo demás no querían oir hablar de la «nueva profecía,» en el reinado de mil años de Jesucristo (milenarios), y admitían la Pascua judáica, que debía celebrarse necesariamente el 14 Nisan. Ya anteriormente, en lo que concierne á la fiesta de la Pascua, habían sido considerados como herejes los cuartodecimales, que se proponían al parecer introducir secretamente el judaismo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 146.

Es dudoso que los confesores de la Galia se declarasen en favor de los montanistas ó que quisiesen conciliar su doctrina (véase Gieseler, I, 167, 3.ª ed.). Eusebio, que consideraba como herejes á los montanistas y conocía la opinion de estos confesores, no habría calificado esta opinion de χρίσιν εὐλαβῆ καὶ ὀρθοδοξοτάτην (V. 3). Cf. Tillem., Mem., II, p. 194, ed. Brux., 1732. — Tertuliano, Adv. Prax., cap. I, cuenta que Práxeas había decidido al Pontífice de Roma y á otros recordando la autoridad de sus predecesores, á denegar la paz religiosa concedida ya á los montanistas; pero es muy posible que este hecho se haya desnaturalizado ó exagerado. Segun el Praedestinatus, cap. XXVI, LXXXVI, Sotero había escrito contra los montanistas. El Papa de que habla Tertuliano, era segun Le Sueur (Hist. de l'Église, I, 481), Pio I; segun Pearson, Neander, Schwegler, Ritschl, p. 567, Eleuterio; segun Tillemont, Pagi, Walch, Gieseler, Hilgenfeld, Víctor I; segun Dodwell y Hagemann (Die roem. Kirche, p. 144 y sig.), Celerino. Entre los autores que escribieron contra los montanistas, citaremos á Milciades (Περὶ τοῦ μὴ δεῖν προφήτην ἐν ἐκστάσει λαλεῖν, Eus., V, 17), Claudio Apolinar Apolonio, Serapion de Antioquía, el sacerdote romano Cayo (Eus., V, 16, 18, 19; VI, 20). El anónimo de que habla Eusebio sería, segun unos, Asterio Urbano; segun otros, Rhodon (cf. Hier., Cat., cap. XXXVII, XXXIX); este punto ha sido puesto en duda con mucha frecuencia. Lo que dice Tertuliano, Praescrit., append. cap. LII, de los partidos que dirigían Proclo y Esquines, es confirmado por los Phil., VIII, 19; Theod., loc. cit. Estas dos narraciones se siguen generalmente de cerca. Lo vago de las aserciones sobre el inspirador de los profetas (ya el Dios Padre, ya el Dios Verbo, ya el Espíritu), anuncia sobre la Trinidad una doctrina modalista. Sobre la caída de Tertuliano, véase Vincent. Lirin., Comm., cap. XVIII-XX; Gallandi, X, 110; Hier., Cat., cap. LIII, Aug., De haer., c. LXXXVI. Profetisa africana, Ter., De an., cap. IX. Nombres de la secta: *a*, catafrigios (nombre del país); *b*, quintilianos, de la profetisa Quintilia, Epiph., Hær., XLIX, 1; *c*, tascogdruggitas, porque colocaban el dedo índice (tascos) sobre la nariz (druggos), en señal de atencion, Epiph., Hær., XLVIII, n. 14; *d*, artotyritas, porque llevaban al altar queso en forma de pan, Epiph., XLIX, 2. Estos últimos nombres designan, sin duda, partidos distintos. San Epifanio, loc. cit., n. 1 y sig., separa de los montanistas á los quintilianos, priscilianos, pepuzianos y artotyritas, κατά τινα τρόπον. Véase Hær., XLVIII, 1, sobre una aparicion especial de Cristo que se podía obtener lo mismo que Quintilia y Priscila. Teodoreto, Hær. fab., I, 9; 10, junta los ascodrupitas á los marcocianos.

Leyes contra los montanistas, Cod. Theod., De haer., I, XXXIV, XL, XLVIII, LVII, LXV; De pagan., I, 24; Cod. Justin., I, V, I. 18-21. — Los Τεσσαρεσκαιδεκατῖται son ya mencionados en Philos., VIII, 18, p. 274 et seq., como herejes. Cf. Epiph., Hær., L, donde se dice que provienen de los montanistas y quintilianos, y Theod., III, 4.

Hieracas. — Los árabes.

147. Un sabio egipcio, *Hieracas*, que ha dado su nombre á los hieracitas, enseñaba á mediados del siglo III una moral con apariencias

más severas aún que la de los montanistas. El matrimonio, segun él, no era bueno sino bajo la antigua ley; el celibato, la abstinencia de carne y de vino eran necesarios para la salvacion. Su ascetismo era más bien gnóstico que cristiano. Los hieracitas, áun cuando menospreciaban el matrimonio, sostenían con las mujeres relaciones sospechosas. Hieracas interpretaba la Escritura alegóricamente, negaba la resurreccion de la carne diciendo: que ésta debía ser puramente espiritual, y que el cuerpo volvía á la nada. Algunos árabes, por el contrario (Arabici, Thnétopsyquitas), enseñaban que el cuerpo estaba ausente de la personalidad humana, y que el alma mora con él.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 147.

Ἱερακῖται, Epiph., Hæres., LXVII; Θνητοψυχῖται, Euseb., VI. 37; Aug., Hæres., LXXXIII; Dam., Hæres., XC.

Los álogos.

148. Entre los numerosos adversarios de los montanistas, hubo algunos que cayeron en el extremo opuesto. No contentos con repudiar la profecía montanista, con todos sus dones espirituales, ponían en duda tambien su existencia, y como los montanistas invocaban al Apóstol San Juan en apoyo de su doctrina del Paráclito y del reino de mil años, rechazaban á la vez el Evangelio y el Apocalípsis de este Apóstol, que atribuían á Cerinto. Ya San Ireneo conocía una secta semejante y objetaba á ella que debía rechazar tambien las epístolas de San Pablo, donde se habla del dón de profecía [1]. San Epifanio los llama álogos, y los representa como enemigos del Logos, de la divinidad de Cristo; cree tambien que los que combatían la mision divina de Cristo, salían de su seno. De hecho, la Iglesia no tardó despues de la aparicion de los montanistas en hallarse en lucha con esta especie de racionalistas, que no pudiendo comprender el más sublime de sus misterios, lo desnaturalizaban, so pretexto de mantener la unidad de Dios (la monarquía), no hacían de él sino una sola persona y creían que los diferentes nombres que la Escritura atribuye al Salvador rebajaban su dignidad. Enfrente de la pluralidad de principios admitida por los paganos y los gnósticos, muchos, en su perplejidad judáica, se atuvieron á un monoteísmo abstracto y dieron nacimiento á nuevas herejías.

1 *I Cor.*, II, 4, 5.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 148.

Iren., III, XI, 9. Sobre este pasaje, discutido con frecuencia, véase Héfelé, artículo Montano, p. 266, donde se indican las obras. Antiguos adversarios de las escrituras juanistas son mencionados en Dionisio de Alejandría, ap. Eus., VII, 25. Dœllinger (Hippol. et Call., p. 292-310), sostiene que los álogos no eran montanistas, que no negaban la personalidad divina de Jesucristo, sino solamente el Evangelio y el Apocalípsis de San Juan, y esto por razones críticas. Véase lo contrario en Héfelé, Die Aloger u. ihr. Verhaeltnisz zu den Montanisten. (Tüb. Q.-Schr., 1851, IV, 564 y sig.; 1854, p. 361 y sig.). — San Epifanio, Hær., LI, 1 y sig., dice que rechazan los escritos de San Juan y el Verbo; censura sobre todo las pruebas de la divinidad de Cristo y califica, Hær., LIV, 1, á Teodoto de Bizancio (§ 150) de ἀπόσπασμα ἐκ τῆς προειρημένης ἀλόγου αἱρέσεως τῆς ἀρνουμένης τὸ κατὰ Ἰωάννην εὐαγγέλιον. Cf. Heinichen, De alogis, theodotianis atque artemonistis, Lips., 1829.

§ 8. Las herejías antitrinitarias.

Formas del antitrinitarismo.

149. Las herejías antitrinitarias aparecieron bajo dos formas principales. Unas no admitían como verdadero Dios sino al Padre y consideraban á su Hijo Jesucristo como simple criatura, á pesar de todas las gracias y luces que había recibido de una virtud superior, del Espíritu Santo (atributo impersonal de Dios, ó elemento divino que se veneraba en Jesucristo). Concebían á Jesucristo, á la manera de los ebionitas, de Cerinto y Carpócrates, como sér subordinado al Padre. Eran los antitrinitarios dinámicos, los subordinacianos. Otros no admitían en Dios sino una sola persona, y no veían en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sino las diversas formas bajo las cuales se manifestaba la divinidad; atribuían al Padre la pasion del Hijo. Estas dos tendencias eran el producto de una razon exclusiva, que nada quiere admitir de lo que es ininteligible y sobrenatural.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 149.

ANTITRINITARIOS. — Las dos principales tendencias están descritas por Orígenes, t. II in Joan., cap. II (Op., IV, 50, ed. De la Rue); dice de una y otra que temen δύο ἀναγορεύειν θεούς, pero indica perfectamente que el Hijo recibe la divinidad del Padre, el cual por este motivo se llama αὐτόθεος. Tert., Adv., Prax., capítulo II: «Quasi non sic quoque unus sit omnia, dum ex uno omnes, per substantiae scilicet unitatem, et nihilominus custodiatur oeconomiae sacramentum, quae unitatem in trinitatem disponit.» Cf. Mœhler, Athanasius, I, p. 62 y sig., 2.ª ed.; Schwane, Dogmengesch. der vornic. Zeit., Munster, 1862, p. 142 y sig.; Dorner, Entwickl. der Lehre v. d. Person Christi, Berlin, 1851, 2.ª ed.

Los teodocianos, los melquisedecianos y los artemonitas.

150. La primera tendencia tenía por órgano á Teodoto el curtidor, oriundo de Bizancio, que se presentó en Roma hácia el 192 y fué expulsado por el Papa Víctor, á causa de defender, siguiendo á los ebionitas, que el Cristo era « un puro hombre, » áun admitiendo su dignidad mesiánica, su nacimiento milagroso de la Vírgen y el descenso de una virtud divina al verificarse su bautismo. Pretendese que renegó de Jesucristo durante la persecucion y se excusó diciendo que él no había renegado más que del nombre de un hombre. Fundó una secta que se dedicó ardorosamente á la dialéctica de Aristóteles y á las matemáticas. Tuvo por discípulo á otro Teodoto, el banquero, fundador de los melquisedecianos, que colocaban á Melquisedec en cualidad de mediador de los ángeles, por encima del Cristo, mero hombre é imágen de Melquisedec.

La escuela del primer Teodoto subsistió largo tiempo en Roma. El segundo Teodoto y Asclepiodoto, discípulo del antiguo, decidieron tambien al confesor Natalis á servirles de obispo, mediante una retribucion mensual de 150 dineros. Pero Natalis, aterrado por frecuentes apariciones nocturnas, durante las cuales se creía combatido por un ángel, conjuró al Papa Zeferino, con lágrimas en los ojos y llevando vestidos de duelo, para que le abriera nuevamente las puertas de la Iglesia. Entró en ella despues de haber expiado su falta.

Otro jefe de la secta fué Artemon (ó Artemas). Sus partidarios sostenían que la doctrina profesada por ellos y concerniente al Cristo, era la más antigua y había sido enseñada siempre en la Iglesia hasta los tiempos del Papa Víctor. Un sacerdote de Roma refutó esta audaz afirmacion: 1.° por la doctrina manifiesta de la Escritura; 2.° por los escritos de los Padres ántes del Papa Víctor, por Justino, Milciades, Meliton, Taciano, Ireneo; 3.° por los cánticos y salmos de la Iglesia, que exaltan *la divinidad de Cristo*; 4.° *por la condenacion de Teodoto* el curtidor. Reconveníase á los teodocianos y á los artemonitas por falsificar la Santa Escritura, desnaturalizar las verdades de la fe, con sus silogismos y falsías, y preferir los escritos de Euclides, Teofrasto y Aristóteles á los libros santos cuyos ejemplares variaban en cada uno de sus miembros.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 150.

Eus., V, 28; Hippol., Contra Noet., cap. III; Phil., VII, XXXV, p. 257 et seq.; X, 22; Tert., Praescr., app., cap. LIII; Epiph., Hær., LIV, LV; Theod., Hær. fab., II, 5. El σπούδασμα κατὰ τῆς αἱρέσεως τοῦ Ἀρτέμωνος, de que Eusebio, loc. cit., da ex-

tractos, es llamado por Teodoreto, loc. cit., Pequeño Laberinto; algunos lo han atribuído á Orígenes, pero falsamente segun lo notaba ya Teodoreto; miéntras que otros, *invocando á Focio, Bibl.*, cod. XLVIII, *le imputaban á Cayo* (Pearson, *Le Moyne*, Cave, Mœhler). Dœllinger (Hippol., p. 3 y sig.) se pronuncia por Hipólito. Cf. Routh, Rel. sacr., II, p. 19.

Los samosatianos.

151. Pablo de Samosata, *Obispo* de Antioquía desde 260, mostró más astucia y sutileza. Versado en la dialéctica, pero orgulloso, apasionado por el lujo y disipador, juntaba á sus funciones de Obispo el cargo civil de primer receptor *(ducenarius)*, que le producía 200 sestercios. No veía en el Cristo sino un puro hombre engendrado por el Espíritu Santo y nacido de la Vírgen María, con la sola diferencia que el Verbo *Divino, la Sabiduría de Dios* que *residía en él (á la cual concebía* Pablo de una manera impersonal), *habría obrado en* Cristo *con más* eficacia que en los demás profetas. Esta virtud divina se unió á Jesús, no por su esencia, sino por su cualidad. Estaba resuelto de antemano que Jesús sería divinizado. «El Verbo era, pues, más grande que el Cristo, parodia de lo alto y el Cristo de la tierra. El Cristo sufrió segun la naturaleza, é hizo milagros segun la gracia; no llegó á ser Dios sino en virtud de la gracia divina y por sus propios esfuerzos.»

La herejía de *Pablo* produjo grande impresion, y su conducta excitó numerosas quejas. Muchos concilios, desde el año 264, se ocuparon en el exámen de su doctrina; pero los obispos reunidos no lograron convencer á este astuto hereje, hasta que el sacerdote Malquion, en el Concilio de 269, rechazó victoriosamente sus subterfugios y le arrancó la máscara. Fué depuesto de su cargo y se avisó de ello á todos los Obispos. Domnus le sucedió. Pablo se sostuvo aún por algun tiempo mediante el favor de Zenobia, reina de Palmira, que reinaba á la sazon en Siria; pero cuando ésta fué vencida por el emperador Aureliano en 272, el heresiarca se vió obligado á ceder. Sus adeptos, llamados paulinianos, paulinistas, samosatianos, se sostuvieron hasta fines del cuarto siglo. Los principales argumentos alegados en favor de esta doctrina, es que impedía admitir dos dioses (diteismo), y que el Cristo mismo había dicho del Padre, que era el sólo verdadero Dios [1], más grande que él [2]; que el Cristo se había quejado desde la Cruz del abandono de Dios [3], y que segun los Evangelios, había crecido en gracia desde su juventud [4].

---

1 *Joan*, XVII, 3.
2 *Ibid.*, XIV, 28.
3 *Matth.*, XXVII, 46.
4 *Luc.*, II, 52.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 151.

Eusebio, VII, 27, 30; Epiph., Haeres., LXV; Theod., Haer. fab., II, 8; Philastr., cap. XLIV. — Ducenarius ó procurador; Sueton., in Claud., *cap.* XXIV; *Cod.* Just., X, XIX, 1; Dio Cass., LIII, p. 506; Vales., in Eus., VII, 30. — Fragm. Pauli., ap. Leont. Byz. (Maï, Nov. Coll., VII, 1); *Routh, Relig.* sacr., t. III; Ehrlich, De erroribus Pauli Samos., Lips., 1745; Feuerlin, De haeresi Pauli Sam., Gœttinga, 1741; *Schwab, Diss.* de Paulo Sam., Herbíp., 1839; Frohschammer, Tüb. theol. Q.-Schr., 1850, I; Hefelé, Conc.-Gesch., I, p. 109-117; Hagemann, Die *roem.* Kirche, Friburgo, 1864, p. 143 y sig. El concilio de Antioquía debe haber rechazado el término de ὁμοούσιον, ya empleado ántes, *hasta por los herejes* (más arriba § 118, b, 6). Muchos sabios están de acuerdo sobre esto, pero creen que la habría rechazado solamente *en el sentido de* Pablo, que entendía ὁμοούσιον en la significacion de ταυτοούσιον, á fin de mostrar que la unidad de la persona y el Hijo eran una propiedad del Padre, y tomaba οὐσία por hipóstasis (véase Mœhler-Gams, I, p. 322). Otros ponen en duda esta opinion, porque los testigos ulteriores, Athan., De synod., c. XLIII, Basil., Ep. LII; Hilar., De synod., cap. LXXXI, han podido fácilmente ser engañados por las palabras lanzadas atrevidamente en Ancyra por los semiarrianos y no examinadas por ellos. Diversas opiniones en Feuerlin, Diss. Dei Filium Patri esse ὁμοούσιον antiqui Eccl. Doct. in Conc. Ant. utrum negarint, Gœttingue, 1755; Lib. Fassonius, De voce ὁμοουσίῳ, Rom., 1755; *Frochammer*, loc. cit.; Hagemann, p. 463-475.

Los modalistas, Praxeas, Noet.

152. Los representantes de la segunda direccion partían igualmente de la unidad de Dios, fuera del *cual no* hay *otro*[1], *y* concluían que si el Cristo era Dios, debía ser uno con el Padre[2], uno por la esencia así como por la persona, segun lo que dice San Juan: «Quien ve al Hijo ve tambien al Padre[3].» *Se les llamaba* en *Occidente* patripasianos, entre los griegos hyiopatores, ó segun sus principales *jefes, noecianos y* sabelianos. De su número era Praxeas, antiguo confesor, combatido por Tertuliano *y que había* venido del Asia Menor á Roma ántes del Papa Víctor. Allí residió al mismo tiempo que el *primer Teodoto* (*192*), trabajó contra los montanistas, esforzándose á la vez en propagar su error de que no existe más que una sola persona divina, llamada el Hijo, que salió de sí misma *y se unió á Jesús*, *el* hijo de María. Esta doctrina suscitó en Roma viva oposicion. Praxeas hubo de retractarse y dar una explicacion por escrito. Partió para África, donde continuó propagando su herejía.

---

1 *Is.*, XLV, 5.
2 *Joan.*, X, 30.
3 *Ibid.*, XIV, y sig.

Esta encontró otro partidario en Noet de Smyrna, que decía: La misma persona divina se llama Padre é Hijo, engendrado y no engendrado, visible é invisible, segun la diversidad de las relaciones; el Padre ha nacido, sufrido y muerto en el Cristo. Un concilio reunido en el Asia Menor le pidió cuenta de su doctrina: «¿Qué mal hago yo pues, respondió, glorificando á Cristo,» y reconociéndole como Dios hasta el punto de admitir que la divinidad se ha hecho hombre en él?

Esta doctrina fué llevada á Roma por los discípulos de Noet, Epigono y Cleomenes. Como se trataba sobre todo, en la lucha contra él, de fijar claramente la diferencia personal que existe entre el Padre y el Hijo, muchos adversarios de esta tendencia, ya en la Iglesia de Alejandría, ya en la de Roma, se expresaron á menudo en términos que podían interpretarse á favor de la herejía contraria, el subordinacianismo, segun el cual el Hijo de Dios sería una simple criatura.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 152.

Athan., De syn., cap. VII; Novatian., De Trin., cap. XXX; en Tertuliano, Adv. Prax., son llamados: «vanissimi Monarchiani.» Se glorían de la μία ἀρχή (Tert., loc. cit., cap. III: «singulare et unicum imperium»). «Monarchiam, inquiunt, tenemus.» En Praxeas, combatido por Tertuliano, Hagemann, p. 206 y sig., no se ha visto más que un nombre irrisorio dado al Papa Calixto. Véase lo contrario en Reiser, Tüb. theol. Q.-Schr., 1866, p. 349 y sig.— Hippol., Fragm. c. Noetum, ed. Legarde; Philos., IX, 7-10 (donde esta doctrina es atribuída á Hieráclito de Efeso); X, 27; Epiph., Hær., LXII; Theod., III, 7.

Sabelio, Berylo.

153. La herejía de Noet halló otro apologista en la persona de Sabelio el Líbico, que se presentó en Roma en tiempo del Papa Zeferino. Este Papa y su sucesor intentaron atraerle, y despues de vanos esfuerzos, el último le excomulgó. Sabelio marchó entónces al Asia y al Egipto, y extendió su doctrina, principalmente en la Pentápolis líbica. Parece que permaneció allí largo tiempo (sin embargo, no hasta despues del año 260). Los sabelianos á los cuales dió su nombre, son mencionados todavía á principios del cuarto siglo.

Hasta entónces, *sólo* se había cuestionado sobre las relaciones entre el Padre y el Hijo; Sabelio trató tambien del Espíritu Santo, y admitió una Trinidad que tenía su fundamento, no en la naturaleza divina, sino en las relaciones de *Dios con el mundo*. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son para él sino tres fenómenos ú operaciones diferentes, tres antifaces *(prosopa)* de una sola persona divina; tienen entre sí

la misma relacion que el cuerpo, el alma y el espíritu en el hombre, ó en el sol, el calor que ilumina, el calor que reanima y la forma esférica; estos son los tres modos de operacion de una sola sustancia.

Sabelio, en lo que concierne á la divinidad, se aproximaba á la teoría de los estóicos. La divinidad, segun él, no es sino una mónada indistinta; extendiéndose el Dios mudo se convierte en Dios que habla, el Dios pasivo en Dios activo; se desarrolla y se dilata como Padre en la legislacion, como Hijo en la encarnacion, como Espíritu en la santificacion: despues se encierra de nuevo en sí mismo, cuando el Hijo y el Espíritu, despues de haber tocado al término de su salida, vuelven á la mónada y se resuelven en el Padre. Sabelio intentó solamente desarrollar la doctrina de Noet. El Papa Calixto fué acusado de sabelianismo; pero únicamente segun el criterio de los más violentos adversarios de Sabelio, ó sea los que separaban al Verbo de Dios Padre, combatiendo su personalidad eterna y creyendo que no había sido llamado á la existencia personal sino por un acto de la voluntad del Padre.

Berylo, Obispo de Bostra, en Arabia, sostenía igualmente que ántes de la encarnacion el Verbo no existía como persona distinta (hypostasis), que no se distinguía del Padre, que la divinidad paterna habitaba sola en sí, que no se había hecho persona sino por su union con la carne. Instruído *por el sabio Orígenes*, *se retractó* de este error en un concilio celebrado en Arabia el año 244.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 153.

Philos., IX, 11 et seq.; Euseb., VII, 6; Athan., De decr. Nic. syn., n. 26; Or. IV contra Arian., n. 25; Ep. IV ad Serap., n. 5; Ariani presb. ep. ad Alex., ap. Athan., De syn., cap. XVI; Basil., Ep. CCX; Epiph., Hær., LXII; Theod., II, 9; Novat., De Trin., cap. XII. Los sabelianos, al fin del cuarto siglo, son mencionados en Chrys., De sacerd., IV, 5. Cf. Worm, Hist. sabelliana, *Francof. et Lips.*, 1696; Dorner, Lehre von der Person Christi, I, p. 695 y sig.; Frohschammer, Tüb. theol. Q.-Schr., 1849, p. 439 y sig.; Dœllinger, Hippolytus, p. 197 y sig. Este último demuestra (p. 200 y sig.) que Sabelio se declaró mucho ántes de 217; que por mónada entendía el Padre (p. 204, n. 13), y expone la doctrina de Hipólito (p. 206), y la de Calixto (p. 233).

Schleiermacher hallaba grandes ventajas en el sabelianismo; veia tambien en él la mejor forma de la doctrina de la Trinidad (Ueber den Gegensatz zwischen der sabell. u. athanas. Vorstellung von der Trinitaet in Schleierm. und de Wett's Zeitschr., Berlin, 1821, III). Véase tambien Lange, en Illgens Zeitschr., 1833, III. — Sobre Beryllo, Eus., VI, 33; Hier., De vir. illustr., cap. LX; Socr., III, 7; Ullmann, De Beryllo Bostr. ejusque doctrina com., Hamb., 1835; Fock, Diss. de christologia Berylli, Kil., 1843; Kober, Beryll von Bostra (Tüb. theol. Q.-Schr., 1848, I); Dorner, op. cit., p. 545 y sig.

154. Hácia el año 257, como la herejía de Sabelio se extendía por la Pentápolis líbica, Dionisio, Obispo de Alejandría, intentó atraer á los Obispos y fieles que habían sido inficionados por ella; dirigióse al Papa Sixto II, y en una carta á Eufranor y Ammon, explicó la distincion que existe entre el Padre y el Hijo. Diciendo que el Hijo procede del Padre, acentuó tan vivamente las expresiones, que muchos fieles creyeron que quería hablar de una desigualdad de sustancia entre el Padre y el Hijo, como si el Hijo no hubiese sido más que una criatura. Invitado por Dionisio, sucesor de Sixto, á dar cuenta de su creencia, compuso en cuatro libros una apología donde mitigó sus términos y dió pruebas suficientes de su ortodoxia. Reconoció que el Hijo era consustancial al Padre *(homoúsios)*, eterno como él y reflejo de la luz eterna. Profesó tambien el dogma de la Trinidad: «Extendemos la mónada en triada sin dividirla y reducimos la triada en mónada sin aminorarla.»

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 154.

Fragmentos de Dionisio y de Athan., De sent. Dionys., et Basil., De Spiritu sancto, cap. XXIX, en Routh, Rel. sacr., III, p. 194-203; *Migne*; t. X, p. 1270 et seq.; Héfélé, Conc.-Gesch., I, p. 222 y sig.; Forster, De doctrina Dion. M., Berol., 1865; Dittrich, Dionys. d. Gr., Fribourg, 1867, p. 91-115.

§ 9. *Lucha de la Iglesia contra las herejías. — Progreso de su doctrina.*

Procedimiento de la Iglesia contra los herejes en general.

155. En presencia de tantas y tan diversas herejías, la Iglesia permaneció inquebrantable. Ella las combatió rechazando á los herejes de su seno, dando la voz de alarma á los fieles, refutando los mentidos asertos de aquellos, consolidando su propia doctrina y dándole una fórmula más rigurosa. Los apóstoles enfrente de la herejía no conocían ni *tolerancia ni consideracion*. Los fieles, despues de haber amonestado al hereje una ó dos veces, debían huir de él como de un hombre que peca con la conciencia de lo que hace [1]; no debían ni recibirle ni saludarle [2]. Se consideraba á los que contradecían *la doctrina de los Apóstoles*, *como* ligados por los vínculos de Satanás [3]; era preciso rechazarlos [4] como antecristos [5]. San Pablo excomulgó á Alejandro é Ireneo y los entregó

1 *Tit.*, III, 10, 11; *cf. II Thess.*, III, 14.
2 *II Joan.*, X, y sig.
3 *II Tim.*, II, 25, 26.
4 *Galat.*, I, 8, 9.
5 *I Joan.*, II, 18.

á Satanás, retirándoles los auxilios y derechos de la sociedad eclesiástica y abandonándolos desde luégo á las influencias demoniacas que se ejercitaban fuera de la Iglesia, á fin de que, castigados de esta suerte, cesasen de blasfemar [1], y esta exclusion del seno de la Iglesia debía verificarse siempre, porque el error en las cosas religiosas produce extrañas ilusiones [2]; es semejante á un veneno ó á una bebida embriagadora. Preservar á los suyos de esta desgracia, ha sido siempre el primer deber, la más apremiante necesidad de la Iglesia.

Los antiguos Padres no encontraban tampoco expresiones bastante fuertes para manifestar el horror que les inspiraban el error y sus fautores. Llamaban á los herejes profanadores, asesinos de la Iglesia, sacrílegos dignos del fuego eterno y de los que era preciso huir como de la gangrena, bestias feroces en figura humana, perros rabiosos, lobos [3], piratas, *falsificadores de la verdad* [4], *criminales que se insinúan como ladrones*. Los más antiguos cánones prohibían tratar con ellos, y los Padres de la Iglesia huían su contacto. La Iglesia, sin embargo, estaba dispuesta á recibir á los herejes contritos y arrepentidos, cuando se retractaban de sus precedentes errores y los condenaban solemnemente. Y así como la separacion de sus miembros le causaba profundo dolor, la vuelta de ellos ponía el colmo á su alegría; á ejemplo de su divino Maestro, el buen Pastor, ella los acogía con indulgente y misericordiosa caridad.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 155.

Intolerancia de los Apóstoles, Dœllinger, Christenth. u. Kirche, p. 236, 1.ª edicion; de los Padres, véas. Ignat., Trall., VI et seq.; Epiph., VII, 9; Philad., III; Smyrn, IV, 7; Theophil., Ad Aut., II, 14; Iren., III, III, 4; IV, 2; IV, XXVI, 3, ap. Eus., V, 20; Clem.; Strom., VII, 16; Orig., Hom. x in Josue; in Matth., comm. in ser., n. 120, sobre Matth., XXVII, 15; Const. ap., VI, 13, 18; Can. ap. XXXVIII, al. 36; Eus., IV, 7. El Quirografum de Práxeas, ap. Tert., Contra Pr., c. I. Rehabilitacion de Cerdon. Iren., III, IV, 3; de Natalis (más arriba § 150).

Utilidad parcial de las herejías.

156. La aparicion de tantas herejías ofrece, al lado de numerosos inconvenientes, algunos resultados ventajosos. No solamente separaban éstas á los verdaderos confesores de Cristo de sus falsos discípulos, pro-

1 *I Timoth.*, I, 19, 20
2 *II Thess.*, II, 9-11.
3 *Actas*, XX, 29.
4 *II Cor.*, II, 17.

baban la fortaleza de los justos y confirmaban á los fieles en la fe; sino que favorecían tambien en todos sentidos los progresos de la doctrina católica, consolidaban más y más sus bases, obligaban á formularla con más claridad y hacían nacer la necesidad de fundar una ciencia eclesiástica. Los errores particulares que se manifestaban en las sectas, hallaban su correctivo y contribuían á poner de relieve la universalidad juntamente con la unidad de la Iglesia católica. Esta guardaba la inmutabilidad de su dogma; la Escritura era su propiedad y ella sola tenía el derecho de interpretarla; ningun recurso le faltaba para rechazar los asaltos de los herejes, justificar la doctrina que alteraban ó rechazaban, mostrar el error y la falta de consistencia de sus movibles opiniones, poner sus hijos al abrigo de todo error, á fin de que no fuesen arrastrados, como niños, de todos los vientos de las opiniones humanas [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 156.

Justin., Dial., cap. XXXV, LXXX, LXXXII; Tertull., De praescr., cap. I; Orig., Hom. IX in Num. (Op., II, 296); Aug., De vera relig., cap. VIII; De civitate Dei, XVIII, LI: « Quod etiam per haereticorum dissensiones fides catholica roboretur. » Schultz, De haeresium in Eccl. utilitate, Lips., 1724; Mœhler-Gams, I, p. 340 y sig. Sobre la regla de la fe, más arriba § 25. Relacion de los herejes con la Biblia, Tertull., Praescr., cap. XXXVII.

La Escritura y la tradicion.

157. Jesucristo había enviado á sus Apóstoles para instruir á las naciones y hacer observar todo lo que se les había prescrito [2]. No dependía, pues, de los fieles el escoger las doctrinas que les agradara creer. Lo que el Salvador quería, no eran partidos religiosos, escuelas, sino una sola Iglesia para todos. No había encargado á sus Apóstoles que escribieran (si bien algunos lo hicieron por impulso del Espíritu Santo), sino que enseñaran de viva voz. La tradicion [3] *(paradosis)* es anterior á la Escritura, y como *«la fe viene de oir* [4], » la palabra viva jamás podía ser reemplazada ni áun por las Escrituras del Nuevo Testamento; porque éstas son posteriores á la fundacion de la Iglesia, suponen siempre la enseñanza verbal, no tratan sino puntos de doctrina particular, y no se proponen dar un sistema teológico ni un código de leyes propiamente dicho.

1 *Ephés.*, IV, 14.
2 *Matth.*, XXVIII, 19.
3 *Gal.*, I, 8; *II Thess.*, II, 14. 15
4 *Rom.*, X, 17; *I Cor.*, II, 4 y sig

Así, cualquiera que *fuese* la estima de la *Iglesia* hácia este tesoro verdaderamente divino, tan rico en sublimes y profundos pensamientos; aunque estuviese convencida de la *inspiracion* divina de sus autores, lo tenía por insuficiente y no encerraba en él *todo* el depósito de la fe[1]. Este depósito era algo viviente, destinado á un *crecimiento* orgánico, compuesto de hechos, principios, gérmenes é indicaciones dogmáticas; algo que contenía en potencia la plenitud del dogma, llamado á un desenvolvimiento progresivo, conforme á la marcha histórica del Cristianismo mismo. La conciencia eclesiástica se desarrollaba más y más en la lucha contra los ataques exteriores; ninguna proposicion de fe podía perderse, ninguna asercion contraria á este depósito podía prevalecer contra una verdad de fe. La Iglesia misma era el tesoro donde los Apóstoles *depositaban todo* lo que formaba parte de la verdad, á fin de que cada uno pudiese ir cuando quisiese á saciarse en las fuentes de la vida[2].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 157.

Αἵρεσις viene de αἱρέω, eligo, capio. Tert., Praescr., cap. VI: «Haereses dictae graeca voce ex interpretatione *electionis*, qua quis sive ad instituendas sive ad suscipiendas eas utitur;» Ps. Athan., Quaest. in N. T., q. XXXVIII (Migne, t. XXXVIII, p. 274): αἵρεσις λέγεται ἀπὸ τοῦ αἱρεῖσθαι τι ἴδιον καὶ τούτῳ ἐξακολουθεῖν. Cf. Hier., in Gal., cap. VI; Isid. Hisp., Orig., VIII, 3. Entre los antiguos «Haeresis» no significaban solamente *eleccion*, sino tambien el género de vida que se había escogido, la tendencia hácia un partido religioso *ó político*, *por ejemplo*, en Flavio Josefo, Act., V, 11; XV, 5; XXVI, 5; véase I Cor., XI, 10; Gal., V, 20. En el sentido estrictamente religioso, «sectae perditionis,» αἱρέσεις ἀπωλείας, II Petr., II, 1. En Clem., *Strom.*, VII, 15, los αἱρέσεις son opuestos á la Iglesia. Los herejes llaman tambien ἑτεροδοξοῦντας, ἑτερόδοξοι (Op., τὰ αὐτὰ δόξαντας, Justin. *Dial*, capítulo XLVIII). En San Ignacio, Smyrn., VI, ἑτεροδιδάσκαλοι; Heges., ap. Euseb., III, 32; ἑτεροδιδασκαλοῦντας, Dionys., ibid., VII, 9. Los autores siguientes prueban que los herejes *no tienen el derecho de* servirse de las Santas Escrituras, y establecen la anterioridad de la tradicion y de la Biblia: San Ireneo, III, I, 2 et seq.; IV, 26; Tertul., De praescript., cap. XVII, 1, 38. Los Padres atestiguan á menudo la creencia en la inspiracion de la Escritura (fundada sobre la ἐπιπνοίᾳ τοῦ ἁγίου πνεύματος). Los Apóstoles pasan por instrumentos de Dios, por θεοφορούμενοι. Athen., Leg., cap. VII. Justin. Apol., I, 35; *Teofil.*, *III*, 12; *Clem.*, Strom., VI, 17. Se hablaba del Antiguo Testamento y del Nuevo en los mismos términos; Clemente de Roma, I Cor., cap. XIII, XVI, XLV, XLVII, XXIV, XXXII, XXXV (Lumper, Hist. *crit.*, I, p. 56-61); Cypr., De op. et eleem., cap. II et seq., emplea esta fórmula: «Loquitur in Scripturis Spiritus sanctus,» *segun* Prov., XVI, 6; Eccli., III, 30, etc.; cap. IX: «Paulus, dominicae inspirationis gratia plenus, inquit» (II Cor., IX, 10 y sig.); estas palabras de Juan, XIX, 23 y sig., son para él «Scriptura di-

---

1 *I Tim.*, VI, 20; *II Tim.*, III, 14.

2 Iren., III, IV, 1; cf. cap. XXIV, 1.

viase» (De unit. Eccl., cap. VII). Véas. Clemente de Alejandría, Coh., cap. I; Pæd., I, 5 et seq. La Escritura le llama: ἡ θεία γραφή, κυριακαὶ γραφαί, θεόπνευσται γρ. Clem., Coh., c. IX; Strom., VII, 16. El término θεόπνευστος se encuentra ya en II Tim., III, 16. Pasajes particularmente bellos en Iren., II XXVIII, 2; IV, 32 et seq.; Orig., Hom., XXVII in Num., n. 1, 4; Justin, Dial., cap. VII. Véase Lumper, II, p. 30 et seq.; Rodhe, Justini M. De theopneustis libr. sacr., Lund., 1830; Semisch, Justin, II, p. 11 y sig. Sobre la Tradicion, se halla las expresiones siguientes: ἡ ἅπαξ παραδοθεῖσα τοῖς ἁγίοις πίστις (Jud., v. 3), τὰ παραδοθέντα (Ep. ad Diog., c. XI), ὁ ἐξ ἀρχῆς ἡμῖν παραδοθεὶς λόγος (Polyc., Ep. c. VII), ἡ ἀπλανὴς παράδοσις τοῦ ἀποστολικοῦ κηρύγματος. ἡ ὁ ὑγιὴς κανὼν τοῦ σωτηρίου κηρύγματος κ. τ. λ. Clem., Strom., VII, 17, fin.: μία πάντων γέγονε τῶν ἀποστόλων, ὥσπερ διδασκαλία, οὕτω δὲ καὶ ἡ παράδοσις. Sobre la doctrina de los Apóstoles, Dœllinger, op. cit., p. 142; sobre el «depositum fidei,» ibid., 162.

158. Ya en el Antiguo Testamento, la Escritura y la tradicion subsistían una al lado de la otra. Ahora bien, Jesucristo no ha reconocido solamente la ley y los profetas, sino tambien la tradicion dogmática de la Sinagoga; sólo ha rechazado las opiniones particulares de algunas personas y escuelas. De la tradicion derivaba todo lo que se enseñaba sobre la resurreccion, el juicio, el paraíso, el infierno y los ángeles caídos. Al mismo tiempo que la Escritura, pasó ella al dominio de la Iglesia, sin ruptura violenta, ni abdicacion formal. Las prescripciones morales que descansaban en una base puramente natural y divina continuaron en vigor, miéntras que la ley ritual, las instituciones civiles y políticas, cayeron en desuso por tener *únicamente* un valor transitorio.

La Iglesia *sola*, viviendo en los tiempos del cumplimiento de la promesa, dirigiendo desde allí una mirada retrospectiva á los tiempos de la preparacion, y plenamente iniciada en el plan de Dios, era capaz de explicar bien las figuras y profecías de la antigua ley, que permanecieron veladas para el judío carnal y grosero.

San Pablo ha puesto de relieve con frecuencia el sentido alegórico (místico) de la Antigua Alianza [1], cuya legitimidad fué siempre reconocida en la Iglesia; los doctores cristianos no han disputado sino sobre la extension que había de darse á la interpretacion alegórica y mística, y sobre sus relaciones con la interpretacion literal. Averiguar si se aplicaba tambien al Nuevo Testamento, era asunto de discusion entre los defensores y adversarios del milenarismo, sobre todo en Egipto.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 158.

Dœllinger, p. 156 y sig. Sobre la ley del Antiguo Testamento y su valor en la Iglesia, Iren., IV, XII-XVII; Tertul., Adv. Marc. I, 20 et seq.; IV, 1 et seq., Orig., Hom. VI in Gen., n. 3 (Op., II, 77 et seq.), *Justin*, Dial., cap. XXIII, XLVI, XCII.

1 *Gal.*, IV, 23 y sig.; *I Cor.*, X, 1-4.

El sentido místico, enseñado especialmente por la Epístola de Bernabé, por Justino (Dial., cap. CXXXVIII y sig.), y los alejandrinos (Clem., Strom., VI, 15; «Quis div. salv.,» n. 5); Guericke (más abajo § 172), part. II, 53-56. Sobre la tipología que no debe confundirse con la alegoría ordinaria, véas. Patrizi, De interpret. SS. Scripturar., Rom., 1844, t. I, cap. IX et seq., p. 172 et seq. Antigüedad de la interpretacion alegórica entre los paganos y judíos. Thomassius, Orígenes, página 311 y sig.

El cánon del Antiguo Testamento.

159. La coleccion de las Escrituras del Antiguo Testamento no estaba definitivamente terminada aún en tiempos de los Apóstoles. Los judíos mismos no se hallaban acordes sobre los *hagiographa (Ketubim)*. Discutíase todavía despues de la ruina de Jerusalen sobre los Proverbios, el Cántico de los Cánticos, el Eclesiastés y los libros de Esther. Los libros que no existían sino en griego *(deuterocanónicos)*, como los de los Macabeos, de la Sabiduría, etc., y que llenaban las lagunas de la coleccion hebráica de Palestina entre el destierro á Babilonia y la dominacion romana, pasaron á la Iglesia con la version alejandrina que contenía tantas locuciones griegas que podían servir de envoltura á las ideas cristianas. Esta version fué utilizada por los Apóstoles, salvo en algunos puntos, y no pudo ser suplantada por otras, hechas la mayor parte de las veces en interés de los judíos y de los ebionitas. La Iglesia, hallando en esta version las fórmulas griegas de que acabamos de hablar, hizo de ellas frecuente uso.

En general, el antiguo cánon de la Sinagoga, citado á menudo por los autores cristianos, no era el cánon de la Iglesia, que se elevaba libremente por encima de las ideas estrechas del judaísmo. Esta version alejandrina, despues de haber contribuído, segun los designios de la Providencia, á desembarazar poco á poco al judaísmo de sus ideas restringidas de nacionalidad, sirvió de vínculo entre el hebraísmo de Palestina y el Cristianismo. Las citas sacadas del Antiguo Testamento por el Nuevo eran casi siempre libres, hechas de memoria y combinando diversos pasajes. Así es generalmente cómo los Padres citaban los textos de la ley y de los profetas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 159.

Dœllinger, p. 148 y sig. En el siglo segundo, Meliton de Sardes se presentó en Palestina para conocer bien el cánon de los judíos, Euseb., IV, 26. La diferencia entre el cánon judío y el cristiano es atestiguada por Orígenes, Prolog. in Cantic. (Op. III, 36). En las Hom. XXVII in Num., n. 1 (Op. II, 374), para la «lectio divin. voluminum,» cita los libros de Esther, Judith, Tobías, la Sabiduría, y jus-

tífica, Ep. ad Jul. Afr. (Gallandi, II, 341 et seq.), la historia de Susana, que San Ireneo, IV, v, 2; xxvi, 3, declara canónica, así como la historia de Belo. Sobre Clemente, véase *Guericke, part. II, p. 7 y sig.* Respecto á la estima en que se tenía á los LXX, véase Justino, Coh., cap. xiii; Apol., I, 31; Dial., lxxi; Iren., III, xxi, 1, 3; Clem., Strom., I, 22. La Epístola de Bernabé cita tambien casi siempre segun los LXX; cap. vi, Is., xxviii, 16; cap. xv, Gen. ii, 22, segun el hebreo.

El cánon del Nuevo Testamento.

160. El cánon del Nuevo Testamento no estaba fijado todavía á fines del siglo primero. Se formó en el curso del segundo, por la exclusion de numerosos escritos falsificados ó interpolados, miéntras que se han perdido algunos que eran auténticos (acaso algunas Epístolas de San Pablo). Como las Escrituras que componen el Nuevo Testamento no se conservaban al principio sino en algunas Iglesias, en algunos círculos particulares á los cuales habían sido desde luégo dirigidos; como no se propagaron de un modo uniforme, numerosas dudas *(antileyomena)* debían surgir á propósito de algunas, y sobre todo de las Epístolas, como sucedió con la segunda de San Pedro, y despues con el Apocalípsis, si bien se los atacaba por razones dogmáticas más que críticas. Al principio del cuarto siglo, la mayor parte de estas dudas habían desaparecido, y la conformidad que existía desde mucho tiempo ántes en todas las Iglesias, en lo que concierne á los cuatro Evangelios, á las Actas de los Apóstoles y á la mayor parte de las Epístolas, se extendió igualmente á las otras Epístolas y al Apocalípsis de San Juan. Desde los tiempos más remotos, leíanse ya extractos, durante los oficios; se los explicaba, ya en lecciones públicas, ya en las diversas obras suscitadas en parte por las arbitrarias interpretaciones de los herejes. Lo mismo que para el Antiguo Testamento, la interpretacion encontró aquí dificultades, como San Pedro lo reconoce á propósito de las Epístolas de San Pablo [1]. San Pablo, por su parte, enviaba á sus discípulos con instrucciones verbales [2], de suerte que la Tradicion aquí tambien servía de comentario y de intérprete; los Padres apostólicos se unían estrechamente á los Apóstoles y formaban una tradicion cierta y viva. Papias, San Ignacio y San Policarpo tenían su doctrina de San Juan, y San Ireneo recibió la de San Policarpo, trasmitiéndola á su vez á Cayo y á Hipólito.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 160.

Dœllinger, p. 154 y sig. El Nuevo Testamento está ordinariamente *dividido* en Evangelios y Epístolas de los Apóstoles. Ignat., Philad., v; Iren., I, iii, 6; Tert.,

1 *II Petr.*, iii, 16.
2 *II Tim.*, ii, 2.

Adv. Prax., cap. XV; Clem., Strom., V, 6; VI, 11; VII, 3; Orig., in Num. loc. cit.; Hom. XIX in Jer. (Op. III, 264). Hippol., De antichr., n. 58. Sobre los Antilegomena, Eus., III, 25; VI, 14, cum notis. Cf. IV, 22; VI, 25; Lindner, K.-G., I, página 69. Justino utilizaba ya nuestros Evangelios (Semische, Die apost. Denkward. Justins, Hamb., 1848); cita al Apocalípsis como obra del Apóstol San Juan (Dial., c. LXXXI; Eus., IV, 8), y conoce las Epístolas de San Pablo (Otto, De Justino M., p. 122, 123 not.). El Fragmento de Muratori, posterior al año 150, alega la mayor parte de las Escrituras del Nuevo Testamento. Coleccion de fuentes que contienen los testimonios de los Padres sobre el cánon del Nuevo Testamento por Kirchofer (Zurich, 1842). Los concilios africanos de 393, 397 y 419 contienen todo nuestro cánon. Véase tambien Friedlieb, Schrift, Tradition und. kirchl. Erklærung, Breslau, 1854.

La Tradicion de la Iglesia.

161. La importancia de la tradicion eclesiástica fué puesta desde un principio fuera de toda duda. Así como la doctrina de los Apóstoles era la de Jesucristo [1], la doctrina de la Iglesia era la de los Apóstoles que la habían trasmitido fielmente á sus herederos, los Obispos, con su no interrumpida sucesion y el consentimiento unánime de las diversas Iglesias. Si su enseñanza no hubiese sido verdadera, la unidad que se nota durante el período de los Apóstoles y despues de él hubiese sido imposible. La Iglesia dirigida por el Espíritu Santo, es la guardadora de la verdad; quien no la tiene por Madre no podría tener á Dios por Padre; Esposa inmaculada de Cristo, jamás puede llegar á ser infiel á su celestial Esposo. Todas las herejías, por el contrario, llevan el sello de su orígen humano; nótase entre ellas chocante diversidad é infinitas variaciones: todo es arbitrario en ellas; de aquí procede que la salvacion no se halla en ellas, sino solamente en la Iglesia católica. Divina y apostólica en su orígen, la Iglesia es universal, indestructible, infalible en virtud de la influencia divina que obra en ella; es en todas partes igual á sí misma: es el cuerpo único de Jesucristo, que no puede ser dividido; la túnica inconsútil del Señor, que no puede ser distribuida en partes [2]; ella mantiene la verdad que ha recibido enfrente de todas las invenciones humanas, de la movilidad incesante de todas las opiniones, de las falsificaciones que se hace sufrir á la doctrina del Salvador. Su tradicion, pública y constante, no es comunicada secretamente á algunos privilegiados ni cambia con los tiempos y los lugares. Algunas partes, han sido sucesivamente fijadas por la Escritura, ya en los Símbolos de la fe y los decretos conciliares, ya en las diferentes obras de los autores eclesiásticos desde Papias y Justino.

---

1 *Luc*, X, 16; *Matth.*, X, 40; *Joan*, XIII, 20.

2 *Joan*, XIX, 23.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 161.

Iren., I, 10; III, 3, 4, 10, 23 et seq.; Tert., De praescr., cap. XVII et seq., XXIX et seq., XXXII et seq.; Adv. Prax., cap. II; Clement, Pæd., I, 6; Strom., III, 6, 17; II, 11; VII, 5, 11 et seq.; Cypr., De unit. Eccl., cap. VI y VII (túnica inconsutil). Diferentes fórmulas de esta máxima: «Extra Ecclesiam nulla salus,» en Iren., IV, XXVI, 2; XXXIII, 7; Lact., De inst., IV, 14; Cypr., loc. cit.; Clem., Pæd., 1, 6; Orig., Hom. III in Jos., n. 5 (Op. II, 404); Theod., Quæst. II in Josue (Op. I, 304). Sobre cualquier dogma, Petav., Dogm. theol., t. I et seq.; G. Bullus, Defensio fidei nicaenae; Prud. Maran., D. N. J. Chr. divinitas, París, 1746; Klee, Dogmengesch, vol. 1, II; Mœhler, Atanasio, Maguncia, 1827; Ginoulhiac, Historia del dogma cristiano durante los tres primeros siglos, París, 1852, 2.ª ed., 1855, 3 volúmenes; Schwane, Dogmengesch. der vornicaen. Zeit, I, p. 49 y sig.; Werner, Gesch. der apol. und polem. Litt., vol. I; Zobl, Dogmengesch., Insbruck, 1865.

La teodicea.

162. *Que la simple razon pueda conocer la existencia de Dios por medio de las criaturas*, es cosa admitida con la Escritura[1] por todos los antiguos doctores de la *Iglesia*, los cuales *consideran el olvido del* verdadero *Dios*, en que habían caído los *gentiles*, *como la más triste* aberracion del entendimiento humano, y mantienen *resueltamente la* unidad de Dios en presencia del politeísmo pagano, del *sistema gnóstico* de la emanacion y del dualismo maniqueo. Rechazan *el antropomorfismo* profesado por gran número de paganos y *judíos*, *la division* del Sér divino en diferentes sustancias, la separacion de los atributos de Dios, que elevaban los herejes á la dignidad de *hipóstasis*; demuestran que el mundo ha sido criado por Dios y no puede ser otra cosa que su obra; que al salir de sus manos era bueno; que la materia no es asiento del mal; que éste no ha venido sino por el abuso de la libertad de las criaturas; y que los hombres son entre sí naturalmente iguales.

La Escritura declara que la creacion ha sido sacada de la nada[2], y los Padres lo proclaman no ménos claramente. Se ha sostenido siempre que Satanás era bueno cuando Dios lo crió. Pero aunque la existencia de Dios puede ser conocida del hombre, su naturaleza es impenetrable á sus ojos. «Dios, dice Minucio Félix, no puede ser visto ni comprendido; Él sólo se conoce en toda su grandeza. Para abrazarlo, nuestro corazon es demasiado estrecho, y nosotros no la apreciamos dignamente, sino diciendo que es inapreciable. Aquel que cree conocer la grandeza de Dios, la empequeñece; aquel que quiere no empequeñecerla, no la conoce[3].

1 *Rom.*, I, 19 y sig.; *Sap.*, XIII, 1 y sig.; *Ps.* XVIII, 1.
2 *II Mach.*, VII, 28; *Rom.*, IV, 17; *Joan.*, XVII, 5; *Matth.*, XIII, 35 y sig
3 *Octav.*, ch. XVIII.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 162.

Existencia de Dios: Theophil., I, 5 et seq., 24; II, 10; Orig., Contra Cels., I, IV. 23; Iren., II. VI, 6; Tertul., Adv. Marc., I, 10, 18; II, 16; Apol., cap. XVII; De test. anim., cap. VI; Minut. Fel., In Oct., cap. XXXII; Clem., Cohort., cap. VI; Strom., V, 13 et seq.; VI, 15; Just., Apol., II, 6; Arnobio, Contra gent., I, 32. — Unidad de Dios: Hermas, Pastor., lib. II, Mand. I; Athen., Leg., cap. IV, VIII; Ignat., Magn., VIII; Tertul., Ad Scap., cap. II; Apol., loc. cit.: Justin., Cohort., cap. XXXVI. Justino y San Ireneo escribieron, pues, el uno y el otro περὶ μοναρχίας. Eus., IV, 18; V, 20; Cypr., De idol. vanit.; Clem. Pæd., I, 8; Orig., De princ., I, I, 6. Bello pasaje en Tertul., Contra Marc., I, 3: «Deus, si non unus est, non est.» — Atributos de Dios: Iren., II, 13 et seq.; III, 25; Clem., Pæd., I, 8; Orig., De princ., I, 2; Tertul., Contra Marc., II, 9 et seq.; Lact., De ira Dei, cap. VI et seq.

Contra los antropomorfismos: Orig., Hom. XVIII in Jer., n. 6; De orat., capítulo XXIII, t. XIII in Joann., n. 23; De princ., I, I, 6; II, II, 2; Contra Cels., IV, 71; VII, 33; Clem., Strom., II, 16; V, II. La creacion: Just., Cohort., cap. XI; Dial., V, 11; Apol., I, 20; II, 6; Iren., II, I, 2; Method., De libero arbitrio; Tertul., Adv. Hermog.; Theoph., I, III, 5. — Pastor Hermæ: Iren., IV, XX, 2; Phil., X, 32, 33; Clem., Cohort., c. IV; Strom., V, 14; VI, 16. — Orígen del mal. Iren., III, 22; IV, 37; V, VI, 20; Tertull., De anim., cap. XL; Justin., Apol., II, 7; Clem., Strom., I, 17; Philos., X, XXXIII, p. 336 et seq.—Sobre Satanás: Athen., Leg., XXV; Taciano, Adv. Græc., XVI; Iren., III, 23; V, 21. Isaías, XIV, 11, aplicado á Satanás por Tertuliano, Contra Marc., V, 11, 17; Orig., De princ., I, V, 5; IV, 2, etc., en De la Rue, Op. Orig., t. I, p. 68, nota.

Incomprensibilidad de Dios: Justino, Dial., IV, 128; Apol., I, 61, 63; II, 6; Cohort., cap. XXI; Hermas, Past., lib. II, Mand. I; Athen., Leg., cap. X, Iren., IV, 19; Novat., De Trin., cap. II.

163. Con la unidad de Dios, profesan los Padres la Trinidad de personas, que hallan enunciada en la fórmula del bautismo [1]. El nombre de Trinidad *(Trias, Trinitas)* está en uso desde el segundo siglo; los alejandrinos hablan de una triada adorada. Con Dios Padre, el Hijo, que se llama igual á Él [2] (por naturaleza), es reconocido como verdadero Dios por San Juan [3] y por San Pablo [4]. El Antiguo Testamento hablaba ya de la Palabra divina ó Sabiduría de Dios [5]. Esto era decir que el Logos forma una persona distinta. San Juan cree que este término de Logos, que se halla tambien en Filon, podría servir para expresar la doctrina cristiana y lo utiliza.

Sobre el Espíritu Santo, es ménos explícito el Antiguo Testamento; Jesucristo nos lo muestra el sólo como verdadero consolador que proce-

1 *Matth.*, XXVIII, 19.
2 *Joan.*, X, 30.
3 *I Joan.*, IV, 14, et V, 5 y sig.
4 *Rom.*, IX, 5; *Phil.*, II, 6-8; *Colos.*, II, 9; *Tit.*, II, 13.
5 *Prov.*, VIII, 23 y sig.; *Sap.*, VII, 22; VIII, 1 y sig.

de del Padre, que le glorifica, que enseña á la Iglesia toda verdad, que continúa *la obra comenzada por la encarnacion del Hijo*, que desciende sobre los hombres y habita con ellos [1]. La Escritura atribuye al Espíritu Santo el conocimiento de todas las cosas [2]. San Pedro [3] y San Pablo [4] lo llaman Dios. Las tres Personas divinas son designadas en el Nuevo Testamento con las más diversas expresiones [5]. El término Espíritu (*pneuma*) se emplea tambien por los más antiguos Padres, ya para expresar la esencia de la divinidad [6], ya para indicar la tercera de las Personas divinas. Los Padres juntan ordinariamente las tres Personas, y lo mismo se ve en un antiguo himno que los cristianos cantaban en su oficio nocturno; confiesan lo que hay de comun en la divinidad: el poder en la unidad, la esencia igual, y lo que ha de particular: la distincion en el órden, la pluralidad de personas. San Dionisio, obispo de Roma, enuncia con claridad y precision la creencia de la Iglesia en *el dogma de la Trinidad*.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 163.

Alusion á la fórmula del bautismo en Justino, Apol., I, 61; Tertul., Adv. Prax., cap. XXVI, fin.

La palabra *Trias* se encuentra ya en Teophil., III, 15, donde los tres días ántes *de la* creacion de la luz son llamados imágen de la Triada. Orig., in Psal. CXXXVII, 3: προσκυνητὴ τριάς. Cf. in Joan., VI, 47; in Matth., XV, 31, Selecta in Psalm. CXXII (II, 607); in Ps, CXLIV, 3 (ibid., 844); Trinitas se halla en Tertul., Adv. Prax., capitulo III, IV, XII; De pud., cap. XXI; Cypr., Ep. LXXIII ad Jubajan. Sobre la palabra «Dios» entre los judíos caldeos, véase Lücke, Comm. zum Joh-Ev., 1, 249 y sig., 285. Sobre la revelacion oscura del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, véase Orig., De princ., I, I, 3; III, 1 y sig.; Nazianz., Or. XXXI, p. 560. Mi obra: Die Lehre von der gœttl. Dreieinigkeit nach Greg. v. Naz., Regensb., 1850, p. 202 y sig., n. 15, *y Focio, t. III, p.* 388 *y* sig.; Justin., Apol., I, 59 et seq., pretendía hallar la Trinidad en Platon. Clemente de Roma, ap. Basil., De Spiritu Sancto, cap. XXIX, n. 72: Ζῇ ὁ Θεὸς καὶ ὁ κύριος Ι. Χρ. καὶ τὸ πνεῦμα τὸ ἅγιον. San Ignacio, Magn., XIII, pone en paralelo los tres grados de jerarquía con las tres personas divinas. Cf. Epist., IX; Athenag. Leg., cap. X, menciona τὴν ἐν τῇ ἑνώσει δύναμιν καὶ τὴν ἐν τῇ τάξει διαίρεσιν, y prueba que los cristianos no son ateos, puesto que anuncian al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Justino hace tambien, Apol., I, 6, 13. Clemente, Pædag., III, XII, p. 311, ed. Potter, quiere que se honre á las tres personas como un solo Dios. Hymn. vespert., ap. Routh, Rel. sacr., III, 299: Ἐλθόντες ἐπὶ τοῦ ἡλίου δύσιν, ἰδόντες φῶς ἑσπερινὸν, ὑμνοῦμεν πατέρα καὶ υἱὸν καὶ ἅγιον

---

1 *Joan.*, ch XIV-XVI.
2 *I Cor.*, II, 10.
Act., V, 3, 4.
4 *I Cor.*, III, 16, 17.
5 *Ibid.*, XII, 4-7; *Cor.*, XIII, 13; *I Pierre*, I, 2.
6 *Joan.*, IV, 24

πνεῦμα Θεοῦ. Dionisio de Roma, Fragm., ibid., p. 199-201. Πνεῦμα acompañado ya de οὐσιωδῶς, ya de ὑποστατικῶς. Cf. Clem. de Rom., II Cor., cap. IX; Herm., Past.; Sim. V, n. 5 et seq.; Constant, Praef. gen. in Op. S. Hilar., n. 62 et seq. Calixto designaba tambien la divinidad del Hijo por πνεῦμα. Dœllinger, Hippol., p. 237; Hagemann, Rœm. K., p. 94 y sig., 98, 103, 120. En San Ignacio, Smyrn., III; Eph., VII, σάρξ significa la naturaleza humana, y πνεῦμα la naturaleza divina. El Espíritu como persona es llamado en Clemente, I Cor., XLVI, espíritu de la gracia, ó θεῖον πνεῦμα. Justino, Apol., I, 9, 10, 32; Taciano, Or., cap. XIII; Athen., Leg., X, 24. Cf. Ign., Eph. IX; Pastor Herm., II, 10; Iren., III, 17; Clem., Pæd., lib. III, fin. Hippol., Contra Noet., cap. XII-XIV; Orig., Hom. VIII in Jer. (Op. III, 170), entiende por «spiritus principalis, rectus et sanctus» del salmo L las tres personas divinas.

164. El defecto de claridad y de exactitud en la exposicion de este dogma, reconocía por causa, de una parte, la terminología vaga y no fijada todavía; de otra, las fórmulas y locuciones tomadas de la filosofía y de Filon. Bajo el primer aspecto, el nombre de *persona* era el que iba á suscitar equivocaciones. La palabra *prosopon* era tomado por los sabelianos en el sentido de máscara (lo cual puede significar por sí misma esa palabra); el término *hypostasis*, ántes del siglo cuarto, era confundido con *ousia* (sustancia, esencia, naturaleza). Aristóteles distinguía dos clases de *ousiai*: la primera designaba el individuo, la persona; la segunda, la sustancia ó género. Más tarde, cuando la terminología llegó á ser más rigurosa, el uso general quiso que *hypostasis* designase á la persona, y *ousia* á la esencia, la naturaleza. El término de *physis* fué tambien durante largo tiempo indeterminado. Á propósito de este último término, la distincion que Filon establecía entre el Logos que reside interiormente, y el Logos que se revela al exterior, produjo bastante confusion. Era poco conveniente, aun modificándole en sentido cristiano. Además los Padres hacían resaltar que el Logos no es una palabra que sale afuera y desaparece como la palabra humana, ni un pensamiento no subsistente por sí, y que procediendo del Padre no se separa de él. Estas expresiones, añadían, no señalan sino dos relaciones diferentes del Hijo; su inmanencia en el Padre, su reposo en la divinidad; luégo sus operaciones entre los hombres como creador, libertador y salvador. Igualmente se atribuían al Verbo las apariciones de Dios bajo la ley antigua.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 164.

Sobre πρόσωπον, vease. Nottebaum, De personae vel hypost. apud Patres theologosque notione et usu, Soest, 1853; Braun, Der Begriff «Person» in sein. Anwendung auf Trinitæt u. Incarnation, Maguncia, 1876. Οὐσία, Aristóteles, De categ., cap. V. § 1; Damasc., Dialect., cap. XXX; Photius, Amphil., q. CXXXVIII, § 3

(Migne, t. CI, p. 772 et seq.); Passaglia, Comm. theol., Rom., 1850; part. II De eccles. significatione vocis τῆς οὐσίας.

Sobre Orígenes (cf. Cels., VI, 71; in Matth., XVII, 14 coll.; in Joan., II, 2, 6; X, 21). Huet, Origen., p. 117; Thomasius, p. 280. La confusion de οὐσία y ὑπόστασις ha dado lugar á falsos razonamientos sobre la identidad de estos dos términos: *a*, doctrina de los modalistas: en Dios, un solo Sér, y por lo tanto, una sola persona; *b*, doctrina de los triteistas subsiguientes: en Dios, tres personas, por consecuencia tres naturalezas; *c*, doctrina de las subordinaciones: las tres personas son distintas de hypostasis, y por consecuencia de naturaleza.

Lo mismo en la Cristología: *d*, hay dos naturalezas en Jesucristo, y por consiguiente dos personas (*nestorianos*); *e*, en Jesucristo, no hay más que una persona, y por consecuencia una naturaleza (monofisitas).

Las expresiones de λόγος ἐνδιάθετος y λ. προφορικός, segun Philon, De vita Mosis, II, 154; De confus. ling., I, 412, ed. Mang., en Theophil., II, 10, 20, 22; Clem., Strom., V, 1. Cf. Justin, Dial., LXI; Tacian., Or., cap. V; Clem., Hom. XI, 22; XVI, 12; Epiph., Hæres., LXII; Iren., II, XXVIII, 4 seq. Cuando Atenágoras, loc. cit., dice del *Hijo* que él es λόγος τοῦ πατρὸς ἐν ἰδέᾳ καὶ ἐνεργείᾳ, *quiere señalar á la vez* su vida en la *divinidad y sus operaciones al exterior*. La terminología de Filon se halla tambien en los Philosphumena, donde se dice que el Logos no procedía del Padre sino ántes de la creacion, que no existía personalmente desde toda la eternidad, que no ha llegado á existir la Trinidad sino por actos sucesivos de la voluntad del Padre.

Orígenes, que se separa mucho ménos del lenguaje correcto, emplea tambien la terminología de Filon, por ejemplo ὁ δεύτερος Θεός, Contra Cels., V, 39. Theofanías en el Antiguo Testamento, Justin, Dial., LVIII, LX, CXXVII; Apol., I, 62; Theophil., II, 22.

Doctrina de la Iglesia sobre la Encarnacion y la Redencion.

165. La encarnacion del Verbo ó Hijo de Dios [1] era uno de los más grandes misterios de la fe. El Verbo en cuanto hombre se llama Jesucristo, y reune en sí la divinidad y la humanidad. Jesucristo es pues verdadero Dios. Esta creencia de los fieles, no era ignorada por paganos tales como Celso y Plinio; los mártires Sinforiano, Felicitas, Perpétua, Félix, Saturnino, Epipodio, la publicaban solemnemente; la Iglesia la declaraba contra *los artemonitas, y ella estaba implícitamente incluída* en el orígen mismo de la herejía modalista; los más antiguos Padres la proclamaban siguiendo á la Sagrada Escritura. El Hijo de Dios era el mediador entre Dios y los hombres [2], por la muerte que había aceptado voluntariamente [3]. Al mismo tiempo que manifestaba la misericordia

---

1 *Joan.*, I, 14.

2 *Hebr.*, IX, 15; *I Tim.*, II, 5.

3 *Joan.*, X, 17 y sig.; *I Cor.*, XI, 25; *II Cor.*, V, 18 y sig.; *Gal.*, IV, 4, 5; *Hebr.*, VII, 22 y sig.; VIII, 5; IX, 15; *Rom.*, V, 7; *I Joan.*, IV, 10.

do Dios, satisfacía á su justicia [1]. Por Él ha obtenido el hombre la remision de sus pecados. La Escritura nos lo muestra á la vez como Dios y como hombre, y los Santos Padres defienden su divinidad y su humanidad; prueban que si ha muerto ha resucitado. Jesucristo se presenta como el Nuevo Padre del género humano, el segundo Adan; y su Madre segun la carne, la gloriosa Vírgen María, que fué saludada por el Ángel, aparece como la segunda Eva, la abogada de la primera, cuya rebelion expía por medio de la obediencia [2]. De Ella es de quien Jesucristo ha tomado su humanidad [3]. Ella es la causa de nuestra salud [4], y segun Ella lo había predicho, toda la Iglesia la exalta, y la proclaman bienaventurada todas las generaciones [5].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 165.

Jesucristo es llamado Théanthropo (Orig., De princ., II, VI, 3), Dios y hombre (auct. Parv. Labyr., ap. Eu., V, 28), ὁ μόνος ἄμφω, Θεός τε καὶ ἄνθρωπος (Clem., Cohort., cap. VII, cf. cap. X; Pæd., I, 7; III, 1); Justin., Apol., II, 8; I, 5, dice que el Logos es el mismo que el Cristo; en Clem., Cohort., cap. X: ὁ φανερώτατος ὄντως Θεός, Ep. ad Diogn., cap. VII: Señor y creador de todas las cosas; Iren., III, 19: «Deus et Dominus, et rex aeternus.» San Cipriano, Ep. VIII, LX, LXIII, LXXIV, De orat. Dom., dice generalmente: «Christus Deus,» ó «Dominus noster.» Doxología de Jesucristo en Clem. Rom., I Cor., cap. XX.

Jesucristo es tambien llamado Dios cuando se habla de la Pasion de Dios. San Ignacio, Rom., VI, habla de «la Pasion de mi Dios,» de las Actas, XX, 28. Clemente de Rom., I Cor., *c. II, menciona* τὰ παθήματα Θεοῦ (contra esta leccion μαθήματα, véase Gallandi, Proleg., t. I, cap. I, sect. I, p. XVIII et seq., y llama á Cristo τὸ σκῆπτρον τῆς μεγαλωσύνης τοῦ Θεοῦ. Su elevacion está escrita como su abatimiento (Is., cap. LIII; Ps. XXII); ibid., cap. XVI, y se repiten estas palabras: Hebr., I, 3 y sig. Véase Ignat., Ep. VII; Bernab., Ep. V, 12, 16. Aquí se une igualmente esta palabra de Meliton de Sardes, citada por Anastasio, Hodeh., cap. XII, y empleados más tarde por los gaïanitas (más abajo § 2, 181): ὁ Θεὸς πέπονθεν ὑπὸ δεξιᾶς Ἰσραηλίτιδος. Segun Routh, Relig. sacr., I, 138, debe combinarse con Ireneo, V, 17 (Migne, t. V, p. 1221).

Acta Mart. S. Felic. y Symphor., Gallandi, II, 329, 674.

Sobre la verdadera humanidad de Cristo, Ign., Magn., IX (véase más arriba § 107); Justin., Apol., I, 63; Iren., III, 18 et seq.; Orig., Contra Cels., III, 28; De princ., II, VI, I, 2; t. I in Joan., n. 30; Hippol., Contra Noet., cap. XVII; Tert., De carne Christi; Clem., Cohort., X; Strom., VII, 17 (cf. Lumper, t. IV, p. 244 et seq.).

Sobre la redencion, Clement. Rom., I Cor., cap. VII, XII, XXI, XLIX; Justin.,

---

1 *Rom.*, III, 25.
2 *Ireneo*, V, XIX, 1.
3 *Ibid.*, III, XIX, 5.
4 *Ibid.*, cap. XXII, 4.
5 *Luc.*, I, 48.

Dial., xcv et seq.; Iren., V, I, 17, 1 et seq.; Tertul., De fuga, cap. xII; Adv. Jud., cap. x, 13; De carne Chr., cap. v, IX, XIV; Orig., Hom. XXIV in Num., n. 1; in Lev. hom. III, n. 8 (Op. II, 198, 382); Clem., Cohort., x. «Quis div. salv.,» capítulo XXXVII; Strom., II, 13; IV, 24; V, 11, 14; VII, 2, 17.

La Madre de Dios, Justino, Dial., C; Tertul., Adv. Jud., XIII; De carne Chr. XVII; Iren., III, XX, 4; Orig., Hom. VIII in Luc., p. 941; Contra Cels., I, 33; Hippol., De Chr. et Antichr., cap. IV; Method., Conviv. X virg., III, 5; XI, 2; Massuet, Diss. III in Iren., a. 6, n. 65 y sig.. p. CXXXV et seq. — Imágenes de la Madre de Dios, Rossi, Immagini scelte della B. V. M., Roma, 1863. Invocacion de la Madre de Dios por Justino, Naz., Or XVIII, n. 19; Tillemont, Mém., S. Cipr. y S. Justino, a. 3, n. 6, t. V, p. 723.

166. Ya bajo el Antiguo Testamento, creíase en la culpabilidad general de los hombres por consecuencia de la falta que heredaron de Adan [1]. El hombre, sin perder sus aptitudes naturales [2], fué debilitado singularmente por el pecado de su primer padre, y destituído de los dones sobrenaturales; su cuerpo quedaba sometido á la muerte, al mismo tiempo que su alma perdía la vida de la gracia [3]. La imágen de Dios se oscureció en él, su voluntad se debilitó; se abandonó á las concupiscencias de las pasiones y á los asaltos del demonio. Pero si el mal había sido general, tambien lo fué el remedio, traído por Jesucristo. Todos pueden ser salvos por la gracia de éste, y no por sus propios merecimientos y sus obras. Segun San Clemente de Roma [4], las buenas obras operadas con la gracia, los testimonios de la caridad, son inseparables de la fe. En la Escritura, la fe es casi siempre presentada como el resultado de la operacion de la gracia y del concurso de la actividad humana. Algunas veces, sin embargo, la Escritura no hace resaltar más que la actividad humana. Entre Santiago que reconoce dos agentes de la justificacion, la fe y las obras cumplidas por la fe, y asegura que la fe sin las obras es muerta, y San Pablo que, reduciendo estos dos agentes á uno solo, exige la fe que obra por la caridad y pone la caridad por encima de la fe, no existe contradiccion [5]. Tampoco la hay entre los antiguos Padres; siempre insisten en la necesidad del uno y de lo otro, mostrando que las buenas obras son el fruto de la fe, que la fe es el principio que las produce y vivifica. Exaltan la gracia divina, sin la cual ninguna buena obra puede hacer el hombre [6]; pero reconociendo su poder, no la creen irresistible, puesto que el hombre, áun despues de la caída, conserva su libre arbitrio. La colocan sobre todo en los Sa-

1 *Rom.*, ch. v, y VII; *Ephes.*, II, 3; *I Cor.*, xv. 21 y sig.
2 *Rom.*, I, 19; II, 14 y sig.; VII, 7 y sig.
3 *Coloss.*, II, 13; *Ephes.*, II, 1; *Rom.*, VII, 5.
4 Epístola de S. Clemente á los corintios, XXXII, XXXIII; cf. cap. XLIX.
5 *Gal.*, v, 6; *I Cor.*, XIII, 2.
6 *Joan.*, xv. 4 y sig.

cramentos de la Iglesia, donde se distingue la operacion invisible y espiritual del Verbo, de los elementos sensibles que la representan, y la comparan con los milagros del Salvador que curaban al alma al mismo tiempo que al cuerpo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 166.

Pecado original: Iren., II, 34; III, xx, xxii, 4; cap. xxxiii; V, 1, 3; cap. xiv, número 1 et seq.; cap. xvi; IV, 2, 7; cap. v, 37 et seq.; Tert., Adv. Marc., I, 22; II, 5 et seq.; V, 17; De bapt., cap. xxviii; De anim., c. x, xvi et seq., xl et seq.; Method., De res., cap. x, ap. Phot., cod. ccxxxiv; Justin., Apol., I, 61; Dial., lxxxviii, xcv; Theophil., II, 17, 25, 27; Clem., Strom., II, 19; III, 17; V, 11; Lumper, loc. cit., IV, p. 316-334. — Sobre la imágen de Dios: Iren., V, 6, 1 et seq.; Clem., Strom., II, 22. — Gracia y justificacion: Ign. Smyrn., xi; Justin., Dial., vii, 119; Apol., I, 62; Iren., III, xvii, 2. 3; Clem., Strom., I, 28; V, 13; VI, 18; VII, 10. — Contra la gracia irresistible: Tertul., De anim., cap. x, xvi, xix, xxi, xli. Libre arbitrio: Justin., Apol., I, 17, 24; II, 7; Theophil., II, 27; Iren., IV, iv, 4; capítulo xxxvii et seq.; Clem., Strom., I, 17; II, 4; III, 9, IV, 20, 24; Athen., Leg., cap. xxiv; Tertul., Adv. Marc., II, 5, 7; Method., De libero arbitrio.—Sobre los sacramentos: Lindner, K.-G., 1, p. 88.

El hombre.

167. Muchas sectas gnósticas transformaban la teología en antropología, y rebajaban la divinidad á las proporciones del hombre. Era preciso, pues, explicar en qué consiste la verdadera naturaleza del hombre, probar que no es más que una criatura, y que sólo lleva en sí la imágen de Dios; que todo lo que tiene, inclusa la facultad de conocer á Dios y el dón de la inmortalidad, no lo tiene más que de su Creador. Segun los Padres, el hombre es compuesto de un cuerpo y un alma. Si algunos autores eclesiásticos adoptaban una triplicidad *(Tricotomía)* compuesta del alma, del cuerpo y del espíritu, defendida por los gnósticos, se apoyaban únicamente en textos de Platon, robustecidos con algunos pasajes de la Escritura [1]. El alma humana es sustancia espiritual; está dotada de conocimiento y de voluntad *(nous)*; inferior á los ángeles, se semeja á Dios, su Creador, y está destinada á hallar en Él su felicidad.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 167.

Iren., IV, 37; Tertul., Adv. Marc., II, 10; Mœhler-Gams, 1, p. 350 y sig. — Inmortalidad del alma: Justin., Apol., I, 18; Dial., iii, iv, v, xl; De resur., cap. viii;

1 Por ejemplo, *Hebr.*, iv, 12.

Iren., V, VI, 1; Tertul., De anim., cap. XIV; De res. carn., cap. XXXV. — La tricotomía platónica, en Justin., Dial., VI (cf. Otto, De Justino M., p. 150); Tacian., Or., cap. XII, XIII; *Tertuliano la rechaza*, De anim., c. X; *Clemente de Alejandría* distinguo alguna vez, pero no siempre, psyché y pneuma (Guericke, loc. cit., II, p. 139). San Ireneo, V, VI, 1; IX, entiende por pneuma los dones de la gracia. Su tricotomía es moral y teológica. Cf. IV, 39.

Los ángeles. — La Iglesia.

168. Los ángeles son considerados siempre como espíritus de órden superior, adornados de la gracia divina, y divididos en diferentes órdenes [1]. Sirven á Dios y á los hombres. Miguel es el centinela de la Iglesia [2], y cada individuo tiene su ángel tutelar [3]. Los buenos ángeles asisten al hombre, y los malos tratan de seducirlo. Á la cabeza de éstos, se halla Satanás, el diablo, cuyas obras ha destruído Jesucristo [4]. Satanás no permaneció en la verdad [5], y fué homicida desde el principio, príncipe de la muerte [6] y de este mundo [7]. Él y sus demonios reinaban en el paganismo [8], y sin cesar da vueltas como leon rugiente buscando una presa que devorar [9]. Este eterno enemigo del reino de Dios, no cesa de perseguir á los amigos de Dios, pero sin llegar a vencerlos. La Iglesia, que de los paganos y judíos ha hecho una sola sociedad; la Iglesia, una é indestructible, forma un vasto imperio que dura siempre y desafía todos los ataques. « Como un bajel que navega en alta mar, dice San Hipólito [10], la Iglesia sacudida acá y allá por las ondas furiosas, nunca perece, gracias á su experto piloto Jesucristo. Ella queda victoriosa de la muerte, porque lleva sobre sus hombros la cruz del Señor. »

Así pues, aunque toda la naturaleza se trastorne, permanezca firme vuestra esperanza; la palabra de Aquel que ha dicho, que nuestra tristeza se cambiaria en alegría, será eternamente inmutable; si alguna calamidad cae sobre vosotros, jamás creáis que Dios os olvida. « El Señor conoce á los suyos [11], y sus ojos velan siempre por los justos [12]. » Aun-

---

1 *II Petr.*, II, 11; *Apoc.*, I, 11 y sig.; *I Thess.*, IV, 15; *Jud.*, vers. 6, 9.
2 *Apoc.*, XII, 7.
3 *Matth.*, XVIII, 10.
4 *I Joan.*, III, 8.
5 *Joan.*, VIII, 4.
6 *Hébr.*, II, 14.
7 *Joan.*, XII, 41; XIV, 30.
8 *I Cor.*, VIII, 4-6; cf. X, 19 y sig.
9 *I Petr.*, V, 8.
10 *Le Christ et l'Antechrist*, n. 59.
11 *II Tim.*, II, 19.
12 *Ps.* XXXIII, 16.

que mezclados con los impíos, desolados por las mismas guerras, afligidos por las mismas pestes, combatidos por las mismas tempestades que ellos, Dios sabe bien separar á los suyos de esta confusion general. «El mismo movimiento, dice San Agustin, hace exhalar la hediondez del cieno y el buen olor de los perfumes [1].»

Si la Iglesia hubiera sucumbido alguna vez á la muerte, podríais dudar entónces de las promesas divinas. Pero veis, por el contrario, que esta Iglesia, nacida en los oprobios y entre contradicciones, abrumada por el odio público, perseguida con inusitado furor, primeramente en Jesucristo que es su Jefe, y despues en todos sus miembros, rodeada de enemigos, llena de falsos hermanos, y siendo, como dice San Pablo, nada en sus principios, atacada aún más vivamente por fuera y más peligrosamente dividida en el interior por las herejías durante el curso de sus progresos, casi abandonada despues por la deplorable relajacion de su disciplina, con su doctrina que chocaba con las demás, difícil de practicar, difícil de entender, impenetrable al espíritu, contraria á los sentidos, enemiga del mundo, cuyas máximas combate, permanece firme é inquebrantable.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 168.

Angeologia y demonologia: Barnab., Ep., cap. XIV; Herm., Pastor, lib. II y III; Ign., Trall., V; Smyrn., VI; Justin, Dial., LXXXVIII, CII, CXXVIII, CXLI; Apol., I, 6, 28; Iren., III, XXIII, 3; IV, XLI, 2; V, XXIV, 4; Min. Fel., cap. XXVI et seq.: Clement., «Quis dives salv.,» cap. XXIX; Pæd., II, 9; Strom., V, 13; VI, 17; VII, 7. Los ἐγρήγοροι ó Vigilias (voy. Dan., IV, 10, 13, etc.) mencionados en Lib. Henoch, I, 6; Test. XII, Patr., cap. I, § 5; cap. V, § 3; Clém., Pæd., loc. cit.; Coteler., in Const. ap., VIII, 12. — Aphtharsia de la Iglesia: Ign., Eph., VII.

Sobre el fin de los tiempos.

169. Al fin de los días, la Iglesia será glorificada y exaltada despues de haber sostenido el último combate contra el hombre del pecado, el Antecristo, que procederá á la última y decisiva venida del Salvador. Este es el pensamiento que se inculcaba especialmente á los fieles, invitándoles á estar dispuestos para el día del Señor, que nadie conocía. Los Apóstoles mismos no tenian sobre este punto revelacion alguna particular; no conocían sino la ruina futura de Jerusalen, figura de la segunda venida del Señor [2]. Jesucristo volverá, pues, en calidad de Juez, rodea-

---

1 *De civit. Dei*, lib. I, cap. VIII.

2 *Matth.*, XXIV, 24, 26 y sig., 40-51; XXV, 1 y sig.; Luc. XXI, 24.

do de fuerza y majestad [1]. Los muertos saldrán de sus tumbas [2]; los que hayan obrado el bien resucitarán con un cuerpo glorioso y transfigurado; los que hayan practicado el mal, tambien con un cuerpo imperecedero, mas para su castigo. La resurreccion de Cristo es prenda de la resurreccion universal [3]. La recompensa de los bienaventurados en el cielo [4], así como el castigo de los impíos en el infierno [5], durarán eternamente y tendrán diversos grados. El infierno [6], la gehenna, es un fuego perpetuo, un horno [7], un abismo [8] lleno de tormentos [9], una muerte eterna [10]. Es distinto del limbo (hades, schéol) adonde descendió el Cristo [11] para anunciar á los difuntos la alegre nueva de su libertad [12]. Como nada impuro [13] entrará en el cielo, ni será admitido á la vision beatífica de Dios [14], única herencia de los justos, y como no cabe sociedad entre la luz y las tinieblas [15], la Iglesia cree en un lugar de purificacion para los justos que han muerto sin haber expiado enteramente sus faltas, porque el Señor enseña que hay una remision de pecados en la otra vida [16], cuando habla de una prision de donde el hombre no saldrá hasta despues de haber pagado el último óbolo [17]. La Iglesia ha orado siempre por los difuntos [18], y ofrece por ellos el Santo Sacrificio. La ley de muerte pesa sobre toda la humanidad [19]; pero los fieles la consideraban como un sueño [20], como una salida de esta habitacion terrenal [21], como el abandono de una tienda [22]; porque aquellos de quienes Jesucristo era la vida, miraban la muerte como una victoria [23]. Se

1 *Act.*, I, 11; *Matth.*, XXV, 31 y sig.; *Joan.*, V, 22, 27.
2 *Joan.*, V, 28, etc.
3 *I Cor.*, XV, 20 y sig.; *Philip.*, III, 10 y sig.
4 *Joan.*, XIV, 2; *I Cor.*, XV, 40 y sig.
5 *Marc.*, IX, 42 y sig.; *Matth.*, XXII, 13; XXV, 46; *Apoc.*, XXI, 8.
6 *Matth*, V, 28 y sig; XVIII, 9; X, 28.
7 *Matth.*, XIII, 50.
8 *Apoc.*, IX, 1.
9 *Marc.*, IX, 42 y sig.
10 *Apoc.*, XXI, 8.
11 *Act.*, II, 27; *Apoc.*, I, 18; XX, 13.
12 *I Petr.*, III, 19 y sig.; IV, 6; cf. *Hebr.*, XI, 39 y sig.
13 *Apoc.*, XXI, 27.
14 *I Joan.*, III; 2, 3; *I Cor.*, XIII, 12.
15 *II Cor.*, VI, 14.
16 *Matth.*, XII, 32; *Luc.*, XII, 10.
17 *Matth*, XVIII, 34 y sig.; V, 26.
18 Segun *II Mach.*, XII, 45 y sig.
19 *Hebr.*, IX, 27.
20 *II Thess.*, IV, 12 y sig.; *I Cor.*, XV, 18, 20.
21 *II Cor.*, V, 1-4.
22 *II Petr.*, I, 21.
23 *Phil.*, I, 21.

sabia que las obras acaban con la muerte, y que la noche sobreviene, en la cual nada se puede hacer [1]; que la suerte futura de cada uno se fija para siempre, y que el alma entra entónces en el cielo, ó en el infierno, ó en el *lugar de purificacion*.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 169.

Véase Dœllinger, *Christenth. u. Kirche*, p. 257 y sig., y sobre I Thess., II, 1 y sig., p. 422 y sig. — Sobre el Antecristo, que debió reinar tres años y medio: Justino, *Dial.*, XXXII et seq., XLIX, CX; Iren., V, 25-30; Hippol., De Chr. et Antichr. — Resurreccion y juicio: Barnab., cap. XIX-XXI; Justin., Dial., CXVII-CXXV; Apol., I, 8, 18-20, 52; De resurr. Athen. de res., Iren., II, XXIX, 2; V, 13-15, 32 et seq.; *Tert.*, *De praescr.*, XIII; *De resurr. carn.*, *Polyc.*, Ep., cap. VII; Tatian., Orat., cap. VI; Clem., Pæd., I, 4, 6; II, 10; III, 1; Strom., I, 19; VII, 2; Orig., Contra Cels., V, 14; Method., De res. Const., ap. V, 7.—Grados de bienaventuranza: Clem., Strom., IV, v, 18. — *Eternidad de las penas del infierno*: Ign., Eph., XV Justin, Apol., I, 8, 12, 17 et seq., 21, 28, 45, 52; Apol., II, 1, 7 et seq.; Dial XXXV, XLV; Iren., II, XXVIII, 2, 7; IV, XL, 1; Tert., De anim., cap. XXXIII; Apol cap. XVIII, XLV; Min. Fel., cap. XXXV; Lact., Inst. VII, 21, 25. — *Lugar de purificacion*: Tertul., De anim., cap. LVIII; Cypr., Ep. LII, ed. Baluz.; Clem., Strom. VI, XIV, p. 329, *cum not.*; VII, 6, 12, p. 508, ed. Migne. (Cf. Lumper, loc. cit. p. 475-477.) Orig., Hom. XV in Jer., n. 5 et seq.; Hom. VI in Exod.; Hom. XII in Lev.; Hom. XXIV in Luc.; Acta S. Perpet., ap. Ruinart, § 8, p. 84; Aug., De anima et ejus orig., I, 10; III, 9. — Descenso de *Cristo á los infiernos*: Clem., Strom., VI, 6, p. 762 et seq. Cf. Lumper, loc. cit., p. 200-260; Guericke, loc. cit., part. II, p. 149 et seq.

§ 10. La ciencia teológica. — Las escuelas y la literatura teológica.

La ciencia eclesiastica.

170. Los sabios cristianos, deseosos de utilizar sus conocimientos filosóficos é históricos para dilucidar y profundizar las riquezas dogmáticas de la Iglesia, habían intentado con éxito diverso exponer, bien algunas verdades particulares, bien el conjunto de las verdades cristianas, bajo forma apropiada á los entendimientos cultivados de su época. Continuaron edificando sobre las bases puestas por el Nuevo Testamento, donde se encontraban ya indicadas diferentes direcciones del espíritu: en San Juan, el amor de la contemplacion; en San Pablo, el gusto de la dialéctica; en los tres primeros Evangelios, en Santiago y San Júdas, el de las cosas positivas y prácticas. Estudiaron despues con ardor la tradicion de los primeros Padres y de las más ilustres Iglesias; recorrieron con avidez las Escrituras del Antiguo Testamento, donde

[1] *Joan.*, IX, 4.

encontraron el anuncio del Nuevo; y considerando la ley nueva como superior á la otra, de la cual era la consumacion, estuvieron muy léjos de desconocer la importancia de la ley antigua como institucion preparatoria y pedagógica [1]. Si recurrían á las ideas filosóficas, y principalmente á las de Platon y Filon, la mayor parte se limitaban á tomar de ellas la forma de exposicion, la terminología, los procedimientos dialécticos; es verdad que algunos hacían uso más ó ménos amplio de sus principios filosóficos, pero generalmente no intentaban hacerlos adoptar. Si hubo algunos de ellos que sacaron errores en su comercio con la especulacion helénica, la Iglesia se apresuró á rechazarlos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 170.

El Cristianismo, nueva *ley:* Justino, *Dial.*, XI et seq., XIV, XVIII, LXVII; Iren., IV, XIX, 2. — Sobre el platonismo de los Padres: Can., De loc. theol., VII, 2; Petav., De Trin., I, 3. — Contra Souverain (Le platonisme devoilé, Colonia, 1700, *traducido por* F.-C. Lœffler, 2.ª ed., Züllichau, 1792); Baltus, Defensa de los Padres acusados de platonismo, París, 1711, in-4.º; Mosheim, De turbata per rec. Platon. eccl., Helmst., 1725. Obras sobre esta controversia en *Keil*, Opusc. academ., p. 439 et seq. Véase Kuhn, Th. Q.-Schr., 1850, p. 249 et seq.; Freib. K.-Lex., VIII, 496 et seq.

Los principios.

171. Véanse aquí los principios que servían de guía á los doctores cristianos: 1.º La materia de la fe viene de fuera; el espíritu humano puede alcanzarla, apropiársela, dilucidarla; pero no puede ni aumentar ni perfeccionar su sustancia, ni transformarla ni cambiarla. 2.º La certeza de la fe, así como la materia de la fe, no puede ser engrandecida y elevada por la ciencia; sólo es susceptible de perfeccion la forma bajo la cual es presentada al entendimiento. 3.º La fe es la base inmutable, la regla y barrera de la ciencia; es el punto de partida del conocimiento eclesiástico; ella es la que le suministra sus principios, y estos principios no tienen necesidad de otra prueba. La fe es la condicion previa del conocimiento científico; sin la fe no hay inteligencia [2]. Ella es la que distingue y juzga en su verdadero valor los rayos de verdad esparcidos en el paganismo, y la coloca á su verdadera luz: así pues, la ciencia verdaderamente divina, se despliega sobre el fundamento de la Escritura y de la enseñanza dada por la Iglesia. 4.º La verdad revelada y el conocimiento racional no pueden estar en contradiccion, porque tienen una sola y misma fuente, que es el Verbo de Dios.

---

1 *Jerem.*, XXXI, 31; *Is.*, LI, 4.

2 *Is.*, VII, 9, segun la version alejandrina.

La diferencia entre la filosofía y el Cristianismo, consiste: 1.º, en cuanto al fondo, en que la filosofía no contiene sino partes de la verdad, mezcladas con errores, miéntras que el Cristianismo encierra la verdad total; 2.º, en cuanto á la forma, en que la filosofía, por sus procedimientos artificiales, por su método inaccesible á la multitud, no puede jamás convertirse en el bien comun de todos; 3.º, por los efectos, en que el Cristianismo hace al hombre mejor y lo santifica, lo cual jamás pudo obtener la filosofía. La ciencia profana no es más que una escuela preparatoria: no se la debe exagerar ni despreciar.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS *SOBRE EL NÚMERO* 171.

Mœhler, Einheit der Kirche, p. 129 y sig.; Patrología, p. 464 et seq.; Kuhn, Theol. Q.-Schr., 1841, I; Kling, en Stud. u. Krit., 1841, p. 851 y sig.; Bauer Ztschr. f. Phil. u. kath. Theol., 1844, II. Los principios en Clem. Alex., Strom., I, 20; II, 2, 4, 6; III, 4; V, 1 et seq.; VII, 10; Theophil., I, 8; Iren., I, 3, 6; x, 1 et seq.; *Orig., De princ., praef., y I, III, 1; Contra Cels., I, 9 et seq.; III, 40, 81*; V, I; VI, 2, 4, 13; VII, 46, 59 et seq.; VIII, 51; Hom. XII, n. 7, in Levit.; Ep. ad Greg. Thaum. (Op. I, 30); Hom. XIV in Gen., n. 3: «Philosophia neque in omnibus legi Dei contraria est, neque in omnibus consona.»

Las escuelas eclesiásticas.—La escuela de Alejandría.

172. La Iglesia ha visto siempre discípulos ávidos de ciencia agruparse al rededor de sus sabios y piadosos doctores. Multitud de hombres llenos de celo, acudían á escuchar á San Pablo y á San Juan, y despues á San Policarpo, discípulo del último. Justino fundó en Roma una escuela donde tuvo por oyente á Taciano (ántes de su caída), y donde contó á Rhodon en el número de sus discípulos. La ciencia oriental helénica florecía allí particularmente. Los occidentales se aplicaron desde el principio á las cuestiones prácticas, y á las especulativas los orientales, entre los que descollaban los partidarios de la escuela alejandrina, que contenía multitud de discípulos iniciados en la filosofía, y pronto se hizo célebre por la escuela catequística que fué necesario establecer. Esta escuela iniciaba en sus principios á muchos sabios que habían venido del paganismo; formaba maestros capaces de enseñar sus propias doctrinas; trabajaba, en una palabra, para fundar una ciencia cristiana, y esto en el foco de la erudicion pagana en Alejandría misma, donde florecía la filosofía neoplatónica, y donde la ciencia helénica ofrecía más de un peligro para la juventud cristiana.

Institucion privada, pero colocada bajo la direccion del Obispo, que nombraba su jefe, esta escuela cultivaba desde mucho tiempo ántes las

ciencias sagradas y profanas, seguía una direccion moral y ascética, intentaba fundar sobre las bases del platonismo una filosofía rigurosa, que á muchos de sus miembros inclinaba demasiado al panteismo, cultivaba la interpretacion mística y alegórica de la Escritura, llevándola con frecuencia hasta el exceso, pero adquiriendo, sin embargo, en los estudios bíblicos y teológicos en general, grande y duradero renombre.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 172.

Guericke, De schola, quae Alex. floruit, catechetica, Hal., 1824, p. I, II (indica tambien las antiguas obras). *Hasselbach*, *De schola*, *quae Al. fl.*, *cat.*, Stett., 1826, part. I; J. Simon, Hist. de l'école d'Alex., París, 1845; Vacherot, Hist. crit. de l'école d'Al., París, 1846. La escuela se llama τὸ ἱερὸν διδασκαλεῖον τῶν ἱερῶν μαθημάτων (Soz., III, 15), τὸ τῆς κατηχήσεως (τῶν ἱερῶν λόγων) διδασκαλεῖον (Eus., V, 10; VI, 3, 26); schola ecclesiastica (ó catecheseon), Hier., Catal., XXXVIII, LXIX. Segun Euseb, V, 10, existía ἐξ ἀρχαίου ἔθους. Hier., Cat., cap. XXXVI: «Juxta veterem in Alexandria consuetudinem, ubi a Marco Evangelista semper ecclesiastici fuere doctores.» Segun *Phil.* Sidetes (*muerto en* 420; Fragm., ap. Dodwell. Diss. in Iren., Oxon., 1689, p. 488 et seq.), Atenágoras habría enseñado en la escuela ántes de Pantenio; pero este autor merece poco crédito (Socr., VII, 27; Phot., Bibl. cod., 35), aunque algunos creen poder seguirle en este punto (Guericke, loc. cit., part. I, p. 4-7, 15-26).

173. El primer maestro y el más conocido de esta escuela fué Pantenio, filósofo estoico, instruído por un discípulo de los Apóstoles. Explicaba la Santa Escritura, ya en lecciones verbales, ya en comentarios (hoy perdidos); era el fin del segundo siglo y principios del tercero. Más célebre aún fué su discípulo Tito Flavio Clemente, tambien nacido en el paganismo y muy versado en las letras griegas. Despues de haber recogido de sus viajes á Grecia, á la Italia inferior, á Palestina y Siria, multitud de conocimientos, habia formado, como sacerdote de Alejandría, como auxiliar y sucesor de Pantenio, gran número de hombres ilustrados. Abandonó á Alejandría durante la persecucion de Severo (202), permaneció en Capadocia y Palestina, y probablemente volvió despues á Alejandría, donde murió ántes del 217. Además de muchos opúsculos y los Hypotyposis (perdidos), compuso otras tres obras que tienen entre sí grande afinidad. En su Exhortacion (*Protrepticos*), muestra lo absurdo del paganismo; en su *Pedagogia*, prepara los caminos de la moral cristiana, y en su *Stromata* se propone iniciar á sus lectores en la perfeccion de la vida y ciencia católica, segun los tres grados indicados por los antiguos sabios, ó sean: purificacion, iniciacion y contemplacion; su designio es probar que el verdadero gnóstico, es al mismo tiempo un completo cristiano. Pensador espiritual y sabio,

pero de ninguna manera sistemático, Clemente, áun haciendo de la fe la depositaria de toda verdad, y no viendo sino una diferencia formal entre la fe y la ciencia, caía á menudo en el error platónico de que existe diferencia entre « la opinion de la multitud » y la religion que los sabios adquieren por medio de la ciencia, y ponderaba la antigua literatura clásica sobre todos los escritos de los filósofos. Dedicaba particular atencion á la moral, que pretendía exponer en toda su pureza. En una disertacion especial, examina cómo y en qué condiciones el rico puede salvarse. Sus más notables discípulos fueron Alejandro, Obispo de Flaviades, despues coadjutor y sucesor de San Narciso, Obispo de Jerusalen; y Orígenes, que le aventajó por sus trabajos como doctor y escritor.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 173.

Sobre Pantenio, Eus., V, 10; Hieron., loc. cit.; Phot., Bibl., cod. CXVIII; Clem., Strom., I, I, p. 322 et seq.; Fragm., II, ap. Routh, Relig. sacr., I, 330 et seq. Sobre Clemente, Euseb., V, 11; VI, 3, 6, 13 et seq.; Præp. evang., II, 3; VI, 1, 3 et seq.; Chron., II, 295, ed. Aucher., Ven., 1818; Hieron., Catal., cap. XXXVIII; Epiph., Hist., XXXII, 6; Socr., II, 35; Phot., Cod., CIX et seq., CXVIII; Niceph., IV, 23; Clem., Op., ed. Sylb., cum not.; Heinsii, Lugd. Bat., 1616; ed. Potter., Oxon., 1715, in-fol., t. II (segun aquel, Venet., 1755; Wirceb., 1778 et seq.); Migne, t. VIII, IX; Hofstede de Groot, De Clem. Alex., 1826; Dæhne, De γνώσει Clem. Alex., Lips., 1831; Bylert, Clem. v. Al. als Philosoph u. Dichter, 1832; Reinkens, De Clem. presb. Alex., homine, scriptore, philos., theol., Vratislav., 1851; Cognat, Clemente de Alejandría, su doctrina y su polémica, París, 1859.—Clemente ha sido elogiado como sabio por San Jerónimo, Ep. LXXXIII, ad Magn., Catech., loc. cit.; Socr., II, 35; Theod., Hær. fab., I, 6; Cyril. Al., lib. VII, in Julian., página 231, ed. Lips., 1696, etc.; Fabricio, Bibl. gr., V, 103. Muchos le calificaban de santo; el Martirologio de Usuart le cita en el 4 de Diciembre. Segun Benedicto XIV, fué señalado en el Martirologio romano. Martyrol. rom., ed. 1751, Ep. praevia *Postquam intelleximus*. Cf. Lumper, loc. cit., IV, p. 73-75.

Orígenes.

174. Orígenes, nacido en Alejandría en 185, recibió excelente educacion de su padre Leónidas, que fué su primer maestro de filosofía. Tuvo tambien por profesor á Ammonio Sakkas, y fué iniciado en la teología por Pantenio y Clemente. Mostró desde su juventud poderosa actividad é infatigable celo en la defensa de la fe. Pretendió marchar al martirio con su padre Leónidas, pero su madre estorbó por medio de la astucia esta resolucion. Confiscados los bienes de su familia, buscó en la enseñanza un medio de sostener á su madre y á sus seis hermanas.

Informado de las felices disposiciones y de los variados conocimientos de este jóven de diez y ocho años, el Obispo Demetrio le nombró

profesor y jefe interino de la escuela católica. En este puesto, Orígenes supo conquistar la general estimacion y merecer la adhesion profunda de sus numerosos discípulos; convirtió á muchos paganos, y publicó numerosos escritos. Sin embargo, hizo demasiado pronto, áun en su obra *De principiis,* la atrevida tentativa de reducir á sistema los dogmas cristianos, porque las impresiones que había recibido de la filosofía pagana eran todavía demasiado vivas; por eso se extravió más de una vez. No contento con ser irreprensible en su conducta, quiso alejar de sí toda sospecha, todo peligro de contaminarse en sus relaciones con el mundo. Animado de excelentes intenciones, pero interpretando mal el pasaje del Evangelio donde se habla de aquellos que se hacen eunucos [1], se mutiló con sus propias manos. Este acto le atrajo vivas reprensiones de parte de su Obispo, y en lo sucesivo se le echó en cara como crímen enorme. Entregado á todos los rigores del ascetismo, superior al miedo, Orígenes acompañaba con frecuencia al cadalso á los mártires, de los cuales muchos eran discípulos suyos.

En 212, siendo Papa Zeferino, se dirigió á Roma con el fin de visitar la más antigua iglesia; pero no tardó mucho en ser llamado nuevamente á Alejandría. Siendo sus discípulos muy numerosos, los dividió en dos clases, y puso al frente de la inferior á su discípulo Heráclas. A la edad de veinticinco años se dedicó al estudio del hebreo con el fin de utilizarlo para sus trabajos bíblicos, y comenzó la grande obra sobre la Escritura Santa (los Hexapla). Provisto de abundantes recursos por su amigo Ambrosio, á quien había sacado del gnosticismo, é invitado á escribir numerosas obras, recibió de aquel número suficiente de calígrafos y taquígrafos para ayudarle en su trabajo.

La reputacion de Orígenes se extendió á las más remotas comarcas. En 215 fué llamado á Arabia para instruir allí a un general. Poco tiempo despues de su vuelta á Alejandría, se vió obligado en 216 á huir ante los soldados del emperador Caracalla, irritado contra la ciudad. Partió para Cesárea de Palestina, donde fué honrosamente acogido. Los Obispos le invitaron, aunque seglar, á dar en las iglesias lecciones sobre la Santa Escritura. Su Obispo Demetrio se manifestó descontento de esto y exigió su vuelta. Orígenes obedeció, pero al poco tiempo fué llamado por la madre del emperador Alejandro Severo á Antioquía y despues á Acaya. Á su vuelta recibió, en 228, el sacerdocio en Cesárea de Palestina de manos del Obispo Teoctisto. Esta ordenacion conferida por un Obispo incompetente á un extranjero, y además eunuco, era contraria á las leyes de la Iglesia. Así, cuando Orígenes,

1. *Matth.*, XIX, 22.

pasando por Éfeso y Antioquía, volvió á Alejandría, el Obispo Demetrio ordenó una informacion, á consecuencia de la cual Orígenes abandonó la ciudad y se fué á vivir á Cesárea cerca del Obispo que le era favorable.

En 231, un Sínodo de Alejandría pronunció su deposicion. En Cesárea, Orígenes abrió una escuela que adquirió, bajo su direccion, prodigioso desarrollo; Gregorio Taumaturgo y su hermano Atenodoro fueron discípulos suyos. Durante la persecucion de Maximino, huyó á Capadocia, cerca del Obispo Firmiliano, y allí permaneció largo tiempo oculto en la casa de una cristiana llamada Juliana, donde trabajó en diferentes obras. Vuelto á Cesárea en Palestina, despues de la caída de Maximino, se dedicó nuevamente á la enseñanza, y la continuó, salvo algunas interrupciones ocasionadas por viajes á Arabia, hasta la persecucion de Decio, á la cual no sobrevivió mucho tiempo, porque fué aprisionado en Tiro y horrorosamente atormentado. Allí murió en 254, á la edad de sesenta y nueve años, y fué enterrado en la catedral.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 174.

Euseb., VI, 2 et seq., 8, 14 et seq.; Chron., II, 295 et seq.; Greg. Thaum., Or. Panegyr. in Orig.; Pamphil., Apol. pro Orig.; Hieron., Catal., cap. LIV; Apol., contra Rufin.; Pallad., Hist. Laus., cap. CXLVII; Epiph., Hær. LXIV; Socr., VI, 13; Sozom., VIII, 14; Phot., Bibl., Cod. VIII, CXVII, CXVIII; Niceph. Call., V, 1 et seq., XXXII et seq. Obras en Guericke, loc. cit., part. I, p. 37 et seq.; Thomasius, Orígenes, Nuremberg, 1837; Redepenning, Orig., Bonn, 1841 y sig., 2 vol.; Héfelé, *Freib. K.-Lex.*, 1851, VII, 825 y sig. Sobre el Περὶ ἀρχῶν (ed. Redepenning, Lips., 1836), véase Schnitzer, Orig. über die Grundlehren der Glaubenswissensch., Stuttgard, 1835; Bonner Ztschr., t. XVI, p. 205 y sig. Sobre la mutilacion de Orígenes, Petri Zornii Exercit. de eunukismo Orig., Giss., 1708. Ha sido puesto en duda este hecho por Schnitzer (loc. cit., p. 33), et Baur (Theol. Jahrbücher, 1837, II, 652); está sostenido por Engelhardt y Redepenning. Orígenes, Hom. XV in Matth., n. 1 et seq. (Oper, III, 651, 653 et seq.) reconoce más tarde su error, segun II Cor., III, 6.

Trabajos de Orígenes sobre la Santa Escritura.

175. Orígenes prestó á la ciencia inmensos é incalculable servicios. No solamente contibuyó en gran parte á fijar el cánon de las Santas Escrituras, sino que se dedicó con éxito en sus *Hexapla* á la crítica del texto del Antiguo Testamento. Estableció allí, en seis columnas: 1.º, el texto hebraico no puntuado con letras hebraicas; 2.º, el texto hebreo en letras *griegas*, segun la pronunciacion que él conocía; 3.º, la traduccion textual de Aquila; 4.º, la traduccion de Simmaco; 5.º, la version ale-

jandrina (los Setenta); 6.º, la version de Theodocion. La reunion de las cuatro últimas columnas (3-4-5-6) tomó el nombre de tetrapla.

Habiendo hallado Orígenes otras tres versiones griegas de muchos libros de la Biblia, debidas á autor desconocido, muchos ejemplares recibieron de ocho á nueve columnas (octapla, enneapla). Empleó diferentes signos: el obelo para los pasajes de los Setenta que faltaban en el hebreo; el asterisco, para los pasajes omitidos en los Setenta, y añadió cortas observaciones (escolios). De esta grandiosa empresa, que fué tambien utilizada por San Jerónimo, no restan más que fragmentos. Orígenes se dedicó además á la explicacion de los Libros Santos, no solamente en sus numerosas homilías, sino en comentarios particulares *(tomi)*, y dió cortas explicaciones sobre los más difíciles pasajes (escolios). Tenía por principio estudiar siempre el sentido de los textos particulares en sus relaciones con el conjunto, y se aplicaba á fijar el sentido literal. En este punto prestó importantes servicios, si bien se esforzó, siguiendo el gusto de su escuela y de su tiempo, por descubrir, más allá del sentido literal, é histórico, otro más elevado, misterioso, aplicable á la vida moral, ó que se refiere á una ciencia más profunda. Para él, la Santa Escritura es una obra divina, en sus detalles lo mismo que en conjunto, hasta en los pasajes más insignificantes en apariencia, y está llena de los más profundos pensamientos. No ve, en este sentido, ninguna diferencia entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Distingue: 1.º, el sentido material (literal ó histórico); 2.º, el sentido psíquico (moral y tropológico); 3.º, el pneumático (místico, anagógico y alegórico). Sus obras, de las cuales sólo una parte se ha conservado, estimularon el ardor de las épocas siguientes y suministraron importantes materiales. Sus homilías han llegado á ser, en la Iglesia, modelo de lecciones prácticas de exégesis.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 175.

Orig., Hexaplorum quae supersunt, ed. B. de Montfaucon, París, 1713, in-fol., t. II; Bahrdt, Lips., 1769, t. II; Migne, Patrol. gr., t. XV, XVI, ed. Field., Oxon., 1867 *et seq.* Compar. *Epiph., De pond. et mens.*, c. XVII; Tillemont, Or., a. 8; Mém., t. III, p. 511; Orsi, l. VI, n. 53, t. III, p. 162; Guericke, loc. cit., II. p. 19. Sobre la Santa Escritura: Orig., Hom. IV., in Jer.; Comm. in Matth., p. 428; in Joan., XIII, 46; XVI, 29; in Exod., I, 4; in Jer., XII, 1.—Sobre el triple sentido: De princ., IV, 11, 13; Hom. V in Levit., n. 1, 5 (Op. II, 205, 209); t. XIX in Joan. (ib. IV, 305); Thomasius, p. 311 y sig., 316; Redepenning, I, 278, 284, 304, y más arriba, § 158.

Trabajos ascéticos de Orígenes.

176. *Orígenes* no es *ménos* notable por sus trabajos ascéticos, especialmente sobre la oracion, y por su lucha contra los paganos y herejes. En esta parte, su fama es imperecedera. Mostró doquiera una aptitud para el trabajo verdaderamente maravillosa, que le valió el sobrenombre de *Adamantius* y de *Calchenteros*. En cuanto al dogma, á pesar de los excelentes comentarios que se le deben sobre algunos puntos, su gloria ha sido oscurecida por una adhesion demasiado grande al neoplatonismo, del cual ha debido tomar muchas ideas. Se le censura sobre todo: *a*, por haber creído en la eternidad de la creacion y en una pluralidad infinita de mundos, correspondiente á la actividad eterna de Dios como Creador; *b*, por haber explicado el orígen del mundo material, atribuyéndolo á una prevaricacion del mundo de los espíritus anterior al tiempo, y por haber admitido la preexistencia de las almas; *c*, por haber enseñado que los ángeles tienen cuerpo; *d*, por haber negado la eternidad de las penas del infierno, so pretexto de que todos los castigos no son más que medios de correccion y mejoramiento: *e*, de aquí la otra opinion de que Satanás y los demonios serán un día perdonados; *f*, por haber pretendido que habrá una restauracion de todas cosas, y que los elementos corporales serán destruídos; *g*, por haber combatido ó desnaturalizado el dogma de la resurreccion, diciendo que todo lo corporal está destinado á perecer; *h*, por haber rebajado al Hijo de Dios y desconocido su igualdad de sustancia con el Padre (subordinacionismo); *i*, por haber rebajado al Espíritu Santo y restringido su operacion á los santos, miéntras que la del Hijo se extendería á todos los seres razonables, y la del Padre á todos los seres en general; *j*, por haber sutilizado demasiado con exageradas alegorías sobre el fondo de la Escritura, y especialmente sobre el capítulo III del *Génesis*, donde refiere al cuerpo humano lo que se dice de las pieles de animales.

La opinion, en lo que concierne á Orígenes, ha estado siempre dividida. Miéntras que Metodio, Obispo de Olimpia y despues de Tiro, combatía como pertenecientes á Orígenes las doctrinas sobre la pluralidad infinita de los mundos, sobre la preexistencia de las almas, sobre el cuerpo en cuanto es la prision del alma, sobre la destruccion final de la materia; otros, como Gregorio de Neocesárea, Pánfilo y Eusebio de Cesárea, no le escaseaban los elogios, y le defendían contra sus numerosos adversarios. Se ha sostenido desde el principio que los herejes habían falsificado sus escritos. Por el estado defectuoso en que muchas de sus principales obras han llegado hasta nosotros, es difícil fallar con

seguridad sobre cada acusacion. Si es cierto, segun lo que parece mejor fundado, que tomó la mayor parte de sus errores de las doctrinas neoplatónicas, sin embargo, jamás fué formal y voluntariamente hereje, porque se mostró siempre dispuesto á someterse á las enseñanzas de la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 176.

Ἀδαμάντιος (el hombre de acero), Eus., VI, 14; Hier., Cat., LIV; Ep. XXIX ad Paul.; Epiph., Hær., LXIV, 1; Χαλκέντερος (de entrañas de bronce), Hier., Ep. cit. El número de estos escritos le había valido el sobrenombre de συντάκτης, συνταχτικός, συνταχτήριος. Huet, Origen., lib. 1, cap. 1, § 3. Ediciones: Huet, Comment. *Orig.*, *París*, 1679; Op., ed. De la Rue, t. IV; *Migne*, t. XI-XVII; ed. *Lommatsch*, Berol., 1832 et seq.; Orelli, Orig. aliquot loci selecti, 1826. Comp. Redepenning, Das Hier. wiederaufgefundenes Verzeichnisz der Schriften des Orig. (Niedners Ztschr. f. hist. Theol., 1851, *I*, *p*. 66 *y sig.*). *Los errores de Orígenes* se encuentran principalmente en los diez libros (perdidos) de los Stromata (Hier., Ep. LXI, al. 38; Ep. LXV, al. 141); en los dos De resur.; en los cuatro De principiis (que no son completos más que en la coleccion de Rufino), donde algunos pasajes han sido cambiados sobre la Trinidad, la materia y la supervivencia del hombre. De la Rue, Op., *I*, p. IV, 44; *Thomasius*. p. 88 *y sig. Véase sobre a*, Thomasius, p. 111, 287 y sig. (De princ., III, v, 3; II, IX, 4, 6; IV, 30; Hom. IV in Num., n. 2; in Matth., t. XIII, n. 1; t. XV, n. 35); sobre *b*, *y c*, Thomasius, p. 165 y sig.; sobre *d*, De princ., II, v, 3; x, 6; Contra Cels., III, 75, 78 et seq.; V, 15 et seq.; in Exech., hom. I, 2; in Exod. fragm., Op., III, 114 et seq.; *e*, De princ., I, VIII, 3; III, VI, 5 et seq.; Hier., Ep. ad Avit.; *f*, in Joan., t. XXXII, n. 3; Selecta in Psalm., p. 576; De princ., I, VI, 1 et seq.; III, VI, 1; Contra Cels., VIII, LXXII *in Rom.*, *lib. II*, *n.* 1; lib. III, n. 1; Fragm. in Luc., Op. III, 981. La doctrina de la apocatastasis puede, sin embargo, explicarse en un sentido ortodoxo. *g*, Contra Cels., II, 77, Sel. in Psal., p. 532, 535; in Matth., XVII, 29. Véase Mamers, De Orig. Lehre von der Auferstehung, Trèves, *1851*. *Thomasius reconoce que*, *segun* Orígenes, los cuerpos serán transfigurados, y espiritualizados y resucitarán despues de haber depuesto la *mortalidad* y la *corrupcion*; que la misma forma εἶδος, (1) si no la misma sustancia, sustancia corporal (ὑλικὸν ὑποκείμενον), será restablecida. Véase Vincenzi, más arriba, II, § 88; *h*, Sin embargo, Orígenes no concibe al Hijo como subordinado al Padre sino «ratione principii,» *y no* «ratione naturae.» Ahora, bajo el primer aspecto, el Padre como «primer principio» es más *grande que el Hijo*, *áun en la opinion de los Padres que han escrito* despues del primer concilio de Nicea; *i*, Orig., in Joan., t. XXXII, 6; t. XXVIII, 13; Contra Cels., V, 1, De princ., I, 3, 5 et seq.; in Num., Hom. VI, 3; in Matth., Hom. XII, 40; Fragm. in Isai. (Op., III., 105). Orígenes fué acusado de error sobre la Trinidad por Baronio, Petavio, Huet, Natal-Alejandro, Du Pin, Cave, Mosheim, etc., y justificado por De la Rue, Bullus, Maran, Walch. *Véase sobre todo Thomasius*, página 112-151, 278-284; *j*, Contra Cels., IV, 40; in Joan., t. XX, XXI; t. II, 24; *Hom. in Gen.*, *III*, *31*; *in Lev.*, III, 2. Cf. Hier., Ep. LXI (Mart. 38). — Method., Περὶ ἀναστάσεως, Epiph., Hom. LXIV, 12 et seq., Photius, cod. CCXXIX; Περὶ γενητῶν Phot., cod. CCXXXV; Migne, t. XVIII; Greg. Thaum., Pamphil., ap. Migne, t. X. Sobre la falsificacion de los escritos de Orígenes, Ep. ad amic. Alex., Op., I,

página 5, 6; Rufino, Prolog. in libr. De princ. et Apol. ad Anast. P. Los sentimientos católicos de Orígenes son atestiguados 1.° por sus principios generales sobre el dogma (De princ., praef., n. 2; Comm. in Matth., ser., n. 34, p. 852); 2.° por su carta de defensa dirigida al Papa Fabian (Hier., Ep. XLI, al. 65); 3.° por lo que dice de la manera que los herejes tratan la doctrina de la Iglesia (Hom. VII in Jos., Op., II, 414), y las emboscadas y peligros en que le ha puesto el demonio (Hom. VII in Ezech., Op., III, 382).

Sucesores de Orígenes. - Milenarios.

177. Despues de la partida de Orígenes, quedó al frente de la escuela *catequística de Alejandría* su *discípulo Heráclas*, el cual, nombrado despues Obispo, fué reemplazado por Dionisio, que tambien subió á la silla episcopal (despues de 248). No parece, segun las noticias que han llegado hasta nosotros, que su método de enseñanza difiriese mucho del de Orígenes, cuya escuela había frecuentado. Esto es positivo, sobre todo, tratándose de los maestros subsiguientes, ó sean Pierio (denominado el segundo Orígenes, autor de muchos escritos, y especialmente de uno sobre el profeta Oseas) y su discípulo Pánfilo de Cesarea, así como Teognosto, que escribió, entre otras obras, siete libros intitulados: *Hypotyposis*. Parece que estos dos maestros tuvieron por auxiliar, siendo Obispo Theonas, á Aquilas, que más tarde ocupó la sede episcopal y que tuvo por sucesor al martir Pedro I. Lo cierto es que muchas de las tesis teológicas sostenidas por Orígenes, continuaron enseñándose, aunque bajo forma más suavizada, en la escuela de Alejandría; parece tambien que suscitaron numerosas disputas en el seno de esta Iglesia.

La interpretacion alegórica de la Escritura tenía por principales adversarios á los milenarios, que, rechazados por los sabios de Alejandría, hallaron eco áun en Egipto mismo. El Obispo de Arsinoe, Népote, publicó su *Refutacion de los alegoristas*, á la cual respondió el Obispo Dionisio con sus diez libros de las *Promesas*. Era inminente la division, cuando Dionisio en dos conferencias, consiguió atraer á los milenarios, y especialmente á su jefe Korakion. Como muchos, por oposicion á los milenarios, rechazaban el Apocalípsis, en que se apoyaban los últimos, Dionisio declaró que prefería creer que este libro estaba por encima de su inteligencia más bien que rechazarlo; que por lo demás, no había que tomarlo á la letra. Admitía él, que su autor tuvo por nombre Juan, pero afirmaba que era un sacerdote de Asia distinto del apóstol; todo, decía, protesta en favor de esta opinion, el carácter del libro, su estilo, su método, sin hablar de razones intrínsecas.

El milenarismo, representado por muchos antiguos, fué combatido por los adversarios del montanismo y por los sabios de Alejandría; sin embargo, tuvo en lo sucesivo cierto número de defensores, tales como Metodio, Lactancio y Apolinar, el cual intentó refutar las *Promesas* de Dionisio. Aunque esta opinion tuvo por campeones á hombres tales como Papías, San Justino, San Ireneo, Tertuliano, etc., carecía de fundamento en la tradicion; prueba de ello es el testimonio de Justino, cuando afirma que todos los fieles no participaban de la misma opinion en este punto; además fué combatida por Atenágoras, Cayo, Clemente y Orígenes. Era, segun lo más verosímil, de origen judaico.

Difícil era la empresa de ahogar las ideas del milenarismo; las cuales encontraban numeroso apoyo ya en las profecías relativas al triunfo definitivo del reino de Dios sobre el mal, ya en la idea de que el teatro de los sufrimientos de la Iglesia debía serlo tambien de su exaltacion, tanto más, cuanto que la Escritura, anunciaba un nuevo cielo y una tierra nueva [1]; los milenarios, en fin, estaban persuadidos de que hay en la Iglesia un principio que debe transformar al mundo, y que por sí sólo le autoriza para pretender el imperio universal. Todo lo que el milenarismo contenía de importante se ha conservado, miéntras que se ha visto caer por sí misma la opinion de que el combate contra el estado pagano continuaría hasta el advenimiento definitivo de Cristo, si bien aquélla se mantuvo firme bajo el peso de la persecucion.

Otra idea favorable al milenarismo, es que habiendo sido creado el mundo en seis días, y siendo mil años ante Dios como un día [2], el mundo debe durar seis mil años [3], á los cuales seguirán otros mil de reposo sagrado, correspondiente al sábado.

Esta doctrina hallaba otro apoyo en el deseo de reunirse pronto á Jesucristo, en las exhortaciones del Salvador y los Apóstoles á estar dispuestos para el día del Señor, y luégo en la interpretacion literal del Apocalípsis, que continuó influyendo sobre estas disposiciones en los siglos sucesivos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 177.

Sucesores de Orígenes. Eus., VI, 3, 15, 26, 29, 31, 35, 40 et seq.; VII, 1, 4 et seq., 20 et seq., 32; Hier., Cat., cap. LIV, LXIX, LXXVI. El método de enseñanza de Orígenes se encuentra íntegro en los alejandrinos subsiguientes:

a, Había llamado al Hijo κτίσμα, segun los Prov., VIII, 22, donde segun los Se-

1 *II Petr.*, III, 13.

2 *Ps.*, LXXXIX, 4.

3 *Epístola de San Bernabé*, c. XV.

tenta, se leía ἔκτισε, en lugar de ἐκτήσατο, acreditado por el texto hebreo (y la Vulgata). La misma expresion es empleada por Dionisio (§ 154), y Teognosto. (Phot., Bibl., cod. CVI, ex lib. II Hypotyp.).

b, Se acusaba igualmente á este último de repetir con Orígenes, τὸν υἱὸν τῶν λογικῶν μόνον ἐπιστατεῖν, y otras doctrinas sobre el Espíritu Santo y los ángeles. (Phot., loc. cit.).

c, Pierio enseñaba tambien la preexistencia de las almas, siguiendo á Orígenes, y empleaba expresiones que suponian al Espíritu Santo inferior á las otras dos Personas (Phot., cod. CXIX).

d, Siguiendo á Orígenes (Thomasius, p. 280), aplicaba tambien la palabra οὐσία á la persona (Phot., loc. cit.). Se cita además entre los discípulos de Orígenes, á Trifon, autor de tratados sobre la Biblia (Hier., Cat., cap. LVII). *Dionisio contra* Népote, en Eus., VII, 24 et seq. Cf. III, 28. Lücke, Comm. z. Offbr. des Joh., § 34, p. 321-330; P.-J. Munster, De Dionysii Al. circa Apoc. Joan. sententia. Hafn., 1826; Kleuker, Ueber Ursprung u. Zweck der Offenb. Joh., p. 154 y sig.; Hier., in Isai., lib. XVIII, proœm.: «Adversum quem (Iren.) Dionysius Alex. eccl. pontifex elegantem scribit librum, irridens mille annorum fabulam... cui duobus voluminibus respondet Apollinarius, quem non solum suae sectae homines, sed et nostrorum in hac parte dumtaxat plurima sequitur multitudo.» El milenarismo fué sostenido por: Papias, ap. Iren., V, 33, et cap. ult.; Iren., loc. cit.; Justin., Dial., LXXX et seq., CIX et seq., despues Isai., LXV, 17-25; Apocal., XX, 4 y sig.; Tertull., Contra Marc., I, 29; III, 24; IV, 29; De res. carn., cap. XXV; Lact., Inst., VII, 14 et seq. Se halla esta opinion entre los convertidos, ya del paganismo, ya del judaísmo. Ritschl, p. 61 y sig., 600. Confesion de Justino, Dial. LXXX. *Contra el milenarismo*, Athen., Leg., cap. XXXI; Caj., ap. Eus., III, 28; Clem., Strom., VII, 12; Orig., Contra Cels., IV, 22; De princ., II, 2. Sobre su orígen judaico, Hier., Cat., XVIII; In Isa., LIV, 1; Ammon., in Daniel., cap. VII (Mai, Nov. Coll., I, II, p. 207); Epiph., Hær., XVI; Hær., XXXIII, 9; Justin, Nov., 146; Raymund. Martini, Pugio fid., part. III, dist. III, cap. XV; Galatin, X, 4. Véase tambien Corrodi, Krit. Gesch. des Chiliasm., Zürich, 1794; Münscher, Dogmengesch., II, 438 y sig.; Klee, *Tentamen Theol. de Chil.*, Mog., 1825; Wagner, Der Chiliams. in den ersten Jahrb. (Programm), Dillingen, 1849; Schneider, Die chiliast. Doctrin., Schaffhouse, 1859.

Sabios de Alejandría.

178. Desdichadamente se conservan pocos trabajos de los publicados por los sabios alejandrinos en favor de las opiniones reinantes. Entre estos sabios figura un tal Ammonio, que florecía á fines del siglo segundo y principios del tercero; quedan de él una obra acerca de la conformidad de Moisés con Jesucristo y una concordancia de los Evangelios, inserta en la traduccion latina de Víctor, Obispo de Capua; está basada sobre el texto de San Mateo y cita los pasajes paralelos de los otros evangelistas; este trabajo fué despues utilizado por Eusebio. Otro alejandrino, Anatolio, Obispo de Laodicea en 270, compuso un ciclo pascual muy estimado; comprende diez y nueve años y comienza

en 276. Sustituyó al ciclo de ocho años compuesto por Dionisio. En general, los alejandrinos tomaron parte activa en las controversias referentes á la fiesta de Pascua.

En estas disputas, que no solamente se referían á los cuartodecimales *judaizantes* (146), sino que agitaban tambien á los católicos, estaban en tela de juicio muchos graves problemas: 1.º ¿En qué día se debe celebrar la Pascua? 2.º ¿Cuál debe ser la duracion del ayuno pascual? 3.º ¿Debe celebrarse como día de duelo ó de regocijo el de la muerte de Jesucristo? 4.º ¿Comió Jesucristo el Cordero pascual el 14 nisan ó el 13 por anticipacion? ¿Fué crucificado ántes de la fiesta de los judíos? 5.º ¿Cómo pueden conciliarse los textos de San Juan, XVIII, 28; XIX, 14, con otros del *Evangelio*, *sobre todo con San Mateo*, XXVI, 18 y siguientes? 6.º ¿En qué tiempo y á qué hora resucitó Jesucristo?

Las obras de Clemente y de Pedro sobre la fiesta de Pascua se han perdido. La segunda y la sexta de estas cuestiones fueron dilucidadas por Dionisio *en una carta á Basílides*; la cuarta, segun un fragmento, había sido resuelta por Clemente, de este modo: Jesucristo ha muerto ántes de la celebracion legal de la Pascua. Esta era tambien la opinion de Hipólito, que compuso para la Iglesia romana un ciclo de diez y seis años. Este ciclo estaba perfectamente de acuerdo con la opinion de Roma, segun la cual no se debían celebrar las Pascuas sino despues del equinoccio de primavera.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 178.

Ammonius, Hier., Cat., cap. LV; *Baronius*, an. 174, *n.* 8 et seq.; Gallandi, t. II, Proleg., cap. XIX, p. II et seq.; *Harmon. Ev.*, ib., p. 531 et seq. Cf. Orsi, lib. VII, n. 10; t. III, p. 25. Se ha descubierto aún en nuestros días una antigua traduccion franca del siglo noveno, hecha segun la version latina de Víctor; Schmeller la ha publicado (Ammonii Alex. quae et Tatiani dicitur, harmonia Evangeliorum in lingua lat. et inde ante annos mille in francicam translata, Vienn., 1841). *La Version canónica*, *Eus.*, in *Opp. Hier.*, ed. Vallars., X, 571-682; ed. Martin, I, 1429-1440. Anatolio, Eus., VII, 32; Vers. lat. cycli pasch., ap. Bucher.; S. J. Doctrina tempor., Antwerp., 1634, p. 439 et seq.; Gallandi, III, 545-558; Clem., De paschate; Euseb., IV, 26; VI, 3; Phot., cod. CXI; Fragm. ex Chron. Alex., Gallandi, II, 153; Dionys., Ep. can. ad Basil.; Harduino, Conc., I, 185; Gallandi, III, 501 et seq.; Routh, Rel. sacr., II, 385-394. *Cf.* Eus. VII, 20; Marin., Alex. Fragm. de ratione paschali, ap. Pitra, Spicil. Solesm., I, 14.

Escuelas de Antioquía.

179. La Iglesia de Antioquía, cuyos Obispos Teófilo y Serapion se señalaron como escritores, obtuvo más tardíamente que la de Alejan-

dría una escuela teológica. Es probable, sin embargo, que las bases fueran echadas allí desde el siglo tercero. Dos sacerdotes de esta Iglesia, no ménos sábios que su predecesor Malquion, que había conquistado grande celebridad en el Concilio celebrado en esta ciudad (269) contra Pablo de Samosata, cultivaban allí los estudios bíblicos y sobre todo la lengua hebráica. Eran Doroteo y Luciano: éste, que mas tarde fué martirizado en Nicomedia (311-312), consultó el texto hebreo para corregir los Setenta, y suministró una revision de la Biblia, generalmente adoptada en el Asia Menor y Grecia, desde Constantinopla hasta Antioquía. Añadióse á ella en lo sucesivo una profesion de fe, que algunos interpretaron en sentido católico, otros en el del subordinacianismo (ó arrianismo). Es muy controvertida la cuestion de si el Obispo Metodio y el cronógrafo Julio Africano, que había estudiado tambien en Alejandría, pudierón pertenecer ó no á la escuela de Antioquía. Desde el principio se notó ya oposicion entre ambas escuelas. Alejandría cultivaba especialmente la interpretacion *gramatical y lógica* de la Biblia, y en filosofía se acercaba mucho más á Aristóteles y Platon. En el cuarto siglo, se hizo más pronunciado este antagonismo.

Había igualmente en Edesa una importante escuela para los sirios; seguía una direccion positiva y práctica y se dedicaba á estudios bíblicos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 179.

Münter, Progr. de la escuela de Antioq., Hafn., 1811; Stæudlin, en Tzschirners Archiv f. alte u. neue K.-G., I, I, p. 1 y sig.; Lengerke, De Ephræmi Syri arte hermen. Reg Pruss., 1831, p. 68; Kihn, etc. (J. II, § 96). Sobre Luciano y Doroteo, Eus., VII, 32; VIII, 13; IX, 6; Soz., III, 5; Hier., Cat., LXXVII; Præf. in Paral., et lib. II, contra Rufino; Aug., De civ. Dei, XVIII, 43; Chron. Alex., p. 277, ed. Du Cange; Hug (§ 102, 10), I, 171, 176; ed. Tub., 1808. La escuela de Edesa enseñó de nuevo que Tadeo había sido delegado ántes de Abgaro. Trabajo sirios: Didascalia apost. syriace, ed Lagarde, Lips., 1854; Cureton, Spicil. syriac., Lond., 1855; Cureton and Wright, Anc. Syr. Documents, Lond., 1864; Anc. Syr. martyrolog., ed. de Cureton, en el Trabajo of s. lit., 1865.

Doctores de Occidente.

180. El Occidente contaba entre sus principales doctores á San Ireneo, Obispo de Lyon, cuyos discípulos más famosos fueron los sacerdotes Cayo é Hipólito. Este último era, segun Orígenes, el más fecundo escritor de su tiempo. Las obras y el espíritu de San Ireneo ejercieron grande influencia sobre el africano Q.-Septimio-Florente Tertuliano, que permaneció tambien mucho tiempo en Roma y llegó á ser el pri-

mer escritor de la Iglesia latina. Grave y austero, mordaz y sarcástico con frecuencia, conciso y oscuro en su estilo, enemigo jurado de la filosofía pagana, muy versado en el derecho romano, Tertuliano ha suministrado en sus numerosos escritos abundantes medios para la exposicion de la doctrina cristiana, á pesar de su caída en el montanismo; los autores subsiguientes de África, y San Cipriano mismo, le consideraban como maestro y doctor.

San Cipriano, famoso por su elocuencia y su claridad, fué imitado por el elegante Lactancio y por Arnobio, difuso y declamatorio. San Ireneo é Hipólito fueron igualmente imitados, al ménos en cuanto al fondo, por el autor de una obra sobre la Trinidad, publicada bajo el nombre de *Novaciano*. Los occidentales, aunque limitándose generalmente á las cosas prácticas, sabían mezclarse con interés en las sabias especulaciones de los orientales, y bien pronto rivalizaron con ellos, si no por el número y la fecundidad, al ménos por el valor de sus trabajos.

ADICION.

De las obras de San Ireneo sólo tenemos sus cinco libros contra las herejías, y tampoco parecen íntegros. Emprendió esta grande obra para destruir los errores de valentinianos y novacianos, errores inconstantes y móviles, á los cuales opone la doctrina unánime de todas las Iglesias del mundo.

Este tratado ha sido muy alabado por los antiguos. Eusebio pondera sobre todo la sagacidad con que el autor descubre las faltas más oscuras de los herejes, y las tinieblas en que se ocultan, para sacarlas á la luz del día.

Erasmo ha puesto en duda si San Ireneo escribió en griego ó en latín. Hoy todos los buenos críticos convienen en que lo hizo en griego. De sus cinco libros, no quedan en el original griego más que el primero, que San Epifanio cita casi por entero. Hállanse fragmentos de los demás libros en Eusebio, San Basilio, Teodoreto, San Juan Damasceno y en la *Cadena* de los Padres griegos.

La traduccion latina es muy defectuosa. Hay sabios que la creen más antigua que Tertuliano; pero no es probable que pertenezca á esta época un latín tan corrompido. Expresiones como estas: *suadenter*, *blasphematio*, *quaternis*, *mysterialiter*, *impudorate*, *praeconare*, *peredcibimus*, *adfationes*, *postrenatus fieris*, *efficabile*, *incapabiles*, y otras semejantes, que se hallan casi en cada página, revelan una época en que la buena latinidad había sido corrompida por la barbarie. Es verdad que Tertuliano, San Cipriano y San Agustin citan algunos pasajes de San Ireneo, pero no lo hacen en los *mismos* términos, y el traductor ha podido aprovecharse de lo que ha encontrado traducido en estos Padres.

Estos defectos, sin embargo, nada quitan á la fuerza del razonamiento, á la exactitud de las comparaciones, á la elevacion del espíritu. Acaso si se pudiera leer el original se hallaría en él tanta elocuencia como en San Jerónimo [1].

Críticos hábiles creen que San Ireneo fué el autor de la hermosa carta de las Iglesias de Lyon y de Viena sobre los sufrimientos de sus primeros mártires.

---

1 Hieronym., *Epist.* LIII.

Entre los puntos de doctrina que pueden sacarse de estos cinco libros contra las herejías, notaremos los siguientes:

Hállanse vestigios allí de la confesion de los pecados secretos, así como de los públicos. Hablando de las mujeres que el hereje Marco había seducido, dice, que despues de su conversion, confesaron los pecados de la carne que habian cometido con él y el exceso del amor impuro que le profesaban.

Hállase allí el ejemplo de una penitencia prolongada hasta la muerte, dado por la *mujer de un diácono que se había* dejado corromper por este impostor.

Dice que San Mateo escribió su Evangelio en hebreo, cuando San Pedro y San Pablo fundaron la Iglesia de Roma. Establece como principio incontestable, *que* sólo en la Iglesia romana se encuentra la verdad, que allí han depositado los Apóstoles como un tesoro, todo lo que concierne á esta verdad inmutable.

Asegura que había en su tiempo, entre las naciones bárbaras, Iglesias que conservaban sin escritura alguna, la pureza de la fe que habian recibido de los Apóstoles. Menciona las Iglesias de Alemania y de España.

Establece claramente el pecado original y sus consecuencias. Los hombres, dice, no se han curado de la antigua plaga de la serpiente, sino creyendo en Aquél que, levantado de la tierra sobre el leño de la cruz, lo atrajo todo á sí y da la vida á todos los muertos.

Excusa el incesto de las hijas de Lot por su sencillez. Cree que Adan y Eva prevaricaron el dia mismo de la Creacion, el sexto dia de la semana, el mismo en que Jesucristo habría muerto. Segun él, habiendo recibido el mundo su perfeccion, en seis días, subsistirá otros tantos millares de años.

Confunde al Antecristo con la bestia de que habla Daniel en su profecía y San *Juan en su* Apocalipsis. En cuanto á su nombre, que debe comprender el número 666, quiere que se aguarde el cumplimiento de la profecía, ántes de determinarlo. Sostiene con San Justino, que Satanás ignoraba su condenacion ántes del advenimiento de Jesucristo. Movido por la autoridad de algunos antiguos, y especialmente de Papias, que había sido discípulo de San Juan, abrazó el sistema de los milenarios. Admite despues de esta vida y ántes del último juicio, un reino terrenal para los justos. Este reino, dice, será el principio de su incorruptibilidad y un como ensayo del reino eterno. Allí harán una especie de aprendizaje de la gloria á la cual serán elevados un día [1].

San Hipólito es célebre, sobre todo en la antigüedad eclesiástica, por la multitud de sus obras. Entre las que se han conservado, la primera es *el Ciclo pascual*, hallada en 1551 en las ruinas de una antigua Iglesia dedicada á un santo del *mismo nombre*.

Una de sus obras más notables es su tratado del *Antecristo*, sacado en 1661 del polvo de las Bibliotecas de Reims y de Evreux. Quiere probar por medio de la Escritura en qué año será la venida del Antecristo, en qué tiempo y de qué manera se manifestará, cuál será su nombre, cómo seducirá á los pueblos y lo que hará sufrir á los hombres.

Entre sus escritos perdidos, cítanse por los ménos treinta y dos: un *Hexaméron* ó tratado *De los seis dias de la creacion; Comentarios sobre el Génesis*; el Exodo; Los libros de los Reyes; Los pasajes de la Escritura, que tratan de Saul y la Pitonisa; sobre los Salmos y el Cántico de los Cánticos, etc., etc. En cuanto á su

---

1 *Hist. litter. de la France*, por los benedictinos de San Mauro, t. 1, art. *San Ireneo* (ed. Palmé).

estilo, San Jerónimo le atribuye grande elocuencia, á pesar de la sencillez que reina en sus escritos. Su estilo es grave, claro, conciso, no embarazado con cosas inútiles y en un todo cual convenía á intérprete de las Santas Escrituras 1.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 180.

Massuet, Diss. II in Iren., n. 1 y sig.; Tillemont, Mém., III, 77 et seq.; Plat, Historia de San Ireneo (en francés y en aleman); Cajus (Fragm., ap. Routh, Rel. sacr., II, 5 et seq.); Eus., III, 28, 31; II, 25; VI, 20; Hier., Cat., LIX; Phot., Cod. XLVIII; Lumper, Hist. crit., VII, 17 et seq. — Hippol., Op., ed. Fabr., Hamb., 1718, t. II; Migne, t. X, más arriba § 166. — Tert., Op., ed. Rigaletii, Paris, 1635, in-fol.; ed. Priorii, 1664; ed. Ven., 1701, 1708; Col., 1716; Ven., cur. Giraldi, 1744; ed. Semler et Schütz, Hal., 1770 et seq.; ed. Œhler, Lips., 1853 et seq.; Migne, Patr. lat., t. I-III; Néander, Antignostikus, Berlin, 1825, 1849; Hesselberg, Tert. Leben u. Schriften, Dorpat, 1848; Ullhorn, Fundamenta chronolog. Tert. Gœt., 1852; Bæhr, Rœm. Lit.-Gesch., Suppl., sect. 2, § 5, p. 16 y sig.; Ritter, Darstellung der ersten christl. Schriftsteller Afrik's (Bonner Ztschr., t. VIII).
Cyprian., Hier. cat., cap. LIII; Cypr., Op., ed. Pamel, Antw., 1568, 1589; ed. Rigaltii, Paris, 1648 et seq.; ed. Fell, Oxon, 1682; ed. Maran, Paris, 1726, 1733; Migne, t. IV, ed. Hartel (§ 86); Lactant., Op., ed. Bünemann, Lips., 1739; ed. Fritsche, Lips., 1853 et seq. Cf. § 86. Arnob., Bibl. Patr. lat., cur. Gersdorf, vol. XII, ed. Hildebrand, 1844; Migne, t. V, más arriba § 86. — Novaciano, Gallandi, IV, ed. Wirceb., 1782; Hagemann, Rœm. K., p. 371-410.

La literatura cristiana.

181. La literatura cristiana ocupa, desde este *primer período* importantísimo lugar. Sus trabajos tenían por *objeto*: 1.º, las traducciones de la Biblia en siriaco (la *Peschito*) y en latin (sobre todo para África é Italia: version itálica); 2.º, *los comentarios de la Biblia* comenzados ya *en el segundo siglo*, y mucho más numerosos en el tercero; 3.º, las cartas de los Padres apostólicos (Clemente, Ignacio, Policarpo, el autor de la carta á Diognetes), y de los Obispos posteriores, sobre diversos puntos; 4.º, *las* numerosas *apologías contra los paganos, judíos y herejes*; 5.º, disertaciones especiales sobre diferentes cuestiones de dogma, moral y disciplina eclesiástica; 6.º, discursos é instrucciones pronunciados en las ceremonias religiosas; 7.º, Actas de los mártires; 8.º, *poesías didácticas como las* de Comodiano, é himnos como el que Clemente de Alejandría dirige á Jesucristo al final de su *Pedagogo*; 9.º, cierto número de leyes eclesiásticas (cánones), entre los cuales los llamados apostólicos, datan en parte del siglo *tercero* y otros provienen de los Concilios celebrados *á principios* del cuarto. 10.º Los trabajos históricos tales como los de Hegesipo y Julio Africano. Tales eran los gérmenes que, *fecundados por el tiempo*, iban á fructificar bajo la influencia del Espíritu Santo.

1 *Hist. littér. de la France*, t. I, p. 361 y sig., passim.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 181.

1.° Véanse las introducciones al Nuevo Testamento, Haneberg, Gesch. der Bibl. Offenb., Regnesb., 1850, p. 743 y sig., 747 y sig. La Itálica, redactada en el siglo segundo, contenía nuestras Escrituras del Nuevo Testamento, miéntras que en la Peschito faltaban el Apocalípsis, la segunda Epístola de San Pedro, la segunda y tercera de San Juan y la de San Júdas.

2.° Comentarios de la Biblia por Cándido de Apion, en tiempo de Commodo (Hexaméron, Eus., V, 27; Hier., Cat., cap. XLVIII, XLIX); por Júdas, en tiempo de Severo (sobre Daniel, Eus., VI, 7; Hier., Cat., cap. LII); Heráclito (sobre las Epístolas apostólicas, Eus., V, 27; Hieron., cap. XLVI); Victorino de Pettau, etc.

3.° Patr. apost., ed. Coteler., París, 1672; ed. Clerig., Antw., 1692; Migne, Patr. gr., t. I et seq. Ediciones especiales por Héfelé, Reithmayr, Dressel, Funk, etc. Clem., Rom., ed. Philothei Bryennii ex arch. Hier., Cpli, 1875. Eus., Hist. eccl., ha dado extractos de muchas cartas de Obispos (véase más abajo § 205). Las más numerosas que tenemos son las de San Cipriano.

4.° Más arriba §§ 56, 86, 140, 155.

5.° Catálogo de los libros de Meliton de Sardes, Euseb., IV, 26; Hier., Catal., cap. XXIV. Obras de Tertuliano y San Cipriano.

6.° La mayor parte de los escritos de Orígenes y su elogio por Gregorio de Neocesárea.

7.° Más arriba A, 15, g.

8.° Párrafos 86, 156. Se han perdido los himnos de Népote, Obispo de Egipto, y los de Antenógenes; los que se atribuyen á Tertuliano y San Cipriano son apócrifos.

9.° Héfelé, Conc.-Gesch., I, 128 y sig.; 714 y sig.; Pitra (A, § 15, h.), vol. I, donde las constituciones apostólicas se ponen en nuevo órden segun numerosos manuscritos, y están mejor separadas sus partes principales. Véase mi artículo en Archiv. f. katch. K.-R., 1870, vol. XXIII, p. 185 y sig. Los seis primeros libros forman un todo completo; los otros dos han sido recogidos más tarde, pero la mayor parte se compone tambien de fragmentos más antiguos que se hallan separados en los manuscritos, por ejemplo: lib. VIII, cap. XVI-XXII, διατάξεις περὶ μυστικῆς λατρείας. Voy. Bickell, Gesch. des K.-R., Giessen, 1843, I, 221. Además de los ochenta y cinco cánones apostólicos del final, de los cuales son más antiguos los cincuenta primeros, únicos recibidos en Occidente, hállanse allí Constitutiones per Clementem, et Ecclesiastici apostolorum canones, igualmente en etiope y en árabe, del tercer siglo (Bickell, p. 96; Beil, I, p. 101-132; Lagarde, Relig. jur. eccl. gr., Vindob. y Lips., 1856, n. XI, p. 74-79. Pitra, I, p. 77-86), despues nueve Canones synodi Antioch. Apost. (Bickell, Beil, III, 138-143; Lagarde, n. III, p. 18-20; Pitra, p. 91-93). Capita XXX ex Constitut. ap. (Pitra, p. 96-100); Canones penitentiales apost. (Ib., p. 103-106).

CAPÍTULO III.

CONSTITUCIONES, CULTO Y VIDA RELIGIOSA.

§ 1.º Los seglares y el clero (jerarquia).

Diferentes órdenes religiosas.

182. La Constitucion que la Iglesia había recibido de su divino fundador, y que había de acompañarla en toda su carrera, debía desarrollarse en el curso de los siglos. A medida que aumentaba el número de sus miembros, y se hacía sentir más la necesidad de órden y de unidad ante los ataques de la herejía y el espíritu de cisma, hacíase cada vez más necesario que apareciese como una sociedad perfecta, y organizada bajo todos los aspectos, como un cuerpo compuesto de múltiples miembros. Jesucristo no había abandonado cosa alguna á la casualidad; sino que había obrado de suerte que la Iglesia no fuese un cáos desordenado, un imperio sin jefe, leyes ni disciplina. Todos no podian ser Apóstoles, profetas y doctores, ni poseer los mismos dones del espíritu; la mano y el pié no debían aspirar á las funciones del ojo [1]; cada miembro tiene su puesto determinado y no debe traspasar sus límites [2]; hay en la Iglesia maestros y discípulos, gobernantes y gobernados, clérigos y seglares, como lo prueba el testimonio de los más antiguos Padres.

Sin duda todos los cristianos son llamados á la santidad, todos son de raza real y sacerdotal [3], segun lo que se ha dicho tambien de la Antigua Alianza del pueblo de Israel [4]; y sin embargo, la dignidad sacerdotal del pueblo de Israel no impedía la existencia de un sacerdocio levítico. Así tambien el sacerdocio general é interior de la Nueva Alianza, cuyas instituciones se enlazan con las de la Sinagoga, no suprimen el sacerdocio exterior y particular de los que son sacados de las masas de los fieles y separados por la imposicion de las manos. Hay en la Iglesia un doble sacerdocio como hay un doble sacrificio. Al sacrificio

---

1 *I Cor.*, XII, 28, 29, 14 y sig.
2 Clem. de Roma, *ad Cor.* ch. XLI.
3 *I Petr.*, II, 5, 10; *Apoc.*, V, 10; XX, 6
4 *Exodo*, XIX, 6.

interior de la oracion y de la accion de gracias, corresponde el sacerdocio interior y general de los fieles; al sacrificio exterior y eucarístico, el sacerdocio particular de aquellos que han recibido la uncion santa. Cuando los cristianos de África condenados á las minas se lamentaban de que los sacerdotes del Señor no pudiesen ofrecer allí el Santo Sacrificio, San Cipriano les consolaba, diciéndoles, que podían por lo ménos ofrecer el sacrificio interior, el sacrificio de sus corazones, el sacrificio de la justicia y de la alabanza [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 182.

Sobre I Cor., XII, 28 y sig., véas. Greg. Naz., Or. XXXII, n. 10 et seq., p. 586, ed. Maur.; Clem. Rom., I Corinth., cap. XL: ὁ λαϊκὸς ἄνθρωπος. Justino, Apol., I, opone λαός á προεστώς. Orig., Hom. XI in Jer., n. 3 (Migne, t. XIII, p. 369), demuestra que los clérigos no son los únicos que se salvan, pues muchos de ellos perecen, miéntras que multitud de seglares alcanzan la eterna felicidad. Estas palabras, Jer., XII, 13 (LXX): οἱ κλῆροι αὐτῶν οὐκ ὠφελήσουσιν αὐτούς, la explica así: hay algunos en el clero que no viven ὥστε ὠφεληθῆναι καὶ κοσμῆσαι τὸν κλῆρον; lo que sirve, no es sentarse entre los Apóstoles, sino tener buena vida.

La palabra κλῆρος es diversamente empleada, por ejemplo, en el Ordo latino. Significa generalmente τάξις, órden, rango (Sibyll., VIII, 138; Test. XII Patr. Levi, cap. VIII; Iren., I, 27; Clem., Strom., V, 1, 10; Eus., IV, 5 fin.; V, 1; Const. ap., VIII, 5, 46; voy. Act. I, 17, 25, κλῆρος διακονίας. I Petr., V, 3, ἐν κλήροις). Leemos en Tertuliano, De monog., XI; De exh. cast., cap. VII; De idol., cap. VII ad ux. I, 7: «Ordo ecclesiasticus, sacerdotalis, viduarum.» Cf. Hier., in Jer., XII: «Quid enim eos juvare poterit episcopi nomen et presbyteri vel reliquus ordo ecclesiasticus?» Es probable que antiguamente «clerus» y «ordo» tenían cada uno un sentido preciso, puesto que fueron en seguida aplicados exclusivamente al estado eclesiástico (Ritschl, p. 396). Sin embargo, κλῆρος, segun Deut., X, 9; XVIII, 2; Num., XVIII, 20; Ps. XV (XVI), 5, es tambien usada por *sors*, suerte, parte, herencia. Hier., Ep. LII ad Nepot: «Propterea vocantur clerici, vel quia de sorte sunt Domini, vel quia ipse Dominus sors, id est pars clericorum est.» Aug., in Ps. LXVII, 19: «Nam et cleros et clericos hic appellatos puto, qui sunt in eccl. ministerii gradibus ordinati, quia Mathias sorte electus est, quem primum per apostolos legimus ordinatum.» Chrys., Hom. III in Acta, n. 3 (Migne, t. LX, p. 37): ὁ Θεὸς αὐτὸν ἐκληρώσατο, καθάπερ τοὺς Λευίτας. San Ireneo, III, III, 3: sortitur episcopatum (κληροῦται τὴν ἐπισκοπήν). Clem., Quis. div. salv., cap. XLII: κλήρῳ ἕνα γέ τινα κληρώσων τῶν ὑπὸ τοῦ πνεύματος σημαινομένων. Euseb., V, 28, ἐπίσκοπος κληρωθῆναι (al. κληθῆναι).

Se llama tambien κληρούμενοι á aquellos que son elegidos por una disposicion especial de Dios (Guericke, Archæolog., § 7, p. 21), despues ἀφωρισμένοι (Rom., I, 1; Act., XIII, 2). Can. ap., LXIV: εἴ τις κληρικὸς ἢ λαϊκὸς κ. τ. λ., y otros. Segun las Const. apost., III, 15, el Obispo debe velar ὡς μηδὲ λαϊκὸς κατάρῃ ἐκφέρῃ.

Tertuliano, De exh. cast., cap. VII; De monog., cap. XII, y otras (ya montanista) no concluye partiendo del hecho al derecho, sino del supuesto derecho de

---

1 Ps. IV, 6; L, 21; XLIX, 23.

los pneumáticos al hecho. Como católico, había censurado (De praescr., XLI) á los herejes por sus «ordinationes temerariae, leves et inconstantes,» y les había echado en cara que «et laicis sacerdotalia munera injungunt» (Dœllinger, Hippol., p. 346-351). Sobre Apoc., XX, 6, véase Iren., IV, 20; Orig., Hom., IX in Lev., n. 9 (Migne, t. XII, p. 521); Const. ap., III, 15; Aug., De civ. Dei, XX, III, 10; Hier., Adv. Lucif., t. II, p. 136: «Sacerdotium laici id est baptisma. Scriptum est enim: *Regnum et sacerdotes nos fecit.*» Véase Bingham, Antiq., I, V, 4: Rudelbach, Ueber den christl. Begriff der Hierarchie (Ztschr. f. ges. luth. Theol., 1845, II, 106 y sig.); Guericke, op. cit., p. 20 y sig. Estos últimos convienen en que la Iglesia católica considera al sacerdocio especial, no como cosa contraria, sino como el centro íntimo del sacerdocio general. Su analogía con el Antiguo Testamento se halla definida en Clem., Rom., I Cor., cap. XXXII, XL, XLII; Test. XII Patriarch.; Cypr., Ep. LXVI; Hier., Ep. CXLVI ad Evang.; Contra Jovin., lib. II: «In V. T. et in N. alium ordinem pontifex tenet, alium sacerdotes, alium levitae.» Sobre el sacrificio espiritual, Cypr., Ep. LXXVI ad Nemes., cap. III, p. 830, ed. Hartel.

Los dones de la gracia y cargos eclesiásticos.

183. Además de los dones extraordinarios de la gracia, que todos los fieles podían recibir, y que en los primeros tiempos eran con frecuencia otorgados á Iglesias enteras, había cargos eclesiásticos que á menudo eran provistos en aquellos tiempos, pero que no siendo inseparables, debían continuar despues de la desaparicion de estos dones. Es verdad, sin embargo, que miéntras existieron en toda su plenitud estos dones de la gracia, se miró con ménos atencion dichos cargos, exceptuando el de *los Apóstoles, que aventajaba á los demás*, y que era la fuente y cumbre de ellos. Los dones extraordinarios, diversos por su valor y de ninguna manera imperdibles, podían, así como los empleos, dar ocasion á abusos.

Más altas que estos dones se hallaban las virtudes infusas, la fe, la esperanza y la caridad [1], necesarias á todos los fieles, y no ménos á los clérigos que á los seglares. En los primeros tiempos de la Iglesia, estos dones reemplazaban con frecuencia á la falta de cultura suficiente, al conocimiento reflexivo de las verdades de la fe, en los que eran llamados á los cargos eclesiásticos. Pero, en lo sucesivo, se procuró más y más dar á los clérigos una instruccion regular, á ménos que no hubiesen adquirido en el paganismo conocimientos científicos superiores.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 183.

Los carismas son dones sobrenaturales concedidos principalmente para el bien del que los recibe, y para el de los demás, *gratiae gratis datae;* no son solamente

1 *I Cor.*, XIII, 13; XIV, 1.

aptitudes, *engrandecidas por la influencia del Espíritu Santo*, *sino fuerzas milagrosas* que traspasan los límites de la naturaleza. Santo Tomás (Summ., I-II, q. CXI, art. 4, 5; Contra gent., III, 154) las divide así. Para que estas aptitudes lleguen á su objeto, «ut homo possit instruere alium de divinis,» es preciso: 1.°, ut habeat plenitudinem cognitionis divinorum. Tales son: *fides* propter principia, *sapientia* propter principales cognitiones, *scientia* propter effectus; 2.°, ut possit confirmare ea quae docet. Para esto sirven: *gratia sanitatum* propter corporalem salutem, *operatio virtutum* propter divinae potentiae ostensionem, *prophetia* propter futura contingentia, *discretio spirituum* propter cognitionem occultorum; 3.°, ut quae docere debet, possit convenienter proferre his quos instruit. Se necesita para esto: «*genera linguarum* propter idioma ó *interpretatio sermonum* propter sensum sententiarum.» Los protestantes modernos (Lindner, I, 27; Jacobi, I, 59; Guericke, I, 105) distinguen: *a*, los dones de la enseñanza (dón de lenguas, interpretacion, profecía, discernimiento de los espíritus, la didascálica, la *sabiduría*, *el conocimiento*); *b*, los dones prácticos (curacion de las enfermedades, milagros, direccion de la Iglesia, cuidado de la comunidad). Englmann (Von den Charismen, Ratisbona, 184, p. 90, 202 y sig.) divide los carismas en dos clases, los que tienen por objeto próximo é inmediato el bien interior de la Iglesia y hacen á aquellos que los reciben aptos para una funcion, para un servicio de la Iglesia; y los que producen el bien de la Iglesia de una manera más remota, sobre todo, en el exterior. Coloca en la primera clase los dones que dan aptitud para el apostolado y para los diferentes empleos que se enlazan con él.

Los Apóstoles tenían el dón de la doctrina en grado especial (I Cor., XII, 28; Eph., IV, 11), así como los Evangelistas que iban por todas partes á fundar las primeras comunidades. Los doctores usaban de este dón para hacer una exposicion sencilla é inteligible de la verdad; miéntras que los *profetas*, animados por Dios, anunciaban en términos conmovedores las revelaciones que habían recibido en visiones é impresiones estáticas. El discernimiento de los espíritus, consistía en separar á los falsos profetas y falsas profecías de los verdaderos.

Al dón de la enseñanza uniánse los dones de la sabiduría y del conocimiento (gnósis). Los pastores tenían el dón de gobierno y el de direccion (Kybernesis y antilepsis); el primero, entre los antiguos, es llamado φρόνησις, ἐπιστήμη τῶν πραττομένων, *prudentia*, *concilium*. Colócase en la segunda clase λόγος πίστεως (confianza heróica en la palabra divina), las curaciones y milagros, despues el dón de lenguas (glossolalia), hablar diferentes lenguas que no se inventan (de Welte, Rossteuscher), sino que existen ya (παντοδαπαῖς γλώσσαις, Iren., ap. Eus., V, 7), y la aplicacion de lo que se enseña (I Cor., XIV, 6; XIII, 28). Sobre la duracion de los dones, véanse los testimonios más abajo, ad § 102, 2.

Los Obispos.

184. El más importante cargo eclesiástico, era el de los Obispos, porque todo poder en la Iglesia es una consecuencia del apostolado, que recibió su mision de Jesucristo. Los Apóstoles, apreciando en su sabiduría la situacion de las diferentes comunidades de judíos y paganos convertidos, les confirieron insensiblemente empleos superiores é inferiores, y nombraron como sucesores suyos en la enseñanza, el go-

bierno y administracion de los santos misterios, á jefes que recibieron el nombre de Obispos *(episcopi)*. Lo mismo que Pablo y Bernabé habían instituído desde su primer viaje apostólico, por la imposicion de las manos *(cheirotonia)*, ancianos al frente de cada Iglesia [1], San Pablo nombró á Tito para Creta, con la facultad de nombrar otros [2]; á Timoteo para Efeso, con el mismo poder, y además el cargo de vigilar á sus subordinados [3]. Ellos debían confiar lo que habían oído de los Apóstoles, á hombres capaces, que instruyeran en estas enseñanzas á los demás, y propagaran así la doctrina apostólica [4].

El Apostol San Juan, despues de su vuelta de Pathmos, organizó las Iglesias, admitió en el clero á los que habían sido designados por el Espíritu Santo, y consagró Obispos, como San Policarpo para Smyrna. Sabemos por Clemente de Roma, que los Apóstoles de quienes era discípulo, previendo disputas á propósito del episcopado, establecieron la forma que debía regular la sucesion: cuando los primeros hubiesen muerto, se les daría por sucesores, con el consentimiento de toda la Iglesia, á otras personas dotadas de las mismas cualidades; estas, gobernando con humildad y en paz el rebaño de Jesucristo, debían ejercer tranquilamente su cargo, en atencion á que no se les podía deponer sin injusticia. — Toda la antigüedad da testimonio de que los Obispos fueron instituídos por los Apóstoles.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 184.

Timoteo y Tito, Euseb., III, 4; Const. ap., VII, 46; Martyr. S. Timothei, ap. Phot.; Bibl., cod. 254; Hier., Cat. S. Tito y Timoteo, Ps.; Ambros., In I Tim. proem., et cap. III; Proem. in Tit., Epiph., Hær., LXXV, 5. Obispos establecidos por San Juan, Clem. Al., Qui div. salv., ap. Eus., III, 23; Hier., Cat., cap. XVII; Tertul., Præscr., cap. XXXI-XXXIII; cf. contra Marc., XV, 5: « Etsi Apocalypsim (Joan.) Marcion respuit, ordo tamen episcoporum ad originem recensus in Joannem stabit auctorem. » He tratado largamente de Clém. de Roma, 1 Cor., c. XLIV, segun Mœhler y otros, De cath. Eccl. primord., p. 134 y sig., nota.

Controversia sobre los Obispos y Sacerdotes.

185. Cierto es que algunos han pretendido que el poder episcopal no había sido instituido sino mucho tiempo despues de los Apóstoles, ó sea en el segundo siglo, por consecuencia de la supresion de las antiguas

---

1 Presbyteri, *Actos*, XIV, 22.
2 *Tit.*, I, 5 y sig.; II, 15.
3 *I Tim.*, III, 1 y sig.; V, 19, 22; *II Tim.*, I, 6.
4 *II Tim.*, II, 2.

formas democráticas y la supuesta opresion de los antiguos (*presbyteri*), que segun dicen habian sido ántes iguales á los Obispos; que el poder episcopal se había elevado por encima del de los ancianos,—los cuales habían disfrutado en el principio de los mismos derechos que aquél;—que esto había sido por consecuencia de una usurpacion y cambio de la antigua constitucion eclesiástica. Pero se demostró muy pronto que esta opinion era insostenible. Ella es contraria: 1.º, al carácter de los primeros cristianos, que permanecían escrupulosamente unidos á sus tradiciones, y no habrían tolerado que se les hubiesen arrebatado sus primitivas instituciones. Si en cuestiones de importancia completamente secundaria, como el asunto de la Pascua, se atenían tan rigurosamente á sus antiguos usos, ¿cuánto más no habían de hacerlo cuando se trataba de cuestiones vitales en la Iglesia? 2.º Tal cambio no se hubiese obrado sin grandes y violentos combates, y de ellos no encontramos huella alguna, ni áun en las disputas que agitaron á Corinto; sería imposible que en tal caso, no se descubriese por lo ménos algunos débiles vestigios. 3.º Era tambien imposible que semejante transformacion se verificase en todas partes simultáneamente; la antigua situacion, se habría mantenido en algun punto, y, á mayor abundamiento, las formas de gobierno al modificarse se adaptan siempre al genio de los diferentes pueblos. 4.º Si la Iglesia primitiva hubiese sido así, habría recibido de Cristo y los Apóstoles la peor de las constituciones; habría sido contraria al espíritu de Jesucristo, así como á la mision de los Apóstoles encargados de continuar su obra; é incompatible con la duracion de la Iglesia, que jamás debe perder sus elementos esenciales. 5.º Esta hipótesis rompe todo enlace intrínseco entre la literatura canónica y la de los Padres, entre las Actas de los Apóstoles y sus Epístolas, de una parte, y los Padres de la Iglesia de otra. Su concordancia es en efecto de tal manera unánime, que los adversarios no pueden dar apariencia alguna de solidez á su argumentacion, sino alterando ó rechazando muchos de estos documentos, y sobre todo, pretendiendo, contra toda razon, que las cartas pastorales de San Pablo son apócrifas. 6.º Transforma en impostores á los más graves testigos de la antigüedad cristiana, á los autores eclesiásticos más respetables, y no permite escribir la historia. Estos autores, en efecto, atestiguan claramente, apoyándose en antiguos testimonios, la institucion de los Obispos por los Apóstoles. Contradecirlos en este punto, no solamente es un error, sino una manifiesta mentira. 7.º Los antiguos catálogos de los Obispos, que los Padres alegan expresamente, no existirían de seguro si no hubiese habido Obispos desde el principio. Añádase que la sucesion episcopal, está estrechamente enlazada con toda la prueba tradicional, y de ella, como de un

hecho incontestable, es de donde los Padres sacan sus más importantes conclusiones. Jamás los Padres oyeron á los herejes objetarles que los Apóstoles no habían instituído Obispos, ni tuvieron que pensar en semejante objecion. Los gnósticos mismos, así como los demás sectarios, procuraban en cuanto era posible tener una sucesion episcopal. 8.º Con hombres firmemente adheridos á sus *antiguas tradiciones*, contrarios á las pretensiones ilegítimas del poder, guiados por el espíritu de humildad é inaccesibles á los halagos de la seduccion; con hombres *siempre amenazados de muerte*, como eran los Obispos, las miras ambiciosas y las usurpaciones, son tan inconcebibles como el cambio insensible y accidental que se supone *producido en la constitucion* de la Iglesia: este cambio, en lugar de engendrar la unidad, habría traído por doquiera la confusion. La unidad no se explica sino por el carácter original y divino de una institucion.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 185.

Contra la distincion entre los Obispos y los sacerdotes, y la preeminencia de los primeros, se invoca: *A*, la Escritura Santa (Act., XX, 17 et s., 28; Phil., I, 1; Tim., III, 1 y sig.; IV, 14; Tit., I, 5, 7; I Petr., V, 2; II Joan., I, 1), y los antiguos Padres, sobre todo Iren., (III, XXVI, 2), sobre la sucesion de los Obispos, y ibid., II, 2: «successores presbyterorum;» IV, XXVI, 2: «presbyteri, qui cum episcopatus successione charisma veritatis acceperunt;» ibid., XXXII, 1: «qui in Ecclesia sunt presbyteri.» *Cf.* XXVI, 5; V, XX, 1, 2, donde los nombres de sacerdote y de Obispo parecían sinónimos.

I. Sobre lo cual hay que observar: 1.º, que la identidad de los nombres no trae consigo la identidad de la cosa (del poder); puede ser que los nombres hayan sido comunes en otro tiempo, sin que la cosa lo fuese. La terminología no se ha formado sino progresivamente, y sólo más tarde se distinguió nominalmente lo que era realmente distinto. El nombre de Apóstol era llevado por personas diversas de los Apóstoles; lo llevaban hasta mujeres (Rom., XVI, 7; Phil., II, 25). Se daba algunas veces á los setenta y dos discípulos (Greg., Nyss., Vita Moysis, et Chrys., *Hom.* XXXVIII *in I Cor.*, n. 4; Migne, t. XLIV, p. 365; t. LXI, p. 326 et seq.). Jesucristo mismo se llama tambien Apóstol y Obispo (*Hebr.*, *III*, *1*; *v*, *5*; *los sacerdotes* y *Obispos* se llaman tambien diáconos y hasta Apóstoles (I Cor., III, 5; II Cor., III, 6). Jesucristo es tambien llamado diácono (Rom., XV, 8). Los Apóstoles se dan á sí mismos el nombre de sacerdotes (I Petr., V, 1; II Joan, I, 1). San Ireneo (apud Euseb., V, 24), nombra á los predecesores del Papa Victor. En el tercero y cuarto siglo, cuando el episcopado estaba, por testimonio de sus adversarios, desarrollado ya desde hacía mucho tiempo, los Obispos se llamaban *presbyteri ó compresbyteri*. (Cypr., Ep. XLVIII, cap. I, página 606, ed. H.) S. Crisost., Hom. I in Philipp., n. 1, dice que en su tiempo unos Obispos escribían á otros συμπρεσβυτέρῳ, συνδιακόνῳ (este último probablemente en el sentido de συλλειτούργῳ). El *término sacerdos* permaneció siendo comun á Obispos y sacerdotes (Cypr., Ep. XLV, y con frecuencia). Gregor. de Nazianzo, Orat., XXV, n. 12, p. 463, llama á Pedro II de Alejandría ἱερεύς. El apostolado es llamado, Act., I, 17, diaconia, y ibid., V. 20, segun Ps. CVIII, 8, episcopado.

II. Estos dos nombres podian emplearse indistintamente, tanto más cuanto que πρεσβύτεροι correspondiente al hebreo זקנים (antiguos, *majores natu*), designa á todos los que aventajan á los demás por la preeminencia de la edad ó dignidad (Op. οἱ νέοι, νεώτεροι, I Petr., v, 5; Clem., I Cor., cap. I, 21); en sí no designa como ἐπίσκοποι (vigilante, ἔφοροι) una distincion de rango ó de trabajos. Hier., Ep. LXXXII, al. ad. 83, Ocean.: «Apud veteres iidem presbyteri et episcopi, quia illud nomen dignitatis est, hoc aetatis.» Cf. Comm. in Tit., cap. I; Aug., De civ. Dei XIX, 19: «Quia (episcopatus) nomen est operis, non honoris; graecum est enim atque inde ductum vocabulum, quod ille, qui praeficitur, eis quibus praeficitur *superintendit*.» La palabra *episcopus* se halla tambien en autores paganos. Plutarch., in Camilo; Cic., Ep. IV, 11 ad Attic. Cf. Eus., Vita Const., I, 44; IV, 24. Si no es fácil probar que el nombre de *presbyter* predominaba en las comunidades judeo-cristianas y el de *episcopus* en las de los paganos convertidos (*inspectores, vigilantes*), Dœllinger, Christenth. u. K., p. 302, es cierto, sin embargo, en cuanto se refiere á San Ireneo y á su discípulo Hipólito, así como á otros, que el nombre de *presbyter* implica, no solamente la idea de venerable, de antiguo, sino tambien el poder de enseñar. (El mismo, Hippolyx. et Calixt., p. 340-343; sobre Phil., VI, 42, 55).

Si San Ireneo pone de relieve sobre todo en los Obispos el cargo de la enseñanza, *si los llama presbyteri* en la acepcion más extensa de la palabra, no desconoce su distincion, y dice expresamente, III, XIV, 2, ad Act., XX, 17: «Convocatis episcopis et presbyteris, qui erant ab Epheso et a reliquis proximis civitatibus,» lo que resuelve toda dificultad.

III. Hay más, se podia concebir á los Obispos y sacerdotes como los liturgistas propiamente dichos y oponerlos á los ministros (los diáconos). Los sacerdotes eran «cum episcopo sacerdotale honore conjuncti.» (Cypr., Ep. LXI ad Luc., cap. III, p. 696 et seq., ed. Viad., «*sacerdotis inferioris* ordinis» (Hier., Ep. XXVII, ad Eustoch.); el nombre de *sacerdos* fué tambien comun á Obispos y sacerdotes. Esto que dice I Tim., III, 1 y sig., de los Obispos y de los diáconos, lo aplicaban tambien los Padres á los sacerdotes (Leo M., Ep. V ad episc. Illyr., cap. III; en este lugar como en Phil., I, 1; Tit., I, 7, la Peschito traduce efectivamente por «sacerdote.» Cf. Bickell, S. Ephremi Syri carm. Nisibena, proleg., § 5, p. 19, nota 1).

Lo mismo que Filon, De vita Mosis, lib. III, p. 679, 684, enumera dos estados (δύο τάξεις), los sacerdotes y ministros del templo (cf. De sacerd. honore, p. 834), miéntras que en otras partes menciona tambien al sumo sacerdote; tambien Clemente, Strom., VII, 1, distingue dos órdenes en la Iglesia, τὴν βελτιωτικὴν y τὴν ὑπηρετικὴν εἰκόνα, lo que comprende tambien á los sacerdotes, aunque Clemente cita expresamente á los Obispos. Se dice en las Constit. apost., VIII, 1, οἵ τε ἐπίσκοποι καὶ οἱ πρεσβύτεροι ἱερεῖς, miéntras que en otra parte ellos distinguen sumos pontífices, sacerdotes y levitas.

Con frecuencia disputase tambien sobre el sacerdocio de la antigua ley, sin que el sumo sacerdote sea especialmente mencionado, como en Clemente de Roma, I Cor., cap. XXIII, miéntras que se cita en el capítulo XL. Añádase que el grado inferior está contenido en el superior: «in episcopo et presbyter continetur» (Hier., Ep. ad Evagr.); «sacerdotes et ministri» son designados con frecuencia por oposicion el uno al otro.

IV. Muchas personas autorizadas han emitido la opinion de que en otro tiempo los sacerdotes eran llamados Ἐπίσκοποι (episcopi), miéntras que los Obispos

llevaban el *nombre* de Apóstoles, que se reservó más tarde solamente á los inmediatos enviados de Jesucristo. Tales son principalmente Teodoreto, in Philip., I, 1; in I Tim., cap. III (Migne, t. LXXXII, p. 560, 804); Joan. Darensis (init. sæc. 6); Eutychius vindicatus, part. I, p. 191 (Beelen, Comm. in Acta ap., XX, 28). Cf. Ps. Ambros., *in Eph.*, IV, *11*; in Gal., I, 1; Amalar., De off. eccl., II, 13. Apoyábase esta opinion en que San Pablo llama Apóstol á Epafrodita, Obispo de los filipenses (Phil., II, 25); en que San Crisóstomo, Hom., I in Phil. n. 1 (Migne, t. LXII, p. 183), que emplea estos nombres el uno por el otro, Phil. I, 1, entiende por Obispos á los sacerdotes, de suerte que los pasajes siguientes, Act., XX, 17, 28; Tit., I, 5 y sig., pueden entenderse muy bien en el sentido de que las sillas episcopales se llamaban en otro tiempo *sedes apostolicas* (Paulin., ep. XLV ad Aly.; Aug. Ep. XLII ad fratres Madaur.; Sidon. Apollin., Epist. VI, Ep. I ad L. Tricass.), y de que el nombre de Obispo no era todavía ántes del siglo segundo el título definitivo de una funcion.

Otros dicen que es preciso atender á la diversidad de los tiempos y lugares, la cual sólo progresivamente cedió á la uniformidad en las diferentes Iglesias. Esto puede entenderse de muchas maneras:

a. En el principio, no había en muchos lugares más que Obispos y diáconos, y es posible que en las pequeñas comunidades no hubiese más que un Obispo, sin sacerdotes, cuando estaba rodeado de diáconos. Cf. Epif., Hær., LXXV, 56. En algunas pequeñas diócesis de Italia, no hubo, ni áun mucho más tarde, más que un Obispo y varios diáconos, con uno ó dos sacerdotes (Greg. M., lib. IV, ep. XL).

b. En muchas comunidades, los Apóstoles daban á los sacerdotes la consagracion episcopal, y entónces los Obispos y sacerdotes eran realmente idénticos. Petav., De eccl. hierarch., lib. I, c. IV; Dissert. eccl., I, 2. Relativamente á la Iglesia de Alejandría, cuyos doce sacerdotes habrían tenido la consagracion episcopal, este punto está admitido por muchos sabios. Cf. Lequien, Or. christ., II, p. 345, n. 28. Hácese resaltar tambien la necesidad de tener Obispos misioneros ἐπίσκοποι τῶν ἐθνῶν, Photius, Bibl., cod. XLVIII.

c. Los Apóstoles ejercían el ministerio episcopal propiamente dicho; no instituyeron los Obispos sino poco á poco y para el caso en que ellos muriesen, miéntras que simples sacerdotes, rodeados de diáconos, dirigían las comunidades bajo la vigilancia de los Apóstoles (Walter, Droit ecclés., 11.ª edic., p. 14 y sig.). Cuando San Pablo escribió á los filipenses, sólo había meros sacerdotes en esta comunidad, así como en otras de la Macedonia; eran llamados «Obispos.» Pero cuando compuso sus cartas pastorales, había ya allí verdaderos Obispos (Dœllinger, Christenth. u. K., p. 303). Esta opinion se apoya en numerosas razones.

B. Se invocan ciertas expresiones de los Padres, sobre todo de San Jerónimo, Comm. in Tit., V, 1; Ep. LXXXII ad Ocean.; Ep. CI, al. 85, ad Evangel. Lo que dice aquí no descansa sobre hechos históricos, proviene de un movimiento de humor pasajero, provocado por las pretensiones de los diáconos de su tiempo. Como ellos se elevaban por cima de los sacerdotes, era preciso hacer resaltar la dignidad de éstos. Por lo demás, no expresa su opinion ordinaria; porque: 1.º, manifiesta claramente que la ordenacion pertenece á los Obispos y no á los sacerdotes (Ep. ad Evang.); 2.º, distingue en la Iglesia tres grados análogos á los de la antigua ley (loc. cit., y Comm. in Matth., cap. XXVI); 3.º, enseña, *Dial. adv. Lucif.*: «Ecclesiae salus in summi sacerdotis dignitate pendet; cui si non exsors quaedam et ab omnibus eminens detur potestas, tot in Ecclesia efficientur schismata quam sacerdotes.»

4.° Amonesta al sacerdote Nepociano (ep. LII) para que obedezca á *su Obispo* como padre de su alma; 5.°, dirigiéndose á San Agustin, le llama «aetate filius, dignitate pater;» 6.°, atribuye á los Apóstoles el derecho de *nombrar á los* Obispos (Catal. y Ep. XLI). Cuando Miguel Medina (1570), De sacror. homin. origine et continentia, cap. V, lib. I, no temía imputarle la herejía de Aecio (II, § 85), la mayor parte de los teólogos tomaron su defensa, y aunque esta herejia causó profundo horror, ningun contemporáneo formuló semejante acusacion. San Jerónimo quería simplemente mostrar que los sacerdotes deben tener las mismas cualidades que los Obispos, y que la diferencia entre ellos *no era* muy considerable (lo mismo San Crisóstomo, Hom. XI, in I Tim.: οὐ πολὺ τὸ μέσον), á excepcion del poder de ordenar; que además los Obispos administran *muy á* menudo sus diócesis segun los consejos de su sínodo.

Cf. Baronius, an. 58, n. 3 et seq.; Bellarmin., De cleric., I, 15; Petav., Diss. eccl., l. I; De episc. et eor. jurisdict., c. I-III; Mamachi, Antiq., t. IV, p. 503 et seq.; Bingham, Antiq., II, 2 et seq. Sobre el todo, véase Mœhler-Gams, I, 379 y sig.; Kurz, Der Episkopat, der hœchste vom Presbyterat verschiedene Ordo, Viena, 1877; sobre el 7.°, los catálogos de los Obispos, Eus., II, 24; III, 11, 14 et seq.; IV, 1, 19 et seq.; V, 6, y la prueba tradicional en Iren., III, 2-4. Cf. II, 26; V, 20; Tertul., Præscr. cap. XXX et seq., XXXVI; Bingham, loc. cit., capítulo I, § 4.

Testimonios positivos sobre la distincion entre Obispos y sacerdotes.

186. Véanse aquí otros testimonios, no ya negativos, sino positivos; *a.* En el Apocalípsis de San Juan se hace mencion de siete ángeles que están á la cabeza de las siete Iglesias, los cuales ciertamente no son los ángeles de la guarda (pues de otra suerte estos ángeles deberian hablar entre sí por medio de San Juan); son «mensajeros [1],» es decir «Apóstoles,» de los Obispos tales como la tradicion los considera. *b.* Clemente de Roma, á imitacion de los grados de la antigua ley, distingue al sumo sacerdote, los sacerdotes y levitas; los primeros, segun *él*, son los verdaderos jefes de la Iglesia. *c.* San Ignacio de Antioquía hace resaltar en todas sus cartas el alto poder de los Obispos, que son instituídos por órden de Dios y presiden en su nombre; son *superiores á los sacerdotes*, y sin ellos, nada puede emprenderse en la Iglesia. *d.* San Pablo presupone que los Obispos son los jueces de los sacerdotes, y que deben honrar y recompensar á los que desempeñan dignamente sus funciones [2]; ellos son los que vigilan por la pureza de la doctrina é instituyen á los demás en los cargos eclesiásticos. *e.* El *Pastor* de Hermas, en el siglo II, lo mismo que Ter-

---

1 *Gal.*, IV, 14.
2 *I Tim.*, V, 19; VII.

tuliano en el III, llaman á los Obispos presidentes de las iglesias, grandes pontífices; y los teólogos de Alejandría citan los tres órdenes jerárquicos, que son: el diaconado, el sacerdocio y el episcopado. *f.* Los adversarios mismos atestiguan que San Cipriano reconocía la preeminencia, el poder soberano de los Obispos, y que eran de institucion divina [1]. *g.* En la tercera *Epístola* del *Apóstol* San Juan, *vers.* 9 y 10, *Diotrephes* aparece con todos los atributos de un Obispo; administra las órdenes, excluye de la comunion eclesiástica, y llega hasta rivalizar con el Apóstol mismo. Este último caso era sin duda un raro ejemplo; en presencia de los Apóstoles, el poder de los Obispos, la distincion que les separa de *los sacerdotes* en *cuanto al poder, debía casi desaparecer*; de aquí procede que el uso de estos términos no se fijara sino en lo sucesivo. *h.* La regla, segun la cual no debe haber más que un Obispo en cada Iglesia, es ciertamente muy antigua; porque se halla implicada en la prueba que se sacaba de la sucesion de los Obispos. De hecho, no se halla *más* que *un solo Obispo en cada iglesia*, miéntras que es indubitable que había muchos sacerdotes en las más importantes, como Jerusalen, Roma y Alejandría. La de Jerusalen sin duda, tuvo desde el origen, un Obispo y muchos sacerdotes. Ahora bien, con arreglo á este modelo se formaron las demás iglesias.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 186.

a. En el Apocalipsis, cap. I, II, no se habla de una personificacion de los espíritus que protegen á las iglesias (Guericke, op. cit., I, 110); los «ángeles» *de que allí* se trata son verdaderos «Apóstoles.» El ángel de Tiatira era persona casada. Los jefes podían muy bien considerarse como responsables de los abusos *que existían* en sus iglesias. Cf. Epiph., Hær., XXV, 3; Socr., IV, 23 (donde Serapion es llamado el ángel de Thmuis); *b*, Clem., I, Cor., cap. XL, XLII, *con relacion* á Isa., LX, 17. Cf. Iren., III, XXVI, 5; *c*, Ignat., Magn., III, 6; Philad., III, 4, 7, 9 et seq.; Smyrn., VIII, 12; Eph., II, 4, VI; Trall., II, III, VII, XII *et seq.*; *Polyc.*, VI. La autenticidad de estos hechos ha sido victoriosamente defendida contra Bunsen, etc., por Petermann, Héfelé, Denzinger (*Migne, Patr. gr.*, t. V, p. 601 *y sig.*). Roth ha hecho tambien excelentes observaciones (A. 4), p. 715. Es cierto que el mismo sostiene, que en tiempos de Ignacio el *episcopado* era *todavía* una institucion muy reciente (p. 436), sin duda por haber comprendido mal un pasaje (Magn., III); sin embargo, generalmente hace una *exposicion* clara de la doctrina católica (p. 464-470). *d*, Comp. Dœllinger, p. 306 y sig.; *e*, Hermæ Past. Sim., IX, IX, 27: «episcopi, id est praesides *Ecclesiarum.*» Tert., De bapt., cap. XVII: «summus sacerdos, qui est episcopus,» distinto de «presbyteri et diaconi,» los cuales no pueden bautizar sin él. Clem. Alex., Pæd., III, 12; Strom., VI, 13; Orig., Contra Cels., III, 48; VIII, 75; Hom. II in Num., n. 1 (Migne, t. XII, p. 591); Hom. XI in

[1] *Epist.* LXIX.

Jer., n. 3 (ibid., p. 707); in Matth., cap. XIX, t. XIX, n. 22; cap. XXI, 12, t. XVI, n. 22; Hom. XVII in Luc., cap. II (ibid., p. 1241, 1448, 1846 et seq.) Cf. Tert., De monog., cap. XI; De fuga, cap. XI; De praescr., cap. XLI; Bingham, loc. cit., capítulo I, § 2. *f*. Cypr., Ep. XXXIII, ed. Vind., p. 566 (al. 27): « Inde (de Matth., XVI, 18 y sig.) per temporum et successionum vices episcoporum ordinatio et Ecclesiae ratio decurrit, ut Ecclesia super episcopos constituatur et omnis actus Ecclesiae per eosdem praepositos gubernetur. Cum hoc itaque *divina lege fundatum* sit, miror quosdam audaci temeritate sic mihi scribere voluisse, ut *Ecclesiae nomine* litteras facerent, quando Ecclesia in episcopo et clero, et in omnibus stantibus sit constituta. » Ep. LXVI (al. 69), cap. VIII, p. 733: « Unde scire debes episcopum in Ecclesia esse et Ecclesiam in episcopo et si qui cum episcopo non sit, in Ecclesia non esse. » Cf. ibid., cap. IV et seq., p. 729 et seq.; ep. XLIII (al. 40) cap. V, p. 594; Ep. III (al. 65), cap. I, III, p. 469, 471. *g*. Sobre Diótrefes, véase Roth, p. 426 y sig.; Dœllinger, p. 309. *h*. Cornel., ap. Eus., VI, 43, de Novaciano: οὐκ ἠπίστατο ἕνα ἐπίσκοπον δεῖν εἶναι ἐν ἐκκλησίᾳ; cf. Cypr., Ep. XLIII, cap. V; Ep. XLIV, cap. III, p. 594, 599, ed. Vind.; Justin., Apol., I, 65, trae ὁ προεστώς. Clem., I Cor., cap. XXI, ὁ προηγούμενος, ó bien ἡγούμενος (véase Hebr., XIII, 7, 17, 24). Προεστώς es análogo á ὁ προϊστάμενος, Rom., XII, 8; I Thess., V, 12; I Tim., III, 17, col. 3, 4, 5, 12. Tambien los Obispos se llamaban igualmente ἄρχοντες (Orig., t. XIV in Matth., cap. XXII; Migne, t. XIII, p. 1241), duces Ecclesiarum (Hier., in Isa., XIII, 2), ἀφηγούμενοι τῆς ἐκκλησίας (Clem., Strom., III, 18); ellos tienen τὴν προεδρίαν τοῦ ἐπισκοπικοῦ θρόνου (Orig., t. XV in Matth., n. 26, p. 1329).

En qué sentido los Obispos eran sucesores de los Apóstoles.

187. Si los Obispos eran verdaderamente los sucesores de los Apóstoles, no lo eran, sin embargo, en todos sentidos. No eran, como ellos, enviados extraordinarios de Dios, provistos de plenos poderes especiales; ni tampoco testigos inmediatos de la doctrina y resurreccion de Jesucristo; ni estaban como ellos libres de los límites del espacio, ni tenían, en una palabra, el derecho de velar sobre todas las Iglesias [1]. Cada uno recibió diócesis determinada, donde debía obrar como pastor y doctor, sin poder extender más léjos su jurisdiccion. Los Obispos, cuyo número se multiplicó bien pronto, no sucedieron á tal Apóstol en particular, sino á la totalidad del colegio apostólico. Formaron juntos el episcopado. Hubo, pues, distritos separados, parroquias, como entónces se decía, diócesis, como ahora decimos, iglesias distintas, que constituían juntas la Iglesia universal, y que la reflejaban en sus instituciones. Aceptar el cargo episcopal, era una buena obra [2], y era aun no habiendo persecuciones, un servicio prestado en favor de todos, una servidumbre.

---

1 *II Cor.*, XI, 28

2 *I Tim.*, III, 1.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 187.

Sobre el ministerio de los Apóstoles y de los Obispos, véase Pignatelli, Cons. can., t. I, cons. XIV, n. 3 et seq.; Phillips, K.-R., I, § 23, p. 167 et seq.; Passaglia, De Eccl. chr., lib. III, cap. IX et seq., p. 124 et seq., 329 et seq.; Card. Cajetan., Opusc., t. I, tract. III, p. 42 et seq.: « Non est *legatorum* vindicare sibi successores, sed finitur legatio cum legato, nisi a domino alius mittatur. *Pastor* autem ordinarium officium sonat, cujus est habere successorem, et propterea Ecclesia non habet *apostolos*, qui successerint in apostolatu Christi apostolis, sed habet *episcopos* succedentes apostolis non quoad apostolatus auctoritatem, sed quantum ad episcopalem tam dignitatem quam auctoritatem. »

La limitacion de los Obispos á una diócesis determinada es ya indicada en I Petr., V, 2: « Pascite qui in vobis est gregem Dei » (siriaco: « qui traditus est vobis ») et Act., XX, 28: τὸ ἐν ὑμῖν ποιμνίον. Iren., V, XX, 1: « Episcopi, quibus Apostoli tradiderunt *ecclesias*, III, 3, 4: los Apóstoles instituyeron Obispo á Policarpo ἐν τῇ ἐν Σμύρνῃ ἐκκλησίᾳ. El cánon 34 de los Apóstoles, muy antiguo, defiende al Obispo de ordenar ἔξω τῶν ἑκάστου ὅρων, y esta regla se supone admitida en una carta de cuatro Obispos egipcios á Melecio (Routh, Reliq. sacr., III, 381-385). Cypr., Ep. LIX, cap. XIV, p. 683, H.: « singulis pastoribus portio gregis adscripta, quam regat unusquisque atque gubernet. » Cf. Aug., Ep. XXXIV ad Eus., — Ignat., Magn., VI, concibe el episcopado como συνέδριον τῶν ἀποστόλων. Cypr., De unit. Eccl., cap. V: « Episcopatus unus est, cujus a singulis in solidum pars tenetur. » Quiere decir: *a*, que el episcopado no es parcial, incompleto en sus miembros aislados del todo, sino que es un miembro en el « cuerpo de los Obispos; » « episcopatus unus episcoporum multorum concordi numerositate diffusus » (Ep. LV, cap. XXIV, p. 642); *b*, pero él le tiene por solidario, en cuanto está unido solidariamente á Jesucristo y á la Iglesia entera; y puede ejercer, como los demás Obispos, todo lo que alcanza el poder episcopal.

Sobre I Tim., III, 1, véase Orig., Hom. VI in Isai., n. 1 (Migne, t. XIII, p. 239): « Qui vocatur ad episcopatum, non ad principatum vocatur, sed ad servitutem totius Ecclesiae. » Cf. Const. ap., II, 1 et seq.

188. Como lo hemos visto ya, los primeros Obispos fueron nombrados é instituídos por los Apóstoles. Pero desde un principio se dió gran importancia al testimonio del pueblo, y áun de la parte no cristiana todavía [1]; se consultaba voluntariamente á los fieles sobre la eleccion de sus pastores. Cuando la silla episcopal quedaba vacante, se estableció el uso de que los clérigos inferiores nombrasen uno de ellos, acerca del cual era interrogado el pueblo. Los Obispos de las poblaciones próximas se reunían, ordinariamente en número de tres, y consagraban al que había sido designado por el clero y el pueblo.

Aunque independientes en la administracion de sus diócesis, preferían los Obispos con frecuencia conferir con su clero y los fieles, y determinaban despues de haber oído su consejo. Su decision era libre y no impuesta por ley alguna. Cuando las opiniones eran opuestas, el rebaño debía someterse al pastor.

---

1 *I Tim.*, III, 7

ADICION.

Las elecciones episcopales en los primeros siglos [1].

En los tiempos apostólicos, las elecciones episcopales se hacian por los Apóstoles mismos; pero en los que sucedieron inmediatamente á la era apostólica, hacianse por los discípulos de los Apóstoles *(ellogimoi andrès,* como los llama tambien San Clemente), es decir, por hombres tales como Tito y Timoteo, con el asentimiento de la comunidad *(suneudoxésasès tès Ecclèsias pasès)*. Así se expresa en su primera Epístola á los corintios, c. XLIV. San Clemente de Roma, era tambien un discípulo de los Apóstoles.

Despues de la muerte de los discípulos de los Apóstoles, la práctica cambió necesariamente, porque ningun Obispo particular tenia la autoridad preponderante de que los Apóstoles se hallaban investidos. San Cipriano, en su Epístola LXVIII, describe harto detalladamente la manera con que se verificaba esta eleccion: «Casi en todas las provincias, dice, hállase establecido que los Obispos de las provincias más próximos se reunan en la ciudad para la cual debe nombrarse el Obispo. El nuevo Obispo es elegido inmediatamente en presencia del pueblo,» *plebe praesente,* y la razon que da es «que el pueblo conoce perfectamente la vida de cada uno,» *singularium vitam plenissime novit.* El episcopado era conferido en seguida «por el sufragio de todos los hermanos y por el juicio de los Obispos» *universae fraternitatis suffragio et episcoporum judicio.* Estos dos términos decisivos, *sufragio y juicio,* han sido interpretados por Beveridge, sabio inglés, en el sentido de que los Obispos de la provincia hacian la eleccion, miéntras que los «hermanos,» es decir, el pueblo y el clero de la poblacion, no tenían que hacer otra cosa que emitir su opinion sobre la dignidad del elegido. Yo creo que la explicacion de Beveridge violenta un poco el sentido del término «sufragio,» y que el de «juicio» no ha sido explicado de un modo completamente exacto. *Suffragium,* del latin *sub* y *frango*, significa un fragmento, un resto, y, en el presente caso, uno de los fragmentos de que los antiguos se servían para votar en las asambleas populares. La palabra *sufragio* implicaba, pues, en el pueblo, *fraternitas*, una especie de derecho electoral, miéntras que la decision propiamente dicha, *judicium*, estaba reservada á los Obispos de las provincias. Los «hermanos,» es decir, el clero y el pueblo, tenían el derecho de proponer el candidato, pero la decision y por consecuencia la parte principal, correspondía á los Obispos de la provincia. Podían tambien presentarse casos en que nombrasen «sin el voto previo del pueblo, *sine praevia plebis electione*, por ejemplo, cuando el pueblo era malo y corrompido. Una vez confirmado el electo por el «juicio» de los Obispos de la provincia, se procedía en seguida á su consagracion.

En 325, el primer Concilio general de Nicea creyó necesario prescribir nuevas reglas sobre la participacion de los Obispos de la provincia. Se estableció que uno solo de estos no podria instituir á otro, sino que habría otros tres por lo

---

1 *Mélanges d'histoire ecclésiastiques, d'archéologie et de liturgie,* por el doctor Héfelé, prof. de teol. en la Universidad de Tubinga.

ménos, *y que* éstos no obrarían sin el consentimiento escrito de los Obispos ausentes. En fin, el metropolitano debía confirmar su eleccion. Véase el texto del cuarto cánon del Concilio Niceno: «El Obispo debe ser instituído, siempre que sea posible, por *todos los de su provincia*; pero, si esto es difícil á causa *de una necesidad* apremiante ó por lo largo del viaje, es preciso, por lo ménos, que se reunan tres, los cuales hagan la ordenacion con sufragio y consentimiento escrito de los ausentes: pero al metropolitano de cada eparquía corresponde confirmar lo hecho.» Melecio, Obispo de Lycópolis, en Egipto, y *autor del cisma meleciano*, fué quien dió lugar, segun todas las probabilidades, á este cánon, instituyendo nueve Obispos, por sí solo, sin consentimiento de los demás de la *provincia y sin* la *confirmacion* del Arzobispo de Alejandría su metropolitano. El Concilio quiso *impedir que se repitiera* en lo sucesivo semejante desórden.

Se ha disputado si esto cánon quería hablar de la ordenacion ó de la eleccion de un nuevo *Obispo. Creo poder responder* con Van Espen [1], *que se trata á la* vez de una y de otra, es decir, de la parte que los Obispos de la provincia deben tener *ya en la eleccion, ya en la ordenacion* del *elegido*.

Este cánon del Concilio de Nicea había tenido un precedente en el primer cánon apostólico y *en el segundo del Concilio de Arlés; fué renovado ó imitado en* lo sucesivo por toda una serie de Concilios, *por el* de Laodicea, cán. 12, por el de Antioquía, cán. 19, en el *Codex Ecclesiae africanae*, cán. 13, *por el cuarto* Concilio de Toledo, cán. 19, y por el segundo Concilio universal de Nicea. Fué práctica lo mismo en la *iglesia* griega que en la *latina*, *y se inscribió en todas las* colecciones de leyes eclesiásticas, especialmente en el *Corpus juris can.*, c. I, *dist. 64*.

Mas sobre esta aplicacion fué precisamente sobre la que usaron de interpretacion diferente ambas Iglesias. Los griegos que habían adquirido tan *triste experiencia* sobre la intervencion *de los príncipes y soberanos* en las elecciones episcopales, insistieron con fuerza para que el derecho de nombrar *fuese retirado* al pueblo y reservado exclusivamente á los Obispos. Para dar base sólida á esta opinion, el sétimo Concilio de Nicea, cán. 3, *explicó este cánon en el sentido* de que un Obispo no podía ser nombrado sino por *otros* Obispos y amenazó con excomunion á *quien obtuviese* un obispado con el apoyo de la potestad temporal [2]. Un siglo más tarde, el octavo Concilio universal se pronunció en el mismo sentido, y decidió, cán. 22, conforme á «precedentes Concilios,» que el Obispo no debía ser elegido sino por el Colegio *de los Obispos*.

Los comentadores griegos, entre otros Balsamon, no hicieron, pues, otra cosa que seguir el ejemplo de estos dos grandes Concilios, comentando el cuarto cánon de Nicea en el sentido de que suprimía la participacion *del* pueblo en la eleccion episcopal y reservaba todo este negocio á los Obispos de la provincia.

Otra cosa *sucedió en* la Iglesia latina. El pueblo, sin duda, fué allí tambien excluído de la eleccion, pero mucho más tarde que en la Iglesia griega, ó sea en el siglo XI, y no solamente el pueblo, sino tambien los Obispos de la provincia. El derecho de eleccion sólo fué *conferido* al *clero* de la catedral. El cánon de Nicea fué interpretado por los latinos, como si nada hubiese dicho absolutamente; por lo demás, no está muy claro, y sólo hay de preciso los dos puntos

---

1 Cf. Van Espen, *Comm. in canones*, p. 89. ed. Colon., 1755.

2 Harduin. *Collect.*, t. IV, p. 467. Véas. la *Hist. de los Con.*, de Hefelé, t. III, p. 444.

siguientes: se necesitaba por lo ménos tres Obispos para consagrar á otro; el derecho de conformidad correspondía á los metropolitanos.

Una nueva modificacion tuvo lugar en el curso de los tiempos, y se apartó más todavía de la antigua práctica, trasladando de los metropolitanos al Papa el derecho de confirmar al Obispo nombrado. Este cambio se verificó á consecuencia de los Concordatos de Aschaffembourg.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 188.

Sobre las elecciones y las ordenaciones episcopales, Cypr., Ep. LXVII (al. 68), p. 735 et seq.; sobre todo cap. V, p. 739, ed. Vind., Const. ap., VIII, IV, 16. (Clem. Rom., I Cor., cap. XLIV, c. ap., I; Conc. Arel., 314, can. 20; Eus., VI, 43; Const. ap., III, 20 (cap. XXV, p. 243, ed. Pitra.)—Cypr., Ep. XXXVIII, XXXIX, p. 570 et seq. Cf. Hallier, De sacris electionibus et ordinationibus ex antiquo et novo Ecclesiae usu,» París, 1636, in-fol. Sobre la consulta del clérigo y del pueblo, Cypr., Ep. XIV, cap. IV, p. 512: «Quando a primordio episcopatus mei *statuerim*, nihil sine consilio vestro et sine consensu plebis mea privatim sententia gerere.» Pero el Obispo exhorta y ordena, ibid., cap. II, p. 510; pide cuenta y castiga, Ep. XXXIV, cap. III, p. 570; hay estricta obligacion de obedecerlo, Ep. LIX, cap. V, p. 672. Cf. Ep. III, p. 469 et seq., etc.

Los sacerdotes.

189. Los Obispos eran auxiliados por coadjutores, sacerdotes, que administraban en su nombre los sacramentos, á excepcion de las órdenes sagradas, que no podían conferir. Necesitaban para ello la autorizacion del Obispo, sin la cual, nada podían y formaban al mismo tiempo su consejo *(presbyterium)*. Se ha pretendido despues, que los sacerdotes eran los sucesores de los 70 ó 72 discípulos, como los Obispos lo eran de los Apóstoles. Ahora bien, estos discípulos no tenían en el fondo poder alguno eclesiástico; toda su mision se limitaba á preparar los caminos á la venida del Señor [1]; de su seno salieron los siete diáconos de Jerusalen. Pero, hecha abstraccion de esta analogía, lo cierto es que fuera de los Obispos los demás funcionarios eclesiásticos jamás tuvieron otros poderes que los que recibían de los Apóstoles y de los Obispos instituídos por ellos. En muchas diócesis, cuando la silla episcopal estaba vacante, los sacerdotes despachaban en comun los negocios eclesiásticos; lo mismo hacían en ausencia del Obispo, pero estaban obligados á darle cuenta como á su jefe.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 189.

Ign. Smyrn., cap. VIII: οὐκ ἐξὸν χωρὶς τοῦ ἐπισκόπου οὔτε βαπτίζειν οὔτε ἀγάπην ποιεῖν. Tert., De bapt., c. XVII: «Dandi baptismum jus quidem habet summus

1 *Luc.*, X, 1.

sacerdos, qui est episcopus, dehinc presbyteri et diaconi, non tamen sine episcopi auctoritate.» Const. ap., II, 29-32; can. ap., XL; Cypr., loc. cit., Ep. XV, cap. I, p. 514; Ep. XL, p. 585. El Concilio de Neocesárea, cap. XI, exige para los sacerdotes la edad de treinta años. Los sacerdotes son calificados de sucesores de los setenta y dos discípulos en San Jerónimo, Ep. XLII ad Fabiol., donde son llamados «secundi ordinis praeceptores;» Isid. Hispal., in Exod., cap. XXII; Beda, in Luc., cap. XLII; Petr. Dam., Opusc. VI, cap. XIV, p. 118, ed. Migne. — Carta del clero de Roma, «sede vacante,» á San Cipriano, Ep. XXX, XXXVI, página 549, 572, ed. Vindob.

Los diáconos, subdiáconos y otros clérigos.

190. Despues de los sacerdotes venían los diáconos, que recibieron el poder de predicar y bautizar, así como de asistir á los Obispos. Administraban los bienes eclesiásticos bajo la vigilancia del Obispo, anunciaban las reuniones religiosas, y mantenían el órden, servían al Obispo en el altar, recibían las ofrendas y despues de bendecidas, las distribuían á los fieles. Otros dos órdenes se derivaron del diaconado; desde el tercer siglo hallamos en Roma y Cartago á los subdiáconos, que son los principales auxiliares de los diáconos, y despues á los acólitos, exorcistas, lectores y ostiarios. En Oriente, vemos subdiáconos (hypodiáconos), y lectores (anagnostes). Viudas y vírgenes benditas (pero no consagradas), llamadas diaconisas, bautizaban á las personas y cuidaban á los enfermos de su sexo. El número de estas personas eclesiásticas variaba segun las Iglesias. Conforme á lo que se hacía en Jerusalen, el número de los diáconos estaba ordinariamente reducido á siete, y el Concilio de Neocesárea, en 314, cap. XV, inculca esta práctica. En 250, Roma contaba siete diáconos; pero la cifra de los clérigos inferiores era mucho más considerable.

Todos estos grados formaban parte de la jerarquía, del poder eclesiástico, tal como conviene al imperio de Jesucristo, al reino de los cielos. Los corepíscopos formaban una clase aparte; eran, ú Obispos verdaderamente consagrados, ó simples sacerdotes; porque había tambien sacerdotes y maestros particulares en las iglesias rurales.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 190.

Ign., Trall., II; Justin, Apol., I, 65; Cypr., Lib. de lapsis, cap. XXV, p. 255; Ep. III, cap. III, p. 471; Const. ap., II, 26, 44, 57; VIII, 17 et seq., 28; Conc. Arelat., 314, cap. XV, XVIII. Segun el Concilio de Elvira, cap. LXXVII, los diáconos gobernaban á las comunidades que no tenían Obispos, ni sacerdotes. Cf. Cypr., Ep. XV, cap. I, p. 513. Todos los órdenes de la Iglesia católica son mencionados por Cornelio, ap. Eus., VI, 43. En sus cartas, San Cipriano habla frecuentemente de los «hypodiaconi, acolythi, lectores» (por ejemplo: Ep. XXIX, p. 548; Ep. XXXII,

p. 565; Ep. XXXIV, cap. XLV, p. 570; Ep. XLV, cap. IV, p. 603); de los exorcistas (Ep. XXIII, p. 536; Ep. LXXV, cap. X, p. 817; Ep. LXIX, cap. XV, p. 764). De la cuestion entre lectores y exorcistas en las Constituciones apostólicas, VIII, 22, 25; de los lectores, en Tertul., Praescript., cap. XLI. Dice de los porteros (πυλωροί), Const. ap., II, 5, que vigilan la entrada de los hombres, y los diáconos la de las mujeres. Entre los griegos, el portero era más bien un oficio que un órden (Cotel., in Const. ap., loc. cit.), del mismo modo que el cargo de chantre (Psaltes, ap. can., 27), Sobre las diaconisas, véase Rom., XVI, 1; 1 Tim., V, 9; Tertul., De virg. vel., cap. IX; Ad uxor., I, 7; Ign., Smyrn., cap. XII; Const. ap., II, 226; VIII, 19 et seq., 28; Pankowski, De diaconissis comment., Ratib., 1866. El Concilio de Nicea, 325, cap. XIX, las coloca entre los seglares, y San Epifanio, Hom. LXXIX, 3, niega que este sea un órden propiamente dicho. La carta sinodal del Concilio de Antioquía, 269 (Euseb., VII, 30), habla de los Obispos τῶν ὁμόρων ἀγρῶν. Conc. Neocaes. 314, cap. XIV, y el de Ancira, cap. XIII, de χωρεπισκόποι, sin embargo que Dionisio de Alejandría, ap. Eus., VII, 30, nombra πρεσβυτέρους καὶ διδασκάλους τῶν ἐν κώμαις ἀδελφῶν. El Concilio de Antioquía, 341, supone que había corepíscopos investidos del «órden episcopal,» pero limitado su poder de órden, cap. X. Cf. Thomassin, De vet. et novo Eccl. disc., part. I, lib. II, cap. I, II; Hefélé, Conc. Gesch., I, p. 200, 497, 747.

Eleccion y educacion del clero.

191. La eleccion de los clérigos se hacía con mucho cuidado. No debían ser novicios en la fe, ignorantes y viciosos, mal reputados entre el pueblo. La Iglesia prefería sin duda á los que vivían en el celibato, en el estado de virginidad, á ejemplo de Jesucristo y del Evangelista San Juan, porque San Pablo asegura que los que no están casados, son más aptos para servir al Señor [1]. Sin embargo, como las leyes imperiales castigaban tambien el celibato, y era extremadamente difícil encontrar para los empleos eclesiásticos á hombres célibes y capaces, lo más frecuente era exigir que los Obispos, sacerdotes y diáconos y hasta las diaconisas, no hubiesen sido casados más que una vez [2]. La mayor parte de ellos permanecían en el celibato ó se abstenían del matrimonio.

Los Obispos se dedicaron en seguida á educar á los jóvenes para el sacerdocio, y creáronse para ellos establecimientos particulares en las grandes ciudades, tales como Roma, Antioquía, Alejandría y Cesárea. Poníase tanto esmero en cultivar en ellos el espíritu de castidad y continencia como en proporcionarles los necesarios conocimientos. Se quería, sobre todo, que fuesen hombres capaces de enseñar, caritativos y de costumbres irreprensibles. Muchos clérigos, faltos de fortuna, vivían del trabajo de sus manos, á ejemplo de los Apóstoles [3].

---

1 *I Cor.*, VII, 32, 40.
2 *Tit.*, I, 6; *I Tim.*, III, 2, 12; V, 9.
3 *I Cor.*, IV, 12; IX, 7 y sig.; *Act.*, XX, 34.

Sin embargo, como estaban ocupados en la viña del Señor, y eran *dignos de recompensa*, estos ministros del altar tenían *el derecho de vivir del altar* [1], y desde el principio se estableció entre los fieles el uso de ayudarles por medio de oblaciones, con las primicias de los frutos de la tierra, y con los diezmos, conforme á la costumbre seguida en el Antiguo Testamento [2]. En muchas iglesias, se distribuían todos los meses al clero las provisiones recogidas. Algunas poseían ya considerables bienes. Había una caja eclesiástica formada con los dones voluntarios, como existía una en tiempo de Jesucristo, administrada por Júdas. Se admitía el principio, que aquel que dá lo más, ó sea las cosas espirituales, puede exigir lo ménos, ó sea las cosas necesarias para su subsistencia temporal. Las iglesias ricas debían sostener á las pobres (en primer lugar á la de Jerusalen [3]). La administracion de los pobres en las iglesias particulares, estaba perfectamente organizada, y los agapes se celebraban en comun. Un decreto del Concilio de Cartago en 249, hace ver cuánto interés se ponía en que los sacerdotes no fuesen distraídos de su ministerio por ocupaciones temporales [4]; un cristiano que había designado, contra las leyes de la Iglesia, á un sacerdote para tutor de sus hijos, fué, áun despues de su muerte, privado de las oraciones de la Iglesia y del Santo Sacrificio.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 191.

Los paganos mismos encontraban bueno imitar la solicitud de los cristianos en la eleccion de los ministros de la Iglesia. Lamprid., in Alex. Sev., cap. XLV, 29. Cf. Orig., Contra Cels., VIII, 75 fin. Debían ser excluidos del sacerdocio y sobre todo del episcopado: *a*, bigami, I Tim., III, 2; Tit., I, 6; Tert., Exhort. cast., cap. XIV; Orig., Hom. XVII in Luc. (Op., III, 953); Const. ap., VII, 17; Philos., IX, 12. Cf. Dœllinger, Hippol., p. 140 y sig.; *b*, los esposos de mujeres adúlteras (Neocæs., cap. VIII); *c*, los que se habían mutilado (can. ap. 22); *d*, los que estaban convictos de impureza ó de otros graves crímenes, c. ap., 61; Cypr., Ep. LXV, cap. II et seq., p. 723 et seq.; *e*, los neófitos, I Tim., III, 6, c. ap. 80; Pontius, Vita S. Cypr., cap. III, 5. Sobre los *médicos*, véase tambien Cypr., Ep. LXIX, cap. XIII, p. 762; *f*, los energúmenos, c. ap. 79; *g*, *los ciegos, sordos y mudos* (c. ap., 78); *h*, los esclavos no autorizados por sus dueños (can. cap. 82). Los eclesiásticos debían permanecer en la iglesia para la que habían sido ordenados, pero no abandonar las diócesis y el lugar que les estaba designado, c. ap., 13. 14; Conc. Arel., cap. II, 21; Nic., cap. XV. Las leyes civiles contra el celibato,

---

1 *Luc.*, X, 7; *Matth.*, X, 10 y sig.; *I Cor.*, IX, 13; *I Tim.*, V, 17.

2 *Levit.*, XXVII, 30 y sig.; *Numbr.*, XVIII, 23 y sig.; *Deut.*, XIV, 22 y sig.

3 *I Cor.*, XVI, 1 y sig.; *II Cor.*, VIII, 1 y sig.; *Rom.*, XV, 26; *Act.*, X, 28.

4 *II Tim.*, II, 4

sobre todo la Julia y Poppaea (Ulpian. XVI, 1; Juvenal., Sat., IX, VIII, & Tacit., Ann. II, 51; III, 28; XV, 19; Dio Cass., LIII, 13; LVI, 1; Dœllinger, Heidenth., p. 682, 703, 715), parecen con frecuencia muy opresivas; porque los cristianos tenían el celibato en mucha estima (véase más abajo § 218). El ideal cristiano exigía la castidad y la continencia de los clérigos; los Apóstoles la habían recomendado con sus palabras y ejemplos. Orig., Hom. VI in Levit. (Migne, t. XII, p. 473); Cypr., Ep. IV, cap. III fin., p. 475; cf. Zaccaria, Storia polemica del celibato, Roma, 1775; Mœhler, Verm. Schr., I, p. 177 y sig. (Clarus), Der Cœlibat., Regensb., 1841, 1 vol.; Héfelé, Beitr. z. K.-G., I, 122 y sig.; (Mgr) Pavy, Del celibato eclesiástico, París, 1857; 2.ª edicion; Dœllinger, Christ. u. K., p. 272 y sig. La expresion ἀδελφὴ γυνή y la costumbre judía segun la cual las mujeres seguían al esposo, prueban que el pasaje 1 Cor., IX, 5, no se aplica á mujeres casadas (Matth., XXVII, 55; Hier., Cont. Jovin., I, 14). *Pedro había abandonado* del todo sin duda alguna (Matth., XIX, 27), á su mujer; sin embargo, es citado aquí precisamente por San Pablo.

El Concilio de Elvira, cap. XXVII, que prohibía á los clérigos tener consigo «extraneam mulierem» (ya se echaba en cara á Pablo de Samosata tener relaciones con los syneissactes, Eus., VII, 30), *obligaba á todos los que tenían* un cargo eclesiástico á abstenerse de sus mujeres so pena de perder su dignidad. Lo mismo ordenó el Concilio de Arlés, cap. VI (29). Es verdad que los cánones apostólicos (5, 6) prohibían arrojar á la mujer contra su voluntad y separarse del comercio con ella; pero tambien prohibían casarse (cap. XXV) á todos los clérigos «innupti» á excepcion de *los lectores y cantores*. El Concilio de Neocesárea, cap. I, pronunciaba la deposicion contra el sacerdote que se casase despues de la ordenacion; el Concilio de Ancira (cap. X) no permitía el matrimonio á los diáconos sino cuando lo habían solicitado ántes de la ordenacion. El celibato, ya mencionado por Tertuliano, De exhort. castit., fin., parece ser, segun numerosos testimonios de los Padres, de institucion apostólica (*Bickell, Oesterr.* Ztschr. f. Theol., 1878, 1, p. 26 y sig. Sobre las oblaciones y los diezmos, Iren., IV, XVIII, 2; Orig., Hom. XVII in Jos., et in Prov., III, 9 (Migne, t. XII, p. 910-912; t. XIII, p. 29). Const. ap., II, 25, 35; VIII, 30 can. ap., 4, 5. San Cipriano, Ep. I, cap. I, p. 466; Ep. XXXIX, c. V, p. 581 y sig.; habla de los «sportulae» de las «decimae.» San Agustin llama, (*Enarr. in Ps.* CXLVI, n. 17), *al* γλωσσόκομον, Joan., XII, 6, «fiscum reipublicae Domini.» Cf. Beda, lib. IV, cap. LIV; in Luc., cap. 12. Poder de los Obispos sobre los bienes de la Iglesia, Const. ap., II, 25 (p. 167 et seq., ed. Pitra); can. ap. 39. Interdiccion de los cargos y obras civiles, can. ap. 6, al. 7, cap. LXXXIII; Conc. Carthag.; Cypr., Ep. I, p. 465-467, ed. Vindob.; Héfelé, Conc.-Gesch., I, p. 84.

§ 2. Las acciones saludables.

El bautismo.

192. Se entraba en la Iglesia recibiendo el bautismo *prescrito por* Jesucristo [1], y conferido en nombre de las tres personas divinas. Este

---

1 *Matth.*, XXVIII, 19 y sig.

baño de regeneracion, como se le llamaba, no podía ser reemplazado por el bautismo de Juan, porque los bautizados por éste debían recibir tambien el bautismo cristiano [1]. Jesucristo mismo, segun una antigua tradicion, no había bautizado más que á Pedro; éste había bautizado en seguida á Andrés, Andrés á Santiago, y Juan y éstos á los otros. El bautismo tenía lugar por la inmersion de todo el cuerpo, símbolo de la sepultura con Jesucristo, del mismo modo que la salida del agua era el símbolo de nuestra resurreccion con Él [2]. Esta inmersion se repetía tres veces en honor de las tres personas de la Santísima Trinidad y en memoria de los tres días que el Salvador pasó en el sepulcro. En caso de necesidad, sin embargo, y especialmente en las enfermedades, se bautizaba tambien por aspersion é infusion (bautismo clínico). Miéntras que los dones extraordinarios de la gracia continuaron, no se exigió larga preparacion, porque aquéllos podían reemplazar á la falta de conocimientos anteriormente adquiridos [3]; pero se exigió más tarde á los adultos, — pues tambien se bautizaba á los niños, conforme á la tradicion apostólica — y se estableció el catecumenado para servir de escuela preparatoria.

Está demostrado, que en el siglo tercero había ya dos grados en el catecumenado, el de los principiantes, y el de los más antiguos. En el cuarto siglo, hallamos los de oyentes, prosternados y elegidos. En el primer grado, se procura excitar sentimientos de penitencia y de arrepentimiento, é inculcar las verdades más generales sobre Dios, sobre la creacion del mundo, el pecado original, etc. Los misterios (Trinidad, Encarnacion, sacramentos) eran reservados para la última clase. Justino decía, que el ayuno, la oracion y la instruccion, eran la preparacion ordinaria. El que se acercaba al Obispo ó al sacerdote solicitando el bautismo, era, despues de un exámen, señalado con el signo de la cruz, y confiado para ser instruído á un clérigo, ó á un seglar, aunque esto último se hacía rara vez. El catecúmeno permanecía separado de los fieles, hasta para la oracion; porque el corazon de aquellos que no habían recibido el bautismo, era impuro todavía, era la morada de los demonios [4], y por esto se exigía que fuesen exorcisados á menudo y abjurasen del demonio. Las preguntas y respuestas, la abjuracion de Satanás, la promesa de ser fiel á Jesucristo, son ciertamente de fecha muy antigua [5]. Los catecúmenos permanecían ordinariamente

---

1 *Act.*, XIX, 1-7.
2 *Rom.*, VI, 4; *Coloss.*, II, 12.
3 *Act.*, VIII, 37; X, 47; XVI, 15, 35.
4 *Bernabé*, ch. XVI.
5 *I Petr.*, III, 21.

tres años en el primer grado, pero los Prelados de la Iglesia podían, cuando las circunstancias lo exigían, y especialmente á causa de graves pecados, fijar una duracion más larga, lo mismo que podían abreviarla por causa de peligrosa enfermedad. En España, el Concilio de Elvira celebrado en 305, estableció el término de dos años. Los catecúmenos tenían el derecho de frecuentar las asambleas é instrucciones religiosas y asistir á la primera parte de las funciones litúrgicas (á la misa de los catecúmenos hasta el ofertorio); despues eran despedidos los prosternados, recitando una oracion especial.

Acabados los preparativos, el neófito recibía el símbolo de los Apóstoles y la oracion dominical, que debía saber de memoria, y estaba *obligado ántes* de ser admitido al bautismo, á profesar los artículos del símbolo. Despues de abjurar y de haberse consagrado á Jesucristo, era ungido por el Obispo con la uncion de los catecúmenos y luégo bautizado con el agua bautismal. Los nuevos cristianos, que desde un principio fueron asistídos de padrinos, recibían el beso de paz, y en algunas iglesias leche mezclada con miel. El bautismo podía administrarse en todas partes, pero lo era ordinariamente de una manera solemne en la proximidad de los lugares donde se celebraban las asambleas religiosas (más tarde en capillas particulares llamadas baptisterios), porque á los nuevos bautizados se les admitía poco despues á la asamblea de los fieles. Cuando se administraba el bautismo solemno, verificábase ordinariamente en Pascua, Sábado Santo, Pentecostés, y en las iglesias de Oriente durante la fiesta de la Epifanía. El ministro era entónces el Obispo ó el sacerdote. En caso de necesidad, el bautismo podía conferirse todos los días y por toda clase de personas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRR EL NÚMERO 192.

El bautismo se llama entre los antiguos παλιγγενεσία, ἀναγέννησις, Joan., III, 3, 5; Tit., III, 5; Orig., t. VI in Joan., n. 17 (Migne, t. XIV, p. 251), λουτρόν, Eph., V, 26; Justin, Apol., I, 61 et seq.; Clem., Pæd.., I, 6, φώτισμα, φωτισμός, Clement., loc. cit. Cf. Justin, loc. cit., ἔλαιον, χρίσμα. Clem., loc. cit., «lavacrum regenerationis;» Irea., V, XV, 3, «sigillum,» σφραγὶς τῆς πίστεως; Herm., Past., Sim., IX, 16, τὸ διὰ ὕδατος λουτρὸν σύμβολον τύγχανον καθαρσίου ψυχῆς, χαρισμάτων θείων ἀρχὴ καὶ πηγή; Orig., loc. cit. La invocacion de las tres personas de la Trinidad es necesaria: Justin., Apol., I, 61; Orig., De princ., I, III, 2, in Joan., loc. cit.: Tert., Contra Prax., cap. XXVI; Cypr., Ep. LXXIII, cap. XVIII, p. 791; Can. ap., 49; Eulog., ap. Phot., Bibl., cod. 280; Phot., Amph., q. XLIII (Migne, t. CI, p. 301 et seq.). Véase mi obra: Photius, III, 587 y sig. Lo que se dice en Clemente de Alejandría, Hippol., lib. V, apud Mosch, Prat. spirit., cap. CLXXVI (Migne, t. IX, p. 745), de que Jesucristo no había bautizado más que á Pedro, es igualmente admitido por Sofronio (Migne, t. LXXXVII, 3, p. 3371); Nicéph. Calixto, II, 3.—

Focio, Amph., q. CXXVI, p. 720 (ed. Athen., q. CXLVIII), cree que el bautismo *de Juan*, recibido ántes por los Apóstoles, fué completado y transfigurado al descender sobre ellos el Espíritu Santo (Act., I, 5). La triple inmersion, can. ap. 50; Tert., loc. cit.

Segun pinturas del tercer siglo, el rito del bautismo, en Roma y en otras Iglesias de Italia, consistía á la vez en la inmersion (estar de pié metido en agua hasta las rodillas) y en la infusion (aspersion de la cabeza); Rossi, Roma sotter., II, 334. Bautismo clínico, Eus., VI, 43. Cypr., Ep. LXIX ad Magn., capítulo XII, p. 760, ed. *Hartel; Conc. Neocæs., cap. XII. Algunos* creen que el bautismo de los muertos consistía en hacerse bautizar los parientes y amigos de los difuntos que habian deseado recibir el bautismo, á fin de proporcionarles los sufragios de la Iglesia (Ad. Maier, Commentar zum. I Cor.-Br., p. 318; Dœllinger, op. cit., p. 341). Tertuliano, De res. carn., cap. XLVIII, habla de esto tambien, pero duda que esta práctica sea razonable. Chryst., Hom. XL in I Cor., n. 1 (Migne, t. LXI, p. 347 et seq.), menciona un uso parecido entre los marcionitas, pero aplica I Cor., XV, 29, ὑπὲρ νεκρῶν (sc. τῶν σωμάτων), á las personas bautizadas por sí mismas.

El mismo pensamiento se ve en Teodoreto, in h. l. (Migne, t. LXXXVII, página 361): εἰ δὲ νεκρόν ἐστι τὸ σῶμα καὶ οὐκ ἀνίσταται, τί δήποτε καὶ βαπτίζεται; Phot., Œcum. (Migne, t. CXVIII, p. 877). Sobre el bautismo de los niños, Iren., II, 22, 4; Orig., in Rom., lib. V, n. 9 (Migne, t. XIV, p. 1047): « Pro hoc et Ecclesia *ab apostolis* traditionem suscepit, etiam parvulis baptismum dare, » etc. Hom. XIV in Luc. (t. XIII, p. 1385): « Et quia per baptismi sacramentum nativitatis sordes deponuntur, propterea baptizantur et parvuli » (Joan., III, 5). Cf. Hom. VIII in Lev., n. 3 (t. XII, p. 496). Justin., Apol., I, 15, habla de aquellos que ἐκ παίδων ἐμαθητεύθησαν τῷ Χριστῷ.

Un Concilio presidido por San Cipriano, 252, condena la opinion del Obispo Fidel, segun el cual era menester dejar muchos días á los *recien nacidos* sin bautizar. Cypr., Ep. LXIV, al. 59, cap. II, p. 718 y sig.; Héfelé, Conc., I, p. 89. De esta suerte la tradicion, enlazándose á lo que dice San Juan, III, 5, completa lo que indican las Act. II, 39; XVI, 15, 33; I Cor., I, 16; VII, 14. — La antigüedad no deja duda alguna sobre la necesidad del bautismo de los niños, no creido por algunos protestantes, entre ellos Néander. Véase Dœllinger, p. 339-341. Contra la dilacion del bautismo, Cypr., loc. cit.; Euseb., VI, 43; Const. ap., VI, 15. Clases de catecúmenos, J. Mayer, Gesch. des Katechumenats, Leipzig, 1868; A. Weisz, Die altkirchl. Pædagogik. dargestellt im Katechumenat, Friburgo, 1869. Este último demuestra que Orígenes (Contra Cels., III, 59 et seq.) y Tertuliano admitian dos clases (p. 79 y 140). Los catecúmenos de grado inferior se llamaban προσιόντες, « accedentes, venientes; » los del superior, μαθητευόμενοι πρὸς τὸ βάπτισμα, « audientes, ingressuri baptismum » (Tert., De bap., cap. XX. Cf. Orig., De orat., cap. II). Más tarde se distinguía: ἀκροώμενοι (audientes), γονυκλίνοντες (genuflectantes), y φωτιζόμενοι (competentes, electi). Los prosternados son citados en el Conc. Neocæs., 314, cap. V; Héfelé, I, 213. San Cipriano nombra al « doctor audientium, » Ep. XXIX, *p.* 548. Sobre los exorcismos y las abjuraciones, Tertull., De idol., XI; De cor. mil., III, 11; De spectac., IV; Orig., Hom. XXIV in Josue, n. 1 (Migne, t. XII, p. 940); Const. ap., VII, 41. Aquel que bautiza, dice, volviéndose hácia el Occidente: ἀποτάσσομαί σοι, Σατανᾶ, y hácia el Oriente: συντάσσομαί σοι, Χριστέ. El símbolo era generalmente el de los Apóstoles, en diferentes versiones (romana, africana, oriental), Iren., I, X, 1; Tertuliano,

más abajo, § 25). Orig., Prælat. de princip.; Greg. Thaum., Expos. fid.; Cyrill. Hier., Catech., VI, Cæsar., ap. Socr., I, 8; Alex., ibid., I, 26. Ant., ap. Cassian., De incarn., VI, p. 1272; Denzinger, Enchirid., 4.ª ed., p. 1-11. Bases del Símbolo de los Apóstoles, Matth., XXVIII, 19; Act., VIII, 37; 1 Tim., III, 16; VI, 12; I Petr., III, 21; Iren., I, 1-3; Const. ap., VII, 41. Cuestiones sobre el Símbolo, Tertul., De cor., III; De res. carn., cap. XLVIII; Euseb., VII, 9; Cypr., Ep. LXIX, cap. VII, p. 756. Uncion ántes del bautismo, Const. ap., III, 15 et seq.; VII, 22, 42. Bendicion del agua bautismal, ibid., VII, 43; Cypr., Ep. LXX, *cap. I, p. 767.* Padrinos (ἀνάδοχοι, χειραγωγοί, «sponsores, fidejussores, susceptores, patrini»); Tert., De bap., cap. XVIII. Lugar, tiempo y administracion del bautismo, Justino, Apol., I, 61; Tert., loc. cit., cap. IV, XVII, XIX; Const. ap., V, 19; II, 33; III, 11; VII, 22; Bosisio, Della varia disciplina circa il ministro, il tempo e il luogo del battesimo solenne, Pavia, 1848; Weiss, p. 131 y sig.

El bautismo de los herejes.

193. A causa de la necesidad é importancia del sacramento del Bautismo, que no podía ser reemplazado sino por el de sangre ó el de deseo, era del mayor interés saber quién podía ser bautizado lícita y válidamente. En realidad, quedaba válidamente bautizado el que lo era con agua natural, y pronunciándose la fórmula segun la manera acostumbrada. El Concilio de Elvira permitía que, en caso de necesidad, administrasen desde luégo este sacramento los seglares que no hubiesen sido casados más que una vez, ni se hallasen en pecado mortal; pero hay que advertir, que los sacerdotes tenían la *preferencia sobre los diáconos*, éstos sobre los clérigos inferiores, y los clérigos sobre los seglares. Asimismo estaba admitido como válido en la práctica de Roma y de la mayor parte de las Iglesias, el bautismo conferido por herejes. Sin embargo, desde la *primera mitad del tercer siglo*, un *Concilio* de Africa, celebrado bajo Agripino (de 218 á 222), y más tarde otros dos que tuvieron lugar en Iconio y Synnada, ciudades del Asia Menor, decidieron que se tuviera por no bautizados á los herejes que volviesen á la Iglesia y *lo hubiesen sido por otros herejes*, y ordenaron que se les bautizara de nuevo. A fines de 253, el Papa Estéban amenazó con excomunion á los Obispos Heleno de Tarsis y Firmiliano de Cesárea, lo mismo que á los de las provincias vecinas, por haber bautizado á los que ya lo habían sido por los herejes. *Dionisio de Alejandría* intercedió con el Papa y detuvo la ejecucion de la amenaza. Parece que los Obispos del Asia Menor, á excepcion de Firmiliano, se conformaron con el mandato de Roma.

Los Obispos de Africa tambien seguían la opinion de que no debía reiterarse el bautismo de los herejes; de aquí la pregunta dirigida en 255 por 18 Obispos de Numidia al Concilio de Cartago. Este Concilio, com-

puesto de 31 Obispos, presididos por San Cipriano, declaró nulo el bautismo de los herejes. En 256, otro Concilio de Cartago, compuesto de 71 Obispos, habló en el mismo sentido: nadie podía ser válidamente bautizado fuera de la Iglesia: no hay más que un bautismo, el de la *Iglesia* católica; los herejes son incapaces de comunicar el Espíritu Santo, porque una persona impura nada puro puede hacer. Por estas razones y otras semejantes, defendían su opinion San Cipriano y los demás Prelados de Africa que participaban de ella.

Sin embargo, la cuestion les parecía puramente disciplinar, y creían que la diversidad de juicios sobre este punto no debía turbar la paz entre los Obispos. Pero si el bautismo de los herejes era realmente inválido, no se debía dejar que subsistiera una práctica tan peligrosa como la que rehusaba á los herejes convertidos el beneficio del bautismo. Los africanos partían del falso supuesto de que el sacramento del bautismo depende de la dignidad de su ministro. Cuando San Cipriano envió á Roma las actas del Concilio, el Papa Estéban rechazó los decretos, rehusó admitir á los delegados á su comunion, y exigió que se atuviesen á la antigua práctica, limitándose á imponer las manos á los herejes que habían vuelto á la *Iglesia*, sin reiterar el bautismo que habían recibido. Los africanos se vieron obligados á confesar que tenían contra sí á la antigua práctica; pero la práctica, decían, debe ceder á la verdad.

En un nuevo Concilio de Africa, compuesto de 87 Obispos (Setiembre de 256), intentaron todavía establecer la necesidad de rebautizar á los herejes convertidos. Firmiliano de Cesárea, á quien envió San Cipriano varias cartas por conducto del diácono Rogaciano, respondió al obispo de Cartago, que estaba completamente de acuerdo con él, y hasta excitó su aversion contra el Papa Estéban, diciendo que éste le había llamado hombre artificioso, falso cristiano y falso apóstol.

Estéban no podía ceder, comprendiendo toda la importancia de la cuestion. San *Cipriano defendió su errónea opinion con mucho apasionamiento*, esforzándose, sin embargo, en dos escritos por recomendar la moderacion y la paciencia. El Papa Estéban murió en 257, y San Cipriano en 258, despues de haber interpuesto su mediacion Dionisio de Alejandría.

La opinion de San Cipriano fué combatida en Africa por un sabio de mérito, y la decision de Roma quedó generalmente adoptada, sobre todo despues del Concilio de Arlés (314, c. XVIII); San Agustin acabó más tarde la controversia, demostrando la justicia de la doctrina del Papa.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 193.

«Baptismus sanguinis et flaminis,» Tert., loc. cit., cap. XII, XIV; Auctor. de rebaptism., cap. XIV et seq., p. 87; Op., Cypr., part. III, ed. Hartel; Cypr., Præf. De exhort. mart. ad Fortun., cap. IV, p. 319; Ep. LXXIII, cap. XXI, 23, p. 794, 796; Ep. LVII, cap. IV, p. 653; Greg. Naz. Or. XXXIX, n. 17, p. 608, ed. Maur. Validez del bautismo de los seglares, Tert., loc. cit., cap., XVII; Conc. Elib., cap. XXXVIII. ¿Hay que traducir estas palabras: «Qui lavacrum suum integrum habet,» por: «aquel que no ha manchado el bautismo» (por la defeccion, Héfelé, I, 142), ó «por el que ha recibido el bautismo válido?» No entraremos en esta cuestion. Sobre el principio de la disputa respecto al bautismo de los herejes, Philos., IX, 12; Dœllinger, Hippol., p. 189 y sig.; Concilio de Agripino, Cypr., Ep. LXXIII, cap. III, p. 780; Ep. LXXI, cap. IV, p. 774; Aug., De bapt., II, 7; Vincent. Lir., Comm., cap. IX; Héfelé, I, p. 78. Concilio de Iconio y de Synada, Dion. Alex., ap. Eus. VII, 7; Firmil., Ep. inter Cypr. ep., n. 75, cap. VII, p. 815; Héfelé, p. 81 y sig. — Tertuliano, De bapt. cap. XV; Præscr., cap. XII; De pudic., XIX: parece inclinarse tambien hácia la opinion de Agripino. En la Constitucion apostólica, VI, 15; cán. ap., 46, 47, el bautismo de los herejes es muy poco estimado; es considerado como ilícito y funesto á quien le recibe, pero no como nulo. Cuando Clemente, Strom., I, 19, llama al bautismo de los herejes οὐκ οἰκεῖον καὶ γνήσιον ὕδωρ, y cuando Orígenes, t. VI in Joan., n. 25, dice que todo individuo bautizado ó confirmado puede bautizar miéntras está el Espíritu Santo en él, no hablan de la validez, sino del carácter lícito de la accion. Dionisio de Alejandría no estaba muy fijo en este punto, pero concluyó por someterse al juicio de Roma respecto al bautismo de los montanistas. (véase Dittrich, Dionys. de Gr., Frib., 1867, p. 85 y sig., 90 y sig.

Sobre otros puntos, véase Dionys., ap. Eus., VII, 5, 7-9; Cypr., Ep. LXXIX-LXXV, p. 319 et seq., ed. Vind.; Aug., op. cit., lib. VI y VII; Routh, Rel. sacr., III, p. 84-107; Migne, Patr. lat., t. III, p. 1035 y sig. (ibid., p. 1183 et seq.; De rebapt.; Op. Cypr., ed. Hartel., Ap. s. P. III, p. 69 et seq.; Concilia Cypr., ibid., p. I. p. 433 et seq.). La mayor parte de los Obispos consideraban la cuestion como disciplinar, segun lo prueban Natal Alejandro, Sæc. III, diss. XII, a. 4; Orsi, De rom. Pont. auct., lib. III, p. 20 et seq.; Acta sanct., t. I; Aug., ad d. 2; Com. præv. de S. Steph., §§ 3, 4, p. 116-121. Cf. Prud. Maran, Vita Cypr. Este último demuestra tambien (§ 4) que Estéban no admitia indistintamente toda clase de bautismo en los herejes, sino solamente aquel que era administrado en nombre de la Trinidad. Firmiliano (Cypr., ep. LXXV, cap. VII, p. 814) reproduce esta palabra de Estéban: «Hæreticos quoque ipsos in baptismo convenire;» y San Cipriano Ep. LXXIV, c. I, p. 799) las de «Si qui ergo a quacumque hæresi venient ad vos, nihil innovetur, nisi quod traditum est, ut manus illis imponatur in pœnitentiam, cum ipsi hæretici *proprie* alterutrum ad se venientes non baptizent, sed communicent tantum.» La palabra «proprie» no se refiere á la de «hæretici,» sino á la de «non baptizent.» Segun Estéban, los herejes admiten el bautismo de las otras sectas como comun á todas. Aug., De bapt., VI, 25: «Facilius inveniuntur hæretici qui omnino non baptizent, quam qui illis verbis (en nombre de las tres personas divinas) non baptizent.» Firmiliano (loc. cit., cap. IX, p. 815) censura á los Romanos: «Quod non putant quærendum esse *quis* sit ille qui baptizaverit, eo quod qui baptizatus sit gratiam consequi potuerit invocata Trinita-

te nominum Patris et Filii et Spiritus Sancti. » Cf. Cypr., Ep. LXIX, cap. VIII, p. 756; Néander, I, p. 177, n. 1, lo reconoce sin dificultad, pero concluye sin razon, que los que seguian la decision de Roma consideraban como válido todo bautismo conferido en nombre de Jesucristo. San Cipriano nada de esto concede á sus adversarios, y el autor africano De rebapt. nada prueba en favor de la práctica de la Iglesia romana. Maran, loc. cit., § 5; Héfelé, p. 102. Véase Marchetti, Esercitazioni Ciprianiche, Roma, 1787; Mœhler, Patrol., p. 809 y sig.; Schwane, Controversia de valore bapt. hæret., Monast. 1860, et Dogmengesch. der vornic. Zeit, Münster, 1862, vol. I, p. 730 y sig.; Hagemann, Die rœm. Kirche, p. 50 y sig.

La confirmacion.

194. Al bautismo solemne uniase ordinariamente en la antigua Iglesia la confirmacion, que consistía en la imposicion de las manos y la uncion con el Santo crisma. El Obispo lo administraba. Así es que desde los primeros tiempos, los Apóstoles comunicaban el Espíritu Santo á los que habían sido bautizados por otros [1], á fin de confirmarles con esta uncion y afirmarles en Jesucristo [2]. Este era « el sello de los dones del Espíritu Santo, » la consumacion del bautismo, y como éste irreiterable, el cual es llamado *sacramento* por San Cipriano.

Recibido el bautismo y la confirmacion, los nuevos cristianos, enteramente santificados, eran revestidos de hábitos blancos, y admitidos al oficio comun de los fieles, donde recibían tambien la Santa Eucaristía. Cuando habían sido bautizados en Pascua continuaban llevando sus *vestidos blancos*, y los dejaban el domingo *in albis*, para confundirse despues con la masa de los fieles. La mayor parte de los nuevos bautizados, sacados así de la muerte á la vida, se sentían inundados de felicidad [3], y penetraba en sus corazones una alegría celestial [4]. Recibían esta alegría, primero de la divina gracia, y despues del catecumenado, una de las instituciones que contribuían más eficazmente á santificar á los miembros de la Iglesia; ella dejaba una impresion que duraba en el resto de la vida. Los fieles se consideraban como *templos y órganos del* Espíritu Santo, verdaderamente santificados y llamados á la santidad; como hombres que, no teniendo cosa alguna de comun con el mundo pagano y corrompido [5], debían permanecer limpios de toda mancha y del menor pecado [6]; como hombres unidos por los vínculos de la cari-

1 *Actas*, VIII, 14-17; XIX, 5, 6.
2 *II Cor.*, I, 21, 22
3 *I Joan.*, III, 14.
4 *S. Cyprian. ad Donat.*
5 *I Cor.*, I, 2; III, 16.
6 *Ibid.*, V, 9; *II Thess.*, III, 6.

dad fraterna [1], animados de una confianza sin límites en Dios, y de invencible *firmeza*, porque esperaban la corona de justicia que les estaba reservada [2].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 194.

Sobre la confirmacion (σφραγίς, μύρον, βεβαίωσις τῆς ὁμολογίας, confirmatio, perfectio, chrismatio), Iren., IV, XXXVIII, 2; Tert., De bapt., cap. VII, VIII; De res. carn., cap. IV; Cont. Marc., I, 14; Cypr., Ep. LXXIII, cap. IX, p. 785; c. XXI, p. 795. Cf. Maran, loc. cit., § 7. —Cornelio, a p. Euseb., VI, 43, dice de Novaciano que fué bautizado en el lecho mortuorio, y que despues de su enfermedad no fué confirmado por el Obispo. El Obispo figura aquí como ministro de la confirmacion, lo que siempre ha sido admitido en Occidente. En Oriente los sacerdotes podían tambien confirmar. Ps. Ambros., in Eph., cap. IV; Ps. Aug. s. auct., quæst. V, et N. T., q. 101; Un antiguo epigrama (Grutter, p. 1177) dice: «Tuque sacerdotes docuisti chrismate sancto tangere bis nullum judice posse Deo.» Véase Const. ap. VII, 41; Cyrill., Cat. myst., II, n. 3, 4. El contacto de los individuos, la imposicion real de las manos ántes de la uncion, parece una condicion esencial. Bened. XIV, De syn. diœc., XIII, IX, 16, 17; Cypr., ad Donat., Op., part. I, p. 1-16, ed. Vind.

La disciplina del Arcano.

195. *Segun hemos visto ya por la* preparacion para el bautismo, los primeros cristianos, en la situacion penosa que atravesaban, velaban con esmero, segun la recomendacion del Señor, para que los misterios de la religion, las santas ceremonias de ésta, y sobre todo, los sacramentos no quedasen expuestos á las profanaciones y sarcasmos de los infieles. De aquí provino desde los primeros tiempos la disciplina del secreto que se ve mencionada en el siglo tercero, como institucion ya antigua. Los rumores vagos é inexactos propagados entre los paganos sobre lo que ocurría en las asambleas de los fieles, las figuras simbólicas que se veian en sus cementerios, las frases que se encuentran en las instrucciones pronunciadas áun á presencia de los no bautizados, como: «los iniciados, los fieles saben lo que esto significa»; el ejemplo del Salvador mismo que se servía del velo de las parábolas, y que nunca llegó sino poco á poco y con sabia reserva á revelar á sus discípulos lo que no hubieran podido comprender en el principio [3], la manera, en fin, con que los Apóstoles [4] y los Obispos procedían en la enseñanza de

1 *I Joan.*, II, 9 y sig.; III, 18. 23; IV, 7.
2 *II Tim.*, IV, 7, 8.
3 *Joan.*, XVI, 12.
4 *I Cor.*, III, 2; *Hebr.*, V, 12 — 14.

los catecúmenos, todo contribuye á demostrar que esta institucion existió ya desde los primeros tiempos. Lo mismo se ve en el discreto lenguaje de los apologistas (Justino es la única excepcion), desde que llegan á los grandes misterios del cristianismo. Cuanto más inaccesible era á la inteligencia humana una doctrina, una ceremonia religiosa, más necesaria era esta discrecion hasta enfrente de los herejes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 195.

Tert., Præs., cap. XLI; Apol. VII ad ux., II, 5; Athen., Leg., c. XXXIV; Const. ap. III, 5; Clem. Al. (Lumper, Hist. crit., IV, 425-440); Orig., Contra Cels., I, 7 et seq.; *III, 32*; *VI, 6*; *VIII, 56*; *lib. V in Rom., n. 8*; *Hom. IX in Levit., n. 10*; Hom., XIII in Lev., n. 3; Hom. VIII in Exod., n. 4; De Spiritu Sancto, cap. XXVII, n. 66; Aug., in Ps. CIII, serm. I, n. 14; Schelstrate, De la disciplina del arcano, Romæ, 1865, G.-Th. Meier, De recondita vet. Eccl. theol., 1679; Fromann, De disc. arc., in vet. Eccl., Jena; Toklot, De disc. arc., cod., 1836; Rothe, De disc. arc., Heidelb., 1841; Lüft., Liturgik, I, 104 y sig.; Weitz. op. cit., p. 11 y sig. (contra muchos protestantes que, con Jacobo, I, p. 125, llaman á la disciplina del arcano un simulacro vacío de sentido). Véase Bouwetsch, Wesen, Entstehung und Fortgang d. Arcandisciplin (*Ztschr. f. hist. Th.*, *1873, II, 203 y sig.*

La Eucaristía.

196. Esta observacion se aplica, sobre todo, como á centro que es del culto cristiano, al sublime misterio de la Eucaristía, ó segun se decía entónces, la liturgia. Conforme á lo ordenado por el Señor, se ofrecía pan y vino que el sacerdote bendecía, miéntras que Dios, por su poder, los cambiaba en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Los fieles lo recibían en seguida como alimento celestial y pasto divino. A este festin eucarístico se juntaban en los primeros tiempos, las comidas de caridad ó agapes, de los cuales participaban *todos los cristianos sin distincion de* rango. Cada uno cooperaba á ellos segun sus recursos; y los restos servían para el mantenimiento de los pobres y enfermos. Esta reunion de la Eucaristía y de los agapes provenía de que la Eucaristía era por sí misma un festin de alianza, así como del ejemplo dado por Jesucristo, y acaso tambien de las syssicias usadas entre los griegos. Como los fieles estaban abundantemente provistos de los dones de la gracia, sus piadosas reuniones, animadas de santa alegría, se convertían en una especie de culto religioso: se comenzaba y acababa en ellas por la oracion, juntando á ésta el canto de los Salmos y el beso de paz [1].

---

1 *Rom.*, XVI, 16; *I Cor.*, XVI, 20; *I Petr.*, V, 14.

Sin embargo, desde el principio se introdujeron los abusos en ciertas Iglesias, por ejemplo en Corinto [1], y dieron motivo poco á poco á separar los agapes del culto público. Cuando se verificaban estas reuniones, algunos miembros de la comunidad podían, despues de la lectura de las epístolas evangélicas, edificar á la asamblea con instrucciones particulares *en la medida de los dones que habían recibido*. Hubo tambien, sin duda, desde un principio, cánticos espirituales é himnos á Jesucristo [2].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 196.

La palabra λειτουργία es frecuente en las LXX (cf. Act., XIII, 2; Philos., II, 17; Rom., XV, 16; Hebr., VIII, 6 y sig.; IX, 21; X, 11; Const. ap., II, 25; Can. ap., XXVII, Test. XII Patr., Levi, cap. III); este era el término comunmente empleado entre los griegos, como el de «missa» entre los latinos. Se hallan tambien los de ἱερουργία, ἀναφορά, προσφορά, μυστήριον, τελετή, λειτουργία τῆς οἰκονομίας, σύναξις, colecta. Clem. Rom., I Cor., c. XL, XLI, XLIV, reune ya λειτουργίας καὶ προσφοράς. — Ἀγάπαι, Judas, v, 10; Tert., Apol., XXXIX; C.-S. Schurzfleisch, Diss. de vet. agaparum ritu, Lips., 1691; L.-A. Muratori, De Agapis sublatis (Anecd. gr., Par., 1709, p. 241 et seq.); Andr. Duguet, Les anciennes Agapes, Par., 1745. Sobre los agapes de los cristianos, Erf., 1762; Drescher, De vet. chr. Agapis, Giss., 1824: Dœllinger, *Christenth. u. K.*, p. 350 *y sig. Tambien se hace constar allí la union* estrecha de los agapes con la celebracion de la Eucaristía, la cual, segun San Agustin, ponia término á los agapes, miéntras que otros la hacen preceder (Chrys., Theod., Pelag.)

Desenvolvimiento del culto cristiano.

197. *Cuando los fieles cesaron enteramente de practicar el judaismo*, el culto propiamente cristiano adquirió mayor variedad, y las reuniones se hicieron más numerosas. Véase aquí la pintura que de ellas ha trazado Justino: «Concluídas las oraciones, nos saludamos con un beso. Despues se presenta pan y una copa de vino y de agua al que preside á los hermanos. Habiéndolos tomado da alabanza y gloria al Padre, en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y pronuncia una larga oracion de gracias, que *todo* el pueblo ratifica, diciendo: *Amen*. Despues de esto, los que nosotros llamamos diáconos, distribuyen á cada uno de los asistentes pan, vino y agua consagrados por la accion de gracias, y los llevan á los ausentes.» San Justino explica claramente lo que significa este pan así consagrado: «Llamamos á este alimento Eucaristía; nadie puede

1 *I Cor.*, XI, 21 y sig.

2 Plinio á Trajan. Cf. *Coloss.*, III, 16; *Ephes.*, V, 19; *I Cor.*, XIV, 26.

participar de él si no cree la verdad de nuestra doctrina, si no ha sido lavado por la remision de los pecados y la regeneracion, y si no vive de una manera conforme á la enseñanza de Jesucristo. Porque nosotros no lo consideramos como pan comun ni como bebída ordinaria, sino que, así como en virtud de la palabra de *Dios*, Jesucristo encarnado tomó la carne y la sangre para nuestra salud, de la *misma manera* sabemos que este alimento que, segun el curso ordinario se *convertiría* en nuestra carne y nuestra sangre, consagrado por la oracion que contiene las palabras divinas, es la carne y sangre del mismo Jesús encarnado. Porque los Apóstoles, en las memorias que han escrito con el nombre de Evangelios, nos han trasmitido que Jesucristo lo había mandado así, cuando tomando el pan y dando gracias, dijo: haced esto en memoria mía.» Aquí tenemos una apología dirigida á los emperadores paganos; la doctrina de la Iglesia enunciada en términos más bien demasiado claros que demasiado oscuros. En su diálogo con el judío Trifon, el mismo Justino llama á la Eucaristía un sacrificio por el cual se ha cumplido la profecía de Malaquías, I, 10 y sig.; un sacrificio ofrecido en el mundo entero para glorificacion del nombre de Dios, pero que nadie puede ofrecer á Dios sino sus Apóstoles. Los demás Padres y doctores de la Iglesia, *especialmente San Ireneo, hallan la misma relacion entre* las palabras de Malaquías y el sacrificio de la nueva Alianza. La Iglesia *tenía un sacrificio* del altar, inaccesible á los ministros del Tabernáculo. [1]

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 197.

Justin, Apol., I, 65-67; *Dial.*, cap., XLI. CXVI, CXVII; Iren., IV, XVII, 5, et cap. XVIII; V, II, 2, 3; Massuet, Dis. III in Iren., a. 7, n. 76 et seq.; L. Hopfenmüller, S. Irenæus de Euchar., Bamberg., 1867. Se halla ya en S. Ireneo la expresion de ἐπίκλησις ὁ ἐκκλησίας, que viene á ser más tarde técnica. *Otros testimonios en* Ignat., Philad., IV; Eph., V, 20; Smyrn., cap. III; Tertul., De pud., cap. IX; De spect., cap. XXV; De res. carn., cap. VIII. Véase Mœhler, Patrol., p. 773 y sig.; Clem., Pæd., I, 6; II, 2; Strom., IV, 25; Orig., Hom. XXIII in Num., n. 3; Migne, t. XII, p. 749; cf. Vincenzi, in S. Greg. Nyss. et Orig. scripta et doctrinam nova *recensio*, vol. II, Rom. 1864, cap. XXXVI, p. 486-489; Hippol., Op., I, 282, ed. Fabr. Sobre Prov., IX, 1 y sig., y otras partes; en Dœllinger, Hippol., p. 343-346; Cypr., Ep. LXIII ad Cæcil., p. 701 et seq.; Ep. LVII, cap. II, p. 651 et seq. Es ridículo oir á muchos protestantes afirmar que S. Cipriano fué el primero que consideró la Eucaristía como sacrificio, porque los Padres anteriores á él hablan absolutamente en el mismo sentido. Sobre Justino, véase Lumper, II, 194-218; Mœhler, p. 243-250; Reithmayr, Münch., Archiv. f. Kath. Lit., 1842, p. 644-662 (contra

---

1 *Hebr.*, XIII, 10.

Semisch) y las concesiones parciales de Otto, Do Just. M., § 71, p. 178 á 180; sobre toda la doctrina: la Perpetuidad de la fe de la Iglesia tocante á la Eucaristía, Paris, 1704, en 4.°, t. IV; Dœllinger, Die Lehre von der Euch. in den ersten Jahrh., Maguncia, 1826; Wiseman, Lectures on the real presence of. J. Chr., Lond., 1842; en aleman, Ratisbona, 1844. Sobre la inscripcion de Autun, Rossi, Roma sot., II, 338; Pitra, Spic, Solesm., I, 560.

Otra descripcion del culto cristiano.

198. En el tercer siglo las Constituciones apostólicas nos ofrecen una nueva descripcion del culto cristiano. Ellas mencionan desde luégo la lectura de algunos pasajes del Antiguo Testamento. Despues de leer dos capítulos se cantaba un salmo; luégo venían las lecciones de las Actas de los Apóstoles ó de sus Epístolas, seguidas del Evangelio, despues de lo cual los sacerdotes, y en último lugar el Obispo, ó uno solo de los sacerdotes, hacía una alocucion (homilía) instructiva y edificante. Los catecúmenos y penitentes se marchaban entónces; concluía la misa de los catecúmenos y empezaba la de los fieles. Se abría con una oracion general; los diáconos presentaban en seguida los dones al altar, miéntras que otros velaban por el órden. Se daba el beso de paz, y se recitaban oraciones por la Iglesia y por el mundo entero, por las autoridades espirituales y temporales. Despues venía la celebracion propiamente dicha del sacrificio, con las oraciones del Obispo y las respuestas de los fieles, la consagracion y la comunion, en la cual los fieles se presentaban en órden, miéntras se cantaban salmos. Se acababa por las plegarias y por la bendicion solemne. No nos sería posible indicar el orígen de todos los antiguos formularios; pero como los testimonios de los orientales están acordes con los de Occidente, deben, en cuanto á la sustancia, remontarse á muy alta antigüedad, especialmente el cánon actual de la Misa. Los Obispos podían tambien hacer allí adiciones, y aumentar así considerablemente el número de las oraciones, sobre todo en Oriente. Las oblaciones hechas por los fieles eran consideradas como *un privilegio de los que estaban en comunion con la Iglesia*. En las oraciones se hacía conmemoracion de los vivos y los muertos, para las cuales había nomenclaturas particulares (dípticos).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 198.

Cons. ap. II, 57; VIII, 12; Conc. Laod., cap. XVII, XIX. Las palabras de nuestro prefacio *Sursum corda*, y el resto, son conocidas en las Constituciones apostólicas VIII, 12 (donde se halla tambien el triple *Sanctus)* y por San Cipriano, De dom. orat., cap. XXXI, p. 289, ed Vid. Sobre los usos apostólicos en la liturgia, Basil.,

De Spiritu Sancto, cap. xvii; Chrys., Hom. xxxi in I Cor.; Hom. de incomprehens.; Aug., Ep. cxix ad Paulin.; Symmach., Ep. xiv ad episc. Gall. Véase Probst, Liturgie der drei ersten christl. Jahrh., Tub., 1870. Muchas notas excelentes en Harnack, Der christl. Gemeindegottesdienst im apostol. u. altkath. Zeitalter. Erl., 1854; Kliefoth, Liturg. Abhandlungen, t. IV, Schwerin, 1858.

La comunion.

199. En los oficios solemnes se recibía la Eucaristía bajo las dos especies de pan y de vino. Al ménos así se practicaba generalmente, si bien la recepcion bajo la sola especie de pan no fué rara. En tiempo de las persecuciones *los fieles llevaban la Eucaristía á sus casas*; los niños nuevamente bautizados la recibían bajo la especie de vino. Se creía que Jesucristo está presente en cada una de las dos especies. La participacion de la Eucaristía era el principal privilegio de los cristianos que vivían en la comunion permanente de la Iglesia; en ella hallaban el más *completo gozo*, anticipado gusto de la felicidad celestial, y prenda de la inmortalidad. Se consideraba como gran desgracia estar privado de ella, con tanta más razon cuanto que á nadie debía imputarlo el pecador, sino á sí mismo. Pero más grave pecado era aún el participar indignamente de la mesa del Señor; quien tal hacía, era reo de la sangre y cuerpo de Jesucristo. Tambien los apóstoles ordenaban ejercer sobre sí mismo un severo juicio antes de acercarse á este sublime misterio [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 199.

Comunion bajo una sola especie, Dion. Al., ap., Eus., VI, 44; Tert., Ad ux., II, 5; De orat., xix; Cypr., De laps., cap. xxvi, p. 256; Ep. lxiii ad Cæcil., cap. viii, p. 707; Leo M., Serm. iv in Quadr., c. iv; Selvaggio, Ant., lib. III, cap. ix. El uso de recibir el pan consagrado en las manos está probado por los testimonios de Cornelio y de Dionisio de Alejandría (Euseb., VI, 43; VII, 9), y por la inscripcion d'Autun: ἰχθὺν (el Cristo eucarístico) ἔχων παλάμαις. El uso de enviar la hostia consagrada á los Obispos amigos (Eus., V, 24) fué prohibido más tarde en el Concilio de Laodicea, c. 14.

La penitencia.

200. Se comprende que debía haber tambien profanos, hombres que caían en sus antiguos pecados, y rompían los votos que habían hecho en el bautismo de vivir una vida irreprensible. Estos miembros indignos

1 *I Cor.*, xi, 27-29.

eran excluídos de la sociedad eclesiástica por medio de la excomunion, ya practicada por la Sinagoga, hasta que hubiesen expiado suficientemente su falta. Para esta clase de cristianos fué establecida la penitencia. Jesucristo ha dado á sus apóstoles el poder jurídico de perdonar ó retener los pecados [1], de ligar ó desligar [2]. Pedro, que era como el Padre de la gran familia cristiana, recibió el poder de las llaves [3], el de abrir ó cerrar en grado eminente [4]. La confesion sincera de las faltas, unida al arrepentimiento, era siempre condicion esencial de la absolucion, y aquella era *(exomologesis)* la que daba su nombre á toda la obra entera de la penitencia. De aquí viene que Santiago [5] exhorta á los fieles á confesar sus pecados, que los primeros fieles se confesasen con los Apóstoles [6], y recibiesen penitencias particulares. San Juan se entregó á la oracion y á la mortificacion por el jóven á quien había arrancado de una compañía de bandoleros [7]. En cuanto á los pecadores que rehusaban enmendarse, el Salvador mismo había ordenado excluirlos de la sociedad de los fieles [8]. San Pablo pronunció la exclusion, ya contra los herejes [9], ya contra los que cometían grandes delitos; por esto entregó á Satanás al incestuoso de Corinto [10], para mortificar su carne, y á fin de que su alma fuese salva en el día del juicio [11]. Despues de esto le reconcilió.

Acusarse á sí mismo y solicitar las oraciones de los fieles, era la base de la penitencia eclesiástica. Los pecados graves y públicos constituían una grande ofensa á Dios al mismo tiempo que á la Iglesia, porque la Iglesia sufría tambien con este mal ejemplo, y perdía en el exterior su buena fama. Estos pecados no podían ser expiados sino por un bantismo laborioso, por la penitencia, «segunda tabla de salvacion despues del naufragio.» Era el único medio de recobrar la paz.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 200.

J. Morinus, De discipl. in admin. sacr. Pœnit., Paris, 1651; J. Sirmond, Hist. pœnit publ., Paris, 1651; Petav., De Pœnit. publ. (Theol. dogm., t. IV); Martino,

1 *Joan.*, xx, 22, 23.
2 *Matth.*, xviii, 18.
3 *Ibid.*, xvi, 19.
4 *Is.*, xxii, 22; *Apoc.*, iii, 7.
5 *Jac.*, v, 16.
6 *Act.*, xix, 18.
7 Eusebio, *Hist. eccl.*, III. xxiii.
8 *Matth.*, xviii, 15-18.
9 *II Thess.*, iii, 6, 14; *I Tim.*, i, 20.
10 *I Cor.*, v, 1-6, despues *Job.* ch. i y ii.
11 *II Cor.*, ii, 9-11.

De ant. Eccl. ritibus, lib. I, *cap. VI, t. I, p. 259 et seq.*; *Orsi. Diss. de capital.* crimin. absolutione, Mediol., 1720; Pellicia, Polit. christ. Eccl., lib. V; Binterim, Denkw., V, sect. 2; Frank, Die Busdisciplin, Maguncia, 1867. Sobre la excomunicacion, véase Kober, Der Kirchenbann, Tubinga, 1857, p. 1-14. En lugar de excomunion («excommunicatio,» חרם), se halla: «Tradere Satanae» (I Cor., V, 5; I Tim., I, 20) «necare gladio spirituali» (Cypr., Ep. IV ad Pomp., cap. IV, p. 477, ed. H.) ἀνάθεμα (Gal., I 8 y sig.); Maranatha (I Cor., XVI, 22: «Dominus venit,» del cual San Jerónimo, Ep. XXVI ad Marcell., hace un término siriaco; San Crisóstomo, Hom. XLIV in I Cor., ve allí sin razon una palabra hebrea); ἀφορισμός (can. ap. 8 y sig.)

La confesion es llamada ἀναγόρευσις ἐξομολόγησις. Este último término designa ya la penitencia en su totalidad, como en Tertuliano, De pœnit., cap. IX; ya la confesion sola, Cypr., Ep. XV, cap. I; Ep. XVI, cap. II, p. 514, 518. Cf. Test. III, CXIV, p. 182. Ἐξομολογεῖσθαι se halla Act. XIX, 18; Barn., Ep., cap. XIX; Iren., I, VI, 3; XIII, 5, 7. Cf. Const. ap., VII, 14.

Distincion de los pecados.

201. Desde el principio se fijó la distincion entre dos clases de pecados, los mortales y los veniales. Estos últimos podían fácilmente ser expiados por la oracion y las buenas obras; pero los primeros reclamaban mayor satisfaccion, y especialmente la confesion sacramental. Era esta de tres clases: 1.ª, confesion pública ante el pueblo reunido: en este caso no existía la obligacion del secreto; 2.ª, confesion semipública en presencia del Obispo y del clero, que debían guardar el secreto; 3.ª, confesion secreta ante el Obispo ó el sacerdote: en este caso el confesor estaba ligado por el sigilo de la confesion. No siempre se exigía la confesion pública ó semipública, pues sólo tenía lugar ordinariamente para los pecados graves y públicos. Cuando era aconsejada ó impuesta por los pecados secretos, se hacía con el fin de humillar más al culpable.

La regla era la confesion secreta; no bastaba confesarse á Dios solamente en términos generales, era preciso hacer una confesion detallada al Obispo ó al sacerdote, el cual juzgaba segun la cualidad de los pecados, y daba, como verdadero médico de las almas, los consejos necesarios para seguir una vida nueva y más arreglada. Los Padres ponen á los fieles en guardia contra las confesiones falsas y defectuosas, porque más vale dar á conocer las culpas y ser absuelto de ellas, que condenarse por no manifestarlas. Recuerdan que la absolucion se da en nombre de Dios, que es quien perdona los pecados [1]. Como la Iglesia, en su cualidad de Cuerpo de Jesucristo, debe mantener el órden entre sus miembros, corregirlos y trasmitirles la vida, la reconciliacion de los

---

1 Orígenes, *de la Orac.*, cap. XXVIII.

pecadores con Jesucristo no puede ser hecha sino por la Iglesia; y como ésta es además la comunion de los Santos [1], la injusticia cometida contra ella y en su seno debe ser corregida ante la Iglesia. Los sacerdotes deben, pues, conocer los pecados de los fieles, y á ellos ha de pedirse la remision de los pecados, puesto que ocupan el lugar de Dios y ejercen la autoridad en nombre de la *Iglesia. Igualmente se hacia á los sacer*dotes la confesion privada de las faltas más secretas de pensamiento.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 201.

Diferencia entre ἁμαρτήματα θανατοφόρα y μικρά en Orig., Hom. x in Exod., n. 3, in Levit. hom. xii, n. 3; Hom. xv, n. 2 (Op., II, 167, 251, 262); Hom. ix in Ezech., n. 2 (Op., III, 388). Tertuliano, en el De pœnit., profesa tambien de lleno los principios católicos. Quiere, cap. iv, que se confiesen todos los pecados de pensamiento ó de obra. Compara á los que no se confiesan sinceramente, cap. ix y sig., con los enfermos á quienes una falsa vergüenza impide descubrir sus dolencias secretas; despues añade, cap. vii: Omnibus ergo delictis, seu carne seu spiritu, seu facto seu voluntate commissis, qui pœnam per judicium destinavit, idem et veniam per pœnitentiam spopondit dicens ad populum: Pœnitere et salvum faciam te.» Pero en ninguna parte está expresado el dogma católico en términos tan magníficos y claros como en San Cipriano, Ep. xvi, cap. ii, p. 518 et seq.; De lapsis, sobre todo, cap. xiv, xxviii, xxix, p. 247, 257 et seq., y en Orígenes, in Levit. hom. ii, n. 4; Hom. iii, n. 4; Hom. v, n. 4; Hom. in Exod., vi, n. 9; in Ps. xxxvii hom. ii, n. 6; in Luc.; Hom. xxii (Op., II, 191, 196, 208, 150, 688; III, 953); De orat.; cap. xxviii (Op., I, 255). En este último pasaje, Orígenes distingue en la oracion dominical los pecados que los cristianos se perdonan mutuamente, y los que son *perdonados por* ἐμπνευσθεὶς ὑπὸ τοῦ Ἰησοῦ, *segun Joan.*, xx, 23, *en nombre de* Dios por lo que le debemos. Lo que se ha dicho (ibid., p. 250) contra el perdon de la idolatría y de la impureza, parece debe explicarse por el pasaje contra Celso, III, 51, donde el autor afirma que el uso de *la Iglesia era no recibir á los delin*cuentes sino despues de larga penitencia y retractacion. En cuanto á la opinion de Orígenes, véase Peters sobre la obra de Frank (Bonn. th. Lit.-Bl., 1868, p. 682 y sig.). El poder que tienen los sacerdotes de ligar y desligar, *tal como lo entien*den San Cipriano y Orígenes, está muy bien expuesto por San Crisóstomo, De sacerd., lib. III, cap. v, vi. La exomologesis ante un diácono, de que habla San Cipriano, Ep. xii, ed. Bal.; Ep. xviii, ed. Hartel, no está ligada á la absolucion sacramental. En caso de muerte, y á falta de sacerdote, los diáconos podian, sobre todo á ruego de los confesores, levantar las censuras; el enfermo que demostraba suficientemente su arrepentimiento y hacia una confesion sincera, era admitido á la comunion. Véase algo análogo en el Conc. Elib., cap. xxxii (Hefelé Conc., I, p. 139). Véase Albaspin., Observ., lib., II, obs. 26; Morin, De pœn., II, 2, n. 4 et seq.; Martene, loc. cit., t. I, lib. I, cap. vi, a. 6; Bened. XIV, De synodiœc., VII, xvi, 5 et seq.

---

2 Id., *Hom. v in Levit.*, n. 4.

Obras de penitencia.

202. Las faltas mortales y notorias que por su naturaleza ó por accidente daban escándalo público, exigian una pública acusacion, y el Obispo podía imponerla con otras obras satisfactorias al pecador que quería permanecer en el seno de la Iglesia. Estas obras tenían por objeto expiar la violacion del órden entre los fieles (penas vindicativas), ó preservar al culpable de nuevas faltas (penas medicinales). Al principio, las obras de penitencia no estaban regularizadas por una ley general, y como los casos eran muy diferentes, se dejaba á los Obispos, y en las confesiones secretas á los sacerdotes, autorizados por el Obispo, el cuidado de apreciarlas. Al tratamiento ligero de que se usaba en un principio con los pecadores, se sustituyó una práctica más rigorosa, sobre todo, cuando se multiplicaron las persecuciones. Sin embargo, se obraba de manera que no cayeran en la desesperacion los pecadores, y que no se apagara la mecha todavía humeante. España y África se inclinaban á la severidad; en Roma y Oriente era mayor la indulgencia.

La disciplina penitencial se regularizó insensiblemente, pero sobre muchos puntos se continuó ateniéndose á la opinion del Obispo. Generalmente se pedía que la absolucion del pecador fuese precedida de obras satisfactorias, en el número de las cuales figuraba con frecuencia (cuando se trataba de pecados secretos) la acusacion del pecador ante el Obispo, el clero y el pueblo; pero se omitía cuando en vez de edificar podía aumentar el escándalo, ó traer vergonzosas consecuencias para el penitente ó para los suyos. Se queria, por medio de la severidad y la prolongacion de las penitencias, inspirar no solamente al culpable, sino tambien á los espectadores, horror al pecado; proporcionar á aquel la ocasion de satisfacer en vida de la manera más perfecta posible á la justicia divina, persuadido de que los pecados no borrados ni expiados en la tierra serian mucho más severamente castigados despues de la muerte.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 202.

Morin, Petavio, Natal Alejandro, Aubespin, Tomasin, etc., han sostenido que los pecados mortales secretos eran tambien sometidos á la penitencia pública; pero Sirmond, Binterim, etc., han refutado justamente esta afirmacion; Frank, op. cit., p. 444, 456, no está completamente de acuerdo con ellos, sino con respecto á los pecados de pensamiento, y distingue otras especies de pecados ocultos. La lenidad de la práctica primitiva hácia los penitentes está atestiguada: 1.° por la conducta de San Pablo con los incestuosos; 2.° por la del Evangelista San Juan (texto del § 200); 3.° por el perdon fácilmente concedido á Cerdon y á Marcion

(§ 131; ; Iren., III, 4; Tertul., Præscr., xxx, 4 ; 4.° por los consejos de Dionisio de Corinto (Euseb., IV, 23), á las Iglesias del Ponto respecto á la admision de los pecadores contritos, de los apóstatas y herejes; 5.° por la rehabilitacion de Natal, bajo Zeferino (§ 150, Eus., V, 28); 6.° por lo dispuesto en las constituciones apostólicas, II, 16, 21, 24 ; cf. Cypr., Ep. VIII, p. 486 y sig. La práctica severa de España está demostrada por los cánones de Elvira, 1, 2, 6-8, etc.; cf. Maran, Diss. in Cypr., § 10 et seq.

Disputa acerca de la penitencia.

203. La aparicion de los montanistas, la diferencia de procedimientos empleados por los Obispos, especialmente los que habían caido durante las persecuciones, la inclinacion de unos hácia la dulzura y la misericordia, y la de otros hácia una severidad implacable y una justicia inflexible, produjeron una modificacion en el sistema penitenciario. Algunos Obispos de África querían, como los montanistas, que los apóstatas, asesinos y adúlteros fuesen excluídos por completo de la penitencia; miéntras que el Papa Zeferino opinaba que era menester dejar abierto el camino de la penitencia á los adúlteros. Su sucesor Calixto mantuvo firmemente esta práctica, y declaró además que ningun pecado excluia las penitencias de la Iglesia y la vuelta á su comunion. Se formó contra él, en Roma mismo, un partido de rigoristas, que justificando su ruptura por multitud de razones aparentes, y á pesar de la importancia excepcional de su jefe (Hipólito), no pudo prevalecer, pero se mantuvo largo tiempo en secreto.

En Africa había tambien un partido rígido, y otro excesivamente blando, entre los cuales el episcopado buscó el justo medio. Segun antiguo uso, los Obispos abreviaban el tiempo de la expiacion cuando los pecadores se entregaban con fervor á la penitencia, y los confesores y los mártires intercedían por ellos. Se les perdonaban las penas eclesiásticas que tenían aún que sufrir, ó en otros términos, se les concedía una indulgencia. Estas clases de penitentes necesitaban frecuentemente cartas de recomendacion, libelos, despues de los cuales el Obispo debia hacer la gracia. Estos libelos daban lugar á frecuentes abusos, producían gran perturbacion en el órden eclesiástico al mismo tiempo que oponían obstáculos á la jurisdiccion de los Obispos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 203.

Véase Frank, Das peremptor. Buszedict des Zephyr. (Tüb. Q.-Schr., 1867, III, p. 397-425); Cypr., Ep. LV ad Anton., cap. XXI, p. 638; Philos., IX, p. 289 et seq. Dœllinger, Hippolytus, p. 125 y sig. — Libelli martyrum, Euseb., V, 2; Tertul., De pœnit., cap. X; Cypr., Ep. XV-XVII, p. 513 et seq., 517 et seq.; De laps.,

cap. XVIII, p. 250. Esta fórmula, empleada por los confesores de entónces: *Communicet ille cum suis*, era en otro tiempo desconocida; tenía más alcance que la confesion y en nada se relacionaba con el fervor de los penitentes. Natal. Alex., Hist. eccl., sæc. III, diss. III, t. VI, p. 105, ed. Bing., 1786; E. Klüpfel, De libell. mart., Frib., 1777; Binterim, Denkw., V, 2, p. 315 y sig.

San Cipriano, Novato y Novaciano.

204. San Cipriano había sido nombrado Obispo de Cartago en 248. A muchos clérigos causó descontento su promocion, ya porque era aún neófito, ya porque ellos hubiesen esperado ocupar su lugar. En este número figuraban el sacerdote Novato y el diácono Felicísimo. El Obispo quiso usar de mayor rigor con los lapsos, no tuvo en cuenta los *libelos enviados por los confesores*, y citó al mismo Novato ante su tribunal. Los descontentos se separaron de su comunion, y eligieron en su lugar á Fortunato, que ellos intentaron hacer reconocer en Roma. Cuando Cipriano, que había *nominalmente excomulgado* á Felicísimo, estuvo de vuelta en Cartago, celebró un Concilio donde excomulgó á los cismáticos. Dió además en seguida reglas enteramente conformes á la práctica romana sobre la manera de tratar á los *lapsos*.

En Roma, el sacerdote Novato se adhirió al partido contrario, el de los rigoristas, que tenía por jefe á Novaciano, hombre instruido, dedicado á la filosofía estoica, pero negligente en sus funciones de sacerdote. Novaciano, en 251, se opuso como antipapa á Cornelio, que ocupaba entónces la Santa Sede; se hizo consagrar por los Obispos de tres ciudades poco importantes á los cuales había llamado á Roma, y ensayó, por medio de cartas, hacerse reconocer por las Iglesias de fuera.

Esta tentativa fracasó. Como pretendía haber aceptado á pesar suyo el episcopado, Dionisio de Alejandría le escribió, que la mejor prueba que podía dar, era abdicar voluntariamente por amor á la paz y á la conservacion de la unidad eclesiástica. Excomulgado en un Concilio por el Papa Cornelio, hizo jurar á los suyos, miéntras les daba la Eucaristía, que no se pasarían jamás á la comunion de Cornelio. Enseñaba que los lapsos debían ser *excluidos para siempre* de la Iglesia; que no podían jamás ser renovados por la penitencia [1]; que la Iglesia estaba contaminada con la sociedad de los pecadores, y no debía contener *más* que almas sin mancha [2].

Ignoramos la suerte posterior de Novaciano. Sus partidarios persis-

---

1 Segun *Hebr.*, VI, 4 y sig.

2 De aquí el nombre de puros ó de cátaros que se daban.

tieron en su rebelion, y se derramaron por Constantinopla y el Asia Menor (sobre todo en Frigia, donde se entendieron con los restos de los montanistas); continuaron enseñando que todos los que habían cometido pecados mortales despues del bautismo, estaban excluídos de la Iglesia, rebautizaban á los que pasaban á sus filas, defendían las segundas nupcias y celebraban las Pascuas con los *quartodecimans*.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 204.

Cypr., Ep. XLI et seq., p. 587 et seq.; Ep. LIX (al. 55), p. 606 et seq.; Héfelé, I, p. 85 y sig. Novaciano, á quien los griegos confunden con Novato, habría, segun Sócrates, IV, 28, sufrido el martirio bajo Valeriano; pero se puede poner en duda á causa de la tendencia novaciana de este autor.

Véase además Cornel., ap. Euseb., VI, 43; Dion., ap. Euseb., loc. cit., 45. Cf. ibid. 44, 46; VII, 8, así como el obispo anónimo, contemporáneo de San Cipriano, en el Lib. ad Novat. (Op. III, 52 et seq.), llama á Novaciano hereje y le echa en cara el no leer en la Escritura más que lo referente á la condenacion, y despreciar lo relativo á la misericordia (cap. IX, p. 59). Del mismo modo que los montanistas (Tertul., De pudic., XX), los novacianos invocaban Hebr., ch. VI, 4; de aquí viene el que Cayo, segun San Jerónimo, De vir. illust., cap. LIX, pusiera en duda la canonicidad de la Epístola á los Hebreos, y que por largo tiempo se abandonara su lectura por causa de los novacianos. Philostr., De hær., cap. LXXXIX, — Paciano, Ep. III ad Sympr., presenta así esta doctrina: « Quod mortale peccatum Ecclesia donare non possit, imo quod ipsa pereat recipiendo peccantes. »

Sobre los novacianos posteriores, no condenados por Constantino el Grande (Cod. Theod., XVI, v, 2, a. 326), véase Socr., v, 21, 32.

Diversos grados de la penitencia.

205. Entre ambos extremos, la Iglesia se mantenía en el justo medio, y absolvía á todos los pecadores no endurecidos que habían dado muestras de arrepentimiento. Persuadida de que en el reino de Cristo sobre la tierra hay justos é injustos, zizaña y buen grano [1], del mismo modo que el Arca, figura de la Iglesia, contenía animales puros é impuros, quería que se hiciesen esfuerzos, por medios prudentes, para guiar á las almas corrompidas y profanas por los senderos de la santidad. De aquí la reglamentacion cada vez más precisa de las penas eclesiásticas y de las condiciones que había que llenar para volver á entrar en la comunion de los fieles. Desde el siglo tercero se formaron los cuatro grados ó estaciones de la penitencia, *que comprenden á los plorantes, oyentes, prosternados y consistentes.*

---

1 *Matth.*, XIII, 29, 30.

Los plorantes, que podían simplemente ser admitidos á la penitencia, eran excluídos de los oficios divinos; conjuraban á los fieles para que orasen por ellos é intercediesen en su favor con el Obispo: formaban el grado inferior. Este grado desapareció pronto en Occidente, pero se conservó por más tiempo en la Iglesia oriental. Despues de los plorantes ó gimientes venían los oyentes, que no podían asistir al servicio divino sino hasta el fin del sermon (como la clase correspondiente de los catecúmenos), miéntras que los penitentes de la tercera clase recibian una oracion particular con imposicion de manos. En la tercera clase (la de los prosternados) es donde se ejecutaba la penitencia propiamente dicha, y donde permanecian por más tiempo los penitentes, pues estaban en ella tres, cuatro, cinco y hasta veinticinco años [1]. En ella tambien era donde se consideraba que tenía principio la penitencia. Los pecadores del cuarto grado (consistentes), podían asistir á todo el oficio divino; sólo estaban excluídos de las oblaciones y de la comunion.

Tambien se incluia en este número á los que se acusaban á sí mismos y se mostraban dispuestos á aceptar la penitencia que se les impusiese; se recibía en él generalmente á todos aquellos á quienes por cualquier razon se les debía dulcificar la pena. No todos los penitentes habian de pasar por estos cuatro grados. La penitencia pública, por lo comun, sólo se imponía una vez áun para el pecado mortal. El Obispo tenía en este punto la direccion exclusiva, y solamente despues de la persecucion de Decio (251), fué cuando empezó á ser auxiliado por un penitenciario. Para la confesion secreta podía acudirse á los sacerdotes. La práctica se mitigó más todavía despues de aquella persecucion.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 205.

El papa Calixto I citaba ya los textos de la Biblia en apoyo de la proposicion de que la Iglesia puede contener pecadores en su seno. Hyppol., Philos., IX, 12. Cf. *Lib. ad Novat., loc. cit., cap. II, p. 65. Los cuatro* grados de la penitencia: πρόσκλαυσις, ἀκρόασις, ὑποπίπτωσις, σύστασις, en San Basilio, Ep. can., III, s. ep. CCXVII ad Amphib., c. LXXV (Migne, t. XXXII, p. 804); para cada uno de los tres *primeros grados*, tres años; para el último, dos años. Los προσκλαίοντας se llaman tambien χειμάζοντας, «hiemantes,» y segun algunos καταπενθοῦντες (Petr. Alex., Ep. can. cap., I); manteníanse en el vestíbulo de la Iglesia, expuestos á *todas las* inclemencias del tiempo; eran inferiores, en esto como en lo demás á los catecúmenos. En Gregorio el Taumaturgo (Ep. can., cap. VII, VIII), el ἀκρόασις se considera como el grado *más bajo* (*Pitra, Jur. gr.*, I, 565); los grandes criminales no eran considerados dignos de él. Venian despues los ὑποπίπτοντας, cap. VIII, 9. A

1 Conc. de Ancyra, Can XVI.

otros se les permitía asistir á las oraciones comunes; este grado corresponde desde luégo á la σύστασις. Los Concilios de Ancyra y de Neocesárea mencionan *audientes*, *substrati*, *stantes*. El primero en su can. IV, dispuso que el que había sido forzado á participar de un festin del sacrificio á los ídolos, y había tomado en él parte alegremente, permaneciera un año entre los *audientes*, tres entre los *substrati* y dos entre los *consistentes*; aquel que había participado con tristeza y sin asociarse al gozo de la fiesta, tres; y si no había intervenido en nada, dos años en el tercer grado (can. V).

Para la magia, se prescribía (cap. XXIV) tres años de *substratio* y dos de *consistentia*. Sobre los βαθμοί de la penitencia, véase cap. XX, 21, 23 y los χειμάζοντες, cap. XVII. El Concilio de Nicea (325), can. XI, XII, nombra los ἀκροώμενοι, los ὑποπίπτοντες y el cuarto grado, y dice que es antigua ley canónica dar á los moribundos el viático ántes que hubiesen cumplido su penitencia. Si los enfermos curaban, eran colocados en la clase más alta de los penitentes. Los catecúmenos que habían caído, debían (can. XIV) ser «oyentes durante tres años,» despues de lo cual podrian orar con los demás.

Frank ha probado, p. 863, que la penitencia pública no estaba permitida más que una vez. Cf. Herm., Past., lib. II, Mand. IV; Tert., De pœn., c. VII; Clem., Strom., II, 13; Orig., Hom. XV in Lev., n. 2. Sobre el πρεσβύτερος ἐπὶ τῆς μετανοίας, Sócr., VI, 9; Soz., VII, 16; Thomassin, op. cit., parte I, lib. II, cap. VII, n. 13 et seq.; cap. XLI, n. 7; cap. XXIII, n. 18; cap. X, n. 5; Frank, p. 142 y sig. Práctica mitigada despues de 252, Cyp., Ep. LVII (al. 54), p. 650 et seq.

Penitencia de los clérigos.

206. Con respecto á los clérigos, era regla establecida, que todo delito que en un seglar se castigaba con la excomunion, fuese penado en ellos con la deposicion, porque la Iglesia no quería emplear rigor doble contra un mismo pecado [1]. Estos clérigos eran relegados á la clase de los legos. Cuando reincidían, eran excluídos de la comunion de los fieles, y podían ser condenados tambien á penitencia. En el Concilio de Neocesárea, se estableció (can. I), que el sacerdote que se casara, sería depuesto de su cargo, y el culpable de fornicacion ó adulterio, excluído enteramente y sometido á penitencia. Los clérigos iniciados en las órdenes mayores y depuestos por haber cometido delito, que se atreviesen á ejercer sus funciones, serían absolutamente excluídos de la Iglesia [2]. El clérigo que había renegado del nombre de Jesucristo por temor á los judíos, paganos ó herejes, debía ser depuesto, y excluído si había negado su cualidad de clérigo, sin que pudiera ser admitido de nuevo, sino á título de seglar, y despues de haber hecho penitencia [3]. Los clé-

1 *Nahum*, I.
2 Can. apost., XXIX.
3 Can. apost., LXII.

rigos mismos que se ofrecían voluntariamente á combatir por Jesucristo, pero flaqueaban en el momento decisivo, no podían desempeñar ya su sagrado ministerio, aunque no quedasen fuera de la comunion religiosa [1].

Obras de consulta y observaciones críticas sobre el número 206.

Sobre la excomunion de los seglares, equivalente á la deposicion en los clérigos, can. ap., 25, 32, 63, 66, 69, 70, 84; Eph., cap. VI; Chalc., cap. II, 8, 29; Aug., Ench., cap. LXXX; Basil., Ep. CLXXXVIII, cap. III (Migne, t. XXXII, p. 672); Cypr., Ep. III, LV, LXVII, XXXIV, LXXII; *Corn.*, ap. *Eus.*, VI, 43; *Siric.*, *Ep. I*, cap. XIV; Leo M., Ep. CLXVII, cap. II, p. 421; Optat., De schism. Don. II, 35; Bingham, Aut., XVII, § 51; Thomassin, II, I, cap. LI, n. 9, 12, 13; cap. LVI, n. 4, 12-14. San Cipriano, Ep. LXV, p. 721, habla de la penitencia de los sacerdotes y de los Obispos que habían mostrado debilidad durante la persecucion, se les impedía continuar en el ejercicio de su ministerio. En Ep. LXIV, cap. I, p. 717, Terapio, Obispo de Bula, fué censurado por haber reintegrado sin penitencia previa al sacerdote Víctor, que había apostatado; sin embargo, su resolucion no fué anulada. El cánon 130 de los Apóstoles, depone y excomulga á los que han adquirido empleos eclesiásticos por medio de la simonía.

Reglamentos de la penitencia pública.

207. La penitencia pública era impuesta especialmente á los apóstatas que caían en la idolatría, á los asesinos, á los adúlteros é impúdicos de diferentes clases. Más tarde se extendió tambien á crímenes particularmente odiosos, como el robo, la usura, el falso testimonio, el perjurio, etc. El que había producido escándalo público, podía ser obligado á la pública penitencia; debía evitar toda diversion y hasta abstenerse de las relaciones conyugales. De aquí proviene la necesidad que el marido tenía del consentimiento de su mujer para entregarse á la penitencia. Los penitentes de grado inferior llevaban ordinariamente la cabeza cubierta de ceniza, cortados los cabellos é iban cubiertos de harapos. Se prosternaban ante los fieles é imploraban sus oraciones. El ayuno prescrito era severo y la plegaria frecuente. Los casos de enfermedad, ó el fervor de los penitentes daban lugar á suavizar las penas; en las dolencias graves se obraba con suma indulgencia. Cuando algun cristiano enfermo hacía voto voluntariamente de abrazar la penitencia pública, lo cual ocurría á menudo, se le obligaba, despues de su curacion, á cumplir su promesa. Los penitentes permanecían excluidos del

1 Pedro de Alejand., can. X.

estado eclesiástico. Cuando un Obispo, un sacerdote, no acogían á un pecador verdaderamente contrito, cuando le rechazaban, se consideraba esta repulsa como un crímen que afligía á Jesucristo y se hacía expiar esta falta con la deposicion [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 207.

Usura, Conc. Elib., cap. XX; Arel, cap. XII; c. ap., XLIV. — Falso testimonio, Conc. Iliber., c. LXXIV. — Robo y pillaje, Greg. Thaum., Ep. can., cap. II, 3, 8. — Matrimonios prohibidos, sobre todo con la hermana de la mujer difunta, Ilib., cap. LXI; Neocæs., cap. II; Basil. M., Ep. CLX; con la nieta, Elib., cap. LXVI. — Sobre la conducta de los penitentes, Tert. De pud., c. XIII; Eus., V, 28; Franck, p. 691 y sig. — Su exclusion del estado eclesiástico, Thomassin, II, I, c. LXVI, n. 25; lib. II. cap. XII, n. 18; Mamachi, Ant., t. IV, p. 187 et seq.; Bianchi, Della potestà e polizia della Chiesa, t. I, lib. III, § 2, n. 4, p. 453. — Suavidad con los enfermos y moribundos, Franck, p. 121, 885. — Derecho del Obispo para mitigar la pena, Ancyr., cap. V; Neocæs., cap. III; Nic., cap III; Thomassin, part. II, libro II, cap. XII, n. 8, 14.

La uncion de los enfermos. — La sepultura de los muertos. — El culto de los mártires y de los santos.

208. Juntábase á la penitencia la uncion de los enfermos mencionada por el apóstol Santiago, V, 14: «Cualquiera de vosotros que enferme, llame á los sacerdotes de la Iglesia á fin de que rueguen por él y le unjan con el óleo en nombre del Señor.» Estando unida á esta ceremonia santa la promesa expresa de la remision de los pecados y del alivio del enfermo, nada falta allí para que sea verdadero sacramento. La Iglesia manifestaba de mil maneras su caridad á los que padecen.

La sepultura de los difuntos se hacía con religiosa solicitud. No se quemaban los cadáveres como hacían la mayor parte de los paganos; se les inhumaba segun la costumbre de los judíos y el espíritu de las Santas Escrituras, que consideran el cuerpo separado del alma como una semilla depositada en la tierra; se les trataba como había sido tratado el cuerpo del Salvador, que fué puesto en un sepulcro. Los cristianos no tenían los cadáveres por cosas impuras, así como los tenían los judíos, sino como templos del Espíritu Santo, destinados á transfigurarse en la resurreccion futura. Los fieles se acordaban en sus oraciones de sus hermanos difuntos, y ofrecían por ellos el sacrificio eucarístico, principalmente en los días tercero, séptimo (ó noveno) y trigésimo

[1] Can., Apost., LII; Const., Apost., II, 12 y sig.

(ó cuadragésimo), despues del aniversario de la sepultura *(depositio)*. Tributaban culto particular á los mártires, cuyos huesos veneraban como preciosas reliquias, que estimaban por encima del oro y las pedrerías. Recogían sus restos mortales y los exponian a la pública veneracion, la cual, sin embargo, no la confundían los cristianos con la adoracion debida al único y verdadero Dios. Colocaban ordinariamente cerca de sus cuerpos palmas y vasos, que contenian la sangre del mártir. Estaban firmemente convencidos de que los santos deben ser honrados como amigos del Señor, que se puede invocar su intercesion, y que tienen el poder de asistirnos cerca del trono del Altísimo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 208.

Sobre Jac., v, 14 y sig., véase Dœllinger, Christenth. u. K., p. 245 y sig. La uncion de los enfermos unida á la penitencia, Orig., Hom. II in Lev. n. 4 (Op. II, 191); Chrys., De sacerd., III, 6 (Migne, t. XLVIII, p. 641). Más claramente, Innoc. I Ep. ad Decent. Eug., cap. VIII. — Sufragios por los difuntos, Tert., De cor., cap. III; De monog., cap. X; De exhort. cast., cap. XI; Cypr., Ep. I ad Furn.— Inhumacion, Min. Fél., cap. XXXIV; Fr. Mel. de Memisje, De re funebri vett. christ. Synt., Matriti, 1789; Binterim, Denkv., VI, III, p. 362 y sig.; Baudri, Dieringer, Ztschr. f. Wiss. u. Kunst., 1845, I, II; Dœllinger, p. 419 y sig. — Culto de los mártires y de los santos, Ep. Eccl. Smyrn. de mart. Polyc., cap. XVII, XVIII; Tert., Mart., cap. I et seq.; Cypr., Ep. XII, cap. II, p. 503; Exhort. mart.; Orig., Exhort. mart.; Eus., V, 2; Const. ap., V, 8; Auctor de laude mart. Op. Cypr., part. III, p. 25 et seq.; Acta S. Tryp. et Resp. — Acta S. Ignacio Ant., cap. VI.— Orig., lib. III in Cant. (Op. III, 75): «Sed et omnes sancti qui de hac vita decesserunt, habentes adhuc charitatem ergaeos qui in hoc mundo sunt, si dicantur curam gerere salutis eorum et juvare eos precibus suis atque interventu suo apud Deum, non erit inconveniens.» II Mac., XV, 14. Cf. Hom. XVI in Josue; Hom. I in Ezech., n. 7; De orat., n. 14; Contra Cels., VIII, 14; Exhort. ad mart., cap. XXX; Cypr., De hab. virg., cap. XXIV, p. 205 fin.

El matrimonio.

209. El matrimonio, que había degenerado entre los paganos y perdido entre los judíos su pureza original, era considerado por los cristianos como el símbolo de la union de Cristo con su Iglesia, como un gran misterio [1]. Luégo fué restablecido tal como lo había sido en el principio [2], como vínculo verdaderamente indisoluble [3], que no podía ser roto ni

---

1 *Ephes.*, v, 32.
2 *Matth.*, XIX, 4, y sig.
3 *I Cor.*, VII, 10, y sig.; *Rom.*, VII, 2, 3.

áun por el adulterio [1]. En el cristianismo, el hombre y la mujer fueron investidos de los mismos derechos [2]; la mujer no debía ya ser esclava del hombre, sino la verdadera compañera de su vida. La union de los esposos fué santificada por la Iglesia. Vemos desde los tiempos más remotos, que había costumbre de consultar al Obispo (y más tarde al sacerdote) sobre esta union, el cual bendecía á los cónyuges y ofrecía en ella el santo sacrificio.

Los esposos recibían en este sacramento las gracias necesarias para vivir una vida santa y criar á sus hijos segun las máximas del Cristianismo. Las segundas nupcias, que San Pablo había permitido á las viudas [3], y que los montanistas rechazaban, eran desaprobadas por muchos doctores rígidos como una peligrosa debilidad, un adulterio honesto, ó al ménos como una imperfeccion. Los santos Padres disuadían del matrimonio con los paganos ó lo prohibían; pero se mantenían las uniones verificadas ántes de la conversion [4], con tal que el cónyuge infiel consintiese en vivir en paz con el fiel, y que no pusiese en peligro la salvacion de su alma. En caso contrario se permitía al último el divorcio [5].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 209.

Patrizi, De interpret. SS. Script., Romæ, 1854, I, p. 169, demuestra que no es posible confundir πορνεία (Matth., v, 22; xix, 9) con μοιχεία. Véase Dœllinger, op. cit., p. 458-464. — Indisolubilidad del matrimonio en Herm., Past., lib. II, mand. 4, n. 1; Clem., Strom., II, 23; Tert., Cont. Marc., IV, 34; De Pat., cap. xii; De monog., cap. ix; Cypr., Testim., III, 90; Orig., Hom. xiv in Matth., n. 16 et seq. (Op. III, 636 et seq.); Conc. Elib., cap. ix; Arel., cap. x. — Ignat., ad Polyc., cap. v: Πρέπει δὲ τοῖς γαμοῦσι καὶ ταῖς γαμουμέναις μετὰ γνώμης τοῦ ἐπισκόπου τὴν ἕνωσιν ποιεῖσθαι, ἵνα ὁ γάμος ᾖ κατὰ Θεὸν καὶ μὴ κατ' ἐπιθυμίαν. Tert., Ad ux., II, 9: «Unde sufficiamus ad enarrandam felicitatem ejus matrimonii quod Ecclesia conciliat et confirmat oblatio et obsignat benedictio, angeli renunciat, Pater ratum habet?» Al contrario de los gnósticos y de los maniqueos, que menosprecian el matrimonio, la Iglesia ensalza siempre su santidad, segun Hebr., xiii, 4; I Tim., iv, 1 y sig.; *Tert., De an., cap. xi; Const. ap. VI, 11. — Sobre las segundas nupcias,* Athen., Leg., cap. xxxiii et seq.; Const. ap. III, 2; Clem., Strom., II, 23; III, 11; Pastor Herm., loc. cit., n. 4. Cf. Cotel., in Const. ap., loc. cit., p. 64; Orig. xvii in Luc.; Theop., III, 15. — Sobre el matrimonio con los infieles, Tert., Ad ux., II, 3-7; De monog., cap. vii; Conc. Elib., c. xv-xvii; Arel., cap. xi. San Cipriano,

---

1 *Marc.*, x, 6-9; *Luc.*, xvi, 18.
2 *I Cor.*, vii, 3-5; x.
3 *I Cor.*, vii, 9; *Rom.*, vii, 2, 3.
4 *I Cor.*, vii, 21, 14
5 *Ibid.*, vers. 15.

De laps., cap. VI, p. 240, cita entre los pecados de los cristianos: «Jungere cum *infidelibus vinculum matrimonii, prostituere gentilibus membra Christi.*» Los Padres recuerdan á este propósito II Cor., v, 14. — Focio, Amph., q. LXXXV, p. 556, ed. Par., s. ep. CLV, ed Montac. decía que podía leerse ἑτερο- γ ἑτεροζυγοῦντες, y aplicar este pasaje á aquellos que admitían la doctrina de los infieles ó á los que comunicaban con ellos, sobre todo en el matrimonio. — Sobre I Cor., VII, 15, véase más arriba § 160.

Las bendiciones y las oraciones.

210. Toda la vida de los cristianos era santificada por las bendiciones y oraciones de la Iglesia. El rito de la imposicion de las manos era usado no solamente en la ordenacion de los ministros de la Iglesia, sino tambien en la confirmacion, en la penitencia y el catecumenado; pero no tenía en todas partes la misma significacion. Los fieles pedían con frecuencia á los Obispos y sacerdotes la bendicion.

La oracion ocupaba siempre el primer rango en la vida eclesiástica, así como en la privada de los cristianos; era un fermento de renovacion moral, un medio expansivo de civilizacion, y cuyos resultados sobrepujaban á todo lo que se había visto hasta entónces; un lazo de comunion y confraternidad, un ejercicio que ponía de acuerdo las inteligencias y las voluntades, á pesar del número siempre creciente de los fieles, y no obstante la desigualdad originaria de los dones del espíritu y de la educacion. Era un medio eficaz de mantener la paz y de reconciliar los corazones, una lucha incesante contra todas las rebeliones del egoísmo y la concupiscencia, un manantial de consuelo y de fuerza en las pruebas reservadas á todo cristiano; porque el cristianismo es la religion de los que sufren. Los discípulos no debían estar por encima del maestro; ellos serían afrentados como él lo había sido á causa de su nombre [1]; la alegría en la tribulacion no se encontraba sino entre los cristianos; ella es la que purificándoles de sus manchas les daba la conviccion de que se semejaban á su divino modelo.

La oracion era una victoria del hombre sobre sí mismo, especialmente cuando intercedía por sus opresores y sus más crueles enemigos [2]; era la más alta expresion de la fuerza del alma unida á Dios, y que sabe cuánto pueden obtener del cielo las súplicas perseverantes de los justos [3], las cuales suben á Él como perfume de gratísimo olor.

1 *Matth.*, X, XXII, 24.
2 *Matth.*, V, 44.
3 *Jac.*, V, 16.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 210.

En la Iglesia antigua, la imposicion de las manos tenía muchos sentidos. Véase Aug., De bapt., III, 16 (*cap. LXXIV, c. 1, q. 1*): « *Quid est manus impositio aliud quam oratio super hominem?* » Había tantas imposiciones de manos como oraciones hechas en favor de una persona. Los griegos empleaban χειροθεσία para todas las imposiciones de manos usadas en el bautismo, la penitencia, la vuelta de la herejía, etc.; Const. ap., III, 15; II, 41, 43; VII, 30, 44; Conc. Nic., cap. VIII (Pitra, Jur. gr., t. I, 186, 189, 239, 373, 377, 430). Para la ordenacion, empleaban sobre todo χειροτονία (Pitra, loc. cit., p. 54-58; part. 1, can. ap., 1, 2), término igualmente usado para la eleccion y la institucion. Balzam. Zonar., in cap. I ap. Justell., in Nic., cap. V; Fontani, Nov. delic. erudit., II, p. 68, not. 1; Hallier, De sacr. ordin., Par., 1636; Proleg., cap. IV.—Sobre la oracion, véase la excelente exposicion de Dœllinger (p. 360, 361). Cf. Hildebrand, De vet., precibus christ., Helmst., 1735; Probst., Lehre und Gebet der drei ersten christl. Jahrb., Tubingue, 1871. Los cristianos oraban casi siempre de pié, sobre todo en el domingo, en tiempo de Pascua y de Pentecostés. Tert., De cor., III; Nic., cap. XX., elevaban las manos y los ojos. Orig., De orat., cap. XXXI. En las catacumbas se ve á la persona que ora (representa frecuentemente á la Iglesia ó á la Santa Virgen), con las manos extendidas y levantadas. La prosternacion y genuflexion eran propias sobre todo de los penitentes.

Fórmulas de oraciones.

211. Así como tenían los cristianos tiempo determinado para la oracion, tenían tambien fórmulas para ella. La más importante era la Oracion dominical, compuesta de siete peticiones y enseñada por el Salvador; plegaria universal, aplicable á las necesidades espirituales y corporales de todos los estados y naciones, comentada y exaltada desde los primeros tiempos con particular predileccion por los grandes doctores de la Iglesia, que encontraban en ella el resúmen en pocas palabras, pero con gran riqueza de pensamientos, de toda la predicacion de Jesucristo; plegaria que saca todo su valor de su orígen divino; plegaria, en fin, la más agradable á Dios al mismo tiempo que la más eficaz. Los fieles unían á ella los cantos de los salmos, sublimes efusiones de una poesía alternativamente profética, didáctica y lírica; los cánticos de las jóvenes de Babilonia, el de Zacarías, el de la Santísima Vírgen (representados con bastante frecuencia en las catacumbas), que arrebataban los corazones, y que la antigüedad usaba ya en sus grandes solemnidades.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 211.

Tiempo de la oracion, Const. ap., II, 59; VIII, 34, 39; Tert., De orat., cap. XXV, De jejun., cap. XI; Cypr., De domin. orat., c. XXXV, p. 292. — Oracion del Señor,

Dœllinger, p. 357. Es menester citar aquí las excelentes obras de Tertuliano, De oratione; de Orígenes y de San Cipriano. Tertuliano, De orat., cap. I, dice del «Pater:» «Quantum substringitur verbis, tantum diffunditur sensibus. Neque enim propria tantum orationis officia complexa est, venerationem Dei aut hominis petitionem, sed omnem pene sermonem Domini, omnem commemorationem disciplinæ, ut revera in oratione breviarium totius Evangelii comprehendatur.» — Bella exhortacion á la oracion, Cypr., ep. XI, p. 495. Canto de los «salmos.» Const. ap., II, 54, 57 (Pitra, I. 200, 204). «Canticum trium puerorum,» Dan., III, 24 y sig., 51 y sig., de Cypr., De dom. orat., cap. VIII, p. 271. Cf. Orig., De orat., cap. XIII.

§ 3.° *Los tiempos y lugares santos.*

Las fiestas de los cristianos.

212. La vida del cristiano es una fiesta continua, y todos los dias son para él igualmente santos [1]. Sin embargo, convenía que bajo el Nuevo Testamento, los grandes actos verificados por Dios en el seno de la humanidad fuesen celebrados con fiestas particulares, como lo habían sido bajo el Antiguo; convenía recordar de una manera particularmente sensible la vida del Hombre-Dios, y solemnizar la memoria de su pasion y resurreccion.

Los judeocristianos solemnizaban tambien, segun el Señor mismo lo había hecho, el antiguo sábado como un día de reposo, aunque hubiese perdido su significacion para los cristianos [2]. En cuanto á la Iglesia, había resuelto desde el tiempo de los Apóstoles que el primer día de la semana, el domingo, fuera consagrado al Señor, en recuerdo de su resurreccion. Era el día de la oracion y del reposo sagrado; ninguna cosa recordaba allí los terrores de los judíos; no se ayunaba, y era completa la abstencion de trabajos serviles. En el miércoles y viérnes, consagrados al recuerdo de la muerte del Salvador, se observaba un medio ayuno (hasta tres horas despues del medio día, días de estacion).

Había, pues, en cada semana días de fiesta y de ayuno, y como la vida de la Iglesia y la de los fieles están mezcladas de alegrías y tristezas, cada semana renovaba recuerdos análogos, porque todo debía referirse á la vida del Redentor. Los días en que se representaba al Esposo como ausente [3], eran días de ayuno [4]; los de su resurreccion y manifestacion gloriosa, de alegría.

---

1 *Exod.*, III, 7 y sig.
2 *Coloss.*, II, 16.
3 *Matth.*, IX, 15.
4 Tertull., *De jejun.*, cap. II.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 212.

Todos los días son sagrados para los cristianos. Col., II. 16; Gal., IV, 9 y sig.; Rom., XIV, 5; Clem., Strom., VII, 7 init.; Orig., Contra Cels., VIII, 22. — El domingo (κυριακὴ scil. ἡμέρα) está indicado en Apoc., I, 10; Act., XX, 7; I Cor., XVI, 2 col.; Matth., XXVIII, 1; Joan. XX, 26; Barnab., Ep., cap. XV; Ignat., Magn., IX; Justin, Apol., I, 67: τῇ τοῦ ἡλίου λεγομένῃ ἡμέρᾳ. Tert., De orat., XXIII; De Cor., III; Apol., cap. XVI; Ambros., Serm., LXI. Meliton de Sardes escribió περὶ κυριακῆς. Dionisio, Cor., apud Euseb., IV, 23, menciona τὴν κυριακὴν ἁγίαν ἡμέραν. Véase Hengstenberg, Der Tag des Herrn, Berlin, 1852. — En cuanto al ayuno del sábado *(superpositio jejunii)*, parece, segun Victorino Pet. (Gallandi, Bibl. patr. gr., t. IV; Routh., Rel. sacr., III, 237), haber tenido por fundamento la preparacion para la comunion del domingo, y segun Inocencio I, Ep. ad Decent., la tristeza de los Apóstoles con motivo de la sepultura del Señor. — Sobre la antigüedad del uso en Roma, véase Assemani, Bibl. jur. Orient., I, p. 427 et seq., 434. El ayuno del sábado estaba igualmente prescrito por el Concilio de Elvira, cap. XXVI, (Héfelé, I, 38), miéntras que era prohibido en Oriente, donde el sábado era con frecuencia un dia de fiesta. Const. II, 59; V, 18; VIII, 33; Socr., VI, 8; Soz., VIII, 8; Augusti, Hdb. der Archæol., I, 515. Estaciones (cf. Herm., Past., lib. III; Sim. V, c. III): Tertuliano la explica, De orat., c. 14, por el *exemplum militare*. Ayuno del miércoles y del viérnes, Orig., Hom. X in Lev., n. 2; c. ap., 69.

Las fiestas.

213. Las fiestas eran igualmente conocidas en la Iglesia primitiva. Las más antiguas eran Pascuas y Pentecostés, que se celebraban segun el uso de la Sinagoga, pero con significacion diferente en recuerdo de la Resurreccion de Jesucristo y de la venida del Espíritu Santo. Estas dos fiestas se hallaban estrechamente enlazadas en su conjunto, y el intervalo que las separaba era un tiempo de alegría. Precedíalas una larga preparacion consagrada al ayuno, el cual, siguiendo los ejemplos del Antiguo Testamento y de Jesucristo mismo [1], duraba cuarenta días (ayuno cuadragesimal). Cesaba completamente en Pascuas, y durante este período, se celebraba los cuarenta días que Jesús pasó en medio de sus discípulos [2]. Así, la fiesta de la Ascension en el tercer siglo, se enlazaba ya con la de la Pascua.

En España algunos terminaban la solemnidad en este mismo día; pero el Concilio de Elvira (305 ó 306) ordenó (cánon XLIII), que se celebrara tambien el quincuagésimo día despues de la Pascua (la Pentecostés).

1 *Matth.*, IV, 2.

2 *Actas*, I, 3.

En Oriente, la primera fiesta que se celebró es la de la Epifanía (6 de Enero); pero es dudoso si fueron los basilidianos ó los católicos quienes comenzaron. En el cuarto siglo, esta fiesta fué adoptada por la Iglesia occidental, miéntras que los orientales tomaron de ella la de Navidad (25 de Diciembre). Los occidentales no celebraban la Epifanía en memoria del nacimiento del Salvador, sino en recuerdo de su aparicion á los paganos (á los tres Magos), de su manifestacion cuando fué bautizado por San Juan, y de su primer milagro conocido.

Estas grandes solemnidades comenzaban, por lo comun, desde la víspera por la noche con vigilia (nocturnos, παννυχίδες). Algunas iglesias celebraban tambien con mucha pompa el aniversario de la muerte de los mártires (*natalitia*, día de su nacimiento á una vida mejor), y el de los niños inocentes degollados en Belen.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 213.

Tert., De cor., cap. III: Die dominico jejunium nefas ducimus vel de geniculis adorare. Eadem immunitate a die *Paschæ* in *Pentecosten* usque gaudemus. Cf. Orig., Contra Cels., VIII, 22; Const. ap., V, 17-19; VIII, 33. El carisma (τεσσαρακοστή), que segun Leon el Grande, Serm. XLIII de Quadrag., n. 6; Hier., Ep. XXVII, al 54 ad Marc., sería institucion apostólica, es mencionada por Orígenes, Hom. X in Lev., n. 2; Const. ap., 69; Const. ap., V, 14-18; Eus., V, 24. Cf. J. Filesac, Quadragesima sive de prisco et vario ritu observatæ apud christ. gent. Quadrag., Lutet., 1540; Natal. Alex., Diss. IV ad sæc. II de jejun. Montan. et cath. contra Dallæum. — Fiesta de la Ascension (ἀνάληψις τοῦ κυρίου), Const. ap., V, 19 (23), VIII, 33; Aug., Ep. CXVIII ad Jan., cap. I. Sobre Conc. Ilib., 43, véase Héfelé, Conc., I, 145. — Epifanía, véase más arriba, § 118 a, ε. Const. ap., V, 13, donde tambien ha hablado de Natividad. Esta última fiesta, segun el discurso pronunciado en Antioquía por San Crisóstomo el 25 Diciembre 386 (Op. II, 355), no se celebraba allí hacía diez años; en Roma, segun San Ambrosio, De virg., III, 1, se celebraba ya bajo Liberio, y áun ántes, siguiendo una antigua tradicion (Aug., Trin., IV, 5; Const. apost., loc. cit.). Véase Cassel, Weihnacht, Berlin, 1861. — No está demostrado, en manera alguna, que la fiesta de Navidad fuese un complemento de las brumalias paganas (*natales invicti solis*), á las cuales se enlazarían tambien las saturnales del 17 al 24 de Diciembre y las sigilarias del 24 de este mes (fiesta de las imágenes y los ídolos, Dœllinger, Heidenth., p. 548).

Los Padres han explicado y ensalzado siempre la fiesta de Navidad independientemente de toda otra; ellos han dicho que caía en el solsticio del invierno, porque el nacimiento de Cristo había tenido lugar en tiempo de las noches más largas (aludían á la incredulidad reinante), y de los días más cortos (porque la ciencia era aún débil y estaba en su crepúsculo). Greg. Niz., Op. III, 340, Aug., Serm., CXC, n. 1. — Vigilias (παννυχίδες), Tert., Ad ux., II, 4; Lact., Inst., VII, 19; Const. ap., V, 19; Hier., in Matth., XXV, 6. — Fiesta de los mártires (γενέθλια), Ep. Eccl. Smyrn. de mart. S. Polyc., Eus., IV, 15. Cf. Vita Const., IV, 23; Tertul., De cor., cap. III; Cypr., Ep. XXXIX (al. 34), cap. III, p. 583.

La controversia pascual.

214. En el *segundo siglo estallaron* muchas *disputas* sobre la fiesta de Pascua y el ayuno que la precede. Los fieles del Asia Menor observaban práctica *diferente* de la de *Roma* y *demás* Iglesias. A *imitacion* de los ebionitas, con los cuales nada tenían de comun por otra parte, celebraban la muerte del Señor (Pascha staurosimon) el 14 Nisan, cualquiera que fuese el día de la semana en que cayese, y la Resurreccion el 16 del mismo mes. En Roma, por el contrario, y en las demás Iglesias, la Pascua era siempre celebrada en *domingo*, y el día de la muerte del Salvador en viérnes; cuando ésto no caía en el 14 Nisan, se trasladaba la fiesta al viérnes siguiente. En Roma era el día de la semana lo que decidía; en el Asia Menor el del mes (hebraico). Aquí se terminaba el ayuno el 14 Nisan; en Roma no concluía sino en el día de Pascua (Pascha anastasimon), lo que ofrecía numerosos inconvenientes para los cristianos que iban de viaje.

No era solamente la duracion del ayuno sino *tambien* la *manera* de ayunar lo que variaba en las distintas *iglesias*. Cuando San Policarpo, Obispo de Smirna, fué á Roma (160-162), siendo Papa Aniceto, hubo *cuestion* sobre estas divergencias, pero no se consiguió conciliarlas. La comunion no fué perturbada por ello, y Aniceto permitió al Obispo del Asia Menor ofrecer solemnemente el santo sacrificio. Muchos años despues, hácia el 170, despues del martirio de Sagaris, Obispo de Laodicea, se vió nacer en esta poblacion un partido que celebraba en el 14 Nisan la fiesta de Pascua absolutamente á la manera de los judíos y ebionitas, con la inmolacion de un cordero (herejes quartodecimantes). Este uso *provocó larga correspondencia*, en la cual tomaron parte Meliton, Apolinar y otros. Pero si los asiáticos, de que acabamos de hablar, celebraban la muerte del Señor el 14 Nisan, y *lo que es más*, como una fiesta de regocijo (en Roma el viérnes Santo era considerado como día de duelo), su culto nada tenía de comun con el rito *judaico*. *Un sacerdote* llamado Blasto intentó implantarlo en Roma, y esto fué probablemente la causa que determinó á la Iglesia romana á mostrarse más severa contra el modo con que los asiáticos celebraban la Pascua, porque parecía favorecer las tendencias judaicas. El Papa Víctor ordenó celebrar Concilios é introducir en Oriente la práctica de Roma (196-198). La mayor parte de los Obispos en sus asambleas se declararon á su favor, tales como Palmas, Obispo de Amastris, en el Ponto, los Obispos de Acaya, Egipto, Palestina y Galia. Manifestaron que era regla de la

Iglesia no celebrar la fiesta de la Resurreccion en otro día que el domingo.

Sin embargo, Polycrates, Obispo de Efeso, y sus sufragáneos, se declararon á favor de la costumbre asiática invocando la tradicion de los *Apóstoles Felipe y Juan*, y la de muchos santos del Asia Menor, incluso San Policarpo. Los romanos respondieron oponiendo la tradicion de San Pedro y San Pablo. El Papa Víctor amenazó con excomulgar á los asiáticos si perseveraban en su resistencia. San Ireneo, obispo de Lyon, acudió á él y le hizo algunas observaciones, apoyándose en la conducta de Aniceto con respecto á Policarpo y alegando el principio de que la diversidad de prácticas, especialmente en lo concerniente al ayuno, léjos de *turbar la unidad de la fe*, le daba mayor realce y esplendor. Parece que el santo Obispo, el cual por lo demás observaba la práctica romana, obtuvo algun éxito para su causa, y es muy verosímil que Víctor se abstuviese de emplear otras medidas contra Policarpo y los suyos. El uso de Roma fué adoptado por algunos obispos del Asia Menor y prescrito universalmente por el Concilio de Nicea (325); ya ántes era observado en casi toda la Iglesia.

ADICION.

Véase aquí la carta que San Ireneo, Obispo de Lyon, escribió con este motivo al Papa Víctor en nombre de los cuatro Obispos de la Galia [1]: «No se trata solamente de la Pascua en esta disputa, sino tambien de la manera de ayunar: unos creen que deben ayunar un día, otros más; muchos cuentan para su ayuno cuarenta horas del dia y de la noche [2]. Esta diversidad de usos en la manera de ayunar no há comenzado en nuestros días, sino desde el tiempo de nuestros padres, que parece recibieron, sin exámen suficiente, costumbres introducidas por simplicidad ó por un espíritu particular. Sin embargo, ellos conservaron la paz entre sí, como nosotros la guardamos todavía. Así, esta diversidad de usos en la manera de ayunar no atenta contra la unidad de la fe. Los que han gobernado á nuestra Iglesia, ántes de Sotero, es decir, Aniceto, Pío, Higinio, Telesforo y Sixto, no han seguido la observancia de los asiáticos, ni lo permitieron á los que estaban cerca de ellos; sin embargo, no negaron la comunion á los Obispos de estas Iglesias, *que venian á Roma, y les enviaron la Eucaristía* [3]. Habiéndose presentado en esta ciudad el bienaventurado Policarpo, bajo el pontificado de

1 Léese en el griego: *en nombre de los hermanos de la Galia, á la cabeza de los cuales él estaba*: lo cual se puede entender de los Obispos ó de los simples fieles.

2 San Ireneo no habla de la duracion de la Cuaresma, sino de la diversa manera de observar en ella el ayuno. Unos no ayunaban sino un dia; otros prolongaban su ayuno muchos dias consecutivos sin tomar parvedad. Este es el sentido del texto, segun la edicion de M. Valois, que es la más exacta.

3 Los Obispos se enviaban en otro tiempo la Eucaristía, en señal de comunion, sobre todo en la fiesta de Pascua; este uso fué prohibido por el cán. XIV del Concilio de Laodicea.

Anacleto, trataron ambos sobre ciertos puntos acerca de los cuales opinaban con alguna diferencia y pronto se pusieron de acuerdo. Pero en cuanto al artículo en cuestion, no rompieron los vínculos de la caridad, aunque Aniceto no logró decidir á Policarpo á que abandonase la práctica que había recibido de Juan, discípulo del Señor y de otros Apóstoles con quienes había vivido, ni Policarpo persuadir á Aniceto que cambiara la costumbre observada por sus predecesores. Continuaron en comunion y Aniceto permitió á Policarpo celebrar públicamente en la Iglesia nuestros santos misterios.—*(N. del T. f.)*

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 214.

Muchos han escrito sobre la fiesta de Pascua, especialmente Gabriel Daniel, S. J., 1724; Chr.-A. Heumann, Mosheim, Walch (Ketzerhist., I, 666 y sig.; Rettberg (Illgens Ztschr. f. hist. Theol., 1832, II); Weitzel (Die christl. Passahfeier, Pforzheim, 1847); Ritschl (A 31), p. 248 y sig.; Hilgenfeld (Der Paschahstreit der alten Kirche, Halle, 1860); Steitz (Stud. u. Krit., 1856, III), etc. Véase sobre todo Héfelé, Freib. K.-Lex., VII, 871 y sig.; Conc.-Gesch., I, 286 y sig.

La palabra πάσχα, que algunos quieren hacer derivar de πάσχειν, corresponde al hebreo פֶּסַח de la פַּסְחָא, Exod., XII, 21, 27; διαβατήρια, Orig., Contra Cels., VIII, 22; Jesucristo la empleaba tambien para significar el cordero pascual (I Cor., V, 7). Los habitantes del Asia Menor distinguen igualmente el πάσχα ἀναστάσιμον del σταυρώσιμον. Suicer, Thes. e Patr. gr., I, 304; II, 621 et seq. *Pascha* significa, ya la semana de Pasion (Semana Santa, ἑβδ. μεγάλη), ya toda la solemnidad de la fiesta, ya uno ú otro día de la semana. Tertul., De jejun., XIV; De orat., XIV; Eus., Vita Const., III, 18; Epiph., Hom. L, 3.

Las diversas clases de ayuno son enumeradas por San Ireneo, ap. Eus., V, 24; Dion. Alex., Ep. ad Basil. (Pitra, I, 541-545). El ayuno rigoroso duraba hasta la noche *(plenijejunium)*; el otro hasta las tres *(semijejunium)*. Había un tercer ayuno, ὑπέρθεσις, *superpositio*, voluntario al principio, y que los montanistas hacían obligatorio. Cf. Eliber, cap. XXIII-XXVI.

En tiempo de San Ireneo, unos ayunaban veinticuatro horas, otros cuarenta y aun más; este ayuno rigoroso, xerophagia, no era casi observado en Occidente más que el Viérnes Santo. Véase Binterin, Denkw., V, 2, p. 63. Bœhmer, Christl. Alterth., t. II, 98; Liemke, Die Quadragesimalfasten, Paderb., 1854; A. Linsenmayr, *Entwicklung der kirchl. Fastendisciplin bis zum Concil v. Nicæa*, Munich, 1877. Aniceto y Policarpo, Iren., ap. Eus., V, 24; Hier., De vir. ill., capítulo XVII; quatordecimantes de Laodicea, Euseb., IV, 26. Que Meliton fuera combatido por Clemente de Alejandría, Eusebio, loc. cit., col. VI, 3, no lo dice; sino solamente *que escribió sobre esto con ocasion de Meliton (Ritschl, p. 249 y sig.)*. Tampoco está probado que Claudio Apolinario se apartara de Meliton (Ritschl, op. cit.; Héfelé, Conc., I, 299). Dice de Blastos (Euseb., V, 15), Append. ad Tert. præscr., cap. LIII: «Blastus, qui latenter vult judaismum introducere... Pascha *enim dicit non aliter custodiendum esse nisi secundum legem Moysi XIV*[a] *mensis.*» Segun Paciano, Ep. I (Gallandi, VII, 257), era montanista; segun Teodoreto (Hær. fab., II, 23), valentiniano. Controversia entre Victor y Polícratres, Eus., V, 23-25; Vita Const., III, V, 18 et seq.; Socr., V, 21; Athan., De syn., cap. V. *Que algunas Iglesias del Asia Menor habían cedido á Victor*, está probado por Valois, Not. in Eus., Hist. eccl., V, 23; Massuet, Op. S. Iren., II, p. 73, n. 19.

Otras divergencias.

215. Había además otras divergencias. En Roma, el Viérnes Santo no podía caer jamás ántes del 14 Nisan, miéntras que no sucedía lo mismo entre los alejandrinos. Se agitó en seguida la cuestion de si este 14 Nisan (יד) debía ser celebrado ántes ó despues del equinoccio de la primavera. Los antiguos judíos lo habían celebrado siempre ántes del primer plenilunio que seguía al equinoccio: era preciso, pues, colocar tambien la resurreccion del Salvador despues de este equinoccio. Pero despues de la ruina de Jerusalen los judíos celebraron este día ántes del equinoccio de la primavera. Ahora bien, se trataba de saber (la cuestion era sobre todo astronómica), cómo podría concordarse la data de la luna del día 14 del mes de Nisan, primer mes de los judíos, con el año solar.

La mayor parte de los cristianos se ajustaban á la costumbre tradicional de los judíos [1], y no seguían el uso de los de su época. Otros, por el contrario, que eran los ménos numerosos, tomaban por modelo la computacion de los judíos, y, contra la práctica del resto de los cristianos, hacían caer la fiesta de Pascuas ántes del equinoccio de la primavera. Se llamaban *protopasquitas*. Así nacieron los diferentes ciclos de Pascuas, que no fueron adoptados universalmente. Hipólito situaba el equinoccio de la primavera en el 18 de Marzo; Anatolio en el 19; otros alejandrinos en el 21.

En 314 el Concilio de Arlés (cánon I), estableció que la fiesta de Pascua fuese celebrada el mismo día y al mismo tiempo en todo el mundo, y que el Pontífice Romano, segun el uso acostumbrado, enviase cartas en este sentido á todas las Iglesias del universo. Sin embargo, como los más célebres astrónomos se hallaban entre los alejandrinos, se decidió más tarde (325), en el Concilio de Nicea, que se confiriese al Obispo de Alejandría la computacion del tiempo pascual, y que informara en seguida al Papa. Este último Concilio decidió no celebrar la Pascua al mismo tiempo que los judíos; ordenó que lo fuera siempre el domingo siguiente al 14 Nisan, y que este día se colocase despues del equinoccio de la primavera, con el fin de que esta fiesta no cayese dos veces en el mismo año solar. Si el 14 Nisan caía en domingo, la fiesta de Pascuas sería trasladada á ocho días despues.

---

1 Can. apost. VIII, al. 7; Hipólito, Dionisio de Alejandría.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 215.

Véase más abajo § 178; Hippol., Cycl. pasch.: Migne, Patr. gr., t. X, p. 875 et seq.; Rossi, Inscript. urb. Rom., t. I, p. LXX et seq., LXXX et seq.; Epiph., Hæres. LXX, n. 12 et seq. — Sobre el decreto de Nicea, Athan., loc. cit.; Eus., Vita Const., III, 28; Socr., I, 9; Theod., I, 10; Cyrill. Alex., Prolog. pasch. (Petav., Doctrina temp., t. II; Append., p. 502; Bucher, Doctr. temp., p. 481) prueba que la comision fué dada á la Iglesia de Alejandría por estar sus clérigos versados en la astronomía. A la Santa Sede pertenecía indicar el día en que debía celebrarse la fiesta de Pascuas. Véase Leo M., Ep. CXXI, al 94, t. I, p. 1228, ed Ball.

Las iglesias.

216. En lo que concierne á los lugares santos, los cristianos comenzaron á reunirse en edificios particulares [1], de los que muchos eran muy espaciosos; más tarde se convirtió á estos en oratorios, y se les dió el nombre de iglesias desde el siglo tercero. Cuando los cristianos pudieron moverse con alguna libertad, construyeron iglesias acomodándose á las reglas establecidas con el tiempo; tomaron por modelo el templo de Jerusalen y la descripcion que se lee en el Apocalipsis. La casa de Dios debía mirar á Oriente, y ser compuesta de tres partes en cuanto fuese posible, el vestíbulo (pronaos, aule), la nave (naos), y el santuario con una plataforma dondo se encontraba la mesa del altar (trapeza), y el trono del Obispo, extendiéndose á ambos lados los asientos en que se colocaban los sacerdotes, miéntras que los diáconos permanecían de pié.

Los hombres y mujeres estaban separados en la nave, y entraban á sus sitios por puertas diferentes.

Los catecúmenos y penitentes, divididos en diversas clases, estaban separados de los fieles. Desde lo alto de la grada que se elevaba entre el clero y los seglares, el lector recitaba pasajes de la Santa Escritura.

Los cristianos de Roma poseían en el tercer siglo muchas iglesias de esta clase; Edesa en el año 202 tenía una magnífica. En tiempo de Diocleciano, en que muchos templos fueron destruídos, Roma contaba cuarenta iglesias ó basílicas. Durante las persecuciones, los cristianos celebraban sus asambleas religiosas y su culto en los oscuros asilos, en las selvas y las cavernas, y sobre todo, en los lugares destinados á la sepultura, cementerios, catacumbas, que eran muy numerosas en Roma. Hacíase de ellas el mismo uso en Alejandría, Africa y otras partes. Eran vastos corredores, cámaras subterráneas que servían á la vez de cemen-

---

1 *Actas*, II, 46; XX, 7; *Rom.*, XVI, 5.

terio para los *muertos* y de *refugio y templo* para los vivos. Velanse tambien allí altares (arcosolias), erigidos sobre las reliquias de los mártires, porque allí era en general donde los altares debían establecerse. Los paganos censuraban á los fieles no tener templos ni altares: esto probablemente proviene de que los ocultaban á sus miradas. Como los cristianos consideraban al universo entero como el templo del Altísimo, y como en caso de necesidad podían reunirse en cualquier parte; como, en fin, no tenían el mismo culto que los paganos y judíos, no se cuidaban mucho de *esta censura*.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 216.

El término de iglesia para designar las casas de Dios se encuentra en Clem., Alex. Pæd., III, XI, p. 110; Strom., VII, VI, p. 303; en Tertul., De idol., VII; De cor. mil., cap. III. Cf. Adv. Val., cap. II; Cypr., Ep. LIX, al. 55 ad Cornel., capítulo XVIII, p. 688; Ep. LVII, cap. II, p. 652. Se hallan tambien las expresiones de τὰ κυριακά, Const. ap., II, 59, θρησκεύσιμοι τόποι, προσευκτήρια, προσευχαί (cf. Philo, Leg., apud Euseb., II, 6), τόπος εὐχῆς, τὸ χωρίον τῆς ἐπὶ τὸ αὐτὸ τῶν πιστευόντων συνελεύσεως, Orig., De orat., c. XXXI, p. 269, lat., *dominica*, y más tarde *templa*. — Descripcion de una iglesia, Const. ap., II, 57. Cf. Eus. X, 4, sobre la iglesia de Tiro. Las iglesias de Roma, Lamprid., in Al. Sev., cap. XLIX; Optat, De schism. Donat, II, 4. Las de Edesa, Assemani, Bibl. or., I, 691. Véase Metzmer, *Die Basilika*, Leipzig, 1854; Orig., t. XXVIII in Matth., sobre las iglesias destruídas bajo Maximino. — Lugares destinados al culto durante la persecucion, Dion. Al., ap. Eus., VII, 22. — Catacumbas de Roma, Rossi (A 16, 3). Respecto á las críticas de los paganos contra los cristianos por no tener templos ni altares, véase Minuc. Fel., Oct., cap. X; Orig., Contra Cels., III, 34; VIII, 17; Arnob., lib. VI, I; Lact., Inst., II, 2. Véase Car. Ruæus, Not. ad Orig., loc. cit., VIII, 17.

Ornamentacion de las iglesias.

217. Los cristianos se esmeraban igualmente en adornar los lugares donde se reunían, siempre que lo permitían las circunstancias, y no se corría el riesgo de caer en los usos paganos. Desde el principio, el arte fué puesto al servicio de las iglesias, principalmente en las catacumbas de Roma. Los símbolos que se empleaban con preferencia, eran el pez (ichtys), el cordero, la paloma, la lira, la nave, el áncora, la viña, el olivo, etc. Juntábanse á ellos figuras emblemáticas del Antiguo y Nuevo Testamento, que recordaban el dogma consolador de la Resurreccion (Jonás, Lázaro), los misterios de la Iglesia (curacion del paralítico, el agua que Moisés hizo brotar de la roca), la vida del Salvador (adoracion de los Magos, Jesús en el Templo á la edad de doce años, su bau-

tismo en el Jordan). Jesucristo era figurado más á menudo bajo la imágen del Buen Pastor [1]; algunas veces bajo la de Orfeo.

Su Madre, la Vírgen María, era representada ya con el Niño Jesús, ya con un profeta [2], ya en la actitud de una mujer orando. Tambien se veían imágenes de los Apóstoles Pedro y Pablo, y de los principales mártires. Los cálices y vasos, las lámparas y anillos llevaban igualmente diferentes emblemas cristianos. Los artistas, imitando el procedimiento técnico y las formas del arte profano, seguían reglas precisas establecidas por la Iglesia: de aquí la unidad de método, la premeditada reserva que se nota en sus trabajos. La escultura era rara vez empleada, y se prefería á ella la pintura. Fuera de la estatua de Cristo en Paneas [3], son muy pocos los sarcófagos que se encuentran desde el tercer siglo. Muchos de los antiguos autores eclesiásticos se declaraban contra las imágenes, ya á causa de las prácticas idolátricas y de los diversos abusos que resultaban de ellas, ya por los peligros que ofrecían para los fieles, ya porque estuviesen ellos mismos imbuídos de preocupaciones, y siguiesen principios demasiado rígidos. El cánon xxxv del Concilio de Elvira, en España, segun el cual no debía haber pinturas en las iglesias, por temor de que los objetos del culto y de adoracion fuesen pintados en los muros, no contenía una prohibicion general y fundada en principios. Había sido dictado durante la persecucion de Diocleciano, cuando tantas iglesias eran profanadas y destruídas, y las pinturas murales expuestas á la profanacion. No se refería á los emblemas figurados en los vasos de las iglesias, ni á los cuadros simbólicos. En todo caso, esta medida sólo tenía un carácter local. Las antiguas imágenes ó pinturas no representaban todavía al Crucifijo, si bien el signo de la Cruz estaba en uso y honor por todas partes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 217.

Orig., Hom. x in Joa., n. 3 (Op. II, 423), sobre los cristianos, «quorum fidei hoc tantummodo habet ut ad ecclesiam veniant et inclinent caput suum, sacerdotibus officia exhibeant, servos Dei honorent, *ad ornatum* quoque *altaris vel ecclesiæ* aliquid conferant, non tamen adhibeant studium, ut etiam mores suos excolant.» Clem., Pæd., III, xi, p. 106; Tert., De pudic., cap. vii; Piper, Garruci, etc., De Garruci: Vetri antichi, Roma, 1848, 1864; F.-X. Kraus, Die Kunst bei den alten Christen, Francfort, 1868. Sobre Elib., cap. xxxvi, opiniones diversas en Natal. Alex., Sæc. III, diss. xxi; Binterim, Katholik, 1821, II, p. 436; Hé-

1 *Joan.*, x, 1 y sig.
2 *Isai.*, vii, 14.
3 Eusebio, *Hist. eccl.*, VII, xviii.

felé, Conc., I, 141; Nolte, Tüb. Q.-Schr., 1863, p. 311; Kraus, Roma sott., p. 181 y sig. Señal de la cruz, «frontem crucis signaculo terere.» Tert., De cor., capítulo III.

§ 4. La vida religiosa.

El ascetismo.

218. Los cristianos ponían empeño sobre todo en combatir los placeres de la carne [1], en mortificar sus sentidos y en renunciar á sí mismos por las prácticas de un ascetismo rigoroso, á fin de adquirir gran pureza de costumbres y merecer el nombre de «santos» [2]. Tenían horror á todo lo que enerva el cuerpo y degrada el carácter del hombre. Persuadidos de que la privacion de alimento, por razon de la cantidad, ó de la calidad, el ayuno, en una palabra, usado ya en la antigua ley, era un excelente medio de sujetar la carne al espíritu [3], y de neutralizar la influencia del demonio [4], observaban, aparte de los ayunos prescritos por la Iglesia, otros que se imponían en circunstancias particulares, y hasta en todo negocio importante. Veíase á ascetas cristianos, que no contentos con dar á los pobres lo que economizaban por medio del ayuno, soportaban durante mucho tiempo todas las privaciones imaginable, se retiraban de la sociedad y vivían en celibato y perpetua castidad. Veíase á muchos cristianos seguir, hasta en la edad más avanzada, por amor de Jesucristo, una vida llena de privaciones, hacer voto de virginidad, vestirse de harapos, emplear, en fin, todos los medios adecuados para llegar á la más alta perfeccion. Semejantes á los gladiadores que se preparaban para los combates del circo por medio de la dieta y rigorosa abstinencia con el fin de ganar una corona perecedera, ellos se sometían á todo género de mortificaciones para conquistar una inmortal recompensa [5]. Cuanto más se fomentaba el verdadero ascetismo, basado sobre los principios del Evangelio, tanto más se combatía al falso ascetismo, nacido del orgullo farisaico, del desprecio que los gnósticos y esenios afectaban hácia las cosas materiales, y de una exagerada observancia del ritual mosaico, especialmente en lo que concernía á las leyes sobre los alimentos. Algunos, en efecto, se abstenían de ciertos objetos, porque los consideraban malos en sí y á propósito para corromper las cos-

---

1 Euseb., *Hist. eccl.*, VII, XVIII.
2 *Rom.*, XIII, 14; *Gal.*, V, 17, 24.
3 *Matth.*, XVII, 20.
4 *I Cor.*, IX, 27.
5 *Ibid.*

tumbres. Lo que exigía el ascetismo cristiano, era abstenerse de cosas buenas en sí mismas. La Iglesia tuvo que luchar mucho contra aquellas exageraciones, porque no todos comprendían bien en qué consiste la perfeccion cristiana [1].

Algunos Obispos, como Pinyto, en la isla de Creta, iban demasiado léjos en sus esfuerzos para conducir á los fieles hasta la cumbre de la perfeccion; sus exigencias á propósito de la castidad, eran excesivas. Dionisio, de Corinto, reclamó contra estos abusos, y aconsejó tener en cuenta la debilidad humana. Los Padres celebraban con grandes elogios á los que abrazaban voluntariamente la virginidad, cuando no obraban por una confianza excesiva en sus fuerzas, y empleaban los medios adecuados para guardar la castidad.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 218.

El nombre de asceta fué dado desde luégo á los atletas, Platon, De repub., libro III, p. 297; Filon, De præm. et pœn., 914, 917, 920; Arrian., Diss. in Epictet., III, cap. XII, περὶ ἀσκήσεως. Artemid., c; Oneirocr., IV, 33. La antigüedad conocía ἀσκηταί, ἀσκήτριαι, ἐγκρατεῖς, σακκοφόροι, σπουδαῖοι, ἀποτακτικοί; su género de vida era llamado «filosofía» por antonomasia. Ascetas cristianos en Justino, Apol., I, 15; Athen., Leg., cap. XXVIII, XXXIII; Tert., De cultu fem., cap. XI; Dœllinger, p. 366 y sig.; Zœckler, Krit. Gesch. der Ascese, Francfort, 1863; De Eckstein, Geschichtl. über die Askesis, Fribourg, 1862. — Se ayunaba: ántes del bautismo (§ 102) y la ordenacion (Act., XIII, 2 y sig.; XIV, 22 y sig.); ántes de reunirse los Concilios (Tertull., de jejun., cap. XIV); al principio de las persecuciones (Cypr., Ep. XI, cap. I, p. 495); para mortificarse (II Cor., VI, 4 y sig.; XI, 27). Se ha hablado con frecuencia de vírgenes que se consagraban á Dios, Conc. Elib., cap. XIII, de aquellos que παρθενίαν ἐπαγγελλόμενοι, Ancry., cap. XIX, que κατὰ πρόθεσιν εὐνουχίας hacían voto de no casarse, en Clem., Strom., IV, 23. Que los ἀδελφοί mencionados por Dionisio y Pinyto (Eus., IV, 23), no fuesen más que eclesiásticos, es falso, porque: 1.º todos los cristianos llevaban entónces el nombre de hermano; 2.º Dionisio aconseja imitar á ἀσθένεια τῶν πολλῶν, y 3.º Pinyto, en su respuesta, habla de los cristianos en general, del pueblo, ὑπ' αὐτοῦ λαόν. Sobre la virginidad, Ign., Ep. ad Polyc., cap. V; Method., Conviv. X virg.; Cypr., Ep. IV, p. 472 et seq.; De habitu virg., et Auct., De bono pudic. (Op. Cypr., part. III, p. 13 et seq.).

Los ermitaños.

219. La persecucion de Decio suscitó una clase particular de ascetas, que fueron llamados ermitaños, anacoretas ó monjes. Muchos cristianos, para librarse de la persecucion, se refugiaban en los desiertos y sole-

1 *Matth.*, XIX, 11.

dades de Egipto; despues se aficionaban de tal modo á esta vida retirada, que no volvían á sus hogares, y perseveraban en la vida contemplativa.

San Pablo de Tebas (nacido hácia el 228), había elegido en su juventud una gruta situada en montaña solitaria, donde una palmera le suministraba á la vez alimento y vestido; allí pasó noventa años en la oracion, la meditacion y el ascetismo. Poco tiempo ántes de su muerte (340), y habiendo llegado á la edad de 113 años, fué descubierto allí por San Antonio, que nació en 881 y fué el fundador de la vida monástica, *la cual había de adquirir tan maravillosa extension* en el *mundo* cristiano. Tales fueron los hombres que iban á asegurar tan glorioso triunfo al espíritu sobre la carne, á la gracia sobre la naturaleza, á la virtud cristiana sobre la corrupcion del mundo. Estos eremitas, cuyo número se acrecentó durante la persecucion de Diocleciano, observaban, sobre todo, el consejo del Señor, respecto á la pobreza voluntaria [1], y en esto tambien se aventajaban á los filósofos paganos más célebres por su abstinencia.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 219.

Dion. Al., ap. Eus., VII, 11; *Hier.*, *in* Vita S. Pauli Er. (*Op.* II, *p.* 1-14, ed. Vall., t. IV, p. 68 et seq., ed. Mart.); Acta sanct., d. 15 jun.; Chrys., Hom. XXIV in Act.; Soz., I, 13; Baronius. an. 253, n. 114; Pag., h., a., n. 5.

Los mártires.

220. La paciencia y firmeza de los cristianos brillaron principalmente en el heroísmo de los mártires, gloriosos testigos de Jesucristo. Tales son Estéban [2], Antipas [3], y en general todos los que derramaron su sangre por el nombre de Jesús.

El martirio se consideraba como el más alto honor en la estimacion de los cristianos; acordábanse de estas palabras de Jesucristo: « Al que no me confiesa delante de los hombres, yo no le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos [4]. » Sabían que « no se debe temer á los que matan al cuerpo sino á los que pueden matar al alma; y más que todo á aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en la gehenna [5],

---

1 *Matth.*, XIX, 21.
2 *Actas*, XXII, 20.
3 *Apoc.*, II, 13.
4 *Matth.*, X, 32; *Luc.*, IX, 26.
5 *Matth.*, X, 28.

porque el que pierde la vida por amor de Jesucristo la volverá á hallar [1].» Tenían presentes en su memoria estas palabras de San Pablo: «Si morimos con Jesucristo, resucitaremos con Él; si sufrimos con Él, con Él reinaremos; si renunciamos á Él, Él á su vez renunciará á nosotros [2].» Sabían que el discípulo no debe ser de mejor condicion que el maestro [3]; que no se puede dar una muestra de amor más grande que morir por aquel á quien se ama [4]; que nada contribuye tanto á la gloria y al triunfo de la Iglesia como la sangre de sus hijos, y que nada es más favorable á su acrecentamiento y prosperidad.

Aquí encontramos el contrapeso directo del paganismo: «un cristiano, decía Orígenes, da más fácilmente la vida por su fe, que un pagano daría un pedazo de su manto por todos sus dioses [5];» y el lado opuesto del gnosticismo, que permitía renegar de Jesucristo en tiempo de persecucion, distinguía una profesion interior y otra exterior, y consideraba al martirio como un suicidio; siendo así que por el contrario, se dejaba de estar interiormente unido á Jesucristo, cuando por temor á los hombres se le negaba exteriormente. «Los oprobios de los que sufren persecucion por la justicia [6], que soportan todos los tormentos, que se entregan á la muerte por amor de Dios, y para confesar á su Hijo, son únicamente lo que mantiene á la Iglesia en su pureza; élla con frecuencia se halla debilitada, pero sus miembros se multiplican siempre [7].»

Los mártires nada tenían de comun con los condenados á muerte; la causa por la cual morían, los diferencia esencialmente de éstos. La barbarie pagana había agotado su inventiva para descubrir nuevos instrumentos de martirio, nuevas torturas: veíase á cristianos de toda edad, sexo y condicion, á niños y vírgenes delicadas, más celosas de su pudor que temerosas de los suplicios, afrontar en gran número, á millares, este combate glorioso. No se precipitaban en él temeraria y ciegamente, sino que lo evitaban en cuanto era posible; pero no huían de él cuando era inevitable, y cuando no quedaba otra alternativa que la muerte ó la apostasía. Inmensa gloria rodeaba á estos combatientes: llamábaselos bienaventurados, benditos, atletas fieles y magnánimos; invocábase su intercesion, guardábanse sus reliquias, recogíanse las gotas de su sangre, visitábase su sepulcro, escribíanse sus actas, se erigían altares sobre sus huesos,

1 *Ibid.*, x, 29; *Luc.*, ix, 24; xvii, 33. Cf. *Joan.*, xii, 25; *Matth.*, xvi, 25; *Marc.*, viii, 35.
2 *II Tim.*, ii, 11 y sig.
3 *Joan.*, xv, 20; *Matth.*, x, 24.
4 *Joan.*, iii, 16; x, 11, 17 y sig.
5 *Contra Cels.*, VII, xxxix.
6 *Matth.*, v, 10.
7 S. Ireneo, IV, xxxix, 19.

se celebraba su aniversario, y eran glorificados por la elocuencia y la poesía.

Distinguíase á los mártires, propiamente dichos, que habían muerto combatiendo, de los confesores (homologetas, segun Matth., x, 32), que sin perder la vida daban testimonio á Jesucristo, hasta con peligro de sus honores y bienes; algunas veces, sin embargo, recibían tambien el nombre de mártires, y muy á menudo lo eran bajo ciertos aspectos. No se consideraba como mártir á cualquiera que hubiese sido condenado á muerte por los paganos. El que sin otro motivo que el ardor de su celo, rompía las estatuas de los dioses y pagaba con la vida su audacia, no debía ser honrado como tal [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 220.

Sobre el martirio, Tert., Apol., L: «Sanguis martyrum semen christianorum.» Leo M., Serm. LXXXII in nat. B. Petri, cap. VI: «Non minuitur persecutionibus Ecclesia, sed augetur, et semper dominicus ager segete ditiori vestitur, dum grana, quæ singula, cadunt, multiplicata nascuntur.» Cf. Cypr., Ep. VI, p. 480; Ep. X, p. 490 et seq.; Ep. XXXI, p. 559, ed. Vind. Martirios de los herejes, Justino, Apol. I, 26; Tert., Scorp., cap. I; Cypr., Ep. LXI, cap. III, p. 697: «Neque enim persequitur et impugnat Christi adversarius nisi castra et milites Christi; hæreticos prostatos semel et suos factos contemnit et præterit; eos quærit dejicere quos videt stare.» *Diversas clases de martirios*, Gallonius, De sant. mart. cruciatibus, Rom., 1594; Mamachi, Ant., III, p. 167 et seq.; Gasz, Das christl. Mart. (Ztschr. f. hist. Th., 1859). Temor de las vírgenes cristianas, Aug., De civ. Dei, I, 26-29. La opinion de Dodwell (De paucitate martyr. Diss., Cypr., XI, XII), refutada por Ruinat (A, 15 g), es combatida: 1.º por los autores eclesiásticos: Ireneo, IV, XXXIII, 9 (donde ha hablado «de la multitud de martirios»); Euseb., Hist. eccl., VIII. 4 y sig.; De martyr. Palæst.; Lact., De morte persecut., cap. X; 2.º por las fiestas de los mártires de las diferentes Iglesias; 3.º por las actas auténticas de los mártires; 4.º por el número de las reliquias descubiertas, sobre todo, en las catacumbas de Roma. Sobre su criterio véase Victor de Buck., S. J., De Phialis rubricatis, quibus mart. Rom. sepulcra dignosci dicuntur, observ., Brux., 1855; Le Blant, la Question du vas de sang, París, 1858; F.-X. Kraus, Die Blutampullen der röm. Katakomben., Francfort, 1868. Mártires y homologetas, Const. ap., VIII, 23 (antiguo fragmento, De Mystico min., cap. VII, p. 58, ed. Pitra); Petrus Alex., cap. VIII (ibid., p. 554 et seq.); Cypr., Ep. XIII, cap. II; Ep. XVI, cap. I, p. 505, 517. Los cristianos acusados en Edesa bajo Diocleciano, Samonas, Gurias y Abibus (Migne, Patr. gr., t. CXVI, p. 128 et seq.), que fortalecían á los fieles y aparecieron despues de su martirio como vengadores del perjurio, se llamaban, por antonomasia, *homologetas*, en calidad de ἐκόντων καὶ μετὰ παρρησίας ὁμολογιῶν. Photius, Amph., q. CCXLVI, p. 1052, ed. Par.

---

1 Concilio de Elvira, can. LV.

La caridad fraterna.

221. El heroísmo de los cristianos brillaba tambien en los conmovedores ejemplos de caridad, la cual era la única que podía reunir sin confusion á elementos tan extraños como sabios é ignorantes, judíos y paganos, ricos y pobres, libres y esclavos, griegos y bárbaros. No solamente se amaban los cristianos entre sí como hermanos, como hijos de un mismo padre celestial, y se auxiliaban mutuamente de mil maneras, sino que los infieles mismos sentían el efecto de su amor y desprendimiento, sobre todo, en las épocas de epidemia, como sucedió en Alejandría, bajo el episcopado de Dionisio, y en Cartago bajo el de Cipriano. Los indigentes y abandonados, los enfermos y cautivos, eran objeto de su tierna solicitud. Atendían aún á las menores necesidades de los pobres, proveían á sus atenciones extraordinarias, hacían colectas en favor de los cautivos. Se aprovechaban de todas las circunstancias, escribían tratados particulares para recomendar á los fieles las obras de misericordia, recordándoles que Jesucristo considera como hecho á Él mismo lo que se hace al más pequeño de sus hermanos [1]. Los pobres, decía San Lorenzo, diácono de Roma, son el tesoro de la Iglesia. Los diáconos y diaconisas estaban encargados principalmente de servirlos.

A las obras corporales de misericordia era preciso unir las espirituales, porque la Iglesia es la sociedad de los Santos. Con frecuencia uno solo obraba en nombre de muchos. Se acudía en socorro de los hermanos intercediendo y hasta sacrificándose por ellos. Pero era preciso que ninguna cosa alterase la humildad, la más bella de las virtudes cristianas, y el que todo lo había hecho, debía considerarse como siervo inútil [2]. Fuera del voto bautismal había, siguiendo el ejemplo de San Pablo [3], otros votos particulares como el que hacían las viudas jóvenes [4].

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 221.

Tertul. Apol., cap. XXXIX; Dionys., ap. Eus., VII, 22; Cypr., De mortalitate, p. 297 y sig.; De op. et eleemos., p. 373 y sig.; Ep, VII, p. 485; Ep. LXII, p. 698; Ep. XLI, p. 588; Orig., in Matth., XXIV, 46; Op. III, 879; Pontius, in Vita Cypr., cap. IX, 10; Justin., Apol., 1, 67; Polyc., Ep., cap. IV, 10 et seq.; Baron., cap, XIX,

---

1 *Matth.*, XXV, 40.
2 *Luc.*, XVII, 10.
3 *Act.*, XVIII, 18.
4 *I Tim.*, . .

XX; Tert., Ad ux., II, 4 y sig.; De fuga, cap. XII; Ratzinger, Gesch. der christl. Armenpflege, Frib., 1868, p. 15 y sig.; Opera supererogatoria, Herm., Past., Sim. V, n. 3; Orig., in Rom., lib. III. n. 3; Op. IV, 507.

Mudanza en las costumbres.

222. El cristianismo cambió por completo las costumbres de la sociedad. Fué verdaderamente el camino de la vida para los que observaron la disciplina, y les preservó de extravíos. Los nuevamente convertidos permanecían en sus carreras y ocupaciones diversas, siempre que podían conservarlas sin peligro de caer en la idolatría y sin faltar á sus deberes. En caso contrario, renunciaban á ellas. Daban pruebas de invencible paciencia, de inquebrantable sumision á las autoridades paganas; satisfacían los impuestos, y cumplían escrupulosamente todos sus deberes de ciudadanos. Pero desde que se exigía de ellos cosas contrarias á su conciencia y religion, preferían obedecer á Dios ántes que á los hombres [1]; anteponían el servicio del Rey de los cielos al del rey ó emperador terrenal. Reivindicaban entónces la libertad cristiana, la *libertad que libra del pecado*; *en ella encontraban* la fuerza al mismo tiempo que el derecho de no mirar en las cosas de conciencia sino á la voluntad de Dios.

Esta libertad moral preparó insensiblemente los caminos á la civil: ella hizo pedazos el despotismo del antiguo mundo, relajó y suavizó las cadenas de los esclavos para romperlas un día definitivamente. En este punto los antiguos cristianos se inclinaban más bien á ir más allá de lo que prescribía la profesion de su fe, que á permanecer rezagados, y consideraban ilícitas numerosas ceremonias que estaban en uso, y muchos actos prescritos en honor de los emperadores. Preferían sacrificar su vida á dar el nombre de Dios á Júpiter, y sobre todo, á jurar por el númen del emperador; rehusaban las coronas que se concedían á los soldados en ciertas circunstancias, así como su aprobacion, áun siendo indirecta, al culto de los ídolos; sobre todo evitaban el asistir á los teatros paganos, á los combates de gladiadores, á las danzas y solemnidades públicas. La severidad de costumbres excedía algunas veces la medida rigorosamente prescrita por el espíritu del cristianismo.

Sin duda había tambien entre los cristianos hombres viciosos, cobardes, indiferentes y gran número de apóstatas; sin embargo, los fieles de esta primera época, se aventajaban generalmente mucho por la pureza

---

1 *Actas*, IV, 19; V, 29.

de sus costumbres, por su eminente piedad, á todos sus contemporáneos; hacían ver que ellos eran verdaderamente la sal de la tierra y la luz del mundo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 222.

Justin., Apol., I, 14 et seq.; Ed. ad Diog., cap. v; Tert., Ad nat., I, 4; Orig., Cont. Cels., I, 67; III, 29; Mamachi, De' costumi dei primitivi cristiani; nueva edicion, Fir., 1853 (en alem., Augsb., 1796, t. III); Fleury, Sobre las costumbres de los cristianos; C. Schmidt, Ensayo histórico sobre la sociedad en el mundo romano, Strasburgo, 1853; Reischl, Ueber das sociale Verhæltnisz del ælteśten Christen zum heidn. Staate, Progr., Regensb., 1853. Horror hácia el paganismo, Tert., De idol., De spect., De cor. militis; Cypr., Ep. II, p. 467 et seq. Contra los histriones, Minuc. Fel., cap. XXXVII, p. 53; Auct., De spectaculis, inter Op. Cypr., part. III, p. 3-13, ed. Vindob.; Conc. Elib., cap. LXII; Arel., cap. IV, V. El Concilio de Elvira, c. LVI, decidió que los cristianos que desempeñaban cargos de carácter pagano, fueran excomulgados miéntras duraran en sus funciones. Más tarde, bajo Constantino, el Concilio de Arlés, 314, exigía sólo (c. VII), que los Obispos recogiesen á los funcionarios recien elegidos las cartas de comunion dadas por sus precedentes pastores. Orígenes (Contra Cels., I, 25), asegura que los cristianos preferían morir ántes que llamar Dios á Júpiter; lo mismo dice de la obligacion de jurar por la fortuna del emperador. Véase Tertull., Ad nat., II, 17. Sobre el rigorismo en la vida é ideas de los antiguos cristianos, véase Héfelé, Supplem. á l'Hist. eccl., I, 16 y sig. Sobre la obediencia al poder civil (nunca absoluta, sino en cuanto no se oponía á la ley divina), véase Justin., Apol., I, 17, 68; Tatian., Or., cap. IV, etc. (§ 87, a. 2); Iren., V, XXIV, 1 et seq.; Tert., De idol., capítulo XV; Orig., Contra Cels., VIII, 65; lib. IX in Rom., n. 25 et seq.; Minuc. Fel., cap. XXXVII, p. 52; Lact., De Inst., IV, VIII, 10; Aug., Civ. Dei, V, 21; XIX, 17; Chrys., Hom. XXIII in Rom., cap. XIII; Hom. LXX, al. 71, in Matth., n. 2.

Efecto del cristianismo sobre el individuo, la familia y el Estado.

223. El cristianismo santificaba al individuo enseñándole á vivir y morir por Jesucristo; á la familia, penetrando en la vida doméstica, y transfigurándola con el perfume de la piedad; á los esposos, niños y servidores uniéndolos entre sí con los vínculos de la caridad; á la sociedad entera, transformándola poco á poco interior y exteriormente, inculcándole nuevas ideas, y adornándola con nuevas virtudes. La Iglesia fué el instrumento y el canal de una moralidad y civilizacion desconocidas hasta entónces. Ella devolvió al esclavo su dignidad de hombre; ennobleció el trabajo manual, tan despreciado hasta aquella época; colocó al pobre y débil al lado del rico y del poderoso, como un hermano investido de los mismos derechos, y por último, enseñó á vencer las preocupaciones del mundo y á sobreponerse al terror de la muerte. Ro-

deó de honor á la humildad y al sacrificio, á la continencia y castidad; produjo y educó hombres nuevos, ciudadanos de conciencia, esposos fieles, hijos amantes, servidores leales, grandes y generosos caractéres en todas las condiciones de la vida. Hizo brillar nuevamente en ellos el ideal cuyo modelo y realidad es Jesucristo; siempre dedicada á corregir, así como tambien á socorrer, abría á los desgraciados y oprimidos una serie inagotable de consuelos, y puede decirse con toda verdad, que renovó la faz de la tierra.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 223.

Aug., Ep. V ad Marcellin. (Sandelius), De prisc. christ. synaxibus extra sedes sacr., Venet., 1770; Neander, Denkw., II, 235 y sig.; Mœhler, Verm. Schr., II, 54 y sig.; Dœllinger, p. 399 y sig.

§ 5. Conservacion de la unidad eclesiástica.

Medios de conservarla.

224. La Iglesia jamás fué, ni áun en su orígen, una agregacion de iglesias independientes; por el contrario, sabía que constituía un todo orgánico, una sola Iglesia católica, un solo cuerpo, compuesto de muchos miembros, y gobernado por un solo jefe, Jesucristo. Ella no podía prestarse, como las sectas, á la division, al fraccionamiento, sino que había de conservar con cuidado la cohesion entre todos sus miembros. Así como las ramas de un árbol parten de una sola raíz, de la cual reciben la vida, las iglesias particulares deben tambien reunirse en una sola sociedad, á fin de guardar la unidad en el vínculo de la paz, y de no formar sino un solo cuerpo, un solo espíritu [1]. Los principales elementos que servían para sostener la concordia eran: 1.º, las relaciones sostenidas por cartas de paz y de sociedad, llevadas por los viajeros cristianos; 2.º, *las establecidas* entre las iglesias metropolitanas y las sufragáneas, de donde ha salido la constitucion metropolitana; 3.º, la frecuencia de entrevistas y deliberaciones entre los jefes de las iglesias (synodos); y principalmente, 4.º, la subordinacion de todo al centro de la unidad establecida por Jesucristo en la persona de Pedro y de sus sucesores.

---

1 *Ephes.*, IV, 3, 4.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 224.

Cypr., De cath. Eccl. unitate, p. 209 et seq.; Ep. LXIX, cap. II, p. 750 et seq. Véase Peters, Lehre des hl. Cyprian von der Einheit der Kirche, Luxemb., 1870. Las diversas iglesias están comprendidas κατὰ πάντα τόπον τῆς ἁγίας καὶ καθολικῆς ἐκκλησίας (igual expresion en Ignat., Smyrn., c. VIII; Clem., Strom., VII, 17, p. 325), παροικία (tit. de la Igl. de Smyrn.; De mart., Polyc.; Migne, Patrol. græc., t. V, p. 1029); Rom., XVI, 5; τῆς ἐκκλησίας ὅλης. El nombre de *Iglesia católica* corresponde á las ideas de la Biblia, ya por lo que se refiere á la universalidad en el tiempo y en el espacio, ya por lo que concierne á la unidad orgánica, contraria á la desmembracion de las sectas. Véanse Matth., XXVIII, 19; Joan., XVII, 21; Marc. XVI, 15; I Cor., XII, 12; Ephes., IV, 11-13.

Correspondencia de los cristianos.

225. Las noticias eclesiásticas importantes, especialmente las relativas á las elecciones episcopales, á los más ilustres martirios, á las nacientes herejías y censuras fulminadas, eran transmitidas á otras iglesias miéntras que los cristianos viajeros, hasta los eclesiásticos, debían informarse si la unidad eclesiástica había sido perturbada. Para esto necesitaban proveerse de una autorizacion episcopal que les diera á conocer, los recomendase á los Obispos extranjeros, y rompiese de una manera honrosa, cuando querían permanecer fuera, los vínculos que los unían á su iglesia. La confeccion de esta clase de cartas, incumbía de tal suerte al Obispo, que no era encomendada ni áun á los confesores. Dábase á estos escritos el título general de *litteræ formatæ*, y eran incluídas en esta clase las cartas de recomendacion, de paz y de comunion, y las dimisorias.

Entre las cartas dirigidas, no á personas particulares, sino á Iglesias, son notables, la que la Iglesia de Smirna envió á las del Ponto, otras sobre la muerte de San Policarpo, y las de las Iglesias de Lyon y Viena á las del Asia Menor.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 225.

Ferrari, De antiquo epistol. eccl. genere, Mediol., 1613, in 4.°; Kiessling, De stabili primit. eccl. ope litter. communicat. connubio, Lips., 1744; Selvaggio, Ant., lib. I, cap. XIII, § 3, t. I, p. 226 et seq., ed. Mog., 1787; Phillips, K.-R., I, § 43, p. 395 y sig. Γράμματα συστατικά son mencionadas en Const. ap. 34. La *litteræ communicatoriæ*, simples cartas de comunion, son citadas Conc. Eliberit., cap. XXV, 58; Arelat., 314, cap. IX. Concilios posteriores repiten que ningun extranjero debe ser admitido sin cartas de paz, las cuales deben ser dadas por Obispos ó Arzobispos, y no por simples sacerdotes (Conc. Ant., 341, cap. VII, 8); ningun

clérigo debía viajar ni ser recibido sin cartas de recomendacion de su Obispo. Sard., cap. XIII, 15; Carth., 343-348, cap. V; Laod., cap. XLI (Héfelé, Conc., I, 777, 784, 137, 151, 179, 196, 610, 745. Los escolios griegos sobre los cánones distinguen γράμματα συστατικά y εἰρηνικά (Pitra, t. I, p. 422 b; t. II, p. 642. Mi obra, Photius, t. III, p. 122, n. 81). Los κοινωνικά, ó cartas de comunion á un nuevo Obispo, son mencionadas en Ep. Synod. Antioch., apud Euseb., VII, 30. Cf. Vales., in h. loc. Todo lo que contiene despues la *Epistola formata* no es original; sin embargo, en el cuarto siglo, su forma estaba fijada en cuanto á lo esencial.

Segun la supuesta carta del Obispo Atico (Leo M., Op., t. III, p. 730 et seq., ed. Migne; Mansi, XVI, 885; Pitra, II, p. 176 et seq.; Cf. Gratian., cap. I, II, d. 73); procedería de los Padres de Nicea. Pero á fin de evitar falsificaciones de que se lamentaban desde el principio (Dion. Cor., ap. Euseb., IV, 23; cf. Cypr., Ep. IX, cap. II, p. 489), fueron reemplazadas las cifras por letras griegas, se las adicionó y se dió la cifra total. Había ciertas cifras que se presentaban siempre, como las letras iniciales de las tres personas divinas π, υ, α, π = 80, 400, 1, 80; despues las letras de ἀμήν = 1, 40, 8, 50 = 99. Además de la cifra permanente de 660 se añadía la inicial del nombre del autor, la segunda letra del nombre del destinatario, la tercera de el del portador, la cuarta de el del punto de donde venía la carta, despues la cifra de la indiccion. A los *numeri communes* se añadían los *numeri proprii*, por ejemplo: ε, α, δ, υ y la indiccion δ = 5, 1, 4, 400, 4 = 414, con la primera 1074. Era preciso que la cifra total fuese encontrada igual por el destinatario.

Las metrópolis. — El cisma de Melecio.

226. Las iglesias que habían fundado otras, eran, con relacion á éstas, iglesias madres ó matrices (metrópolis), y sus Obispos conservaban cierta supremacía sobre las más recientes ó sufragáneas. Como los primeros mensajeros de la fe debían dedicarse sobre todo á convertir las capitales de provincia, y allí era donde principalmente trabajaban, estas capitales, metrópolis con frecuencia, ejercían ya gran influjo sobre las pequeñas ciudades del contorno: de aquí procede el que las iglesias madres coincidiesen á menudo con las metrópolis políticas. Pero no se fundaba esto en su importancia civil, sino en que conservaban su preeminencia como iglesias madres y por causa de su importancia religiosa.

Las iglesias apostólicas gozaban de suma veneracion; se distinguían las que eran inmediatamente apostólicas (fundadas por los Apóstoles mismos), como Roma, Antioquía, Éfeso, de las que no lo eran más que mediatamente (unidas entre sí por el vínculo de la fe). Los Apóstoles, recordando quizás los lazos que existían entre los sanhedrines judíos y las sinagogas colocadas bajo su dependencia, habían establecido las bases de la reunion de muchas iglesias bajo un solo jefe, el Obispo de la Iglesia madre. Jerusalen era ya desde el principio la iglesia principal de Judea, Samaria y Galilea. Despues de la ruina definitiva de Jerusalen,

esta dignidad pasó á Cesárea. Las iglesias de Siria estaban sujetas á Antioquía, y las de Egipto á Alejandría, sus metrópolis.

En virtud de esta autoridad pudo Heraclas de Alejandría (muerto en 247) deponer á Ammonio, Obispo de Thmuis, é instituir otro Obispo; y fundados en este privilegio Phileas de Thmuis y otros tres Obispos censuraron enérgicamente en 306 á Melecio, Obispo de Lycopolis, en la Tebaida, por haber ofendido el honor del « gran Obispo y Padre » Pedro I de Alejandría.

Melecio fué autor de un cisma que duró cerca de sesenta años. Se levantó contra la supremacía de Pedro, confirió órdenes en su diócesis, y rehusó atender las advertencias de sus compañeros. Culpable de muchos crímenes, fué depuesto por un decreto general de los Obispos egipcios, pero él continuó desafiando á Pedro y á sus sucesores, instituyendo nuevos Obispos y apoyándose en un partido que se mezcló más tarde con los arrianos. Este partido cismático fué mirado con horror por toda la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 226.

Thomassin, De vet. et nov. Eccl. disc., part. I, lib. I, cap. XXXIX et seq.; Bianchi, Della potestà e policia della Chiesa, t. IV; Phillips, K.-R., II, p. 25 y sig.; Dœllinger, Lehrb, I, p. 47. Véase tambien Pichler, Gesch. der kirchl. Trennung zw. Orient u. Occident., II, 610 y sig. El nombre de μητροπολίτης. Nic., cap. IV, coll., cap. VI; Conc. Ant., 341, c. IX, supone el vínculo metropolitano κατὰ τὸν ἀρχαῖον κρατήσαντα τῶν πατέρων ἡμῶν κανόνα. Tertuliano, De præscript., cap. XXXI, habla de las iglesias inmediatamente apostólicas y se refiere á las que más tarde fueron fundadas como igualmente apostólicas, *pro consanguinitate doctrinæ*. Los herejes, dice él, no son admitidos *ab Ecclesiis* quoquo modo *apostolicis*.

Posicion de Jerusalen, Heges., ap. Euseb., III, 33. El hecho de Heraclas, Phot., Collect. et Dem. (Migne, Patr. gr., t. CIV, p. 1229). — Cisma de Melecio, véase Dœllinger, Hippolytus, p. 254; Phileæ ep., ap. Maffei, Osserv. lett., III, 11-18, Opusc. eccl., Veron., 1738, p. 254 et seq.; Routh, Rel. sacr., III, p. 381-383; Petri I ep., Maffei, p. 17; Routh, loc. cit., p. 348-349; Athan., Apol. c. Ar., n. 59 (Migne, t. XXV, p. 356); Ep. ad Ep. Afr. et Lib., n. 22 et seq.; Theod., Hist. eccl., I, 8; Hær. fab., IV, 7; Socr., I, 6; Epiph., Hær., LXVIII (fuentes muy mezcladas). Héfelé, I, 327 y sig. El término de σχίσμα (de σχίζω, scindo, cf. Joan., VII, 43), frecuentemente empleado en el sentido de αἵρεσις, designa á menudo una separacion que no implica la ruptura de la unidad dogmática. Contra la separacion de los clérigos de su Obispo, véase Const. ap., VI, 1 y sig., p. 303, ed. Pitra, can. ap., 32; Héfelé, I, 783.

Las provincias.

227. Estos grupos de iglesias, reunidas bajo un Obispo de mayor jurisdiccion, se llamaban provincias (eparquías). La constitucion metro-

politana, aunque ya formada en el cuarto siglo, no era aún uniforme en todas partes, y numerosos Obispos de las iglesias madres tenían una jurisdiccion bastante más extensa. En África, el Obispo de Cartago era gran metropolitano (primado), miéntras que los más antiguos de una provincia estaban á la cabeza de esta provincia, como Obispos de la primera silla. Aquí el poder metropolitano no estaba vinculado á una ciudad particular. Había tambien grandes metrópolis que presidian á muchas iglesias; en éstas se hallan los elementos de que más tarde se formó la constitucion particular. El Obispo de Alejandría dirigía además *las* de *Tebaida*, *Pentápolis* y *Libia*, y *posteriormente le hallamos* siendo jefe de nueve provincias. Si no tenemos datos más precisos sobre la formacion de las diversas metrópolis, la mencion frecuente que se hace de ellas en el cuarto siglo, sin que nada indique que habían sido recientemente creadas, prueba que existían desde mucho ántes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRITICAS SOBRE EL NÚMERO 227.

Ἐπαρχία, provincia; Conc. Nic., cap. IV, v. Véase Héfelé, I, 365 y sig.; παροικία, diócesis, can. ap. 14; Ancyr., cap. XVIII. Sobre el África, Héfelé, I, 151 y sig. Principios del sistema patriarcal, véase mi obra, Photius, I, p. 26 y sig.

Los sínodos.

228. El desenvolvimiento de la institucion sinodal tuvo lugar á la vez que el progreso de la constitucion metropolitana. Así como el Obispo era ayudado por el consejo de sus sácerdotes, el metropolitano lo era por el sínodo provincial, forma la más antigua de los Concilios. Estas clases de asambleas vinieron á ser más frecuentes despues de la segunda mitad del siglo segundo, á causa de las herejías y cismas (los montanistas, la controversia pascual). Tenían por modelo la de los Apóstoles verificada en Jérusalen, así como los anfictiones y otras instituciones del mundo pagano. Se determinó allí claramente las relaciones que mediaban entre las iglesias y los Obispos, y se combatió la influencia *perjudicial de los herejes*, *oponiendo* á los adversarios comunes la accion comun de los Obispos.

Despues del tercer siglo, las asambleas episcopales se celebraban cuando más una vez al año, y dos en algunas provincias. Sólo los Obispos tenían en ellas voto, Podían asistir los sacerdotes y diáconos; estos últimos permanecían de pié miéntras que los Obispos y sacerdotes estaban sentados. Los seglares no estaban excluídos absolutamente.

Los decretos de los Concilios eran casi siempre comunicados á los

demás Obispos por cartas-circulares. Los Obispos imposibilitados de concurrir personalmente, podían ser representados por otros, como sucedió en Cartago el año 256, ó por clérigos de su Iglesia, como ocurrió en Arlés en 314. Los Obispos de alta dignidad, casi siempre los *metropolitanos, firmaban solos los decretos.* Tratábase tambien en los Concilios de las acusaciones contra los Obispos, y se dictaba sentencia [1]. No tenemos las actas de los más antiguos, á excepcion de algunos celebrados en África bajo San Cipriano, y del de Antioquía en 269. Del que tambien se celebró en esta ciudad, en 214, nos quedan 25 decretos disciplinares, y 14 del de Neocesárea, que tuvo lugar hácia la misma época.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 228.

Concilios provinciales, Eus., V, 16, 23; Tertul., De jejun., cap. XIII; Firmilian., Ep. (Cypr., ep. LXXV); Nic., cap. V, can. ap., 36. Los primeros Concilios conocidos fueron celebrados por Apolinario de Hierápolis y Sota de Anquialo. Héfelé, I, 59-72. Véase ibid., p. 94 y 170, concerniente á los Concilios de 256 y 314. Sobre las inscripciones, Polycrates de Efeso, segun Euseb., V, 24, dice que si designaba los nombres de los Obispos que estaban con él, su número sería demasiado considerable. No fueron, pues, registrados. Lo mismo ocurrió en Roma, bajo Víctor I, (véase Héfelé, I, 75). Bajo Félix II (al. III), 485, un Concilio de Roma los designa expresamente.

El primado de Roma.

229. Los primeros y más eminentes entre los Obispos eran los de Roma, universalmente reconocidos como sucesores de Pedro é investidos del primado que Jesucristo ha conferido al príncipe de los Apóstoles. Sin duda, en los primeros siglos, todas las consecuencias envueltas en la nocion del primado no se hallaban desarrolladas aún, pero iban á aparecer con el tiempo cada vez más claras y visibles. Los Papas no gustaban de sacar estas consecuencias por sí mismos y sin necesidad. En un cuerpo tan bien ordenado como lo fué la Iglesia desde su orígen, dado el celo que desplegaban los jefes subalternos, y los dones de la gracia de que estaban éstos llenos, los Papas tenían rara vez ocasion y deber de desplegar su autoridad; podían limitarse tanto más á una vigilancia indirecta de las iglesias particulares y á la directa vigilancia de su diócesis, cuanto que casi nunca obraban sino con peligro constante de su vida. Pero el principio era siempre el mismo; la Iglesia no dejó

1 Const. apost., LXXIV.

de tener en el primado de Roma el centro de su unidad, un vínculo de cohesion indispensable, una estrella polar que esparcía sus rayos sobre todos los puntos de la cristiandad. Tenemos pocas noticias sobre los Obispos de Roma en los tres primeros siglos, pero bastan para mostrar su celo é influencia en el seno de la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 229.

Segun San Cipriano, *Fabiani locus* es sinónimo de *locus Petri* (Ep. LV, cap. VIII, p. 630); estar en comunion con el Papa Cornelio, es estarlo con la Iglesia católica (ibid., cap. I, p. 624); la Iglesia romana es « Ecclesia principalis, unde unitas sacerdotalis exorta est » (Ep. LIX, cap. IV, p. 683), « matrix et radix Ecclesiæ catholicæ » (Ep. XLVIII, c. III, p. 607); la Iglesia ha sido « a Christo D. super Petrum origine unitatis et ratione fundata » (Ep. LXX, cap. III, p. 769). El De cath. Ecclesiæ unitate es un excelente tratado, y áun cuando se suprimieran los pasajes borrados por Fell y Baluze, el resto no serviria ménos para declarar, así como lo muestra Maran, Diss. in op. Cypr., § 3, el primado de la Santa Sede. En 314, los Padres de Arlés llamaban á la Italia *partes in quibus apostoli quotidie sedent*. Sobre el poder del Papa en los primeros siglos, véase Ritter, K.-G., I, 149, 6.ª edicion; Beidtel, Das canon Recht, p. 108; Dœllinger, Kirche u. Kirchen, Munich, 1861, p. 31; Hagemann, Die ræm. Kirche., Fribourg, 1864, sobre todo p. 46 y sig.; 675 y sig.; Schrœdl, Gesch. der Pæpste u. der ræm. Kirche in der Urzeit des Christenth., Maguncia, 1873.

Primeros sucesores de San Pedro.

230. San Pedro tuvo por sucesor inmediato á San Lino [1], que ocupó la Silla pontificia durante doce ó trece años, y fué seguido de Cleto ó Anacleto. La Iglesia de Corinto, aún en vida del Apóstol San Juan, se dirigió, con ocasion de un cisma que acababa de estallar, á San Clemente, uno de los Papas mas famosos de la Iglesia primitiva, glorificado por numerosas leyendas, y honrado tambien como mártir. Clemente escribió á esta Iglesia (96) una notable epístola, que se leía todavía mucho tiempo despues en la mayor parte de las iglesias, en la que censuraba enérgicamente los desórdenes denunciados á su autoridad; demostraba que el reino de Dios, establecido bajo la antigua ley, continuaba en la Iglesia de Jesucristo, y hacía resaltar la subordinacion jerárquica, instituída por los Apóstoles, con los cuales había estado en relacion.

A Clemente sucedieron Evaristo, Alejandro I, Sixto I, Telesforo,

---

1 Probablemente aquel que es citado en *II Tim.*, IV, 21.

cuyo glorioso martirio celebró San Ireneo, Higinio, Pío I, Aniceto († en 168), durante cuyo pontificado se hallaban en Roma el judío cristiano Hegesipo y San Policarpo y Sotero, cuya epístola á la Iglesia de Corinto era leída públicamente como la de Clemente. Dionisio, Obispo de Corinto, ponderaba, elogiando á este Papa, la caridad que movia siempre á la Iglesia romana, y sobre todo, su generosidad en socorrer á las iglesias pobres. Así probaba la Iglesia de Roma, cuya fe, segun el testimonio de San Pablo, era célebre en el universo entero [1], que ella era tambien la primera en el ejercicio de la caridad [2].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 230.

La sucesion de los Papas, segun Iren. III, 3; Eus., III, 4; V, 6 (que tambien contaba á Hegesipo); Hier., Catal., cap. xv; Optat, lib. II De schism., p. 36, ed. Par., 1679; Epiph., Hær. xxvii, 6; Aug., Ep. CLXV; Chrys., Hom. x in II Tim., cap. iv, es ciertamente preferible á la de la Epístola apócrifa *ad Jacobum*, adoptada igualmente por Tertuliano, De præscript., cap. xxxii, y otras, y que coloca á Clemente como sucesor inmediato de Pedro.

Al lado de esta opinion, apénas merecen nombrarse los ensayos de conciliacion intentados (siguiendo á las Constituciones apostólicas; Epiph., loc. cit.) por Pearson, Hammond, Cave, Bingham (Ant. II, i, 4), y la otra opinion de que Lino habría sido ordenado ó nombrado por San Pablo, y Clemente por San Pedro.

Segun algunos, Lino y Cleto habrían sido ordenados por San Pedro, á fin de ayudarle cuando estuviera presente y reemplazarle en su ausencia (Bianchini, Not. ad lib., Pontif., II, p. 15). Despues de muertos éstos, Pedro habria instituído á Clemente (Rufin., Præf. in Recogn. Clem.; Migne., Patr. gr., t. I, p. 1207). Lo mismo en Beda, Raban, Haymon, el autor del Chronicon episc. Metens. Y sin embargo, es seguro que San Pedro murió ántes que Lino (cf. Euseb., III, 2; Cotel., ad Const. ap., loc. cit.; Migne, loc. cit., p. 1052 et seq., nota 52).

No es inverosímil que Lino y Cleto, lo mismo que Clemente, fueran ordenados obispos ántes de ser puestos al frente de la iglesia romana, y que desempeñaran el cargo de coadjutores de Pedro. Goffrid. Viterb. (Migne, Patr. lat., t. CXCVIII, p. 1031): «Isti duo, Linus se. et Cletus fuerunt episcopi et coadjutores Petri.» Cleto y Anacleto (Ἀνέγκλητος = Inocente) son, sin duda, la misma persona; el primer nombre sería una abreviacion del segundo. Esta distincion era desconocida de Ireneo y de Eusebio, y, en cuanto al «Catálogo de Liberio» merece poca confianza ántes del 230. Dœllinger, Christenth. u. K., p. 315 y sig., 1.ª edicion; Clemente es mencionado por Ireneo, III, iii, 3; Orígenes, De princip., II, iii, 6; San Jerónimo, Catal., cap. xv. Clemente de Alejandría le califica de Apóstol, Strom., IV, xvii, p. 221. Véase Euseb., II, 15, 38; IV, 23; Dœllinger, p. 319; Hagemann, p. 682, etc.

La carta de Clemente ha sido publicada de una manera más completa que otras

1 *Rom.*, i, 8.
2 San Ignacio, *Carta á los romanos*

veces por el metropolitano Philoteo Brienio (Constantinopla, 1875), y despues de él por Hilgenfeld, etc. Véase Bickell, Innsbr. Ztschr. f. Kath. theol., 1877, p. 309. *Contra el martirio de Clemente, atestiguado por Rufino*, el Papa *Zosimo* (Ep. ad Afr., 417), el Concilio de Veson (442), y el más antiguo cánon de la misa, no se puede invocar el silencio de San Ireneo, de Eusebio y de San Jerónimo. La antigua tradicion ha sido confirmada por la traslacion de sus reliquias bajo Adriano II, por la historia de los apóstoles de los eslavos, y por la antigua basílica clementina en Roma.

Consúltese mi obra, Photius, II, p. 35. Véase sobre los Papas siguientes, Iren., III, III, 3; Heges., ap. Eus. IV, 11, 22; Dion. Cor., ibid., c. XXIII. Cf. Hieron., Catal., cap. XXII. Como San Ireneo habla del martirio de Telesforo por razon de su celebridad, nada se puede concluir contra el martirio de sus predecesores y sucesores. Son muy significativas para la Iglesia romana las siguientes palabras de San Cipriano, *Ep.* LIX, cap. XIV, p. 683: «*Quorum (Romanorum) fides Apostolo prædicante laudata est, ad quos perfidia habere non possit accessum.*» Sobre el parecer de San Ignacio, véase Kirschl, Katholik, 1868, II, 152.

El Papa Eleuterio.

231. Eleuterio, *antiguo diácono del Papa Aniceto* (*Hegesipo*), fué el duodécimo sucesor de San Pedro. A él fué á quien los mártires de la Iglesia de Lyon enviaron, por conducto del sacerdote Ireneo, una carta donde referían la *persecucion* que se había ensangrentado entre ellos, y recomendaban calurosamente al sacerdote encargado de entregarla.

San Ireneo principió entónces, bajo el pontificado de este Papa, su gran obra (*en cinco libros*), donde refutaba á los gnósticos. Expone allí la tradicion de la Iglesia romana, fundada por los Apóstoles Pedro y Pablo, y asegura que esta tradicion sola basta para confundir á todas las herejías, y que las Iglesias particulares y los fieles esparcidos por toda la tierra deben estar unidos y sometidos á ella. Es un hecho atestiguado por todas partes, desde el siglo segundo, que en las dudas concernientes á la doctrina, se acudía desde luégo á la Iglesia, y que los herejes siempre aspiraban, ante todo, á que fueran por ella reconocidas y aprobadas sus opiniones.[1]

---

1 Lucio, rey de la Gran Bretaña, en una carta al Papa Eleuterio, le suplicaba enviase misioneros para instruirlo en la fe. El Santo Pontífice le envió dos que le bautizaron con la reina, su esposa, y casi todo el pueblo:

«Hic (Eleutherius) accepit epistolas á Lucio, britannico rege, ut christianus efficeretur per ejus mandatum.» (Pontific. rom. in Eleuth.)

«Sanctos Damianum et Fugatianum in Britanniam misit, qui Lucium regem, una cum uxore et toto fere populo baptizarunt.» *Martir. rom.*, 26 maii; Beda, *In VI mund. æt.)*

«Lucius, Britannorum rex, missa ad Eleuterium, Romæ episcopum, epistola, ut christianus efficeretur, petiit.» (Adon., *in Chron. sub Marc. Ant. Vero.; Martyrol.*, VIII kal. jun.)

(Nota del traductor francés.)

ADICION.

San Cipriano, en sus escritos contra el antipapa Novaciano, expone así las prerrogativas del Pontífice romano:

« *No es cristiano aquel que no está en la Iglesia de Jesucristo.* En vano se lisonjea de ello, y emplea la filosofía y elocuencia para probarlo; porque se ha separado de la caridad fraternal y la unidad eclesiástica.

» Jactet se licet et philosophiam et eloquentiam suam superbis vocibus prædicet, *qui nec fraternam charitatem, nec ecclesiasticam unitatem retinuit*, etiam quod prius fuerat amisit... Cumque jam pridem per omnes provincias et per urbes singulas, ordinati sunt episcopi in ætate antiqui, in fide integri, in pressura probati, in persecutione proscripti; ille super eos creare alios pseudoepiscopos audeat, quasi possit aut totum orbem novi conatus obstinatione peragrare, aut ecclesiastici corporis compaginem discordiæ suæ seminatione rescindere, nesciens schismaticis semper initia fervere, incrementa vero habere non posse, nec augere quod illicitè cœperint, sed statim cum sua prava æmulatione deficere. » (*Epist.* LV.)

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 231.

Ep. Lugd. eccl., Eus., V, 4. Cf. Hier., Cat., cap. XXXV. He examinado además el pasaje de San Ireneo con tanta frecuencia discutido: III, III, 2 (Kath. Kirche u. christl. Staat, Friburg., 1872, p. 948-952). Hoy todavía es la desesperacion de la teología protestante antigua y moderna que intenta vanamente debilitar su importancia. Los autores siguientes han contribuido mucho á desvanecer las objeciones de sus adversarios. Massuet, Diss. III, in Iren.; Dœllinger, Hdb. der K.-G., I, I, p. 256 y sig.; Hagemann, p. 614 y sig.; Nolte, Tüb. Q.-Schr., 1862 y sig.; Schneemann, San Iren. De Eccl. Rom. principatu testimonium, Friburgo, 1870. El pasaje *propter potiorem* (al. *potentiorem* principalitatem, está tambien traducido en griego » διὰ τὸ ὑπέρτερον πρωτεῖον (Massuet). διὰ τὴν διαφέρουσαν πρωτείαν (Thiersch), διὰ τὴν ἱκανωτέραν αὐθεντίαν (Armellini et Nolte).

Víctor I, Ceferino, Calixto I.

232. Desde este momento, las fuentes son más abundantes. Víctor I, Africano, celebró en Roma un Concilio referente á la fiesta de Pascua [1], insistió en que se verificasen en todas partes semejantes reuniones, amenazó á los fieles del Asia Menor con excomulgarlos, y arrojó de la Iglesia á Teodoto de Bizancio. « Su episcopado, observa Schwegler [2], con-

---

1 Víctor I ordenó en este Concilio que se observaran los decretos de sus predecesores y se celebrase siempre la fiesta de Pascua el domingo comprendido entre el dia décimotercio de la *luna de Marzo y el veintiuno:* « ut a decima *tertia* luna paucis mensis usque ad 21 die dominica custodiatur sanctum Pascha. » (*Pontif. Dam.* in Victore.)

2 Los tiempos posteriores á los Apóstoles (en aleman), t. II, p. 214.

tiene todos los elementos del pontificado.» Su sucesor Ceferino (202-218), combatió con igual firmeza á los teodosianos, artemonitas y otros sectarios; opuso á los rigoristas que no querían que se admitiese á los impúdicos á penitencia, un edicto perentorio [1], que fué combatido por Tertuliano, á la sazon montanista; recibió á penitencia al Obispo Teodosiano Natalis, y se mostró en todas partes órgano de la tradicion romana. Sólo ha podido tacharle de ignorante y ambicioso un enemigo fanático, que igualmente acusa á su mejor consejero y sucesor Calixto I de haber sido embaucador y vicioso, perturbador de la disciplina, hereje, en fin, sin perjuicio de suministrar él mismo los medios de reducir á su justo valor estas acusaciones. Si Calixto había sido un esclavo harto desventurado, es honroso para él haber recibido del Papa Víctor socorros en dinero, haber sido enviado á Antium para sustraerle á sus perseguidores, y haber sido encargado por el Papa Ceferino de la administracion del gran cementerio situado sobre la Vía Apia, que debía tomar su nombre en lo sucesivo, y en el que fueron inhumados trece Papas; lo es tambien haber sido nombrado Obispo sin la menor oposicion del clero, y reconocido como *tal* en toda *la Iglesia*.

Más tarde fué cuando *Hipólito, sacerdote* ambicioso y versado en las ciencias, á quien podría llamarse el primer antipapa, se levantó contra él, le acusó de profesar sobre la Trinidad errores de que él mismo estaba imbuído; atacó la *práctica mitigada* que observaba en la *disciplina* penitencial, y se presentó asimismo como Papa legítimo. Añadamos que esto no tuvo éxito alguno; y que expió su falta y sufrió el martirio en 235, despues de haberse reconciliado con el segundo sucesor de Calixto.

Este último Papa, sin miramientos á las leyes civiles, declaró completamente válidos los matrimonios contraídos por mujeres ingenuas y nobles con hombres pobres ó esclavos; prohibió que se obligara al celibato á los clérigos de órdenes inferiores; se levantó contra los rigores de los montanistas, y apoyándose en la Escritura, admitió á penitencia á los hombres más criminales, hasta á los asesinos y apóstatas; usó de indulgencia áun con los Obispos culpables, rehusando deponer á los que habían pecado mortalmente, como le echaban en cara sus adversarios. Acerca de la Trinidad, se apartaba así del modalismo sabeliano como

1 Ha llegado á mi noticia, dice Tertuliano, que se ha publicado una ley decisiva, un decreto absoluto. *El Soberano Pontífice, el Obispo de los Obispos* declara, que hay perdon en la Iglesia para los adúlteros y fornicarios. Estas palabras de Tertuliano, prueban que en su tiempo los nombres de Soberano Pontífice, de Obispo, se daban ya á los *Obispos de Roma*, y por lo tanto, que el Papa ejercía en ella la autoridad de tal.

(Nota del traductor francés.)

del diteismo, que establecía separacion entre Dios y el Verbo. Se pretende que Calixto fué precipitado desde una ventana con motivo de una insurreccion popular; que su cadáver fué arrojado en una fuente é inhumado, no en el cementerio de su nombre, como lo había sido el de su predecesor, sino en el próximo de San Calepodio.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 232.

Polýcrates de Efeso declaraba en contra de Víctor que valía más obedecer á Dios que á los hombres; reconocía, pues, el deber de la obediencia, y de hecho accedió á la invitacion de celebrar un Concilio. Víctor no se limitó solamente á rehusar la comunion de la Iglesia romana, sino tambien á excluir de la Iglesia (ἀκοινωνήτους πάντας ἄρδην ἐκεῖνος τοὺς ἀνακηρύττων ἀδελφούς, dice Eusebio); San Ireneo añade que él le advirtió segun era su deber, ὡς μὴ ἀποκόπτοι ὅλας ἐκκλησίας; Photius, cod. 120, habla igualmente en términos absolutos de la ἀποκηρύττειν τῆς ἐκκλησίας. San Ireneo no ponía en duda, bajo ningun concepto, el derecho de Víctor, sino que por el contrario, lo suponía. Pero no creía la cuestion de la Pascua bastante importante para que fuese menester excluir á los asiáticos de la Iglesia, tanto más cuanto que los Papas anteriores no lo habían hecho. En los Philosophumena, IX, 12, Víctor es llamado μακάριος y se le presenta lleno de bondad. Véase además Eus., V, 23, 24, 28; Socr., V, 22; Libell. synod., ap. Voell. y Justell.; Bibl. jur. can. vet., Par., 1661, in-fol.; II, 1161. Sobre Ceferino, Philos., IX, 7, 17; Tertuliano, De pudic., cap. I, en su cualidad de montanista, le llama, no sin ironía, *pontifex maximus*, *episcopus episcoporum*, *apostolicus Papa*. Es verdad que Orsi y Morcelli, entre los católicos, y Munter (§ 97), Gieseler, etc., entre los protestantes, creían que se trataba del Obispo de Cartago; pero ciertamente se han engañado. No sólo Baronio, Chr. Lupus, Petavio, Tournemine, Fleury (t. II, liv. V, n. 46, p. 94), Bened. XIV (S. D., V, IV, 3), Lumper (Hist. th. crit., VI, 427), sino tambien Néander (Antignosticus, p. 263, 2.ª edicion) y Ritschl (p. 527) entienden el Pontífice romano. Dœllinger refuta las objeciones de Orsi (Hippol., p. 128, n. 11); Hagemann, p. 54, 146, p. 70, prueba perfectamente que el pasaje De jejun., cap. X, XVI, XVII, está dirigido contra el Papa Ceferino.

Sobre Calixto, véase Philos., IX, 7 et seq.; Dœllinger, Hippol., sobre todo p. 115 y sig.; Hagemann, p. 91 y sig.; Kraus, Roma sotter., p. 87 y sig.

Urbano I, Ponciano, Antero, Fabian, Cornelio, etc.

233. Los Papas que siguieron, fueron la mayor parte mártires, así como lo habían sido sus predecesores. Nombraremos: á Urbano I (223 á 230); Ponciano, que en 235 fué deportado á Cerdeña con Hipólito, que había vuelto ya al seno de la Iglesia, y allí murió por consecuencia de los malos tratamientos; Antero, que no ocupó sino algunos meses la Silla Pontificia (21 Nov. 235 — 3 En. 236); Fabian (236-250), que escribió una carta contra el Obispo Privato, cargado de crímenes, y fué

martirizado bajo el emperador Decio. La persecucion que sobrevino produjo una *vacante de diez y ocho meses.*

Decio, si creemos á San Cipriano (*Ep.* XXV), consideraba el nombramiento de un antiemperador más soportable que el de un nuevo Pontífice romano. El virtuoso sacerdote Cornelio, hijo de una noble familia romana, fué elegido por unanimidad, á pesar de la oposicion que encontró. Había pasado sucesivamente por todos los cargos de la Iglesia. Tuvo por competidor á Novaciano, sacerdote ambicioso, á quien excomulgó en un Concilio de sesenta Obispos. Depuso tambien á los que le habían consagrado. Uno de ellos hizo penitencia, y fué admitido á la comunion laica; en cuanto á los otros dos, Cornelio nombró sucesores que fueron enviados á sus diócesis respectivas.

De las nueve cartas conocidas del Papa Cornelio, tres solamente se han conservado. Dos están dirigidas á San Cipriano, Obispo de Cartago, unido á él por los vínculos de la amistad, y cuyos decretos sinodales, relativos á los *lapsos,* confirmó. Ya en 252, este Papa, inquebrantable en la fe, fué relegado por el emperador á Civitá-Vechia, donde sufrió el martirio (14 Setiembre 252).

Bajo su pontificado, Roma poseía ya un clero considerable: 46 sacerdotes (de los cuales probablemente dos lo eran para cada título ó parroquia) por cada siete diáconos y otros tantos subdiáconos; 42 acólitos y 52 exorcistas, lectores y ostiarios, y además á su cargo 1.500 viudas y pobres mantenidos por la Iglesia. Lucio I, que escribió sobre la paz de la Iglesia en favor de los lapsos, fué igualmente desterrado en 253, y despues recibió la corona del martirio. Estéban, anteriormente sacerdote en Roma (253-257), conservó, dice Dionisio de Alejandría, la antigua gloria de la silla apostólica por su solicitud en atender á las necesidades espirituales y corporales de todas las Iglesias, hasta las más lejanas; restableció la paz en la Iglesia de Arlés, deponiendo, á ruegos de San Cipriano, al Obispo cismático Marciano; repuso en su silla al Obispo español Basílides, que se había refugiado en Roma, y, en virtud de sus derechos de primado, invocando la sucesion de San Pedro, mantuvo la tradicion romana contra los asiáticos y africanos rebeldes, rechazando sus decretos sinodales. San Cipriano, sin combatir el primado del Papa, que reconocía plenamente, representó á Estéban el ejemplo de Pedro, que había cedido á las razones de Pablo, aunque elegido Apóstol despues de él; quería que en lugar de la tradicion se hiciese prevalecer lo que consideraba como verdad, lo que creía fundado en la doctrina de la Iglesia y en la reprobacion que merece la herejía.

Estéban permaneció inflexible en su sentencia, que era la verdadera, y fué martirizado el año de 257. En 26 de Agosto de 258 le seguía al

sepulcro Sixto II, que fué sorprendido en la catacumba de Pretextato por una banda de soldados paganos, miéntras que celebraba el santo sacrificio, y decapitado sobre su silla con cuatro de sus diáconos. El Sumo Pontificado permaneció vacante hasta el 21 de Julio de 259.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 233.

Fabian, que no pertenecía á la Iglesia romana, se encontró allí á la muerte de Antero y en la eleccion de su sucesor. Se dice que una paloma descendió de repente sobre él y que fué inmediatamente elegido por aclamacion. Eus., VI, 29; cf. Jaffe, Reg., p. 5 et seq.; Cypr., Ep. LIX, cap. X, p. 677; Ep. IX, p. 488; Ep. XXX, p. 553; Ep. LXIX, cap. III, p. 752; Constant, p. 118; Eus., VI, 39. Sobre Cornelio, Eus., VI, 43, 47; VII, 2; Hier., Cat., cap. LXVI: Cypr., Ep. LV (sobre todo cap. VIII, IX, p. 629, 630): Ep. XLIX, cap. II, p. 611; Ep. XLIV, p. 597 et seq.; Ep. XLV, XLVIII, LVIII, LIX, LXI, LXVII; LXVIII, ed. Vindob.; Lucii ep. De pace lapsis danda; Cypr., Ep. LXI; Kraus, loc. cit., p. 173 y sig. Sobre Estéban, más arriba § 193; Voell. et Just., loc. cit., II, 1172; Mœhler, Patrol., p. 859 y sig. Gerdil, Confutazione di due libelli, Op. XII, p. 69-77; Natal. Alex., sæc. III, cap. III, an. 5, §§ 4, 5; Constant (A 15, a. Diss. de Steph. sent., p. 227-255); Denzinger, Kritik der Vorles. v. Tiersch, I, p. 88-90; Pr. Maran, loc. cit. I. La autenticidad de cartas violentas contra Estéban ha sido desde el principio puesta en duda, y lo ha sido más todavía en tiempos posteriores (Aug., Ep. XCIII ad Vinc.; Walch, Ketzerhist., II, 323), por R. Missori y M. Molkenbuhr, y en último lugar por Tizzani (La celebre contesa fra S. Stef. e S. Cipriano, Roma, 1862), pero sin razon. San Cipriano, Ep. LXVII, p. 735 y sig., desaprueba por razones de hecho que el Papa hubiese repuesto al Obispo Basilides. Sobre el Obispo Marciano, véase ibid., Ep. LXVIII. A la muerte de Sixto II (Cypr., Ep. LXXX, p. 840), á quien Poncio llama «bonus et pacificus sacerdos» (Vit. Cypr., cap. XIV), se refiere justamente una inscripcion hecha por San Dámaso. Kraus, loc. cit., p. 143 y sig.; Jaffé, p. 10.

San Dionisio.

234. Al nombre de San Dionisio (259-269), sacerdote al principio y amigo de su homónimo el Obispo de Alejandría, va unida grande celebridad. Este último, acusado ante el Papa por su doctrina sobre la Trinidad, é invitado á justificarse, retractó las expresiones inexactas de que se había servido. La carta dogmática del Papa se distingue por una precision y claridad tan conformes á la fe como á la ciencia, y sostiene siempre el término medio entre las opiniones extremas. Dionisio consoló igualmente con sus cartas á los cristianos de Capadocia, gravemente probados por las incursiones de los bárbaros, y encargó á sus enviados que procuraran la libertad de los cautivos.

Un siglo más tarde, San Basilio atestiguaba todavía que los Papas habían reanimado constantemente el valor de los orientales con sus

cartas, y que la Iglesia de Cesárea conservaba con respetuosa gratitud la del Papa Dionisio. Se sabía por todas partes que había que buscar el centro de la cristiandad en Italia, en Roma, y Aureliano mismo, *emperador pagano, despues de la deposicion de Pablo de Samosata* y la institucion de Domnus, dió un edificio en Antioquía al partido que recibía cartas de comunion de los Obispos de Italia, y sobre todo de los Obispos de Roma. Esta decision fué enviada por el Concilio de Antioquía á Dionisio de Roma, y á los otros Obispos. Cuando la carta llegó á aquella ciudad, el Papa había dejado de existir.

Su sucesor Félix I (269-274), respondió á ella en una epístola donde hacía resaltar la divinidad y la perfecta humanidad de Jesucristo. Una parte de esta carta ha sido inserta en las Actas del tercer Concilio ecuménico. Félix murió despues de un pontificado de cinco años. De sus sucesores inmediatos, Eutiquiano y Cayo, nada conocemos más que los nombres.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 234.

Eus., VII, 9, 26, 30; Athen., De syn., cap. XLIII, XLV; De sent. Dion., cap. XIII; De decr., Nic. syn., cap. XXV et seq.; Op. I, 181, 198, 605, ed. Maur.; *Basil.*, Ep. LXX (Migne, t. XXXII, p. 433); Hagemann, p. 532 y sig.; Felic. I ep.; Coustant, p. 298; Mansi, I, 1114; Hagemann, p. 480. Los dos sucesores de Félix, Eus., VII, 32; Jaffé, p. 11, 12.

El Papa Marcelino.

235. El Papa Marcelino fué martirizado en 304 durante la dominacion de Diocleciano. Es una mentira inventada más tarde por los cismáticos donatistas, y reconocida como tal, que sacrificase á los ídolos. La misma acusacion se halla en un supuesto sínodo de Sinuesa, imaginado á fines del quinto siglo. Tambien hubo en Roma, en tiempo de Diocleciano, muchos apóstatas, y bajo los sucesores de Marcelino renacieron las mismas controversias sobre la penitencia que habían surgido en los pontificados de Calixto y de Cornelio. Heraclio, que había apostatado en los días de paz, no quería que los apóstatas fuesen admitidos á la penitencia; hubo sobre esto vivas discusiones. A ello se debió el destierro decretado por Magencio contra Marcelo (hasta el 308 ó 309), nombrado despues de una larga vacante de la Santa Sede, y contra el sucesor de éste, Eusebio, que murió en Sicilia (310 ó 311). Aquel emperador parece no haber obrado sino en interés de la paz, pues tambien desterró al sectario Heraclio.

La eleccion del sacerdote Melquiades ó Milciades (311-313) (en esta época eran nombrados con más frecuencia los sacerdotes que los diáconos), ocurrió en tiempos más apacibles. Ya podía enviar diáconos provistos con cartas del emperador y del prefecto del Pretorio al prefecto de la ciudad para solicitar la restitucion de los bienes de las iglesias arrebatados durante la persecucion. El 2 de Octubre de 313 celebraba un Concilio con once Obispos. Melquiades fué el primero de los Papas que residieron en Letran, y el último *sepultado* en las catacumbas. La Roma cristiana minaba sordamente los cimientos de la Roma pagana; tomaba libremente su puesto á la luz del día, y construía espléndidas basílicas. Ella recibió en Silvestre I un jefe glorificado á la vez por la historia y por la leyenda; nada le faltaba para presidir los nuevos tiempos que iban á abrirse.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 235.

Contra la supuesta caída de Marcelino, Aug., de un. bapt. c. Petib., cap. XVI; C. lit. Petil., II, 282: Theod., Hist. eccl., I, 2. Sobre el Concilio apócrifo de Sinuesa, citado con frecuencia en lo sucesivo, especialmente pór Gerbert (Neander, K.-G., II. 202), Gerhoch de Reichersperg (De investig., Antichr., I, 64, p. 130); Juan de Salisbury (Polycr., VII, 19, p. 683), Gerson (Schwab, Gerson, p. 253) y por el mismo Papa Nicolás I, Ep. ad Mich. Imp., en el pasaje indicado por Graciano, cap. VII, d. 21 y discutido á menudo, véase Baron., Pag., an. 302, 304; Natal. Alex., Sæc. III, diss. XX; Papebroch, Acta sanct. Propyl., maii t. VIII; Honorat. a S. María (A 7), t. I; Héfelé, Concil., t. I, p. 118; Dœllinger, Papstfabein, p. 48 y sig. Esta fábula parece tener su orígen en una calumnia de los donatistas (II, § 32). Al. Galimberti, Apología pro Marcellino R. P., Roma, 1876. Sobre lo que ocurrió bajo Marcelo y Eusebio, dos inscripciones del Papa Dámaso: «Veridicus rector lapsis quia crimina fera,» y «Heraclius vetuit,» etc.; Kraus, op. cit., p. 167, 171. Cf. Tillemont, Memorias, t. V, p. 100; Acta sanct., t. III; Aug., p. 168. Sobre Melquiades, Aug., Brev. collat., d. III et ad Donat. post. collat. Op., ed Par., 1842, t. XXXIII, p. 70 et seq., 79-84, 109, 151; Optat, De schism. Don., p. 23, ed. Antw., 1702; Const., Ep. ad Ælat.; Mansi, II, 465; Euseb., X, 5. Leyendas sobre el Papa Silvestre, Dœllinger, Papstfabein, p. 52 y sig.; Decret. Gelas., 495 ó 496 (Thiel., Ep. Rom. Pont., p. 460): «Item actus B. Sylvestri, ap. Sedis præsulis, licet ejus, qui conscripsit, nomen ignoretur, a multis tamen in urbe romana catholicis legi cognovimus, et pro antiquo usu multæ hoc imitantur Ecclesiæ.» Tambien Hormisdas, 520 (ibid., p. 935).

SEGUNDO PERÍODO.

Desde Constantino el Grande al Concilio «in Trullo» (312-692).

CARÁCTER DE ESTE PERÍODO.

En el Imperio romano, el paganismo caminaba á su ruína á pasos precipitados. Se intentaron ensayos ingeniosos y hábiles para conservar algunos fragmentos de las costumbres y usos paganos que la Iglesia trabajaba por ahogar. El Estado romano pasó insensiblemente al Estado cristiano, y una nueva legislacion civil se levantó sobre las bases de la antigua, purificada en muchos puntos por elementos cristianos. La Iglesia se revistió de brillo exterior, pero bien pronto se vió obligada á defenderse contra las intrusiones del Estado. En otro tiempo, tenía que luchar contra las persecuciones de los emperadores paganos; despues se vió en la necesidad de ponerse en guardia contra la tutela de los príncipes, que habían pasado á ser sus hijos.

Poco á poco se formó una falsa política, cuya teoría había de ser completamente desenvuelta en el trascurso de las edades. Apénas el poder temporal arrancó á la Iglesia del estado de opresion en que gemía en el mundo pagano, cuando intentó explotar en su provecho las nuevas relaciones que le unían con ella, y ejercer en toda la esfera en que se desplegaba su autoridad, una influencia soberana, que muy á menudo era incompatible con los imprescriptibles derechos de la esposa de Jesucristo. Los emperadores paganos, en el odio mortal que abrigaban contra la Iglesia, habían intentado aniquilarla; el despotismo de los príncipes cristianos trató tambien de ahogarla con sus abrazos.

Había, sin duda, alianza íntima entre la Iglesia y el Estado cristiano; pero esta alianza era un obstáculo tanto menor para la lucha entre los dos poderes, cuanto que á menudo se formaba el último una falsa idea del Estado, se desnaturalizaba su nocion y se caía en los más groseros errores jurídicos. Más de una vez el Estado se dejó seducir por las herejías, que jamás desaparecen de la historia de la Iglesia, y que se hacen tanto más poderosas cuanto más se apoyan en todas las fuerzas del

poder civil. La victoria de la Iglesia fué, sin embargo, más brillante. Edificó sobre los principios del cristianismo una ciencia nueva, se apoderó de la cultura pagana para transfigurarla, abatió la falsa sabiduría con sus Concilios generales y con la pluma de sus grandes doctores, persiguió, en fin, hasta sus últimas trincheras á las herejías, que tantas veces sirvieron de obstáculo á su marcha, y que produjeron los más terribles combates.

Todos los esfuerzos de la ciencia y del arte, todos los elementos del culto, del ascetismo y de la disciplina que hemos visto en el período precedente, no sólo se conservan sino que despliegan toda su riqueza. La constitucion eclesiástica se robustece en el exterior á pesar de los asaltos que le dirige la ambicion humana. Los Príncipes de la Iglesia ganan en influencia y se aprovechan de ella para favorecer los progresos de la libertad general en el seno del despotismo, y los de la moral en el seno de la barbarie. El poder de la Iglesia se extiende mucho más allá que el de los emperadores romanos, y sobrevive á la caída del Imperio de Occidente, así como á la inundacion de los pueblos bárbaros, cuyos efectos modera.

La Iglesia ejerce esta *influencia regeneradora* sobre las naciones mismas que viven más allá de las fronteras del antiguo Imperio romano; se acomoda á las instituciones de todos los pueblos, á sus costumbres, á sus leyes, y sólo rechaza lo que contradice á la ley de Dios [1].

Miéntras que en su gloriosa carrera se desenvuelve así la Iglesia interior y exteriormente, se ve debilitada y detenida por la apostasía de provincias enteras que se apartan de su unidad, y por las conquistas del islamismo en Oriente. El teatro de los acontecimientos importantes se muda de día en día, y pasa de Oriente á Occidente. En Oriente está la servidumbre y el estancamiento; en Occidente desenvuélvese entretanto la libertad, la energía vital con magnificencia siempre nueva. La fuerza de las cosas proporciona á la Santa Sede un poder exterior en relacion con su destino universal y su vocacion sublime.

---

1 Aug., *De Civ. Dei*, XIX, XVIII.

CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA EXTERIOR DE LA IGLESIA.—SU VICTORIA EN EL IMPERIO ROMANO Y SU PROPAGACION AL EXTERIOR.

---

§ 1. La Iglesia bajo los emperadores paganos. — Caida del paganismo. Constantino y sus hijos.

Constantino el Grande.

1. Constantino, educado en el paganismo, era probablemente dado al neoplatonismo y al culto de Apolo. Favorable desde luégo á los cristianos, por consecuencia de las impresiones que había recibido al contemplar su firmeza, fué fortalecido en estos sentimientos por su piadosa madre Santa Elena. No solamente no miraba al cristianismo como una amenaza contra su autoridad, sino que comprendía tambien la imposibilidad de extirparlo, y esperaba encontrar en él recursos que le ayudasen eficazmente á ejecutar sus planes y robustecer sobre nuevas bases el imperio carcomido y vacilante. A medida que observaba los ventajosos efectos de sus primeros edictos, y se familiarizaba con los cristianos, especialmente con los Obispos, mostrábase más inclinado hácia la nueva religion. Había comenzado por ponerla en las mismas condiciones legales que al paganismo, y bien pronto pensó en hacerla religion del Estado. Procedió desde luégo con extrema cautela, y creyó oportuno el no romper por entónces de frente con el paganismo. Conservó, aunque no fuese más que por ejercer su inspeccion sobre el sacerdocio pagano, el título de gran Pontífice *(Pontifex maximus)*; observó tambien ciertos usos del paganismo, otorgando al mismo tiempo á los cristianos numerosos favores, y manifestando claramente su predileccion hácia ellos.

En Oriente, por el contrario, Licinio ponía toda su confianza en los paganos, y extremaba las vejaciones contra los fieles; separábalos de los cargos públicos; limitaba el ejercicio de su culto, y hasta los hacía perseguir abiertamente. La lucha que estalló entre los dos soberanos, fué una verdadera guerra de religion. Licinio, que era dado á la magia, y se hacía prometer la victoria por los oráculos, tenía enfrente de sí á Constantino, que llevaba el signo de Cristo en sus estandartes, é iba rodeado de Obispos al campo de batalla: de él aguardaban su libertad los cristianos orientales. Esta vez tambien, ó sea en 323, Constantino venció cerca de Bizancio; un año despues, Licinio perdía al mismo tiempo el

imperio y la vida, y Constantino reinaba solo ya en todo el Imperio romano. Los emblemas del paganismo desaparecieron entónces de sus monedas, y se declaró abiertamente en favor del cristianismo, dilatando, sin embargo, hasta el fin de su vida el bautizarse, so protexto de recibir el bautismo en el Jordan.

En 324, Constantino manifestó el deseo y la esperanza de que todos sus súbditos renunciasen á la superticion pagana, y aceptasen la doctrina del único verdadero Dios. Confió á cristianos los más importantes cargos civiles, é hizo educar á sus hijos en el cristianismo; encargó á Lactancio la educacion de su hijo Crispo; construyó muchas iglesias magníficas, que dotó con pingües rentas, y se dedicó por su parte á la conversion de los paganos, de los cuales muchos se rindieron á su llamamiento por motivos completamente profanos.

El Imperio romano bajo Constantino.

2. Bajo Constantino, el Imperio romano se rejuveneció. Estableciéronse nuevos cargos en la corte; la legislacion se impregnó de elementos cristianos, y la administracion de las provincias fué sometida á nuevos reglamentos. Constantino dividió el Imperio en cuatro prefecturas, cada una de las cuales comprendía muchas diócesis: 1.º la provincia de Oriente, que abarcaba á Tracia, el Asia Menor, Capadocia y Ponto, Siria y Egipto; 2.º la provincia de Iliria con Macedonia y Dacia; 3.º la provincia de Roma con Roma, Italia, la Iliria occidental y el África; 4.º la provincia de las Galias con España y la Gran Bretaña. Abandonando á Roma, donde la nobleza permanecía muy adherida al paganismo, Constantino escogió por residencia imperial á Bizancio, situada sobre las riberas espléndidas del Bósforo. La llamó Constantinopla, y quiso hacer de ella una nueva Roma igual á la antigua por la suntuosidad de sus edificios, por sus calles, su pompa y su magnificencia, pero á la vez absolutamente cristiana, hermoseada con espléndidas iglesias y habitada sobre todo por cristianos.

En 11 de Mayo de 330 la nueva capital fué solemnemente inaugurada. Esta traslacion de la residencia imperial tuvo importantes consecuencias: por una parte, el Pontificado romano podía desenvolverse con mayor libertad; y por otra, la antigua Roma adquiría una rival poderosa. Los emperadores que residieron en la ciudad nueva, fueron demasiado inclinados á intervenir en las disputas de los orientales, á impregnarse de su espíritu, á alejarse de los occidentales, á familiarizarse con el despotismo asiático y á ponerlo al servicio de partidos astutos, como el mismo Constantino lo demostró con respecto á los arrianos.

Medidas de Constantino contra los paganos.

3. Desde entónces se procedió con más vigor contra el culto pagano, y sobre todo contra aquellos templos que eran sentinas de orgías y servían para engañar al pueblo. El emperador intentó restringir por lo ménos el culto de los ídolos. Prohibió los sacrificios clandestinos ó privados, donde fácilmente podía mezclarse el crímen, y vedó á los gobernadores participar de los sacrificios públicos. Si prohibió absolutamente toda clase de sacrificios, lo cual es dudoso, su decreto no fué ejecutado. Los paganos eran todavía demasiado poderosos. Sin embargo, hubieron de resignarse á ver cerrados casi todos sus más célebres templos, otros destruídos, y gran número de ellos convertidos en iglesias cristianas. Muchas estatuas de los ídolos fueron derribadas y hechas polvo, miéntras que las iglesias cristianas desplegaban todo su brillo y parecían insultar, al decir de los paganos, la ruina de los antiguos dioses. El emperador, persuadido de que el paganismo era la fuente de todas las aberraciones de la humanidad, se creía llamado por la Providencia para extirparlo insensiblemente, si bien no podía ni quería abolirlo en todos los lugares por medio de la violencia. Los sabios de la escuela neoplatónica, los sacerdotes idólatras habituados á sus privilegios, muchas antiguas y distinguidas familias, y diversas clases de la poblacion inferior eran aún muy adictos á la religion antigua y tradicional de los romanos.

Cualidades y defectos de Constantino.

4. Por notable que haya sido, bajo muchos aspectos, el reinado de Constantino ofrece tambien gran número de faltas que no es lícito disimular: 1.º Constantino permaneció hasta el fin de su vida fuera del seno de la Iglesia, y solamente en su última enfermedad, á la edad de sesenta y cinco años, fué cuando recibió el bautismo de manos de un Obispo arriano. 2.º Esclavo de sus pasiones, hizo morir á Liciniano, hijo de Licinio, así como á su propio hijo Crispo, jóven de excelentes prendas, nacido de su primer matrimonio, y despues á su segunda mujer Fausta, que, por lo demás, había contribuído en mucho á estos actos de barbarie. Colérico y ambicioso, cruel con algunos hombres de mérito, fué además accesible á la adulacion y á las intrigas, principalmente en sus últimos años. 3.º Coartó muy á menudo, por instigacion de los partidos heréticos (donatistas y arrianos), la libertad de la Iglesia, lo cual era tanto más peligroso cuanto que sus beneficios, verdade-

ramente excepcionales é inesperados, debían ganarle el corazon de los cristianos. Falto de principios sólidos en su política religiosa, con frecuencia pensó en fundir en una todas las religiones, y su conducta vacilante fué causa, contra sus designios, de grandes perjuicios para el cristianismo.

Sin embargo, Constantino no ha merecido ménos por sus raros servicios el nombre de Grande y la gratitud del mundo cristiano. Los griegos llegan hasta tributarle culto como santo. Eusebio de Cesárea le ha exaltado más allá de toda medida, miéntras que otros le han despreciado injustamente. Dotado de prodigiosa actividad, circunspecto, grande en sus empresas, fué en los primeros tiempos de su reinado un príncipe excelente; más tarde mostró ménos moderacion y equidad. En su lecho de muerte, en el suburbio de Ancyrona, cerca de Nicomedia, intentó reparar muchas de sus faltas; permitió la vuelta á hombres que había desterrado injustamente, é hizo gran número de legados á las Iglesias, y especialmente á la romana. Murió con excelentes disposiciones y deshaciéndose en acciones de gracias ante el Señor (22 Mayo 337).

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 1-4.

Eus., Vita Const., I, I-IV; Hist. eccl., X, 8 et seq.; Socr., I, 3, 18; Soz., I, 8; V, 5; Eumen., in Panegyr., an. 310, cap. XXI; Eutrop., X, 7; Zosim., II, 29; Vict., Epist. XLI, 15; Liban., Or. pro templis; Theod., Hist. eccl., V, 21. Leyes de 319 (Cod. Theod., IX, XVI, 1, 2), de 321 (ibid., X, X, 1; XVI, X, 1, Cf. seq.). — Gusta, Vita di C. M. Foligno, 1876; Martini, Ueber die Einführung des christl. Religion als Staatsreligion im rœmischen Reiche durch K. Const., Munich, 1813; Manso, Leben Const. d. Gr., Breslau, 1817; Kist, De commutatione, quam Const. auctore chr. soc. subiit, Traj. ad Rhen., 1818; Hug, Denkschr. z. Ehrenrettung Const. (Ztschr. f. die Geistlichkeit des Erzbisth. Freiburg, 1829, III); Heinichen, Excurs. I in vitam. Const., in ed. Euseb. Cæs.; Arendt, Ueber Const. d. Gr. u. sein Verhæltnits z. Christenthum (Tub. theol. Q.-Schr., 1834, III); Arth. Beugnot, Historia de la destruccion del paganismo en Occidente, París, 1835, 2 vol.; Chastel, Historia de la destruccion del paganismo en el Imperio de Oriente, París, 1850; Burkhardt, Die Zeit. Const. d. Gr., Basel, 1853 (muy exclusivo y hostil á la Iglesia); Lassaulx, Der Untergang des Hellenismus und die Einziehung seiner Tempelgüter, Munich, 1854; Alb. de Broglie, la Iglesia y el Imperio romano en el cuarto siglo, París, 1856, 1 vol.; Nève, Constantino y Teodosio ante las Iglesias orientales, Lováina y Bruselas, 1857.

Sobre las construcciones del emperador, Ciampini, De sacr. ædificiis a Const. M. exstructis. Roma, 1693, in-fol.; Unger, Bauten Const. d. Gr. am hl. Grabe, Gœttingue, 1866; Schegg, Die Bauten Const. über das hl. Grabe, Gœttingue, 1867. Sobre la ciudad de Constantinopla, véase Hammer, Constantinopel, t. I. Mi obra, Photius, t. I, p. 3 y sig.

Los hijos de Constantino.

5. Los tres hijos de Constantino, de los que ninguno fué testigo de la muerte de su padre (Constancio asistió á su inhumacion en la iglesia de los Apóstoles de Constantinopla), se dividieron el Imperio conforme á su última voluntad. Constantinó II obtuvo el Occidente, la prefectura de las Galias; Constante, las de Italia é Iliria; Constancio, el Oriente. Muchos individuos de la familia imperial fueron eliminados por la violencia, y los tres hermanos no se entendieron entre sí. En 340, Constantino II perdió la corona y la vida cerca de Aquileya en un combate con su hermano Constante, que reinó desde entónces sobre todo el Occidente. Ambos emperadores publicaron en 341 una ley severa contra los sacrificios paganos; querían, segun manifestaban, poner término á la superticion, destruir la locura de los sacrificios y hacer ejecutar rigorosamente la ley de su padre. Sabios cristianos, tales como Materno (Julio Firmico), persuadieron á los emperadores á desplegar más severidad contra el culto inmoral y corruptor de los ídolos, que contaba siempre gran número de partidarios.

Constante fué muerto sobre la frontera de España por los soldados del usurpador Magnencio; Constancio, á su vez, derrotó á este último cerca de Mursa, y reinó solo desde 350 hasta 361. En 353 ordenó bajo pena de muerte la clausura de los templos y la abolicion de los sacrificios, amenazando con duras penas á los funcionarios negligentes. Estas prescripciones *rígidas fueron renovadas* en lo sucesivo *sin ser en todas* partes observadas. La persecucion reanimó las fuerzas del paganismo espirante. Miéntras que el emperador hacía destruir los templos ó los daba á los cristianos, no se oponía á que las escuelas más célebres, y por consecuencia, todo lo que constituía la instruccion de las clases elevadas, permaneciesen en manos de los sofistas paganos y de los filósofos neoplatónicos. Continuaba igualmente, por la misma inconsecuencia, proveyendo las plazas vacantes de los sacerdotes paganos.

Como Constancio se mezclaba mucho más que su padre todavía en los asuntos religiosos, ó intentaba asegurar la preponderancia del arrianismo, se atrajo á la vez la aversion de católicos y gentiles. En sus guerras con los persas, casi siempre fué desdichado. Muchos rivales disputáronle la corona imperial: Magnencio en las Galias é Italia; Bertranion en Iliria; Nepociano en Roma. Constancio no tenía hijos; siendo sus más próximos parientes los nietos de Constantino el Grande, Galo y Juliano, que habían sido perdonados en el asesinato de los miembros de su familia, el primero á causa de una enfermedad reputada

mortal, y Juliano, por su juventud. Constantino creó César á su sobrino Galo, y despues le condenó á muerte por sospecha de alta traicion. Juliano, el más jóven de los hermanos, fué sometido á estrecha vigilancia; sin embargo, Constancio le hizo César y le envió á la Galia contra los bárbaros. Juliano alcanzó allí una victoria, y fué proclamado Augusto por su ejército. Temiendo por su vida y su imperio, Constancio se hizo bautizar por el Obispo arriano Euzoio, y se preparó á marchar contra Juliano. Murió en el camino, víctima de un ataque apoplético, entre Capadocia y Cilicia, cerca de las fuentes del Mopso (3 Nov., 361), á los cuarenta años de edad y veinticinco de reinado.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 5.

Euseb., In procemio vitæ Const. Socr., I, 39 et seq.; II, 5, 25, 32, 46; III, 1, et seq.; Sozom., II, 34; III, 2; IV, 7; V, 1 et seq.; Theod., I, 33; II, 4; III, 1. — Ley de 341 (Cod. Theod., XVI, x, 2, 3); 353 (ib., lib. IV, XII, t, 46). — Jul. Firm. Maternus, De errore profanar. religionum, Vindob., 1867; Corp. Script. eccl. lat., vol. II, p. 77 et seq.; Th. Rüdiger, De statu et conditione paganor. sub. imperat. christ. post Constantin., Vratislav., 1825; Tzschirner, etc. (más abajo I, § 80). Lübker, Fall. des Heidenth., Schwerin, 1856.

La reaccion pagana bajo Juliano.—Juliano.

6. La subida de Juliano al trono reanimó las esperanzas de la faccion pagana; y en efecto, este príncipe puso por obra todos los medios para satisfacerlas y extirpar al cristianismo del cual había apostatado. Su desercion de la Iglesia cristiana se explica á la vez, ya por la educacion pagana que había recibido, y por las persecuciones que sufrió en su juventud, ya por sus tendencias ambiciosas que alimentaban con cuidado los sabios del paganismo, ya por las circunstancias exteriores en que vivió, y en fin, por las condiciones de su carácter. Su madre, Basilina, había muerto poco tiempo despues de su nacimiento, y su padre había sido, segun hemos visto, asesinado por órden de Constancio, con otros muchos parientes. Fué educado no sólo por extranjeros, sino por paganos fanáticos, y sobre todo, por el eunuco Mardonio, miembro de su familia materna, el cual aspiraba á entusiasmarle con los dioses de Homero y Hesiodo, y á exasperar el resentimiento que conservaba contra los emperadores cristianos, por las injurias que habían causado á su familia. El emperador Constancio había procurado que se le educara cristianamente en Macellon, ciudad situada en una campiña solitaria de la Capadocia.

A la edad de veinte años, miéntras que su hermano Galo estudiaba en Éfeso, Juliano frecuentó la escuela de Constantinopla bajo la direccion de su ayo el astuto Mardonio: sus primeros maestros fueron el gra-

mático Nicoclés y el sofista Ecebolio. Habiéndose esparcido por el pueblo el rumor de que estaba ya en aptitud de reinar, Constancio entró en recelos, y le envió (351) á Nicomedia al lado del Obispo arriano Eusebio, encargado de continuar su educacion. Constancio le prohibió asistir á las lecciones del sofista Libanio, que se encontraba allí á la sazon. Juliano eludió de esta prohibicion leyendo furtivamente los escritos de aquél, y entrando en relaciones con Máximo de Éfeso, filósofo neoplatónico. Con estas cosas, se acrecentó su odio al cristianismo y su deseo de reinar. Como temía á Constancio, se ocultó bajo las apariencias de la más ferviente piedad, se vistió con hábitos monacales y se hizo nombrar lector de *la Iglesia* de Antioquía, porque el emperador, que quería apartarle del gobierno, lo había destinado al estado eclesiástico. Su hermano Galo, que le visitó en Nicomedia, despues de nombrado César, le exhortó á mostrarse constantemente fiel á la religion cristiana, como él mismo lo hacía, pero no produjo este aviso en su ánimo *impresion alguna*.

Asesinado Galo en 354, Juliano fué vigilado más rigorosamente que nunca por órden de Constancio, pero él se sustrajo á sus guardias. La emperatriz Eusebia descubrió su asilo, y trabajó con tanto éxito en su favor, que obtuvo para él licencia de estudiar filosofía en Aténas. En esta ciudad tuvo por condiscípulos á San Basilio y San Gregorio Nazianceno, que más tarde fueron célebres Obispos. Juliano ostentaba orgullosamente su manto de filósofo, y como el emperador no tenía hijos varones, todos los sectarios del paganismo habían puesto la mirada en el que consideraban como presunto heredero de la corona. Él tampoco perdonaba medio para complacerlos, y se mofaba en su presencia de los cristianos, divididos entre sí. Habiendo vuelto á la corte, consiguió captarse con sus hipócritas adulaciones el cariño de Constancio, que lo nombró *César* en 357, y le *honró poniéndole* á la cabeza del *ejército* en una expedicion contra los francos y los germanos.

En la Galia, Juliano se hizo amar de los soldados, á la vez que procuraba enervar con la embriaguez y los placeres á los miembros de su consejo de guerra, para poder quejarse de su molicie ante Constancio. Su proclamacion como Augusto estaba preparada desde hacía mucho tiempo. Nada hizo para oponerse á ella, y salió de la Galia para marchar contra Constancio. Había consultado á Júpiter, y el augurio fué favorable para él. Poco ántes había manifestado al emperador, el cual pedía tropas para combatir á los partos, que de la Galia no podía separarse al ejército; sin embargo, salió al frente de éste, y marchó contra su legítimo soberano, cuya muerte fué la única que pudo impedir la guerra civil.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 6.

Juliani Op., ed. Petav., 1583; ed Spanheim, Lips., 1696, t. II, in-fol. Cartas de Juliano, en Muratori, Anecd. gr., p. 326 et seq.; Jul., Ep., acced. fragmenta breviora, Mogunt., 1828; Op., ed. Hertlein, Lips., vol. II, 1876; Am. Marcellini, Hist., lib. XVI-XXV; Liban., Orat. parent. Eunap.; Vitæ Sophist.; Zosim., III, p. 9; Greg. Naz., Or. contra Julian., I et II (ed. Maur., Or., IV, 5); Socr., III, 1 et seq.; Soz., VI et seq., 16; Theod., III, 2 et seq.; Tillemont, Memoires, t. VII, p. 322 y sig.; De la Bletterie. Vida del emperador Juliano, Amst., 1735; Card. Gerdil, Consideraciones sobre Juliano (Op., X, p. 57 et seq., ed. Rom.); Stolberg, part. XI, p. 316 y sig.; Katerkamp, II, p. 257 y sig.; Néander, Kaiser Juliano u. sein Zeitalter, Leipzig, 1812; Jondot, Historia de Juliano, París, 1817; Ullmann, Greg. v. Naz., Darmstadt, 1825; Van Herwerden, De Juliano imp. relig. chr. hoste eodemque vindice, Lugd. Batav., 1827; Wiggers, Julian. der Abtrünnige (Illgens Ztschr. f. hist. theol., vol. VII, p. 115 y sig.); Straus, Der Romantiker auf dem Throne, Mannh., 1847. — Civiltà cattolica, 1853, ser. II, vol. II, n. 75, p. 241 et seq.; Auer, Kaiser Julian. der Abtrünnige im Kampfe mit den Kirchenvætern seiner Zeit, Viena, 1855; A. Broglie, loc. cit. (§ 1), vol. III, IV; C. Semisch, Julian., Breslau, 1862; Lübker, K. Julians Kampf u. Ende, Hamb., 1864; Mücke, Fl. Claud. Julian,, Gotha, 1869.

Juliano emperador.

7. Entonces Juliano arrojó su máscara de cristiano, restableció las fiestas paganas, levantó de nuevo las estatuas de los dioses, y se propuso devolver su primer brillo al antiguo culto romano. El nuevo emperador hizo su entrada en Constantinopla el 11 de Diciembre de 361. El cristianismo, al cual no conocía sino por las acusaciones de los arrianos, ni había juzgado jamás con imparcialidad, llegó á ser objeto de todos sus sarcasmos, miéntras que se manifestaba compadecido de las persecuciones sufridas por el paganismo, y le tributaba muestras de respeto. Intentó resucitarlo sobre las bases del neoplatonismo, mezclando en él algunos elementos cristianos, como medio de debilitar la influencia moral del cristianismo. El genio pagano se agitó con nueva vida y reunió todas sus fuerzas; pero estos esfuerzos no eran más que los accesos desesperados de un moribundo, los últimos fulgores de una llama que se extingue.

Juliano intentó restablecer el órden de cosas que existía bajo Diocleciano; abolió en el ejército los emblemas del cristianismo (el lábaro); arrebató á las iglesias y á los clérigos sus privilegios; quitó tambien las donaciones que se les habían hecho de los bienes de los templos paganos y de los municipios; alejó cuanto pudo á los católicos de los cargos públicos, y con diversos pretextos hizo someter al tormento á

cristianos notables. Miéntras que soltaba las riendas al furor, por largo tiempo contenido, y al fanatismo de los gentiles, y les dejaba satisfacer su rabia contra los cristianos, especialmente en Alejandría y en Bostra; miéntras que los prefectos podían condenar á muerte á los fieles, segun su capricho, como hizo Apoloniano en Roma, él mismo satisfacía su resentimiento personal, desembarazándose de aquellos que le habían ofendido ú hecho objeto de sus mofas.

Para burlarse de los fieles, á quienes daba los nombres de galileos y de impíos, utilizaba todas las cosas como medio, sus cartas lo mismo que sus edictos. Les prohibió enseñar las letras á fin de condenarlos á la ignorancia y exponerlos al ridículo. Los paganos mismos hallaban esta conducta excesiva y despreciable; muchos sacerdotes cristianos intentaron suplir con diferentes producciones *la ausencia de la literatura clásica*, haciendo así esta privacion ménos onerosa á sus hermanos. Probaban bastante con esto que no eran enemigos de aquélla. Los galileos, en opinion del emperador, debían contentarse con su Mateo y con su Lúcas; pero nada tenían que ver con los autores clásicos.

Juliano, cambiando en seguida de táctica, prometió igual tolerancia á los católicos, y á todas las sectas, como donatistas, arrianos, novacianos, *etc.*, *esperando que en sus luchas recíprocas concluirían* por devorarse unos á otros. Con este designio llamó á los Obispos y sacerdotes desterrados, empleando á la vez todos los medios posibles para hacerlos odiosos y despreciables. Logró arrastrar á la apostasía á muchos cristianos de nombre; combatió á la religion de la Cruz, que aborrecía sin comprenderla, en una multitud de cartas, edictos, discursos, himnos, tratados y sátiras; se mofó de los emperadores cristianos sus predecesores, hizo víctimas de sus bufonadas á los habitantes de Antioquía, y atacó al cristianismo en una obra en ocho libros.

ADICION.

Luégo que Juliano, dice San Crisóstomo, publicó su edicto para el establecimiento de la idolatría, se vió acudir de todas las partes del mundo á los mágicos, encantadores, adivinos, augures y á cuantos se dedicaban á la impostura ó al engaño; de suerte que todo el palacio se encontraba lleno de gente sin honor y de vagabundos. Los que desde mucho tiempo ántes estaban reducidos á la última miseria; los que por sus sortilegios y maleficios habían languidecido en las prisiones y en las minas; los que arrastraban á duras penas una vida miserable, dedicados á los más bajos y vergonzosos oficios, todos éstos, erigidos en pontífices y sacerdotes, se vieron en un instante colmados de honores. El emperador, desdeñando á los generales y magistrados, y sin dignarse siquiera dirigirles la palabra, llevaba consigo por toda la ciudad un cortejo de jóvenes entregados á una vida licenciosa, y de cortesanas que acababan de abandonar los lugares infames

de su prostitucion. Sólo de muy léjos seguían al emperador su caballo y sus guardias, miéntras que esta infame gente rodeaba su persona, y se presentaba en primera línea en las plazas públicas, diciendo y haciendo todo lo que pueda esperarse de personas de este jaez.

(Nota del traductor francés.)

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 7.

Juliano decía del cristianismo, imitando el «Veni, vidi, vici» de César. «Legi intellexi, condennavi» (ἀνέγνων, ἔγνων, κατέγνων); á lo que los Obispos habrían respondido: «Legisti, sed non intellexisti; si enim intellexisses, non damnasses.» (Sozom., V, 18.) La astucia que empleaba Juliano para perseguir y extirpar á los cristianos (Naz., Or., IV, n. 62-65, p. 106 y sig.), hace decir á Gregorio de Nazianzo (Or. XXXII in S. Athan., n. 32, p. 407), que su persecucion había sido la más cruel de todas (cf. Or., XLII, n. 3, p. 750). Segun él (Or. IV, n. 93, p. 127), Juliano consideraba como una bagatela el que un pagano matase á diez cristianos. En Antioquía, Juventino y Máximo fueron martirizados por órden suya. Theod., III, 11; Chyrs., Or. in sanct., Mart. Juv. et Max. (Migne, t. L, p. 571-578). Habiendo hecho sufrir el prefecto Salustio afrentosos suplicios al jóven Teodoro, esto desagradó al emperador, que toleraba por otra parte tantas crueldades. Theod., loc. cit., *III*, 7. Roma vió morir á *Juan y á Pablo* (*Tillemont, VII*, 350), *Dafroso*, *Bibiana*, Demetrio (Sur. d. 2 dec.). Sobre la prohibicion de enseñar impuesta á los cristianos (cf. Julian., Ep. XXII), Amiano Marcelino decía, XXII, 10: «Illud autem erat inclemens, obruendum perenni silentio, quod arcebat docere magistros rhetoricos et grammaticos ritus christiani cultores.» Cf. XXV, 4, en donde las mismas palabras son repetidas, con estas frases: «ni transiesent ad numinum cultum.» August., De civitate Dei, XVIII, 52; Nazianz., Or., XLIII (al. 20), n. 11, p. 778, etc. Véase mi artículo en Vürzb. kath. Wochenschr., 1853, I, p. 312 y siguientes. Sobre el llamamiento de los Obispos desterrados, Am. Marcell., XX, 5; Soz., V, 3; Chyrs., De S. Babyla (Migne, t. L, p. 568).

Persecucion del cristianismo bajo Juliano.

8. No solamente fueron abiertos de nuevo los antiguos templos y se reclamó á los cristianos los que se les habían donado, sino que fueron erigidos otros nuevos donde se celebró el culto pagano con pompa hasta entónces desusada. El emperador, en su calidad de Sumo Pontífice, se mostró muy activo. *No dejó, sin embargo, de tomar de las instituciones* cristianas muchas ideas, á fin de reanimar el paganismo espirante, rindiendo así al objeto de sus odios un homenaje involuntario. En una carta dirigida al pagano Arsacio, que desempeñaba en la Galia las funciones *de gran pontífice, trazaba sobre la conducta de los sacerdotes* prescripciones imitadas de los cánones cristianos; les prohibía frecuentar los teatros y posadas, así como toda especulacion torpe. Obligó á los sacerdotes paganos á dedicarse á la predicacion, cosa hasta entónces

inaudita, á enseñar el neoplatonismo y á explicar los mitos en sentido alegórico é ideal. Intentó además introducir el canto en los oficios religiosos, organizar una disciplina penitenciaria é instituir tambien una especie de monaquismo pagano. Quiso crear una jerarquía cuyos miembros habían de estar enlazados entre sí por cartas de comunion y de recomendacion. El emperador, jefe supremo del órden jerárquico, no se olvidaba de atribuirse el derecho de excomulgar á sus súbditos, porque á todo trance quería oponer una iglesia pagana á la cristiana. Si Tertuliano hubiese vivido en aquel tiempo, habría repetido: « El diablo es el mono de Dios y del cristianismo. »

Hizo construir además, á expensas del Estado, establecimientos de beneficencia, y sobre todo, hospicios para los viajeros, á fin de que la caridad de los galileos no fuese por más tiempo motivo de confusion para los partidarios de la idolatría [1]. Pero en vano intentó reanimar el celo de los sacerdotes idólatras y de la muchedumbre; en vano desplegó todos sus recursos de escritor, legislador y pontífice máximo. El entusiasmo religioso de los gentiles estaba extinguido para siempre, y Juliano durante la corta duracion de su reinado no pudo dar sino una apariencia de vida al helado cadáver del politeísmo. Los templos permanecieron desiertos, y los sacerdotes siguieron siendo viciosos; los paganos mismos se mofaban de las carnicerías decoradas con el nombre de sacrificios, de las supersticiones ridículas y de la vanidad pueril del emperador. Por lo demás, Juliano poseía cualidades de hábil soberano; refrenó el lujo de la corte y se mostró infatigable en el trabajo. Nada economizó para realizar la restauracion del paganismo, su plan favorito.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 8.

Naz., Or. IV, n. 56 et seq.; Socr., III, 12; Soz., V, III, 6; Am. Marcell., lib. XXI, 1; XXV, 4; Prudent., Apotheos., vers. 450 et seq.; Julian., Ep. XLIX.

---

1 « Fijemos nuestras miradas, decía él á sus pontífices, en los medios por los cuales se ha multiplicado la impía secta de los galileos, es decir, en su humanidad hácia los extranjeros, en su celo por sepultar á los muertos, en la santidad de vida que aparentan. Soy de opinion que pongamos en práctica todo esto.

« Exhortad á cada sacerdote de los dioses para que no asista á los espectáculos, ni beba en las tabernas, ni *ejerza arte alguna sórdida ó infame*. Honrad á los que sigan esta conducta y rechazad á los que no se conformen con ella.

« Estableced en cada ciudad muchos hospitales, donde los extranjeros sean recibidos con bondad, y no solamente los de nuestra religion sino tambien los otros que se hallan en la indigencia... Sin duda sería muy vergonzoso que miéntras que no se ve mendigar á ningun judío, miéntras que los impíos galileos alimentan no solamente á *sus* pobres *sino tambien* á los nuestros, dejésemos nosotros carecer de los auxilios necesarios á aquellos de nuestra religion que se hallan en la miseria. »

Juliano quiere reconstruir el templo de Jerusalen.

9. Juliano, que anhelaba borrar de su frente el sello del bautismo por medio de sacrificios, invocaciones y sobre todo de sangre, favorecía á los judíos en odio al cristianismo, y les ordenó reconstruir el templo de Jerusalen, con el fin de confundir la profecía de Jesucristo. Los judíos acudieron de todas partes de la tierra, presentaron ricas ofrendas, acopiaron materiales y recibieron del Estado todos los auxilios necesarios; pero un terremoto, acompañado de ardientes llamas que brotaban del suelo, hirió ó mató á los obreros; fué preciso suspender entónces, sin esperanza de acabarla, obra tan laboriosamente emprendida. Dícese tambien, que una cruz apareció en el cielo para hacer patente el triunfo de la Iglesia, triunfo tanto más brillante, cuanto que ni paganos ni judíos negaban aquel hecho, cualquiera que fuese la explicacion que tratasen de darle. En cuanto á atribuirlo á una explosion del aire inflamable, encerrado en las bóvedas del templo, es suponer una cosa casi imposible. Los cristianos contemporáneos podían invocar públicamente este hecho en toda la extension del Imperio, sin hallar un solo contradictor.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 9.

Sobre el deseo de Juliano de borrar de su frente el sello del bautismo: Naz., loc. cit., n. 52, p. 101; Soz., V, 2. — Reconstruccion del templo de Jerusalen, Am. Marcellin., lib. XXIII, 1; Julian., Ep. xxv; Fragm., p. 295, ed. Spanh.; Rabbi Gedalja en el Schalschcleth hakkabba, f. 89, 2; Naz., Or. 5, n. 4, p. 149; Chrys., Hom. contra Jud., et quod Chr. sit Deus, n. 16; in S. Babyl., n. 22; Expos. in Ps. cx, n. 4, 5; Hom. iv, in Matth., n. 1; Hom. xli in Act., n. 3 (Migne, t. XLVIII, p. 835; t. L, p. 568; t. LV, p. 285 y sig.; t. LVII, p. 40 et seq.; t. LX, p. 301); Ambros., Ep. xxix, ad Theod.; Socr., III, 20; Soz., V, 22; Theod., III, 15 (al. 20); Rufino, X, 37; Philost., Hist. eccl., VII, 914 (Migne, t. LXV, p. 546, 552); Niceph., X, 32, 33; Dieringer, System der gœttl. Thaten, I, p. 380 y sig. — Acontecimientos de Antioquía, Theod., III, 6, 14 (al. 9, 17); Chrys., Hom. in S. Babyl., loc. cit.; Philot., loc. cit., cap. viii, xii; Maris de Calcedonia, Socr., III, 12.

Muerte de Juliano.

10. Poco tiempo despues, Juliano hubo de prepararse para una expedicion contra los persas. Como necesitaba dinero, impuso gravosas multas á los que rehusaran sacrificar á los dioses. El furor de los paganos contra los fieles no tuvo ya límites, y se asegura que los arúspices llegaron hasta el extremo de dar la muerte á niños arrebatados á sus padres cristianos. Cegado por su orgullo, el cual alimentaban los oráculos y adivinos, persuadido de que había pasado á él el espíritu del

grande Alejandro, Juliano había despedido de un modo ignominioso á los embajadores persas, rechazando, una vez declarada la guerra, todas las proposiciones de paz. Murió en 363; despues de reinar tres años, á consecuencia de una herida que había recibido, y exclamando al exhalar el último suspiro: «¡Venciste, Galileo!» En efecto, el «Hijo desdeñado del carpintero» había hecho rodar por el polvo á este temible hijo de los hombres, y de nuevo respiró la Iglesia libre de una multitud de miembros gangrenados, ilustrada por nuevos héroes, probada una vez más en el fuego de la persecucion, plenamente justificada contra las pretensiones de un tirano, cuyas infamias puestas al servicio de persecucion, no fueron plenamente descubiertas al mundo hasta despues de su muerte.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 10.

Theod., III, 20; Soz., VI, 2; Socr., III, 21; Naz., Or. XXI, n. 33, p. 407 et seq.; Or. V, n. 13, p. 155; Or. IV, n. 92, p. 126. Cf. Theod., III, 21, 22.

Particularidades del reinado de Juliano.

11. El reinado de Juliano es notable, sobre todo, por el hecho de haber intentado este emperador presentar á los cristianos como sediciosos y rebeldes. Semejante á aquellos que mezclan el veneno con el alimento, á fin de matar con mayor seguridad, se propuso identificar el respeto debido al emperador con el culto de los falsos dioses, y confundir su adoracion con las leyes del Estado. Esto es lo que Gregorio Nazianceno [1] hace resaltar principalmente contra él, y lo que constituye á Juliano en el modelo y precursor de los legisladores «tolerantes y liberales» de siglos posteriores. Las efigies del emperador debían figurar en la misma línea que la de las falsas divinidades, y los cristianos se veían en la alternativa de aparecer como apóstatas del cristianismo si honraban la estatua del emperador, ó de pasar, si lo rehusaban, por sus enemigos é incurrir en el delito de lesa majestad. Los más perspicaces pusieron de manifiesto este ardid y expiaron cruelmente su penetración; algunos perdieron la libertad y la vida so pretexto de haber despreciado al emperador, cuando en realidad, dice Gregorio de Nacianzo, ellos se exponían á los más graves peligros por servir á su verdadero soberano y permanecer fieles á su religion.

En cuanto á las gentes inexpertas, muchas cayeron en el lazo tendido

---

1 *Orat.*, IV, *cap.* LXXXI.

por Juliano. Esta conducta, indigna de un príncipe, bastaría por sí sola para imprimir á su nombre una mancha indeleble. ¿No era cosa repugnante colocar delante de un simple soldado en presencia del emperador, oro, incienso y fuego, y oir que la multitud rogaba á este soldado quemase el incienso en honor del soberano, á fin de recibir en seguida el oro de sus pródigas manos, pero exponiendo con ello la salvacion de su alma? «¿Qué legiones de persas, qué arcos, qué hondas, qué armas, qué aparatos de guerra, qué arietes habrían podido jamás producir en estos valientes soldados los efectos que ha podido hacer una sola mano, una sola hora y una sola proposicion infame? [1] »

Cuando más tarde los camaradas de estos mismos guerreros, viéndoles hacer en un festin la señal de la cruz, les preguntaban cómo podían invocar todavía á Jesucristo despues de haber renegado de él, al saber estos guerreros que el acto solemne que habían verificado delante del emperador era una apostasía, abandonaban al instante la mesa y, trasportados de justo furor, corrían á través de las calles protestando de que eran cristianos y que jamás habían pensado romper por aquel acto sus votos; que era su mano y no su corazon la que había pecado y engañado al emperador, y que estaban dispuestos á lavar esta ignominia con su sangre. Arrojaban el oro en presencia del emperador y decían: «Nosotros no hemos recibido presentes, sino una sentencia de muerte; no somos llamados á los honores, sino condenados á la infamia. Mostraos, oh emperador, favorable á vuestros soldados; inmoladnos por el Cristo á quien nosotros sólo queremos servir. Dadnos fuego por fuego; y en cambio del incienso que hemos convertido en ceniza, reducid á ceniza nuestros cuerpos. Cortad estas manos criminales que hemos tendido, estos piés que nos han conducido á nuestra perdicion. Reservad vuestro oro para aquellos que no se arrepientan de haberlo recibido. En cuanto á nosotros, Cristo nos basta y reemplaza todo lo demás.» Tales son los sentimientos cristianos que se manifestaban en el ejército y que brillaron todavía más despues de la muerte de Juliano.

ADICION.

(Pintura de Juliano el apóstata, por San Gregorio Nacianzeno.)

Véase aquí el retrato que nos ha dejado del apóstata este insigne Santo, que lo conoció en Aténas cuando fué á esta ciudad, desterrado por Constancio:

« Era de mediana estatura, el cuello grueso y anchas las espaldas, que alzaba y movía con frecuencia, así como la cabeza. Sus piés no eran firmes ni segura su

1 *Orat.*, IV, cap. LXXXIII.

march... [illegible] eran vivos pero torcidos y extraviados, la mirada furiosa, la nariz desdeñosa ó insolente, caído el labio inferior, la barba erizada y puntiaguda; hacía gestos ridículos y signos de cabeza sin objeto, reía sin medida y á grandes carcajadas; deteníase al hablar para tomar aliento; hacía preguntas impertinentes y daba respuestas atropelladas que nada tenían de firme y de metódico.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 11.

Naz., Or. IV, n. 81 et seq.; Theod., III, 13 (al. 16, s. 17.)

Nuevas medidas de los emperadores contra los paganos.

Joviano, Valentiniano y Valente, Graciano y Valentiniano II, Teodosio.

12. Con Juliano se extinguió la familia de Constantino. Cuando Joviano, hombre de carácter dulce y reservado, fué proclamado emperador por el ejército, dijo á los soldados: «yo no puedo reinar sobre vosotros, porque soy cristiano;» la mayoría respondió: «nosotros tambien lo somos.» Joviano aceptó, y despues marchó en busca de los persas, obligándoles á solicitar la paz que les otorgó por veinticinco años. Aunque celoso cristiano usó, sin embargo, de tolerancia con los idólatras; prohibió solamente la magia, y restituyó á los fieles muchos privilegios que les había quitado Juliano. Algunos meses despues, este excelente príncipe era arrebatado por la muerte (364).

Los soldados eligieron en seguida á Valentiniano, panonio muy experto en la guerra, que treinta días más tarde asoció al imperio á su hermano Valente, encargándole el gobierno del Oriente. Valentiniano I (364-375), que era católico, no usó de coaccion en materia religiosa; su hermano Valente, arriano, otorgó á los idólatras y judíos la libertad completa de religion; únicamente los católicos fueron exceptuados. Sin embargo, persiguió á los partidarios de Juliano, especialmente á los sacerdotes de los ídolos, los retóricos y sofistas y dejó en reposo á los demás paganos. Fué cruel y perjuro con el usurpador Procopio. Estos dos emperadores promulgaron una ley severa contra los misterios nocturnos y los sacrificios de animales; pero inmediatamente fué abolida para la Grecia. En las ciudades las filas de los paganos se aclaraban de día en día; el mayor número vivía en los campos y apartadas aldeas *(pagani, paganismus.)*

Valentiniano I tuvo por sucesores en Occidente á sus hijos Graciano y Valentiniano II (375-392). Este último no fué al principio emperador sino de nombre, porque sólo contaba cuatro años. Convertido en único soberano despues de la muerte de Valente (378), Graciano asoció al im-

perio á Teodosio, excelente capitan, español, que reinó en Oriente (379). Miéntras duró la guerra con los pueblos bárbaros, y especialmente con los godos, los paganos fueron generalmente tolerados. Sin embargo, *Graciano depuso las vestiduras de pontífice máximo, hizo quitar del* Senado romano el altar de la Victoria y retiró á los sacerdotes paganos y á las vestales los subsidios que recibían del Estado. Despues del asesinato de Graciano (383), el usurpador Máximo se afirmó en la Galia, desde donde amenazó á Valentiniano II, que estaba á la sazon bajo la tutela de su madre Justina; fué vencido en 378 por Teodosio, que aseguró provisionalmente la autoridad del jóven Valentiniano en Occidente. Paganos influyentes de Roma, y en especial el prefecto Simmaco, trabajaron en vano con sus escritos y embajadas para obtener la supresion de los edictos de Graciano. San Ambrosio, Obispo de Milan, contribuyó mucho á sostener estos edictos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 12.

Socr., III, 22, 24 et seq.; Soz., VI, 3; Theod., IV, 1, 4; Rufin., XI, 1: Themist., Or. ad Jov.; Or. v, p. 83. — Am. Marcellin., xxvi, 10 et seq., xxx, 9; Theod., IV, 5, 11 et seq.; Socr., IV, 5, 8 et seq.; Soz., VI, 9; Naz., Or. XLIII in laud. Basil., Zosim., IV, 3, 8; Cod. Theod., IX, 16, 7. El nombre de *pagani es empleado oficialmente*, 368, Cod. xvi, 2, 18, y más adelante, lib. XI, ibid., an. 412. Aug., Retr., II, 43: «Deorum falsorum cultores, quos *usitato* nomine *paganos* vocamus.» Cf. De op. monach., cap. II; Oros., Præf. hist.: «Qui alieni a civitate Dei ex locorum agrestium compitis et pagis *pagani* vocantur sive *gentiles*.» C. Mar. Victorin., in Gal., lib. II (Maï, V. Scr. N. C., III, II, p. 129): Græci, quos paganos vocant.» De homousio recipiendo, cap. I: Græci, quos Hellenas vel paganos vocant, multos deos dicunt;» en Tert., De cor. mil., cap. XI: «Fidelis paganus,» y: «Apud hunc (Jesum) tam miles est paganus fidelis, quam paganus est miles infidelis.» En otro tiempo el «paganus, = non militans,» *ἀπόλεμος*, no combatía. Cf. Plin., l. VII, ep. xxv; lib. X, ep. xviii. — A los que objetaban que habia aún sin embargo ciudades adeptas á la antigua idolatría y á la supersticion, San Crisóstomo (De S. Babyla, Migne, t. L, p. 544), respondió que eran poco numerosas, que debía atribuirse á la influencia de los ciudadanos ricos que *seducian á los pobres*, á la inmoralidad, á la multitud de diversiones cuotidianas, y á las numerosas ocasiones que conducian al vicio. — Sobre Graciano, Zosim., IV, 36; Auson. Grat., Act. ad Grat.; cap. x, xii; Theod., V, 1, 12 et seq.; Cod. Theod., XVI, 10, 20; J. A. Bosius, de pontificatu max. imp. præcipue christ. (Grævii, Thes. ant. rom., V, 270); Civiltà cattolica, 1855, ser. II, vol. IX, p. 265 et seq.; 515 et seq.— A. Symmachi Epist. et orat., ed. Mog., 1608, ed. (Parei Francof., 1642. Contra Symmaque, Ep. x, 54, 56, 61 véase San Ambrosio, Ep. xvii, xviii; Prudent., Lib. II cont. Symm.; Schmieder, Des Symmachus Gründe und des Ambrosius Gegengründe, Halle, 1790 — Villemain, De Symmaque et de Saint Ambroise (Mélanges, II, 36 et seq.)

13. En Oriente, Teodosio, católico decidido, había adoptado severas

medidas para abolir el paganismo. Quitó el derecho de testar y de heredar á todos los que se apartaban de la Iglesia para hacerse paganos, y prohibió toda apostasía de este género (381 y 383). Vedó el ofrecer sacrificios con el objeto de descubrir lo futuro. Muchos templos paganos fueron, ó destruídos por instigacion de algunos monjes, animados de excesivo celo, ó convertidos por los Obispos en templos cristianos. La apología de Libanio careció, pues, de éxito; en 386, la clausura de los templos fué proscrita en Asia y en Egipto y en 391 prohibida la visita á los templos. El mismo año fué destruído por Teófilo el magnífico Serápion de Alejandría, á consecuencia de una sangrienta insurreccion de los paganos. En 392 el culto de los ídolos fué enteramente abolido, y prohibido bajo las mismas penas que se imponían á los reos de lesa majestad. Este mismo año, Teodosio quedó como único soberano, porque Valentiniano II fué asesinado, á la edad de veinte años, por los partidarios de Arbogasto, general de las tropas francas.

Los paganos de Roma alcanzaron un postrer triunfo cuando Eugenio, revestido de la púrpura por Arbogasto, y proclamado emperador, dejó al prefecto Nicomaco Flaviano restablecer las insignias militares del paganismo, y restauró el culto de los ídolos. Las victorias de Teodosio pusieron término á este efímero triunfo. Teodosio el Grande entró en Roma el 394, y en un discurso enérgico exhortó al Senado á repudiar para siempre el infame culto de los ídolos. Muchos paganos se convirtieron, y desde Teodosio fué realmente cuando el cristianismo llegó á ser religion del Estado en el Imperio romano. Si se exceptúa algunos arrebatos de cólera, Teodosio fué un alma noble y generosa, un valiente capitan y un gran legislador. En 395, al caer en el lecho de muerte exhortó á sus dos hijos, entre los cuales dividió el Imperio, á vivir como perfectos cristianos, asegurándoles que la piedad les traería la paz, que la guerra acabaría pronto con la derrota de su enemigo, y que serían verdaderamente victoriosos.

ADICION.

Conversion de Roma.

«Hubierais visto á los padres conscriptos, dice Prudencio, á estas brillantes lumbreras del mundo, entregarse á transportes de alegría; á este venerable consejo de Catones, agitarse revistiéndose el manto de la piedad, más brillante que la toga romana, y deponiendo las insignias del pontificado pagano. El Senado entero, á excepcion de algunos de sus miembros, que permanecieron en la roca Tarpeya, se precipita en el templo puro de los nazarenos. La tribu de Evandro, los descendientes de Eneas, corren á las fuentes sagradas de los Apóstoles. El primero que presentó su cabeza fué el noble Anicio... así lo cuenta la augusta ciu-

dad de Roma. El heredero del nombre de la raza divina de los Olybros, cogió en su palacio adornado de trofeos los fastos de su casa, los fascículos de Bruto para depositarlos á las puertas del templo del glorioso mártir y abatir delante de Jesús el hacha de Ausonia.

» La fe viva y pronta de Paulo y de Basso los ha entregado súbitamente al Cristo. ¿Nombraré á los Gracos tan populares? ¿Recordaré á los varones consulares, que rompiendo las imágenes de los dioses, se han consagrado con sus lictores á la obediencia y al servicio del Omnipotente crucificado? Podría contar más de seiscientas casas de raza antigua colocadas bajo sus estandartes. Tended la vista sobre este recinto: apénas hallaréis en él algunos espíritus perdidos en los sueños paganos, adheridos á su culto absurdo, complaciéndose en permanecer en las tinieblas y en cerrar los ojos al esplendor de la fe:

> Vix pauca invenies gentilibus obsita nugis
> Ingenia, obtritos ægre retinentia cultus,
> Et quibus exactas placeat servare tenebras,
> Splendentemque die medio non cernere diem [1].

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 13.

Fléchier, Hist. de Theodose le Grand, nueva edicion, Paris 1776; Stuffken, Diss. de Theod. M. in rem chr. meritis, Lugd. Bat., 1828. Leyes de Teodos., Cod. Th., XVI, VII, 12; X, 7; X, 12-15; V, 19, 43. Cf. lib. II Cod. Just., I, 11, de pag. et sacr. — Socr., V, 16; Soz., VII, 15; Theod., 20 et seq., 26; Rufin, XI, 19, 22 et seq.; Ambros., Ep. XV; Hier., Ep. VII; Zosim., V, 23.

Marcelo, Obispo de Apamea, fué quemado por los paganos al verificarse la destruccion de un templo en Aulon. Un Concilio de Antioquía (388) prohibia vengar su muerte. Soz., loc. cit., Theod., V, 21. Sobre los paganos de Roma en tiempo de Eugenio, véase el poema hallado en Paris por Delisle; Rossi, Bull. di archeol. crist., 1868, p. 49 et seq.; cf. Socr., V, 25. San Agustin (De civit. Dei, V, 25 y sig.) confirma las palabras que Teodosio, moribundo, dirigió á sus hijos (Theod. V, 25); muestra con el ejemplo de Constantino y Teodosio que Dios envía grandes prosperidades terrestres á los *príncipes verdaderamente cristianos*. Alaba especialmente la solicitud de Teodosio hácia Valentiniano II, su amor á los enemigos, la sabiduría de sus leyes, la humildad de su penitencia en Milan, su inalterable adhesion á la Iglesia (« cujus Ecclesiæ se membrum esse magis quam in terris regnare gaudebat, » V, XXVI, 1).

Los hijos de Teodosio I. — Últimos restos del paganismo.

14. De los dos hijos de Teodosio, Honorio reinó en Occidente (395 á 423), bajo la direccion de Stilicon; Arcadio (395-408), y despues de él su hijo Teodosio, reinaron en Oriente (408-450). Estos príncipes siguieron las huellas de Teodosio el Grande. Los paganos permanecieron

---

1 Aurel Prudent., *Contra Symmachum, præfectum urbis.*

excluidos de los empleos públicos, y la obra de la destruccion de los templos, siguió su curso. Miéntras que los paganos propagaban supuestas profecías y aseguraban que el cristianismo no duraría sino 365 años, estaban condenados á verlo más próspero de dia en dia, á la vez que eran reducidos á polvo sus ídolos y santuarios, segun lo hicieron en Cartago los condes Gaudencio y Jovio. Más tarde se decidió que los templos se conservasen cuando eran notables por su valor artístico. Las perturbaciones, los combates ocasionados por la invasion de los pueblos bárbaros, favorecieron frecuentemente á los paganos, que explicaban estos sucesos atribuyéndolos á la cólera de sus dioses; la angustia de los tiempos obligaba á dejarlos en paz. Muchas partes del Imperio quedaron *abandonadas, y las leyes imperiales no fueron generalmente observadas.*

Es cierto que Teodosio II decía en 423 que dudaba de que hubiese aún paganos en su Imperio; pero no se han de tomar estas expresiones al pié de la letra; solamente significan que su número estaba notablemente *disminuído.* En cuanto al *Imperio* romano de Oriente, los siguientes hechos atestiguan bastante que el paganismo no estaba del todo abolido: 1.º subsistía aún clandestinamente en muchos puntos, algunas veces bajo la forma de sectas cristianas, tales como los hypsistarios (adoradores del Dios Supremo), en Capadocia, que habían adoptado las costumbres judías y se acercaban á los africanos adoradores del cielo (*cœlicolæ*) y mesalianos (eufemitas); 2.º la escuela neoplatónica de Aténas no fué cerrada hasta el año 529, por órden del emperador Justiniano; 3.º en tiempo de este emperador son descubiertos en Constantinopla misma muchos paganos y vestigios de su culto; 4.º los mainotas, en el Peloponeso, no fueron convertidos hasta el siglo IX; 5.º en Mesopotamia, los arranienos permanecieron paganos y dieron pruebas de grande terquedad. Cuando el califa Mamun les amenazó con la muerte, en 830, si rehusaban abrazar uno de los cultos tolerados, se declararon sabeos (antepasados babilonios de los mendaitas), pero permanecieron entregados al culto de las estrellas y continuaron sus bárbaros sacrificios. Las leyes penales publicadas contra los que volvían al paganismo, contra *los usos paganos, los sacrificios y los augures, fueron* conservadas, no solamente en el Código Teodosiano, sino tambien en el Justiniáneo, que amenazó de muerte á quien sacrificase á los ídolos; despues pasaron á las subsiguientes compilaciones legales y hasta á las basílicas [1] del siglo X, y la Iglesia hizo reglamentos sobre las prácticas del paganismo subsistentes aún.

1 Cuerpo de leyes romanas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 14.

Lib. III Cod. Just., 1, 11 (Arcad. et Hon.): « Volumus publicorum operum ornamenta servari. » Paganos en África, August., De civ. Dei, XVIII, 54, 1. Ley de 423, Cod. Theod., XVI, x, 22. Cf. Valentin. III, 425; ibid., v, 63. Del reinado de Teodosio II data la leyenda, segun la cual, habiéndose dormido siete jóvenes en tiempo de Decio (250) despertaron dos siglos despues, y supieron con asombro el triunfo de la Cruz. Greg. Tur., De glor. mart., Paris, 1640, p. 215. Reinececius, De septem dormientibus, Lips., 1702; Sanct. septem dormient. hist. Rom., 1741.

Los hypsistarios, adoradores del Θεὸς ὕψιστος, ὁ ὑψιστάριοι, ὑψιανοί, tenían una doctrina mezclada de persismo y judaismo. De éste habían tomado las leyes sobre los alimentos y el sábado. Gregorio de Nacianzo, padre del célebre teólogo, habia pertenecido á esta secta. Greg. Naz., Or. XVIII, n. 5, p. 333, donde se dice que honraban τὸ πῦρ καὶ τὰ λύχνα. Segun Gregorio de Niza, lib. II Contra Eunom. (Migne, t. XLV, p. 484), le llamaban Dios ὕψιστος ὁ παντοκράτωρ, pero no padre. Véase Clemencet, in Nazianz., loc. cit., p. 328; Bœhmer, *De hypsist.*, *Berol.*, 1824; Ullmann, De hyps., Heidelb., 1823, y sus notas en Heidelb. Jahrb., 1824; Bœhmer, Einige Bemerkgn. zu den Ansichten über die Hyps., Hamburgo, 1826; Neander, 1, p. 810, n. 5. Segun este último, los *cœlicolæ* de Africa, contra los cuales Honorio publicó leyes (408 y 409, Cod. Theod., XVI, v, 43; VIII, 19); provenian de los prosélitos judios de la puerta, y su bautismo era probablemente el de los prosélitos judíos (comp. lib. XII Cod. Just., I, 9; Basil., I, 42; Schmidt, Hist. cœlicol., 1704. Se cita igualmente á los abelonianos de Africa (אב עליונים de אב עליון, πατὴρ ὕψιστος, ó, segun San Agustin, De hær., cap. LXXXVI, de Abel, in Bochart, Geogr. S., II, 16, del árabe theabbala, האבל, «ab uxore se continere»). Se abstenían del uso del matrimonio, Aug., loc. cit.; Aug., Prædestin.; Fabric. Cod. pseudepigr. V. T., p. 134 et seq., ed. vet. En Fenicia, habia θεοσεβεῖς, nacidos acaso de un antiguo sistema religioso que subordinaba el sabeismo al monoteismo, si ya no provenian de un eclecticismo más reciente. San Cirilo, lib. III, De adorat. (Migne, t. LXVIII, p. 282), les señala una posicion media entre los judios y los paganos. Segun San Epifanio, Hæres, LXXV, 1 et seq., habia allí eufemitas paganos que, *admitiendo dioses, no recibían en sus* προσευχαί *más que el* « pantocrator, » y se reunían, μετὰ πολλῆς λυχναψίας καὶ φώτων. Subordinaban su politeismo al monoteismo. Lo que sabemos de ellos conviene completamente, salvo el elemento judaico, á los hypsistarios.

2. La escuela de Aténas contaba entre sus celebridades á Plutarco, Cyriano, Hieracles. Proclo, Marin, Isidoro, Amelio, Olympiodoro, etc. Sobre el fin de la escuela neoplatónica, véase Schule, Agath., II, 30; J. Malala, Chron., II, p. 63, 82, ed. Ven., 1733. Theophan., Chronogr., p. 153; Procop., Hist. arc., cap. XXVI, p. 337, ed. Ven. — Sobre Proclo (412-425), sobre Dámaso, autor de los cuatro libros Περὶ παραδόξων (Phot., cod. 130) y de la vida de Isidoro (Ibid., cod. 242, donde se encuentran tambien referencias sobre otros filósofos, por ejemplo sobre Teodoro de Esina), Isidoro y Simplicio, véase Neander, 1, 452-455.

3. El monofisita Juan de Efeso, « jefe de los paganos, » fué autorizado por Justiniano para convertir paganos. Assemani, Bibl. Orient., II, p. 85; Schœnfelder, Die K. G. des Joh. v. Eph. (A 20). Bajo Tiberio (578-582), Anatolio de An-

tioquía fué condenado á muerte en Constantinopla por causa de idolatría. Evag., V, 18; Baron., 580, n. 2 et seq.

4. Mainottes, Const., Porphyrog., De admin. imper. cap. L, p. 221; Fallmereyor, Gesch. der Halbinsel Morea, I, p. 223, 230.

5. Arranienos, Procop., De bello pers., II, 13; Hottinger, Hist. ord., ed. 2. p. 252, 273, y otras fuentes en Dœllinger, Heidenth., p. 403.

6. Cod. Justin., I, 11, 7 et seq.; Phot., Nomocan., IX. 25 (Pitra, II, p. 552 et seq., donde tambien están indicados los pasajes de las basílicas).

Restos del paganismo en Occidente.

15. Lo mismo ocurrió en Occidente. Muchos paganos permanecieron en las islas de Cerdeña y Córcega, miéntras que gran número de cristianos recayeron en la idolatría. Lo que movió á Gregorio Magno (594) á enviar misioneros á los apóstatas (barbarazini) de Cerdeña. En 597, este Papa felicitaba á un Obispo de Córcega, llamado Pedro, por el éxito que habia obtenido en su isla entre los paganos. Sobre el Monte Casino, en la baja Italia, siguió sacrificándose en un templo de Apolo hasta el momento en que San Benito lo trasformó en una capilla dedicada á San Martin. En Roma, en el siglo VI, se veía aún, además del Panteon, convertido en iglesia cristiana el año 610, un templo de Jano y otro de la Fortuna. Los combates de gladiadores fueron abolidos allí en 404, las lupercales en 495, por el Papa Gelasio, que, sin embargo, se vió en la necesidad de combatir la afirmacion del senador Andrómaco y de muchos romanos, de que la destruccion de estos templos traía enfermedades, y sobre todo la peste.

Ya el Imperio romano había sucumbido en Occidente (476), é Italia veía afluir á su territorio poblaciones de muy diverso orígen. Estos extranjeros aceptaron en su mayoría las costumbres de los indígenas y abrazaron poco á poco el cristianismo. Sin embargo, aquí como en otras partes, *las costumbres paganas continuaron largo tiempo predominando entre los nuevos convertidos*. El antiguo paganismo clásico, incapaz de reconquistar su primitivo poderío, sucumbía á su debilidad intrínseca, á su inmoralidad y supersticion. Por lo demás, ¿cómo resistir á la actividad de multitud de Obispos y doctores[1], á la destruccion de los templos, á la desaparicion de los sacerdotes de los ídolos, al rigor de las leyes, fortificado además por el privilegio de que gozaban los fieles? Los cristianos tambien cometieron actos de violencia, tales como la muerte de la famosa Hypatia, que enseñaba filosofía en Alejan-

1 Es preciso reconocer tambien que la conducta de muchos fieles era para los paganos motivo de escándalo.

dria. Sin estos excesos de celo, la victoria de los cristianos sobre el paganismo hubiese sido mucho más consoladora.

Los más esclarecidos doctores de la Iglesia, como San Gregorio Nacianzeno, San Crisóstomo, San Agustin, protestaban contra estos abusos para apartar de ellos á los fieles. La Iglesia jamás obtuvo más hermosos triunfos que cuando los suyos no deshonraron su victoria con la crueldad hácia los vencidos. Es preciso añadir, sin embargo, y esta observacion es de San Crisóstomo, que jamás ningun emperador cristiano lanzó contra los gentiles decretos tan tiránicos como los que promulgaron contra los fieles los sectarios del demonio; jamás se usó de represalias. La caída del paganismo era inevitable desde el momento en que se permitía al cristianismo respirar y moverse sin obstáculos; los esfuerzos de algunos hombres, áun apoyados en la fuerza intelectual y en la física, nada podian contra la virtud de Dios: el resultado general permanecía siendo el mismo. A pesar de las medidas coercitivas empleadas posteriormente por algunos emperadores, sigue siendo verdad que la Iglesia no ha triunfado sino por la fuerza divina que residia en ella.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 15.

Córcega y Cerdeña, Greg. Magn., lib. IV, ep. XXIII et seq.; lib. VIII, I (ed. Bened., II, 701, 903). P. Martini, Storia eccl. di Sardegna, Cagliari, 1839, I, p. 134 et seq.; Rohrbacher, edic. alem., IX, p. 432-439. Monte-Casino, Greg. Magn., lib. II; Dial., lib. VIII, ep. XVIII, ad Syn. Templos de ídolos en Roma, Procop., De bello goth., I, 25, 28; Paul. diac., Hist. Long., IV, 37. — Lupercales, Gelas., Tract. VI adv. Andromach., Thiel (A 15, a), I, p. 598-607. Los usos paganos entre los convertidos, Salvian., De gubern. Dei, II, 8. Hipatia, Socr., VII, 14 et seq. Nobles sentimientos hácia los paganos vencidos, Naz., Or., V, n. 33 et seq., 39, p. 169 et seq.; Chrys., De S. Bab. (Migne, t. L, p. 337); Aug., Serm. XXIV, 62. Véase Néander, p. 150.

Polemistas paganos y apologistas cristianos. — Juliano.

16. La *lucha* entre el *paganismo* y el *cristianismo*, en el *cuarto siglo*, era una cuestion de vida ó muerte. Así, á pesar de su decadencia, el paganismo entró en campaña armado de todas sus fuerzas. Esta vez el ataque partió de los cristianos: el orgullo que al paganismo comunicaban los recuerdos de su antigua grandeza, le impedía defenderse contra los cristianos, á quienes odiaba. Miéntras que pudo, trató de guardar su actitud ofensiva. Juliano desplegó todos los recursos de su ingenio para glorificar al antiguo culto de los dioses y representar al cristianismo como una invencion miserable, compuesta de jirones arrancados á judíos y

paganos, al mismo tie... ...acusaba de conspirar co...
Atacó desde luégo al Antiguo Testamento, fundamento del N... segun él, un conjunto de mitos, referentes al origen del mundo y ... creacion del hombre, sobre los cuales Platon había derramado la luz ... otras muy distintas doctrinas; enseñaba de Dios cosas completamente indignas de él, como el antropomorfismo; estaba convicto de ignorancia, de parcialidad, de impotencia y de injusticia: su legislacion en nada comparable á la de los griegos, y las obras de los cristianos estaban por bajo de las de los poetas y filósofos griegos.

Más violento fué todavía su ataque contra el Nuevo Testamento ... Jesús nada grande, nada extraordinario produjo; el evangelista Juan quien lo ha divinizado. A las obras de este Jesús, muerto sobre una cruz, la antigüedad opone trabajos de mucho más valor: la brillante literatura griega, la universal soberanía de Roma, el desenvolvimiento de un culto grandioso. Su doctrina es completamente impracticable, peligrosa al Estado y antisocial; si todos los hombres la siguiesen, no habría mercaderes, ni ciudades, ni pueblos, ni economía nacional [1]; la vida de los cristianos siempre ha sido inmoral é insensata; los nuevos cristianos se han convertido en perseguidores de paganos y herejes, lo cual no les habían mandado Cristo ni Pablo, porque no podían esperar que sus discípulos llegasen jamás á ser tan poderosos. El testimonio de Pablo bastaría sólo para mostrar cuán corrompidos estaban los primeros cristianos. No se pueden aplicar á Jesús las predicciones del Antiguo Testamento [2], sino violentando el texto. Las genealogías, que traen Mateo y Lúcas se contradicen, ó más bien, todos los libros sagrados de los cristianos hierven en contradicciones. Jamás los cristianos han hecho á nadie mejor y más hábil. Todo es ridículo en ellos: el culto de los mártires y de los sepulcros, así como el de la Cruz, su invocacion de la ley mosáica que no observan, su vana pretension de librarse del pecado por medio del bautismo, y en fin, su fe ciega.

Además de la voluminosa obra que escribió contra los cristianos, compuso Juliano un libelo *(Cæsares)*, contra Constantino I y Constancio, donde les atacaba en su vida privada, á la vez que en su celo religioso, y blasfemaba contra el bautismo y la penitencia de los cristianos; escribió además otro *(Misopogon)* contra los habitantes de Antioquía, que se mostraban llenos de fervor y se habían mofado del filósofo imperial.

1 *Matth.*, XIX, 21.
2 *Deut.*, XVIII, 18; *Gen.*, XLIX, 10

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 16.

Polemistas paganos: Kellner (I, 80); Werner, Gesch. der apolog. u. pol. Lit., I, 223 y sig. Ataques de Juliano en Cirilo Alejand., Adv. Julian. libri X (Migne, t. LXXVI, p. 489-1658, Fragm. ex Maio, p. 1058-1061). Los Paralelos de Juan Damasceno citan asimismo de Cirilo, lib. XI, XII, XV-XIX. No tenemos toda su obra (véase especialmente el lib. II, p. 560). San Jerónimo cita algunos pasajes, así como Focio, Amphil., q. c, p. 616 y sig., ed. París (q. c, p. 168, ed. Athen.). Sobre la censura sacada de Matth., XIX, 11. La obra citada aquí de Focio y la de Felipe Sidetes (Socr., VII, 37) se han perdido.

Jamblico y otros.

17. La lucha fué continuada principalmente por los filósofos neoplatónicos. Despues de Jamblico (I, 85), que se dedicaba á la teurgia (arte de ponerse en comunicacion con los dioses, por los artificios de la magia y de recibir de ellos fuerzas y conocimientos superiores), muchos otros se aplicaban á idealizar al paganismo y á representar á algunos de sus más eminentes personajes, como seres reputados por dioses, como naturalezas llenas de la divinidad, segun lo que Jamblico hacía con respecto á Pitágoras. El libro *Sobre los misterios de los Egipcios*, que algunos atribuyen á Jamblico, seguía el mismo criterio que Luciano.

El sarcástico Luciano encontró un imitador entusiasta en el autor del diálogo *Philopatris*, que se mofa de la Trinidad cristiana, del bautismo, de San Pablo, del estado religioso y de la vida de los fieles. Los neoplatónicos eran los representantes de la literatura pagana de su tiempo; habían renunciado al antiguo y grosero politeísmo, é intentado conciliar la unidad de Dios Supremo con la multitud de dioses y héroes que servían de divinidades intermedias; desterrar con la interpretacion alegórica lo que había de chocante en los mitos, y finalmente, reformar la moral en sentido cristiano, rechazando en parte el fatalismo.

Notábase entre ellos un doble movimiento: unos, eran radicalmente hostiles al cristianismo, tales como Proclo, que negaba la creacion *ex nihilo*, los retóricos Libanio é Himerio, los historiadores Eunapio y Zosimo, que de un lado censuraban á los fieles de su tiempo su dureza con los paganos, y de otro atacaban la doctrina cristiana misma, como la mayoría de los filósofos de Alejandría, Aténas y Asia Menor. Los otros, por el contrario, presentándose como conciliadores, intentaban suprimir las diferencias que separaban á las doctrinas neoplatónicas de la cristiana y encontrar un camino intermedio. Estos eran propiamente sincretistas. Se puede colocar en esta clase al orador Themistio (hácia

el 390), al filósofo Calcidio, al historiador Amiano Marcelino, á Procopio de Cesárea, que enseñaba en tiempo de Justiniano. Procopio (muerto despues de 558), que odiaba y despreciaba con todo su corazon á este emperador, sin dejar por eso de adularle, no era más que un escéptico; sostenía las opiniones más contradictorias, y profesaba un deísmo matizado de cristianismo. Aparte de la omnipotencia y de la sabiduría, nada sabía de cierto sobre la naturaleza y los atributos de Dios. Se puede tambien señalar en muchos autores cristianos una tendencia sincrética, principalmente en Oriente hácia el v y el vi siglo, pero sin ningun designio de apartarse de la fe cristiana.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 17.

Jamblico, Περὶ τῶν ἀγαλμάτων; Juan Philopon. (Phot., cod. 215) escribió contra esta obra, op. de myst. Ægypt., ed. Gale. Oxon., 1768; Luciani Philopatris Op., t. IX, p. 237 et *seq.*, ed. Bipont. Cf. Gessner, De ætate et auctore Dial. Luc. qui Philopatris inscribitur, Disp., ed. 3, Gœtting., 1748. Segun Niebuhr (Præf., t. XI, Corp. histor. Byz. Scr., ed Bonn., p. IX), et C.-B. Hafe (in Leon. diac. Hist., cf. Migne, Patr. gr., t. CXVII; véase Néander, I, p. 456, n. 1), el Diálogo no habría sido compuesto hasta el 969. Kellner refuta este parecer. Marin ha escrito la Vida de Proclo. Sus 18 Epiqueremas contra los cristianos fueron refutados por Juan Filopon, De æternit. mundi libri XVIII, ed. gr., Venet., 1535, lat. vert., J. Mahatius, ed. Lugd., 1557; Simplicii ὑπομνήματα, ed. Ald., Venet., 1526; Comm. in Epicteti Enchir., ed Schweighæuser. — Hierocl. jun., de provid. et de fato; Phot., Cod. 214, 251, ed. Lond., 1673, vol. II; De aureis Pythag., vers., Rom., 1475; París, 1583; Berol., 1853. — Libanii orat., ed Reiske, Altenb., 1791-97, vol. IV. Cf. Phot., cod. 90. — Himerii Soph., orat., Phot., cod. 165, 243; Eunap., Vit. philosoph. et sophist., ed. Boissonade, Amst., 1822; Chron. hist. Cf. Phot., cod. 77; Maï, Excerp. N., col. 2, p. 277 et seq.; Corp. hist. Byz. Scr., Bonn., 1829. Zosimi Hist. Cf. Phot., cod. 98, ed. in Corp., hist. Byz., Bonn., 1837. Véase Kellner, p. 294 y sig.; Themist., Orat., ed Hard., París, 1684, in-fol. Cf. Phot., cod. 74. —Chalcid., Com. in Platonis Timæum, ap. Fabric.; Op. S. Hippol., t. II. Cf. Bibl. lat., t. I, p. 566; Mosheim., Animadv. in Cudworth. Syst. intellect., p. 732 et seq. — Am. Marcellin, Rer. gest. libri qui supersunt ex rec. Valesio-Gronov., Lips., 1793 (lib. XIV-XXXI). Habla con respeto y alguna vez con admiracion de los cristianos y de sus instituciones; pero defiende á los augures, arúspices y dioses, intentando sin embargo transformarlos, idealizándolos. Sobre Procopio, véase F. Dahn, Prok. v. Cæsarea, Berlin, 1865, sobre todo p. 269 y sig., 275 *y sig.* En el Asia Menor, en tiempos de Juliano, los platónicos tenían en Pérgamo una escuela donde enseñaban Edesio, Crisantio, Eusebio, Máximo. Sobre los sincretistas, véase más arriba § 289.

Ideas de los polemistas paganos.

18. Véanse aquí las principales ideas que los sabios del paganismo alegaban en apoyo de su doctrina: 1.º Dios mismo quiere la diversidad

de formas religiosas, y ésta es hasta necesaria á la prosperidad de la verdadera religion. Muchos caminos conducen á la verdad, y por lo demás, como nunca se puede llegar á una perfecta certidumbre en las cosas de la divinidad, lo mejor es que cada cual se atenga á la religion de sus padres. En cuanto al filósofo, conviene que se ponga por encima de todas estas formas (Simmaco, Proclo). 2.° El cristianismo es intolerante, así con las demás religiones, como con la ciencia; sus partidarios se desencadenan contra los no cristianos, y contra sus templos, lo que es contrario al espíritu de su Maestro y de los Apóstoles, que prohibieron la coaccion en cosas de fe (Libanio). 3.° Ellos mismos violan las leyes de su propia religion, y siguen con frecuencia una vida inmoral; su conducta lo atestigua así. 4.° Son responsables de la caida del Imperio romano, al cual los dioses han retirado su favor, despues que el Cristo es adorado. Las calamidades que se han acrecentado cada vez mas, demuestran con claridad que la doctrina de Cristo ha sido funesta al Imperio (Eunapio y Zosimo). 5.° Es imposible que un Dios, tal como Cristo, el cual ha aparecido bajo la forma de esclavo y millares de siglos despues de la fundacion de muchos antiguos Estados; que no ha verificado sus obras, sino en un rincon de la tierra, y que además ha sido crucificado, sea el verdadero Dios. 6.° El culto que se tributa á las divinidades y á los héroes es mucho más digno y decoroso que el culto inmoral de los mártires y el respeto que se manifiesta á sus reliquias. 7.° La antigua religion de los dioses es tambien una revelacion divina; tambien tiene sus oráculos; sus escrituras divinamente inspiradas, sus videntes llenos del espíritu de Dios, sus sabios y reformadores; su moral abraza toda la verdad contenida en el cristianismo (Hierocles, Simplicio y Eunapio). Una ley de Valentiniano III y de Teodosio II (449) ordenó que todos los escritos hostiles al cristianismo fuesen entregados á las llamas. Esta ley no impidió que muchos se hayan conservado.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 18.

Razones de los paganos, sacadas, ya de sus obras, ya de las apologías de los cristianos, véase Salustio, περὶ θεῶν καὶ κόσμου. — Ley de 449, Cod. Just., I, 1, 3.

Los apologistas cristianos.

19. Al lado de estas *tentativas para defender y restaurar al paganismo*, los apologistas cristianos desplegaron extraordinaria actividad. Despues de Lactancio y Materno, San Ambrosio de Milan fué el que más combatió al paganismo en sus cartas. Desvanece la falsa afirma-

cion de que el hombre debe por sí mismo descubrir la verdad, y demuestra que es tan incapaz de adquirirla por sus propias fuerzas como de darse la existencia, pues de Dios recibe una y otra. Prudencio, poeta cristiano, en sus dos libros contra Simmaco, escritos en hexámetros, pinta el vergonzoso orígen y la historia de la idolatría. Es una especie de epopeya bajo forma narrativa y didáctica.

Á fines del siglo IV, los paganos atribuian generalmente los desastres y sufrimientos del Imperio romano al abandono de los dioses y á los ataques dirigidos contra ellos; Orosio, sacerdote español, escribió para desvanecer tan erróuea opinion, por encargo del grande Obispo Agustino, su historia del mundo en siete libros, concebida principalmente con un fin apologético. El mismo Agustin compuso su magnífica obra de la *Ciudad de Dios*, comenzada en 413 y terminada en 427. En ella demuestra la vanidad de las quejas de los paganos y las verdaderas causas de la caida del antiguo Imperio, la inconsistencia y fragilidad de la religion y filosofía paganas (libros I—X). Á esta parte apologética y polémica sigue la dogmática y filosófica (libro XI—XXII), donde comparando la Ciudad de Dios con la Ciudad del mundo, las estudia en sus orígenes y progresos (libro XV—XVIII), en su término y desenlace final (libro XIX—XXII).

Á una erudicion variada, junta Agustin vigoroso y metódico procedimiento y feliz imitacion de los antiguos. Rinde justo homenaje al bien natural que encuentra tambien entre los paganos, y sobre todo á la virtud cívica de los antiguos romanos, que Dios recompensó con bienes terrenales; revela profundo conocimiento de la religion y de la historia.

ADICION.

La Ciudad de Dios *de San Agustin y la Filosofía* [1].

Sería difícil citar uno solo de los innumerables escritos de San Agustin donde no se muestre de alguna manera *la alianza entre la fe del cristiano y la razon del filósofo*; pero en ninguna parte ha puesto tanto cuidado en demostrarla con tanta fuerza, grandeza y brillantez, como en el célebre libro de la *Ciudad de Dios*, que ha sido generalmente considerado como la última palabra de su genio. Hay de todo en este monumento *grandioso é irregular*; pero el que se coloque en el verdadero centro de perspectiva, no dejará de reconocer en ella la obra maestra donde San Agustin, despues de una carrera consagrada á reunir los espíritus y pacificar las almas, emprendió el aliar para siempre á la filosofía espiritualista con el dogma *cristiano*. Esto es lo que constituye la grandeza de la *Ciudad de*

---

1 Saisset, en el prefacio de su traduccion de la *Ciudad de Dios* (4 vol. en 18.° bibliot. Charpentier).

Dios. Se ha visto en ella con razon el primer ensayo en grande de una filosofía de la historia: pero es algo más, es una filosofía del cristianismo.

Si se quisiera dar un título exacto á la *Ciudad de Dios*, sería preciso llamarla, como lo dice el mismo San Agustin [2], el *Libro de las dos ciudades*. El asunto de la obra es, en efecto, la lucha entre la Ciudad de Dios y la ciudad del diablo, ó para hablar en términos profanos, es el combate entre el bien y el mal, que forma el fondo de la vida humana y de todas las cosas.

¿Por qué esta lucha? ¿dónde está su orígen? ¿cómo sigue su curso á través de los siglos? ¿cuándo ha de tener término? Véanse aquí los problemas cuya solucion pide el género humano á la religion y á la filosofía.

El primer principio sobre el cual está de acuerdo la filosofía de Platon con la religion de Jesucristo es que, por encima de las oposiciones de este mundo mudable, por encima de las vicisitudes del tiempo y de las limitaciones del espacio, ántes de la humanidad, ántes de la naturaleza y de toda existencia finita, existe el Sér Eterno, inmutable, fuente única de todos los seres, Dios.

Dios es uno y triple juntamente. La razon de algunos sabios habia presentido *esta trinidad misteriosa; el Evangelio la consagra, la teología la define, la Iglesia* la enseña á todos los hombres.

Dios es, pues, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir, que es todo á la vez, el sér, la inteligencia y el amor; pero bajo esta variedad de la naturaleza divina, cuando la razon quiere alcanzar lo que constituye su unidad, su esencia, encuentra que Dios es el bien.

La idea del bien es, pues, la primera de las ideas, como Dios es el Sér primero. Ahora, ella no da á conocer solamente la esencia de Dios y el desenvol*vimiento interior de su poder, sino* que explica tambien su operacion exterior, que es la creacion.

En efecto, Dios es fecundo y activo, si bien no obra á la manera de los hombres, que agotan en el círculo de un espacio estrecho y en el curso de una existencia fugitiva el desigual esfuerzo de su imperfecta actividad; Él obra segun lo que es. Eterno é inmenso, su potencia creadora es independiente del espacio y del tiempo; del seno de su eternidad y de su inmensidad inmóviles nacen por su voluntad el tiempo y el espacio con todos los seres destinados á llenarlos. Pero ¿por qué Dios quiere ser fecundo y creador? Puesto que es perfecto en sí y se basta plenamente á sí mismo, ¿por qué sale de sí y da sér á lo que no lo tenía? Á esta pregunta el cristianismo y Platon, el *Génesis* y el *Timeo* dan la misma respuesta: Dios crea porque es bueno.

Desde la eternidad los tipos de todos los siglos están presentes á la mirada de Dios, porque están comprendidos en su sabiduría, en el Verbo increado, que es el que engendra eternamente y que es el esplendor de su propia esencia. Allí es donde Dios se contempla en sí mismo, y en sí á todos los seres idealmente encerrados en las profundidades de su potencia infinita. Antes de crear y de hacer el mundo, concibió el designio de su creacion, y viendo que esta obra era buena, siendo bueno Él mismo, le dió libremente la existencia y la vida.

Pero aquí surge de nuevo, más oscuro y apremiante que nunca, el inevitable problema: ¿de dónde viene el mal? porque si Dios, primero y único principio de

2 Y estos veintidos libros, dice San Agustin en sus *Retractaciones*, por más que traten igualmente de las dos ciudades, toman su nombre de la mejor, y son llamados con preferencia libros de la Ciudad de Dios (lib. II, cap. XLIII).

todas las cosas, es por esencia el bien, si no obra sino por bondad, si en fin, no ha creado al universo, sino despues de haberlo concebido como digno de Él, es decir, como bueno, parece imposible que el mal se encuentre en esta excelente obra de un principio excelente.

Y sin embargo, el mal existe en el mundo. No pudiendo haber sido puesto por el Criador, es preciso que venga de la criatura. Ahora bien; si intentamos abarcar con una mirada el conjunto de los seres que pueblan el universo, vemos que por *encima del hombre todas las naturalezas son invariablemente buenas*, aunque en grados diferentes. Las más humildes de todas, las que están privadas no solamente de inteligencia, sino de sensibilidad y de vida, contribuyen por su grandeza y sencillez inmóviles á la belleza de la creacion. Otras, con el dón de la existencia, tienen el de la actividad. Salen de un gérmen, crecen, comunican la vida *sin saberlo ni sentirlo, así como* ellas la han *recibido, y perecen* para *renacer* bajo formas nuevas en una constante sucesion. Á estos aspectos tan ricos de la existencia, añádase un atributo más admirable áun: la sensibilidad. De aquí un órden nuevo de naturalezas que se elevan por grados de la sensibilidad á la inteligencia, y desde el despreciable gusano hasta el leon soberbio, ponen de relieve *más y más* la potencia del Creador. Pero donde resplandece ésta con mayor brillo todavía es en las naturalezas superiores adornadas de entendimiento. Aquí todavía el bien ha sido distribuído en grados desiguales: el alma humana está formada á imágen de Dios; pero la centella de razon que la ilumina está como aprisionada entre órganos corporales. Hay otras naturalezas donde brilla con rasgos más puros áun la imágen del Criador, que son los ángeles. Libres de las trabas del cuerpo y de los sentidos, aunque tengan el poder de manifestarse bajo *formas visibles*, estos seres superiores no son más que luz, belleza, inteligencia, amor: por encima de ellos no hay otra cosa más que la perfeccion infinita é incomunicable de Dios.

Tal es la magnífica jerarquía de que nos da muestras el universo, y si estas naturalezas, tan diversamente buenas, pero siempre buenas en su especie y su rango, hubiesen conservado la pureza de su orígen, es claro que inútilmente se buscaría en ellos la primera fuente del mal. *¿Dónde está, pues, la solucion del* enigma? Véase aquí: la criatura racional, ángel ú hombre, ha recibido de Dios la libertad.

Satanás ha sido criado bueno, como los otros ángeles; era, pues, en su orígen puro, inocente y dichoso; pero era libre y ha caído. ¡Caída irreparable que ha preparado todas las demás!

El estado natural de la criatura angélica consiste en estar unida y como adherida á Dios, porque ¿cuál puede ser la vida de un sér formado de razon y de amor, sino el contemplar la verdad, la belleza, el bien, y hallar en esta contemplacion una perfecta felicidad? Satanás ha gustado esta dicha, y podía haber gozado *de ella eternamente. Podía y no ha querido,* ¿Por qué? Porque Satan se ha mirado con complacencia; embriagado con su propia belleza, se creyó igual á Dios, y quiso hacerse independiente de su principio para convertirse en principio y Dios de sí mismo.

El amor de sí mismo le condujo al orgullo, y el orgullo á la rebelion. Véasele ya *aquí separado* de Dios, esto es, de la fuente misma del sér y de la vida, conservando, sin embargo, algunos restos de su grandeza primitiva, pero corrompido en el fondo de su voluntad, orgulloso, lleno de envidia y de odio, malo y desdichado.

Satanás no ha caido solo; ha arrastrado en su caida á todos los ángeles que prefirieron adorarse á sí mismos más bien que permanecer unidos á Dios. « Mientras que unos, fieles al bien que es para todos, el cual no es otro que Dios mismo, permanecen en su verdad, su eternidad, su caridad; otros, embriagados con su propio poder como si fuesen su bien propio, han caido desde las alturas del bien supremo y universal, fuente única de la bienaventuranza, en su bien particular, y reemplazando con una elevacion fastuosa á la eminente gloria la eternidad, con una vanidad llena de astucia á la sólida verdad, con el espíritu de partido, que divide, á la caridad, que une, se han hecho soberbios, falaces y atormentados por la envidia. ¿Cuál es, pues, la causa de la bienaventuranza de los primeros? Su union con Dios. ¿Cuál la de la miseria de los segundos? Su separacion de Dios. »

Tal es el orígen del mal en el mundo, y aquí comienzan las dos ciudades; por una parte la ciudad del cielo, ciudad de la luz, del amor, de la armonía, de la pureza, de la felicidad eterna; por otra la ciudad del infierno, ciudad de las tinieblas, del odio, de la discordia, de la impureza y de la eterna reprobacion. Toda criatura racional y libre tiene que escoger entre estas dos ciudades. ¿Cuál escogerá el hombre?

Inferior al ángel, el hombre fué creado bueno como el ángel. Su alma está en verdad unida á un cuerpo; pero al salir de las manos de Dios, esta alma es inocente, este cuerpo es dócil, y el conjunto de ambas sustancias forma un todo armonioso. ¿Cómo la armonía ha cedido el puesto á la discordia, y de dónde viene esta lucha de la carne contra el espíritu, que será en lo sucesivo la inevitable condicion de la vida humana? La razon es, que el hombre es libre y no ha perdido la paz y la felicidad sino porque lo ha querido. El amor de sí mismo y el orgullo han hablado en su corazon. Enamorado de sí propio, en vez de buscar su grandeza en la íntima union con Dios, la ha buscado en una loca independencia: se ha rebelado. Desde ese momento, el desórden ha pasado á ser la ley de su sér, y la corrupcion de la primera pareja humana ha pervertido á toda la especie. Véase á la carne en rebelion contra el espíritu, al espíritu en lucha consigo mismo; al hombre condenado al dolor, á las necesidades, al trabajo, á la decadencia, á la muerte; pero la muerte corporal con sus angustias y desfallecimientos no sería más que el preludio de otra mucho más espantosa, la muerte del alma, es decir, la sentencia que para siempre la separa de Dios, si las leyes de la justicia eterna no tuviesen un contrapeso en el tesoro de la eterna bondad.

Por encima de nuestras miserias, de nuestras faltas y de nuestros combates vela y obra la Providencia, la cual nada entrega á la casualidad. Al conceder al hombre el dón sublime de la libertad, ha previsto sus extravíos, y la misma sabiduría, que permite el mal, dispone todas las cosas para sacar de él mayor bien. La caída de la humanidad no es irreparable; Dios reserva para ella un Salvador; pero la mano de un hombre no puede realizar esta obra. La humanidad, bajo el peso de sus faltas, ha caído en abismos de infinita profundidad, y es necesario un poder infinito para sacarla de allí. ¿Cuál será el Salvador omnipotente, que por una misteriosa intervencion pueda renovar el vínculo entre el hombre y Dios, si no es el mismo Dios? Este milagro de amor se ha cumplido; la eterna sabiduría ha descendido á los hombres; el Verbo se ha hecho carne y habitado entre nosotros. Hombre y Dios juntamente, es la senda de salud que lleva hasta Dios al hombre regenerado.

La Encarnacion futura del Cristo es la suprema razon de ser del género hu-

mano y es tambien la antorcha que ilumina la historia entera de sus destinos. Entre las revoluciones de los imperios, la Providencia divina, que dirige segun sus designios, el curso de las cosas humanas, se propone por único objeto preparar, proseguir y consumar el reinado de Cristo. Con una mirada inmóvil sigue el torrente de las generaciones humanas, y en esta confusion y tinieblas de la ciudad terrenal, recoge siglo por siglo los miembros futuros de la ciudad del cielo, gloriosos elegidos destinados á reunirse con los ángeles fieles, el dia en que toda lucha cese, en que terminen todas las vicisitudes de los siglos, y en que habiendo dado el juez de vivos y muertos á cada uno lo que le corresponda segun sus obras, todas las criaturas ocupen el puesto, rango y condicion que jamás han de perder.

El destino terrenal del género humano se divide en dos épocas: una que prepara el advenimiento del Hombre-Dios; otra que desenvuelve los efectos de este advenimiento. Antes de Cristo, entre las supersticiones que cubrían al universo, miéntras que los pueblos se disputaban en sangrientos combates la posesion de los bienes de la tierra, concedidos por Dios en herencia lo mismo á los buenos que á los malvados, segun los impenetrables consejos de su Providencia, que hace lucir el sol y caer la lluvia sobre justos é injustos, un solo pueblo escogido por Dios guardó el depósito de la verdad. Pero además de que los misterios del porvenir no le eran conocidos sino bajo los velos de la palabra de los profetas, la lucha de ambas ciudades estalló en el seno mismo de esta nacion privilegiada. La inmolacion de Abel es el primer símbolo, y esta víctima inocente anuncia á otra más pura áun, cuya sangre es de incomparable precio. Figurado por la sucesion de los santos patriarcas, anunciado por los profetas, presentido en todo el mundo por la sabiduría de los filósofos y por la inspiracion de los poetas, el Hombre-Dios aparece en fin; pasa haciendo bien, siembra la palabra de vida, sufre, muere, y desde lo alto de su Cruz llama y abraza al linaje humano.

Sin embargo, el Imperio gigantesco, que había vencido y reemplazado á todos los demás imperios, vacila á su vez. La depravacion de las costumbres continúa la obra que las guerras civiles habian comenzado; los bárbaros van á hacer lo demás. En medio de estas ruinas y catástrofes se adelanta la Iglesia. Compuesta en su orígen de algunos hombres ignorantes y groseros, perdidos en un rincon oscuro del universo, se acrecienta rápidamente y se propaga entre los pueblos. La herejía no sirve más que para afianzar sus dogmas, y la persecucion para centuplicar sus confesores. Lo que había sembrado la palabra de sus Apóstoles, es fertilizado por la sangre de sus mártires. El Imperio la proscribía; ella invade al Imperio; intimida, asombra, subyuga á los bárbaros mismos, y miéntras que Roma sucumbe bajo los golpes de Alarico, miéntras que á consecuencia de este prodigioso desastre resuena un largo gemido en todo el universo, los hijos de Cristo miran con ojos serenos á la ciudad celestial, adonde son llamados igualmente judíos y gentiles, griegos y latinos, romanos y bárbaros; porque ¿qué son delante de Dios las diferencias de raza, de lengua, de nacion? El género humano es uno, y la « Providencia divina, que conduce admirablemente todas las cosas, gobierna la sucesion de las generaciones humanas desde Adan hasta el fin de los siglos, como un solo hombre, que desde la infancia á la senectud sigue su carrera en el tiempo, pasando por todas las edades. »

Tal es el orígen, progreso y término de las dos ciudades, cuyo destino se propuso narrar San Agustin. Esta filosofía de la historia, fundada sobre la filosofía del dogma cristiano, llena con su desenvolvimiento doce libros de la *Ciudad de*

Dios. Delante de este majestuoso edificio, San Agustin ha colocado una especie de peristilo que por sus proporciones y *por sus líneas constituye en sí mismo un* monumento de sabiduría: son los diez libros primeros dedicados á confundir á los paganos y convertir á los filósofos.

Salviano, sacerdote de Marsella (muerto en 484), defendió en los siete libros *del Gobierno de Dios* el dogma de la Providencia y la doctrina cristiana en general, demostrando que las calamidades del Imperio romano debían atribuirse á la inmoralidad de los últimos romanos, así como eran inputables á los cristianos, por *causa de su relajacion*, los males que habían sufrido durante la invasion de los pueblos bárbaros.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 19.

Ambros., Ep. XVII, XVIII; Prudent., l. II, cont. Symm.; Gall., t. VIII; ed. Areval., Roma, 1788 y sig.; ed. Obbarii, Tub., 1845; Oros., Hist. adv. pag.; Migne, Patr. lat., t. XXXI; Aug., De civ. Dei, ed. Par., 1656'; Lips., 1825, 1863; Colon., 1852, in 8.°, vol. II. En aleman por Silbert., Viena, 1827, 2 vol. Véase Bæhr, Gesch. des ræm. Lit., 6 vol.; Suppl., § 119, p. 266; Reinkens, Die Geschichtsphilos. des hl. Aug., Schaffhouse, 1866; Salvian., De gubern. Dei, Op., ed. Baluz., París., 1864; Migne, t. LIII.

Apologistas griegos.

20. Los griegos se mostraron tambien muy activos en este terreno. El historiador eclesiástico Eusebio de Cesárea no solamente refutó las obras de Hieròcles y Porfirio, sino que compuso además dos grandes obras que se completan mutuamente. En su *Preparacion Evangélica*, muestra la nada del politeísmo y de los sistemas religiosos paganos, y opone á ellos la belleza y sublimidad del cristianismo. En la *Demostracion Evangélica* sacada del Antiguo Testamento, y especialmente de los profetas, acaba su prueba, y pone de relieve la superioridad del cristianismo sobre el judaísmo.

Debemos tambien á San Atanasio de Alejandría, una apología contra los paganos, escrita probablemente en su juventud; además un sabio tratado sobre la Encarnacion del Verbo. Los dos Apolinarios de Laodicea, escribieron contra los paganos, especialmente contra Porfirio. San Gregorio de Nazianzo combatió en vigorosos discursos al emperador Juliano, cuya principal obra fué ampliamente refutada despues por Cirilo de Alejandría (muerto en 444). El docto Teodoreto, Obispo de Cira, sobre el Eúfrates (nació en 393 y murió en 458), compuso hácia el 430, en defensa del cristianismo, doce libros que intituló: «Curacion de las enfermedades espirituales de los paganos,» y otra obra apologética sobre la Providencia, que comprendía diez discursos.

A la objecion, repetida entónces con frecuencia, que la religion cristiana debía su triunfo al apoyo de los emperadores, Teodoreto responde, alegando las persecuciones suscitadas por los emperadores paganos; estas persecuciones, dice, no impidieron los progresos de la fe, á la cual tantas veces trataron aquéllos de proscribir en el Imperio. Menciona asimismo las violentas persecuciones de que eran víctimas á la sazon los fieles en el reino de Persia.

Diversas objeciones sobre algunos detalles dieron lugar á disertaciones particulares. En un diálogo entre un filósofo pagano, Apolonio, y un cristiano llamado Zaqueo, se refutaba la objecion de que los cristianos tenían tanta ménos razon en atacar el culto tributado á las imágenes por los paganos, cuanto que muchos de ellos rendían iguales homenajes á las estatuas de los emperadores. La mayor parte de estos escritos revelan moderacion reflexiva, y ponen de relieve la inconsistencia de las objeciones presentadas por los adversarios. Cuando estos últimos hablaban de la vida poco edificante de muchos cristianos que lo eran sólo en el nombre, cerraban los ojos para no ver la vida irreprensible de tantos varones insignes en santidad, y especialmente de monjes y ermitaños; notaban con cuidado los actos de violencia consumados por algunos, pero callaban las obras de caridad y de piedad llevadas á cabo por muchos, y las conversiones obradas con la fuerza sola de la persuasion, como por ejemplo, la de San Martin de Tours. Ni las herejías, ni las disputas intestinas que se encuentran entre los cristianos desde los primeros siglos, justificaban la apostasía, lo mismo que no la justifican los desórdenes morales; jamás han faltado á los hombres de buena voluntad medios para distinguir la verdadera de la falsa doctrina.

Lo que sobre todo comprueba la moderacion y prudencia de la Iglesia Católica, es que siempre ha rendido homenaje, donde quiera que la encontrase, á la virtud natural, á lo que constituye el fondo general de la naturaleza humana; nunca ha hecho caso de las censuras que algunos excesivamente celosos le dirigian de haber alterado la esencia del cristianismo, mezclando con él elementos profanos. El cristianismo no ha trastornado el órden natural de la creacion, ni ha destruído sus leyes y principios, sino que se ha limitado á purificarlos y ennoblecerlos. La gracia no suprime á la naturaleza, y sólo transformando todo lo que pertenece al patrimonio general de la humanidad es como debe obrar eficazmente sobre la sociedad humana hasta la consumacion de los siglos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 20.

Euseb., Contra Porphyr. (perdido); Contra Hierocl., ed. Par., 1628, in-fol.; Ev. præpar., 15 livr., ed. Oxon., 1843; Migne, Patr. gr., t. XXI; Ev. demonstr., 20 libr., de los que no quedan más que 10, incompletos, con un *fragmento del libro XV* Ed. Gaisdorf, Oxon., 1852; ed. Dindorf., Lips., 1867; Migne, t. XXII; Hænel, Comm. de Eus. Cæs. rel. chr. defens., Gœtt., 1844; Stein (A. 19), p. 95 y sig.; Athan., *Λόγος κατὰ Ἑλλήνων*, y De incarnat. Verbi, Op., ed. Par., 1698, t. I; Migne, XXV, p. 1 y sig. Sobre los apolinaristas, Hier., Catal., c. CIV. — Naz., Or., 4, 5 (al. 3, 4); Cyrill., Contra Jul. (más arriba § 16); Theod., *Ἑλληνικῶν θεραπευτικὴ παθημάτων*, ed. Gaisford, Oxon., 1839; Migne, t. LXXXIII, p. 783 et seq. (ibid., p. 555 et seq., *περὶ προνοίας*); Consultatio Zachæi christ. et Apolonii phil., libri III; d'Achery, Spic., t. I, p. 1-41; Gallandi, IX, p. 205 et seq. Conversion de San Martin, Sulpic. Sever., Vita S. Mart., c. XI et seq., p. 121 et seq., ed. Halm. Sobre la asercion de muchos protestantes (Néander, I, 114; Ebrard, K. u. Dogm. Gesch. I, p. 119 y sig.; Baur, Die christl. K. vom 4-6 Jahrb., p. 271 y sig.) de que el paganismo había penetrado en la Iglesia, véase Hist. polit. Blœtter, 1854, t. XXXIV, p. 273 y sig.

§ 2. La Iglesia fuera del Imperio romano.

Los persas y los armenios. — Los persas.

21. Persia *tenía desde mucho tiempo ántes numerosas iglesias cristianas*, sometidas á la metrópolis de Seleucia-Ctesifonte. Los cristianos abundaban mucho, especialmente en la poblacion siriaca de las provincias de la Persia anterior. Un Obispo de Persia asistió en 325 al Concilio de Nicea, y más tarde Constantino el Grande, recomendó los cristianos de este país á la benevolencia de su rey Sapor II (309-381). Poco tiempo despues de la muerte de aquel emperador (hácia el 342), se desencandenó contra los fieles una violenta persecucion. Las causas provenían, en parte, del odio religioso de los adoradores del fuego, y de las excitaciones de los judíos, y en parte de los recelos políticos; los cristianos indígenas eran mirados como sospechosos; creíase que abrigaban simpatías hácia el Imperio romano. Este odio se acrecentó cuando Persia entró en guerra con Constancio. Desde el principio de ella, Sapor II hizo aprisionar y someter al tormento á multitud de cristianos. Tambien condenó á *muerte al Arzobispo* de Seleucia, Simon Barsaboe, con cien eclesiásticos. Terrible fué la persecucion contra todos los fieles, pero principalmente contra los clérigos, religiosos y monjas. Sozomeno, cuenta 16.000 mártires. Un antiguo empleado de la corte, Gubsciatazades, que había apostatado al principio, pidió por toda gracia que se hiciese saber al pueblo que era condenado á muerte, no por traicion, sino por ser cris-

tiano. Este acto confirmó el valor de muchos. Ordinariamente, los cristianos apóstatas eran los encargados de ejercer el oficio de verdugos con los que permanecían inflexibles.

Los primeros sucesores de Simon, Sciadustes y Barbascemin, fueron igualmente martirizados con gran número de vírgenes y sacerdotes. La Iglesia de Seleucia permaneció veinte años sin Obispos. Ordenóse á los cristianos adorar al sol y aceptar la religion del «rey de los reyes.» Los que se negaban, expiaban su «locura» con los más crueles suplicios. La mayor parte dió prueba de admirable heroísmo, y sus filas estaban ya muy claras, cuando Sapor II en los últimos años de su reinado (379-381) templó sus precedentes rigores.

El rey Jezdedscherd I (Isdegerdo), fué al principio favorable á los cristianos; les permitió hasta ejercer libremente su religion y construir iglesias, gracias á la intervencion de Marutas, excelente obispo de Tagrit, en Mesopotamia, que negoció en su nombre con el emperador Teodoro II, y puso de manifiesto ante los ojos del rey persa los artificios de los mágicos. Desdichadamente el impetuoso celo de Abdas, Obispo de Susa, que en 418 puso fuego á un templo dedicado á Ormuzd (Pyrcion), y rehusó reconstruirlo, desencadenó una nueva tempestad, y produjo la ruina casi completa de la Iglesia en Persia. Abdas y gran número de cristianos fueron condenados á muerte.

Bahram V (en griego Varanes, 428-438), fué todavía más cruel que su predecesor. Por su órden, muchos cristianos, entre otros el célebre mártir Jacobo (Sarug, el Mutilado), fueron hechos pedazos. Esta persecucion duró treinta años, y causó numerosos mártires. La intervencion del emperador Teodosio II, sólo produjo un reposo de corta duracion. Muchos persas se habían refugiado en el territorio oriental del Imperio romano, y habiendo rehusado el emperador entregarlos, comenzó la guerra en 422. Fué terminada en 427 despues de una victoria que alcanzaron las tropas imperiales. En esta guerra, Acacio, Obispo de Amida en Mesopotamia, sacrificó los más preciosos vasos de su iglesia para comprar 7.000 prisioneros persas que devolvió á su patria. Este acto magnánimo dulcificó el ánimo del rey. Sin embargo, la persecucion no cesó enteramente ni áun bajo el reinado de Jezdedscherd (hasta el 450), y muchos cristianos dieron todavía con su sangre testimonio de su fe.

En este tiempo (465), muchos herejes del partido de Nestorio, perseguidos en el Imperio de Oriente, se refugiaron en Persia; como no eran sospechosos de adhesion á los emperadores de Bizancio, fueron bien acogidos y adquirieron pronto grande influencia. Los nestorianos se sirvieron de ella para desacreditar á los católicos y provocar contra éstos las explosiones de la más violenta cólera. Esta situacion era muy des-

ventajosa para los católicos, porque las guerras, interrumpidas por un momento, se renovaban sin cesar con la Roma oriental, principalmente bajo el emperador Justiniano (527-565), y porque el poder persa, repuesto de sus derrotas, permanecía *siempre en actitud de proseguir sus ataques.*

Cosroes I, contemporáneo de Justiniano, era, como él, un déspota en toda la extension de la palabra. Puso sitio á Edesa, cuyos habitantes confiaban en la promesa que Jesucristo les había hecho, segun decían, de que su ciudad no sería tomada por asalto; pero hubo de contentarse con un rescate en dinero. En su cuarto ataque, quiso vengarse del Dios de los cristianos, y amenazó llevar cautivos á Persia á todos los habitantes de la ciudad. Esta vez tampoco pudo obtener otra cosa que una cuantiosa suma. Los persas arrebataron á las iglesias, y especialmente á la de Apamea, en Siria, sus objetos preciosos. En 614, Cosroes II consiguió apoderarse de Jerusalen, trató cruelmente á los cristianos de Palestina, y llevó consigo la Cruz del Salvador, que había sido descubierta por Elena, madre de Constantino. Hasta más tarde no fué recobrada por el emperador Heraclio, que la condujo en triunfo á Jerusalen, donde fué solemnemente colocada (629).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 21.

Eus., Vita Const., III, 7; IV, 9-13; Theod., I, 24; V, 38 (al. 39); Soz., II, 9-14; Socr., VII, 18-21; Cyrill. Scythop., Vita S. Euthym.; Analecta gr., París., 1868, I, 19; Assemani, Bibl. or., Rom., 1726, t. I, p. 1 et seq. (fija el suplicio del Arzobispo Simon en 330.) Stephan. Evod. Assemani, Acta martyrum Or. et Occid., Rom., 1748 et seq.; Zingerle, Aechte Acten der Martyrer des Morgenl. A. d. Syr., Innsbr., 1836, 2.ª part.; Uhlmann, Die Verfolgungen in Persien i. 4 u. 5 Jahrb. (Niedners Ztschr., 1861, p. 1-362). Sobre Nisibe véase Am. Marcelin., xx, 7; Theod., II, 26 (al. 30). Sobre los Concilios de Edesa y Nisibe, véase Theod., Lect., II, v, 49 (Migne, t. LXXXVI, p. 185, 209). Sobre las luchas en tiempo de Justiniano, Procop., De bello pers., sobre todo II, xi, 27.

El nestorianismo en Persia.

22. La invasion del nestorianismo puso á los cristianos persas, debilitados hacía mucho tiempo, en el más extremo peligro. En 485 los católicos sometidos á Babueo, gran *metropolitano* de Seleucia, se levantaron contra los nestorianos, cuyo metropolitano era Barsumas de Nisibe. Ambos partidos celebraron sínodos, y se excomulgaron mutuamente. Los nestorianos censuraban á Babueo el dejar que entraran mujeres en el baptisterio y permitirles asistir al acto del bautismo; toleraban el ma-

trimonio de sacerdotes y monjes, no prohibían más que la bigamia ó el matrimonio con la cuñada ó con la suegra. En 485 Babueo fué condenado á muerte por consecuencia de las sospechas que Barsumas había sembrado contra él, y Acacio fué su sucesor. Barsumas, protegido por el rey Pheroces (461-468), ayudó á la propagacion del nestorianismo con su traduccion persa de los escritos de Teodoro de Mopsuesta. Los nestorianos persas, que se hacían llamar caldeos, admitían abiertamente dos hipóstasis en Jesucristo, pero bajo una sola imágen (prosopon), y creían que en Jesucristo no había otra union que la de la voluntad y la de la inclinacion.

La escuela de Edesa, suprimida por Zenon en 489, fué trasladada á Nisibe, donde permaneció por algun tiempo muy floreciente. Se pretende que á principios del siglo VII, bajo su jefe Hanan, contaba 800 discípulos. Los nestorianos de Persia desplegaban tambien gran actividad en las misiones; pero con frecuencia estaban divididos entre sí, y la disciplina eclesiástica dejaba mucho que desear.

Habiendo alcanzado Acacio, sucesor de Babueo, el destierro del calumniador Barsumas, siguió á esto un cisma que continuó hasta la muerte del último (489). Acacio tuvo por sucesor á un seglar casado, Babueo II (hácia 498), que intentó reconciliar ambos partidos. En un sínodo celebrado en 499 se declaró en muchos artículos, que los sacerdotes y hasta los monjes y Obispos podrían casarse una vez; se estableció que los Concilios provinciales se celebrarían regularmente por lo ménos una vez al año, y los patriarcales cada cuatro años; que la silla de Seleucia-Ctesifonte, sería erigida en patriarcal. El titular llevaba el nombre de Catholicos (Jacelich), y presidía 23 metrópolis. Este Babueo, apoyado por el rey, oprimió al exiguo resto de aquellas comunidades católicas. Cesaron las relaciones con la Silla de Antioquía y con el Imperio romano, y ni áun la conversion del patriarca Sahaduna, que en 628 había sido enviado á Constantinopla, ejerció influencia alguna. Cuando el poder persa fué abatido por los árabes (651), los nestorianos supieron igualmente conciliarse el favor de los califas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 22.

Sobre el mal llamado Concilio de Seleucia, 410, Héfelé, Concil., II, 90. Concilios de 485 y sig.; Assem., Bibl. or. III, II, p. CLXXVII et seq.; III, I, p. 429; Héfelé, II, 590, 596, 610.—Assem., De catholicis s. patr. Chaldæorum et Nestor., Rom., 1775; Pichler, Gesch. der kirchl. Trennung, II, p. 427; Abulfar., ap. Assem., Bibl. or., III, I, p. 391 et seq.; III, II, p. 79, 924 et seq.; Diss. de Nestor. Ebedjesu, ap. Maï, Nov. Coll., t. X. Entre los mártires convertidos por Simeon, Obispo de Beth-Arsam (510-525), se citan principalmente tres magos. Assemani, loc. cit., p. 341.

Los armenios.

23. El primer pueblo que abrazó en masa el cristianismo, fué el armenio. Tuvo por apóstol á Gregorio llamado el Iluminador (*illuminator*), vástago de la familia real de los Arsacidas. Sustraído en su infancia á la matanza de su familia, fué educado en Capadocia, y llegó á ser el apóstol de su pueblo. Vuelto á su *país* (286), *soportó un largo cautiverio*, y llegó en fin á convertir y bautizar al rey Tiridates III con gran parte de su pueblo. Hácia el año 302, Leoncio, Arzobispo de Cesárea, le consagró metropolitano de Armenia: de aquí el estrecho vínculo que se estableció entre ambas Iglesias. Muchos sacerdotes del Imperio griego apoyaron el celo de Gregorio en la obra de las conversiones.

En 311, Maximino comenzó la guerra contra los cristianos de Armenia, que habían sido en otro tiempo aliados de los romanos; este valeroso pueblo le hizo experimentar muchas derrotas. San Gregorio fundó el convento de Aschdischod, y pasó en la soledad los últimos años de su vida. Sus sucesores, elegidos generalmente en su familia, fueron sus hijos Aristaces (Rostaces) y Bertannes (Vartanes), su sobrino Husig (Jusek, Hesychius, *que en algunos catálogos es precedido de Gregorio II*). Guerras intestinas detuvieron los progresos de esta nueva Iglesia. Hubo en ella tambien gran número de apóstatas; los persas, que los favorecían, intentaron cada vez con más ahinco desde el año 368, someter al país. En 363 y 372 el Episcopado armenio tomó tambien parte muy considerable en los grandes asuntos de la Iglesia universal.

San Basilio de Cesárea, muerto en 379, visitó gran parte de la Armenia, restableció la paz entre los Obispos, é intentó abolir los abusos. Sin embargo, los vínculos con el Occidente no tardaron en relajarse, y los Obispos hubieron de entrar en lucha con los sucesores del rey Tiridates, que eran hostiles al catolicismo. Se asegura que Isaac el Grande, 390-440 (sucesor de Nerses, muerto en 389), fué consagrado por los Obispos del país, y no en Cesárea. Hizo florecer de nuevo la Iglesia de Armenia, si bien los disturbios políticos no se apagaron, y reformó la disciplina eclesiástica y la enseñanza.

San Mesrop (ó Miesrob) inventó para los armenios un alfabeto particular, y se dedicó (428) á traducir en su lengua la Sagrada Biblia. Muchos concurrieron á este trabajo. Fueron igualmente traducidos los escritos de griegos y siriacos, y poco tiempo despues la historia nacional era escrita por Moisés de Corena. El nestorianismo no encontró acceso en el país, porque los Obispos se declararon desde el principio resuelta-

mente contra él. Cuando Racio de Edesa y Acacio de Melitena les pusieron en guardia contra la propagacion de los escritos de Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuesta, traducidos igualmente á su lengua, y favorecidos por los Obispos de Cilicia, un Concilio celebrado en Armenia envió para que se informaran de la verdadera doctrina, á los dos sacerdotes Leoncio y Aberio, á Constantinopla, cuya silla patriarcal había ilustrado San Crisóstomo con su destierro, sus sufrimientos y servicios. Entónces fué cuando Proclo (despues de 434) escribió su célebre libro (*Epistola ad Armenos de fide*).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 23.

Euseb., IX, 8; Soz., II, 8; Agathangeli Acta S. Greg. Illum. (Acta sanct., sept., VII, 321 et seq.); Moses Choren., Hist. Arm., ed. Le Vaillant de Florival, arm. et franc., Ven., 1841; *en aleman por Lauer*, Regensb, 1869; Narratio de rebus Armen. (Combéfis, Bibl. patr. auctar., II, 261 et seq.; Sam. Aniens., Chron., ed. Zohrab., Mediol., 1818 (Migne, Patr. gr., t. XIX, p. 661 et seq.); J.-B. Aucher, Vida de todos los santos del calendario armenio, 12 vol., 1810-14; Saint Martin, Memorias históricas y geográficas sobre Armenia, París, 1818 et seq., t. II; Plácido Sukias Somal (*abad general de los mechitaristas*), Quadro della storia letteraria di Armenia, Venec., 1829; Tchamtschean, Hist. arm., Venet., 1784-86, in 4.°, vol. 3 (en ingl., Calcuta, 1827); de Beau, Historia del Bajo Imperio, corregida y aumentada segun las *hist. or., por M. de Saint-Martin, París*, 1824-34; Windischmann, Mittheilungen aus der arm. K.-G. (Tüb. Q.-Schr., 1835, p. 3 y sig.); Samueljan, Bekehrung Armen., Viena, 1844, y Tüb. Q.-Schr., 1846, p. 225 y sig.; Chamich., Hist. of Armenia tr. by Audall, Calcuta, 1827; Elisæus, Hist. of Vartau and of the battle of Arm., by Neumann, Lond., 1830; Victor *Langlois*, Coleccion de historias antiguas y modernas de Armenia, vol. 1, París, 1867; vol. II, 1869. *Los armenios posteriores defendian* la tradicion segun la cual la Iglesia armenia habria sido fundada en el primer siglo, y en su apoyo invocaban el nombre de los Apóstoles Tadeo, Bartolomé y Tomás; *Pichler*, t. II, *p.* 438. El documento sobre la alianza entre el Papa Silvestre y Gregorio el Iluminador, entre Constantino y el rey Tiridates III (Clem. Galanus, Conciliatio Eccl. arm. cum romana ex ipsis Arm. PP. et doctor. Testim., Rom., 1659, par. I, p. 530; Giov. de Serpos, Compendio storico della nazione Arm., Venise, 1786, 1, p. 200 et seq.) es ciertamente apócrifo (*Denzinger*, Tüb. Q.-Schr., 1850, p. 366; *Pichler*, p. 439). Sobre la subordinacion de la Armenia eclesiástica á Cesárea, véase Mos. Chor., II, 77, 88; Le Quien, Or. Chor., I, 1355; Thomassin, part. I, lib. I, cap. XVII, n. 5; Néander, I, *p.* 469. Isakokis (*puede ser Jusek*) *de la Gran Armenia, se volvió á* Antioquía en 363 (Socr., III, 25). Se ve el nombre de Josakes en 372 en Ep. Orient. ad Episc. Ital. et Gall. (Basil., Ep. XCII, al. 69). Entre las cartas de San Basilio, las siguientes conciernen á la Armenia, Ep. XCIX ad Terent. Com. (372, cap. IV; Ep. CXX-CXXII, CXXXVIII, CCXXXIX, CCXLIV (entre *372* y *376*). Sobre la traduccion armenia de la Biblia, Saint Martin, Memorias, t. 1, p. 7 et seq.; Hug, *Einl. in d. N. T., I*, p. 398 *y sig.*, *3.ª* ed.; Chrys., Ep. IV ad Olymp.; Ep. XXXV, LXVII-LXIX; Procli, Tom. ad Arm.; Migne, t. LXV, p. 856 et seq. Cf. Galan., I. p. 69 y sig.; Le Quien, loc. cit., p. 1257.

Persecucion de los armenios.

24. Sin embargo, la influencia persa se había acrecentado en el país, y en 429 la *mayor parte de la Armenia había pasado á ser una provincia del Imperio*. Hiciéronse varias tentativas para ahogar al cristianismo é introducir el culto pérsico. En 450, el rey Jezdeshordo II prescribió la adopcion de la religion y usos persas y envió setecientos magos para destruir las iglesias ó convertirlas en pyreias. Los cristianos de Armenia comenzaron un combate por su fe, en el cual muchos encontraron la muerte de los mártires. Los fieles quedaron reducidos al último extremo.

El patriarca Isaac (Sakak) había tenido por sucesor á Mesrop, y éste á José, que en ninguna parte pudo encontrar un sitio de reposo. Su silla estaba en poder de los persas. Teodoreto de Cira (muerto en 458) envió á la Armenia persa cartas conmovedoras [1] dirigidas á los Obispos Eulalio y Eusebio para consolarlos y fortalecer su valor. A la constancia de éstos debieron los cristianos el libre ejercicio de su Religion. Nuevas vejaciones por parte de los persas provocaron en 482 y 487 nuevas insurrecciones, y el país tuvo que sufrir mucho con estas multiplicadas guerras. En cuanto al *cristianismo, no podía ya ser extirpado*.

Durante este tiempo, el Concilio celebrado en Calcedonia permanecía ignorado por los armenios, que no habían podido tomar parte en él; cuando lo conocieron se opusieron á él. La epístola de Leon el Grande llegó hasta ellos en una version defectuosa y dieron crédito á la manifestacion de los monofisitas de que el Concilio de Calcedonia había renovado la herejía de Nestorio. Ya anteriormente monjes armenios habían combatido desde el punto de vista de los monofisitas á Teodoro de Mopsuesta, áun en aquello que éste nada tenía de censurable.

Un Concilio celebrado en Walarschapat, bajo el patriarca Babgen (491), se declaró contra el Concilio de Calcedonia, y lo mismo tuvo lugar en 496 en Dovin (Thevin ó Feyin) bajo el patriarca Abraham. Otro celebrado en 527, en la misma poblacion, había dado 28 cánones *disciplinares. Los griegos* intentaron muchas veces atraer *á los* monofisitas armenios hácia la unidad eclesiástica. Bajo Justino II (565-578) y bajo el patriarca Nersés, cuando Vardanes (ó Verdane) estaba al frente del pueblo, los habitantes de la *grande Armenia se* habían mostrado dispuestos á someterse á Bizancio; pero los desastres militares del emperador impidieron los efectos de este buen designio. El empera-

---

1 *Epist.* LXXVII, LXXVIII.

dor Mauricio celebró una asamblea de Obispos greco-armenios, donde se resolvió la union, pero los legados del patriarca rehusaron su adhesion. Con respecto á este punto, el emperador declaró en 600 que los católicos que habitaban la Armenia estaban desligados de la obediencia del patriarca, y les hizo dar otro llamado Juan, que habría de residir en Avan ó Cotais.

La separacion duraba ya hacía diez y seis años cuando Heraclio intentó nuevamente reunirlos. En un Concilio celebrado en Garin (entre 622 y 626), consiguió ganar al patriarca Esra en favor de la union; pero en 649 los decretos de Calcedonia fueron de nuevo tachados de nestorianismo y anatematizados. El mismo caso se renovó en 648, en 651 y en 687, si bien el filósofo David se pronunció enérgicamente en favor de estos decretos. En 651, los armenios cayeron bajo la dominacion árabe, y las luchas entre los califas y emperadores de Oriente continuaron. Las disposiciones variaban segun la fortuna de ambos contendientes.

Los griegos alimentaban siempre la vana esperanza de atraer á los herejes armenios. Desde 657 á 686 fué gobernado el país por príncipes indígenas tributarios de los califas. Desde 686 hasta 693, los griegos obtuvieron allí grandes ventajas hasta el punto de que Sombat ó Simpad expulsó por algun tiempo á los árabes. En 692, el Concilio *in Trullo* prohibió el uso armenio de no poner agua en el cáliz de la misa (can. XXXII), censuró la costumbre de no conferir el sacerdocio sino á los descendientes de las familias sacerdotales (can. XXXIII), la eleccion de los lectores no tonsurados, el uso de los huevos y del queso en Cuaresma (can. LVI), y la costumbre de cocer la carne sobre el altar y darla á los sacerdotes (can. XCIX).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 24.

Dulaurier, Historia de los dogmas, trad. et lit. de la Eglise armen., París, 1859, p. 28 y sig.; Pichler, p. 440 y sig.; Héfelé, II, p. 697-699 sobre los Concilios de Armenia de 491, 527, 596). Theoph. Byz., ap. Phot., Bibl., cod. 64; Joh. Ephes., Hist. eccl., II, 18 et seq.; VI, 11, 23, ed. Schœnfelder, p. 60 et seq.; Evagr., V, 7; Sam. An., Chron., p. 686, ed. Migne; Maximo, Disp. cum Pyrro, Mansi, X, 741 et seq., Héfelé, III, p. 67, 120 y sig., 204; Welte, en Freib. Kirchen-Lex., I, p. 442 y mi obra Photius, I, p. 478-481; Mœhler-Gams, I, p. 519. Sobre el filósofo David, que promovió el estudio de Aristóteles en Armenia, véase C.-F. Neumann, Memorias sobre la vida y obras de David, París, 1829.

Otros pueblos asiáticos. — Los iberos y sus comarcanos.

25. El cristianismo fué introducido en Iberia (Georgia y Grousia del Cáucaso), bajo el reinado de Constantino el Grande, hácia el año 326, por una piadosa cautiva llamada Nunia ó Nino, que se hizo célebre por la curacion milagrosa de un niño. Otra conversion que acaeció poco despues, fué la del rey Mireo, que había experimentado en la caza el socorro del Dios de los cristianos. Hizo venir sacerdotes del Imperio romano. De Iberia pasó el cristianismo á Albania, y despues, en el siglo sexto, penetró entre los lagionos (cólquidos ó colquios), y entre sus vecinos los abasgienos (abasios). El príncipe de los lagienos, Tzathaus, fué bautizado en Constantinopla en 522. Justino I envió á los abasgienos al compatriota de éstos, Eufrotas, eunuco de palacio, para prohibirles que se mutilaran; hizo edificar una iglesia bajo la advocacion de la Madre de Díos, y estableció sacerdotes para evangelizar al país. Despues de la muerte de San Maximino (622), San Estéban obtuvo mucho fruto entre los abasgienos y lagienos, los cuales, aunque aliados en otro tiempo de Roma, habían abandonado al emperador Heraclio en su guerra contra los persas. Se mostraron más tarde muy amantes de la fe católica. Los discípulos de San Maximino desplegaron gran actividad en Iberia, cuyos príncipes sostenían estrechas relaciones con Constantinopla, y de los cuales uno, Zamanarso, se dirigió en persona á la corte del emperador Justiniano con su mujer y muchos de su comitiva.

Tambien los tzanes, pueblos entregados al pillaje (situados entre los lagionos y el Imperio romano, junto á las fuentes del Fasis y del Acampsis) se mostraron dispuestos á recibir el bautismo y á entrar en el ejército imperial. Justiniano intentó civilizarlos, é hizo construir en el país ciudades y fortalezas. Ménos felices fueron las tentativas de Gordas, rey de los hunos, en Crimea, que había hecho alianza con el emperador en Constantinopla, y recibido el bautismo. Su pueblo se rebeló contra él, le asesinó y colocó en su puesto á su hermano Moager, con el cual continuó avanzando hácia el Norte.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 25.

Socr., I, 20; Soz., II, 7; Theod., I, 23; Ruf., X, 10; Mos., Choren., II, 83; Theoph., Chronogr., p. 108, ed. Migne, a. m. 5817; Neander, I, p. 470.—Procop., De bello pers., I, 12; II, 28; De bello goth., IV, 2, 3; Agath., III, *xu*, *p. 165*, ed. Bonn.; Evagr., IV, 22; Theoph., Chronogr., a. m. 6015, 6027, 6047, 6115 (Migne.

t. CVIII, p. 393, 476, 504, 645 et seq.); Anast. presb., Ep. ad Theod. Gangr., cap. IX et seq. (Op. S. Max., I, p. LXIX, ed. Combef.); Le Quien, Diss. de Patr., Cpl., cap. XIV, § 1, p. 95; Neander, p. 471; Dœllinger, Handb. der K.-G., I, II, p. 94; Rohrbacher-Rump, IX, p. 70.

Los árabes.

26. La Arabia del Sur, bajo los Hamjares ú Homeritas, fué evangelizada (350-354) por el Obispo Teófilo de Diu, enviado por el emperador Constancio. Este Obispo, originario de las Indias orientales, instruído en *otro tiempo por Eusebio de Nicomedia*, Obispo arriano, desempeñaba el cargo de embajador del Imperio. Muchos árabes se hicieron bautizar en Yemen y fueron construídas tres iglesias, una en Tapharan, la capital, otra en Aden y la tercera en Hormuz. El rey de *los homeritas*, era tambien cristiano. No parece probado que el arrianismo dominara este país mucho tiempo. Más tarde encontramos allí homeritas católicos. En el cuarto siglo había tambien Obispos católicos en Arabia, por ejemplo, Tito de Bosra, en tiempo de Juliano y Valente. La multitud de los judíos, la autoridad de que disfrutaban, la vida nómada de los árabes impidieron la completa conversion del país al cristianismo.

Muchos monjes que habitaban en el desierto se pusieron en contacto con las hordas nómadas y errantes, ganaron su afecto y estimacion y se aprovecharon de esto para extender el cristianismo: entre ellos se cuenta á San Hilarion. Hácia el año 372, una princesa sarracena, Mauvia, despues de concluir la paz con el Imperio romano, recibió por Obispo de su pueblo al monje Moisés, que gozaba de gran veneracion. En tiempos posteriores, Simeon Stilita y el piadoso monje Eutimio adquirieron grande influencia. Eutimio bautizó al jefe de una tribu aliada con el Imperio romano, Aspebethos, que tomó el nombre de Pedro y fué el primer Obispo misionero de las tribus nómadas sarracenas de Palestina; su hijo Terebon, curado por Eutimio, obtuvo el gobierno de la tribu.

Los monjes del convento del Sinaí se distinguieron tambien por sus trabajos. En tiempo del emperador Anastasio (muerto en 518), se convirtió Almendar, príncipe de la tribu de los sarracenos, á quien dos Obispos monofisitas enviados por Severo habían intentado atraer á su doctrina. En general, el número de los católicos aumentó entre los árabes bajo el gobierno de aquél. El judaismo provocó una reaccion y los homeritas llegaron hasta obtener en la persona de Dunaan (Dhu-Nowas) un rey *judío*, que desde 522 persiguió á los cristianos, y en 533 se apoderó por traicion de la ciudad de Negraan, casi enteramente cristiana, é

hizo decapitar ó quemar á millares de fieles. Muchos cristianos emprendieron la fuga y buscaron refugio y proteccion, ya cerca del patriarca de Alejandría, ya cerca del rey de Abisinia, ya en Constantinopla. El rey de Abisinia, Elesbaan, y su general Aretas, vinieron en socorro de sus desdichados correligionarios; los judíos mandados por Dunaan fueron vencidos, y durante más de sesenta y dos años los homeritas de Yemen fueron regidos por príncipes cristianos, dependientes de Etiopía.

Bajo el emperador Justiniano y el rey Abraham, el Obispo Gregencio de Tapharan, consignó por escrito las leyes de los homeritas y sostuvo una discusion con el judío Herban. Hácia el 616, Arabia cayó casi enteramente bajo la dominacion de Cosroes, rey de Persia. El nestorianismo, eficazmente protegido por este príncipe, se derramó entónces fuera de Persia y el monofisitismo se abrió tambien paso. Los cristianos, aunque medianamente numerosos (el reino de Hira al Sudoeste de Babilonía, tenía tambien príncipes cristianos desde 580), no podían, en medio de sus divisiones religiosas, resistir con firmeza á la potente irrupcion del mahometismo, que por lo demás se adaptaba al carácter del pueblo árabe.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 26.

Philost., II, 6; III, 4, sobre Theophilo; sobre Tito de Bosra, Socr., III, 25; Soz., III, 14; V, 15; Hier., Cat., cap. CII; Ep. LXX, al. LXXXIV ad. Magn. Sobre los trabajos de los monjes, Eusebio, in Isa. (Montfaucon, Col. nov. Patr., II, 521); Hier., Vita S. Hilar. (Op., IV, II, p. 82, Mart.); Socr., IV, 36; Soz., VI, 38; Theod., IV, 23; Ruf., II, 6; Theod., Hist. rel., c. XXVI; Sobre el Filarca Aspebethos, ἐπίσκοπος τῶν παρεμβόλων, Vita S. Euthym., cap. XVIII y sig., XXXVIII y sig. (Cotel., Mon. Eccl. gr., t. II); Neander, p. 472 y sig. Sobre Almundar, Theod., Lect., II, 35 (Migne, t. LXXXVI, p. 204. Lo que Teodoro, cap. LVIII (ibid., p. 212 dice de los Ἰμμερῖνοι (cf. Niceph., XVI, 37), se aplica ciertamente á los Homeritas. Cf. Assem., Bibl., or., III, II, p. 592-598; Pococke, Specimen. hist. arab., p. 72 et seq. Persecucion bajo Dunaan, Joh., Ep. As., ap. Assem., loc. cit., I, 359; Simon, Ep. Pers. ap. *Zachar. hist. eccl.*; *Assem., loc. cit., p. 364. Cf.* seq.; Maï, Nov. coll., X, I, 376; Procop., De bello pers., I, 17, 20; Acta S. Arethæ (Boissonade, Anecd. gr., t. V, París, 1833); Abrah. Echellens, Hist. Arab., p. 171; Rühle v. Lilienstern, Zur Gesch. der Araber Muham, Berl., 1836, cap. IV, Véase el Coran, Sura 85, n. 4. Gregentii Op., Migne, t. LXXXVI, *p. 567-784. Bajo Justino II, eran* aún amigos de los griegos, Theoph. Byz., ap. Phot., cod. 64, p. 26. Suerte posterior de los cristianos de Arabia, Pococke, loc. cit.; Assemani, Bibl. or., III, II, p. 605.

Las Indias orientales y la China.

27. Teófilo, Obispo arriano, trabajó tambien en la isla de Diu Socotora, su patria (nombrada por los antiguos Dioscórides). Esta isla, situada á la entrada del golfo Arábigo, sostenía grandes relaciones comerciales. De allí se dirigió á la Indias orientales, donde había ya ántes de él cristianos, persas en su mayoría. Cosme, primero mercader, monje despues, llamado el Indicopleuta *(navegante en la India)*, á causa de sus viajes marítimos y autor de una topografía cristiana, florecía en tiempo de Justiniano I y de Justino II; encontró en Male (tal vez Malabar), en Trapobana (Ceilan) y en Calliana (Calicut), iglesias cristianas y en este último lugar un Obispo. Los cristianos de la India, llamados tambien cristianos de Santo Tomás, colocados bajo la dependencia de la Iglesia de Persia, se dejaron arrastrar á la herejía nestoriana. En China se formaron comunidades cristianas desde el siglo séptimo. En 636, un sacerdote llamado Jaballah ú Olopuen, llevó allí, segun se dice, el cristianismo y lo difundió bajo la proteccion del emperador, como se ve por un monumento erigido en 781 y descubierto cerca de Singan-fou en 1625. Su autenticidad, sostenida con mucha frecuencia, no ha sido aún completamente demostrada.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 27.

Philost., III, 14; Cosm. Indicopl., Topogr. christ., Migne, t. LXXXVIII; Assemani, loc. cit., p. 438; Le Quien, Or. ch., II, p. 1273 et seq. Sobre el monumento descubierto por Atanasio Kircher, S. J. Prodom. copt., Rom., 1636; China illustrata, Rom., 1667, p. 43 et seq.; Renaudot, Desguignes, Abel Rémusat, Mosheim, etc., se expresan de una manera favorable. Comp. Assem., loc. cit., p. 538; Le Quien, loc. cit., p. 1265 et seq.; Pauthier, de la Autenticidad de la inscripcion nestoriana de Singan-fou, relativa a la introduccion de la religion cristiana en China en el siglo septimo, Paris, 1857. (Ibid., 1858, el texto con traduccion latina y francesa y fac-símile.)

Conversiones en África. — Los etíopes.

28. El cristianismo fué propagado en Abisinia ó en la Etiopía axumítica (Habesch), *en tiempo de Constantino el Grande, por dos jóvenes* llamados Frumencio y Edeso, compañeros de un sabio de Tiro, que hacía viajes de exploracion en este país. Toda la caravana fué hecha *prisionera* y degollada, á excepcion de estos dos jóvenes, que fueron conducidos á la corte real de Axum (Auxuma), y se granjearon ente-

ramente el favor del soberano. Investidos con los cargos de la corte, y declarados libres, permanecieron en el país áun despues de la muerte del rey, por voluntad de su viuda, que les rogó se encargasen de gobernar el Estado durante la menor edad de su hijo Aizana, cuya educacion les encomendó tambien. Edeso volvió en seguida á Tiro, donde recibió las órdenes sagradas. Allí fué donde Rufino de Aquileya le conoció más tarde. Frumencio se dirigió á Alejandría é informó al nuevo Obispo Atanasio de los progresos del cristianismo; éste le consagró Obispo del país en 328 ó 329.

Frumencio residió desde entónces en Axum, bautizó al rey Aizana y convirtió poco á poco á muchas personas del pueblo. El emperador Constancio escribió al rey Aizana y á su hermano Sazana para rogarles que enviaran á Frumencio al lado de Jorge, obispo arriano de Alejandría, á fin de que éste lo instruyese en su doctrina y trató de predisponerlos en contra de Atanasio, que había sido, decía él, depuesto por sus crímenes. Pensaba en atraer al Obispo de Abisinia al partido de los arrianos, ó bien en hacerle sospechoso al príncipe. La proposicion fracasó y el arrianismo no pudo penetrar en el país. Bajo Elesbaan, los cristianos de Abisinia prestaron socorro á los homeritas. Cosme Indicopleuta, asegura que había en Abisinia monjes, Obispos é iglesias. Poco á poco se formó una literatura etiópica que contenía, además de traducciones de la Biblia, de los padres griegos y de las liturgias, gran número de obras y cánones apócrifos. Como la Iglesia de Etiopía dependía de Alejandría, que nombraba su jefe espiritual (Abuna), fué con ella arrastrada al monofisitismo, y el pueblo, ignorante y grosero, hizo una mezcla confusa de usos cristianos y heréticos. Se celebraba el sábado, así como el domingo; eran observados los preceptos judaicos sobre la carne y la circuncision, holladas las leyes sobre el matrimonio y se practicaba la poligamia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 28.

Rufino, X (I), 9; Socr., I, 19; Soz., II, 24; Theod., I, 22; Ep. Const., ap. Athan.; Apol. ad Const. cap. XXXI (Migne, t. XXV, p. 630 et seq. Comp. Neander, I, p. 473, n. 6). Job. Ludolf, Hist. æthiop., libri IV, Francf., 1681; Comment. ad hist. ætiop., 1691, in-fol.; Le Quien, loc. cit., p. 642 y sig.; Héfélé, Kirchen-Lex., I, 76. — Cosm. Indicopl., Topogr., lib. III (Migne, t. LXXXVIII, p. 169); Niceph., XVII, 32. Literatura etiópica, véase Kaulen, Bonn. th. Lit.-Bl., 1866, p. 175 y sig. Juan de Efeso suministra muchos datos, y su obra ha sido utilizada por una multitud de sabios griegos, por Teofanes y por el patriarca Dionisio en su Crónica. Assem., Bibl. or., I, p. 359-386. Comp. Maturin Veyssier la Crose, Hist. del cristianismo en Etiopía y Armenia, 1739.

Los nubios y otros pueblos.

29. Los nubios y los blemmyes aceptaron el cristianismo, ó más bien el monofisitismo, en tiempo de Justiniano I. Juliano, sacerdote de Alejandría, miembro de esta secta, y favorecido por la emperatriz Teodora, se adelantó á la embajada que envió el emperador al príncipe de los nobates, y cuando abandonó aquel país, recomendó sus adeptos al Obispo Teodoro de Filea. Poco tiempo ántes de morir el patriarca Teodosio, monofisita, nombró á un tal Longino, Obispo de los nubios. Retenido durante tres años por órden del emperador, Longino huyó en 570 con dos esclavos á la tribu de los nabateos, donde permaneció seis años y despues volvió á Alejandría para la eleccion de un patriarca (576). Asistió á la consagracion del patriarca Teodosio, rechazado por muchos miembros de la secta y le siguió fiel, á pesar de la division que había estallado. Volvió, sin embargo, á Nubia, bautizó en 580 al rey de los alodenos, que ya anteriormente había pedido misioneros á los nabateos, y gozó de gran crédito con él. Convirtió tambien á su secta á algunos julianistas (aphtartodocetas). Estos nubios permanecieron bajo la dependencia de los teodosianos de Alejandría y usaban la lengua litúrgica de los griegos. Sin embargo, el monofisitismo no arraigó allí y á fines del siglo décimo sólo quedaban las ruinas de las antiguas iglesias.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 29.

Abulfarag., ap. Assem., Bibl. or., II, 330; Eutych., Annal., II, 387; Joh. Eph., Hist. eccl., IV, 6 y sig., 49 y sig. (p. 141 y sig., 180 y sig., ed. Schœnfelder); Olympiod., ap. Phot., cod. 80; Mœhler-Gams, I, p. 521 y sig. Los nobates son tambien mencionados por Cosme Indicopleuta, loc. cit. Sobre los distritos de la Nubia cristiana (Nuobadia, Alodia, Nakowia, Auxomitis), Le Quien, II, 599, 659; Schœnfelder, p. 185, n. 1.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.

IDEA Y NATURALEZA DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA, SU FIN Y SUS MEDIOS.

Pág.

CAPÍTULO II.

EL HOMBRE ANTES DE JESUCRISTO.

Págs.

PRIMERA ÉPOCA.

LA ANTIGÜEDAD CRISTIANA.

PRIMER PERIODO.

Desde la fundacion de la Iglesia hasta el edicto de Constantino en 313.

CAPÍTULO PRIMERO.

FUNDACION Y PROPAGACION DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO II.

LAS HEREJÍAS Y EL DESENVOLVIMIENTO DEL DOGMA.

CAPÍTULO II.

CONSTITUCIONES, CULTO Y VIDA RELIGIOSA.

Pág.

Pág.

SEGUNDO PERIODO.

Desde Constantino Magno hasta el Concilio «in Trullo.» (312-692.)

CAPÍTULO I.

HISTORIA EXTERIOR DE LA IGLESIA, SU VICTORIA EN EL IMPERIO ROMANO Y SU PROPAGACION AL EXTERIOR.